

se

LA CAJA DE PANDORA

NIRA STRAUSS

Lectulandia

Segunda hija, segunda hermana, segunda amante. La que nació a medianoche será reclamada por el Éter.

Anna La Controladora del Éter, la bruja más aclamada de su generación, ha vivido atormentada desde la muerte de su hermana gemela. El día que Emily falleció no solo perdió a su otra mitad... perdió muchísimo más. Ahora, consumida por uno de los Siete Pecados Capitales, se ve obligada a viajar en busca de una solución con la persona que lleva años evitando: Ren. El cambiaforma que con solo una mirada parece capaz de leerle el alma y descubrir todos sus secretos.

Ren Kokkalis la ha cagado de muchas maneras en los últimos años. Con su clan. Con sus amigos. Y lo más doloroso de todo: con su compañera predestinada. Él no puede ver a Anna sin sentir la necesidad de abrazarla y mantenerla junto a él, y ahora toda su paciencia se verá puesta a prueba cuando tenga que pasar las veinticuatro horas del día junto a la bruja sin que esta sospeche la verdad: que lleva años soñando con ella.

Nira Strauss

La caja de Pandora

El caos - 2

ePub r1.0

Titivillus 05.07.2022

Título original: *La caja de Pandora*
Nira Strauss, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Para Mamá, que nunca me dijo que no cuando quise un libro
(y quise muchos),
y para Tata, que me demostró que la imaginación desbordante
no siempre es síntoma de locura.*

NOTA DE LA AUTORA

Sí, sé que te estarás preguntando que, si este es el segundo libro de una serie, ¿cuál es el primero?

Antes de esta historia, la historia de Anna y Ren, tenemos *Ragvala*, que cuenta las aventuras de Cora, una humana ¿normal y corriente?, y K Leb, el príncipe de la Atlántida.

Esta serie estará compuesta por un total de 3 libros y, aunque es recomendable leerlos en orden, no es imprescindible. El romance de cada pareja es autoconclusivo. Solo quiero que sepas que en *La caja de Pandora* encontrarás referencias al anterior libro y alguna que otra aparición estelar de personajes de *Ragvala*.

Aclarado este punto, ¡disfruta muchísimo de la historia de una bruja muy diferente y un cambiaforma muy impulsivo!

Prólogo

Olimpiadas Interespecies, última edición

Recuerdo que alguien gritó mi nombre.
—¡Anna!
Luego se desató el infierno.

El dolor es agudo y se ceba en mi pecho, en el espacio entre el corazón y el esternón. Me clavan puñales en la carne, desgarrándome entera y abriéndome en canal para hacerle hueco a algo más oscuro y pesado. La posesión no es tranquila, sino que agarra los bordes de la carne con uñas afiladas para mantenerme abierta y luego se introduce en mi interior sin importarle el daño que pueda causar. Me cuesta respirar, siento que la sangre se me acumula en la cabeza, en los oídos, en la cuenca de los ojos. El calor es insoportable no sentía este ardor desde mi iniciación, cuando el poder con el que fui bendecida me consumió. Aquella noche me asusté por su magnitud, sentí pánico porque sabía que si me dejaba llevar todo cambiaría.

«Eres demasiado insegura», me dijo una de las brujas superiores aquella noche. «Tienes que dejarte ir, Anna. Confiar en ti misma».

No pude. Reventé por dentro por miedo al poder que había en mi interior... y las consecuencias de este.

Hoy me siento violada, humillada, utilizada como una muñeca de trapo. Quiero resistirme con uñas y dientes a esta invasión, pero solo puedo permanecer inmóvil mientras este ser oscuro y malévolo que destila veneno se aferra a lo más profundo de mi alma y abraza mi corazón. Lo siento

removerse, haciéndose hueco donde no le corresponde, y luego, desde dentro, cierra los bordes de mi carne y se encierra. ¡No! Tengo que sacarlo. Tengo que luchar. No puedo dejar que esto me infecte, sea lo que sea. Debo...

Tranquila, encanto. Una voz masculina, una presencia refrescante como un soplo de granizo, ilumina mi interior y hace que mi invasor chille, asustado. Sin embargo, ¿a qué puede tenerle miedo el mismísimo mal? *Solo deja que suceda. Cuanto menos te resistas, menos dolerá.*

Se está riendo de mí. Detecto la burla en su voz. Esta presencia acaricia algo cerca de mis nudillos... ¿El talismán? Por último, me toca el pelo un instante y se va. Me entran tantas ganas de llorar que empiezo a tener convulsiones y esa cosa que se ha colado dentro de mí chasquea la lengua con disgusto.

Ni se te ocurra llorar. Es indigno. Esta otra voz es femenina y ya no está asustada. Ahora que la otra presencia se ha ido, vuelve a erguirse, orgullosa y observándolo todo con altivez. *Hay ponzoña aquí dentro... Voy a tener mucho con lo que trabajar. No está mal.*

No entiendo nada... Exhausta, me dejo llevar por la inconsciencia.

La siguiente vez que despierto, acuciada por unos chillidos inhumanos, abro los ojos de golpe con el corazón sacudiéndome las costillas. ¿Qué ocurre? Hay mucho movimiento a mi alrededor, borrones blancos que van y vienen, y voces entremezcladas entre las que detecto miedo y confusión. Tengo que parpadear varias veces para que la visión se me aclare y poder ver que estoy en una sala amplia de suelos y paredes blancos, en la que pululan decenas de personas también vestidas de blanco. Médicos. Enfermeras. ¿Estoy en un hospital?

Pues claro. De repente lo recuerdo todo. Estábamos compitiendo en las Olimpiadas. Yo me detuve para ayudar a otro equipo, al príncipe K Leb y su prometida, y entonces Porta... Porta tocó una urna llena de joyas, esta se abrió y de su interior salieron...

Una bata blanca se detiene a los pies de mi cama.

—¡La número dos ha despertado! —exclama. Es un hombre que me está observando con cautela—. Parece estable.

Otra bata más se acerca. Una mujer.

—Igual que el resto hasta que les da el ataque. No le quites la vista de encima. —Habla con mucha dureza, su voz parece hecha de hielo, y cuando me mira no me observa como lo haría un ser vivo a otro. Más bien como si fuera un objeto desagradable.

De pronto oigo un estropicio a mi izquierda, seguido de gritos. No puedo ver lo que ocurre porque hay cortinas a ambos lados de mi cama. El hombre de la bata blanca pega un brinco; parece asustado.

—¿Q-qué ocurre? —pregunta, retorciéndose las manos.

—¡El número cinco ha perdido el control! —gritan.

No entiendo qué está pasando y justo cuando estoy abriendo la boca para preguntárselo al hombre, una voz llena de furia surge al otro lado de la cortina de la izquierda.

—¡Anna!

Es Ren. Mi corazón se acelera aún más. ¡Ren está aquí! Recuerdo haberlo escuchado gritar mi nombre cuando uno de los seres que salió de la urna me atacó, pero después perdí el conocimiento. Sé que Porta fue invadida por uno de esos mismos seres... le atravesó el pecho y se coló en su interior, haciendo que la ninfa cayera al suelo. ¿Estará viva o muerta? Debo suponer que a mí me ocurrió lo mismo. Y si Ren está aquí...

Las puertas de la sala se abren de golpe. Llegan más batas blancas... y una verde que parece estar al mando. Es un hombre altísimo de rasgos duros y mirada afilada, cuyo pelo corto es del color de la nieve recién caída. Detrás de él llegan una serie de camillas vacías.

—Traslada al uno y al dos al sector B —ordena el hombre—. El tres y el cuatro ya están fuera, y dejaremos aquí al resto.

Al instante empiezan a desplazar mi cama, que tiene ruedas, y a llevarme hacia la salida. Cuando intento moverme, descubro que estoy amarrada de pies y manos por gruesas correas. El pánico crece dentro de mí.

—E-Esperad —murmuro. Nadie me mira a la cara, ni siquiera el hombre de pelo blanco—. ¿Qué está pasando?

—¡Anna! —Ren vuelve a gritar. Quiero girar el cuello para mirarle, pero las correas no me lo permiten. Estoy tan asustada y nerviosa que

empiezo a llorar—. Soltadme u os romperé todos y cada uno de los huesos del cuerpo. Uno por uno.

—¡Ren! —exclamo, con la voz temblorosa por el llanto.

Uno de los enfermeros que me están trasladando se detiene, mirándome a la cara por primera vez. Debe ver algo en mí que lo hace dudar, porque frunce el ceño.

—Señor... —Se dirige al hombre de pelo blanco.

—¿A qué esperáis? ¡Moveos! No pueden permanecer más tiempo juntos. —Él mismo empuja con brusquedad mi cama hacia la salida—. Lleváosla de aquí.

—No, por favor —susurro, luchando contra mis ataduras—. Por favor, por favor... ¡Ren!

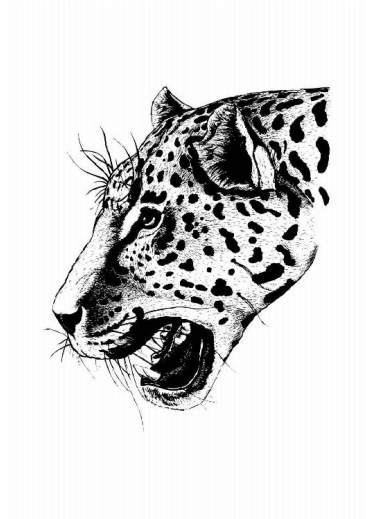
Su respuesta es un rugido, por lo que es probable que ya se haya transformado.

El enfermero se inclina hacia mí con los ojos llenos de remordimiento.

—Perdóname...

Siento un ligero pinchazo en el brazo. ¿Qué...? Cuando bajo la mirada, veo la aguja. Un segundo después, mis párpados se hacen demasiado pesados como para sostenerlos, los ojos se me ponen en blanco mientras la languidez se apodera de mis miembros. Lo último que veo antes de quedarme dormida son los fluorescentes del techo en movimiento.

REN



Seis meses después, el día de hoy

Recupero el conocimiento poco a poco. Sé que estoy en mi casa, y también sé que por más que me esfuerce no recordaré lo que sucedió la noche anterior. Otro porrón de horas en blanco en mi mente, y una palada más hacia el hoyo de la nada.

Huelo el ambientador de plátano que Mawar se empeñó en poner a raíz de mi negación a dejar que ella o cualquier otra persona vinieran a limpiar la casa. Negociar con ella fue duro, al igual que con todos los miembros del clan. En un grupo de leopardos tan unido como el nuestro es normal que se crean con derecho a meter las narices en todas partes. Ya era difícil tener intimidad antes de las Olimpiadas, antes del accidente; ahora es un sueño inalcanzable.

Con el corazón latiéndome tan fuerte que resulta doloroso, salgo de la cama y me arrastro hasta la ducha. La cabeza me da vueltas y mi equilibrio es nulo. Al pasar frente al espejo ni siquiera me molesto en echar un vistazo, porque ya hace demasiado tiempo que no reconozco al tipo que me devuelve la mirada. He sido exprimido tantas veces a lo largo de estos meses que estoy empezando a perder de vista todo lo que soy, todo lo que siempre ha formado parte de mí, solo para ser sustituido por un títere fácilmente manipulable. Aunque sus rasgos me resultan familiares, no reconozco sus ojos inyectados en alquitrán negro y, desde luego, no reconozco las sombras que acechan en su iris.

Tengo la sensación de que si las observo demasiado saltarán del espejo y se apropiarán de todo lo que me rodea.

El agua que cae sobre mí no me refresca ni me despeja. No puedo dejar que esto que intenta gobernarme gane la batalla. Porque entonces, ¿a dónde iré a parar yo? Si permito que estos impulsos arrolladores tomen el control, ¿quedaré reducido a cenizas o seré empujado hasta un rincón de mí mismo desde el que contemplaré todo lo que mi cuerpo hace sin mi permiso?

Seis meses atrás, cuando Porta La Que Todo Lo Ve abrió una pequeña urna cubierta de joyas durante el transcurso de las Olimpiadas Interespecies, se desató el pandemónium para todos los que estábamos cerca. Y, como descubrí más tarde, también para algunos pobres desgraciados que se encontraban en las proximidades.

De la urna salieron las almas de los siete demonios más malvados de la historia de nuestro mundo. Tan depravados que hace miles de años los dioses olímpicos ordenaron su caza y muerte, para poder extraer sus almas emponzoñadas y encerrarlas en una pequeña caja de donde no pudieran salir jamás. Para asegurar que ningún incauto la abriera y desparramara el mal, ordenaron a la diosa Pandora que protegiera la caja con su vida. Desde entonces su paradero siempre fue un misterio, el mayor de todos.

Hasta que nos topamos con ella en la competición y Porta no pudo resistirse a abrirla. Los Siete Pecados Capitales brotaron de su interior y, sedientos de vida, se abalanzaron sobre los primeros seres vivos que encontraron. Yo soy uno de ellos.

Con la frente apoyada contra la pared de madera de mi ducha, aprieto con fuerza las manos hasta que las convierto en puños e intento controlar el volcán a punto de explotar que siempre hay dentro de mí. Pero entonces, algo llama mi atención.

A través del arco del baño, escucho un fuerte estrépito seguido de un par de maldiciones bastante originales.

Cierro el grifo y me quedo quieto, porque en mi casa no debería haber nadie.

—¿Quieres que parta esa cara tan bonita que tienes? —Esa voz grave y ronca, teñida de amenaza, es inconfundible. Vázquez—. Dímelo y yo... Yo no...

Otra voz muy alegre interrumpe sus palabras.

—¿No me pegarás? Vaya, V, muchísimas gracias. Siempre supe que en el fondo eras todo dulzura y buen corazón. Si estuvieras cubierto de azúcar, te comería.

Uyl. ¿Qué cojones hacen ellos en mi casa?

—¿Es que tú no te lo zampas todo últimamente?

—¿Es que tú no tienes que formular una pregunta cada vez que quieres decir algo?

Otro estampido, esta vez el inconfundible sonido de unos nudillos haciendo contacto contra una mandíbula. Vázquez y Uyl se pelean siempre que están en la misma estancia; lo que no consigo imaginar es qué hacen esos dos idiotas en mi casa.

Salgo de la ducha y me seco a toda velocidad, apenas envolviendo mis caderas con la toalla antes de entrar en el salón. Allí, me encuentro con un panorama perturbador: Vázquez tirado cuan largo es en mi único sillón (que se ha remendado tantas veces que ya no recuerdo cuál es su color original) con el mando de la tele en la mano. Está viendo *American Chopper*.

Siguiendo el rastro de un par de platos rotos en el suelo, veo a Uyl de pie junto a mi nevera. Toda la comida que Mawar ha ido almacenando dentro para que no me falte de nada está ahora sobre la encimera. Uyl está a medio camino entre comerse un sándwich de tres pisos y llenarse la boca con mermelada de higo. Cuando me ve, aparta el tarro de sus labios y esboza una sonrisa pegajosa. Su mandíbula está empezando a ponerse

morada en cuatro puntos inconfundibles, los cuales supongo que corresponden a los grandes nudillos de Vázquez.

—Buenos días, bella durmiente —farfulla a través de su boca llena.

Vázquez no aparta la vista de la televisión al hablar.

—Ya era hora. Ewan prohibió que te despertáramos, de ahí que Uyl empezara a romper tu vajilla para que todo pareciera un accidente.

Al principio no sé qué contestarles. Luego voy asumiendo que estos dos han invadido mi casa de verdad, que Ewan también anda cerca y que están toqueteando mis pertenencias. Por no hablar de las botas sucias de Vázquez sobre mi sillón.

La rabia despierta dentro de mí. Otra vez. Intento contenerme con todas mis fuerzas, pero es un contador que, una vez activado, no tiene marcha atrás. El medidor de mi rabia va llenándose poco a poco, y si llega al máximo alguien va a salir andando sobre sus manos de esta casa.

—Miente —contesta Uyl. Si no estuviera tan acostumbrado a él, ver su pecho desnudo del color del oro más puro me resultaría molesto. Los elfos no tienen por costumbre cubrirse con mucha ropa, y como su máximo objetivo en la vida es tener sexo con el mayor número de personas del mundo, la desnudez les ahorra trabajo—. Y claro, eso no es una novedad.

—¡Uyl, no cierres la maldita boca si lo que quieres es que no te dé la paliza que andas buscando!

El estallido de Vázquez, conocido en el mundo entero por tener el peor humor y la paciencia más corta de todas las razas, habría sido una buena amenaza de no ser porque ha empleado dos veces la palabra «no». Confundido por su forma de hablar, camino hacia el centro de mi propia sala.

—¿Qué narices hacéis aquí? —pregunto—. ¿Y dónde está Ewan? Habíamos acordado mantenernos separados.

Uyl parece demasiado ocupado chupándose los dedos manchados de mermelada y emitiendo murmullos de placer, así que me giro hacia Vázquez en busca de una respuesta. Se ha erguido en el sillón y ha apagado la tele.

—Ewan no está en el poblado —me dice.

Arqueo las cejas.

—¿Y dónde está entonces? Si os ha dejado aquí para que yo me encargue de vosotros...

—¡Sí! —exclama Vázquez, poniéndose en pie de un salto. Vázquez, del clan del lobo como Ewan, mide dos metros, por lo que en cualquier otra casa su cabeza habría estado peligrosamente cerca del techo. Por suerte para él, este es el hogar de un leopardo. A mi animal le gustan los espacios abiertos, con techos muy altos o inexistentes. Además, los cambiaformas solemos tener una forma humana grande, por lo que las dimensiones de nuestras casas siempre son más amplias de lo normal—. Te he dicho que Ewan no... Él está... El poblado es... —Por más que mi enorme amigo intenta acabar las frases, parece incapaz de soltar las palabras.

Con los gemidos de Uyl por un lado y la frustración de Vázquez por el otro, mi nerviosismo no hace más que aumentar. ¿Por qué ninguno es capaz de contestar a mis puñeteras y simples preguntas?

Mis oídos captan los pasos fuertes y ruidosos de alguien acercándose a la casa. Enfadado, salgo por el arco principal y me aproximo a la barandilla. Desde lo alto de mi árbol tengo una visión perfecta de la mayor parte del poblado y de la selva que nos rodea. Veo a Ewan empezando a subir los escalones decorativos que rodean el tronco y ascienden hasta el porche. Si eres un leopardo jamás se te ocurriría utilizar esos escalones para trepar, pero esta es la casa del antiguo *kepala*^[1], la cabeza del clan. Aquí se recibían visitas de representantes de muchas razas, y no todos poseían garras. Si yo hubiera continuado con la tradición y fuera el *kepala*, los escalones seguirían teniendo sentido. Como no lo hice, ahora no son más que otro irónico recordatorio de todo lo que he perdido en estos últimos años.

Ewan se reúne conmigo en el porche. Veo la seriedad y las arrugas que surcan su rostro habitualmente relajado, y no puedo evitar preocuparme por él. Desde que nos despedimos hace seis meses no he mantenido contacto con él ni con ninguno de los otros. Ese fue el trato: seguir los consejos de la Admonición y permanecer separados hasta que los consejeros encontraran una solución. Era mejor no estar juntos. Siete personas confusas e imbuidas de un poder desconocido pueden causar muchos estragos, y eso se demostró los primeros días tras el accidente.

Aun así, me he estado preguntando cómo estaban afrontándolo Ewan, Vázquez, Uyl... He querido saber con desesperación cómo estaba Anna. Una de las razones por las que me he obligado a mí mismo a no pensar en ella es porque parece ser el detonante perfecto para mi rabia. No se trata de que esté enfadado con ella; es mi propia frustración por todo lo relacionado con Anna lo que me lleva a alterarme demasiado cuando pienso en ella. Antes de esto ya me resultaba complicado razonar sobre ese asunto; ahora podría ser letal.

Ewan se acerca a mí con cautela. La duda que veo en sus ojos me escuece, pero es merecida.

—Ren —murmura. La última vez que nos vimos, justo antes de que Adi y varios hombres más del clan me sacaran medio sedado del hospital, le acababa de dar un puñetazo. El ojo ya estaba empezando a hinchársele cuando se giró y me dio la espalda—. Yo...

—Siento haberte golpeado —suelto a bocajarro. Lo he pillado por sorpresa, porque arquea las cejas—. Eres uno de los pocos amigos que me ha soportado todos estos años, rescatándome cuando me metía en problemas. No te lo merecías.

Sus ojos se suavizan, aunque no sonrío.

—Supongo que eso depende de a quién le preguntes.

—Ewan, estos últimos meses podría tener una pelea incluso con la ducha —insisto—. De hecho, la tuve no hace mucho y tuve que reemplazar una pared entera del cuarto de baño. Créeme, no se trataba de nada personal.

—Bien, en ese caso, lo de traer a V y a Uyl a tu casa y dejarlos campar a sus anchas... Tampoco se trataba de nada personal.

Ambos miramos a través del arco hacia el interior, donde Uyl está añadiéndole más mayonesa al sándwich y Vázquez aporrea las teclas del mando a distancia con una furia palpable. Ante la peculiar escena, algo extraño empieza a subir desde mi abdomen hacia mi pecho, haciendo que mis hombros y mis brazos tiemblen... Y antes de darme cuenta, me estoy riendo a carcajadas. Ewan me imita y por un momento estamos en los viejos tiempos. Como cuando yo era capaz de divertirme con el mal genio de Vázquez y soportar las constantes bromas de Uyl sin alterarme ni perder

los estribos. Cuando era tan tranquilo y apacible como Ewan y viajaba hasta la isla de Arran como invitado del clan del lobo para pasar el invierno y participar en sus juegos tradicionales. Allí fue donde conocí a Vázquez, próximo *laird* de su clan de licántropos (que son familiares y aliados del clan de Ewan) y a Uyl, elfo nativo de las montañas de Arran. Fueron años de diversión y pocas preocupaciones.

Después de que mi familia muriera no me detuve mucho a pensar en lo que había dejado atrás. Supongo que forma parte de mi carácter práctico e impulsivo. Hoy me doy cuenta de que echo de menos a mi viejo yo. Hace poco más de nueve años de aquello, y a mí me parece la vida misma. Siento como si los recuerdos pertenecieran a otra persona y no a mí. Las cosas han cambiado tanto que es difícil creer que los cuatro desgraciados que estamos aquí ahora seamos los mismos irresponsables felices de entonces.

Exceptuando a Uyl. Él sigue siendo un irresponsable feliz.

Cuando la risa mengua, exhalo un largo suspiro.

—Supongo que ahora me dirás qué hacéis aquí. No es lo que habíamos acordado.

—Tienes razón, aunque primero me gustaría saber qué te ocurrió anoche. —Cuando los afilados ojos amarillos de Ewan me miran directamente, se me encoge el estómago. No es algo sobre lo que quiera hablar—. Cuando llegamos al poblado, Mawar y Adi nos dijeron que llevabas horas desaparecido. Adi dice que tus ojos se habían vuelto negros la última vez que te vio. Totalmente negros.

—Perdí el control —me limito a decir, encogiéndome de hombros—. El cambio de color en los ojos es un efecto secundario, o eso creo.

Ewan me mira con atención.

—¿Sucedte lo mismo cada vez que te pones así?

—Puede ser, no estoy seguro. —Niego con la cabeza—. Cuando digo que perdí el control, es en serio. Hay veces que un pequeño comentario o el simple hecho de golpearme el pie contra la esquina de la mesa me convierte en una máquina de mal humor. Entonces es cuestión de minutos que explote. —Al intentar explicar lo que me ocurre, me siento desnudo y expuesto. Es duro confesarle a mi amigo que a veces soy relegado a un

rincón de mí mismo, como un ser patético y débil—. Cuando me despierto, nunca recuerdo nada.

—¿Te has percatado de sí te ocurre con más frecuencia?

Frunzo el ceño, extrañado por la pregunta.

—Ahora que lo dices... Sí, los episodios cada vez suceden más a menudo y por cosas más absurdas.

Ewan me pone una mano en el hombro con lentitud, como si esperase que yo me apartara, y, al ver que no lo hago, me conduce al interior.

—He estado investigando. Por eso reuní a Uyl y a V y los traje hasta aquí.

Lo miro como si se hubiera vuelto loco.

—¿Investigando? —Aunque no debería sorprenderme. Es Ewan. El perfecto y sabelotodo Ewan. Mientras yo luchaba de forma salvaje contra la invasión en mi cuerpo, el licántropo se hizo con el control de sí mismo y además sacó tiempo para investigar.

Ahora me siento otro pelín más inútil y derrotado.

—Desde el momento en que la Admonición nos «recomendó» permanecer aislados mientras resolvían el asunto, supe que íbamos a tener que ocuparnos de ello nosotros mismos.

Ewan va hacia la cocina, le quita el bote de mayonesa y el tarro de mermelada a Uyl y los tira a la basura, ignorando las protestas de este.

—¿Te ha llamado alguien en estos seis meses para preguntarte cómo estás o informarte de algo? Estoy seguro de que no. Melissa A'Quila está demasiado ocupada intentando defenderse de los cargos que se le acusan. Solo le preocupa que quede claro que ella no autorizó la utilización de la caja de Pandora para el desarrollo de las Olimpiadas. Me atrevería a decir que ni siquiera se ha preocupado demasiado por su pupila.

Las palabras de Ewan me inquietan y despiertan mi curiosidad, pero es su última frase lo que me hace reaccionar. Melissa A'Quila es la representante de la raza de las brujas y, además, la mentora personal de Anna. Sé que debe de estar ocupada resolviendo el caso de las Olimpiadas, ya que las organizadoras de la última edición fueron las brujas y, por lo tanto, se las considera responsables de todo lo que ocurrió durante el

transcurso de los juegos. Sin embargo, daba por sentado que Anna estaría con la señorita A'Quila.

A salvo.

—¿Anna no está siendo ayudada por las suyas?

Ewan compone una expresión incómoda.

—Fui capaz de ponerme en contacto con Valeska hace un par de semanas. Ella y Anna vivían juntas en Bucarest. Me dijo que Anna se había ido por su cuenta cuando salieron del hospital. Lo único que sabía de ella era que no había abandonado la ciudad.

—Eso es absurdo, ellas siempre están juntas. —Y yo lo sé muy bien. Cada vez que intenté hablar con Anna tras la muerte de Emily, la temible bruja de las nieves (conocida como Valeska) aparecía para impedírmelo. Su actitud me habría molestado mucho más si no supiera que Valeska adora a Anna y siempre hace todo lo posible por protegerla—. ¿Cómo no va a saber dónde está? ¿Quiere eso decir que a Anna ha podido pasarle cualquier cosa y nadie lo sabe?

Antes de darme cuenta, estoy gritando. El contador sube con rapidez.

—Ren. —Ewan se coloca delante de mí. No quiero que se me acerque. Podría darle otro golpe antes de ser capaz de controlarme—. Ren, tus ojos están cambiando. ¿Te ayudaría saber que Anna está sana y salva?

Eso me hace parpadear.

—Lo dices para que me relaje.

—Valeska no conoce su paradero, pero de vez en cuando hablan. Anna está bien. A salvo.

Me obligo a tomar una respiración profunda. Retengo el aire en mi interior durante unos cuantos segundos y luego lo expulso despacio. Y así varias veces. Un par de minutos más tarde, Ewan parece lo bastante satisfecho como para alejarse y darme espacio.

—Maldita sea, la próxima vez tarda aún más en darle la información completa —dice Vázquez, mirándome con cautela.

—¿Y a ti qué narices te pasa? ¿No puedes hablar como una persona normal? —le espeto. Vázquez frunce el ceño, amenazador, al mismo tiempo que Uyl empieza a reírse. Tiene la boca tan llena de pan que temo que se atragante—. ¿Y tú cuándo te convertiste en un saco sin fondo?

El gesto de Uyl también se descompone. Ewan se coloca a mi lado y, esbozando una pequeña sonrisa reticente, señala con una mano a Vázquez.

—Mi querido amigo, te presento al afortunado hombre que fue poseído por el Pecado de la Mentira —me explica—. V es incapaz de decir ni una sola verdad desde hace seis meses.

—¿La Mentira? —Asombrado, observo a Vázquez. Este se cruza de brazos y aprieta los labios con fuerza—. ¿Cuánto tardaste en averiguarlo?

Ewan me mira con elocuencia.

—Los Pecados Capitales son solo siete y los síntomas de V son bastante evidentes.

Suelto un bufido y, tras observar un poco más a Vázquez, que me enseña el dedo medio acompañado de una sonrisa letal, señalo a Uyl.

—¿Y él?

Ewan hace un gesto de desaprobación al ver que el elfo ha metido la mano en la papelera para recuperar el tarro de mermelada.

—Uyl fue un poco más difícil. Cuando lo encontré roncando en medio de Edimburgo pensé que podía tratarse de la Pereza... Luego recordé que Pandora liberó ese Pecado hace unos cuantos miles de años para dejar hueco a otro aún más poderoso... La Gula. No puede resistirse a los placeres mundanos, como comer y dormir.

Uyl está rebañando el fondo del tarro con una cuchara, pero se detiene un instante para sonreírnos.

—Una pequeña aclaración, ya que no quiero que mi reputación pierda lustre por esta tontería: yo no ronco. No encontraréis a un solo amante mío que tenga ni una queja sobre mí.

Vázquez suelta un resoplido burlón.

—Eso no debería no importarte, porque, ¿cuánto hace que no echas un polvo?

Uyl deja el tarro sobre la encimera con más fuerza de la necesaria y fulmina al licántropo con la mirada.

—Espera, déjame calcular: dos «no» en la misma frase se anulan y forman un «sí», ¿verdad? Perdóname, es más difícil llevar las cuentas de tus falsas negaciones que de mis polvos.

Ignorando el hecho de que Vázquez va a adornar con otro moretón el lado sano de la mandíbula de Uyl, me giro hacia Ewan.

—¿Qué pasa conmigo? ¿Cuál es mi Pecado?

Él baja la mirada antes de contestarme.

—Después de lo de Emily no eras el tipo más amigable del mundo, pero esta violencia que vive en ti no es normal. Creo que fuiste poseído por el Pecado de la Ira.

Ira. Lo sospechaba. Esa presión, esa sed de sangre y de dolor, la imagen de un mar de alquitrán apoderándose de mí para consumirme y arrebatarme el control... No hay emoción más oscura y cegadora que la ira. Y ahora el demonio que le dio nombre vive dentro de mí.

Geeeeeeeeeeenial.

—¿Qué hay de los demás? —pregunto a Ewan—. Los otros tres. —Anna. Es el nombre que no digo en voz alta y que mi mente grita.

Él niega con la cabeza.

—Porta está ilocalizable y Valeska no habló demasiado conmigo, así que no lo sé. Es por eso por lo que he venido. Creo que es un error que permanezcamos más tiempos separados. Debemos reunirnos, los siete, y buscar respuestas. Dejar que la Admonición se encargue de todo me parece una pérdida de tiempo; el Consejo podría tardar muchos más meses en ponerse de acuerdo sobre algo.

Sí, la Admonición no es conocida por tomar decisiones rápidas.

—¿Y por dónde sugieres que empecemos?

—Te lo explicaré todo mientras haces las maletas. Debemos ponernos en marcha cuanto antes.

Asiento, mostrándome de acuerdo. Esta es la mejor idea que he oído en seis meses, y no se me ocurre nadie más adecuado que Ewan para ponerse al frente de esta peculiar empresa.

—Solo tengo una condición —digo—. Nuestra primera parada será Bucarest.

Esboza una pequeña sonrisa.

—Lo suponía.

ANNA



Bucarest. Capital de Rumanía. Ciudad más desarrollada del país y con cerca de un millón ochocientos mil habitantes. Y yo, por supuesto, tengo que toparme con el tipo más tozudo de la ciudad. Mientras avanzo a duras penas entre la abarrotada pista de baile, aprieto tan fuerte la copa en mi mano que es todo un milagro que no la haya roto aún. Es más, es todo un milagro que no haya reducido a cenizas este lugar.

No debería haberle hecho caso a Leska. Tendría que haberme quedado en casa, como todo este tiempo, donde me siento a salvo y no pongo en peligro la vida de nadie. ¿Qué importa que haga casi seis meses que no me relaciono con otro ser vivo aparte de mi gato? ¿Qué más da que echara de menos a mi mejor amiga y me dejara convencer con tal de verla? Esto no es buena idea, y punto.

Unos dedos calientes y sudorosos me rodean el brazo.

—Eh, preciosa. —Un cuerpo alto y delgado se pega a mi espalda, provocando que un escalofrío me recorra entera—. ¿A dónde vas? Te acompaño.

Respiro hondo y me contengo para no mostrarle mi debilidad a este chico, Iván, que clavó sus ojos en mí en cuanto pisé el Abracadabra y desde entonces no me ha dejado sola ni un segundo.

—Lo siento, voy al baño de señoras.

Me deshago de su agarre y me cuelo entre dos parejas que entrecruzan las lenguas con mucho ahínco. Ni siquiera estoy segura de dónde están los servicios; por no saber, no sé ni dónde está Leska. Desapareció tras la barra en cuanto entramos.

—¡Espera! —Iván me sigue y recorre conmigo el siguiente tramo, un pasillo oscuro que bordea la pista—. Espera, preciosa, ¿por qué tienes tanta prisa?

Porque está pisando el límite y le da miedo hacer algo atrevido.

Me muerdo la lengua para no contestar a esa voz burlona. A pesar de que el Abracadabra es un lugar de alterne al que acuden muchas brujas y algún que otro ser de otra raza, también está permitida la entrada a humanos. Iván es uno de ellos. No sabe lo que soy ni lo que sería capaz de hacer si me presionara demasiado. Además, al contrario que otras hermanas de aquelarre, yo no me desvivo por embaucar y engañar a los humanos. No me han hecho ningún daño en particular y no tengo nada en su contra.

Pero desde las Olimpiadas, hay alguien más en mi cabeza. Ella anhela cosas que hasta ahora yo no conocía. Me susurra ideas inconcebibles y proposiciones absurdas al oído. En este momento, por ejemplo, Ella quiere...

Este chico está a tu completa disposición y hará todo lo que tú ordenes y desees. ¿Acaso no te atrae la idea de que alguien se arrastre por ti?

—Mira, lo siento, no debería haber aceptado que me invitases a una copa. —Hago todo lo posible por no mirar al chico a los ojos. Me hace sentir incómoda lo que veo en ellos, el obvio interés y el deseo—. Tal vez te he dado una idea equivocada...

—Yo no he sacado ninguna conclusión —me dice, inclinándose para intentar que le mire. Es bastante alto, aunque tan delgado que me recuerda a

mi antigua mentora, Luciérnaga—. Solo me pareces preciosa y muy dulce.

Preciosa y muy dulce.

Mmmm... Ella ronronea, satisfecha, y la presión que ejerce cede un poquito.

Sorprendida, alzo la vista hacia Iván. Sus ojos tienen el color del musgo en la débil luz de la discoteca. Sospecho que serían muy verdes si nos encontrásemos bajo la luz del día. Verdes como los de...

No, no puedo pensar en eso ahora mismo. Debo concentrarme en este maravilloso alivio con el que he sido bendecida de repente. Debo averiguar cómo conseguirlo de nuevo.

Más.

Mejor.

—¿Qué has dicho? —murmuro.

He hablado demasiado bajo como para que él me escuche, pero tal vez Iván sepa leer los labios porque se acerca y, sin rozarme siquiera, contesta en voz baja junto a mi oído:

—He dicho que eres preciosa, y muy dulce. No suelo ir detrás de cualquier chica, aunque puedas pensar lo contrario, pero tú... Me has hechizado en cuanto te he visto llegar.

Menos calor. El ahogo contra mi pecho va menguando. El ronroneo que solo yo oigo en mi cabeza remite, alejándose, como si Ella estuviera recostándose en algún lugar para disfrutar del espectáculo. Eso no había ocurrido nunca antes. No he tenido ni un momento de descanso desde hace tanto...

—Por la Diosa, se ha ido —susurro—. Se ha ido.

Iván retrocede un poco, como si quisiera verme mejor.

—¿Qué?

Estoy exultante de felicidad. Sonriendo por primera vez en demasiado tiempo, aparto al chico de mi camino y deshago mis propios pasos. Debo encontrar a Leska. ¡Tengo que contárselo! Tal vez sí que exista una solución. No estamos del todo malditas; tal vez...

¿A dónde vas? ¡Da media vuelta! ¡Regresa a sus brazos! ¡Ya casi le tenías!

Por poco patino sobre el suelo de la discoteca. Tan rápido como llegó, la esperanza se esfuma. No, por supuesto que Ella no se ha ido. Sin embargo, por unos idílicos segundos, dejó de presionar con tanta fuerza. ¿A qué se debió? ¿De verdad Ella quiere al chico? ¿Solo eso?

Un par de manos se posan en mi cintura. Tal y como ha pasado durante toda la noche, el contacto me incomoda y mi primer impulso es apartarme. Me contengo. *Date la vuelta. Consigue que te suplique. ¡Póstrale de rodillas!* Respirando de forma entrecortada, giro y miro de nuevo a Iván. ¿Y si la respuesta está en él? Puede que no se trate de este chico en especial, y sí de algo relacionado con su contacto o... Sus palabras.

—Vuelve a decirme lo preciosa que soy —le exijo. Acto seguido me ruborizo. Jamás en mi vida le he hablado así a nadie, cuando menos a un desconocido. Y desde luego nunca para exigir un halago.

Iván arquea las cejas al mismo tiempo que una sonrisa incrédula se pinta en su rostro.

—Eres tan bonita que me quitas el aliento —me dice. Es una frase trillada, muy trillada, y su tono contiene un indudable sarcasmo. Para él esto es un juego—. Me encanta que tengas el pelo tan largo... Y tus ojos son del azul más increíble que he visto en mi vida.

Sí, eso ya lo sabíamos. ¡Que siga hablando!

—S-sigue hablando —balbuceo.

Con cautela y suavidad, como si temiera que fuera a escabullirme en cualquier momento, Iván me conduce hacia un rincón más tranquilo, donde no hay tanta gente a nuestro alrededor. Hace media hora me habría asustado la mera idea de estar a solas con él; ahora lo único que me importa es que no deje de hablar.

—Tu piel parece muy suave, y esa blusa que llevas... —Lanza un pequeño silbido apreciativo—. Te sienta genial. Estás muy guapa.

Hasta un ciego podría ver eso. ¡Que sea más original!, mientras lo dice, noto cómo deja de agarrarse a mi interior con sus afiladas uñas, liberándome un poco. Todavía está ahí, pero ya no la siento con tanta fuerza.

Es como si el aire entrara libre en mis pulmones después de siglos ahogándome.

—¿Podrías ser más original?

Lejos de sentirse ofendido, Iván sonríe e inclina su cabeza hacia la mía. Nuestras narices están a un par de centímetros de distancia, y su cálido aliento (que apesta a lo que sea que haya estado bebiendo) se estrella contra mis labios.

—Se me ocurren un par de cosas en las que me gustaría ser original contigo... si tú quisieras.

Tendría que ser idiota para no captar esa indirecta.

No. De ninguna manera. Ese pensamiento es mío.

Pues claro que no. Ella se muestra de acuerdo. *Aún tiene que suplicar mucho más para que le permitas esas libertades... Eso si demuestra estar a la altura. ¡Este cuerpo solo es digno de un verdadero amante!*

Que Ella me haya escuchado y esté de acuerdo conmigo por primera vez me tiene tan aturdida que apenas me doy cuenta cuando Iván cierra la distancia entre nosotros y une sus labios a los míos. Sorprendida, no me aparto. Debería poder decir que este es mi primer beso. En la vida real, donde las cosas reales ocurren, esta es la primera vez que un chico pone su boca sobre la mía.

Pero yo no lo siento así.

Un segundo más tarde, las náuseas me revuelven el estómago. Quiero apartarme, aunque me siento tan bien ahora mismo... Si lo alejo puede que eche a perder este pequeño avance que he hecho. No quiero que Ella vuelva a desgarrarme por dentro en su intento por dominarme. Si el precio por la paz es un beso, ¿por qué no? Después de todo, ¿qué tienen de especiales los besos?

Emily acertó de pleno la última noche que pasamos juntas. Yo tengo el poder del Éter, el quinto elemento, y con eso debería ser feliz. Así que no me importa tener que aguantar el asco mientras los labios húmedos e insistentes de Iván aplastan los míos, si a cambio de eso recupero el control y la mantengo a Ella contenta.

Tampoco es que vaya a permitir que esto llegue muy lejos. En cuanto crea que estoy lo bastante satisfecha con el resultado, puedo...

Iván rompe el beso con brusquedad, haciéndome tambalear. Un segundo estoy viendo su cara sobresaltada y al siguiente desaparece de mi vista.

Entre mi aturdimiento y las luces parpadeantes de la pista de baile, tardo un poco en darme cuenta de lo que sucede: un tipo altísimo ha empujado a Iván contra la pared opuesta de este rincón y está golpeándolo como un salvaje en el estómago con unos puños del tamaño de piedras. Y, a juzgar por los gemidos de Iván, igual de duros.

—¡No, detente! —Intento interponerme entre el tipo violento e Iván. Un par de brazos fuertes me rodean desde atrás y me apartan—. ¡Suéltame ahora mismo!

Una mezcla de enfado y miedo se arremolina en mi pecho, haciéndome desear ser capaz de patear el trasero de quien esté a mi espalda.

Eso es. Hazle pagar por su atrevimiento. Nadie te toca sin tu permiso, me alienta Ella.

Pero... no puedo.

—Tranquila, Anna. Somos nosotros.

Ahogando una exclamación, lucho por darme la vuelta. Un oportuno foco de luz ilumina este rincón y lo veo: Ewan es quien me sujeta, observándome con precaución.

—¿Qué haces tú...? —No puedo terminar la pregunta. Iván acaba de caer a mis pies, rodeándose el estómago con los brazos—. ¡Oh, no!

Te prohíbo que sientas pena por él. Es solo uno más.

Impactada, alzo la vista hacia la impresionante figura que, con las manos apretadas en puños, se encuentra de pie junto al dolorido Iván. En cuanto veo el hoyuelo de su barbilla sé con quién me voy a encontrar. Mi cerebro me dice que no mire, que salga de aquí corriendo lo más rápido que puedan trabajar mis piernas. Y mi cuerpo, por supuesto, no hace ningún caso.

Al encontrarme con los ojos rabiosos de Ren, la reacción de mi cuerpo es incontrolable. Nervios apretándome el estómago, calor subiéndome a la cara y una horrorosa sensación de asfixia instalándose en mi garganta. Como siempre que le veo, tengo que luchar con un montón de sentimientos contradictorios: feroz alegría, terror indescriptible e impaciencia, todos ellos en el fondo de un pozo oscuro. Un pozo de tristeza.

La intensidad de su mirada es tal que casi resulta un grito. Él siempre me exige cosas cuando me mira a los ojos, cosas que, incluso si las

entendiera (que no lo hago), no podría darle. Y esa es la principal razón por la que siempre lo esquivo.

Pero hoy él me ha encontrado. Y Ewan también está aquí. ¿Por qué? ¿Y qué culpa tenía Iván?

Inspirando hondo, me cubro de la tranquilizadora capa de indiferencia en la que llevo trabajando estos meses.

—Suéltame, por favor. —Ewan se aparta, aunque se mantiene cerca—. ¿Por qué has hecho eso? —Señalo a Iván. Me niego a mirarle, pero Ren sabe muy bien a quién le estoy hablando.

Su gruñido es tan tan bajo, que resuena en mi cara torácica. Es el sonido de un cambiaforma.

—Te estaba forzando.

—No, no lo estaba haciendo —replico, con más rudeza de la que pretendía.

De reojo, veo cómo cruza los brazos sobre su amplio pecho.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué estás llorando?

Confundida, me llevo las manos a la cara.

—Yo no... —Mis dedos resbalan por las mejillas húmedas. Sorprendida, me observo las manos—. No me había dado cuenta —susurro. Y es cierto. No sabía que hubiera estado llorando mientras Iván me besaba.

—Eso ya da igual. —Ren arrastra las palabras con acritud—. Este bastardo tardará bastante tiempo en volver a usar los labios.

Negándome a contestar a eso, me giro hacia Ewan.

—¿Qué hacéis aquí?

Los ambarinos ojos del licántropo se suavizan un poco, aunque medio segundo antes estaba fulminando con la mirada a su amigo. No sería la primera vez. Donde Ren es impulsivo y directo, Ewan es tranquilo y educado.

—Sería mejor que lo habláramos en otro lado. ¿Es posible?

Me gusta su forma de hablar. Quiero que consigas que esté dispuesto a hacer cualquier cosa por ti. ¡Dile que tienes sed!

La ignoro, porque así fue como empezó todo con Iván. Echando un vistazo al susodicho, que está incorporándose poco a poco, no me queda

más remedio que claudicar. Sea lo que sea lo que vengan a decirme, seguro que no quiero oírlo en medio de una discoteca.

—Ya os habéis encargado de liberar mi agenda esta noche. Pero debo buscar a Leska. Vinimos juntas y hace un rato que no...

—Valeska nos espera fuera. —Con suavidad, Ewan me rodea el brazo con los dedos. Un lento gruñido de advertencia viene de nuestra derecha. Mientras miro a Ren, sorprendida, Ewan me suelta con la misma delicadeza —. Muy bien, si eres tan amable de seguirme...

En cuanto echo a andar siguiendo sus pasos, Ren se coloca a mi espalda; demasiado cerca para mi tranquilidad. Es imposible ignorarle, aunque sea solo por el hecho de que es más alto y corpulento que la mayoría de los chicos del lugar. Los sonidos disminuyen de volumen cuando lo tengo cerca, e incluso las luces parecen ponerse de acuerdo para iluminarle solo a él. Es tan absurdo.

Tanto el Pecado como yo nos inquietamos por su proximidad. Yo sé a la perfección mis razones, pero desconozco qué le ocurre a Ella; la noto removiéndose de un lado a otro.

—¿Cómo sabes que Leska está fuera? —Me inclino hacia Ewan para hacerme oír por encima del ruido. Y también para alejarme de su amigo.

El licántropo no me contesta, lo cual no es normal. Ewan siempre es muy solícito. Controlo mi ansiedad hasta que salimos al exterior. El clima en Bucarest suele ser muy bueno, sobre todo en un mes como agosto, así que a pesar de llevar puesta una blusa sin mangas no tengo frío. Hace una temperatura ideal para dar un paseo de madrugada, una perspectiva que de pronto me parece mucho más atractiva que quedarme aquí.

Una parte de mí intuye lo que van a decirme... o al menos que, sea lo que sea, lo va a cambiar todo.

—¡Amiga! —Leska viene hacia mí tambaleándose sobre sus altísimos tacones. Diría que son los quince centímetros extra los que la hacen ir inestable, de no ser por el sonrojo en sus mejillas y la copa de plástico que aún sostiene en la mano. Está borracha. Y, detrás de ella, ayudándola a no caerse con una gran sonrisa estúpida, está Uyl, el elfo—. Te perdí de vista después de la tercera ronda, ¿podrás perdonarme?

No necesitamos a nadie para pasárnoslo bien. Somos la fiesta personificada, le grita Ella a Leska. *Y por si no había quedado claro, ese vestido nos sentaría mejor a nosotras.*

—Yo... Yo... —Ahora mismo solo soy capaz de mirar de ella a Uyl. Luego me giro hacia Ewan, haciendo un gran esfuerzo por no reparar en Ren—. ¿Por qué está Uyl aquí? Creía que...

—Toma tu precioso perrito caliente. —La voz, con un profundo tono de barítono, surge de mi espalda. No tengo que darme la vuelta para saber quién es. Aun así, giro sobre mis tacones y me encuentro de frente con Vázquez. El licántropo es tan grande, oscuro e intimidante como le recuerdo, y en estos momentos está aniquilando a Uyl con la mirada mientras le hace entrega de un recipiente de plástico—. Que sea la primera vez que me permites hacerte un recado.

¿Qué...? Cada vez estoy más confundida. La cabeza me da vueltas. Estamos reunidos en la acera frente al Abracadabra seis de los siete poseídos. Los mismos que hace seis meses acordamos mantenernos distanciados mientras la Admonición resolvía el caso de la caja de Pandora. Un montón de funestas noticias me vienen a la mente, porque, ¿cuál puede ser el motivo para que hayan venido a buscarnos a Leska y a mí?

Como si presintiera mi debate interno, Ren da un paso hacia mí y al instante toda mi atención cae sobre él. Cuando le miro, me asusto. He tardado años en aprender a no pensar en él cada día, y la mayor parte de estos meses los he pasado practicando para cuando lo volviera a ver. Porque era obvio que nos reencontraríamos. El asunto de la posesión nos ha puesto en el mismo barco, así que me dije que me mostraría fría y distante. Fabriqué una metafórica capa de indiferencia; se supone que en cuanto me la echo por encima nada puede afectarme.

Pero no está resultando. Ren solo necesita mirarme y yo me siento como si estuviera desnuda y él pudiera echarle un vistazo directo a mi alma.

—Ewan vino a buscarme después de contactar con Uyl y V —me dice, hablando con suavidad. No parece el mismo que le dio una paliza a Iván dentro de la discoteca hace dos minutos—. Queremos que Valeska y tú nos escuchen.

—Y será mejor que valga la pena —interviene mi amiga—, porque me costó una barbaridad convencerla para que saliera de su cueva.

Sorprendida y dolida, volteo hacia ella.

—¿Tú lo sabías? Todo esto... ¿Estaba planeado?

Se encoge de hombros, aunque una fugaz expresión de culpabilidad pasa por su rostro. Leska lo sabe todo. Sabe que no deseo ver a Ren. Entonces, ¿por qué lo hizo?

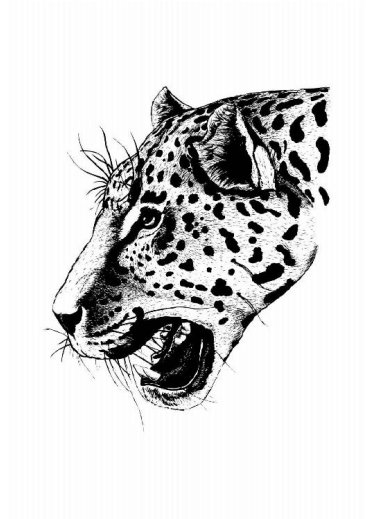
Las cosas han cambiado tanto desde que fuimos poseídos... Durante las Olimpiadas, Leska hizo de todo y más para que yo no tuviera que verme obligada a confraternizar con Ren. Mala suerte: el Arconte, el juez contratado para los juegos, nos puso en el mismo equipo. Luego se abrió la caja de Pandora y el mundo se volvió del revés. Al salir del hospital, cuando le pedí a Leska espacio para estar sola, supuse que mi mejor amiga se negaría y pondría el grito en el cielo. En cambio, me ayudó a hacer las maletas. Después de la primera semana sin tener contacto con ella, creí que me freiría el móvil a llamadas; en cambio, hubo un silencio absoluto entre nosotras. Tardó un mes en dar señales de vida, y lo hizo solo para decirme que se encontraba bien y que me recomendaba que viera una serie llamada *Arrow* para alegrarme la vista con los abdominales de Stephen Amell. No sé si se trató de una bromita suya, porque el actor era idéntico a Ren y cerré la tapa del ordenador de golpe tras los dos primeros minutos.

Leska y yo no nos habíamos separado ni un instante desde la muerte de Emily, y cuando la miro ahora no sé qué pasa por su cabeza. Por desgracia, tampoco estoy segura de lo que pasa por la mía.

Tragándome las absurdas ganas de llorar que me han invadido de repente, aparto los ojos de Leska y hago un gesto de asentimiento que no va dirigido a nadie.

—Está bien. Hablemos.

REN



De los dos coches que alquilamos en el aeropuerto, yo conduzco el todoterreno. Le cedo el clásico BMW a Ewan, y además me aseguro de que se lleva con él a Vázquez y a Uyl. Conmigo van las dos brujas, así que no sé qué es peor. Lo único de lo que estoy seguro es de que no puedo alejarme de Anna ahora mismo. Sentí demasiado alivio al verla después de todo este tiempo.

Se nota a leguas que está incómoda. Valeska va tan borracha que se echó cuan larga es en la parte trasera, ocupando todo el espacio. Eso solo le dejó a Anna dos opciones: el amplio maletero o el asiento del copiloto. Por un instante, mientras fruncía los labios, pensé que iba a meterse en el maletero. Y por penoso que suene, no me habría sorprendido. Anna ha estado esquivándome desde el funeral de Emily, y de eso ya van seis años.

Seis. Puñeteros. Años.

Solo percibir su olor dentro del reducido espacio del coche hace que apriete el volante entre mis dedos. Deseo acariciarla, es evidente. Mi leopardo está gruñendo con tanta fuerza, incitado por lo que ahora sé que es el Pecado de la Ira, que tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que no se me note. El animal no entiende por qué me contengo. Para él solo hay una verdad: Anna es mi *pasangan hidup*^[2] y debo reclamarla. Que lleve puesta esa blusa transparente que le sienta tan bien no me está ayudando en lo más mínimo. Y, ¿encontrármela besándose con otro hombre? Por todo lo que es sagrado, incluso ahora me arrepiento de no haberlo matado. Tendría que haberle roto todos los huesos del cuerpo a ese mamón. Tendría que...

Para. Piensa.

Me esfuerzo un poco y recuerdo que soy un chico del siglo XXI y hace tiempo que los neandertales se extinguieron, e intento que mi leopardo, que solo tiene instintos animales y arcaicos, lo recuerde también.

El animal exhala un gruñido largo, resentido.

Sí, voy a necesitar mucha suerte con eso.

—Por favor. —Su suave voz se oye por encima de la radio y de los ronquidos de Valeska—. Deja de hacer eso.

Sorprendido, aflojo el agarre sobre el volante y giro la cabeza hacia ella.

—¿Hacer qué?

No me mira mientras se relame los labios. Las luces de los demás coches y de las farolas le dan a su piel un tono dorado tan... tan perfecto.

—Ese sonido. Con tu garganta.

Hasta que no lo dice no me doy cuenta de que tiene razón. Estoy gruñendo. Podría contestarle que es un acto reflejo del leopardo cuando está malhumorado, sobre todo después de haberla visto en brazos de otro. Pero eso no es lo que ella quiere oír, estoy seguro.

Es decir, ¿cómo le cuentas a tu *pasangan hidup* que cometiste un error por ser un estúpido impulsivo y que la confundiste con su hermana gemela? En circunstancias normales (o tan normales como podrían serlo), yo me sentiría humillado y me convertiría en el hazmerreír de mi clan. Por no hablar del problema que se me vendría encima cuando tuviera que explicar a ambas hermanas lo que había sucedido. Tendría que lidiar con la furia de la hermana despechada y con la indignación de la hermana correcta. Eso fue

lo que creí que ocurriría cuando me di cuenta de lo que pasaba, cuatro días después de reclamar a Emily por error.

Las cosas se complicaron. Tras la trágica muerte de Emily, yo me sentí como un bastardo egoísta que no había obtenido más de lo que se merecía. Me quedé sin nada y, para colmo, le arrebaté lo más importante a mi compañera. Ver a Anna destrozada tras la muerte de su hermana gemela, su otra mitad, fue el punto y final de nuestra historia. Supe que ya no habría ninguna oportunidad para nosotros después de verla tan quebrada. Decidí respetar su dolor y vivir para siempre con el mío. Decidí no contarle que ella, y no Emily, es mi verdadera compañera. Porque, ¿de qué habría servido?

Eso no significa que cuando la vea no desee que las cosas fueran diferentes. No significa que siempre pueda mantener mis instintos bajo control, y menos ahora que tengo este Pecado dentro de mí.

Me aclaro la garganta en un intento de acallar al leopardo.

—Lo siento. —Tras mi brusca disculpa, un silencio incómodo se instala en el coche. Ni siquiera el carraspeo de la radio lo mejora—. ¿Cómo has estado estos meses?

Ella no responde al instante. Sé que me está observando, así que me concentro en la carretera. Es más fácil. Cada vez que sus preciosos ojos azules se encuentran con los míos, es como si recibiera un puñetazo en el estómago.

Tras el minuto más largo de mi vida, ella contesta.

—Bien. Perfectamente.

Frunzo el ceño cuando el pestilente olor de su mentira llega a mis fosas nasales; al mismo tiempo, Valeska murmura algo en sueños. Olvidando mi decisión de no mirarla, vuelvo la cabeza.

—Gira a la izquierda en la siguiente —dice Anna, señalando hacia el parabrisas—. Es mi calle.

Pongo el intermitente y obedezco. Y mientras busco aparcamiento aún tengo el ceño fruncido.

—No has estado bien —digo cuando detengo el coche tras un contenedor de basura—. Eso es evidente.

Anna no me contesta. En su lugar, intenta quitarse el cinturón para salir del coche, pero el todoterreno es un último modelo con un sistema de seguridad que mantiene las puertas cerradas y los cinturones en su lugar mientras el motor esté encendido. Percibo la palpable frustración de Anna, peleándose con el cinturón, y mi rabia se enciende como la mecha de un cohete. ¿Por qué quiere huir de mí de esa forma tan desesperada? Solo le he hecho una maldita pregunta, y encima me ha mentado.

Muy frustrado, hago algo que seguro que no debería. Pongo mi mano sobre las de Anna, que rodean el cuero del cinturón, y detengo sus frenéticos movimientos.

—*Tenang*. —«Tranquila». No sé por qué le hablo en mi lengua materna; me sale con naturalidad.

Ella se queda paralizada. Noto su sorpresa y, a continuación, su nerviosismo. Está un poco inclinada hacia mí y largos mechones de cabello le caen alrededor del rostro, por lo que no puedo verla bien, y hay algo duro y caliente en una de sus manos que capta mi atención. Un anillo. El anillo que siempre lleva: plateado y con una piedra engarzada, tal vez un zafiro, de unos cinco centímetros. Por un momento me parece que está brillando, como si una lengua de fuego azul lo acariciara, pero entonces Anna se echa hacia atrás y me mira.

—¿Qué has dicho?

Su rostro confundido es tan tan bonito, que no puedo evitar sonreír.

—¿Por qué debería decírtelo? Tú a mí no me cuentas la verdad.

Frunce el ceño, y un poco los labios. El gesto me hace recaer en el lunar de su barbilla. Ah, ese lunar... Lo vi en mi sueño de *pasangan* y cuando no lo encontré en Emily, comencé a sospechar. Lástima que no le diera la importancia debida. Tal vez el lunar fuera la única diferencia física palpable entre ambas hermanas.

—Ren... —Mi nombre sale como un suspiro de sus labios, y el leopardo ruge de aprobación. A él y a mí nos gusta oír nuestro nombre de su boca, porque es lo correcto.

Espero sus siguientes palabras con impaciencia.

—Hhhmmppfff... —De pronto, el brazo de Valeska aparece entre el hueco de los asientos y me golpea. Mi mano resbala sobre las de Anna—.

¿Qué digo yo siempre? Los secretitos en reunión son de mala educación. Detesto que la gente hable a mis espaldas.

Se le enredan las palabras y el tufo de su aliento afecta mi sensible olfato. Irritado porque haya interrumpido este momento, apago el motor y saco la llave del contacto. Los seguros y los cinturones se abren. Anna se apresura a salir y yo, antes de seguirla, gruño a la otra bruja:

—Arrástrate fuera del coche, por favor.

Ewan ha aparcado detrás del todoterreno. Uyl ya se ha comido el perrito caliente y ahora tiene un aspecto bastante hastiado. Mientras Anna nos conduce a un pequeño portal decorado con plantas falsas, él no para de bostezar. Esa es su vida ahora: comer o dormir. Lo demás siempre parece aburrirlo demasiado, lo cual es un claro contraste con la vida llena de desfases que llevaba hace unos meses. Tal y como hizo ver Vázquez con sus bromas en mi casa, ahora ni siquiera parece interesarle el sexo, que era su principal obsesión. Es la principal obsesión de cualquier elfo que se precie.

La pequeña casita de Anna es mucho más modesta de lo que cabría esperar de una bruja. Por lo que tengo entendido son grandes amantes del lujo y las comodidades. Como pueden conseguirlo todo tan solo chasqueando los dedos, no conocen los límites.

En cuanto Uyl localiza la pequeña cocina, se encamina hacia la nevera y, sin molestarse en pedir permiso, empieza a saquearla. Anna no lo reprende, pero lo mira con extrañeza. La observo mientras se dirige a un aparador a la izquierda de la entrada. Deja allí las llaves y el bolso y al instante una pequeña bola de pelo negro corre hacia ella desde un pasillo a oscuras y se tira a sus brazos. Anna lo abraza y lo acaricia.

Aguzo el oído para entender lo que le está murmurando al animal.

—Tú, mi pequeño gran héroe. —El arrullo de Anna, su voz cariñosa y la expresión dulce de su rostro hacen que mi corazón lata más rápido. El leopardo gruñe, no porque se sienta celoso en el sentido estricto de la palabra, sino porque hay un lado felino en mí que también querría ser acariciado y mimado de esa manera—. Pórtate bien, ¿de acuerdo?

En cuanto lo suelta, el gato se vuelve hacia nosotros (Vázquez, Ewan y yo) y empieza a bufar. Con los bigotes erizados y el lomo arqueado, es la viva imagen de una fiera... en miniatura.

Tanto Vázquez como Ewan responden al desafío. Sus ojos se encienden, amarillos y amenazantes. Son lobos, de alma canina, y detestan a los gatos. Ni siquiera se llevan bien con mi parte de leopardo y eso es algo contra lo que no podemos hacer nada porque lo dicta la naturaleza.

Yo, divertido, me limito a sonreír mientras los veo erizarse tanto como el gato.

—Bastet, no. —Anna reprende al pequeño animal y le da un suave empujoncito con el pie para que se aparte de los chicos—. Vamos, ve a morder a Leska. Aprovecha que está dormida.

Obediente y como si la entendiera, el gato le enseña el culo a Ewan y a Vázquez (tal cual, pone la cola tesa y les muestra la parte más rosada y resplandeciente de su cuerpo) y luego va hacia el sofá donde la bruja ha vuelto a tirarse. Ni siquiera sé cómo ha llegado hasta ahí.

—Bueno... —De pie en medio de la pequeña sala que compone la cocina, el salón y el comedor, Anna se retuerce las manos—. Adelante.

—Yo os escucharé desde aquí —farfulla Valeska, que está ignorando al gato subido a su espalda mordisqueándole el pelo rubio platino.

Anna gira la cabeza en dirección a su amiga y, aunque parece que quiere decir algo, se contiene. Eso es muy propio de ella. Anna siempre se frena. Todos tomamos asiento en la mesa de la cocina y no paso por alto que procura poner un par de sillas de distancia entre nosotros.

Entonces Ewan les cuenta lo mismo que dijo en mi casa. Anna se retuerce las manos.

—¿A dónde quieres ir a parar con todo esto? ¿De verdad crees que es conveniente que permanezcamos juntos? En el hospital...

—Estábamos asustados y confundidos —insiste Ewan—. Ahora es diferente.

—Yo mientras tenga una nevera cerca, perfecto —dice Uyl, alzando una tarrina de helado—. Joder, me apunto a lo que sea con tal de sacarme esto de dentro cuanto antes. Quiero sexo, aunque mi pene no parezca interesado en el asunto.

Valeska exhala un suspiro mientras se sienta con penurias en el sofá.

—Siempre tan romántico, Uylam.

Vázquez resopla, lo que supongo que es su forma de tomar la palabra.

—Yo aún no estoy aquí. Lo que quiero decir es... Que tengo mucho que perder. No iré con vosotros a donde sea con tal de encontrar una solución.

—O sea, que no tiene nada que perder y que irá donde haga falta —traduce Uyl.

Esbozo una ligera sonrisa. Por la cara de Vázquez, parece deseoso de arrancarse su propia lengua y darle una paliza por cambiar el sentido de sus palabras.

—Bueno. —Tambaleante, Valeska se pone en pie—. Aunque me encantaría pasarme los próximos veinte o treinta años emborrachándome gracias a la excusa de que escucho voces en mi cabeza, voy a apuntarme. Como ha dicho el grandullón, no tengo nada que perder.

Ewan asiente y entonces todas las miradas recaen sobre Anna. Su pequeña figura parece encogerse. Si hay algo que sé de ella es que no le gusta ser el centro de atención y que, al contrario que el resto de las de su raza, hace lo que sea por pasar desapercibida. La pobrecilla no sabe que hay algo en ella, en su mismísima esencia, que la hace destacar sobre el resto sin remedio. Y cuanto más intenta esconderse, más sobresale.

—Aunque es cierto que no hemos recibido ninguna noticia y que nadie ha contactado con nosotros, yo tengo puesta mi confianza en Melissa A'Quila. Ella me prometió que haría todo lo necesario para resolver este... problema. No sé qué podemos averiguar nosotros que no esté en manos de la representante de mi raza o del resto de la Admonición.

—Eso no lo sabemos —tercia Ewan—. ¿Estarías dispuesta a esperar de forma indefinida mientras todos los consejeros se ponen de acuerdo?

—¿Por dónde comenzaríamos? —inquire Valeska—. Las razas siempre acuden a la Admonición para resolver los problemas de fuerza mayor, y creo que esta maldición lo es. Ellos son sabios, jueces y ejecutores.

—Sí, tienen acceso a toda la información —afirma Uyl—. Donde sea que vayamos, ellos ya habrán estado allí. Y entonces no estaríamos yendo a ningún lado ni descubriendo nada nuevo.

Eso es cierto. La Admonición fue creada hace miles de años cuando las razas llegaron a un punto de no retorno en el que la única solución parecía una guerra absoluta de todos contra todos. Ni siquiera los dioses podían

intervenir para frenar la sed de sangre de sus creaciones. En una última oportunidad, un representante de cada raza acudió a un terreno neutral y, en pos de la paz y la supervivencia, firmaron el primer Tratado. Las razas se comprometieron a convivir; al fin y al cabo, solo había un mundo para todos. No habría guerras entre ellas a no ser que una de las partes rompiera algún punto del Tratado, en cuyo caso la Admonición debía examinar el hecho y meditar una solución lo menos sangrienta posible.

Como aliciente y recompensa, se crearon las Olimpiadas Interespecies. Es el escenario perfecto para descargar frustraciones y saldar deudas acumuladas. Cada cuatro años las razas tienen la excusa perfecta para desquitarse entre sí y declararse victoriosos ante los ojos de todos. Las Olimpiadas constan de pruebas individuales de habilidad, fuerza, puntería, ingenio y resistencia. Por último, está su modalidad más famosa: la Búsqueda. En un plazo de una semana se han de resolver tres pistas y «llegar a la meta» (que cada año es diferente). En la última edición se trataba de conseguir un rubí gigante. El equipo que primero consiguiera la joya, ganaba un premio muy jugoso.

Nosotros todavía estábamos resolviendo la primera pista de la Búsqueda cuando Porta abrió la caja de Pandora y todo se fue al garete. Ewan y Vázquez, por ejemplo, ni siquiera estaban cerca en ese momento. Había otros competidores justo al lado de la caja que, sin embargo, no sufrieron ningún daño. No sé si los Pecados nos eligieron de forma aleatoria o vieron algo en cada uno de nosotros.

—Pues entonces tendremos que ir más allá de su campo de competencias —responde Ewan con lentitud.

Anna frunce el ceño.

—¿Más allá? Por encima de la Admonición solo están...

—Los dioses —finalizo yo.

—Eh, eh, eh... —Valeska abre mucho los ojos mientras nos mira a todos uno por uno—. Soy bruja. Ni he tenido ni quiero tener nada que ver con ningún dios. Solo rindo culto a la Madre Naturaleza y hasta ahora me ha ido muy bien.

—Sí, ya se ve —se burla Uyl.

La bruja entrecierra los ojos.

—Lo cierto es que no sé de qué te ríes, porque sea cual sea el dios al que vosotros rindáis culto, o al que creáis que debéis agradecerle la existencia, tampoco ha acudido en vuestra ayuda. Y es mejor así. No conozco a nadie que haya recurrido a un dios y no le haya salido el tiro por la culata.

—Bueno, sabemos que las valquirias mantienen comunicación constante con la diosa de la guerra —apunta Ewan—. Y los atlantes viven gracias a los favores de los dioses.

—Las valquirias son hijas de Freyja y los atlantes son los niños bonitos de los dioses porque guardan el Ragvala, el dichoso librito que esconde todos sus secretos. Tú lo sabes muy bien, eres un gran amiguito de su príncipe —replica Valeska, cruzándose de brazos con desdén—. El favoritismo es algo muy propio de los dioses y no nos sirve. A no ser que alguno de vosotros quiera confesar ahora su traumática infancia y decir que es hijo de Zeus o de Dioniso.

—Yo hablaba de una diosa en concreto —dice Ewan—. En realidad, es la única que puede responder a nuestras preguntas.

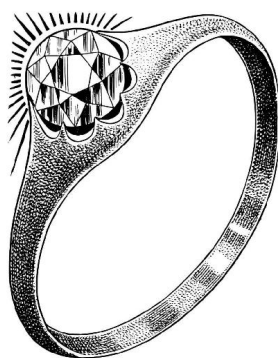
Me inclino hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Cuál?

Los ojos ambarinos de Ewan brillan un instante antes de mirarme.

—Pandora.

ANNA



El plan es bastante sencillo. Aunque me remuerde la conciencia no depositar toda mi confianza en Melissa, debo reconocer que Ewan tiene parte de razón. No haremos ningún mal a nadie investigando por nuestra cuenta, y, aunque no obtengamos resultados, al menos nos sentiremos útiles. Y puede que estando juntos nos sirvamos de apoyo unos a otros.

Ewan sacó una lista de los Siete Pecados Capitaes, y no fue muy difícil que cada uno de nosotros nos adjudicáramos el nuestro. Ren tiene a la Ira, Vázquez a la Mentira y Uyl a la Gula. Ewan confesó que a él lo había poseído la Avaricia, demonio codicioso y acaparador donde los haya. Leska apenas echó un vistazo al papel antes de proclamar que, cómo no, ella tenía a la Envidia.

Solo quedaban dos Pecados, y era evidente cuál era el mío... La Soberbia. El restante, la Lujuria, debe ser el que poseyó a Porta.

Mientras sirvo la comida china que encargamos por teléfono en varios platos y pongo los vasos en la mesa, tengo que mantener un ojo sobre Bastet. Está decidido a desafiar a Ewan y a Vázquez en cuanto me doy la vuelta. Y el problema es que los licántropos parecen más que dispuestos a aceptar el reto y convertir a mi gatito en cuscús.

Ella no es NADIE para hablarnos así. Debes ponerla en su lugar. ¡Dile que ni siquiera merece respirar el mismo aire que nosotras!

Soberbia (tiene sentido que ahora la llame así) está enfadada con Leska. La ha rechazado desde que me encontré con ella ayer. Me pregunto si hay una base con fundamento para que unas personas la atraigan tanto, otras le produzcan asco y otras la pongan nerviosa, o si solo actúa de forma azarosa. Me daría igual de no ser porque sus opiniones y cabreos afectan a mi cabeza y me debilitan.

Inclinándome sobre el fregadero, me llevo una mano temblorosa a la frente. Ahora mismo solo quiero que se vayan todos de casa. El talismán que rodea mi dedo corazón está prácticamente echando fuego, el parloteo constante de Soberbia hace que la cabeza me duela horrores, y la presencia de Ren... No ha dejado de mirarme en toda la noche. Dentro de poco amanecerá y yo llevo más de treinta y seis horas sin dormir. No sé cuánto tiempo más podré aguantar.

No ayuda que mi mejor amiga se esté comportando como una... Como una...

—Zorra —susurro antes de pensarlo bien.

Exacto. Es una zorra. Menos mal que al fin das voz a tus pensamientos más oscuros.

En cuanto me doy cuenta de que, en efecto, lo he hecho, abro los ojos de par en par. «Zorra» no es una palabra que esté en mi vocabulario. No me gusta desacreditar a las personas con esa clase de adjetivos.

Lo siento, perdona. Olvida lo que he dicho. No quiero que Soberbia se regodee en mi desliz. Leska está poseída por la Envidia. Debo ser comprensiva con ella.

Demasiado tarde. Está ahí. Y es solo el principio, querida.

Suspiro largo y tendido. Temo que tenga razón. No sé si le llevará meses o años, pero al final Soberbia acabará escarbando lo bastante

profundo como para sacar todo lo malo que hay en mí. Y nadie va a estar preparado para ese momento.

Un par de brazos largos y gruesos me rodean y cogen la pila de platos que iba a llevar a la mesa.

—Yo me encargo —me dice Ren.

Cuando da un paso atrás, sus brazos me rozan los hombros y un escalofrío me recorre entera.

—No, yo puedo. —Frunciendo el ceño, me giro y alargo las manos para quitarle los platos. Existe una muy buena razón por la que le mentí de forma descarada en el coche y le dije que había estado bien todo este tiempo. Yo quería que él supiera que le estaba mintiendo. Quería que supiera que no voy a hablarle sobre mí y que sus preguntas no son bienvenidas. Pero entonces él me tocó y utilizó ese idioma tan raro que sonaba tan dulce, y...

Ren aleja los platos.

—Estás que te caes —replica entre dientes, esforzándose por hablar en voz baja. Echo un vistazo sobre su hombro para asegurarme de que los demás están demasiado ocupados desenvolviendo la comida como para prestarnos atención. No mucho tiempo atrás, Leska habría estado atenta a cualquier movimiento de Ren... Ahora está sirviendo vino de arroz para ella y para Uyl, ajena a este momento—. Tus ojeras gritan por sí solas. ¿Hace cuánto que no duermes?

Noto que empiezo a ruborizarme. Ojalá pudiera controlar las reacciones de mi cuerpo, o lanzar un rápido conjuro que me hiciera lucir indiferente. Sin embargo, si convoco mi magia es posible que haga volar el techo de la casa y luego incinere media ciudad.

Así que solo estamos Ren y yo. Y yo no suelo ganar las discusiones. Emily fue la que nació con la labia.

No tiene derecho a increparte. ¡No lo permitas!

—Por favor... —murmuro, apretando en un puño la mano donde tengo el talismán.

—¿Qué? —Ren da un paso más hacia mí. Demasiado cerca. Todas las alarmas suenan en mi cabeza y en mi cuerpo. La respiración se me hace más pesada al notar el calor de su piel y la forma en que sus ojos verdes brillan con intensidad—. Por favor, ¿qué?

Parece dispuesto a hacer cualquier cosa por mí. ¿Por qué tiene que parecer tan preocupado? ¿Por qué siempre me mira de esa forma? Él eligió a Emily.

Ni se te ocurra mostrar debilidad. Esa palabra no existe para nosotras. Somos como reinas. Y el resto, meros esclavos.

—¿Anna? —Ren alza la mano para acariciarme, y el miedo estalla dentro de mí.

—No me toques. —La súplica viene acompañada de un gemido de terror. Me encojo contra la encimera, temblando como una hoja, mientras Soberbia empieza a chillar y a golpearse a sí misma en mi interior. Odia que suplique—. Por favor, déjame en paz.

Al principio Ren se queda paralizado. Sin duda no se explica mi visceral reacción. No ha hecho más que rascar un poquito la superficie y he actuado como si estuviera siendo víctima de una agresión.

Al cabo de unos cuantos segundos llenos de tensión, Ren me da la espalda y lleva los platos a la mesa. Los golpea contra la superficie con tanta fuerza que se rompen. Todos. La madera estalla y una gran estría aparece en el centro. La copa de Uyl se tambalea y cae al suelo, derramando el vino.

El silencio que sigue a continuación está lleno de estupor. Ewan es el primero en levantarse de la mesa, muy muy despacio y observando a Ren con mucha cautela.

—Ren, tus ojos —murmura.

No puedo verlo, pero Ren se lleva la mano a la cara y exhala un rugido aterrador. Asustada, me agarro a la encimera y aprieto el granito cuando Ren rodea la mesa y se dirige hacia la puerta. Tira con tanta fuerza del pomo que lo arranca de su lugar. Frustrado, lo arroja contra mi aparador y luego le da una soberana patada a la puerta, sacándola de sus goznes y lanzándola por los aires. Sin mirar atrás, desaparece entre los primeros rayos de sol del amanecer.

Ewan echa a correr detrás de él.

—¡V, Uyl! —grita sobre su hombro.

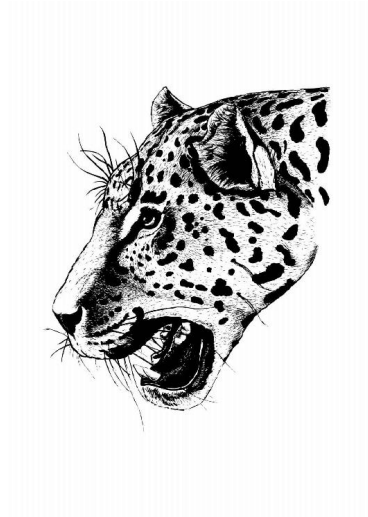
Vázquez pone los ojos en blanco y le sigue. Uyl tarda un poco más, mirando durante varios segundos su vino derramado. Luego, exhalando un

gemido de rendición, coge la caja de tallarines fritos y se marcha corriendo tras los demás.

Yo aún tengo las uñas clavadas en la encimera cuando Leska, arqueando una ceja, me mira.

—¿Qué has hecho para encontrarle las cosquillas al gato?

REN



El pequeño ojo de buey del avión me ofrece una vista muy limitada: un mar dorado de nubes y allá, al fondo, el nacimiento de un nuevo sol. Al calcular la distancia existente entre este armatoste de metal y el suelo, me remuevo en el asiento con inquietud al mismo tiempo que el leopardo merodea de un lado a otro, con los bigotes erizados y las orejas tiesas. Aunque he viajado mucho (y está en la naturaleza de un felino deambular en libertad cuando es joven), siempre evité montarme en aviones. No quiero que ninguno de mis compañeros de viaje se entere de mi aprensión a las alturas y del innegable hecho de que esto va contra natura, pero...

Si los dioses hubieran querido que yo volara, me habrían dado alas en lugar de garras. Ahí lo dejo.

—Un *gin tonic* para ti... —Un vaso ancho lleno de un líquido transparente y adornado con una rodaja de limón, aparece frente a mí. Uyl

se sienta a mi lado—. Y dos para mí.

Echo un vistazo curioso al carrito de servicio que el elfo ha arrastrado hasta aquí. Es una suerte que este sea el avión privado que nos ha prestado Ewan, y que nuestro amigo provenga de una familia tan acaudalada que no hay suficientes «ceros» para describir sus cuentas bancarias. Sobre la mesita de metal ya hay otra ronda de *gin tonic* preparada, y el contenido de todos los cajones inferiores está desparramado. Cuando Uyl descubrió que no había cacahuets ni ningún otro tipo de fruto seco en el avión, creí que iba a tirarse por la salida de emergencia. Al parecer su Pecado tiene antojos, y, si no son satisfechos a la mayor brevedad posible, Uyl sufre. Así que se ha propuesto matar el sufrimiento a base de alcohol.

Es una lástima que los elfos no se puedan emborrachar con bebidas mundanas. Su metabolismo no lo permite.

Yo ni siquiera toco mi vaso.

—Ah, sobre lo de ayer. —Uyl suelta las dos pajitas de las que está bebiendo de forma simultánea y me mira—. Ewan dice que ni te preocupes. Ya reemplazó el coche que lanzaste al río y el dueño ni se ha enterado.

Exhalando un largo suspiro, cierro los ojos. De este último episodio de rabia sí que lo recuerdo todo: salir de casa de Anna hecho una furia (después de haber destrozado sus platos, su mesa y su puerta principal), correr hasta que el río Dâmbovița me cortó el paso, y lanzar un coche de setecientos kilos por encima de mi cabeza hacia las oscuras aguas. Fue una suerte que no hubiera nadie dentro. Ese fue el momento en el que Vázquez me placó por detrás y me contuvo contra el suelo mientras Ewan intentaba meterme algo de sentido común en la cabeza. Uyl se reía.

No perdí el norte porque quisiera romperle todos los huesos del cuerpo a alguien (aunque más tarde lo deseé, solo para sentirme mejor), sino por la expresión en el rostro de Anna cuando estuve a punto de tocarla. Miedo. El miedo más absoluto. Se encogió como si yo fuera una terrible bestia dispuesta a hacerle daño, y me suplicó que no la tocara. El leopardo se volvió loco, y yo me sentí igual que si Anna me hubiera disparado una bala en el corazón.

Supongo que fue la mejor manera de hacerme ver que hago lo correcto no contándole la verdad. Ella aún no ha superado la muerte de Emily, y

según mi propia experiencia es algo de lo que tal vez nunca se desprenda. Debe verme como el culpable de lo que le ocurrió a su hermana, y eso mi cabeza lo entiende. Mi corazón y el leopardo, no. Ellos no quieren permitir que Anna crea lo peor sobre mí. Les escuece como una herida abierta que ella me tenga miedo.

Sin embargo, por muy poco que me guste, lo que ocurrió ayer es la excusa perfecta para no acercarme a Anna y dejar de tentar a la suerte. Es mejor así.

En menos de una hora llegaremos a Atenas. Allí se encuentra el templo de Pandora, el único lugar donde podremos encontrar toda la información relativa a la caja y los Pecados. Mientras tanto, Ewan y Vázquez han puesto rumbo a Aragón, en España. Allí está la mansión de Porta, la famosa finca de dos mil hectáreas donde se realizan las mayores fiestas del mundo. Ewan no tiene esperanzas de que la ninfa esté allí de brazos cruzados, pero quiere encontrarla cuanto antes. Por descarte, sabemos qué Pecado poseyó a Porta: la Lujuria. Me imagino qué clase de impulsos está sufriendo la ninfa, y no sé cómo lo estará viviendo. Todos sabemos que Porta tiene una vida sexual muy pública y que comparte su cuerpo con todo el mundo. Aunque, claro, una cosa es hacerlo de forma voluntaria y otra muy distinta es que algo ajeno a ti intente obligarte. Espero que Ewan y Vázquez la encuentren; la ninfa me ayudó hace unos años cuando buscaba a mi compañera y, aunque a mí las cosas no me salieron bien, ella está loca y por su culpa fuimos poseídos, no le deseo ningún mal.

En general, aunque todas las razas despotrican de Porta, nadie la odia en realidad. Su don como clarividente es su propia maldición y, aunque a veces debería quedarse calladita, me gustaría creer que nada de lo que hace es con mala intención.

Al escuchar mis pensamientos, Ira se revuelve dentro de mí, disgustado. Por supuesto, él no está de acuerdo. Quiere que la ninfa pague por su error. Quiere que me enfade porque Porta, La Que Todo Lo Ve, no me especificó que mi compañera tendría una hermana gemela. Él desea venganza por el engaño. Y si lo pienso bien... tiene un poco de razón. ¿Qué le costaba a la ninfa detenerse un momento para hablarme de lo que ocurriría? Al fin y al cabo, le pagué. Veinticuatro diamantes. Y no se puede decir que saliera

beneficiado con el trato. Se limitó a darme unas malditas coordenadas de mierda...

—Mmm, Ren. —Uyl chasquea los dedos delante de mi cara—. No quisiera interrumpir tu momento de meditación, ya que pareces bastante concentrado, pero tus ojos se están volviendo negros.

Maldición.

Haciendo las inspiraciones que ya se están convirtiendo en costumbre, miro de reojo hacia la zona donde están sentadas Anna y Valeska. La rigidez que noté entre ellas la noche anterior sigue vigente. A ambas se las ve tensas (Valeska además hace todo lo posible por pellizcar al gato de Anna cuando esta no se da cuenta). No son el dúo inseparable al que estoy acostumbrado.

Anna, que está mirando por la ventanilla, frunce el ceño y se gira hacia mí. Nuestros ojos se encuentran. Aunque mi estómago experimenta una sacudida, me obligo a mantener la mirada. Apenas hemos hablado desde anoche y sé que ella se está esforzando todo lo posible por ignorarme; es probable esté enfadada por los destrozos que hice en su casa, y con razón.

Ella aparta la mirada primero. Me fijo en cómo se le han ruborizado las mejillas y me relajo. Está guapísima cuando se sonroja. Y lo hace muy a menudo, ya que cualquier cosa parece capaz de producirle vergüenza o nervios. Si ella fuera mi pareja (si lo fuera de verdad, después de yo haberla reclamado), averiguaría qué cosas puedo decirle que la hagan sonrojar. Se me ocurren unas cuantas muy interesantes. Podría acercarme a ella por la espalda, al estilo de los leopardos, y morderla en la nuca con suavidad. Eso le gustaría, seguro. Temblaría para mí. Y luego le susurraría al oído todas las cosas que le haría si me lo permitiera, todas mis fantasías y deseos. Y exigiría que me confesara las suyas, porque estoy dispuesto a cumplir todas y cada una de ellas. Cuando ella estuviera preparada y vulnerable, la mordería en el cuello, justo en la curva, donde todos pudieran ver mi reclamo. Haría que fuera tan bueno para ella...

A mi lado, Uyl suspira.

—Y ahora te empalmas. Por favor, no hagamos que esto sea más incómodo de lo que ya es.

Retraigo el labio superior y le suelto un gruñido, pero el elfo no parece muy intimidado. Se limita a sonreírme.

—Entre los míos, cuando a alguien se le pone tiesa busca un agujero donde meterla. Yo estoy sentado a treinta centímetros de ti y soy tan atractivo que es obvio que sería tu primera opción. Por desgracia, estos días estoy practicando la abstinencia. Ahorrémonos la decepción y mantén al Pequeño Ren dentro de los pantalones, ¿vale?

Uyl siempre tiene una ironía o una broma en la punta de la lengua, y consigue dejar claro en cada frase que se considera algo así como un regalo caído del cielo al que ningún ser vivo podría resistirse. Me sorprende que no haya perdido eso de sí mismo en estos meses. Siempre está luchando contra su Pecado, dándose atracones de comida o roncando como un oso, y aun así no pierde el humor. Y eso es algo admirable.

Me sorprendo a mí mismo sonriendo un poco e inclinándome hacia él, asegurándome de invadir su espacio personal y de que se dé cuenta.

—Tú serías mi primera opción ahora y siempre, Uylam. Estés sentado a treinta centímetros o en la otra punta del avión, yo haría que te olvidaras de la abstinencia.

El elfo da un brinco tan grande que casi roza el techo con sus orejas puntiagudas.

—¡Joder, y yo que pensaba que te habías olvidado de tu horroroso sentido del humor!

Riéndome por lo bajo, vuelvo a mi asiento justo cuando mi móvil empieza a sonar. Es Ewan.

—Dime.

—¡... te localizo! ¡Tienes que...! ¡... por vosotros!

La voz del licántropo se entrecorta con numerosas interferencias. No entiendo nada de lo que dice, pero el tono urgente de su voz me alarma.

—Espera, espera, no te oigo.

—Van a... cielo... Por qué... separados. ¡Tienes... aterrice!

Entonces la conexión se corta.

—¿Ewan? —Me aparto el móvil de la oreja para observarlo. La llamada se ha perdido.

Uyl se inclina hacia mí, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa?

—Ewan ha...

Un impacto descomunal mueve todo el avión y hace que me estrellé contra la ventanilla, golpeándome el hombro. Aunque el dolor me deja aturdido unos instantes, lo primero que hago es buscar a Anna con la mirada. Ella no tenía puesto el cinturón de seguridad y ha salido despedida hacia el pasillo central. Está a gatas, intentando ponerse en pie, pero el avión debe de haberse desequilibrado y se inclina de manera peligrosa hacia la izquierda.

Los vasos de *gin tonic* ruedan por las bandejas plegables y caen al suelo enmoquetado. Se escuchan estallidos y chirridos descomunales cuando la estructura del avión se resiente por la presión.

Uyl se aferra a los reposabrazos para no caerse.

—¿Qué diablos...?

Otro golpe, esta vez desde la izquierda. Ahora no me cabe ninguna duda de que se trata de algo que proviene del exterior: el impacto ha dejado una abolladura del tamaño de un tráiler, y numerosas fisuras empiezan a extenderse por el casco del avión, agrietando las ventanillas y el techo.

—¡Nos están atacando! —exclamo, desabrochándome el cinturón y saltando por encima de Uyl. Sujetándome a los demás asientos logro llegar hasta Anna y la ayudo a ponerse en pie—. ¿Estás bien?

Parece aturdida, y un hilillo de sangre le cae por la sien. En cuanto veo el líquido rojo mi visión empieza a palpar. Ira se echa a reír, satisfecho, y acumula fuerza en mis manos para que sea yo el que aseste el siguiente golpe. *Ni lo sueñes, replico. A ella jamás.*

Cuando otro bandazo golpea el avión desde arriba, Anna y yo salimos despedidos hacia el techo. Recogiéndola en mis brazos, recibo yo todo el impacto en la espalda y luego en el costado cuando caemos. Me estoy clavando el carrito de las bebidas en las costillas, aunque no me importa. Coloco una mano en la mejilla de Anna y la obligo a mirarme. En este momento es imposible que me ignore.

—¿Anna?

Ella asiente, con los ojos bien abiertos por la impresión.

—¡Son demonios! —grita entonces Valeska. Está agachada junto a una ventanilla, observando el exterior—. Hay muchísimos... Van a derribar el avión.

No lo entiendo, ¿por qué cojones iban unos demonios a derribar este avión? Recuerdo la llamada de Ewan y es obvio que estaba intentando advertirme sobre algo. Él sabía que estaban a punto de atacarnos. Pero... ¿cómo?

Aunque eso no es lo más importante ahora. Lo primordial es mantener a salvo a Anna.

—Anna, tú y Valeska podéis teletransportaros fuera de aquí. —Ella empieza a negar con la cabeza. Yo la interrumpo—. He visto hacerlo a otras brujas. Sé que poseéis esa magia. Hazlo. Ahora.

Un último golpe destroza la cola del avión y desequilibra por completo la máquina. Las planchas de metal se doblan y gimen, succionadas por la fuerza del aire. Apenas tengo tiempo de reaccionar y agarrarme a un asidero, sosteniendo a Anna contra mí, antes de que las grietas de ambos lados se unan y el avión se parta por la mitad.

Oigo un grito y Uyl sale despedido de su asiento... cayendo por el hueco, hacia el abismo.

—¡No!

A mi izquierda, Valeska también se ha aferrado con una mano a un asidero, y con la libre está intentando hacer algo... Desprende luz blanca por sus cinco dedos, y cinco látigos brillantes se lanzan como flechas por la apertura. No sé qué está haciendo hasta que veo aparecer a Uyl, sostenido por la magia de Valeska. Casi ha llegado de nuevo al avión (o lo que queda de él) cuando un par de sombras negras se abalanzan sobre el elfo y cortan las ligaduras. Valeska grita de dolor al tiempo que los dos demonios, agitando sus esqueléticas alas negras, clavan sus garras en Uyl y se lo llevan.

Más seres del inframundo aparecen. El avión está cayendo en picado girando en espiral, y ya no siento la mano con la que me estoy aferrando. Solo sé que, si me suelto, no habrá nada que impida que Anna y yo caigamos, y que si nos quedamos aquí nos estrellaremos junto con el avión.

Cuando tres demonios se cuelan por la abertura y se aferran a las paredes, mascullo una maldición.

—Teletraspórtate —le ordeno a Anna, con la boca pegada a su oído para que pueda oírme por encima del rugido del viento. Me da igual que ella y Valeska desaparezcan en medio de un montón de chispitas mientras yo me quedo aquí, entre dos posibilidades letales. Solo puedo pensar en salvarla—. Hazlo.

Niega una y otra vez con la cabeza, sin mirarme.

—No puedo. Lo siento, lo siento...

¿Está demasiado asustada como para hacer magia? Es posible. Anna siempre ha sido tan delicada, tan frágil... Tomando una resolución, cojo una de sus manos y hago que rodee nuestro asidero.

—No te sueltes —le digo con firmeza.

Ella tiene los ojos muy abiertos.

—¿Qué vas a...?

Lanzándole una última mirada, me suelto y, por la fuerza del aire, caigo directamente sobre uno de los demonios que están entrando. Está tan afianzado que no caemos al exterior, pero me veo envuelto en un revoltijo de cuernos, colmillos y alas ásperas. Saco las garras y las clavo hasta la empuñadura en un lado de su cabeza. Se le salta un ojo y oigo su desgarrador alarido. Retiro las garras y luego las clavo en su corazón. Se acabaron los gritos. Uno menos. Entierro las garras en el metal antes de darle una patada para dejar que su cadáver caiga. Luego me echo a reír.

Por todos los dioses, había echado de menos matar demonios. Ira está dando saltitos de felicidad en mi interior y, por una vez, no me molesta.

Me giro para comprobar que Anna sigue donde la dejé. Aún se agarra al asidero, pero ahora está estirada, con el brazo extendido intentando llegar hasta su amiga. Valeska tiene sangre en las manos y parece más pálida de lo normal. ¿Por qué no se marchan? ¿Por qué Anna no lanza ningún hechizo?

El avión sufre un cambio brusco de dirección y se inclina hacia atrás. Cuando echo un vistazo sobre mi hombro descubro por qué: al menos un centenar de demonios está posándose alrededor de la abertura, como un enjambre enfurecido de abejas. Clavan sus garras en el metal y tiran de él

hacia arriba con todas sus fuerzas, como si quisieran... ¿Elevar el aparato? Eso no tiene ningún sentido. ¿Primero nos hacen caer y ahora nos rescatan?

Algo me presiona un pie. Gruño y bajo la vista. Hay un demonio clavándome sus diez garras en la pantorrilla e intentando arrastrarme hacia donde están todos los demás. Hacia la nada. Doy patadas en la cara del bastardo, rompiéndole la nariz y la boca hasta que consigo que me suelte, y entonces me doy la vuelta. Quiero trepar hasta Anna y hacer... No lo sé. Solo quiero llegar hasta ella. Más garras me atrapan por las piernas y me arrastran en dirección contraria. Por más que intento liberarme, no puedo. Voy a acabar siendo engullido por una jauría de demonios.

—¡Ren! —Anna me llama.

Entonces, ocurre algo extraño. Una potente luz dorada empieza a cubrirlo todo a nuestro alrededor. Chillando de dolor, los demonios se desprenden del avión y huyen, espantados, batiendo sus alas con fuerza.

Tal y como desaparecen esas bestias, también lo está haciendo lo que queda de avión. Las paredes y el suelo se caen a pedazos y salen volando. Me pongo en pie y corro mientras aún hay pasillo, protegiéndome con los brazos de los trozos de metal que surcan el aire, hasta que llego a Anna. Justo entonces una placa le golpea la parte posterior de la cabeza y cae contra mi pecho, exánime.

—¡Anna!

Valeska y yo intercambiamos una mirada. Luego todo se deshace a nuestro alrededor y nos envuelve el aire. Frío, lacerante, mortal, caemos a través del cielo hacia la mancha marrón que está por debajo de nosotros. Demasiado cerca. No hay nada a lo que agarrarnos, que nos ayude a amortiguar la caída. El impacto nos matará.

Hasta que, de pronto, algo afilado se clava en mis hombros. Los ojos me escuecen por el viento y apenas puedo abrirlos, pero la sombra es negra y la espalda me arde. Nos están cazando. Por desgracia para ellos, clavarme las garras en los hombros hace brotar la sangre; el líquido, espeso y caliente, resbala y pierden el agarre. Estoy seguro de que vamos a acabar estampados contra el suelo cuando ocurre algo sorprendente.

Una figura pasa rozando mis piernas y mis costillas, subiendo, y se engancha bajo mis axilas. Tiran de mí hacia arriba, y el cambio de dirección

es tan brusco que casi pierdo a Anna. El corazón me da un vuelvo y abro los ojos. Veo un par de manos grandes rodeándome el pecho, justo donde tengo apoyada la cabeza de Anna. Al mirar a mi alrededor veo el enjambre de demonios que, como cuervos, contrastan contra el cielo azul. Por un momento creo que nos han vuelto a capturar, hasta que me doy cuenta de que los demonios no poseen manos cuando se transforman, y que lo que está sosteniéndonos en el aire no tiene alas negras, sino blancas...

Tragándome una maldición, echo el cuello hacia atrás y miro a nuestro salvador. Un par de ojos dorados me devuelven la mirada y me hacen un guiño. Veo una aureola brillando por encima de una mata de pelo rubio, y ese par de alas grandes y esponjosas, y lo único que se me ocurre decir es:

—No me jodas.

El ángel me sonríe.

—No está en mi naturaleza.

Unos segundos más tarde, Anna y yo somos depositados con suavidad en el suelo mientras se desata una pelea celestial sobre nuestras cabezas. Al menos cinco ángeles han aparecido de la nada y luchan contra los demonios. Les rompen el cuello, les quiebran las alas, los ciegan con haces de luz dorada que salen de sus manos... Un ángel lleva un arco y un carcaj con flechas, y acierta cada uno de sus tiros. Otro ángel, más delgado y pequeño que los demás, porta una flameante espada con la que cercena a los demonios. Les corta brazos, piernas, orejas, cabezas... Cualquier parte del cuerpo que esté al alcance de su espada.

Todos sus movimientos son precisos y elegantes; no están gobernados por la rabia ni por la pasión de la pelea. Ya había oído hablar de la templanza de los seres celestiales, de su imposibilidad de dejarse llevar por las emociones mortales, pero no entendí el verdadero significado de eso hasta ahora.

Nuestro salvador también aterriza. Por inercia, sostengo a Anna más cerca, acunándola. El ángel, que parece tener más o menos mi edad (y digo «parece» porque lo más probable es que sea miles de años más viejo de lo que puedo adivinar), repliega las enormes alas contra su espalda y extiende sus manos hacia mí. Ahí está Bastet, que maúlla y se contonea hasta que el ángel lo deja caer al suelo.

—Yo no soy vuestro enemigo —me dice, sonriendo con los ojos. Si es que eso se puede hacer—. Y necesito acercarme para ver las heridas.

No debería rechazar la ayuda de un ángel... Sus poderes son legendarios. Sin embargo, nunca me he fiado de los desconocidos, y, después de que un enjambre de demonios destruyera nuestro avión sin saber por qué, no me siento muy inclinado a empezar a hacerlo.

—¿Quiénes sois y por qué nos estáis ayudando?

El ángel asiente, como si esperara mi reticencia.

—Mi nombre es Rafael y soy uno de los Siete Arcángeles. Mis compañeros y yo hemos venido en cuanto nos dijeron que estabais en peligro —me explica—. Nos habríamos presentado antes, pero no pudimos localizaros. Poco tiempo después de la posesión os dividisteis y nos fue imposible rastrearos.

—¿Rastrearnos? —repito, arqueando una ceja—. ¿Por qué querrían unos arcángeles rastrearnos?

Rafael imita mi gesto.

—Creí que sería obvio. Lleváis dentro los Siete Pecados Capitales. Nosotros somos los Siete Arcángeles protectores de la humanidad. —Levanta las cejas como si pretendiera que yo le aplaudiera o algo así, y al no obtener ninguna reacción frunce el ceño—. Debemos encargarnos de que no propaguéis el mal que lleváis dentro, ¿entiendes?

—Os envía el Vaticano —resumo, escupiendo la última palabra.

Si hay una institución entre las razas que ocupa el primer escalafón en la pirámide de plastas y metomentodos, esa es la del Vaticano. Al contrario que la Admonición, fue creada para proteger los derechos y la paz de los humanos, la raza más débil de todas (aparte de la única que vive creyendo que los demás no existimos).

Rafael entrecierra los ojos durante un momento, como si lo pensara.

—No exactamente.

—En cualquier caso, gracias, pero no. Ya tenemos bastantes problemas encima como para además hacernos cargo de lo que sea que pretendan los tuyos.

Debo de haber levantado demasiado la voz, porque Anna se revuelve entre mis brazos y hace un intento por abrir los ojos. La sangre que le caía

de la sien se ha secado, y está tan pálida que me da miedo.

—Sshh, *tenang* —«Tranquila».

—Por favor, deja que la examine —me dice Rafael, mirando a Anna con un profundo ceño de preocupación—. Te equivocas al pensar que nosotros somos un estorbo. Somos la ayuda.

Me debato entre la poca confianza que me produce esta «milagrosa» intervención (y nunca mejor dicho) y las ganas de atender a Anna.

—Es ayuda no solicitada —le contesto... E, inspirando por la nariz, me arrodillo en el suelo—. Puedes examinarla. Si veo algo extraño, te arrancaré una a una esas plumas tan bonitas que tienes.

Rafael no parece preocupado por mi amenaza. Frotándose las manos para calentarlas, se agacha junto a nosotros. Con mucha delicadeza, pasa sus dedos por la frente de Anna, dibujando círculos con los pulgares desde el centro hacia las sienes. No parece estar haciendo nada excepcional, pero yo mismo puedo ver cómo el color vuelve con rapidez a sus mejillas.

Después de un par de minutos así, empiezo a impacientarme. Sobre mi cabeza disminuyen los sonidos de lucha, y cuando alzo la vista compruebo que los demonios han desaparecido de los alrededores. Tampoco veo a los demás arcángeles. Una columna de humo no muy lejos de aquí indica el lugar donde se estrelló lo poco que quedaba del avión. Estamos en medio de un campo de arado yermo y seco, sin ningún rastro de civilización cercana. Ha sido una suerte, porque podríamos haber acabado en medio de una ciudad llena de testigos, o incluso en el mar.

Miro a Rafael.

—¿Y bien?

Tiene los labios apretados. Tras un suspiro que no sé determinar, se echa hacia atrás.

—Solo está inconsciente. Es una suerte que llegáramos a tiempo. —Sus ojos dorados examinan a Anna con precisión. Como no me gusta el modo en que la observa, vuelvo a cogerla en brazos y me levanto. El arcángel me imita; es tan alto como yo, aunque no tan musculoso—. Ella es La Controladora Del Éter. Me extraña que no utilizara su magnífico don en un momento de necesidad.

Yo también he oído hablar de la gran profecía que señaló a Anna como una bruja espectacular. Sé que fue convocada al Sabbat del Dragón, el aquelarre de brujas más importante de Europa, y que su particularidad hizo que su representante la nombrara su pupila y protegida. Son aspectos de su vida que están en boca de todo el mundo, porque entre las razas es normal tener una reputación.

Si es una bruja tan magnífica con unos poderes tan grandes, ¿por qué no se teletransportó para salvarse? ¿Por qué no intentó defenderse con su magia como hizo Valeska?

Un nuevo arcángel desciende del cielo. Es el que portaba la espada de fuego, con un pequeño detalle que no advertí desde la distancia: es una chica. Tiene el cabello y los ojos tan dorados como Rafael, y hace desaparecer la espada con un gesto. Observándonos a Anna y a mí con cautela, se acerca.

—¿Os encontráis bien? No hemos podido venir antes. —Al igual que Rafael es hermoso, ella respeta todos los cánones de belleza de cualquier artista. Su constitución es tan delicada que es difícil creer que sea la misma que masacraba demonios hace unos minutos—. Ha sido tan complejo encontrar vuestro rastro. Por favor, decidme que estáis bien...

Cuando extiende la mano hacia nosotros, retrocedo un paso y lanzo un gruñido de advertencia. Todavía no he decidido si debo confiar en ellos, por muy bondadosos que los haga su naturaleza. Hay demasiadas cosas que aún no me encajan.

La chica compone una extraña expresión en su rostro, como si se sintiera dolida por el rechazo. A su lado, Rafael le rodea los hombros con el brazo y le da un ligero beso en la sien. Tras murmurarle unas palabras al oído, la chica asiente. La escena me resulta impactante; no sabía que los ángeles o arcángeles se hicieran demostraciones de afecto.

—¿A qué os referís cuando decís que no pudisteis seguirnos el rastro? Creía que desde los cielos se veía todo.

Para mi sorpresa, Rafael pone los ojos en blanco.

—Eso es un tópico. ¿Vosotros veis algo desde aquí abajo aparte de una extensión azul? Pues nosotros no vemos nada más que tierra y agua. Desde que os dividisteis hace seis meses os hemos buscado por todas partes, pero

nos ha sido imposible dar con vosotros. Sin embargo, hace un par de días os volvisteis a reunir y los demonios empezaron a inquietarse. Cuando nuestro enlace con el Inframundo nos lo comunicó...

—Espera un momento —lo interrumpo, frunciendo el ceño—. ¿Estás diciendo que estos demonios que nos acaban de atacar supieron, de alguna forma, que estábamos juntos?

Mi pregunta hace que tanto Rafael como la chica se muestren perplejos.

—Sí —murmura el arcángel, mirándome con prudencia—. Si os juntáis más de dos, la pestilencia de los Pecados se une y los demonios son capaces de oleros. Ese es el motivo por el que la Admonición os recomendó separaros.

Por todos los dioses, Ewan tenía razón al desconfiar de los pretextos y el proceder de la Admonición. Nos han ocultado información. Nos han tratado como estúpidos.

Dentro de mí, Ira despierta, retorciendo los labios con desagrado.

Agitado, intento concentrarme. Tengo a Anna entre mis brazos y a dos arcángeles delante de mí, por lo que no puedo perder el control. Debo mantenerme templado el tiempo suficiente para, al menos, dar con todas las respuestas.

—¿No lo sabías? —pregunta la chica, abriendo los ojos con horror—. ¿No sabías lo que ocurriría si os reuníais? —Se gira hacia su compañero—. ¿Por qué Abaddon no se lo dijo? ¿Crees que lo están coaccionando?

Rafael parece no tener respuesta. Mientras, yo me impaciento. Ni sé quién es Abaddon ni me importa en este momento.

—¿Por qué nos buscan los demonios? ¿Quieren matarnos, capturarnos, qué? —Ladro.

La chica frunce el ceño.

—Serénate. No alimentes más al Pecado. En cuanto a tus preguntas, los demonios os buscan por la sencilla razón de que portáis a los reyes que perdieron hace tantos milenios. Dentro de la caja de Pandora el olor de los Pecados, la pestilencia, permanecía oculta. Cuando la caja se abrió, todo el Inframundo tembló ante la certeza de que sus amos habían sido liberados. Por separado, cada Pecado que habita dentro de vosotros no tiene la fuerza

necesaria para llamar a sus siervos. Son solo almas, y si no las alimentáis con oscuridad no tendrían por qué hacerse fuertes.

Por eso me separaron de Anna en el hospital. A ella y a Porta las trasladaron a un lugar llamado Sector B, mientras que a Ewan y a mí nos mantuvieron encerrados en la misma habitación. Me prohibieron ver a Anna y me volví tan loco que agredí a Ewan y tuve que permanecer sedado hasta que mi clan vino a por mí.

—¿Eso es lo que quieren los demonios? ¿A los Pecados que nos poseen?

Rafael asiente.

—Desean extirpároslos y sentarlos en los tronos de hueso y cenizas que llevan esperándoles más de tres mil años. —Su expresión se vuelve sombría—. No creo que sea necesario decir que eso sería una catástrofe.

Sí, es evidente que devolver a los demonios más malvados del universo a su legítimo reino sería algo así como el fin del mundo, pero hay un pequeño detalle de su explicación que enciende la chispa dentro de mí.

—¿Extirpárnoslos? —repito—. ¿Eso quiere decir que es posible sacar a los Pecados de nuestro interior?

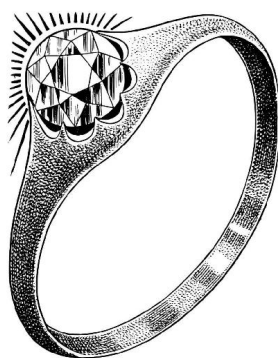
La chica arquea las cejas.

—Oh, sí, por supuesto.

—¿Cómo?

—Muriendo.

ANNA



Tomo una gran bocanada de aire y abro los ojos. Lo primero que hago es llevarme las manos a la cara para protegerme de la luz. Recuerdo la luz, al menos. Pronto me doy cuenta de que el haz dorado que nos rodeaba ya no está. Estoy recostada contra algo duro, y caliente, y mis pies están enterrados en un montón de... ¿Tierra? Soltando un suspiro, encojo las piernas contra mi pecho.

—Anna.

Esa voz...

Hay un par de brazos rodeándome, brazos largos y musculosos: Ren. Estoy apoyada en él, ambos sentados en medio de un campo de tierra en el que no hay nada en absoluto aparte de nosotros dos. En lugar de contestar, alzo la vista al cielo. Lo último que recuerdo es a Ren corriendo hacia mí después de que una luz dorada espantara a los demonios.

Está claro que de alguna forma no morimos ni nos estrellamos (a no ser que esto sea una pobre imitación de lo que hay tras la muerte). Giro el rostro hacia Ren y, de inmediato, me echo atrás: está demasiado cerca. Es más alto que yo así que he estado a punto de rozarle la barbilla con la nariz. La habría notado áspera, a juzgar por los indicios de barba que hay en sus mejillas.

Cuando su mandíbula se mueve, mi mirada cae en su hoyuelo. Aparece y desaparece dependiendo del énfasis que ponga en cada palabra; aprendí eso en el funeral de Emily, mientras lo observaba intentando explicarme lo sucedido. Aquel día no escuché ni una sola de las palabras que salieron de sus labios, porque el *shock* me mantuvo medio sorda unos cuantos días. Y cuando intentó hablar conmigo de nuevo, hui. Y así durante seis años.

Cuando el hoyuelo desaparece por completo, me doy cuenta de que él acaba de decir algo y yo me he limitado a observarlo como una lunática. Ruborizándome, me arriesgo a mirarlo a los ojos. No parece sorprendido, sino que una misteriosa sonrisa curva sus labios.

Me aclaro la garganta.

—¿Qué ha pasado?

La respuesta llega de algún lugar por detrás de su espalda. Un pequeño maullido y acto seguido la cabecita de Bastet aparece sobre el hombro de Ren. La imagen no puede dejarme más impactada.

—Y aquí tienes al pequeño camorrista. —Ren quita una de sus manos de mi cadera (donde ambas han estado hasta el momento sin que yo me percatara) y agarra a Bastet por el pescuezo para levantarlo. No le está haciendo daño, si me fío de los maullidos alegres de mi gato y la forma en que retuerce la cola. Cuando lo suelta en mi regazo, Bastet intenta darle un zarpazo cariñoso, pero Ren lo esquivo con agilidad—. No tiene ningún traumatismo por el accidente, como puedes ver.

—Está... jugando contigo. —Mi voz sale demasiado monótona debido a la sorpresa. Jamás pensé que viviría para ver a Bastet relacionarse con otro ser humano aparte de mí. Creo que solo soportaba a Emily porque éramos idénticas y eso lo confundía.

Ren se encoge de hombros.

—Los gatos son juguetones.

—No, no lo son —replico al instante—. Bastet es un depredador feroz. Arisco y desconfiado. —Pero mientras lo digo, miro con escepticismo al felino. Está raspando el pantalón de Ren, jugando con los hilos sueltos de un agujero chamuscado bajo su rodilla. ¿Se habrá dado un golpe en la cabecita?

—Entonces, ¿por qué lo tienes? —me pregunta Ren.

—Porque es el compañero perfecto para una bruja —contesto sin pensar, cogiendo a Bastet y alejándolo de Ren. Entonces me doy cuenta del comprometido lugar en el que me encuentro: sentada entre las piernas abiertas de Ren, con una de sus manos aún en mi cadera, en medio de un campo de tierra sin la menor idea de lo que ha pasado mientras estaba inconsciente.

Como si me entendiera, Bastet restriega su cabeza contra mi mano y se acurruca en el pliegue de mi codo. Espero unos cuantos segundos a que Ren diga algo, lo que sea, y no obtengo nada más que silencio. Curiosa a mi pesar, giro la cabeza para mirarlo.

Oh, demasiado cerca otra vez. No obstante, ahora, cuando intento echarme hacia atrás, la mano de Ren está justo ahí, en mi nuca, cortándome la retirada. Sus ojos verdes atrapan los míos con esa técnica suya, y múltiples mariposas comienzan a revolucionar mi estómago.

Sin embargo, cuando la sensación debería ser agradable, a mí me llena de miedo.

¿O es otra cosa parecida?

No, no. Estoy segura de que es miedo.

—No sabía que te gustaran los felinos —murmura en voz baja. Juraría que he oído un ronroneo por aquí, pero debe de haber sido Bastet. Hay un brillo inusual en los ojos de Ren... algo a medio camino entre peligroso y emocionante—. Eso está bien. Te gustaría mi leopardo.

¿Su leopardo? Mis ojos se abren de par en par e intento ponerme en pie. Él no opone resistencia. Me libera la nuca con suavidad y me observa con los ojos entrecerrados mientras cojo a Bastet y me alejo unos cuantos pasos.

—No lo decía por eso —aclaro, con la respiración agitada—. Ni siquiera pensé en... —... *ti. Transformado en leopardo.*

La mera idea es horrorosa, absurda. Todo el mundo sabe que los cambiaformas no conservan su humanidad cuando dejan salir su parte animal. Les gobiernan los instintos. Y para un leopardo yo no sería más que un saco de carne y huesos bastante comestible o, en el mejor de los casos, una amenaza de la que huir. Soy tan poca cosa que sospecho que no sería ni lo uno ni lo otro: demasiado delgada para masticarme, demasiado indefensa para ser un peligro.

Ren me observa unos segundos más antes de apretar los labios y ponerse en pie despacio. Se sacude los pantalones con parsimonia y, cuando me mira de nuevo, sus ojos han perdido el brillo. Vuelve a ser solo Ren.

La pareja de mi hermana fallecida.

—Sé que no te referías a eso, Anna. Estaba bromeando —me dice, sin inflexiones en la voz—. Veo que ya puedes caminar. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Agradezco el cambio de tema.

—¿Qué ocurrió con el avión? ¿Dónde están Leska y Uyl? ¡Oh, por la Diosa! —exclamo, mirando a mi alrededor como si esperara encontrarme a mi mejor amiga echada sobre la tierra, y al elfo escondido detrás de una piedra riéndose—. ¡Leska!

Ignorándome, Ren se lleva dos dedos a los labios y lanza un silbido digno de considerarse ultrasónico.

—¿Qué haces? —le pregunto.

Mete las manos en los bolsillos del pantalón y gesticula con la cabeza hacia un punto por encima de mí. Me giro y entrecierro los ojos para observar el cielo. Al principio no veo nada. Luego distingo dos puntitos blancos que se mueven contra el azul. Avanzan... muy muy rápido. Y vienen hacia aquí.

Sé lo que son incluso antes de poder verlos con claridad. Cuando los dos arcángeles (un chico y una chica) aterrizan frente a nosotros, los observo con manifiesta curiosidad. Es la primera vez que veo a un par de seres celestiales. Son una raza cordial (está en su naturaleza serlo) pero no intiman con las especies terrenales. Se limitan a hacer su trabajo y a vigilar desde las alturas. Y si tuvieran que trabar amistad con alguna raza estoy

segura de que las brujas no seríamos las primeras. Nuestro historial de maldades es demasiado largo como para que el Vaticano lo pase por alto.

El chico (alto, rubio y guapísimo), me devuelve la mirada sin vacilar. Me observa el cuerpo de arriba abajo sin la clase de interés que me podría hacer sentir incómoda. Es como si quisiera comprobar que estoy bien.

A su lado, la bellísima chica toma la palabra.

—Permite que nos presentemos: mi nombre es Ariel, y el suyo Rafael. Hemos venido para ayudarlos.

Eso me sorprende. Sí, los seres celestiales suelen ayudar... De nuevo, está en su naturaleza. Pero ¿a nosotros? Me doy cuenta de que sigo sin saber qué ha ocurrido mientras estaba inconsciente, así que me giro hacia Ren con las cejas arqueadas. Él empieza a contarme toda esa historia sobre la pestilencia de nuestros Pecados, que no podemos estar juntos más de dos al mismo tiempo, que la Admonición nos lo ha ocultado y que los siervos de los Pecados quieren buscarnos para matarnos y recuperar a sus amos.

En primer lugar, me sorprende que todo eso haya sucedido en tan poco tiempo. El sol aún está alto en el cielo así que no debo de haber estado inconsciente ni una hora. En segundo lugar, las consecuencias de la nueva información son alarmantes.

—¿Por qué iba la Admonición a ocultarnos algo así? —pregunto, confusa.

Se supone que son los buenos. Deberíamos poder confiar en ellos y en su palabra. Melissa es parte de la Admonición. Tenía que estar al tanto de lo que pasaría si yo me reunía con los demás. ¿Por qué no me lo dijo? Se limitaron a decirnos que permaneciéramos separados y lo más tranquilos posible hasta que ellos encontraran una solución. ¿Qué ganaban ocultándonos la verdad? Mantenernos ignorantes solo nos ha llevado a esto: a atraer una jauría de demonios y casi acabar muertos.

No puedo creerme que Melissa participara de ese engaño.

—No lo sabemos —contesta Ren. Ha dejado de mirarme y está contemplando el horizonte con el ceño fruncido—. Sea cual sea su propósito, no han tenido en cuenta nuestra seguridad. No debemos volver a confiar en ellos.

Tal y como sospechaba Ewan.

—¿Y qué haremos? ¿Dónde están Leska y Uyl? —Esta vez dirijo la pregunta hacia los arcángeles. Ahora los veo con nuevos ojos: forman parte de una élite reconocida en todo el mundo por su eficacia matando demonios y vampiros, las dos razas que más daño causan a los humanos. Su reputación es mortal, aunque nadie lo diría observando sus rostros bellos y sus ojos llenos de bondad.

Es la chica, Ariel, quien me contesta.

—La Envidia será atendida por nuestro compañero Jed, y la Gula contará con la protección de Sael. Miguel y Gabriel ya deben estar con la Avaricia y la Mentira, a quienes rescataron de un ataque semejante al que habéis sufrido vosotros, y Raquel sigue buscando a la Lujuria.

Es decir, a Porta, que continúa desaparecida.

—Un arcángel para cada Pecado —murmuro—. Entonces, ¿queréis llevarnos con el Vaticano? —lo pregunto a la ligera, con suavidad.

Si la respuesta es afirmativa, me estoy preparando para salir corriendo tan rápido como lo permitan mis piernas.

¿Una bruja en el Vaticano? Ya, ¿y qué más? No son conocidos por, precisamente, aceptar nuestros poderes «paganos». Detestan que no rindamos culto a ningún dios. Cuando visualizo la Santa Sede solo veo una hilera de hogueras en un patio yermo, leño sobre leño y sobre otro leño, y un montón de verdugos vestidos con sotanas, enarbolando crucifijos y preparados para darme la extremaunción si no confieso que recibo mis poderes del diablo.

Sí, puede que esté un poco coaccionada por la literatura que había en el castillo de mi aquelarre mientras crecía. *El libro negro de la Inquisición*, *La Inquisición: el lado oscuro de la Iglesia* y *Métodos de tortura de la Inquisición*, entre otros. Pero al igual que a otras personas las preparan para salir corriendo si creen que están ante un asesino, a las brujas nos adiestran para detestar al Vaticano.

Ren parece presentir mi inquietud, porque se acerca más a mí. No llega a tocarme, solo se posiciona a mi lado. Su lenguaje corporal está diciendo a gritos que no me preocupe, que él está conmigo. ¿Lo hace a propósito o no es consciente?

—Aseguran que no le rinden cuentas al Vaticano —me explica—. En su propia jerarquía, los arcángeles están muy por encima de ellos. Su misión es protegernos y evitar que el mal que llevamos dentro se propague. Me han asegurado que no van a despegarse de nuestro culo por más que queramos.

—Sin utilizar la palabra que empieza por «c» —aclara Ariel, riendo con suavidad.

—Si no podemos reunirnos con los demás... ¿Qué haremos?

—Es prioritario que nos marchemos de aquí cuanto antes —dice Rafael. Sus alas, que en proporción con su cuerpo son enormes, se agitan y un par de plumas caen sobre la tierra. Brillan por un segundo y al siguiente desaparecen—. Pueden venir más demonios en busca de un rastro que seguir.

Ren mira al arcángel.

—Estáis seguros de que siendo solo dos no podrán encontrarnos, ¿verdad?

—Sí, y en cualquier caso tenemos un aliado dentro del Inframundo informándonos de lo que ocurre. Si se organizan para subir en vuestra busca, lo sabremos. Mientras tanto, será mejor que os desplazéis a un lugar seguro.

Lo dice como si la decisión fuera cosa nuestra, aunque ya han dejado claro que piensan seguirnos. Tal vez les da igual a dónde vayamos siempre y cuando no pongamos inconvenientes en que nos acompañen. Sabiendo que no pretenden arrastrarnos a una hoguera para incinerarnos, no voy a negar que la presencia de un par de arcángeles que vigilarán nuestras espaldas es fantástica. Miro a mi alrededor una vez más.

—¿Dónde se supone que estamos ahora mismo?

—Habéis caído en alguna parte del sur de Francia —contesta Ariel.

—Entonces deberíamos seguir hacia Grecia, ¿no? Tenemos que cumplir con lo planeado. —Cuando Ren se me queda mirando, como si hubiera hablado en chino, muevo los pies con nerviosismo.

—Ha habido un ligero cambio de planes —me dice, observándome con cierta cautela, una cautela que no hace sino ponerme más nerviosa.

—¿Cuál?

—Tú y yo vamos a tener que permanecer juntos un tiempo, sin los demás. Necesitamos de un lugar seguro en el que refugiarnos mientras nos ponemos en contacto con el resto y decidimos qué hacer según lo que sabemos ahora, así que creo que lo mejor será que vayamos a mi poblado. Con mi clan. ¿Qué te... parece?

Paso completamente por alto la vacilación en su voz.

«Tú y yo. Permanecer juntos. A mi poblado. Con mi clan».

Esas son las cuatro frases más aterradoras que podría escuchar ahora mismo. Es la peor idea, el peor plan. Y en este caso, por desgracia, ni siquiera es Ren lo que más me asusta.

Nunca he pensado en visitar al clan del leopardo; allí fue donde ella murió, en algún lugar de esa selva, muy cerca del recinto de las últimas Olimpiadas. Mientras estuve en la competición me centré muchísimo en ayudar con los preparativos para no dejarme llevar por la morbosa curiosidad de visitar el lugar exacto donde murió mi hermana... Cómo... Por qué. La verdad es que no quiero saber los detalles; cuando Ren quiso explicármelo, me negué a escucharle. Temo las imágenes que esas palabras puedan crear en mi cabeza, recuerdos inventados que ya nunca podré sacar de mi mente.

Pero, sobre todo, temo que la culpabilidad me ahogue de tal manera que no pueda superarlo.

No quiero ir allí, ni exponerme a eso. Sin embargo, mientras Ren me observa con intensidad, como si intentara desnudarme capa a capa hasta llegar al núcleo de mis pensamientos, sé que no puedo negarme. Siempre que él quiso ponerse en contacto conmigo para hablar sobre lo de Emily, le rehuí. Si ahora rechazo ir a su poblado, con su clan, cuando es evidente que se trata de la mejor opción que tenemos, querrá saber por qué. Ni en mil años le contestaría, pero no voy a ponernos ni a él ni a mí en esa situación de nuevo.

Aguantaré un poco más.

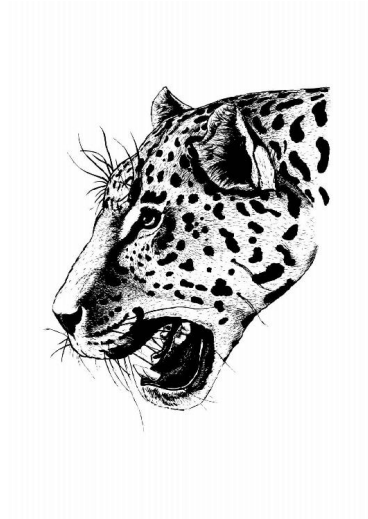
—Está bien —digo finalmente. No me gusta ese hilillo de voz que me ha salido.

Ren parece darse por satisfecho, porque saca las manos de los bolsillos y, tras dedicarme una última mirada indescifrable, se gira hacia los

arcángeles.

—En marcha.

REN



El viaje hasta Borneo ha sido bastante silencioso. Estoy empezando a creer que no se trata de que Anna sea una persona tímida y poco habladora, sino que se exige a sí misma serlo. En varias ocasiones he visto sus labios entreabrirse y sus cejas alzarse, como si estuviera a punto de decirme algo o hacerme una pregunta. Pocos segundos después, el impulso pasaba y ella guardaba silencio. Eso me decepciona, y mucho.

No sé si se contiene por mí (está claro que no soy su persona favorita en el mundo y que cuando le dije que vendríamos a mi poblado quiso negarse) o por algo más. Quiero que no tenga ningún reparo a la hora de interactuar conmigo. Que no le dé vergüenza ni miedo decirme lo que piensa, aunque crea que no me va a gustar. Tal vez podamos llegar a ser amigos ahora que vamos a pasar más tiempo juntos.

Por supuesto, hay tantas probabilidades de que Anna quiera ser mi amiga como de que yo quiera serlo de los rakshasas.

Disgustado por el rumbo de mis pensamientos, aprieto el volante entre mis manos. Es la segunda vez que comparto el limitado espacio de un vehículo con Anna, y el olor concentrado de su perfume debe ser lo que me está poniendo cada vez más nervioso. Solo eso.

Al mirarla de reojo, la veo contemplando el paisaje por la ventanilla mientras acaricia al gato. Su expresión no me dice nada; no sé si el entorno le gusta o no, aunque cuando competimos juntos en la Búsqueda no se quejó en ningún momento. Las pruebas se desarrollaron en la parte norte del Corazón de Borneo, zona húmeda y llena de lodazales en cuanto llueve un poco. Valeska, que también estaba en nuestro equipo, no cesó de lamentarse y protestar, utilizando constantes conjuros para evitar mancharse o que los insectos la picaran. Anna, por el contrario, permaneció sumida en su característico silencio, evaluándolo todo con sus preciosos ojos azules. Si encontró Borneo bonito o incómodo, lo desconozco. Y no debería importarme su opinión, pero, maldita sea, se trata de mi hogar.

Una hora y media después, aparco el coche en el límite donde empieza el territorio de mi clan. Ya puedo oler el rastro de las marcas que han dejado para advertir a otros animales y depredadores. A simple vista no hay nada diferente en este punto; los árboles y las flores son los mismos. No hay muros ni vallas electrificadas, como es costumbre en las ciudades. El poblado responde a las antiguas tradiciones y es un lugar para que el leopardo experimente sus instintos de la manera más natural. Además, no necesitamos una valla electrificada para saber dónde están nuestras fronteras.

Así se lo explico a Anna cuando bajamos del coche. Me encargo también de coger su mochila, puesto que está demasiado ocupada observando la altura de los árboles y la vida que corretea de rama en rama. Me detengo por delante del coche, mochilas en mano, y solo la observo. Con botas, pantalones cortos y una sencilla camiseta blanca, parece más que preparada para internarse en la selva. Con un pañuelo azul se ha apartado de la cara su largo pelo castaño, y el resto cae libre sobre su espalda y roza sus caderas. Y durante un efímero instante tengo una revelación: esta es la imagen que yo habría podido disfrutar si no hubiera sido un completo idiota impaciente. El lugar al que ella habría venido de mi mano.

Si no hubiera tenido tanta prisa por volver a la ceremonia del *kepala* y me hubiera detenido a analizar todas las señales que me decían que algo no iba bien...

Dentro de mí, el leopardo gruñe. Sí, él sabe que cometí un error. Sabe que no le escuché cuando trató de advertirme. Me cegó la arrogancia. Así que de poco sirve preguntarme si a Anna le gusta o no el lugar donde nací y crecí, porque ella jamás me acompañará del modo que yo deseo. Su estancia aquí tiene los días contados.

Debe presentir que la observo (o se ha cansado de mirar a los monos) porque gira la cabeza hacia mí. Como cada vez que nuestros ojos se encuentran, la sacudida me deja sin respiración.

—Es precioso —dice, esbozando una pequeña sonrisa. El gesto hace que toda ella se ilumine, mostrándome una faceta de sí misma que jamás había visto porque es la primera vez que me sonrío—. Un lugar muy puro.

No estoy seguro de lo que quiere decir con eso, aunque, de todas maneras, no habría podido contestarle porque la garganta se me ha cerrado. El nudo ahí es tan grande que ni siquiera puedo tragar. Así que me limito a sacudir la cabeza y señalarle un pequeño camino entre los árboles.

El trayecto hasta el poblado me llevaría unos cinco minutos... si estuviera transformado y corriendo sobre mis cuatro patas. Con Anna, a un ritmo moderado, llegaremos en unos cuarenta y cinco. Hoy, el trayecto que he hecho tantas veces durante mi vida me parece diferente. Me estoy fijando en todo a lo que antes no le di importancia: las ramas que pueden hacer tropezar a una persona, los animales que serían venenosos para alguien que no lleve a un depredador dentro, las espinas, la pegajosa humedad... En definitiva, estoy con mil ojos al mismo tiempo esperando que no le ocurra nada.

Es una bruja. Aunque aprecian la naturaleza porque es de ella de donde obtienen sus poderes, aman la tecnología y el asfalto. Cuando quise recorrer este mismo camino con Emily me exigió que la cargara a hombros; pasó todo el tiempo con cara de asco.

Me gustaría poder decir que Anna, al contrario que su hermana, tiene un sexto sentido para caminar por la selva y que es tan ágil como cualquier chica leopardo, pero no es así. De hecho, es bastante torpe. Si hay un quince

por ciento de probabilidades de que tropiece con una rama, ella enreda los pies en cuatro al mismo tiempo. El gato y yo la observamos con una mezcla de paciencia y ternura. Sin embargo, ella no se queja en ningún momento, su rostro no refleja exasperación o desagrado...

... ni siquiera cuando una araña saltarina le cae en el hombro.

Jo. Der.

Mi primer impulso es coger la araña con rapidez y aplastarla con mi mano. Los cambiaformas somos inmunes a cualquier veneno del reino animal, e incluso los más letales no nos producen más que ligeras molestias o somnolencias. Anna, en cambio (y a no ser que todo lo que sé sobre las brujas sea mentira), tiene una anatomía parecida a la humana. Puede que una picadura la mate en el acto.

—No te muevas —le digo despacio, mirando a la araña—. Voy a quitártela enseguida.

Para mi sorpresa, Anna echa un vistazo sobre su hombro y esboza una pequeña sonrisa.

—¿Qué tenemos aquí? —murmura. Acerca una mano a la araña y deja que el insecto trepe por sus nudillos—. Es la primera vez que veo una arañita como tú —comenta. Para espanto mío, se la acerca a la cara y la observa con atención—. Muy bonita. Extraña, pero bonita.

—Anna —digo, con la voz estrangulada por el horror—. Es una araña saltarina. Es extremadamente venenosa. Estate quieta y déjame matarla.

Los grandes ojos de Anna parpadean varias veces.

—¿Matarla? ¿Por qué?

Veo cómo la araña mueve sus dos protuberantes pinzas sobre la piel de Anna, rozándola, tanteándola... Aprieto los dientes y contesto a través de ellos.

—Porque te va a picar y vas a estar muerta en menos de un minuto, *bodoh kecil*.

En lugar de espantarse como una persona normal y corriente, la sonrisa de Anna se amplía, mostrándome todos esos dientes blancos.

—¿Crees que una araña va a picar a una bruja? —pregunta, muy divertida—. Tú deberías ser el que se aleje. Saltan cuarenta veces su tamaño, así que podría estar en tu cara antes de tu siguiente parpadeo.

Mi mandíbula cae. No me lo puedo creer. ¿Ella quiere que yo me aleje? ¿Ella, la que tiene una araña letal en su mano? ¿Y cómo sabe eso?

—Anna. —Le lanzo lo que espero que sea una mirada amenazante.

Ella parece captarlo. Aún mantiene su sonrisa cuando se agacha y deja que la araña salte con tranquilidad de su mano al suelo y desaparezca con rapidez entre la hojarasca. Ni siquiera el gato intenta seguirla.

—Ya está —dice cuando se yergue—. No ha habido heridos.

Cabreado, me acerco con rapidez y cojo su mano antes de que tenga tiempo de reaccionar. Está claro que mi cercanía la perturba, porque sus ojos se amplían y exhala un pequeño suspiro, pero ahora mismo me da igual. Examino su mano a conciencia, pasando los pulgares por su suave y blanca piel hasta que me convenzo a mí mismo de que no tiene ninguna picadura.

Aún no le suelto la mano. Mantengo los pulgares sobre sus nudillos y la miro. Tiene la cabeza inclinada y es bastante más pequeña que yo, así que solo veo la punta de su nariz y el arco de sus cejas.

—No vuelvas a hacerlo —le ordeno en voz baja—. No vuelvas a jugar así con tu vida delante de mí. ¿Me has entendido?

Su ceño se frunce. Un par de segundos más tarde, alza el rostro hacia mí.

—¿Qué significa *bodoh kecil*?

Me sorprende que recuerde las palabras con exactitud y, lo que es más, que las pronuncie casi a la perfección.

—Parece que mi idioma te intriga.

—Cuando creo que me has insultado, sí.

Su respuesta me complace. Una sonrisa nace poco a poco en mi cara. Me encanta que me mire así, como si estuviera contrariada. Sé lo que hacer con una persona en estos casos, lo que no puedo manejar es que ella siempre parezca indiferente.

—Hagamos un trato... —Despacio, de forma tentativa, trazo pequeños círculos en su piel con los pulgares. Espero a que ella aparte la mano, y cuando no lo hace mi leopardo se agazapa, alerta—. Yo te enseñaré mi idioma, si tú me prometes que seguirás mis consejos mientras estemos en el

poblado. Hay peligros que desconoces en esta selva, arañas aparte, y un acto en apariencia inocente puede ponerte en riesgo a ti o a otras personas.

Ella lo medita. Me mira a los ojos durante un tiempo que se me hace eterno y demasiado corto a la vez. Es posible que diga que no, porque seguro que con un pequeño hechizo puede entenderse con cualquier persona sin necesidad de ningún aprendizaje. Pero deseo que acepte. Lo deseo con tanta fuerza que me tiembla el corazón.

—¿En el poblado no hablan mi idioma?

—Los *tua*, los ancianos, no. —Y decido no contarle que hoy por hoy solo quedan cinco *tua* en el clan. Eso no es lo que ella me ha preguntado.

Tras otra breve meditación, asiente.

—De acuerdo. —El triunfo explota en mi pecho y el leopardo retuerce la cola con anticipación—. Ahora dime lo que significa *bodoh kecil*.

Regodeándome, llevo el pulgar hasta la sensible piel de su muñeca y la acaricio de forma breve. Antes de que ella tenga tiempo de protestar, la suelto.

—Significa «pequeña tonta» —le confieso. Al ver su expresión ultrajada, me echo a reír—. Podría haberte llamado algo peor al ver cómo le hacías arrumacos a esa araña.

—Ella no iba a atacarme —dice con convicción. Aprieta los labios de un modo bastante tentador y mira hacia abajo, a su gato. Parece estar reprochándole algo en silencio, aunque el animal se limita a lamerse la pata con parsimonia, ignorándonos.

—Te creo, pero ¿cómo sabes tanto sobre arañas?

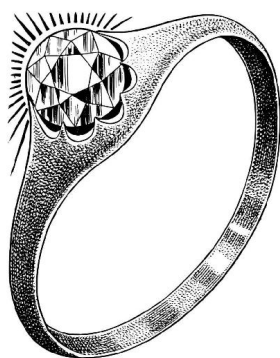
Cuando acaba de fulminar a su gato, me observa. Y de pronto parece ser consciente de lo cerca que estamos, parados el uno frente al otro a menos de treinta centímetros. Se aparta un par de pasos y rehúsa mirarme.

Y no me contesta.

Genial, eso significa que volvemos al silencio. Intentando contener la decepción, recojo las mochilas que dejé caer al suelo.

—Está claro que hay muchas cosas que no sé sobre ti —suspiro—. Sigamos. Ya falta poco.

ANNA



Mal, Anna, mal. ¿Hacer un trato con él? ¿Bromear? Parecías tan tonta y manipulable que me dieron ganas de vomitar, me regaña Soberbia.

Por desgracia, creo que tiene algo de razón. Con Ren solo es necesario un instante de despiste y su encanto pasa sobre mí con la fuerza de una apisonadora. No tiene que hacer otra cosa más que mirarme con esos ojos verdes y actuar como si estuviera preocupado por mí para que mi mente se quede en blanco.

Ojalá no fuera tan guapo, ni tuviera ese cuerpo capaz de hacer sonrojar a un molusco.

Ojalá no pudiera soportar mirarme a los ojos porque le recuerdo a Emily, en lugar de hacerlo precisamente como si supiera quién soy.

¡Y ojalá Bastet recuperara la cordura y mordiera a todo el que se me acerca!

Seguirlo por la selva es fácil, a pesar de que mi torpeza natural haga que encuentre todas las piedras y ramas del camino. Un sendero que yo no soy capaz de ver, todo sea dicho. Ren avanza con seguridad y en línea recta (o eso creo) como si cada árbol no pareciera idéntico al anterior.

¿Hizo Emily este mismo camino con él hace seis años? ¿Apreció la belleza de la selva, el delicioso aroma a fruta y néctar y los alegres sonidos de la fauna? Seguro que no. Emily nunca soportó a los animales de ninguna clase y se aburría muchísimo cuando Luciérnaga nos llevaba de excursión en busca de plantas medicinales. Como bruja se sentía en paz rodeada de naturaleza, pero solo rodeada. Mientras hubiera unos treinta metros entre el bosque y ella, perfecto.

No puedo evitar preguntarme si Ren se dio cuenta del poco entusiasmo que mi hermana sentía por estos entornos salvajes, y qué opinó al respecto.

Ren aminora la marcha y habla sobre su hombro.

—Estamos a punto de llegar.

Por inercia, me acerco a su espalda e intento otear lo que hay más allá. Veinte pasos después salimos a un enorme claro lleno de un colorido y una vida que me deja sin aliento, extasiada. Todo lo que veo es precioso, y tan original y pintoresco que no puedo evitar quedarme boquiabierta.

Por fin hay un camino delineado: aquí las hojas y ramas del suelo han sido retiradas, dejando un liso terraplén de tierra sobre el que se asientan algunos edificios. Desde aquí puedo ver tres, circulares y contruidos con madera y hojas. Los colores son idénticos a los de la selva, por lo que el camuflaje es perfecto. Los tres edificios se alzan más o menos un metro del suelo y se accede a ellos a través de un par de escalones. Todos tienen un porche que rodea el exterior, con enredaderas recubriendo cada centímetro de madera, y flores de vibrantes colores brotando por todas partes.

Hay algunas personas observándonos. Hombres y mujeres que por un instante se detienen en sus actividades para mirar a los recién llegados. Ren levanta la mano a modo de saludo. De pronto, tres niños aparecen en el umbral de uno de los edificios, saltan los escalones y echan a correr hacia nosotros. Están chillando cosas que no comprendo.

Levantando una nube de polvo, derrapan al llegar a Ren y se le tiran al cuello, a los brazos y a las piernas. Desconfiado, Bastet se escuda tras mis

tobillos y les bufa. Son dos niños y una niña. Su piel dorada y sus cabellos oscuros se parecen a los de Ren. ¿Hermanos? Me doy cuenta de que no tengo ni idea, desconozco cómo es su familia.

—*Tenang, tenang* —está diciendo Ren, riéndose. Es lo mismo que me dijo a mí en el coche la noche que nos reencontramos. La niña es la que está enganchada a su cuello, así que aprovecha para besarla en la mejilla. Ella lo mira con total adoración—. *Aku merindukanmu*^[3], Sari.

Uno de los niños, el más alto, le suelta las piernas y le sonríe. Lo siguiente que le dice es tan largo y habla tan rápido que no entiendo ni una palabra. Ren vuelve a reírse y lo despeina. Por último, le aprieta la nariz al niño más pequeño.

Una mujer se acerca también. Creo que ha salido del mismo edificio que los niños. Debe tener unos cuarenta años, no más, y comparte la tez dorada y el cabello oscuro. Lo primero que hace es mirarme con manifiesta curiosidad. Sus ojos son tan suaves y su sonrisa tan serena, que me siento como si me estuviera dando la bienvenida. Es una mujer que transmite muy buenas vibraciones, del tipo maternal. Algo desconocido para mí hasta ahora, porque no se puede decir que las brujas sean las madres más devotas o cariñosas.

Ren deja a la niña en el suelo con suavidad y le da un fuerte abrazo a la mujer. Puedo ver cómo los ojos de esta se humedecen, aunque no derrama ninguna lágrima.

—Me alegra ver que estás bien —dice la mujer en nuestro idioma—. Adi está deseando hablar contigo.

—Lo imagino —contesta Ren. Luego se gira hacia mí y me hace un gesto para que me acerque—. Permíteme presentarte a Anna. Anna, esta es Mawar. Podríamos decir que es mi niñera a tiempo parcial —dice, burlón.

Mawar le da un pequeño golpecito en el brazo, regañándolo, y luego su atención cae sobre mí. Yo no sé qué hacer. ¿Saludarla con la mano, sonreírle, decirle «hola»? Ella resuelve la cuestión acercándose y colocando sus brazos a mi alrededor, abrazándome tal y como hizo con Ren.

—*Selamat datang* —dice en voz baja junto a mi oído—. Bienvenida.

Aturdida por la emoción, le correspondo el gesto. ¿Cuánto tiempo hacía que nadie me daba un abrazo así? Demasiado.

Cuando nos separamos no quiero mirarla a los ojos, avergonzada. La niña tira de la mano de Ren y le dice algo. Él niega con la cabeza, contesta, y entonces, tras mirarme, la pequeña vuelve a hablar, esta vez en nuestro idioma.

—¿Ella a qué raza pertenece?

Ren hace un gesto con los labios.

—No lo sé, ¿por qué no se lo preguntas?

La pequeña dirige sus ojos oscuros hacia mí, mirándome con un aplomo asombroso.

—¿A qué raza perteneces?

—Soy... mmm... Soy una bruja.

Ella inclina su cabecita, haciendo que el pelo trenzado se desparrame por su hombro.

—¿Eres como nuestro *dukun*?

—Pues... —Confundida, miro a Ren.

—El *dukun* es el chamán —me dice. Luego toma en brazos a la niña—. No, ella no es como el *dukun*, aunque también es capaz de hacer magia.

—¡Ooohh! —La exclamación de asombro de la niña me resulta graciosa así que no puedo evitar sonreír—. ¡Hazme una demostración!

La sonrisa se va. No sé cómo contestar de manera educada a eso. Por suerte, Mawar interviene.

—No seas maleducada, Sari, Anna será nuestra invitada y debemos tratarla con amabilidad, ¿entiendes? —Cuando la niña asiente, observándola con consternación, Mawar se gira hacia los otros dos—. Eso también va por vosotros, que os conozco.

Los niños también asienten, aunque el mayor no pierde la sonrisa traviesa; ha visto a Bastet tras mis piernas y parece muy interesado. Mawar me mira.

—Te pido disculpas por adelantado en nombre de mis nietos. Son muy curiosos e impulsivos y estoy segura de que te meterán en algún lío mientras estés aquí.

¿Nietos? ¿Esta mujer tiene edad suficiente para ser abuela de estos tres niños?

—No, por favor —contesto con rapidez, cogiendo a Bastet en brazos—. No quiero que los regañe por mi culpa. Soy yo la que debe esforzarse por molestar lo menos posible mientras esté aquí. Les estoy muy agradecida por su hospitalidad.

Mawar sonríe.

—Es un placer.

—¡Oh, Ren! —Una chica, que parece tener una edad similar a la mía, se acerca medio trotando hasta nosotros. Es guapa, llena de una vitalidad tan vibrante que es imposible no notarla. Le da un rápido beso en la mejilla a Ren y luego mantiene una mano sobre su hombro—. Es genial que estés de regreso. Hay una reunión ahora mismo, por eso Yuda no ha venido a recibirte. Sería bueno que te acercaras a escuchar lo que están diciendo. — Y le lanza una mirada cargada de significado.

—Gracias, Cinta, iré enseguida. ¿Todo bien?

Cuando la chica, Cinta, está a punto de contestar, se percata de mi presencia. Sus ojos se abren de par en par con asombro.

—Vaya, tú debes de ser...

—Anna —la interrumpe Ren—. Se quedará conmigo un tiempo. Ahora expondré los motivos en la reunión.

Cinta no parece necesitar más explicaciones, aunque la curiosidad no abandona su rostro.

—Por supuesto. Hola, Anna, *selamat datang*. Bienvenida al poblado. — Da un par de pasos hacia mí y me tiende la mano. Bronceada y delicada, pero firme.

—Gracias. —En cuanto le estrecho la mano, es como el pistoletazo de salida para que toda la gente que hasta ahora solo nos había observado de lejos se acerque. Hay más de la que había creído en un principio; y, lo que es peor, hay muchísimos niños. Los nietos de Mawar pronto se pierden entre la chiquillería; la niña me señala todo el rato y parece concentrada en explicarles a sus amigos quién soy. O eso supongo, porque ha vuelto a hablar en indonesio.

Me abruma la cantidad de personas que me observan. Ahora que estoy aquí y ya no hay vuelta atrás, me percato de que no tengo ni idea de lo que ocurre o cómo se vive entre un clan de cambiaformas. En especial este. Tal

vez debería haberle planteado mis dudas a Ren. Así ahora no me sentiría tan expuesta, tan perdida.

Como siempre que estoy empezando a ponerme nerviosa, los dedos me hormiguean. Bastet está cerca y lo nota, por lo que salta de mis brazos al suelo. El poder dentro de mí se revoluciona, como un coche que calienta motores para una carrera. Y me doy cuenta de que estoy rodeada de personas, personas inocentes, y la mayoría son niños. ¿Y si pierdo el control aquí, justo aquí, y desato una ola de destrucción? ¿Y si incinero a un pueblo entero de personas, su tierra, sus hogares, su selva?

Por más que miro a mi alrededor, no veo rostros. Veo un borrón de colores, dedos que intentan tocarme, voces que dicen cosas que no entiendo.

Y entonces, una mano concreta, una mano grande y caliente, me rodea la cadera. Se ha colado incluso por debajo de mi camiseta, por lo que entra en contacto directo con mi piel. La sensación de calor y seguridad es tan fuerte que, por unos segundos, me desentiendo de todo lo demás. Solo existe esa mano.

Al echar la vista hacia atrás, los ojos verdes de Ren me observan con suavidad.

—*Tenang* —me susurra de nuevo, y me doy cuenta de que sé lo que significa. Quiere tranquilizarme. Abre los dedos hasta que roza la cinturilla del pantalón, y me aprieta un poco.

Te está tocando de nuevo. Aléjate de él. ¡Ya! Soberbia grita tan fuerte que siento un pinchazo en las sienes. La ignoro. Ren me está ayudando a controlar el nerviosismo, me guste o no, y ahora mismo eso es primordial.

—La estáis agobiando —dice Ren a continuación, alzando la voz. Más tranquila, miro a las personas que se congregan frente a nosotros. Algunas me observan con curiosidad, aunque la mayoría de ellas parecen debatirse entre la sorpresa y el recelo—. Anna será mi huésped e invitada durante un tiempo y se alojará en mi casa. —Espera, ¿en su casa? ¿Con él?—. Podréis preguntarle todo lo que queráis, pero ahora necesita descansar.

No sé si me gusta que proclame lo que voy a hacer... como si estas personas debieran saberlo. Entre las brujas nadie da explicaciones. Si quieres irte, te vas. Si quieres quedarte, te quedas. Tú eres tu dueña y si

alguna vez tienes que rendir cuentas a alguien es a tu mentora y solo durante las clases. Después de la iniciación, cuando una bruja adquiere completa independencia y reconocimiento, el desapego es aún mayor.

Observando los rostros de todos, me cuesta creer que aquí practiquen el desapego y la independencia. Mawar se adelanta de las demás mujeres y me sonríe.

—Yo puedo acompañarte hasta la casa de Ren. —Luego mira por encima de mí hacia el susodicho—. Tú deberías correr a la reunión.

—Gracias, Mawar. —La mano de Ren vacila sobre mi cadera y yo contengo las ganas de apartarla de un manotazo... O apretarla un poco más contra mi piel. Ha sido como un bálsamo. Al final se aleja y me tiende la mochila—. Me reuniré contigo lo más pronto posible.

Me limito a asentir. Lo cierto es que me va a venir bien separarme de él, aunque solo sea un rato. Ren vacila un poco más, tal vez esperando que le diga algo, y luego echa a andar hacia uno de los tres edificios, el más alejado de todos. A nuestro alrededor la multitud se disuelve, aunque algunas personas me acarician el brazo al pasar y me sonríen. Cohibida, intento devolver la sonrisa a todos.

Bastet aprovecha que la zona está más despejada para volver a enredarse entre mis piernas.

—Me temo que vas a ser la comidilla los próximos días —me dice Mawar, echando solo un breve vistazo a mi gato.

—Supongo que es normal.

—Me encantaría ayudarte en todo lo que necesites. Imagino que esto es muy diferente a lo que estás acostumbrada, así que cualquier duda o necesidad que tengas, házmelo saber.

Acojo el ofrecimiento de Mawar con un asentimiento. Tendría que ser tonta para no percibir que me lo está diciendo de corazón, y lo más probable es que acabe haciéndome falta su ayuda.

La sigo atravesando el claro y fijándome en todos los detalles que puedo. El conjunto de colores del poblado es tan bonito... Cuando dejamos atrás los pocos edificios que hay sobre el suelo, me lleno de curiosidad. No veo más estructuras y dudo que toda la gente que vi antes viva en esos tres edificios. Son grandes, pero no tanto.

Mawar va atenta a mi rostro y a mis movimientos, y cuando ve que observo el alrededor con inquietud, coloca una mano en mi hombro.

—Para descubrir el resto de nuestro clan, vas a tener que mirar hacia arriba.

Intrigada, alzo la vista. Y doy con un mundo completamente nuevo.

Hay decenas de casas construidas en lo alto de los árboles. La amalgama de colores, líneas y luces es tan intensa que no puedo captarlo todo al mismo tiempo. Tengo que detenerme y analizarlo poco a poco. La casa más cercana, en lo alto de un árbol de firmes ramas, se ha construido alrededor del tronco (que es tan grueso que harían falta varias personas para rodearlo con los brazos). Veo los travesaños que sostienen el suelo de la casa en el aire, como si estuviera en suspensión, y las lianas que caen por todas partes de forma natural. Hay puentes de cuerdas que conectan algunas casas (no todas), sistemas de poleas para subir y bajar pequeñas plataformas, ropa tendida. En definitiva, hay *vida* ahí arriba.

Tengo la boca abierta como una tonta mientras descubro el corazón de un clan que debe de ser tan antiguo como estos árboles. ¿Cuántos años llevarán viviendo aquí, en esta misma selva, en esas mismas casas? Para alguien acostumbrada a no tener raíces, la respuesta es inimaginable.

Asombrada, miro a Mawar. La sonrisa de la mujer está teñida de orgullo.

—No todos los días vemos esa cara por aquí —murmura—. Ven, te llevaré al árbol de Ren.

El mencionado árbol está un poco más alejado de los demás, que parecen describir un círculo alrededor del claro. Aquí todo son líneas circulares. A simple vista (que es a más de quince metros de distancia) es una cabaña similar a las demás; la única diferencia notable es que en este árbol hay una serie de escalones que posibilitan el ascenso. Por un momento pienso que los han puesto ahí para mí, porque yo no puedo transformarme en animal y trepar, pero al instante lo descarto. Los escalones son viejos, se nota que llevan años ahí.

Mawar me sigue por la escalera hasta un ancho porche de madera. Aquí arriba puedo notar una ligera brisa que me trae el olor de la naturaleza y a

dulces horneándose. Es extraño oler esto aquí y no abajo, donde se supone que la gente normal cocina y come.

El porche tiene tres sillas y una pequeña mesa de madera en un rincón, junto a la entrada de la casa. Es un arco muy alto sin puerta.

—Adelante. —Mawar me señala el interior.

Despacio, conteniendo el aliento, me adentro en la intimidad de Ren. Lo primero que me llama la atención es la cantidad de espacio que hay. Apenas hay paredes divisorias, y, si las hay, no están delimitadas por puertas. La idea del arco se repite. La cocina a la derecha, el salón (con, sorpresa, un televisor de pantalla plana) a la izquierda, un techo altísimo repleto de vigas entre las que se cuelan enredaderas y flores, y, al fondo, un arco que lleva a otra estancia.

—Es una casa pequeña, y un poco oscura —me dice Mawar, caminando hacia la cocina. Abre varios cajones y la nevera, examinando lo que hay dentro—. Voy a tener que hacer una lista —murmura—. ¿Hay algo que necesites que te traiga? Mañana por la mañana algunas personas y yo nos acercaremos al pueblo a hacer compra.

—¿Hay un pueblo cerca de aquí?

—Se llama Tanahkami y está a treinta minutos en coche. —Se echa a reír, como si le hiciera gracia mi gesto—. ¿Sorprendida? No estamos tan aislados. Y no vivimos aquí todo el año, desde luego.

—Ah, ¿no?

Ella vuelve a reírse.

—¿Crees que saqué esta camisa de entre los árboles? —me pregunta, señalándose la preciosa camisa turquesa que lleva. Mawar se acerca y se tapa la boca con la mano, como si me fuera a contar un secreto—. Es de H&M.

Me hace tanta gracia que no puedo evitar sonreír, esta vez de verdad y con ganas, y la mayor parte de la tensión que traigo conmigo se desvanece.

—Eso está mejor. —Mawar me guiña un ojo—. Tú y yo tendremos mucho de lo que hablar, eso seguro. Me quedaría más rato si no tuviera que encargarme de mis tres pequeños y revoltosos nietos. Puedes instalarte con tranquilidad; Ren se reunirá contigo más tarde.

—Vale, muchas gracias.

Tras una última sonrisa cariñosa, Mawar se marcha. Decido que esa mujer me gusta, y que mientras al menos cuente con un apoyo como el suyo no todo será tan malo. Además, no puedo decir que la belleza del poblado no me haya cautivado.

Mochila en mano, Bastet y yo curioseamos por la cocina y el salón. Hay una rara mezcla entre aparatos modernos y muebles antiguos. El sillón está bastante desvencijado, pero parece muy confortable. La tele, por otro lado, es sin duda de este siglo. Incluso veo una PS4 medio escondida.

No hay mucha decoración; nada de cuadros, ni alfombras, ni cortinas (las ventanas tienen postigos), ni jarrones, ni portarretratos. Por último, entro en la estancia del fondo. Es el dormitorio de Ren. Al instante me ruborizo, como si él estuviera aquí conmigo mirándome. Mis ojos caen sobre la cama, porque es enorme y ocupa la mayor parte del espacio. Creo que se sale incluso de los estándares. Esta habitación está aún más desnuda: solo hay una mesilla de noche y un armario. Nada más. A la derecha hay otro arco que conduce a un cuarto de baño (retrete, lavamanos, espejo y una ducha sin mampara ni cortina).

¿Dónde se supone que voy a dormir yo? ¿En el sillón? Si no queda más remedio, lo haré. En esta casa solo hay una cama y por muy grande que sea me niego a compartirla con Ren. Es probable que no pegue ojo si tengo que dormir a su lado, por no hablar de que no quiero que sea testigo de ninguna de mis pesadillas.

Vuelvo al salón, dejo mi mochila sobre el sillón y saco el móvil. Mi primer impulso es llamar a Leska, aunque mi amiga no es la misma desde hace seis meses y no estoy segura de cómo hablar con ella. Indecisa, le mando un mensaje:

He llegado sana y salva. ¿Cómo estás tú? ¿Dónde andas?

Luego suelto el móvil, sin esperar que me conteste en realidad. Me sorprende oír un silbido diez segundos más tarde.

Tenerife. Con Uyl. Quiero pegarme un tiro.

Sonrío. Esa es una contestación muy propia de la Leska que yo conozco. Mantiene una estrecha relación amor-sexo-odio con Uyl desde hace un par de años.

Yo estoy en medio de una selva, así que creo que te gano.

Sí, lo tuyo es mucho peor... Y, eh, si alguna vez me pongo idiota, no me lo tengas en cuenta. Es difícil mostrar empatía cuando hay una serpiente envidiosa dentro de mí susurrándome todas tus maravillas y señalando todos mis defectos.

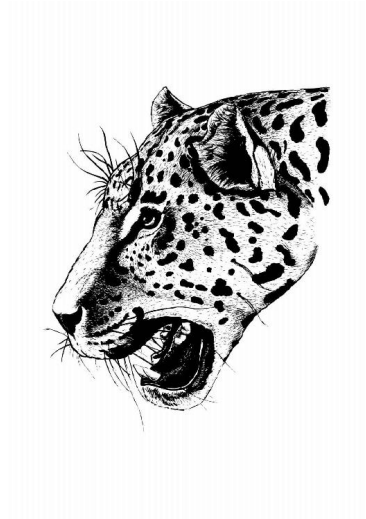
Oh, Leska...

Pase lo que pase, recuerda que yo voy a estar a tu lado.

JA. JA. Qué poco original. ¡Deja de robarme las frases!

Sonrío y, sintiendo que me quitan un peso de encima, me echo en el sillón para continuar mensajeándome con mi mejor amiga.

REN



Yuda me recibe con un frío asentimiento de cabeza. No esperaba menos. Mientras entro en el edificio comunal, ato en corto a mi leopardo y me prohíbo a mí mismo enseñar las garras pase lo que pase. Hoy no necesito una pelea con Yuda porque hay alguien que me espera. Y sí, pensar en Anna dentro de mi casa me hace sentir mejor de lo que debería.

Los *tua*, los ancianos del clan, se sientan en las sillas de siempre, algunos de brazos cruzados y otros con las manos sobre las rodillas y la espalda recta. El resto de personas se reparten por la sala. Todos me observan.

Me aclaro la garganta mientras tomo mi lugar habitual cuando vengo a las reuniones: la pared junto a la puerta, de pie, preparado para salir en cuanto las conversaciones acaben.

—El hijo pródigo ha vuelto —comenta Yuda, que se apoya en la única mesa de la sala, con una pierna flexionada. Prefiero no mirarlo demasiado o las ganas de saltarle a la yugular se volverán ingobernables. Se podría decir que hay bastantes cosas pendientes entre Yuda y yo, pero la más importante es que yo debería estar en su lugar y ambos lo sabemos. En el concurso de «a ver quién la tenía más grande» gané yo, y punto—. Y con una invitada.

Genial, no llevo ni cinco minutos en el poblado y el chisme ya ha llegado hasta aquí.

—No me ha quedado más remedio —contesto, poniendo todo mi esfuerzo en no sonar impertinente. La jerarquía del clan está muy definida y es estricta. Yuda es el *kepala* y, aunque nuestros leopardos sean igual de dominantes y alfas, yo le debo un respeto. Si estuviéramos a solas las cosas serían diferentes. Sin embargo, los *tua* se toman muy en serio las leyes—. Voy a explicarlo.

—Por supuesto que lo harás —murmura Yuda.

Respirando hondo, informo a todos (a grandes rasgos) lo que descubrimos acerca de la Admonición y que los Siete Arcángeles han bajado a la tierra para «ayudarnos». Lo pongo entre comillas porque después de salvarnos del accidente del avión se comprometieron a permanecer invisibles y vigilarnos desde la distancia. Para que no «propaguemos el mal». De nuevo comillas.

—El clan jamás te negará ayuda, este es tu hogar —me dice Yuda—, pero no el de la bruja. Ella controla fuerzas y poderes que, junto con la maldición que sufre ahora, pueden poner en peligro a nuestras familias.

—Es la persona más comedida que conozco —respondo—. No va a causar ningún problema.

Yuda sacude la cabeza.

—No, no puedes hablar por ella. Bastante tenemos con un Pecado viviendo entre nosotros. ¿Dos? No es nuestra responsabilidad. Si el problema es que no podéis estar todos los poseídos juntos porque los demonios podrían encontraros, perfecto. Que ella se vaya a otra parte, no tiene por qué permanecer contigo.

En eso lleva razón, desde el punto de vista lógico. Pero no es la lógica la que me ha impulsado a mantener a Anna conmigo, sino los instintos más

básicos del leopardo. Y Yuda lo sabe. Lo sabe porque él estaba presente el día que me di cuenta de que Emily no era quien yo creía. Hasta ahora no lo ha sabido nadie más que él, Adi, Mawar, Ewan y yo.

Sin embargo, a partir de este momento va a estar en conocimiento de todos los presentes en la reunión.

—Permanecerá conmigo —digo con firmeza—, porque es mi *pasangan hidup*.

No quiero mirar hacia los *tua* ni ver cómo reaccionan a esto. Yuda entrecierra los ojos de forma peligrosa; tal vez no esperaba que lo admitiera, después de todo.

—No os habéis reclamado —aduce.

—No es necesario para saber que es mi compañera. El ritmo del cortejo es diferente según la pareja.

Hay varios murmullos de sorpresa y curiosidad entre los presentes. Lo entiendo. Hasta ahora todos creían que yo ya había encontrado a mi compañera y que la había perdido de forma trágica, lo cual solo hizo que todos me tuvieran más lástima aún. Los leopardos que pierden a su *pasangan hidup* antes de lo normal no vuelven a emparejarse, y arrastran un dolor sordo durante el resto de sus días. Sin embargo, ahora deben estar preguntándose qué narices sucede; Emily falleció y todos fueron testigos del dolor que me embargó... Solo que no por las razones que ellos creían. Claro que me afectó la muerte de Emily. Esa muchacha no merecía morir, y menos de aquella manera. No obstante, lo que hizo que me volviera loco fue la certeza de que acababa de cerrar la única puerta que podía llevarme hacia Anna.

Mi mirada se encuentra con la de Adi, uno de los mejores amigos que tuvo mi padre en vida y el compañero de Mawar. Me guiña un ojo.

Barriendo la sala con la mirada, Yuda se aparta de la mesa. Parece resignado.

—Entonces la bruja está aquí en calidad de compañera, y como tal merece toda nuestra protección y amabilidad. No obstante, no puedes culparnos si mantenemos un ojo sobre ella, igual que hemos hecho contigo los seis meses pasados. Se trata de la seguridad del clan.

Todas las miradas caen sobre mí.

—Claro. Y me gustaría pedirlos algo... —Yuda arquea las cejas, intrigado—. Anna no está acostumbrada a la dinámica del clan y no querría que se sintiera incómoda si nota que vigilan todos sus pasos. Esto es nuevo para ella. Y en cuanto al cortejo... —Recorro la sala con la mirada para dirigirme a todos y todas en general—. Muchos me entenderán cuando digo que prefiero que sea un secreto por ahora. Voy a... mmm... Analizar los pasos a seguir con mi compañera para que el cortejo sea un éxito.

Mis palabras son recibidas entre asentimientos, aunque sigue reinando la extrañeza. Sé que quieren preguntar y que se están conteniendo. Aquí es normal que cuando los hombres tienen el sueño del *pasangan hidup* decidan ocultarlo durante un tiempo para observar a la chica en cuestión. Las mujeres leopardo no es que sean fáciles de cortejar. Pero yo no lo hago por eso. La única razón por la que he revelado la verdad es para que Anna pueda quedarse en el poblado y contar con su protección. Y mientras permanezcamos aquí, procuraré que nadie se vaya de la lengua.

No tengo ninguna intención real de cortejarla, por más que lo desee en mi fuero interno.

—Vamos a intentar respetar la privacidad de Ren —interviene Yuda, sorprendiéndome con su consideración—. Aunque sé que aquí no existe esa palabra y que sin duda tenéis muchas preguntas, estoy seguro de que él las responderá cuando se sienta preparado.

Le dedico una mirada de agradecimiento que él corresponde con un seco movimiento de cabeza. A continuación, la reunión se dirige hacia otros temas. Intento prestar atención para enterarme de las novedades, con escasos resultados. Solo puedo pensar en salir corriendo hacia mi casa y reunirme con Anna.

Uno de los chicos más jóvenes se separa del resto y se coloca a mi lado contra la pared. Le falta poco para llegar a mi altura, aunque todavía es delgado y bastante desgarbado, lo normal cuando los cachorros dan el estirón y sus miembros se alargan sin darles tiempo a acostumbrarse. Tiene el pelo negro un poco más largo que yo y solo lleva unos pantalones. Me apuesto lo que sea a que se ha pasado el día transformado y ha venido corriendo a la reunión en cuanto se enteró de que yo había regresado.

Me recuerda a mí cuando tenía su edad.

—Conque otra compañera —musita Bambang, dándome un codazo.

Le pego un coscorrón.

—¡Ay! Solo iba a comentar que eres un tipo con suerte. No sabía que el destino pudiera otorgarte otra compañera. La he visto cuando habéis llegado. ¿Es porque son gemelas? ¿Tu leopardo siente que las dos son tu pareja?

Lo miro con estupor. Bambang era solo un niño revoltoso y distraído cuando traje a Emily. No debía tener ni diez años. No me sorprende que la recuerde vagamente o que sepa mi trágica historia, pero sí que sus recuerdos sean tan exactos como para que con un solo vistazo a Anna sepa que ella y Emily eran gemelas.

Por otro lado... No. El destino no otorga segundas oportunidades, y el leopardo solo se inclina hacia una persona. Solo existe un *pasangan hidup*, si no eres tan estúpido como yo y reclamas a la chica que no es.

—Ni se te ocurra mencionar a Emily delante de Anna, ¿entendido? —le advierto, omitiendo sus otras preguntas—. Y respeta lo que se ha dicho aquí.

Bambang se limita a sonreírme.

—Tranqui, que no le voy a decir que has declarado tus intenciones de cortejarla. —Se inclina un poco hacia mí y menea las cejas—. Puede que aproveche y te la robe.

Para un chico como yo que lleva dentro un leopardo dominante, esas palabras podrían resultar un desafío en toda regla. Tanto si la reclamo como si no, no hay una sola parte de mí a la que le haga gracia que Anna esté con otra persona, aunque me aguantaría y lo soportaría si ella así lo decidiera. Pero claro, ahí está la clave... Bambang no es un hombre. Solo tiene quince años.

Resoplo y le revuelvo el pelo.

—Claro.

—Lo digo en serio.

Ignoro el resto de sus comentarios y protestas. Media hora más tarde, la reunión finaliza. Los hombres pasan por mi lado para salir y me dan la bienvenida, indagan si estoy bien o me hacen gestos apreciativos con la

cabeza. A veces me pregunto qué he hecho para merecer este respeto y este cariño, cuando en los últimos años solo he traído problemas.

Estoy a punto de salir tras Bambang cuando la mano de Yuda me retiene. El *kepala* me observa con el ceño fruncido.

—Una última cosa: no vuelvas a marcharte sin comunicármelo antes. Dejaste un hueco en las guardias que tuvo que ser reemplazado.

—No volverá a ocurrir.

—Por supuesto que no. —Odio la forma en que Yuda complementa mis frases, como si sintiera la necesidad de dejar clara su autoridad en todo momento—. Habla con Dwi para las rotaciones. Empiezas esta noche.

Cuando me encuentro al pie de mi árbol, me detengo unos segundos para reunir valor, paciencia, tranquilidad... lo que sea. Parece que me falta algo cuando pienso en subir ahí, por muchas ganas que tenga. Utilizo por primera vez en toda mi vida los escalones. Creo que es mejor que no entre en forma de leopardo a la casa después de lo asustada que pareció sentirse Anna cuando le dije que le gustaría verme transformado. No sé el motivo de su reacción, porque no creo que dijera nada terrorífico.

Desde el porche veo la luz que sale por la puerta principal y las ventanas. Es extraño volver a mi propia casa y que haya alguien esperándome dentro. He vivido solo los últimos nueve años, desde que mis padres murieron.

Anna está en el salón, veo su perfil iluminado. Tiene las piernas cruzadas sobre el sillón y se inclina hacia delante, absorta en la tele. Por un momento disfruto de la estampa: Anna en mi salón como otros con sus compañeros, tal vez aguardando para compartir la cena e irnos juntos a la cama.

La mera idea de meterme en la cama con Anna hace que cada músculo de mi cuerpo se tense. El leopardo ronronea.

Ella gira la cabeza de sopetón.

—¡Oh, me has asustado!

Apretando las manos en puños, doy la espalda al salón y voy hacia la nevera. Apenas la he abierto cuando caigo en la cuenta de que tengo las despensas casi vacías después de que Uyl estuviera aquí. El elfo arrasó con todo.

—Maldición —mascullo.

—Mmm... Mawar hizo una lista —dice Anna—. Dijo que mañana va a comprar.

Bendita Mawar. Ella siempre piensa en todo.

—Te conseguiré algo para la cena, no te preocupes. —Aunque tenga que presentarme en casa de Adi y soportar sus burlas mientras dejo que Mawar me prepare un *tupper*.

—No hace falta, no tengo hambre —contesta ella con rapidez.

Ya, claro. O es demasiado amable o de veras no tiene hambre, y en ambos casos no lo voy a tener en cuenta. Ningún leopardo que se precie deja sin cenar a su pareja.

—Lo haré de todas formas.

Ella no contesta. Intento entretenerme un poco más en la cocina, esquivando las imágenes calenturientas que me vinieron a la mente. Al final asumo que desear a Anna es algo inevitable y que mientras ella siga evadiéndome no habrá problemas.

—Supongo que ya has visto la casa —digo, yendo hacia el sofá que está desocupado.

—Sí.

—Tú dormirás en mi habitación. Puedes hacer uso de todo lo que necesites, y si te falta algo solo tienes que decírmelo. —Percibo una ligera vacilación en su rostro. Pero, como siempre, permanece callada—. Venga, dime.

—N-no es nada, es decir, sé que es parte de la casa, así que...

Me limito a arquear las cejas, y ella acaba cediendo.

—Las puertas —musita.

—¿Qué les pasa?

—Que no hay.

Extrañado, contemplo los arcos que son tan familiares para mí.

—¿Eso te hace sentir incómoda?

Ella evita mirarme mientras juega con las orejas de Bastet, que está tirado en su regazo.

—Yo no lo llamaría incomodidad... Es que no hay puerta ni siquiera en el baño.

No puedo evitar sonreír por el énfasis que pone en las últimas palabras. Sí, debería haber supuesto que el concepto abierto de mi casa abochornaría a una chica introvertida como Anna. Los leopardos estamos acostumbrados a la desnudez, y no es que no le demos valor, es que desde que tenemos edad para transformarnos pasamos mucho tiempo desnudos o con la ropa hecha jirones.

—Haré algo al respecto.

—Si te es mucha molestia...

—Anna. —El tono de mi voz hace que ella alce sus preciosos ojos azules hacia mí. En el ambiente oscuro de mi casa, esa mota de color parece demasiado deslumbrante, demasiado vivaz—. Quiero que te encuentres cómoda aquí.

Nos miramos durante unos cuantos segundos, ella robándome el aliento con facilidad. Asiente y la conexión se rompe.

—Y tú... ¿dónde dormirás?

—Por eso no te preocupes. Esta noche me toca hacer guardia así que no volveré hasta tarde. Enviaré a alguien con tu cena, ¿de acuerdo?

Frunce el ceño.

—¿Guardia?

—No somos los únicos habitantes de esta selva... Hay peligros que debemos vigilar.

Aunque no es mi intención, casi espero que mi brevedad la intrigue y me pregunte sobre ello. Por supuesto, no sucede. No, ella no me preguntará por los peligros de aquí ni si tuvieron que ver con la muerte de Emily. Si ha pasado tantos años sin saberlo, ¿por qué iba a sentir curiosidad ahora?

En medio del silencio, suena mi móvil. Sorprendido, veo que es Ewan. Hablé con él tras el ataque de los demonios. Quiso advertirme de lo que iba a ocurrir porque momentos antes él y Vázquez también habían tenido una «pequeña visita» desde el Inframundo y, como nosotros, fueron salvados a tiempo por los arcángeles.

—Eh, ¿qué tal todo?

—Bien, amigo. Conseguimos llegar hasta la mansión de Porta y está vacía, como sospechábamos. Nadie sabe nada de ella desde hace meses.

—Era de esperar.

—Sí. Vázquez y yo indagaremos un poco más por la zona e intentaremos ponernos en contacto con los amigos de Porta, si es que tiene. A lo mejor puede que hagamos una visita a las ninfas en su reino.

La mayor cantidad de ninfas viven en Delta del Ebro, en Tarragona, el parque natural donde desemboca el río. Se dice que es un lugar mágico y pacífico que hay que visitar al menos una vez en la vida para disfrutar de la hospitalidad de las ninfas.

—De acuerdo. Anna y yo llegamos hace unas horas al poblado.

—¿Al... poblado? —repite Ewan—. Yo creía que...

—Sí, bueno. —Carraspeo con fuerza—. ¿Llamabas para algo más?

Ewan exhala un largo suspiro.

—Sí. La mujer con la que íbamos a encontrarnos en el templo de Pandora se puso en contacto conmigo. Le extrañó que no acudiéramos a la cita. Resultó ser Pirra, una de las hijas semidiosas de Pandora.

Me yergo en el sillón, atento a sus palabras.

—Espera un segundo, voy a poner el altavoz para que Anna también pueda oírte.

—Ah, perfecto.

Pulso la tecla correspondiente.

—Ya.

Ewan repite lo que acaba de decir y luego continúa con las noticias.

—Pirra cuida del templo en Atenas y administra las finanzas de su madre. Cuando le dije que nos gustaría convocar a Pandora o ponernos en contacto con ella de alguna forma, se alteró un poco. Primero me dijo que, si era una broma, nos podíamos ir a la mierda, que estaba hasta las narices de lidiar con los listillos que se creían que la situación tenía alguna gracia. Cuando le expliqué que yo era una de las siete personas que fueron poseídas, se tranquilizó. Luego tuve una conversación muy interesante con ella.

Ewan hace una pausa. Me inclino hacia el móvil.

—¿Y? ¿Nos pondrá en contacto con Pandora?

—Por desgracia, la diosa se encuentra en un retiro espiritual desde que la caja se abrió.

Las funestas noticias de Ewan hacen que la cara de Anna se descomponga por la decepción. Y tal vez un poco de miedo. Habíamos puesto gran parte de nuestras esperanzas en Pandora, en que ella resolvería las dudas y podría ayudarnos. Al fin y al cabo, es la que cazó a los demonios que nos poseen, extrajo sus almas y los encerró para siempre en una prisión de la que era imposible escapar. Supuestamente.

Sin embargo, todo el mundo sabe que el retiro espiritual de un dios puede durar semanas, meses... o años. Y es muy difícil (por no decir imposible) comunicarse con ellos hasta que reaparecen. Que la diosa esté ilocalizable me parece incluso lógico porque resultaba extraño que no se hubiera presentado en algún momento de estos seis meses para arreglar el desaguisado.

—Por precaución, Pandora no conservaba consigo la caja —continúa Ewan—, ya que su sola cercanía produce pensamientos y emociones oscuras, pero siempre la vigilaba. Mantenía, por así decirlo, una conexión con la caja que le permitía protegerla desde la distancia. Pirra asegura que su madre no sabe quién la movió de sitio y la puso en las Olimpiadas. Además, cuando Porta la abrió los poderes de Pandora se vieron afectados. El mal que albergaba también la dañó a ella.

Que Pandora y su caja estuvieran conectadas tiene sentido, y no son buenas noticias para nosotros.

—Entonces Pirra responderá a nuestras preguntas —replico, impacientándome—. Estará al tanto de todo lo relacionado con la caja y su contenido.

—Eso creía yo también. Cuando se lo planteé, me dijo que ella desconoce los pormenores del trabajo de su madre. Asegura, y la creo, que la única con el poder necesario para contener esas almas pecaminosas es Pandora; y a ella le llevó décadas cazar a los siete demonios. Dijo que me enviaría un libro que escribió una de sus hermanas, aunque duda que encontremos algo interesante en él. Se vende en librerías humanas. Se titula *La primera mujer*. Es una biografía extendida sobre Pandora; incluye todos sus mitos. V y yo vamos a estar moviéndonos en busca de Porta, así que le daré la dirección de tu casa en Tanahkami para que os lo envíe a vosotros.

Anna y yo nos miramos, desanimados. ¿Eso es todo lo que obtenemos? ¿Una biografía?

—Pero, chicos, aquí viene lo interesante —dice Ewan—. Pirra me dijo que tal vez estábamos haciendo las preguntas incorrectas. Dijo que, de estar en nuestro lugar, ya habría dado por sentado que hay muy pocas posibilidades de que la solución caiga del cielo (y sí, eso fue una metáfora sobre los dioses). En cambio, deberíamos preguntarnos quién fue el que puso la caja de Pandora en nuestro camino y por qué. —La voz del licántropo se tiñe por la emoción, como siempre que se enfrenta a un nuevo enigma—. Creo que tiene razón. ¿Quién y por qué? Tal vez en esas dos preguntas están todas nuestras respuestas.

Unos minutos más tarde, cuando cuelgo, estoy sonriendo sin ganas.

—Ewan es como un niño pequeño que se emociona con un puzle nuevo.

Anna no me devuelve la sonrisa. Está frotándose los brazos de arriba abajo, aunque no creo que tenga frío. Más bien está estremecida porque acaban de cerrarnos una puerta y no sabemos si la que se ha abierto en su lugar conduce a alguna parte.

Por un instante tengo miedo de que la desesperación la impulse a hacerme las preguntas más obvias: ¿de verdad es necesario que estemos aquí? ¿No podemos permanecer en otra parte? ¿Y por qué juntos? ¿Por qué no te quedas tú mientras yo sigo mi camino? ¡Todo esto es inútil!

Pero Anna, por suerte para mí, no lo hace. Consulto el reloj; será mejor que me marche ya si no quiero llegar tarde a la guardia. Eso no haría sino darle más munición a Yuda.

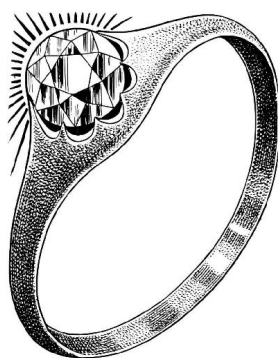
—Se me hace tarde —digo, llamando su atención. Me mira con sus grandes ojos azules y me entran unas ganas locas de besarla. Agitado, aparto la mirada—. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Lo piensa durante un momento y luego niega con la cabeza.

—Bien. Que descanses —musito.

Y me marchó antes de hacer algo que me ponga en ridículo.

ANNA



— **V**enga, Anna, hazlo. *Es solo un anfibio.*
— *La fulmino con la mirada.*
— *Es un ser vivo.*

— *¡Por la Diosa! —Emily eleva los ojos al cielo, muy brillante y despejado hoy. Se está acabando el verano, pero aún llegan coletazos de calor al castillo—. Si no dominas el conjuro en una rana, ¿cómo esperas aprobar el examen del lunes?*

— *No es lo mismo. Las ranas de los exámenes luego vuelven a su forma original.*

— *Esta también lo hará. Yo me encargaré.*

— *Ah, ¿sí? —La miro de reojo, escéptica—. ¿Me lo prometes?*

— *Síiiiiiii. Venga, hazlo de una vez.*

Tomo aire y fijo la vista en la pequeña rana marrón que Emily capturó hace un rato. Está dentro de un tarro, pegando sus viscosas patas al cristal

como si buscara la salida. Seguro que se está quedando sin aire. Cuanto antes lo haga, antes podremos volver a dejarla en libertad.

Extiendo las manos alrededor del tarro y me concentro. Aunque los conjuros para cambiar de forma son difíciles, esto es muy básico. Hacer que a una rana le crezca pelo es el clásico truco de una bruja. Sé que puedo hacerlo. La única razón por la que me he hecho la tonta en las clases es porque, por primera vez en meses, a Emily le sale a la perfección un conjuro. Ninguna otra lo logró. Ella recibió la aprobación de Luciérnaga y sumó dos puntos en la tabla de habilidades. Así que cuando me tocó a mí, por supuesto fallé.

No quería que nada opacara su tremenda sonrisa de satisfacción.

Cuando bajo las manos y abro los ojos, a la rana no le han salidos pelos. Le han salidos ojos saltones por todo el cuerpo. No para de croar, asustada.

—Jope, Anna, de verdad que no se te da bien ¿eh? —Emily se me acerca con las manos en las caderas—. Anda quita, yo lo arreglaré.

Me hago a un lado mientras ella, pavoneándose, pone las manos sobre el tarro. Los ojos saltones son absorbidos por la piel de la rana con pequeños ¡pop! Mi hermana arruga la nariz y una densa mata de pelo violeta cubre por completo a la rana.

Aplaudo con entusiasmo.

—¡Qué guay! ¡Y es de color!

Emily menea las cejas y finge que se sopla los dedos después de haber disparado un par de tiros imaginarios.

—Soy la mejor, lo sé. ¡Y ahora dilo! —Se abalanza sobre mí y me abraza fuerte—. ¡Dilo! ¡Dilo!

Riéndome a carcajadas, grito:

—¡Eres la mejor, Em!



La primera noche en el poblado no duermo demasiado bien, y no es porque la cama no sea cómoda. Lo es. El problema es que pareciera que el

fantasma de Emily ronda por aquí. Hacía un par de meses que no soñaba con ella, aunque sabía que eso no significaba que las pesadillas hubiesen acabado.

Creo que no lo harán nunca... Y una pequeña parte de mí está conforme con eso. Si tengo que padecer sudores fríos y malestares durante el resto de mi vida para poder ver a mi hermana en mis sueños, que así sea.

Cuando me despierto, cansada, pienso que me encantaría darme una ducha bien fresquita... Si tuviera la intimidad necesaria para ello, claro. El calor en la selva es diferente al de Bucarest. Aquí la humedad se pega a la piel y te mantiene en un estado constante de sofoco. Me siento en la cama y me hago una coleta alta ayudándome de mi pañuelo, así mantendré la frente y el cuello despejados.

Luego alzo la vista para averiguar si hay alguien en el salón o si Ren anda cerca, pero... Una cortina de tela me lo impide. Asombrada, parpadeo un par de veces. También hay otra en el arco que va hacia el cuarto de baño, y ninguna de las dos estaba ahí cuando me fui a acostar anoche. Y eso fue bastante tarde.

Me acerco y toco la suave tela. Los extremos superiores están pegados a la pared con tiras de velcro. Lo ingenioso del apaño hace que me tape la boca para ocultar una sonrisa. No me puedo creer que se haya molestado en poner esto mientras yo dormía. Está claro que es muy silencioso si se lo propone. Y tendré que darle las gracias. Independientemente de todo lo demás, yo soy una intrusa en su casa y él intenta que esto sea confortable para mí.

Intenta seducirte, eso es todo. Son trucos para estúpidas, y nosotras no somos estúpidas, sisea Soberbia. No te dejes embaucar, porque seguro que hace lo mismo con todas.

Ignorando al Pecado, me doy una buena ducha y dejo que Bastet maúlle desde la cortina, como siempre que me ve tomando un baño. Él detesta el agua y detesta que lo bañe, y parece creer que cuando yo lo hago voy a morirme.

—Sshh, deja de lloriquear —le digo, enjabonándome los brazos—. Si supieras lo rico que se está aquí dentro...

Una de las paredes de la ducha no está hecha con el mismo material que el resto de la casa. Tal vez se rompió y fue sustituida. Mientras paso las manos por la madera nueva, golpeo sin querer la estantería de los jabones con el codo y tiro al suelo varios botes de champú. Rezongando, me agacho para recogerlos; no mucho tiempo atrás solo habría tenido que chasquear los dedos para que todo volviera a su lugar.

Cuando me aclaro el jabón estoy canturreando y ya no oigo a Bastet; debe de haber encontrado algo más interesante que hacer. Cierro el grifo (bastante moderno) y coloco la alcachofa en su sitio. Cuando levanto el brazo para recoger la toalla que dejé lista en el lavamanos, el cuerpo se me congela. Siento como si unos dedos invisibles me estuviesen estrangulando el corazón, paralizándolo del susto.

Ren está en el umbral del baño, sosteniendo la cortina con una mano y a Bastet con la otra. Me está mirando. Y no a la cara.

Ni siquiera lo pienso: cojo la pastilla de jabón y se la lanzo con todas mis fuerzas. Hay un factor sorpresa de por medio o algo así, porque le doy en toda la frente y lo hago retroceder. Pero ni siquiera así suelta la cortina.

Aprovechando el despiste, cojo la toalla y me la envuelvo alrededor del cuerpo a toda velocidad. Luego lo fulmino con la mirada.

—¡Sal de aquí ahora mismo!

¡Eso es, eso es! Muéstrale cuál es su lugar, me aplaude Soberbia.

Él deja de frotarse la frente y me mira con asombro. ¿Con asombro? ¡No soy yo la que lo estaba espiando mientras se duchaba!

—Anna, yo...

—¡Para qué demonios pones una cortina si no te molestas en respetarla! —le grito. Cojo lo que tengo más a mano (que resulta ser uno de los botes de champú que tiré minutos antes) y también se lo lanzo.

Esta vez él suelta a Bastet y coge el champú en el aire. Lo desecha con un gesto y continúa mirándome.

—¿Es que no piensas largarte? —pregunto. Mi respiración está agitada, toda yo estoy temblando por una mezcla de indignación y... algo más. ¿Nervios? No. No puede ser eso.

Mientras él permanece en silencio, el momento de exaltación va bajando; el rugido atronador de mis oídos se va apagando hasta que todo lo

que oigo son nuestras respiraciones y el ronroneo de Bastet.

—Escuché un ruido y pensé que podías haberte hecho daño —dice él por fin. Su voz suena ronca, contenida; no sé si está molesto porque le haya intentado golpear, y me da igual—. Además, el maldito gato no paraba de maullar...

—Eso es lo que hacen los gatos. Maullar —replico con acidez—. No sé de qué te sorprendes, se supone que tú también llevas un felino dentro.

—Sí, es verdad. —La voz de él se vuelve pensativa—. Tienes un carácter fuerte debajo de todas esas capas de amabilidad y timidez, ¿eh?

No, no lo tengo, es lo que quiero contestarle. Sin embargo, ahora mismo sería absurdo y quedaría como una mentirosa. Es obvio que sí, que tengo carácter. ¿Quién no se ofuscaría en una situación así?

—Gracias por notarlo —mascullo—. Ahora deja que la cortina vuelva a su sitio.

Los ojos de él se estrechan. Dos finas rendijas verdes me observan con una mezcla de emociones que me inquietan. Me hace caso y suelta la cortina... solo que él se queda en el lado equivocado.

Aprieto con fuerza la toalla en su sitio y me digo a mí misma que no voy a ceder. Pase lo que pase, voy a mantenerme firme.

—¿Qué haces?

Lo oigo aspirar por la nariz, como si estuviera olisqueando algo. No sé por qué, pero la forma en que aprieta los puños y se le tensa el cuello me hace apretar los muslos.

—Algo que es probable que sea muy mala idea.

Luego avanza hacia mí. Con decisión, sin dejar de mirarme. Una mano me agarra por la nuca y la otra por la cintura, y me estrecha tan fuerte contra él que no queda ni un espacio libre entre nuestros cuerpos. Solo están su ropa y mi toalla entre nosotros, y no me parece suficiente protección.

—E-espera... —Me sale un ligero tartamudeo.

—He esperado demasiado —dice con aspereza. Y a continuación, baja sus labios hasta los míos.

La sensación es suave, es caliente. Una presión dulce que me invita a cerrar los ojos y disfrutar del contacto. No tiene nada que ver con aquel

beso en el Abracadabra. Esto es... No sé lo que es. Y no sé por qué diablos no estoy intentando apartarme.

¡*Empújalo!*!, chilla Soberbia, sobresaltándome. ¡*Aléjalo!* Hay miedo en la voz del Pecado. No la escuchaba así de asustada desde la primera vez que se introdujo en mi cuerpo... cuando me dio la impresión de que había otra presencia.

Ren nota mi respingo y se aparta un poco. No hay mucho espacio entre nuestros rostros, pero es el suficiente para que pueda mirarme a los ojos. La única vez que lo vi tan de cerca fue... en el sueño.

Un sueño que no me pertenecía.

Tengo que recordarlo.

—Por favor, no tiembles —me susurra Ren—. Yo solo... Quiero besarte, ¿de acuerdo? Solo eso. Un beso. Lo necesito con desesperación, Anna, para mantener la cordura.

Abro y cierro la boca varias veces, porque no encuentro las palabras para negarme, y tampoco para decirle que sí. Me ha parecido tan breve el beso, tan...

No lo sé, no lo sé.

—Esto está mal —susurro de vuelta, aferrándome a la tela de su camiseta porque siento que las piernas me van a fallar. Tal vez esta sea una de mis pesadillas. A lo mejor ni siquiera he salido de la cama.

La respuesta de Ren hace que sus labios se rocen con los míos. Cosquillas, calor.

—Pero se siente muy bien.

No te dejes convencer, Anna, él no te merece, ¿me oyes?

Claro que la oigo, está dando porrazos como una niña pequeña y malcriada.

—Cállate.

¿*Qué?*

—¿*Qué?* —Ren frunce el ceño.

—No, tú no —digo con rapidez. A continuación, reúno todo el valor que poseo y subo mis manos hasta su pecho para apartarlo. Toco su piel, caliente y suave bajo mis dedos. Él también lo siente, porque hace una inspiración brusca—. No deberías estar haciendo esto. No tiene sentido.

Cuando lo miro a los ojos, hay dolor. Pero ni yo empujo las manos para apartarlo de mí ni él da un paso atrás, y los dos sabemos que esto de verdad es una mala idea, y ya me estoy arrepintiendo de no ser más firme, y... y...

—Tiene más sentido del que tú crees —murmura. Mueve su mano sobre mi nuca y alrededor de mi cuello, un roce tan leve que va dejando un rastro de fuego a su paso. Como si mi piel pidiera más.

Su pulgar me toca la mandíbula e inclina mi rostro en la posición correcta. Cierro los ojos con fuerza y espero que sus labios vuelvan a caer sobre los míos. Sin embargo, Ren me esquiva y va hacia mi mejilla. Deposita un suave beso allí. Luego otro en el pómulos. En el raballo del ojo, sobre la ceja, junto a la oreja... El gesto está lleno de reverencia.

Creí que esto se trataba de algo rápido, de un impulso. No quiero que se tome su tiempo. No quiero que haga que mi respiración se entrecorte y me den ganas de llorar.

—Por favor...

—En su momento —responde—. Tal vez solo tenga esta oportunidad.

Quisiera poder separarme ahora mismo y preguntarle si solo va a hacer el tonto alrededor de mi cara. Pero estoy perdida, atrapada en la efervescente emoción que me mantiene justo aquí, esperando el momento en que vuelva a besarme. Me marea sentir el calor de su cuerpo, la aspereza de su mano sobre mi cuello en contraste con la suavidad de sus labios. Él es mucho más grande que yo y le he visto luchar contra demonios y otras razas con total brutalidad; sin embargo, en este momento toda su fuerza está latente para mí. Se contiene a mi alrededor, como si yo fuera algo frágil que necesita ser cuidado.

Estoy acostumbrada a que la gente piense que soy delicada; es la imagen que siempre me esfuerzo por proyectar. Esto es diferente. La delicadeza de Ren tiene que ver con la pasión, no con la lástima. Con el deseo, no con la compasión.

Estoy tan enfocada en su toque que ni siquiera puedo moverme. Los labios de Ren siguen la línea de mi mandíbula y se detienen en mi barbilla. Tan cerca... Él esconde la cara en el hueco de mi cuello. Me rodea la cintura con ambos brazos y me estrecha con fuerza, con emoción, poniéndome sin querer de puntillas.

Muevo la mano sobre su pecho por inercia y le siento suspirar contra mi piel. Y luego...

Ahogo un grito, porque me muerde.

No tan fuerte como para que resulte doloroso, pero sí lo suficiente para que lo note. La sensación envía un ramalazo de un extraño poder a través de todo mi cuerpo y se concentra en mi estómago.

—Mierda —le oigo murmurar—. Mierda, Anna, no he podido controlarme. —Aparta su cabeza para mirarme. Sus ojos lucen atormentados. ¿Cómo estarán los míos?—. Dime que no te duele.

¿Dolerme?

—N-no... En realidad... No.

Eso parece impresionarle. Arquea las cejas y a continuación esboza la sonrisa más perfecta que jamás le he visto. Si Leska estuviera aquí diría que es una sonrisa baja-bragas.

—Bien... —Se inclina para rozar su nariz con la mía—. Porque aún falta lo mejor.

Su aliento está mezclándose con el mío justo cuando una voz se cuela a través de la cortina y nos congela a ambos en el sitio.

—¿Anna? —Es Mawar—. Buenos días. Si te estás duchando, te espero en la cocina. He traído el desayuno y varias cosas para la despensa.

Me llevo la mano a la boca y por primera vez en el día aprecio la auténtica utilidad de la cortina.

—¡G-gracias! —exclamo. Mi voz suena demasiado temblorosa como para que sea normal, aunque Mawar no parece tenerlo en cuenta.

Oímos sus pasos alejándose hacia la cocina. ¿Por qué no la escuchamos venir? ¿Qué ocurre con el oído ultradesarrollado de los cambiaformas? Ren y yo nos miramos. La realidad acaba de caer sobre nosotros con el mismo efecto que un cubo de agua fría, y la nube de locura que nos rodeaba se está evaporando con rapidez.

La expresión de Ren pasa de intensa a hermética. Se cierra en banda; solo me falta oír el sonido de un portazo en mi cara.

—Reúnete con ella —me dice en voz baja—. Yo iré ahora.

Ni siquiera le cuestiono; cojo la ropa sobre el lavamanos y me apresuro para dejar atrás este momento. Tengo un puñado de cortina en la mano

cuando la voz de Ren me detiene.

—Anna.

Me giro para mirarlo.

—Aún nos falta un beso.

¿Qué le pasa? ¿No se da cuenta de que fue un error y que nos libramos por los pelos? Sin contestarle, salgo del baño y me visto tras la puerta abierta del armario, el único parapeto del dormitorio. Estoy sudando de nuevo, como si no acabara de ducharme. ¿Qué he hecho? ¿Por qué he dejado que ocurriera?

Solo llevo un día en este poblado y ya se ha producido un desastre. No puedo permitírmelo.

No puedo.

Unos minutos más tarde, cuando estoy decentemente vestida y creo que he logrado serenarme un poco, salgo del dormitorio. Mawar ha colocado varias bolsas sobre la encimera y está guardando paquetes y latas de comida en los armarios y en la nevera. Se nota que no es la primera vez que organiza la cocina de Ren.

—¿Qué tal estuvo la ducha? —me pregunta. Me está dando la espalda, y algo en su tono de voz me dice que está sonriendo. Por primera vez me da igual ruborizarme, porque puedo atribuirlo al calor.

—Refrescante. ¿Necesitas... ayuda? —me ofrezco mientras termino de atarme el pelo con el pañuelo.

—No, cariño. Yo me encargo de todo.

Obedezco y la observo preparar café y servir unos bollos de aspecto delicioso en platos. Y si tengo que ser concreta, esas son *tres* tazas de café y *tres* bollos.

—¿Te molestaron los insectos anoche?

—No... ni siquiera noté que hubiera insectos cerca.

Asiente.

—Eso significa que el repelente funciona. ¿Has visto a Ren esta mañana? Puedo olerle, aunque no sé dónde puede andar...

Se gira y me pilla con la guardia baja. Por algún motivo su mirada me deja clavada en el sitio y me impide abrir la boca para mentirle, lo cual es apabullante. No soy la más mala de las brujas (de hecho, tengo reputación

de no parecerme demasiado a mis congéneres), pero no tengo problemas con las mentiras; suelen salirme de forma fluida.

—Mmm...

—Me hueles porque estoy justo aquí. —La voz de Ren tan cerca de mi espalda me hace pegar un brinco. Casi me caigo del taburete. ¿De dónde sale? ¿Por qué parece que acaba de entrar por el porche?—. Estaba revisando la antena.

—¿Qué antena?

—Pues la que hay encima de mi casa, Mawar, esa antena. —Cuando pasa junto a la mujer le da un pellizco en la cadera—. Gracias por la compra.

Sin comentar nada del pellizco ni insistir en lo anterior, Mawar esboza una pequeña sonrisita.

—Siempre es un placer ayudar, *Nakal*.

Ren está buscando algo en la nevera y contesta con un gruñido. Intrigada a mi pesar, me inclino hacia Mawar.

—¿Qué significa...?

—Significa «travieso» —me interrumpe él—. De pequeño era muy revoltoso. Mawar y su nieta, Sari, adoran poner motes a la gente y en cuanto te descuides tendrán uno preparado para ti.

Ella suelta una risita.

—Ignora por completo su tono de disgusto, porque le encanta.

Mientras bromean entre ellos me doy un tiempo para respirar con calma. Aún siento el pulso acelerado y calor en la cara. Aunque la mujer no ha hecho ningún comentario, parece sospechar que Ren y yo estábamos juntos en el baño. Eso podría no significar nada. Podríamos haber estado examinando la curiosa plomería de los árboles. Sin embargo, una inquietud diferente me llena al observar los movimientos elegantes de Mawar.

¿Qué pensará ella? De mí, de que esté aquí con Ren... O de que sea la hermana gemela de su verdadera pareja. Mawar vive en este poblado. Es lógico suponer que también estaba hace seis años, cuando Emily vino. Que la conoció. Y que con solo mirarme sabe quién soy.

Cuanto más lo pienso, por más absurdo que pueda parecer, más ansiedad siento.

—Me gusta tu anillo —dice de pronto Mawar. Me pilla distraída y acerca su mano antes de que me dé cuenta. Cuando toca la piedra azul con los dedos, contengo el aliento; sin embargo, todo lo que hace es sonreír—. Combina con tus ojos.

Murmuro un leve agradecimiento, y, de forma disimulada, yo misma acaricio la piedra, comprobando su temperatura. Hay días que está fría como un cubito de hielo, y hay otros... Otros días, juraría que va a chamuscar mi piel y cercenarme el dedo.

Cuando levanto la vista, Ren me está observando. Sonriendo, apoyo la mano derecha en mi muslo, oculta bajo la mesa, y le doy un mordisco al bollo.

Después de desayunar, Mawar me propone mostrarme el poblado y explicarme cómo es el día a día aquí. Ren tiene que irse a ayudar a Adi, que es la pareja (o compañero, como dicen ellos) de Mawar. Además de participar en las guardias por las noches, cuando está en el poblado Ren ayuda con la caza y el cultivo.

—El supermercado está a la vuelta de la esquina, pero ¿qué habría de divertido en eso? —me dice, sonriente. Algo en su expresión jovial hace que mis entrañas se retuerzan, aunque lo disimulo mirando hacia otro lado—. Nos vemos a la hora del almuerzo.

Se marcha y me pregunto cuántas facetas de Ren me quedan aún por descubrir. Ahora por lo visto también es agricultor y cazador.

Ayudo a Mawar a limpiar la cocina y bajamos del árbol-casa de Ren. Bastet no nos sigue porque se ha quedado acurrucado en el sillón, como el perezoso que es. Una vez de vuelta al centro del poblado, Mawar me explica que los edificios que están a ras de suelo son los comunales, y que tienen abiertas sus puertas a todo el clan. Hay uno en el que se suelen celebrar las reuniones con el *kepala* (que es el jefe del clan), otro en el que realizan actividades y otro en el que los niños pueden jugar a sus anchas.

—¿Hay división entre hombres y mujeres? —le pregunto mientras caminamos. Estoy intentando ignorar que todo el mundo me mira y se pone a murmurar cuando pasamos por su lado.

—¿División? —repite Mawar.

—Sí, bueno, siempre he oído que entre los cambiaformas los hombres suelen ser los que mandan, así que me preguntaba si...

—Oh, no, no, no. —Me sonrío—. Ellos no tienen más voz y voto que nadie. En nuestra sociedad, los hombres son compañeros y las mujeres compañeras. La jerarquía viene predeterminada por los genes, no por el sexo. Es cierto que suelen nacer más hombres con genes dominantes que mujeres, aunque eso no significa que sean más importantes. Un alfa o una alfa tiene más responsabilidades, pero todas las opiniones cuentan.

Entro con ella al edificio de las reuniones. No es más que una gran sala con sillas, una mesa y estanterías a rebosar de libros y papeles. Parece que se preparan infinidad de actividades y tareas aquí. Hay una pared que está llena de retratos y fotografías. Una de las fotos me llama mucho la atención. Cuando me acerco para verla mejor descubro por qué: fue tomada en este poblado a una pareja, un hombre y una mujer. Él es la viva imagen de Ren, pero ella tiene los mismos ojos de extraordinario color verde.

Mawar se coloca a mi lado.

—Utari y Guntur —me dice—. La anterior *kepala* y su compañero. Una mujer y un hombre maravillosos, con los corazones más grandes que puedas imaginar.

Soy incapaz de dejar de observar a la mujer, Utari. Mirarla a ella es como atisbar una parte secreta de Ren. Puedo ver el amor brillando en esos ojos, y una alegría tan profunda que parece irradiar por todo su rostro. Es hermosa solo por el modo en que sonrío.

—Son los padres de Ren —murmuro.

—Sí.

—¿Dónde están?

Mawar tarda tanto en contestarme que por un momento pienso que no lo va a hacer. Al final, dándole la espalda a la foto, habla por encima de su hombro.

—Hay peligros en esta selva, y muchos de los nuestros dieron la vida por salvar al resto del clan.

La cruda emoción que hay escondida en sus palabras es evidente. Yo también me doy la vuelta, mirándola con cautela. El perfil de Mawar está

alicaído por primera vez desde que la conozco, y de repente sí que me parece que pueda ser abuela de tres niños.

Entonces coge aire, sonrío y me mira.

—No es malo hablar de los que ya no están, aunque en el clan tenemos por costumbre dejar que descansen.

Asiento y Mawar me conduce fuera del edificio. Pienso un momento sobre lo que acabo de descubrir. La madre de Ren era la antigua jefa del clan, y ella y su compañero murieron de alguna forma tratando de proteger a los demás. ¿Cuánto hará de eso? ¿Cuánto tiempo lleva Ren siendo huérfano? ¿Por eso su casa parece tan oscura y vacía? ¿Y por qué no es él el actual *kepala*? Tengo entendido que es por línea sucesoria. Aunque también estaba convencida de que los cambiaformas eran todos machistas y retrógrados, y parece ser que no.

Entramos en otro edificio comunal y al instante me veo rodeada por un grupo de veintitantos niños y niñas. Oscilan entre los dos y los doce años, todos morenos y con centelleantes ojos de cambiaforma. No sé muy bien cómo comportarme porque jamás he estado con tantos niños al mismo tiempo. Bueno, ni siquiera con uno. En el castillo donde mi crie, las brujas más pequeñas duermen en otro piso, reciben otras clases y comen en otra zona. Jamás presté atención a ninguna, ni siquiera para torturarlas como hacían Emily y Leska.

Así que no sé muy bien cómo atender a tanto niño que me mira, me grita y me tira de las manos.

Mawar se está riendo e intentando calmarlos. Creo que también les está diciendo que deben hablarme de forma que pueda entenderles, porque la niña que tengo más cerca traga saliva y empieza a soltar una parrafada que, sí, es en mi idioma, pero me es imposible de entender con tanto ruido de fondo.

—Espera, espera —le pido. Me agacho junto a ella y me acerco para poder escucharla. De cerca, reconozco que es la niña que ayer se abrazó a Ren; la nieta de Mawar—. ¿Puedes recordarme tu nombre?

—Sari —me contesta a toda velocidad. Su voz me parece muy dulce, lo cual no es un pensamiento muy propio de una bruja; algunas de las nuestras

comen niños. Esta pequeña, con esos grandes ojos oscuros y sus trencitas, es todo ternura. Debe tener unos diez años—. Y tú eres *Mata Biru*.

—No, yo me llamo Anna.

Ella cabecea.

—*Mata Biru*.

Los demás niños empiezan a corear esas palabras, dando saltitos y palmitas a mi alrededor. Un poco aturdida, miro a Mawar en busca de ayuda. La mujer solo me sonríe y se encoge de hombros.

—¡Ya tienes mote! —exclama.

Esbozo una pequeña sonrisa, pero la pierdo rápido al darme cuenta de que no tengo ni idea de lo que significa. Bien puede ser un insulto o una broma, como «bruja piruja». Me inclino hacia varios niños para preguntarles. Ninguno me contesta. Se ríen o me tiran del pelo.

Sari es la primera que toca el pañuelo que sujeta mi coleta. A estas alturas el nudo está tan flojo que el peinado se deshace y el pañuelo cae en sus manitas.

Abre los ojos de par en par.

—Fue sin querer.

—No te preocupes —le sonrío. Más calmada, la niña examina la tela y el color del pañuelo. Parece fascinada por los motivos étnicos que recorren los bordes en azul oscuro—. ¿Te gusta?

Asiente con la cabeza efusivamente.

—Oh, sí. —Se lo lleva a la nariz y lo olfatea. Su gesto me hace recordar que es una pequeña cambiaforma y que para ellos los olores son importantes—. Huele a ti, y un poco a alguien más.

Se me entrecorta el aliento.

Anonadada, contemplo el pañuelo. Era de Emily. Es una de las pocas pertenencias que conservé cuando ella murió, para llevarlo conmigo como un presente. No sé bien qué clase de recuerdo puede traerme un pañuelo, pero hace años me calmaba el simple hecho de ponérmelo. Hoy en día es solo rutina, un accesorio más en mi armario. Me sorprende que aún conserve su olor.

Tras acariciarlo una última vez, sonrío a la niña.

—Si te gusta mucho, puedes quedártelo.

Su rostro se ilumina.

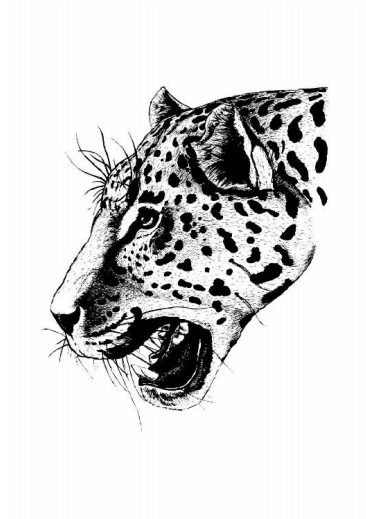
—¿En serio?

—Claro.

—¡Oh, muchísimas gracias! —Me echa los brazos al cuello y me abraza con fuerza—. ¡*Terima kasih*^[4], *terima kasih*, *terima kasih*!

Creo que acabo de ganarme una seguidora incondicional, a juzgar por el brillo admirativo en los ojos de Sari.

REN



He casi-marcado a Anna.
Bien por mí.

Si ya era una mala idea intentar besarla después de haberla visto desnuda, dejar mi marca en su cuello habría hecho que todo se fuera a pique. No creo que Anna sepa el significado de lo que estuvo a punto de pasar en el baño... Maldición, ni siquiera sé por qué me permitió tantas libertades. Es como si la atracción que siento por ella fuera imposible de ocultar. ¿Se preguntará a qué se deben esas emociones ingobernables o creerá que es simple deseo?

Lo más probable es que solo esté horrorizada y sacando espantosas conclusiones sobre por qué la pareja de su hermana fallecida la besó.

Yo mismo pienso en lo que puede estar concluyendo y me dan ganas de golpearme. Repetidas veces. Con fuerza.

Por otro lado, tener que ver la cara socarrona de Mawar minutos después tampoco fue divertido. Ella sabía lo que estaba pasando en el baño; debió olerlos juntos allí dentro. Una parte de mí (lo que queda del chico razonable) está contento de que decidiera meter sus maternas narices una vez más y nos interrumpiera... La otra parte (el leopardo emparejado) solo quiere estrangularla.

Balancear ambas me está costando toda mi cordura y entereza.

Adi se me acerca atravesando el huerto, azada en mano.

—Mawar me ha dicho que la chica es encantadora.

—Lo es. —Me alejo unos pasos de él, fingiendo que examino los melones. Conozco las tácticas de Adi para hablar sobre chicas y siempre son pésimas e incómodas.

—¡Y guapísima! —Bambang lanza un silbido apreciativo desde la zona de los aguacateros, provocando las risotadas de otros jóvenes—. Deberíais ver sus ojos, son de un azul más profundo que el cielo. Y su cabello...

Clavo mi espátula en la tierra y les lanzo un gruñido largo y bajo. Al instante, las risas se acaban y Bambang adopta una expresión compungida.

—Qué genio —murmura Adi con alegría—. Creía que habías dicho que ibas a evitar cogerte nervios.

—También voté en contra de poner a los cachorros en el huerto con los adultos —replico, señalando al grupo de Bambang—. No hacen más que molestar.

—Lo mismo que tú a esa edad.

—Yo era estúpido a esa edad.

Adi contesta con un murmullo, ni asentimiento ni negación. Me concentro en comprobar las raíces, la maduración de la fruta y si hay bichos infectando las hojas. Por norma, me encanta esta parte del poblado. Incluso cuando era un cachorro estúpido pasaba más tiempo en el huerto que los otros chicos de mi edad. También me encantaba cazar, rastrear, merodear... En el clan del leopardo no realizamos la caza indiscriminada de ningún animal de Borneo porque iría contra el equilibrio de la selva y contra nuestras propias creencias, que son proteger la naturaleza por encima de todo. Somos grandes guardianes de esta zona, la defendemos de otros predadores y de los inconscientes furtivos. Así que si cazamos es para

mantener contento al leopardo y porque, sí, todos tenemos un corazón salvaje debajo de la fachada de civilización. También matamos a ciertos animales cuando empiezan a tener comportamientos erráticos que afectan al equilibrio; por eso luchamos contra los rakshasas.

Se supone que antaño fueron como nosotros, cambiaformas. Ellos pertenecían al clan del tigre. En los libros de historia del clan están recogidas las anécdotas de una época lejana en la que los dos clanes, el nuestro y el del tigre, fueron amigos. Igual que ahora nosotros lo somos de los lobos. Sin embargo, esta alianza era mucho más beneficiosa e importante, puesto que compartíamos un mismo territorio. Era vital tener un buen trato.

Se dice que un día los tigres pactaron con fuerzas muy oscuras. Querían más poder, más vigor, más longevidad. Perseguían lo mismo que otros tantos ilusos: la inmortalidad que solo está reservada a los dioses. Por supuesto, lo único que consiguieron fue tentar demasiado a la oscuridad y acabar consumidos por ella. El clan del tigre perdió todo vestigio de humanidad, de racionalidad e incluso de bondad. Se convirtieron en híbridos a medio camino entre el humano y el tigre, bestias que andan sobre dos patas. Casi perdieron incluso su capacidad para hablar.

Solo desean guerra, sangre y poder. En mi interior, Ira hace crujir los nudillos ante esa perspectiva. Está deseoso de encontrarse en medio de una batalla así. He intentado no pensar mucho en los rakshasas para que el Pecado no se obsesione, pero es difícil. Estar en el poblado me llena de recuerdos perturbadores.

Y de ansias de venganza.

—Por cierto, aquí va un cotilleo del clan. —Adi se agacha a mi lado. Por un momento me tensó, esperando que diga algo sobre Anna y sobre mí—. Bagal por fin ha conseguido el consentimiento de Indah. Han sido diez largos meses, y el muchacho ha hecho honor a su nombre... Es terco como una mula.

Sonríó. No he seguido de cerca el cortejo de Bagal e Indah. Recuerdo el principio, cuando el chico declaró sus intenciones en una reunión y todos le deseamos suerte. Indah, la hermana mayor de Bambang, es una de las chicas más inteligentes y guapas del clan, además de tener una clara visión

de lo que quiere hacer con su vida: siempre ha proclamado que piensa irse a estudiar al extranjero y experimentar mucho antes de asentarse. Así que el pobre Bagal, que debe permanecer en el clan ayudando a sus padres y hermanos pequeños, tenía una tarea ardua por delante si quería establecerse con ella.

—¿La ha convencido para que se quede en el poblado?

Adi se ríe entre dientes.

—La ha convencido para poder acompañarla en su viaje, eso es lo que ha hecho.

Suelto una gran carcajada.

—¿Cuándo es la ceremonia?

—Dentro de tres semanas. —Adi me mira de reojo—. Me gustaría que aún estuvieras aquí para entonces.

—Sabes que no puedo comprometerme. En cuanto averigüemos algo, nos iremos.

Ambos nos erguimos en silencio. Yo contemplo mi alrededor; me encantaría que nada me impidiera quedarme aquí el resto del verano. A principios de septiembre la mayoría de las familias volverán a las ciudades donde se han asentado y en el poblado solo quedarán el *kepala* y los *tua*. Las parejas mayores que no tienen hijos pequeños dividirán su tiempo entre la ciudad y el poblado. Yo pasé mi infancia así: la mitad del año en la ciudad ardía en deseos de volver al poblado, y los meses en el poblado temía el momento en que tuviera que irme de nuevo.

Las ocasiones como esta, en la que todas las familias revolotean por el poblado y lo llenan de vida y de festejos, son cada vez más escasas.

—Al menos inténtalo —me dice Adi, retomando la conversación.

—No depende solo de mí. —Tal vez Anna no aguante aquí tres semanas. Es mucho tiempo y muy poco a la vez, según quien lo mire. Para una bruja, por muy encantadora y tranquila que sea, tres semanas con un clan de cambiaformas puede ser un auténtico infierno. Yo estuve un solo día en su castillo en los Cárpatos y me quería arrancar la piel a tiras.

—Ni se te ocurra ponerla a ella como excusa. —Adi me frunce el ceño—. Estaría dispuesto a apostar mis bigotes a que la muchacha está maravillada con el poblado. Hagamos un trato, cachorro: mientras estés

aquí, olvídate de lo que os espera fuera. Olvídate de lo que llevas dentro. Olvídate de todo excepto de que estás en tu hogar, con tu gente, y acompañado de la chica que debería ser tu compañera.

Las palabras de Adi se me clavan como cuchillos. Me estremecen y me hacen contener el aliento. Duele demasiado imaginarse eso que dice.

—Adi...

—Además, algún día vas a tener que decírselo —continúa, haciendo lo que es costumbre en él y en la mayoría de personas del poblado: expresar su opinión incluso si nadie se la ha pedido—. ¿Crees que vas a poder pasar toda la vida ocultando que es tu compañera? ¿A quién pretendes engañar? Cuando llegasteis ayer gané una apuesta que hice con Dwi hace años: le dije al sabelotodo de mi hermano que tú encontrarías la forma de volver a casa con tu verdadera compañera, y así ha sido.

—Adi...

—Y cuanto más tiempo paséis juntos, más ingobernables se harán las emociones que ambos poseéis. Y permíteme otro consejo más, aunque sé que no lo has pedido: vas a desear haberle contado la verdad a Anna si ella lo averigua por su cuenta. Es la primera vez que un leopardo de este clan se empareja con una mujer de otra raza, pero estoy seguro de que su subconsciente escucha la llamada de tu leopardo. La pobre estará muy confundida con los sentimientos que la embargan. Además. —Adi coge aire para continuar sermoneándome—. ¿Te crees que no sé que hay millones de lugares tan apropiados como este para refugiarnos? Vamos, Ren, estás hablando conmigo. Seamos sinceros. Tu leopardo te ha instado a traerla hasta aquí y has aceptado con gusto.

Retrocedo un par de pasos y sacudo la cabeza.

—Yo solo... —Quiero acabar la frase de una forma que no me haga quedar como el chico vulnerable que Adi conoce tan bien, pero me resulta imposible.

El hombre que cuidó de mí de forma desinteresada, recompuso mis partes rotas, y soportó todos mis cambios de humor, se me acerca y me pone la mano en el hombro.

—No sé a qué conclusiones has llegado contigo mismo, ni por qué estás tan convencido de que Anna no merece saber la verdad. La vida es tan

efímera, *kecil*^[5]. Y tú estás pasando por tantas cosas, por tantos problemas, que me desespera pensar que puedas llegar a verte sobrepasado y que eso te impida ver las verdaderas posibilidades. No quiero que la parte oscura de la vida te ciegue tanto que no seas capaz de apreciar la luz cuando esta anda cerca. Porque hay luz. —Aprieta la mano sobre mi hombro, enviándome calor a través del contacto—. Ahora mismo, en este momento, Anna está en el poblado. Olvídate del por qué. Olvídate de lo que puede pasar mañana. Por último, pregúntate qué te gustaría hacer.

Exhalo un largo suspiro. Sé lo que me gustaría hacer, lo tengo bastante claro: cortejar a Anna como si ese fuera el verdadero motivo de nuestra presencia en el poblado, dejando de lado el pasado, a Emily, mis padres, el Pecado, los peligros. Decirle que es mi compañera y rezar para que lo acepte.

Adi siempre ha tenido una capacidad asombrosa para ser optimista. Para ver lo bueno incluso cuando todo lo que nos rodea parece demasiado malo. Para ver esperanza donde yo solo veo desolación.

—Me convertiría en un egoísta —respondo, mirándolo a los ojos—. Mis motivos para mantenerme alejado de Anna son lo bastante fuertes como para que no quiera preguntarme qué querría hacer. Yo no importo, y mis deseos aún menos. Lo creas o no, miré por ella cuando tomé la decisión de no contarle la verdad. Ya ha sufrido bastante.

—¿Crees que tú le causarías más sufrimiento? —me pregunta con suavidad.

—Creo que yo soy lo último que necesita en estos momentos. Un amigo, tal vez. Un apoyo, seguro. Pero un compañero cambiaforma con necesidades primitivas y exigentes, eso sí que no.

—¿Y te has molestado en preguntárselo a ella? Porque tal vez su respuesta te sorprenda.

Por un instante, tengo ganas de reír. ¿Preguntarle a Anna si me querría como compañero? Sé muy bien cuál sería la respuesta, aunque Adi no se lo crea. Anna se mostraría aterrada solo por el planteamiento. Tal vez hace un rato respondiera a mis caricias. Y sé que si me lo propongo podría seducirla, encantarla, atraerla... Y no sería suficiente. La muerte de Emily

siempre estaría entre nosotros. Y yo como leopardo jamás aceptaría nada menos que su completa confianza. Deseo todo de ella.

—No me hace falta preguntar —termino por responder. Aparto la mirada de los acusadores ojos de Adi y me inclino para recoger la espátula—. No importa lo que creas, no la he traído para conquistarla. La protegeré con mi vida si hace falta, nada más. Cuando este asunto de los Pecados acabe, nos separaremos.

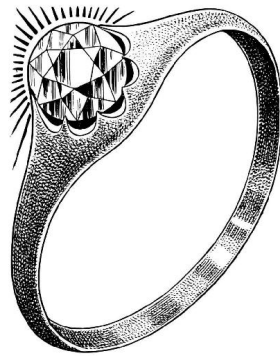
—La dejarás ir. —La voz de Adi está teñida por la desaprobación.

—La dejaré ir.

El hombre acerca su cara a la mía.

—Antes me transformo en hormiga.

ANNA



Antes de la hora del almuerzo encuentro un momento para escaquearme. Diciéndole a Mawar que necesito comprobar cómo está Bastet (aunque mi gato sabe cuidarse muy bien solo), regreso al árbol de Ren. La mañana con los niños del poblado no ha ido mal, no son tan espantosos como creía. Y eso que jamás me he parado a pensar en esos pequeños seres, mucho menos pequeños seres cambiaformas.

Enorme fue mi sorpresa cuando, mientras Mawar me decía los nombres de los niños, quiénes eran sus padres y me describía sus personalidades (sí, la mujer los conoce a todos), los hermanos mayores de Sari dieron una voltereta en el aire y se transformaron en crecidos cachorros de leopardo. Fue una mezcla de sorpresa, éxtasis y espanto. Al principio creí que los niños se habían transformado por algún estímulo externo... Siempre he sabido que los cambiaformas pierden la razón cuando dejan salir al animal. Pero estaba equivocada.

Otra vez.

Mawar, poniéndome la mano en el brazo para que no echara a correr, me lo explicó:

—No todos los cambiaformas pierden la capacidad de razonar cuando se transforman. En nuestro clan somos plenamente conscientes en todo momento. Solo cambiamos de piel; nuestro corazón sigue siendo el mismo.

Kuwat y Eko (los hermanos de Sari) lo demostraron restregándose contra mis piernas, juguetones. El cachorro más grande, Kuwat, seguía conservando esos peculiares ojos traviesos, mientras que Eko tenía una cicatriz bajo su mejilla peluda idéntica a la que tiene en su forma humana.

Eso dio sentido a muchas cosas. Como por qué Ren insinuó que me gustaría verlo transformado tras el accidente de avión. No fue una locura, como yo malinterpreté en ese momento. Era... Fue... Bueno, al parecer fue un simple comentario inofensivo.

Saber esto me quita un pequeño peso de encima. He andado de puntillas toda la mañana creyendo que en cualquier momento aparecería un leopardo y me atacaría por no reconocer mi olor o por creer que soy una amenaza en su territorio. Mawar no se ha separado de mí en ningún momento, siempre agradable y solícita, aunque no me la imagino defendiéndome de alguien de su propio clan.

Al entrar en la casa, veo a Bastet lamiéndose sus partes sobre el sillón. Tiene una pata estirada por encima de la cabeza y no detiene su higiene rutinaria ni siquiera cuando carraspeo.

—Sigue así —mascullo al pasar por su lado—. Que sepas que no estás haciendo nada bien tu trabajo de héroe. ¡Me tienes decepcionada!

Él me ignora, por supuesto. En el dormitorio, saco mi portátil de la mochila. Mawar también me ha dicho que en el poblado disponen de antena e Internet, y me ha dado la clave para que pueda conectarme a su wifi. Es: *El leopardo no cambia sus manchas*. Gracioso.

Abro el *Skype* y, aleluya, Melissa está disponible.

Ella me habla incluso antes de que me dé tiempo de hacer clic sobre su nombre. Me invita a una videollamada. Miro varias veces a mi alrededor y a la cortina descorrida del baño. Una vez que compruebo que estoy sola, acepto.

La cara delgada, de altos pómulos y ojos rasgados de Melissa A'Quila aparece a todo color en la pantalla de mi ordenador. El fondo es aséptico: blanco. No es la pared de piedra del castillo de Camelot desde donde suele estar conectada.

Ella es la primera en hablar.

—Justo estaba pensando en ti.

Siento el impulso de espetarle que, si es así, por qué no ha intentado ponerse en contacto conmigo antes. Soberbia, que a lo largo de la mañana ha vuelto a dar señales de vida, aplaude la idea, pero me contengo. Ojalá hubiera permanecido más tiempo ausente, aunque ni yo misma sepa el motivo. Cuando Ren se me acercó en el baño, Soberbia estaba como loca, gritaba muchísimo... Hasta que llegó un momento dado en el que no volvió a pronunciar palabra, y no lo entiendo. Creía que la ponía nerviosa la presencia de Ren. Cuando él estuvo a punto de tocarme en mi casa de Bucarest, ella chillaba tanto que temí quedarme sorda. Sin embargo, hoy Ren me besó y me mordisqueó el cuello y no dijo ni mú.

¿Qué sentido tiene eso?

Sea lo que sea, no tengo tiempo para pensar ahora en eso. Debo centrarme en Melissa. Necesito que me explique todo lo que está pasando.

—Tengo varias preguntas.

—Estaba segura de eso. Dispara.

Tomando aire y mostrándome lo más objetiva posible, le narro lo ocurrido desde que Ren y los demás nos vinieron a buscar a Leska y a mí a Bucarest. Melissa no mira a la cámara mientras le cuento todo esto; se limita a tener la vista baja, como si tuviera algo entre las manos.

—¿Qué está pasando? —le pregunto—. ¿Por qué nos han ocultado que estando juntos convocamos a los siervos del infierno? ¿Por qué no me dijiste nada antes de dejar que me fuera a Bucarest? Tú debías saberlo todo.

—Sí, yo estuve en esa absurda reunión —murmura. Exhala un suspiro que parece de agotamiento y me mira—. Anna, están pasando muchas cosas. La mayoría de ellas no puedo contártelas ahora mismo... Haré que la información te llegue, te lo juro. Los consejeros quieren evitar a toda costa que este asunto se les vaya de las manos, pero están aterrorizados. No atienden a razones. Yo no soy la única que está viendo que las cosas van

mal. El problema es que somos minoría. Todos estos meses, algunos como Völund o Luke Proteo se han centrado en echar pestes sobre mí por la «mala organización» de las Olimpiadas.

—¿En eso han desperdiciado el tiempo estos seis meses? —pregunto, incrédula.

—Es una columna de humo, Anna, una forma de tapar lo que en realidad les preocupa y hay que resolver. Estas últimas dos semanas les da igual incluso lo que está ocurriendo; piensan tomar la resolución más drástica.

—¿De qué hablas?

Ella mira a su alrededor, desconfiada.

—Te haré llegar la información —repite otra vez, en voz baja—. Te lo prometo.

Es decir, que todo se trata de burocracia. No somos más que siete desgraciados peones que se han visto involucrados en una lucha de poderes. No están mirando por nosotros y por nuestra recuperación (sea posible o no), sino por quedar bien.

—Anna... La única razón por la que no te he dicho nada en estos meses y dejé que permanecieras aislada fue que estaba preocupada. —Abro la boca para hablar, pero ella continúa—. Me refiero al talismán. —Oh, no. Creo que sé lo que va a decir. Lo veo en su gesto de resolución—. Tienes que dejar que te ayude.

Experimento una especie de sofoco. Calor subiendo a mi cara, inundando mi pecho y haciendo temblar mis manos.

—No. —Niego con la cabeza varias veces—. No.

—Sabes por qué te lo di, y no era para que lo utilizaras de esa manera. En aquel momento estabas asustada por lo que había pasado en tu iniciación, y te lo entregué para que te sirviera de protección en caso de necesidad. Bajo ningún concepto debías hacerte dependiente de él de esa forma, y mucho menos durante tantos años —me recrimina. Sé que tiene razón, lo sé, lo sé, pero por encima de su razón está mi miedo, y mi inseguridad, y eso es más poderoso que cualquier cosa que ella pueda decirme—. No lo necesitas, Anna, y es peligroso lo que haces. Debes...

—No —repito, esta vez en voz más alta. Es casi un grito, y es mucho más de lo que jamás le he dicho a Melissa. La milenaria bruja se calla y me observa, aunque el rictus de sus labios es severo—. Gracias al talismán todo está bajo control. Estoy protegiéndome y protegiendo a todos los que me rodean, Melissa.

—Sabes que eso no es cierto —replica, exasperada—. No te hace falta un talismán, por la Diosa, ¡eres La Controladora Del Éter! Cuéntame la verdad. Sabes que puedes confiar en mí.

Llevo una mano al anillo y lo cubro con la palma. Me da igual que en este momento esté ardiendo, que me queme la piel y sea doloroso.

—No soy tan fuerte como todo el mundo se ha empeñado en creer. Esa es la única verdad —susurro, apenas consciente de la humedad que baja por mis mejillas y se agolpa en mis muslos desnudos—. Por favor, Melissa, por favor. *No puedo*.

La voz de la bruja, a pesar de estar distorsionada por el ordenador, consigue acariciar hebras tan finas de mi interior que apenas son perceptibles para el resto del mundo.

—Algún día, Anna, vas a quitarte de encima toda esa inseguridad que alguien puso ahí, sin importar quién salga perjudicado... o perjudicada. Y te permitirás ser aquello a lo que estás destinada.

Pero no puedo. No puedo.

Las voces resuenan en mi cabeza.

«Tú decides».

«Todo está en su lugar, ¿verdad?».

Sí, yo decidí. Yo coloqué todos y cada uno de los cimientos de mi vida.

HACE
NUEVE
AÑOS

REN



Mediante un sueño inducido, un sueño artificial provocado por las hierbas adecuadas, los leopardos de Borneo somos capaces de conocer desde muy jóvenes el rostro de la que será nuestro compañero. Algunos tienen el privilegio de soñar con ella después de su primera transformación, ya sea porque demostraron el valor y la fortaleza necesarios o porque los dukun, los chamanes, así lo decidieron. Otros tenemos que esperar.

Yo la veré hoy, la noche de mi decimoquinto cumpleaños. Me tumbo sobre un lecho de hojas, medio inconsciente, con la luz de la luna llena iluminándolo todo. Huelo las especias, el aroma profundo y penetrante de la flor que solo estamos destinados a percibir una vez en nuestra vida. Aun así, el olor me resulta familiar. Se cuela en mi pituitaria y despierta una sombra dormida en mi memoria. Eso me convence de que mi destino y el de ella han estado ligados desde hace muchísimo tiempo, mucho más del que yo

me había atrevido a imaginar. Probablemente hemos estado destinados desde antes de nuestros nacimientos. Yo he nacido para encontrarla.

Con las virutas de humo flotando a mi alrededor, abro y cierro los párpados varias veces hasta que, de manera inevitable, el sueño se apodera de mí. Cuando despierto, estoy en una selva mucho más oscura que las que he conocido en mi vida. Los árboles son más adustos, las flores más silvestres, el aire a mi alrededor más duro y frío. La belleza cruda del paisaje me abruma. Un leopardo no puede permanecer inmutable en medio de la naturaleza, y en este lúgubre entorno yo me siento pequeño, insignificante, y al mismo tiempo sé que formo parte de algo grande, algo tan inmenso que jamás podré conocer ni su principio, ni su propósito, ni su final.

A través de la corteza de los árboles, la veo por primera vez. Ella pasea con tranquilidad sobre el duro suelo de piedra y tierra. Su vestido blanco ondea a su espalda, una sombra luminosa y mágica. Camino a su encuentro movido por fuerzas a las que jamás me podría haber resistido. Ella mira en dirección contraria, pero yo tengo que ver su rostro, tengo que conocer sus rasgos, escrutar su alma.

Toco su mano y ella se gira hacia mí. No hay miedo ni sorpresa en su expresión. Está serena, confiada. Sus ojos se alzan y de repente todo el mundo gira, fluctúa, la base sobre la que había fundamentado mi vida se desmorona y, sin yo esforzarme, un pilar cae sobre otro y van construyendo un nuevo sentido. Una nueva prioridad.

Ella es mi propósito. Es la razón por la cual yo haría cualquier cosa, sería cualquier cosa. Lo sé.

Sus delicados dedos se entrelazan con los míos y alza la mano libre para acariciarme el rostro. Su contacto quema y sana, me asusta y me llena de una alegría aterradora. El aliento me sale entrecortado mientras contemplo el par de ojos más azules que he visto.

—Di mi nombre —me pide.

Al escuchar su voz, el animal dentro de mí ruge de aprobación. El leopardo se había estado paseando inquieto en mi interior desde que me transformé por primera vez, disgustado por la impaciencia. Una vez que

liberamos nuestra parte animal, esta busca inmediatamente a su símil. Quiere a su pareja, a la única, y no descansa hasta que la encuentra.

Él me está diciendo que ella es la adecuada. Mi *pasangan hidup*. La impaciencia que había nacido en mí ya no está teñida de angustia, sino de alegría. Deseo tocarla. Deseo verla sonreír. Deseo besarla.

Deseo, deseo, deseo...

—Di mi nombre —repite ella.

Su nombre. Abro la boca para contestarle, pero un tirón en mi cuero cabelludo me distrae. Contrariado, me giro dispuesto a espantar a quien sea que esté interrumpiendo el momento más importante de mi vida. No hallo nada. El bosque está vacío. Se supone que estamos solos. Cuando la vuelvo a mirar, ella se está alejando.

Desesperado, me aferro a nuestras manos unidas.

—Espera.

Intento ir hacia ella y vuelven a tirar de mi cabeza. Rujo por pura frustración. No entiendo qué está pasando, lo único que sé es que ella no debe apartarse de mi lado. Aún no. Puede que jamás.

—Di mi nombre. —La angustia deforma sus preciosos rasgos, y gruesas lágrimas caen de sus altos pómulos a su pelo castaño.

—Yo...

—¡Ren!

Me llaman desde fuera del sueño. Percibo el peligro. El despertar de mi instinto hace que el leopardo dentro de mí se alce sobre las patas traseras y arañe las paredes de su cárcel humana. Me necesitan. Mi pueblo me está llamando.

Pero ¿y ella?

—Volveré. —Me acerco y rodeo su pequeña cara con mis manos—. Te lo prometo.

Sacude la cabeza, como si no lo comprendiera, y más lágrimas caen de sus ojos. Ignorando su dolor, recorro cada rasgo de su rostro con avidez, grabo en mi memoria cada pestaña, cada peca, la forma en que sus labios se rizan en las comisuras y el pequeño lunar de su barbilla. Me hubiera gustado olerla y poder recordar su esencia, aunque en el sueño eso no se nos

está permitido. El leopardo graba la esencia de su compañero cuando lo encuentra, no antes.

Ella aún es joven, apenas está dejando atrás la niñez, y yo no soy más que un adolescente nervioso. Eso es lo que me digo cuando me inclino para rozar sus labios. No tienen sabor, no son ni la mitad de lo que serán en la vida real, pero me gusta la sensación y el corazón se me acelera. Es nuestro primer beso. Ambos somos jóvenes, y, tarde lo que tarde, yo la encontraré.

Luego recibo un golpe brusco en el estómago y todo lo que me rodea desaparece. Lo último que veo de mi sueño son sus inocentes y dulces ojos azules, devolviéndome la mirada con asombro.

ANNA



La noche que mi mentora anuncia la profecía, mi vida cambia por completo. Desde que Emily y yo somos pequeñas siempre nos rondó la certeza de que somos diferentes entre nosotras. Ella es ella y yo soy yo. El hecho de que nadie a nuestro alrededor sea capaz de distinguirnos o que la gente con la que convivimos nos confunda todo el rato no es importante. En lo más profundo de nuestro ser, tanto Emily como yo sabemos que hay un muro entre nosotras que jamás podremos derribar.

Eso no impide que hayamos crecido siendo las mejores amigas, claro. Nuestra madre, una bruja mediocre llamada Penteseila, nos dejó a las puertas de un castillo en los Cárpatos cuando apenas éramos unos bebés balbuceantes. Tan solo se molestó en colgarnos un pequeño cartelito del cuello en el que indicaba quién era Emily y quién era Anna. Y gracias a la Diosa por eso, porque a saber cómo nos habrían apodado de no ser así. Las brujas de Occidente tienen la costumbre de adjudicar nombres en función de atributos físicos o habilidades.

Ni Emily ni yo guardamos rencor a Penteseila por abandonarnos. La vimos una vez a través de un espejo gracias a un conjuro que robamos de la

biblioteca. No nos parecemos en nada a ella por lo que dedujimos que habíamos salido a nuestro padre, cuya identidad sigue siendo un misterio a día de hoy.

En el castillo, perteneciente a un aquelarre que venera al elemental del agua, somos muy aceptadas incluso aunque seamos brujas de fuego. Emily más que yo, porque ella siempre ha tenido esa clase de carácter carismático y fuerte que atrae a las personas. Ella es todo lo mala que tiene que ser una bruja. A mí me va bien siendo su leal compañera, sonriendo en los momentos adecuados y apoyándola en todo lo necesario. Somos uña y carne o, como siempre le gusta decir a nuestra amiga Leska, arteria y corazón. Emily es el corazón, por supuesto.

Este año por fin hemos cumplido los trece y somos convocadas a nuestro primer Sabbat. Vamos juntas: Emily, Leska y yo. Leska es muy guapa y muy atrevida, más alta que la mayoría de las brujas novatas de nuestra generación. Nació en Noruega y tiene un don natural para dominar el elemento del agua, así que siempre ha sobresalido sin problemas en las clases. No sé qué fue lo que vio en nosotras, en Emily y en mí, pero desde que tengo memoria Leska ha estado tocando a la puerta de nuestra habitación y proponiéndonos planes absolutamente locos.

De nuestro primer Sabbat, Emily espera algo memorable, como que sacrifiquen a una virgen o que las brujas superiores convoquen a algún elemento. Yo no soy tan ambiciosa. De hecho, si consigo pasar la noche sin vomitarme encima ni ponerme en evidencia haciendo algo inapropiado, me daré por satisfecha. Lo que no espero, desde luego, es que nuestra mentora, Luciérnaga, tenga una revelación y cante en medio del círculo una profecía destinada a mí.

*Segunda hija, segunda hermana, segunda amante.
La que nació a medianoche será reclamada por el Éter.*

Me señala. No hay manera de eludir la trayectoria de ese dedo, ni de pasar por alto la forma en que sus ojos velados por el futuro me sostienen la mirada. Veo sombras en esos ojos, sombras que se mueven de manera sinuosa. Tal vez sea un reflejo de mí misma en el futuro, y, si prestase más

atención, quizá pudiera ver qué va a ser de mí. Pero solo estoy asustada, tan asustada que tiemblo como una hoja. Mi brazo roza el de Emily, que está muy quieta.

Cuando la miro, ese rostro idéntico al mío me devuelve la mirada con extrañeza. Me contempla como si, de pronto, no me reconociera. *¡Sigo siendo la misma, Em!*, quiero gritarle. O tal vez no. En este momento, no lo sé.

A nuestro alrededor se ha levantado un vendaval de voces. Incluso Leska se ha puesto en pie y está gritando algo. De todas esas palabras, mientras miro a mi hermana yo solo recojo una frase, aquella que va a cambiar mi vida para siempre:

—Anna es La Controladora Del Éter.

Más tarde, esa misma noche, tengo un extraño sueño. Emily me da la espalda desde su cama, tapada con las mantas hasta la barbilla. La luz de la luna llena (el Sabbat siempre se celebra cuando hay luna llena) atraviesa la habitación desde la ventana. Todo está teñido de blanco, y yo solo tengo ojos para el lento subir y bajar del cuerpo de mi hermana. No me habló cuando rompimos el círculo. La única que me dio palabras de ánimo fue Leska, aunque ni siquiera ella tenía las respuestas. Y a juzgar por lo alteradas que se pusieron las brujas superiores, ellas tampoco las tenían todas consigo.

Atemorizada, confusa y dolida, me duermo con la angustia apretándome el pecho. Cuando vuelvo a abrir los ojos, estoy en un bosque. Debería hacer frío porque es de noche y yo solo llevo puesto mi fino camisón, pero no es así. El viento flota a mi alrededor en círculos, sin tocarme. No tardo en reconocer el paisaje que me rodea, porque llevo trece años correteando entre estos hayedos. Es el bosque que hay cerca del castillo.

Paseo entre las altas sombras despacio, intrigada por el sueño. Y sobre todo por el hecho de que sé que se trata de un sueño. Lo normal sería que creyera que es real hasta el momento de despertar... Sin embargo, es imposible ignorar la sensación de irrealidad que me rodea. Siento que, si toco o siquiera rozo alguno de los árboles, todo se desvanecerá.

Alguien me coge de la mano. No me asusto ni me sorprende. La angustia con la que me dormí, un apretado nudo en mi pecho, se deshace

con suavidad. De pronto, puedo respirar mejor y me giro hacia el recién llegado.

Es un muchacho. Tiene unos inquietantes ojos verdes, ojos de depredador. Ojos de cambiaforma. Incluso con trece años ya sé que pocos de estos son de fiar. Aunque las brujas estamos en paz con la mayoría de sus clanes, no practicamos la misma cordialidad que otras razas. Hay demasiada sangre en nuestra historia. Y, sin embargo, cuando me veo reflejada en esos ojos, no siento miedo.

Me observa con una intensidad tan abrumadora que es como si una manta muy cálida de plumas se envolviera a mi alrededor. Me siento arropada. Me siento... cómoda.

Entrelazo mis dedos con los suyos. Su mano es mucho más grande que la mía, y encajamos. Luego me acerco para acariciarle el rostro. Debo hacerlo. De todas formas, esto es un sueño. ¿Qué podría ir mal? En cuanto nuestras pieles entran en contacto, soy sacudida por una revelación.

Es él.

Pero no puede ser; las brujas no somos controladas por Las Parcas, las Hadas del Destino. Es imposible que este cambiaforma sea mi destino, mi futuro. Nosotras no rendimos culto a ningún dios, sino a los elementos. Siempre hemos estado exentas de los tejemanejes de Las Parcas, o eso es lo que me han enseñado.

Entonces, ¿esta sensación de pertenencia solo es parte del sueño? ¿Cuando despierte todo se esfumará? Algo me dice que no. Su imagen y sus ojos se están grabando en mi interior. ¿Qué sé yo de los cambiaformas? He oído que son salvajes en su mayoría, que cuando les domina el animal que llevan dentro pierden su humanidad, y que solo se emparejan una vez en la vida.

¿Soy yo su pareja? Tengo trece años, y él parece mayor. Y me está mirando como si yo fuera la causa de que su mundo continúe girando.

—Di mi nombre —susurro antes de pensarlo siquiera. Si yo soy su pareja, él debe saber mi nombre. No estaría en mi sueño si no supiera quién soy. ¿Verdad?

Su mano aprieta la mía de repente. El verde de su iris comienza a brillar con intensidad, brilla más que la luna sobre nuestras cabezas, aunque no me

da miedo. Me llena de calor y coraje. A pesar de saber que su parte animal acaba de despertarse, sé de un modo instintivo que estoy a salvo.

—Di mi nombre —repito.

Me parece que está confundido. De pronto, echa la cabeza hacia atrás y exhala un gruñido terrible. La amenaza comienza a cernirse sobre el bosque, la magia dentro de mí me advierte de un gran peligro. Debo irme. Este sueño ya no es un lugar seguro.

Intento alejarme, pero él me retiene. Cuando vuelve a mirarme, las lágrimas se agolpan en mis ojos. Él se está difuminando. Se está yendo, y la confusión que eso provocaba dentro de mí es desgarradora. Si él se va... ¿Volveré a verle?

—Espera —me pide. Incluso cuando intenta acercarse a mí, algo tira de él hacia atrás.

Todo se está oscureciendo a nuestro alrededor, el frío que antes no notaba ahora lacera mi piel con fuerza.

—Di mi nombre —le suplico una última vez. Sé que estoy llorando, que necesito que él me lo diga. En lo más profundo de mi ser sé que es importante oírlo pronunciar mi nombre.

—Yo...

El viento arrecia, las copas de los árboles se sacuden unas contra otras en un sinfín de sonidos aterradores. Si se inclinan un poco más nos aplastarán.

—Volveré. —Apenas puedo oír su voz por encima del rugido del viento. Me suelta la mano para acariciarme las mejillas. Sus pulgares encuentran mis pómulos. No puedo sentirle de verdad, no ahora que él se está desvaneciendo, y aun así hay un cosquilleo en mi piel—. Te lo prometo.

No entiendo nada. Abro la boca para protestar, pero entonces sus labios se posan sobre los míos. Es delicado. Apenas un roce. Y aunque no soy capaz de percibir su calor ni de captar su olor, es impactante. Me quedo muy quieta, y cuando se separa lo miro con asombro.

Ese fue mi primer beso.

Apenas me acaba de sonreír cuando desaparece y me quedo sola. Aunque el viento se calma y el frío se va, el bosque se convierte en un lugar vacío y solitario. Temblorosa, me dejo caer al suelo.

Cuando despierto, me giro hacia la cama de Emily, que continúa durmiendo. El sol apenas empieza a asomarse por nuestra ventana. Aturdida, me llevo una mano a los labios. Los siento entumecidos, lo cual es imposible porque lo que pasa en un sueño se queda en el sueño. Bastet, mi pequeño gato negro, camina agazapado bajo las mantas hasta que se acurruca en el hueco de mi estómago. La vibración de su ronroneo me ayuda a calmarme.

¿Debo contarle a Emily lo que ha sucedido? Deslizo las piernas fuera de la cama, dispuesta a despertar a mi hermana, cuando reparo en algo increíble: mis pies están llenos de tierra y ramitas, y el borde de mi camisón está manchado. Asustada, toco la tela.

No fue un sueño. Entonces, ¿qué ha sido?

Me quito el camisón a toda prisa y luego cambio las sábanas de la cama en silencio, porque también están llenas de tierra. Bastet suelta un maullido de protesta al verse privado de la calidez de las mantas, pero lo ignoro. Hago una bola con todo y lo escondo al fondo de mi armario. Para cuando Emily se despierta, no quedan evidencias de lo que ha pasado.

Mientras mi hermana se despereza, me debato por dentro. No sé si contárselo o no. Aunque no espero encontrar respuestas en ella, sí tener su apoyo. Como siempre.

—Em...

—Has estado dando vueltas en la cama toda la noche —me recrimina. Cuando la miro con más atención, recaigo en sus ojeras—. ¿Es que las nuevas noticias no te dejaron dormir?

Hay resquemor en su voz, y eso me duele. Y me sorprende. Jamás ha habido malos sentimientos entre nosotras, por ningún motivo.

—Tuve un sueño muy raro —musito—. ¿Por qué estás enfadada conmigo?

Emily suelta un largo suspiro. Sentada al borde de su cama, con el camisón azul enredado a la altura de las rodillas, me parece que está exhausta.

—No estoy enfadada —me dice, aunque su tono indica lo contrario—. Es solo que no entiendo por qué Luciérnaga te escogió a ti.

—No creo que ella me escogiera. —Me acerco despacio a su cama y me siento junto a ella—. Las profecías no se escogen.

—Ya, pero ¿por qué tú? —insiste, y leo entre líneas la verdadera pregunta: ¿por qué no yo?

—No lo sé, Em. —Me aprieto los muslos con fuerza. No quiero que mi hermana tenga ninguna clase de rencor hacia mí, y menos por algo que yo no he podido elegir—. Me cambiaría por ti si pudiera.

Ella suelta una carcajada estridente.

—Sí, claro. Como si quisieras perderte lo que vendrá ahora. ¿No escuchaste a Luciérnaga anoche? ¡Eres La Controladora Del Éter! Te convertirás en el centro de atención del castillo. Serás famosa en el mundo entero.

Y en ese momento me doy cuenta de algo asombroso: Emily está *celosa*. Celosa de que de repente todas las miradas vayan a caer sobre mí. ¿Acaso no sabe que yo no quiero eso? No me gusta que estén pendientes de mí, he vivido muy tranquila a su sombra durante estos trece años. La fama le sienta bien a ella, no a mí.

—Lo más probable es que tropiece delante de todo el mundo y me convierta en el hazmerreír —le digo, intentando calmarla. Ver a Emily insegura me hace sentir mal. Ella siempre ha sido la más fuerte de las dos, y nada de lo que yo haga, consciente o inconscientemente, debería quebrar esa fuerza—. En pocos días alguien se dará cuenta del error que han cometido y señalarán a la gemela correcta, no te preocupes.

Al instante noto cómo mi hermana se relaja. La tensión la abandona e incluso me dedica una pequeña sonrisa.

—Es lo más probable, ¿verdad? —Cuando asiento fervientemente con la cabeza, ella se echa a reír. Y escuchar su cándida risa expulsa mi propia tensión. Emily vuelve a ser Emily, y yo ya puedo respirar tranquila—. No sería la primera vez que Luciérnaga comete un error.

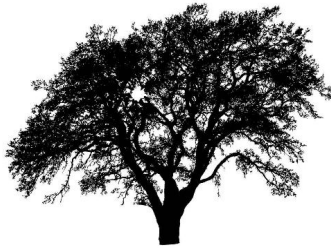
Más tarde, mientras escucho canturrear a mi hermana por la habitación, solo puedo pensar en una cosa: ¿qué ocurrirá si nuestra mentora resulta estar en lo cierto? ¿Y si yo de verdad soy la chica de la profecía? ¿Qué pensaría Emily de mí? Es mi hermana. Mi gemela. Mi otra mitad. Siempre

he sabido que no podría vivir sin ella, por lo que, de pronto, me doy cuenta de algo aterrador.

Yo soy el corazón, y Emily la arteria que lo alimenta. Si ella se alejara de mí, yo dejaría de existir. Me... Me marchitaría.

Eso es algo que no puedo permitir. Probablemente suene egoísta, pero ni puedo ni quiero vivir sin el amor de mi hermana, así que haré lo que sea necesario para asegurar su felicidad. Solo así podré ser feliz yo también.

REN



El presente se ha convertido en mi enemigo. Mientras que yo solo quiero escapar de mí mismo y esconderme en un lugar donde las conexiones emocionales no me alcancen, sé que no va a ser posible. Puedo sentir el peso de cada uno de los vínculos del clan, cada miembro de lo que había sido mi familia hasta ahora. Siempre me enorgullecí de ser parte de una raza tan unida; los leopardos son solitarios por naturaleza, pero como cambiaformas necesitamos el contacto. Ahora preferiría estar solo. No depender de nadie. Que nadie se crea en la necesidad de compartir su dolor conmigo.

—Vamos, muchacho.

Adi apoya su mano en mi hombro, y el peso es tan abrumador...

Cierro los ojos y me dejo conducir. Ha sido así durante días. No sé cuántos. No quiero contarlos.

Ahora estoy sentado en la cocina de mi casa. O lo que queda de ella, al menos. Paseo mi cansada vista por las sillas desgarradas; el suelo aún está lleno de astillas y bordes afilados a pesar de que Mawar se ofreció a limpiarlo todo. Se lo impedí. Estuve incluso a punto de empujarla para que saliera de la casa y me dejara en paz. No solo no quería que recogiera las señales del ataque... No podía ver su rostro lleno de compasión y sus ojos brillando por la pena. Ella misma estaba lidiando con su propio dolor, y no me entraba en la cabeza que tuviera el corazón tan grande como para preocuparse también por el mío. Debió entenderlo, porque se fue, y ahora Adi está trasteando por detrás de mí acompañado de Dwi, su hermano pequeño.

Aunque se esfuerzan por hablar en voz baja, puedo oírlos. Tal vez creen que todavía estoy demasiado entumecido como para prestarles atención.

—Sabes que hace falta un nuevo jefe. Las familias están confusas y aterradas, creen que pueden producirse más ataques si no ponemos freno a esta locura —dice Dwi.

—Ren no está preparado para la ceremonia ni para lo que exigirían de él los demás clanes. ¡Acaba de perder a su familia, por Chandra^[6]! —Adi contesta, furioso, y también detecto el miedo y la incertidumbre en él. Desprende un olor inconfundible.

Se produce una pausa prolongada.

—Hay más candidatos —acaba diciendo Dwi.

Adi suelta una risotada.

—¿Quién, tu hijo Yuda? ¿Acaso quieres que el clan entero se lance a su cuello? Es otro muchacho inepto y asustado, y, si le propones, solo conseguirás que los ancianos lo tomen por un oportunista.

Yuda es el hijo de Dwi. Nació el mismo día que yo, con apenas unas horas de diferencia. Hasta hace pocos días me regodeaba al saber que en un futuro yo ascendería a cabeza de clan y sería superior a él. Sería el *kepala*. Ahora ni siquiera sé si podré volver a mirarme a un espejo o actuar con normalidad frente a mi pueblo.

—Yuda solo estaría ofreciéndole al clan una alternativa —responde con lentitud Dwi, destilando cansancio a través de sus palabras—. Mejor él que un chico que tal vez jamás se reponga de esta desgracia.

Ese soy yo. El chico que tal vez jamás se reponga.

—Mejor gobernarnos por los ancianos hasta que las aguas se calmen — replica Adi—. No habrá ataques por un tiempo. Matamos a suficientes rakshasas como para que se lo piensen dos veces antes de regresar. En caso contrario, el liderazgo de un chico de quince años, sea Ren o sea Yuda, no supondrá ninguna diferencia contra un nuevo ataque. Los *tua* pueden hacerse cargo del clan por el momento.

—Sabes que solo dispone de tres años para...

—Mi querido hermano, llenas mi corazón de pena al hablar de política en una casa que está de luto. Tu insistencia es abrumadora. Dejemos que el lazo de Iama^[7] se lleve las almas de los que fallecieron para que descansen en paz. Lo demás ya se verá.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia delante. Estoy tan cansado...

ANNA



Tres años más tarde

Emily y yo acabamos de cumplir dieciséis años, y eso no solo se nota por la llamativa decoración festiva que inunda cada rincón del castillo. Se supone que hoy es el gran día... cuando nos iniciaremos y seremos consideradas adultas de pleno derecho. Tal y como corresponde a un día tan especial en un aquelarre de brujas, esta noche habrá luna llena. Nosotras solo tenemos dos deidades, el Dios Sol y la Diosa Luna, y sus hijos son los que gobiernan la tierra, el aire, el fuego y el agua. Los elementos. Un Sabbat siempre debe producirse durante una luna llena porque así la Diosa vela por nosotras y nos bendice con su luz.

Noto la impaciencia de Emily incluso mientras nos sentamos a desayunar con las demás. Leska y ella no paran de parlotear sobre lo que sucederá esta noche. La ceremonia de iniciación de una bruja novata a una bruja superior siempre se ha mantenido en el más absoluto secreto. No sabemos qué ocurrirá, qué nos exigirán nuestras mentoras ni si seremos capaces de superarlo. El historial en nuestra familia no es muy alentador: nuestra madre, Pentesilea, no fue capaz de superar la iniciación y ahora se

dedica a trabajar junto con humanos... algo que se considera un desprestigio.

Yo no lo veo así. La única diferencia entre nosotras y los humanos es que nosotras fuimos bendecidas por los elementos en nuestro nacimiento. Si yo no hubiera sido besada por el elemento del fuego el día que nací, habría permanecido como una simple humana. Eso ocurre a veces. Así que una línea tan delgada no debería hacernos sentir tan ufanas; al fin y al cabo, es con los varones humanos con los que procreamos para perpetuar la especie. No mantenemos relaciones sentimentales con ellos, pero necesitamos su semilla y...

Leska chasquea los dedos frente a mi cara, haciendo que una bandada de copitos de nieve se estrelle contra mi piel. La sensación es refrescante y me saca enseguida de mis pensamientos.

—¿Qué ocurre? —Parpadeo para mirarla, y me encuentro con que sus ojos grises me observan con aprehensión.

Al mirar a las otras chicas, noto idénticas expresiones. Por último, me giro hacia mi hermana. Emily está frunciendo el ceño y aprieta los labios con mucha fuerza. Parece... disgustada.

Por fin, escucho el ligero chisporroteo. Suena como si alguien estuviera pisando pequeños trozos de cristal. Asombrada, bajo la vista hacia mi propia mano: el vaso del que estaba bebiendo está siendo consumido por una capa de llameante fuego. El zumo de mora se evapora con un siseo, haciendo que una pequeña columna de humo suba hacia los altos techos del castillo, mientras que el cristal alrededor de mis dedos se consume por la fuerza de mi don.

—Oh, lo siento —musito. Cuando suelto el vaso, lo que queda de él es destruido por una última lamida de mi fuego. Del suceso ahora solo queda un círculo de cenizas. Bastet salta de mi regazo a la mesa para olisquear los restos. El olor no debe de gustarle porque emite un siseo y se lanza a los pies de Emily.

Carraspeo un par de veces seguidas, incómoda. Me estoy poniendo del color de la grana al sentir el peso de todas las miradas. Ruborizada, extendiendo una servilleta sobre las cenizas e intento que el hecho pase desapercibido, aunque sé que no voy a tener éxito. Que a una bruja novata

se le escape un conjuro no es extraño. En el castillo se practica la magia a todas horas; no está prohibido. Es más, nuestras mentoras nos animan a que exploremos en nuestro interior y dejemos salir la magia que llevamos dentro. Esa es la mejor manera de aprender a controlarla. Las peleas están a la orden del día también, incluso cuando se utilizan conjuros que pueden provocar heridas graves.

El problema es que lo que yo hago no lo puede hacer nadie más. Al contrario que otras brujas de fuego, mis llamas no queman. Al contrario que mi propia hermana gemela, mi fuego no es rojo. Es azul. Pertenece al Éter desde que cumplí los trece.

—Podrías haber esperado hasta esta noche —murmura Emily en voz baja.

El buen humor con el que se había levantado ha desaparecido. Cansada, dejo escapar un pequeño suspiro. A veces me gustaría recordarle a mi hermana que yo no puedo evitar estas cosas. Al igual que a ella a veces se le escapan pequeñas bolas de fuego que chamuscan nuestras cortinas o edredones, a mí me sucede lo mismo. Pero, en primer lugar, eso Emily ya lo sabe. Y, en segundo lugar, no le importa. Está obcecada en no entender, en no dejar que olvide lo mal que le parece que al final yo fuera la chica de la profecía.

No es que jamás me lo haya echado en cara. Esas palabras nunca salieron de su boca. No hace falta. Lo veo en sus ojos, lo oigo en su tono de voz. El día que Luciérnaga cantó la profecía, otro muro se alzó entre nosotras y desde entonces no he podido derribarlo.

—Lo siento —digo al final.

Eso no aplaca a Emily. Sin mirarme, le quita el vaso a la bruja que tiene más cerca, que resulta ser Esqueleta, lo limpia con un conjuro y me lo alcanza. Cuando Esqueleta abre la boca para protestar, Emily la silencia con un efectivo juego de muñeca; con aguja e hilo invisibles, le cose los labios. Ignorando los chillidos de dolor que está provocando, arrastra la jarra de zumo hacia mí.

—Intenta no romper este.

Esa noche, mientras Leska me ayuda a ponerme la capa roja de la que tendré que deshacerme en algún momento de la ceremonia, lucho contra las

arrolladoras ganas de echarme a llorar. No debería hacerlo... esta tendría que ser la noche más feliz de mi vida. Es aquello para lo que me he preparado todos estos años; he sudado, he pasado noches en vela, me he dejado la piel por controlar mi magia. Desde el momento en que me convierta en una bruja superior, no solo no tendré que rendirle cuentas a nadie nunca más, sino que seré libre de elegir un oficio y ganarme la vida como me plazca. Leska, Emily y yo siempre hablamos de mudarnos a Bucarest. Leska quiere desmelenarse en la capital, Emily planea timar a los incautos humanos y yo me conformo con seguir sus pasos como siempre he hecho.

Entonces, ¿por qué siento que esta noche es el final... cuando debería ser el principio de todo?

—Em acabará por superarlo. —La voz de Leska me sobresalta. Avergonzada, me apresuro a limpiarme la comisura de los ojos—. Reconozco que está tardando tres años más de lo que yo esperaba... Pero es tu hermana, y te quiere. Te adora, más bien.

Asiento.

—Ya lo sé. —Y es la verdad. Jamás he dudado del amor de Emily.

—Entonces deja de sentirte culpable. —Las palabras de Leska dan en el clavo. Sorprendida, encuentro su mirada a través del espejo que tenemos frente a nosotras. Mi amiga me está observando con perspicacia—. Ella no tiene derecho a hacer que te sientas como si estuvieras haciendo algo malo.

—Em no lo hace a propósito. —Siento la necesidad de defender a mi hermana incluso cuando sé que Leska no pretende atacarla—. En cierto modo, la comprendo. La profecía fue algo... inesperado para ambas.

Leska hace un ruidito de exasperación con la garganta.

—Deja de mostrarte tan comprensiva. Tienes derecho a enfadarte, ¿sabes? No te ha dado ni un momento de respiro.

No, no me lo ha dado. Sin embargo, no encuentro el valor para recriminárselo a nadie, mucho menos a mi hermana.

—Esta noche acabará todo —digo, intentando convencer a Leska y, en el proceso, convencerme a mí misma. Es lo único que me ha dado paz durante las últimas semanas, el saber que después de este día nos marcharemos lejos del lugar donde la profecía siempre pende sobre mi

cabeza. Sé que de esa forma Emily podrá relajarse y, con el tiempo, las cosas volverán a ser como siempre—. ¿No puedes darme ni siquiera una pequeña pista de lo que van a hacerme?

Inexpresiva, Leska empieza a trenzarme el pelo con movimientos suaves y delicados. Cada vez que sus dedos me rozan el cuero cabelludo, me recorre un estremecimiento. Su piel está helada. Es parte de su don.

—Te harán bailar desnuda alrededor del fuego y luego convocarán a un par de demonios cachondos para que te violen repetidas veces.

Sin poder evitarlo, me echo a reír. Esa es la versión de un Sabbat que tienen los humanos y su fantasioso folclore. La realidad es mucho menos apasionante. Creo que intercambiar medicinas y chismes frente a una hoguera podría considerarse aburrido para los humanos.

—Gracias, me quedo más tranquila.

Leska me mira en el espejo y me sonrío. Ella pasó hace un año por la iniciación, y se graduó con una nota muy buena. Ahora es una bruja de agua de nivel ocho. El único motivo de que siga en el castillo es que asegura que no se atreve a dejarnos solas a Emily y a mí hasta que también nos graduemos. Su antigua mentora, Calamidad, se divierte intentando echarla del castillo cada vez que se cruzan en los pasillos.

—Yo... —La uña de Leska rasca sin querer la sensible zona tras mi oreja, congelándome el tímpano durante unos segundos—. Solo puedo decirte que será mejor que tengas todos tus pensamientos en orden.

Confundida, me giro hacia ella.

—¿Mis pensamientos?

Leska cierra los ojos.

—No debería habértelo dicho.

—¿Van a meterse en mi cabeza? —La posibilidad hace que el miedo me invada. Hay cosas en mi mente, en mis recuerdos, que no deseo que nadie vea. Cosas que he procurado mantener ocultas incluso a mi mentora.

—Olvidalo. No puedo contarte nada.

Sé que hizo un juramento de silencio que le prohíbe hablar del tema, por lo que me sorprende que se haya arriesgado tanto para darme esa pequeña información. Pero ahora estoy asustada.

—Si las superiores encuentran algo en mi cabeza... —empiezo, dubitativa. Leska, que ha vuelto a ponerse a mi espalda, me hace un lazo en el extremo de la trenza—. ¿Hay algo por lo que podría meterme en un lío?

—Define *algo*.

En el reflejo veo a Leska con el ceño fruncido mientras se esfuerza en dejar mi cabello perfecto. ¿Cuánto hace que la conozco, diez años? El día que llegó al castillo hizo un tobogán de hielo en las grandes escaleras de la tercera planta. Emily y yo resbalamos, nos golpeamos el culo, descendimos a una velocidad inhumana por el hielo y nos estrellamos contra una de las armaduras de acero de la segunda planta. Llenas de contusiones, escuchamos una risa sobre nuestras cabezas. Cuando miramos, era Leska. Una pequeña, traviesa y satisfecha Leska. Emily y ella se enzarzaron en una torpe batalla de conjuros; yo me escondí tras un escudo mientras observaba la pelea por una esquinita. En ese momento me pareció que Leska era fuerte y atrevida, y cuando acorraló a Emily en un rincón y, en lugar de fulminarla con un conjuro de calvicie, le dio la mano, supe que quería ser su amiga.

Debo confiar en ella, aunque revelarles mi mayor secreto me produzca un miedo aterrador. Desde el momento en que decidí no contarle a nadie, ni siquiera a Emily, lo que había soñado la noche de la profecía, el sueño se convirtió en algo muy importante para mí. El chico de mis sueños no volvió a aparecerse jamás en mi subconsciente, aunque tampoco hizo falta. Lo recuerdo con exactitud. Recuerdo sus ojos verdes, su cabello oscuro, el gracioso hoyuelo que se marcaba en su barbilla al hablarme. He convocado su imagen en mi mente infinidad de veces a lo largo de estos años. Es el único varón que he visto.

Aquí en el castillo, las brujas novatas llevamos una vida muy recogida. Dentro de estos muros podemos hacer lo que nos apetezca, coquetear con el peligro y conjurar todo tipo de magia, pero la raza de las brujas es desconfiada y elitista. Solo nos sentimos cómodas entre nosotras, y si nos vemos en la obligación de alternar con otras razas, como en las Olimpiadas, procuramos hacerlo solo con mujeres. Los hombres nos producen mucha desconfianza... O al menos eso es lo que Luciérnaga siempre me ha dicho. Dice que solo sirven para divertirse cuando somos jóvenes, y para procrear

cuando alcanzamos la madurez. De resto, el mejor amigo que puede tener una bruja es un gato. Y yo ya tengo a Bastet.

—Sea lo que sea, escúpelo ya —me insta Leska.

Tomando una resolución, suelto la ancha manga de mi túnica y me giro hacia mi amiga. Es mucho más alta que yo, así que tengo que alzar la barbilla para encontrarme con su mirada.

—Hace tres años soñé con un cambiaforma.

Revelarlo resulta fácil, y la reacción de Leska no es tan exagerada como creí que sería.

—Yo he soñado un par de veces con que unos elfos me ataban de pies y manos y me hacían cochinadas —me confiesa ella, encogiéndose de hombros—. A las superiores no les van a importar tus fantasías.

El rubor inunda mis mejillas por segunda vez en el día.

—No se trata de... No es... —Aprieto los labios y respiro antes de continuar—. Creo que no fue un sueño. Busqué información al respecto y... es posible que... Creo que él y yo nos encontramos en el mundo onírico.

Leska frunce el ceño y me mira como si intentara leer en mi rostro.

—¿Qué quieres decir con eso de que «os encontrasteis»?

A falta de las palabras adecuadas para explicárselo, me acerco a mi armario. Por primera vez me alegro de que Emily haya decidido prepararse en otra parte; de haber estado ella aquí no habría tenido el valor de contar esto, ni de enseñar lo que lleva oculto en el fondo de mi armario estos tres años.

Cuando le muestro el enredo de telas manchadas de tierra, cuyo olor es penetrante y viejo, Leska compone una mueca de asco.

—¿Cuánto tiempo llevas sin hacer la colada?

—Son las sábanas y el camisón de la noche que soñé con él —le explico—. Lo que viví en el sueño... fue real. De algún modo, él me encontró en mi sueño y me habló.

—¿Que te habló? —repite Leska, alzando el tono de voz—. Anna, ¿estás segura de lo que estás diciendo? ¿No estarías sonámbula? Esa noche cantaron tu profecía, puede que la excitación no te dejara dormir, y...

—Leska, estoy bastante segura. —La interrumpo mientras me retuerzo las manos—. He tenido tres años para pensar en ello y, créeme, me

encantaría equivocarme...

A continuación, mi amiga me pide que le cuente con pelos y señales todo lo relativo al sueño. Nos sentamos al borde de mi cama, con Bastet hecho un ovillo sobre mi almohada, y cuando finalizo mi relato Leska parece preocupada.

—Es imposible que soñases con él sin más porque tú nunca has tenido contacto con chicos, ni cambiaformas ni de ninguna otra raza —murmura. Por las profundas arrugas de su frente, sé que está pensando a toda prisa. Falta muy poco para la medianoche, momento en el que dará comienzo mi iniciación y la de Emily—. Así que él existe. Pero no te dijo su nombre, no hizo nada más que prometerte que volvería. Es... —Suelta un bufido incrédulo y me mira con sorpresa—. Anna, creo que hay un cambiaforma en alguna parte que pretende reclamarte.

La palabra hace que mi corazón se detenga por unos angustiosos segundos. Luego, emprende una furiosa carrera dentro de mi pecho.

—¿Reclamarme? —Incluso viviendo apartada del resto de razas como vivo, sé lo que eso significa. Solo una vez barajé esa posibilidad, y fue durante el transcurso del sueño. La descarté al instante y jamás había vuelto a pensar en ello—. Es imposible. Las brujas no rendimos culto a Las Parcas.

—¿Y eso qué les importa a ellas? —Leska frunce los labios—. Si desean unir a dos seres, ¿crees que va a detenerlas el hecho de que no les rindamos culto? Yo diría que incluso se divertirían de lo lindo haciéndolo, si es que tienen sentido del humor.

—Eso no ha pasado nunca, ¿verdad? —Inquieta, tomo a Leska de las manos. Me da igual que su temperatura congele mi piel, necesito el consuelo de su contacto—. Una bruja jamás se ha unido a alguien de otra raza.

Ella sacude la cabeza. No, ninguna tenemos constancia de que algo similar haya pasado a lo largo de la historia. ¿Quiere eso decir que no es posible? Siempre hay una primera vez para todo. Pero ¿por qué yo? Como si no fuera suficiente con estar destinada a ser La Controladora Del Éter, ¿también voy a ser reclamada por un cambiaforma? No tiene ningún sentido. Las brujas no mantenemos relaciones sentimentales. Solo

procreamos para crear más brujas. Ni siquiera parimos varones. ¿Qué iba a querer un cambiaforma de mí? Además, han pasado tres años desde aquello. Si hubiera pretendido reclamarme, ¿no habría venido ya?

El agobio va haciendo mella en mis nervios, que ya de por sí estaban muy exaltados debido a la importancia de este día y a la actitud de Emily, y antes de darme cuenta me están temblando las manos.

Los entumecidos dedos de Leska aprietan los míos.

—Eh, tranquila. No pasa nada. Esta noche será tu iniciación, y si las superiores ven algo en ti, pues... Pues será lo mejor, porque ellas han de saber qué hacer. Anna, puede incluso que estemos equivocadas, ¿sabes? Puede que en realidad seas sonámbula. —Leska esboza una sonrisa que pretende infundirme ánimos, y, aunque intento corresponderla, no puedo. Sé que no soy sonámbula. Solo tengo que recordar la intensidad con que aquellos ojos verdes me miraron, como si quisiera grabar mi rostro en su memoria, para saber la verdad—. En todo caso, de acuerdo, pongámonos en lo peor. Supón que ese cambiaforma aparece en la puerta del castillo, aporreando la aldaba, y exige verte. ¿Sabes qué? Puedes negarte.

Esperanzada, parpadeo varias veces antes de mirarla.

—¿En serio?

—Sí, claro. —Leska asiente. Asiente muy fuerte. Asiente con demasiada convicción—. Y si insiste, le conviertes en un insecto palo y luego le aplastas con el zapato, ¿eh?

Por algún motivo, pensar en hacerle daño al chico de mis sueños no me reconforta en lo más mínimo. No, no quiero creer que de verdad hay alguna clase de destino uniéndome a él, porque eso va en contra de todos mis planes y creencias, pero tampoco quiero matarle. Ni siquiera deseo convertirlo en un bicho.

Por la Diosa, no estoy segura de saber qué quiero.

Un fuerte golpe hace que Leska y yo demos un brinco sobre la cama. Al darme la vuelta veo que la puerta de la habitación estaba un poco abierta y una corriente de aire ha hecho que golpee la pared.

Leska me suelta las manos para ir a cerrar la puerta. Luego, desde el otro lado de la habitación, me dedica una gran sonrisa, de esas que a ella siempre le ha resultado fácil esbozar.

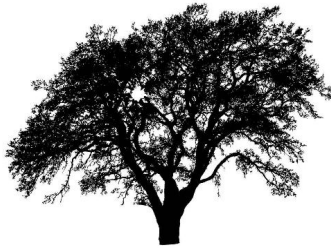
—Pase lo que pase, recuerda que yo voy a estar a tu lado. —Son las palabras que siempre me dice cuando me ve desanimada o triste.

—Gracias, Leska.

No sé si las superiores van a lincharme al saber que soñé con un cambiaforma y no dije nada. No sé si superaré la iniciación, ni si de hacerlo sacaré una buena nota. No sé qué será de Emily y de mí después de esta noche, ni cuánto tiempo más aguantaré fingiendo que no me duele la actitud de mi hermana.

Solo deseo, como lo he hecho siempre, ser normal. Pasar desapercibida. Que mañana por la mañana mi única preocupación sea cómo meter todas mis pertenencias en una sola maleta para irnos cuanto antes a Bucarest.

REN



Para salir de la mansión de una ninfa cuando se está llevando a cabo una fiesta de este calibre, hace falta un poco de mala leche y nada de escrúpulos. Aunque salgo mucho más ligero de lo que entré (una bolsa de diamantes más ligero, para ser exacto) los fiesteros amigos de Porta La Que Todo Lo Ve me están haciendo difícil el regreso a mi coche. Cuerpos, escamas, colas y garras se aprietan contra mí; sus gritos me revientan los tímpanos. La música es atronadora. Estoy intentando controlar las ganas de estrangular a alguien y pasar desapercibido, pero ¿qué le voy a hacer? Ellos están pidiendo a gritos que les dé su merecido.

En cuanto el leopardo se asoma a mis ojos y empiezo a gruñir, mi alrededor se despeja con rapidez. El único que queda frente a mí es un sátiro cuyas pezuñas han resbalado sobre el pulido suelo y se ha caído en medio del camino hacia la puerta. Cuando me ve, emite un pequeño balido nervioso e intenta levantarse a toda prisa. Yo, que soy muy amable, le

ayudo. Cierro mi mano alrededor de uno de sus cuernos y le alzo sobre sus patas de cabra.

Cuanto más tiempo paso sin encontrar a mi *pasangan hidup*, más irascible me siento. Recorrer medio mundo en su busca está destrozándome los nervios. Por suerte, encontré a la persona indicada para ayudarme. Porta La Que Todo Lo Ve. Un amigo de un amigo de un amigo (¿no es siempre así?) me contó que la ninfa, tal y como su nombre indica, lo ve todo. Por el precio adecuado ella podría revelarme el paradero de mi compañera. Cuando la encontré en su mansión, rodeada de admiradores y advenedizos, apenas se dio el lujo de mirarme durante medio segundo antes de garabatear algo en el dibujo que yo le estaba mostrando. Me llené de rabia al creer que la muy tunanta estaba firmando un autógrafo. Luego me fijé con atención y lo vi: coordenadas. La ninfa me guiñó el ojo justo antes de despedirme con un gesto.

Por fin tengo un lugar concreto hacia el que ir. Y no voy a perder el tiempo con peleas absurdas, por muchas ganas que tenga de descargar mi impaciencia. Gruñendo, lanzo lejos al sátiro y luego salgo de la mansión.

Cuando me estoy subiendo al coche, mi móvil empieza a sonar. Seguro que es Mawar. La mujer se ha portado muy bien conmigo durante estos tres años tras el ataque... Todos en el clan lo han hecho. Se mostraron comprensivos, pacientes y amables. Y día tras día, semana tras semana, tanta amabilidad fue socavando mi seguridad. No deseaba, ni deseo, su pena. Jamás podré convertirme en un buen *kepala* si la sombra de la muerte revolotea para siempre sobre mí. He de deshacerme de eso. Construir un nuevo camino. Solo así podré acabar con las pretensiones de Yuda de ascender a cabeza de clan.

El primer paso para ello es encontrar a mi compañera antes de que acabe el plazo de tres años que los *tua* me concedieron para reponerme por la pérdida de mi familia. Sin ella no podré presentar mi candidatura. Yuda fue rápido y listo, consultó a un chamán para que este le ayudara a encontrar a su compañera en poco tiempo. Ahora él y la muchacha, Cinta, ya están unidos. Ella solo estaba a unos kilómetros de distancia, en un clan vecino. Con Cinta, la candidatura de Yuda es fuerte, es aceptada. A mí los

ancianos no me mirarán dos veces si vuelvo sin mi compañera, ni siquiera cuando soy el legítimo *pewaris*, el heredero.

Lo único que pudo decirme el *dukun* antes de salir del poblado fue que mi compañera estaba demasiado lejos para que los espíritus pudieran verla. Pero ¿dónde? He viajado mucho con la única ayuda del dibujo que hice sobre la noche que soñé con ella: un bosque de árboles milenarios y una muchacha con un vestido blanco paseando entre ellos. Eso podría ser cualquier lugar del mundo.

Sin embargo, ahora tengo unas coordenadas precisas anotadas al borde del folio. Acaricio los números y sonrío. Luego guardo el dibujo en la mochila y atiendo al teléfono con la mano libre.

—Diga.

—Imagina mi sorpresa cuando vengo a hacerle una visita a mi amigo favorito y me dicen que se ha ido a un viaje espiritual en busca de su... Perdone, Mawar, ¿puede repetirme la palabra? Ah, sí, *pasangan hidup*. ¿Te lo estás pasando bien?

Intentando deshacerme del mal humor, sonrío. Ewan es un gran amigo; nuestros clanes son aliados a pesar de que la alianza entre diferentes animales no es habitual. Ya es difícil que dos clanes de un mismo animal colaboren debido a los problemas de jerarquía; cuando se juntan dos alfas los roces están garantizados. Tratándose de un leopardo alfa y un lobo alfa, la amistad debería ser casi imposible. No obstante, mi abuela y el abuelo de Ewan se conocieron un buen día cuando fueron convocados por la Admonición a una reunión, e hicieron tan buenas migas que decidieron ser los primeros en unir dos clanes que hasta entonces siempre habían sido rivales. Desde ese día, mi clan recibe a los lobos con los brazos abiertos y los leopardos acudimos a la batalla para defender a nuestros lobunos aliados siempre que haga falta.

—Yo no consideraría divertida esta carrera por medio mundo.

—Lo imagino. ¿Dónde te encuentras ahora?

Cuando le hablo sobre Porta, se echa a reír.

—¿De veras has estado en la mansión de la ninfa? Tienes que estar muy desesperado por encontrar a tu chica y regresar. Tal vez para empezar a

producir cachorritos cuanto antes, ¿no? ¡Au, Mawar! Sí, discúlpeme, no volveré a decirlo.

No puedo evitar sonreír al pensar en la mujer leopardo dándole un coscorrón al enorme licántropo.

—No es la única razón por la que deseo encontrarla cuanto antes — admito en voz baja. Al mismo tiempo estoy acariciando el bolsillo de mi mochila donde guardé el dibujo.

—Oh, te refieres a que se te acaba el plazo para convertirte en *kepala*. Sí, también es algo a tener en cuenta, pero ambos sabemos muy bien qué es lo que te impulsa a buscarla sin descanso y eso no tiene nada que ver con tu obligación hacia el clan.

Ewan lleva razón. Puede que fuera este límite de tiempo lo que me ha instado a buscarla con prisa, pero no puedo negarme a mí mismo la verdad. Deseo encontrarla. Volver a verla. Saber cuánto ha cambiado en estos tres años desde que soñé con ella. La única razón por la que no fui a buscarla en el mismo instante en que desperté del sueño fue el ataque al poblado. Tras perder a mi familia, pasé demasiado tiempo entumecido por el dolor. Luego por la rabia, y por último por la venganza. Aunque seguía recordando su dulce rostro con toda claridad, me sentía vencido por la pérdida y la culpabilidad. ¿Cómo iba a ir a por ella cuando era posible que me desmoronara en cualquier momento? Primero debía recuperarme.

Ahora que la muerte de mi familia ya no es un recuerdo capaz de tumbarme, puedo ir en su busca. Y si además la encuentro antes de que se acabe mi plazo, mataré dos pájaros de un tiro.

—Como siempre, eres un maldito sabelotodo, Ewan.

—Es un placer. Ya que la ceremonia de elección de *kepala* es dentro de una semana, me quedaré en el poblado hasta entonces. Tal vez tenga suerte y te vea. —La sonrisa se escucha en su tono de voz. Ewan siempre sonríe y siempre tiene la palabra adecuada en la punta de la lengua—. Buena suerte, Ren. Y ten cuidado.

—Lo mismo digo. Dale un besito a Yuda de mi parte, por favor.

Antes de colgar escucho su retumbante risa.

ANNA



—¿Estás nerviosa?

—Estoy bien.

—A mí me tiemblan las manos, ¿crees que se darán cuenta?

—Anna, no hay nada en este mundo que a ti no te ponga nerviosa, así que creo que las superiores lo van a pasar por alto esta vez.

La ácida contestación de mi hermana me hace contener el aliento. Ambas estamos esperando fuera del círculo del Sabbat a que nuestra mentora nos llame. En ese momento deberemos entrar juntas y colocarnos en el centro, para ser observadas y evaluadas por el aquelarre. Luego, pasará lo que tenga que pasar.

Desde aquí casi puedo sentir el calor de las llamas rozándome la piel. La hoguera es tan grande que cuando la madera estalla las lenguas de fuego parecen alcanzar la copa de los árboles más altos. A su alrededor, sentadas sobre primitivos tocones, las superiores del clan de agua de los Cárpatos están conjurando la bendición de los elementos en esta noche especial.

Emily y yo vamos a ser las primeras brujas de fuego en pasar la iniciación en un clan de agua. No sé en qué pensaba Pentesilea cuando nos

dejó en la puerta de este castillo. Tal vez simplemente no pensaba, tal era su prisa por deshacerse de nosotras.

¿Sabrá que hoy es el gran día para sus hijas? ¿Estará recordándonos en algún lugar de este mundo? Yo quiero creer que sí.

Oigo a Emily chasquear la lengua y un segundo después su mano rodea la mía.

—Vale, estoy un pelín nerviosa. Pero lo negaré si lo cuentas.

A pesar del nudo en mi interior, sonrío. Giro un poco la cabeza para mirarla. La danzarina luz de la hoguera crea sombras en movimiento sobre el rostro de Emily. Aunque se supone que somos dos gotas de agua, siempre he creído que ella es más guapa. Tiene una fuerza interior que irradia atractivo. Es algo que jamás estará a mi alcance, ni siquiera siendo La Controladora Del Éter.

—¿Sabes qué es lo mejor? —murmuro—. Que nosotras pasaremos por esto juntas. Las demás tienen que hacerlo solas.

De reojo veo que Emily también esboza una sonrisa, y al instante algo en mi interior se calma. Por primera vez en horas, me permito creer que todo va a salir bien. Incluso en el caso de que no saque una nota espectacular, no me importará. Esta es mi última prueba antes de poder alejarme de aquí con mi hermana y nuestra mejor amiga a empezar una nueva vida.

Entonces Luciérnaga sale del círculo y se dirige a nosotras. También lleva una túnica, aunque la suya es de un azul eléctrico. Nuestra mentora podría tener veinte, treinta o quinientos años, no lo sabemos con exactitud. Todos nuestros intentos por averiguar su edad siempre acabaron en fracaso.

Luciérnaga me mira de una forma extraña. Cuando se detiene frente a nosotras, me obligo a tragar saliva y respirar con normalidad. Entonces, ella extiende una mano. Una sola mano.

Mira a Emily.

—Sígueme.

Mi hermana duda, extrañada. Poco a poco, acerca su mano a la de Luciérnaga.

—¿Qué pasa con Anna?

—A partir de hoy, Anna seguirá otro camino.

Emily se detiene y me mira. No sé qué esperaba ver en sus ojos, pero acusación seguro que no. No sé de qué está hablando Luciérnaga, nadie me había dado a entender que mi iniciación sería diferente. A Emily y a mí nos han preparado juntas para esto, incluso después de que la profecía fuera cantada.

Me obligo a mí misma a hacer la pregunta más obvia.

—¿Qué camino?

Luciérnaga mira por encima de su hombro, hacia el Sabbat, y otra bruja sale del círculo y se acerca. Con la luz de la hoguera a su espalda no puedo verle bien el rostro hasta que está a mi lado. E incluso así, tardo unos segundos en darme cuenta de quién es.

Melissa A'Quila. La representante de nuestra raza. Jamás la había visto en persona, solo por televisión y en redes sociales. Su mirada es muy intensa y abrumadora, sobre todo ahora que no lleva puestas sus omnipresentes gafas. Su pelo sigue recogido en un apretado moño y su túnica es morada. Nunca he visto ese color en una túnica.

—Anna, hija de Pentesilea, a partir de hoy seguirás un camino que solo está reservado a unos cuantos elegidos entre las razas —me dice. Es extraño oír su voz en persona cuando estoy acostumbrada a escucharla debatir en la televisión a favor de los derechos de las brujas—. Vestirás la túnica del quinto elemento y pasarás por la iniciación en el Sabbat del Dragón.

Emily y yo lanzamos una exclamación al mismo tiempo. El Sabbat del Dragón es la reunión de brujas más importante de Occidente. Allí se reúnen las mujeres más poderosas de nuestra raza; lo que se habla durante ese Sabbat se convierte en ley. Toda bruja novata ha soñado alguna vez con ser convocada a formar parte de ese Sabbat, pero las probabilidades son... ínfimas. O lo eran hasta hace unos segundos.

Como parece que la señorita A'Quila y Luciérnaga están esperando que diga algo, me esfuerzo por encontrar la voz.

—Yo... mi hermana... —Miro a Emily.

A'Quila hace un gesto contundente con la mano, como si quisiera decapitar a un ser invisible.

—Tu hermana no ha sido elegida —dice, tajante—. Ella se quedará aquí. Podréis reuniros cuando finalice el Sabbat.

En cualquier otra circunstancia sé que semejante honor me haría saltar de alegría. Voy a pasar de ser una bruja novata a convertirme en uno de los pocos miembros de nuestra raza que manejan información privilegiada. No obstante, estas son mis circunstancias: no sé si mi hermana me perdonará esto. Sea o no culpa mía (y sé que no tengo la culpa), Emily lo verá como una traición. Solo hay que echar un vistazo a su rostro ultrajado para saber lo que está pensando.

—Va-vale —tartamudeo. Hago un gesto con la cabeza a la señorita A’Quila y luego miro a mi hermana. Ahora sus ojos están clavados en la hoguera. La resolución de su expresión hace que me duela el esternón—. Emily...

Ella niega con la cabeza.

—Vete.

Sé que no voy a sacarle ni una palabra más, ni en este momento ni durante algún tiempo. Asumiendo su enfado, tomo aire con fuerza y miro a la señorita A’Quila. Si opina algo del desprecio de mi hermana, su gesto no lo demuestra. Me indica con el brazo que vayamos hacia el castillo y nos alejamos del calor del Sabbat.

Caminamos en silencio los siguientes metros, y al final mi curiosidad me obliga a hablar.

—¿Por qué nadie me avisó sobre esto? Ni siquiera mi mentora lo comentó.

Ella me mira de forma pensativa.

—No sabíamos muy bien qué hacer contigo. Tardamos un poco en ponernos de acuerdo. Eres la primera que nace con el don del Éter en muchísimo tiempo.

—¿Ha habido otras como yo? —pregunto, asombrada.

—Por supuesto, pero no es nada común. Podría decirse que nace una como tú cada mil años. Esto que estamos haciendo ahora, llevarte al Sabbat cuando ni siquiera te has iniciado aún, no es nada ortodoxo. Habitualmente, por muy magnífico que sea el don, nadie tiene derecho a acceder a nuestro Sabbat hasta que alcanza una cierta edad y una considerable experiencia.

—¿Es cierto que también participan en el Sabbat seres de otras razas?

—Si son lo bastante poderosos, sí. Por ejemplo, la última en acceder fue Rhiannon La Mediadora. Es un hada con una capacidad asombrosa para ponerse en contacto con el Más Allá.

—¿Qué ocurrirá cuando lleguemos allí? Pasaré mi iniciación en ese Sabbat, ¿y luego qué?

La veo esbozar una sonrisa divertida.

—¿Y luego qué? Luego formarás parte de un exclusivo grupo de personas poderosas.

Eso me hace fruncir el ceño. Estamos a punto de alcanzar la puerta principal del castillo y aún hay muchas cosas que quiero hablar con ella.

—Creía que después de mi iniciación sería libre para decidir qué hacer con mi vida.

Asiente.

—Lo serás. Pero contarás con el apoyo de personas que, como tú, poseen dones únicos. Escucha, Anna... —Me coge del brazo con suavidad y nos detenemos a pocos metros del castillo. La luz de la luna llena incide sobre nuestras cabezas, y la mirada de la señorita A'Quila adquiere un matiz comprensivo cuando baja la vista—. Ser único en el mundo puede traer consigo una soledad considerable. Da igual la raza a la que pertenezcas, cuando la singularidad te toca sabes que siempre vas a ser diferente al resto. Por si esto fuera poco, la cantidad de poder del que estamos hablando nunca es fácil de manejar. Aún eres muy joven, solo has visto dieciséis veranos. Nunca nadie va a ser más libre de decidir qué hacer con su vida que tú, porque tú eres especial y poderosa y tendrás en tu mano todo lo necesario para amoldar el mundo a tu gusto.

No sé cómo, parece que la señorita A'Quila se ha metido dentro de mí y ha sido capaz de leer en mi alma. Todo lo que está diciendo es aquello que me ha atormentado desde que Luciérnaga cantó mi profecía. Sus palabras han dado de lleno en el núcleo de todos mis miedos e inseguridades.

—Entonces... —Me relamo los labios, nerviosa—. ¿Nadie va a juzgarme en el Sabbat? ¿Ni siquiera si no soy capaz de superar la iniciación como se espera de mí?

Echa la cabeza hacia atrás, sorprendida, y esboza una sonrisa.

—¿Quién podría juzgarte cuando eres única en tu género?

Eso suena lógico, y me tranquiliza.

—El motivo por el que hemos decidido que no debes pasar la iniciación con tu aquelarre es que aquí no sabrían qué hacer con tu poder. Manejan el agua y estaban dispuestas a manejar el fuego, pero el Éter se escapa a su entendimiento. En el Sabbat del Dragón contamos con un poco más de información que tal vez te sea de ayuda.

Más aliviada, asiento.

—De acuerdo. Pues... Cuando usted quiera, señorita A'Quila.

Ella se echa a reír, como si mis palabras le hicieran gracia. Mientras subimos los escalones de entrada, se gira para observarme bajo la luz de las antorchas.

—Puedes llamarme por mi nombre, lo de señorita me parece demasiado formal.

—Está bien, mmm, ¿Melissa?

—No exactamente. Ese es el seudónimo que utilizo para relacionarme con las otras razas. Suena mucho más profesional y no va acompañado de una dosis de miedo irracional cuando lo pronuncio.

—Oh, entonces, ¿cuál es su nombre?

Cuando me mira antes de entrar al castillo, veo su sonrisa burlona y satisfecha.

—Morgana. Morgana Le Fay.

REN



Dos días después de mi visita a Porta, me encuentro de pie en medio del paisaje que ha estado colmando mis sueños y pensamientos durante más de tres años, solo que ahora es de día. La sensación de familiaridad y pertenencia es tan fuerte que me obligo a detenerme unos segundos para serenarme. Si cierro los ojos casi puedo sentirla (a ella) acariciándome la mandíbula con sus pequeños y suaves dedos. En ese momento fue irreal, fue una copia barata de lo que podría haber sido, pero a partir de ahora ya no tendré que seguir preguntándome cómo será poder tocarla de verdad.

Porque estoy a punto de encontrarla.

No deja de resultarme extraño que mi compañera se encuentre en la parte más occidental de los Cárpatos. El entorno no solo es demasiado frío y estéril como para albergar a un clan de leopardos (a pesar de que nuestro animal disfruta en cualquier medio natural) sino que pertenece a las brujas.

Casi al segundo de poner un pie al borde de esta montaña sentí una ráfaga de magia recorriéndome el cuerpo. El efecto fue desagradable y el leopardo mostró los dientes como advertencia. Hay peligro en estas montañas. Si no me ando con cuidado podría acabar rodeado de esas brujas, unos enemigos a los que no me he enfrentado nunca antes. Son traicioneras y retorcidas. Pero por lo que he oído, por el precio adecuado puedo comprar sus servicios. Al igual que con Porta, espero llevar encima el dinero suficiente para obtener la información que deseo.

Camino un rato en círculos sobre la zona de árboles que recuerdo de mi sueño, rastreando cualquier signo de vida humana o animal. Encuentro señales de un oso pardo en las proximidades, y hacia el este puedo oler la presencia de una manada de lobos grises. Después de cruzarme con un jabalí que se apresuró a alejarse corriendo, decido que tengo que ampliar la búsqueda. Aunque aquí fuera donde me reuní con ella en el sueño, eso no tiene que significar que su casa esté edificada a tres metros de las coordenadas exactas. Reuniendo paciencia, ajusto la correa de mi mochila y, siguiendo mi instinto, subo hacia lo más alto de la montaña.

Al cabo de una media hora sé que he escogido el camino correcto. Con el viento me llega el inconfundible olor de un gran grupo de mujeres. También huelo la magia, un toque de especias picantes que hace que las alarmas suenen en el lóbulo frontal de mi cabeza. Estoy cerca de una guarida de brujas, o al menos de una gran congregación de ellas. No es el lugar en el que más me apetece meterme en estos momentos, pero van a darse cuenta de mi presencia en la montaña más tarde o más temprano. Si me presento ante ellas ahora puede que la sorpresa juegue en mi favor.

Las acecho con sigilo. Debo observarlas primero para valorar la situación. Subido en una de las más altas ramas de un haya, presto atención a lo que parece ser una sesión de entrenamiento de magia. Jamás hubiera pensado que ellas debían practicar. No he estudiado demasiado a las brujas porque hasta ahora no me habían interesado. Sin embargo, el hecho de que formen parte de la Admonición y que su representante sea muy apreciada en las altas esferas debe ser un indicativo de que son una raza bien organizada. E inteligente.

Aunque todas parezcan rondar la misma edad (parecen mujeres jóvenes que no pasan de la treintena, y algunas son niñas) no tardo en comprender la jerarquía del grupo. Las que permanecen apartadas y de brazos cruzados son líderes. Sus ojos observan los movimientos de las demás con criterio y astucia; están supervisando. El resto está dividido en parejas y parecen batirse en duelo. Por inercia, hago un barrido con la mirada para contabilizar. Mis ojos captan el movimiento ondeante de una cabellera castaña y mi subconsciente toma el mando.

Mi mirada se clava en una pequeña bruja que se bate en duelo en el extremo más alejado. Es delgada y ágil. Su contrincante, una muchacha de cabello rosa y mirada dura, no tiene nada que hacer frente a sus habilidades. La chica morena ataca una y otra vez con una serie de hechizos que, aunque no producen un daño físico evidente, parecen tener el objetivo de confundir a su rival. Tres minutos más tarde, la chica de pelo rosa levanta su mano derecha en señal de rendición; su cara, brillante por el sudor, es un poema.

Una de las supervisoras se acerca a la pareja y empieza a reprender en voz baja a la morena. Desde esta distancia tengo que esforzarme para aislar sus voces del ruido y escuchar lo que dicen.

—... no era que le dieras una paliza. Ya te has iniciado; aprende a contenerte. —La supervisora parece disgustada. Su piel tiene un brillo particular que la hace luminosa bajo el débil sol de la montaña.

La chica, en lugar de contestar, suelta una carcajada y se da la vuelta. Entonces todo el aire en mi pecho desaparece de golpe y mi cuerpo se congela sobre la rama.

Es ella. Mi *pasangan hidup*. La chica de mi sueño.

Y es... una bruja. Si estuviera viviendo la situación desde fuera, sé que me mostraría espantado ante esta revelación. ¿Un cambiaforma y una bruja? Jamás ha sucedido y solo pensarlo debería resultarme asqueroso. Sin embargo, no lo es. No puede serlo cuando he soñado con esa cara y ese pelo durante tanto tiempo. Espero oír el rugido triunfal de mi leopardo al dar por concluida nuestra extenuante búsqueda, pero no sucede. El animal permanece callado y al acecho dentro de mí.

Bajo de un salto del árbol. Al aterrizar no me molesto en ser silencioso. Rompo varias hojas bajo mis botas y dos brujas de corta edad que luchan

cerca de mí se giran en redondo.

La más cercana se pone a gritar.

—¡Un cambiaforma!

Su compañera está respirando con agitación por el miedo. Alza una mano y una estalactita del tamaño de mi brazo sale disparada hacia mí. Me muevo para esquivarla y el hielo se quiebra contra el haya. Luego ladeo la cabeza mientras observo a las brujitas. Son solo unas niñas.

—Corred —murmuro, seguro de que mi voz entremezclada con un gruñido las asustará aún más—. Avisad a las demás.

En cuanto me obedecen y dan la voz de alarma, un muro de brujas, en su mayoría las supervisoras que antes estaban cruzadas de brazos, se dirigen hacia mí. Puedo ver la muerte gestándose en sus ojos. He invadido su territorio y comprendo su necesidad de proteger a las suyas.

Busco a la chica entre la multitud. Está de brazos cruzados junto a la bruja luminosa. Nuestras miradas se encuentran. Sin embargo, aunque ella frunce el ceño por la confusión, su rostro no da muestras de nada más. Eso me molesta. Ya debería haberme reconocido. Sé que estoy mucho más alto y grande que la última vez que nos vimos, pero tampoco he cambiado tanto. Ella ha madurado como era de esperarse, ya que entre los trece años y los dieciséis una niña se convierte prácticamente en mujer, y sigue teniendo esos ojos azules tan espectaculares.

Como no dejo de mirarla, ella aprieta los labios y desvía sus ojos hacia la bruja que tiene al lado. Se remueve sobre sus pies, inquieta. No lo entiendo, ¿por qué ha apartado la mirada? ¿Por qué no me reconoce? El leopardo lanza un zarpazo en mi interior. No está contento, pero ¿por qué? ¿Tal vez sea porque aún no he tenido contacto físico con ella? Puede que el animal no se calme del todo hasta que establezca mi reclamo por completo.

Una de las brujas se separa de las demás y se acerca un par de pasos. Es la de la piel luminosa.

—Espero que te hayas perdido mientras andabas de excursión, cambiaforma.

—Me temo que no será esa vuestra suerte —contesto, alto y claro. Me cruzo de brazos y separo bien los pies, dándoles a entender con mi postura y

mi voz que no pienso dejarme intimidar—. He venido a cumplir una promesa.

Mis palabras levantan murmullos, especulaciones. La bruja no se inmuta.

—No es costumbre en nuestra raza tener nada que ver con animales — replica. El desdén en su voz es evidente—. Sobre todo porque apestan.

Sus congéneres sueltan risitas satisfechas. Yo esbozo mi propia sonrisa, una más letal y dura.

—Entonces haré lo que he venido a hacer y me iré. Fácil.

La bruja entrecierra los ojos.

—¿Y eso es...?

—Ella. —Extiendo un brazo y, de manera infalible, señalo a la bruja morena. La veo abrir la boca, estupefacta, mientras las miradas de todas las demás recaen sobre su figura—. Es mi compañera. Las Parcas nos han unido. Nos pertenecemos.

ANNA



Cuando me despido de Melissa (porque todavía estoy asimilando que ella es la legendaria Morgana de Camelot y me parece un sacrilegio usar su verdadero nombre) frente al castillo que me vio crecer, no puedo evitar que un estremecimiento me haga temblar. Sé que solo he pasado tres días fuera, pero me parece una eternidad. Todo lo que he descubierto sobre mí misma en el Sabbat del Dragón ha cambiado la perspectiva que tenía de muchísimas cosas.

Para empezar, mi relación con Emily. He sido una absoluta cobarde al mantener mi móvil apagado estos días. No estaba segura de que mi hermana quisiera ponerse en contacto conmigo, así que para evitar echarme a llorar cuando viera que no tenía ninguna llamada perdida ni ningún mensaje de texto, lo apagué.

Sin embargo, ahora he vuelto, y sé que no puedo seguir eludiendo la situación. Tengo muchísimas cosas que contarles a Emily y a Leska. Qué pasó en mi iniciación, lo asustada que me sentí y cómo aún ahora no sé muy bien qué hacer.

Cuando me giro hacia la escalinata de entrada, Melissa me toma de la mano.

—Recuerda —me dice, tocando con el dedo el talismán que me regaló tras la iniciación. Un anillo de plata con un considerable zafiro engarzado que hasta entonces ella siempre había llevado en su mano—. Tú decides.

Yo decido. ¿Le contaré a mi hermana que las brujas del Sabbat Del Dragón no pudieron ponerme nota porque sobrepasé los límites de puntuación? ¿Que mi don es tan grande que cuando lo dejé salir no pude controlarlo y casi me consumo en un torbellino de energía? ¿Y que como no confío en mí misma hice algo que avergonzaría a cualquier bruja que se precie?

Tras darle un último abrazo a Melissa, entro en el castillo. Está más silencioso de lo que imaginaba. Nadie sabe que regreso hoy y no esperaba una fiesta de bienvenida, pero el castillo suele ser una combinación de gritos, risas, maldiciones y conjuros volando por los aires. Hoy parece que, por primera vez, entro en lo que los humanos creen que es este castillo: una ruina abandonada.

Me dirijo primero a mi habitación. Antes de entrar me imagino que mi hermana ha quitado su cama junto a la mía y ahora hay un espacio vacío. Al abrir la puerta sonrío: todo está tal y como lo dejé. Cuando Melissa vino a buscarme solo me dio tiempo de preparar una muda de ropa y un par de objetos de aseo antes de irnos. Ahora dejo la mochila sobre la cama y casi al instante escucho un maullido ofendido. Sonriendo con más fuerza, levanto el edredón para encontrarme con los acusadores ojos de Bastet.

—Tú, mi pequeño gran héroe, ¿me has echado de menos?

Es evidente que sí, a juzgar por cómo se le erizan los bigotes y me lanza un zarpazo al intentar tocarlo. Está ofendido. Quise llevarlo conmigo. Se me rompió un poco el corazón cuando mi gatito me siguió hasta la puerta del castillo y se puso a maullar al ver que no lo cogía en brazos.

—Lo sé —susurro ahora, arrodillándome junto a la cama. Cubro mi cabeza con el edredón y me sumerjo en el cálido mundo de las sábanas en el que solo existimos mi gato y yo—. Yo también te he extrañado. Han sido unos días muy raros. Me habría venido bien tenerte conmigo.

Él finge que me ignora y se pone a lamerse las zarpas.

—¿Tú sabes dónde está todo el mundo? —La siguiente vez que intento acariciarle el lomo, me lo permite. Siento la vibración de su ronroneo satisfecho bajo la palma de mi mano—. Llevo bastante inquieta desde ayer. Espero que no se trate de Em, que tiene preparada mi decapitación o algo así.

Desde pequeñas mi hermana y yo hemos estado unidas por algo tan profundo e intangible que jamás intentamos cuestionarlo. Es así. A veces yo siento cosas que Emily está viviendo desde el otro lado del castillo, y viceversa. Sin embargo, ahora la conexión es apenas un eco. Como cuando estás acostumbrada a escuchar la televisión a un volumen alto y de repente te sacan de la habitación y cierran la puerta. Aunque sigues percibiendo el murmullo de la televisión, no es lo mismo.

Todavía tengo la cabeza metida en el edredón cuando oigo que la puerta se abre y choca contra la pared. Bastet emite un siseo y se escabulle en dirección a la almohada. Yo estoy peleándome con el edredón cuando alguien quita todas las mantas y me pone en pie con fuerza.

—¿Se puede saber por qué no has contestado a ninguna de mis llamadas? —Es Leska la que se cierne sobre mí. Una enfadada y preocupada Leska.

Intento sonreír.

—Estoy bien, no te preocupes. Sé que debería haberme puesto en contacto, pero...

—Ya sé que estás bien, por el amor de la Diosa. —Las heladas manos de Leska me zarandean de adelante hacia atrás. Está tan nerviosa que no está controlando su don, y el frío baja por mis brazos a toda velocidad—. Mandé un correo a la señorita A'Quila para preguntar por ti. Anna...

—¿Eso hiciste? —La interrumpo, asombrada—. No sabía que estabas tan preocupada, yo...

Una de sus manos me tapa la boca. Los labios se me entumecen por el frío.

—No, escúchame. Han pasado cosas en tu ausencia. Cosas que... Ni siquiera sé por dónde empezar.

Jamás había visto tan alterada a Leska. La profundidad de sus sentimientos es tal que yo también me pongo nerviosa, incluso sin saber qué

está ocurriendo.

—Por el principio estaría bien.

La veo morderse el labio inferior, indecisa, y al cabo de unos tensos segundos me mira a los ojos. Donde suele haber copitos de nieve adornando su iris ahora solo hay un mar negro.

—Creo que sería mejor que lo vieras por ti misma.

Leska me conduce a la parte posterior del castillo, en la tercera planta, donde solía estar el salón de baile y ahora está instalado nuestro cuarto de juegos. Bastet camina a la par, siempre procurando interponerse entre Leska y yo. Mi gato jamás ha soportado a Leska. Bueno, la verdad es que Bastet no soporta a nadie excepto a Emily. Cuanto más nos acercamos al cuarto de juegos más puedo oír todas las voces y el ruido que tanto eché de menos hace unos minutos.

—Así que aquí estabais —digo.

Leska hace un gesto raro con la cabeza.

—Te sentí en cuanto entraste al castillo. Las demás están tan flipadas que debieron pasarlo por alto.

Aún más intrigada, la sigo hasta que ella, en lugar de dirigirse a la puerta, me arrastra hacia un pasillo que continúa paralelo al cuarto.

—¿Por qué no entramos?

Sin contestarme, sigue tirando de mí hasta que nos detenemos a pocos centímetros de la otra puerta de acceso. Esta se utiliza menos, puesto que solo lleva hacia una escalera en desuso que recorre la parte posterior del castillo y baja hasta las cocinas. Las brujas no cocinamos, así que no tenemos ningún interés en ir allí. Nuestra comida se gestiona y se prepara sola gracias a los conjuros de las superiores.

Curiosa porque me haya traído hasta aquí, miro a Leska.

—Asómate —me dice ella en voz baja.

Siguiendo su orden, asomo la cabeza por el marco de la puerta y echo un vistazo al cuarto. Está abarrotado. Todas las televisiones están encendidas, pero nadie presta atención. El volumen de la música está bajo, lo que me indica que no se trata de una juerga. Reconozco a todas y a cada una de las brujas que han convivido conmigo en este castillo. Luciérnaga

está apoyada contra la pared del fondo, de brazos cruzados y con el ceño fruncido. Todas las luces resaltan su luminosa piel y no parece contenta.

Y entonces veo a Emily.

Solo contemplarla me hace sonreír. Está colocada justo debajo de una lámpara de araña y la luz incide sobre ella de manera espectacular. Es el centro de atención, cómo no. Puedo ver su gran sonrisa, sus gestos grandilocuentes mientras narra algo que parece tener cautivada a la audiencia. Me dan ganas de ir hacia ella y quedarme escuchándola como un corderito. Una bruja (creo que por su pelo color magenta se trata de Desgarradora) se mueve hacia la derecha y entonces veo quién está de pie junto a mi hermana.

Al verlo, ocurre algo extraño con el tiempo y el espacio. El tiempo se ralentiza hasta casi detenerse, mis pulmones no son capaces de tomar aire con la suficiente velocidad. El espacio, por otra parte, parece hacerse más pequeño. Las paredes a mi alrededor se encogen, la gente del cuarto desaparece. Incluso la carismática Emily entra a formar parte de un punto ciego en mi visión, un punto donde lo único que existe es él.

Creo que lo habría reconocido incluso aunque no fuera el único varón en este castillo. Es exactamente igual a como lo recuerdo, y al mismo tiempo diferente. Porque es real, y está aquí. En el castillo.

De verdad ha venido.

Pasado el primer *shock* inicial, me doy cuenta de otras cosas: es mucho más guapo en persona. Su rostro resulta magnético, porque sus rasgos son muy duros, casi despiadados, pero sus ojos verdes esconden una suavidad sorprendente. También está más alto y ancho que cuando lo vi en el sueño. Han pasado tres años y eso no debería extrañarme. Los cambiaformas son grandes, tanto en su forma humana como en la animal, dotados de una fuerza y unas habilidades superiores.

Tras mirarlo de arriba abajo repetidas veces, lo primero que se me ocurre es entrar al cuarto y caminar hacia él. Resulta casi imposible no hacerlo, de hecho; algo me insta a ir a su lado y ahora mismo no pienso en resistirme. Estoy dando un paso tentativo hacia el interior cuando ocurre algo.

La multitud de brujas suelta una carcajada colectiva por algo que ha dicho Emily. Satisfecha, mi hermana se gira hacia el cambiaforma y le sonríe de una forma encantadora. Él le devuelve la sonrisa, mi hermana se pone de puntillas y... Se besan.

Es apenas un roce de labios, pero mi corazón protesta. *Pum, pum*. Me llevo la mano al pecho, agitada. Veo cómo el cambiaforma se yergue con rapidez, dejando a mi hermana colgada y con un ligero mohín. Él la ignora, porque parece concentrado en barrer la sala con la mirada en busca de algo. Cuando sus ojos se acercan a esta puerta, me echo a un lado y me oculto en las sombras. Apenas puedo creerme lo que he visto, ni cómo me ha hecho sentir. Mi mente es un caos, estoy tan confundida que no puedo procesar lo que acaba de pasar.

—¿Anna? —Las manos de Leska se acercan despacio a mi cara, como si dudasen. Yo termino el recorrido, encontrándome con su fresca piel. Tal vez el frío me ayude a calmarme, a poner mis pensamientos en orden—. Es él, ¿verdad?

No tengo tiempo de contestar, porque una sombra alta y ancha invade la puerta y se recorta contra la pared de piedra. Contengo el aliento y soy arrastrada por Leska hacia el final del pasillo, a las estrechas escaleras que bajan a las cocinas. Allí mi amiga me apoya contra la pared y se lleva un dedo a los labios, pidiéndome silencio.

En este momento no podría hablar ni aunque me fuera la vida en ello.

Los siguientes segundos se me hacen eternos. Oigo unos pasos pesados y firmes en el pasillo. Primero se arrastran, como si él estuviera girando sobre sí mismo, y luego se dirigen hacia aquí. Justo hacia el rincón donde está la escalera. Leska pone su cuerpo delante del mío, como si quisiera protegerme, y yo le clavo las uñas en el brazo y la aparto. Si él nos descubre, quiero ser lo primero que vea. No sé por qué, no sé de dónde viene este arranque de impulsividad tan impropio de mí, pero es innegable. Quiero que me vea.

Su sombra ya casi está sobre mí cuando oigo una voz muy familiar:

—¿Ren?

Es Emily. Él se detiene y voltea, aunque no dice nada.

Mi hermana duda.

—¿Qué haces?

Hay una pausa prolongada.

—Nada —contesta él por fin. Sus pasos se alejan y, aunque debería sentirme aliviada... no es así. La decepción me arrasa. El dolor en mi pecho se intensifica, como si se hubiera roto... algo. Tengo que recordarme a mí misma cómo se respira—. Necesitaba coger aire.

Emily suelta una risita.

—Mis hermanas de aquelarre pueden resultar apabullantes, pero les has gustado. Deberías sentirte halagado; no suelen tolerar a los cambiaformas.

Él vuelve a quedarse callado durante un rato demasiado largo, hasta que dice con brusquedad:

—¿Cuándo estarás lista para irte?

—Ah... Bueno...

—Dentro de cuatro días tengo que presentarte a mi clan como mi compañera —dice él con cierta impaciencia—. Ya te he hablado de la ceremonia de elección del *kepala*, ¿no?

—¿De verdad tengo que estar presente? —Mi hermana está usando su típico tono de voz caprichoso, algo que suele hacer cuando quiere salirse con la suya.

—Sí —la respuesta de él es inflexible—. Sin ti no podré ascender a cabeza de clan.

—Yo tenía planes ahora que soy una iniciada...

En el pasillo reverbera el sonido de un gruñido. No es del todo amenazador, más bien... preocupado.

—Quiero saber de tus planes y no tendré ninguna objeción en ir contigo a donde quieras, pero ahora mismo me urge regresar con mi clan. Ya te dije que es muy importante para mí.

Ahora es el momento en que mi hermana echa fuego por los ojos mientras le grita sin pudor por dónde se puede meter sus prisas. Con el canto de la mano apretado contra el pecho, aguardo ansiosamente a que lo haga. Emily no tiene paciencia con los que la tratan de forma condescendiente, algo que siempre la ha metido en un montón de problemas.

Sin embargo, cuando habla, la voz de mi hermana ha bajado una octava y suena... dulce. Complaciente. Dos cosas que ella jamás ha sido.

—Muy bien. Estaré lista para irnos mañana por la mañana.

—¿No puede ser esta noche?

—Hay mucha gente de la que me tengo que despedir. Mi hermana... —
Va a decir algo sobre mí, pero se calla.

—¿Tienes una hermana? —Él parece sorprendido—. Querría conocerla antes de marcharnos. Tu familia ahora también es mi familia.

—Ella no se encuentra en el castillo en estos momentos —contesta Emily con rapidez—. Vamos, vuelve a la fiesta. Seguro que mis amigas están deseando que hagas otra vez ese truco con las garras.

Tarda unos cuantos segundos, y al final escucho sus pasos firmes alejarse dentro del cuarto. Por alguna razón, no me sorprende para nada que los ligeros pasitos de Emily se dirijan hacia esta escalera. Cuando nos ve a Leska y a mí agazapadas en las sombras, no parece asombrada.

Al mirarme, esboza una gran sonrisa. No obstante, no llega a sus ojos, ¿a quién pretende engañar? La conozco mejor que nadie.

—¡Anna, has vuelto! —Baja un par de escalones y me estrecha en un abrazo—. Creía que era cosa mía y de Leska lo de escondernos en rincones oscuros para escuchar a hurtadillas.

Su voz suena alegre. Está intentando bromear. Su mano permanece sobre mi cintura. ¿Por qué siento como si mi corazón estuviera siendo cubierto por escarcha muy poco a poco?

—Supongo que no hemos podido evitarlo —contesta Leska, en vista de que yo aún no he encontrado mi voz.

Emily suelta una risita.

—Ya veo. Anna, tenemos tantas cosas que contarnos en tan poco tiempo...

Tampoco tengo todavía el valor necesario para mirarla a los ojos. En cambio, echo un vistazo a Leska e intento transmitirle lo que deseo. Mi amiga lo capta al momento.

—Dejaré que os pongáis al día —dice, fingiendo despreocupación.

Emily y yo nos acomodamos en los escalones de piedra. La escalera es tan estrecha que nuestros hombros se rozan. El contacto no es incómodo,

por más que mi mente y mi corazón sean un caos ahora mismo. Ella es la persona con la que compartí el útero, con la que crecí y a la que siempre he querido más que a nadie. Su contacto jamás será incómodo para mí, porque me resulta tan natural como respirar.

—Supongo que Leska te habrá contado algo...

Trago saliva con fuerza y contesto.

—No ha tenido tiempo. Yo... acabo de llegar.

Nos quedamos calladas durante unos segundos interminables. Entonces, de repente, Emily se gira hacia mí y me toma de las manos.

—Anna, yo... Estoy tan contenta —murmura—. No imaginas cuánto. Cuando Ren apareció en el campo de entrenamiento y dijo que nos pertenecíamos...

De manera lenta e inexorable, sus palabras abren un abismo bajo mis pies. Me aferro con más fuerza a sus manos en un intento por no dejarme arrastrar hacia esa oscuridad.

—Hay algo que jamás te he contado —continúa diciendo—. Sé que puede sonarte absurdo, porque nosotras nos lo contamos todo. ¿No es así? No hay secretos entre nosotras, ¿verdad, Anna?

Su mirada azul, idéntica a la mía, me perfora. Solo atino a negar con la cabeza.

Mi hermana sonrío aún con más fuerza mientras los ojos se le llenan de lágrimas.

—El caso es que yo... soñé con él hace tres años, ¿sabes? Con Ren.

Mi mente se queda en blanco.

—Vino a verme en mis sueños la noche de nuestro primer Sabbat. ¿Recuerdas esa noche? Fue cuando Luciérnaga cantó tu profecía. —Emily baja la vista hacia nuestras manos unidas y yo hago lo mismo. Dedos idénticos, uñas idénticas—. No te lo he dicho y sé que lo has intuido, pero esa noche me sentí... fuera de lugar. Como si hubiera sido desplazada de tu vida.

Levanto la vista al instante para mirarla.

—Em...

—Pero eso se acabó, ¿sabes? —Unas pequeñas gotas húmedas y calientes caen de sus pestañas a nuestras manos. Mis propios ojos empiezan

a hormiguesear—. Cuando Ren me miró como si yo fuera la única chica que existe en este mundo para él... Me hizo sentir tan especial. Era justo lo que necesitaba. Así que ahora tú tienes el Éter y yo tengo a Ren. —Soltando una pequeña carcajada, Emily me mira y la desesperación que veo en sus ojos me abruma. Unas gruesas lágrimas caen de mis propias mejillas sin que apenas me dé cuenta—. Todo está en su lugar, ¿entiendes? Ahora ambas seremos felices.

Durante un tiempo indefinido, la determinación en la voz de mi hermana me impide hablar. Lo único que me viene a la mente es un recuerdo absurdo, un recuerdo de hace años, cuando aún éramos tan pequeñas que usábamos juegos de mesa para entretenernos. Ese día Emily y yo nos turnábamos para construir una torre de piezas de madera. La base debía ser fuerte y perfecta o la torre no alcanzaría la altura suficiente y se caería. Emily siempre ha sido impaciente, así que no pensaba mucho dónde ponía sus piezas, por lo que yo intentaba remediar las cosas en mi turno. En lugar de concentrarme en mis piezas, perdí tiempo y paciencia procurando que las suyas mal colocadas no se notaran demasiado. Y al final, por supuesto, la torre se cayó.

No había manera de sostener aquello y yo había tenido toda la culpa por dejar que ella hiciera las cosas a su antojo.

Y eso es lo único en lo que puedo pensar ahora mismo.

Me cuesta unas cuantas inspiraciones más, hasta que por fin encuentro el valor necesario para soltar las palabras. Porque no puedo hacer como cuando éramos pequeñas e ignorar sus piezas mal colocadas... ¿No?

—Yo también soñé con él —digo, cerrando los ojos. Decirlo me libera al mismo tiempo que me aterra. No sé cuál será su reacción—. Esa misma noche, soñé con él.

Casi espero que Emily me suelte las manos y me grite, pero eso no es lo que sucede. En cambio, escucho su risa cantarina.

—Por supuesto, no me extraña nada. —Cuando abro los ojos para mirarla, asombrada, ella me está observando con diversión—. Desde pequeñas hemos compartido sueños, ¿recuerdas? No es tan extraño.

—Eso...

—Estoy tan contenta —repite ella, y me echa los brazos al cuello. Vuelvo a cerrar los ojos para oler el característico perfume de su pelo—. Todo está en su lugar —susurra en mi oído. Vuelve a repetirse, y hay algo en esas palabras... Algo en su voz... Como si me estuviera desafiando en silencio—. ¿Verdad?

Ella dice que está contenta y eso era todo lo que yo anhelaba hace una hora. Pienso en cuáles han sido siempre mis deseos, en cuán ardientemente he querido verla feliz, vivir juntas, y continuar como hemos hecho hasta ahora: siendo inseparables.

Lo pienso todo una y otra vez, imágenes y palabras yendo y viniendo a mi mente y tronando a través de mi corriente sanguínea. Hay un impulso casi irrefrenable de salir de este abrazo y decir algo. Algo que nunca antes había dicho. Algo que lleva escondido dentro de mí algún tiempo y que me he esforzado muchísimo por ignorar.

Recuerda, tú decides.

Aspiro una última vez el aroma de mi hermana y el impulso pasa de largo.

—Sí —contesto, sintiendo cómo un nudo muy grueso se instala en mi garganta—. Todo está en su lugar.

Esa misma noche escucho que Emily entra de madrugada a nuestra habitación. Ha estado despidiéndose de todas en el castillo mientras yo permanecía escondida. Tengo a Bastet entre mis brazos. Ella trastea de un lado a otro, preparando las cosas para un largo viaje hasta Borneo (donde por lo visto vive el clan de él... de Ren). Después de un rato, se pone el pijama y apaga la última luz.

Cuando la oscuridad es absoluta, siento que me ahogo. Quisiera pedirle que la encienda de nuevo, pero yo no soy una niña pequeña y no temo a la oscuridad. Temo lo que la oscuridad pueda hacerme pensar, nada más.

Un minuto más tarde el colchón se hunde y el delgado cuerpo de mi hermana se pega a mi espalda. Sus brazos me rodean la cintura. Contento, Bastet lame la mano de Emily. Solo cuando me empiezan a hormiguear los ojos sé que mi hermana está llorando en silencio a mi espalda, y soy incapaz de darme la vuelta para preguntar qué le ocurre o consolarla. ¿Por

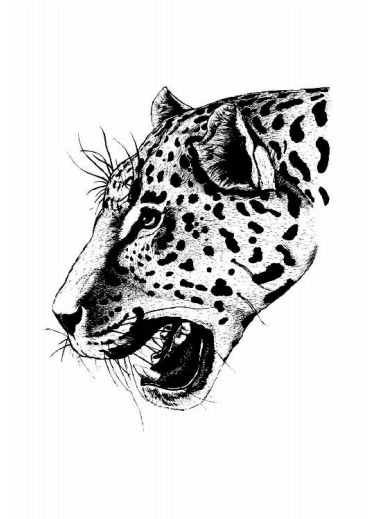
qué? ¿Por qué tengo que ser yo la que se gire y dé el primer paso, como siempre?

Por primera vez en mi vida, me comporto de manera egoísta, sintiendo que lo merezco después de todo este día, y me quedo muy quieta hasta que el sueño se apodera de las dos.

Cuando despierto a la mañana siguiente, Emily se ha ido.

EL
DÍA
DE
HOY

REN



En el almuerzo todos parecen querer un pedacito de Anna. Tras cinco horas sin verla, es como si esperara que estuviera cambiada. Tal vez un poco desquiciada, igual que su hermana tras unas cuantas horas en el poblado.

Sin embargo, una vez más, me sorprende. En el poblado comemos al aire libre, en largas mesas de madera rodeadas de bancos, con centros florales y cuantiosos platos de comida. Cada cual se sirve lo que le apetece y se sienta donde quiere, aunque lo habitual es que si estás en una mesa quieras hablar con el de la mesa más alejada. Una ley no escrita del clan que asegura mucho ruido.

Encuentro a Anna sentada a la cabecera de una de las mesas, con Sari sobre sus rodillas y Eko intentando hacerse hueco en un pedacito de su banco. Mawar está a un lado y Bambang al otro. Anna está inclinada hacia este último, escuchando con atención lo que sea que el mocoso le esté

diciendo. Bambang acerca sus labios al oído de Anna en un gesto de complicidad que me hace poner los ojos en blanco. Además, ¿cómo se ha dado tanta prisa para llegar y sentarse al lado de Anna? Hemos salido al mismo tiempo del huerto.

Divertido, me acerco a la mesa. Mi sombra se alarga hasta cubrir a Bambang, cuyas fosas nasales aletean un par de veces antes de mirarme.

—Ah, Ren. Creí que estarías duchándote.

—¿Y me estabas guardando el sitio? —Lo cojo por la pechera y lo levanto—. Qué amable.

Bambang le lanza una sonrisa a Anna.

—Amable es mi segundo nombre. Seguiré contándote primicias más tarde. —Y tras dedicarle un guiño coqueto, va en busca de un sitio libre. No le va a ser complicado teniendo en cuenta que él suele comer con los chicos y chicas de su edad en otra mesa.

Anna alterna la mirada entre Sari, la cual está concentrada en desenvolver una pajita para su jugo, y yo. La niña lleva puesto el pañuelo azul que Anna tenía esta mañana.

—¿Has tenido una mañana productiva? —le pregunto, sentándome a su lado.

Abre la boca para contestarme, pero Mawar se adelanta.

—No sabes cuánto. Los niños están encantados con ella. La llaman *Mata Biru*.

Arqueo las cejas, sorprendido. Nuestro grupo de fierecillas suele agobiar tanto a los forasteros que estos no desean pasar mucho rato con ellos. V y Uyl, por ejemplo, evitan a los cachorros cada vez que vienen. Ewan es más paciente, y solo por educación. Un cambiaforma de menos de quince años siempre es demasiado intenso para alguien ajeno al clan.

—Conque *Mata Biru*... —Miro a Anna y sonrío.

—Sí, eso me llaman. —Bajando la voz, se inclina hacia mí—. ¿Sabes lo que significa?

—Claro.

—Dímelo.

No puedo evitarlo. Con ella inclinada hacia mí y su aroma entrándome por las fosas nasales, tengo que provocarla. Un poco.

—¿Qué me darás a cambio? —Y me aseguro de bajar la vista hasta su boca. Quiero que quede claro que solo estoy bromeando, pero entonces ella se humedece los labios y todo mi cuerpo se tensa en respuesta. Los músculos se aprietan, mis terminaciones nerviosas se electrifican y mi campo de visión se reduce a una sola cosa: su boca.

Ya la he probado. Breve, muy brevemente, y sé que su sabor es dulce. Lo será incluso más si utilizo la lengua, claro... En el beso que aún nos falta. Es algo que pende entre nosotros, innegable. Lo veo en la forma en que sus pupilas se dilatan y su respiración se acelera. Ella también lo recuerda.

Por supuesto, solo han pasado unas horas de eso. ¿Cómo iba a...?

De pronto, me dan una patada en la espinilla. Gruñendo, me giro hacia Mawar.

—Sí, Mawar, ¿querías algo?

—Solo que me pases el pan.

Lo hago con otro gruñido. Anna ha aprovechado el lapsus para recolocarse bien en el sitio y afianzar a Sari, que se le resbala todo el rato. Y yo me recuerdo a mí mismo que no tengo ningún control real cuando estoy cerca de Anna y que será mejor que ni siquiera intente bromear con ella.

—¡Oh! —Anna da un pequeño brinco y deja caer su tenedor. Echa un vistazo por debajo de la mesa y luego sonríe—. Ya te dije que no vas a conseguir quitármela.

Curioso, yo también miro. Kuwat, en forma de cachorro, está mordisqueando una tobillera de plata que asoma sobre la bota de Anna. Por sus palabras está claro que no es la primera vez que juega con ella de esa forma, lo cual me hace preguntarme qué grado de confianza ha alcanzado Anna con los niños en solo una mañana. Pero Kuwat es muy bruto; puede llegar a hacerle daño si tira con demasiada fuerza o acerca los dientes a su delicada piel.

Lanzo un pequeño gruñido al cachorro. Kuwat repliega las orejas hacia atrás y me mira con los ojillos bien abiertos; los pequeños deben mostrar respeto a los mayores siempre. Con otro gruñido hago que salga a escape de

debajo de la mesa. Eko se ríe y va tras su hermano, transformándose a medio camino y dejando un montón de ropa en el suelo.

—No, no hace falta. —La mano de Anna sale disparada hacia la mía, aunque se detiene antes de tocarme—. Yo lo reté a que intentara quitarme la tobillera. No lo regañes, por favor.

—Cariño, si por ti fuera jamás los reprenderíamos —interviene Mawar—. Créeme, si los dejas entusiasmarse mucho contigo no te permitirán ni un segundo en paz. —Y lanza una mirada significativa a Sari.

—No me molestan —insiste Anna, rodeando a la pequeña con los brazos y quitándole la pajita de las manos. Rasga el envoltorio, mete la pajita en el jugo y luego se lo alcanza a Sari. Sus movimientos son seguros y a la vez cuidadosos, como si estuviera acostumbrada a tratar con niños, lo cual me extraña viniendo de una bruja—. Tiene usted unos nietos adorables, Mawar.

La aludida se ruboriza, complacida.

—Eso creo yo también.

A lo largo del almuerzo, noto que Anna se muestra interesada en las conversaciones alrededor de la mesa. Todos procuran cambiar de idioma siempre que se dirigen a nuestra esquina, y el resto del tiempo hablan en indonesio. Anna observa los labios con atención, como si intentara desgranar cada palabra que dicen. Al mismo tiempo, corta en pedacitos la carne de Sari para que la niña pueda comer sin problemas. Aún no ha tocado su plato.

—Si te traduzco lo que dicen, ¿me prometes que comerás? —murmuro cerca de su oído.

Se gira hacia mí, sobresaltada.

—Oh, lo siento...

—¿Por qué te disculpas? ¿Por sentir curiosidad? No lo hagas. Te debo unas lecciones en mi idioma, tal y como te prometí.

—Es que me resulta un dialecto increíble —admite, observando cómo Adi le explica al resto de los hombres una anécdota sobre esta mañana—. Las palabras fluyen de una forma tan... deliciosa. Como si las saborearais.

A mí me resulta deliciosa la manera que tiene de hablar sobre mi poblado y mi idioma. No quiero equivocarme, pero parece fascinada. Por la

gente, los niños, los árboles, el lenguaje. Tal y como Adi aventuró. Y eso me hace sentir orgulloso.

—Entonces está hecho. Te enseñaré a hablar como nosotros.

Sus ojos se disparan hacia los míos.

—¿Qué significa *Mata Biru*?

No puedo evitar sonreír, divertido. Sari planta una mano en su barbilla, obligándola a bajar la vista.

—Es un secreto —proclama. Luego me frunce el ceño, intentando adoptar una pose amenazadora. Con sus trencitas adornadas por el pañuelo azul, solo resulta encantadora—. No puedes decírselo, *Nakal*. Yo se lo diré cuando esté preparada. Aún no.

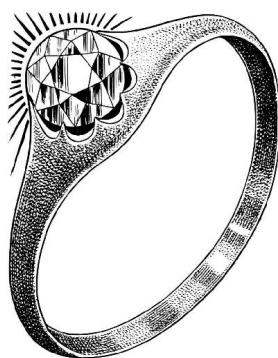
Miro a Anna con las cejas arqueadas.

—Cuánto lo lamento, la señorita no me permite decírtelo.

Exhala un pequeño suspiro y le dedica una sonrisa a Sari.

—Qué le vamos a hacer. Tendré que esperar.

ANNA



Una semana después de mi llegada al poblado, se ha establecido una extraña rutina. Yo duermo en la habitación de Ren mientras que él desaparece cada noche tras desearme que descanse. No lo vuelvo a ver hasta el mediodía, cuando almorzamos junto al resto del clan. En las comidas se comporta de forma impecable... A veces coloca su mano en la parte baja de mi espalda para dirigirme a una mesa en concreto; creo que hasta ahora me he sentado en más de la mitad y he conversado con tres cuartas partes del clan.

El modo en que Ren me trata no hace sino aumentar la curiosidad de todos. Siempre que se sienta a mi lado decenas de ojos caen sobre nosotros, como si esperaran que ocurriera algo espectacular. Aunque no lo hace, claro. Ren solo procura acercarme todas las fuentes de comida y servirme zumo antes de ponerse a hablar con Adi o cualquiera de las personas del poblado. Impecable, como ya he dicho.

Sin embargo, a veces, tiene *esa* mirada en sus ojos. Esa intensidad eléctrica que apareció cuando nos besamos en el baño. Sus pupilas se estrechan como las del leopardo y parece que mis entrañas suspiran por hacer algo. Como si tuviera que contestarle de alguna forma. Como si su mirada fuera un reclamo y yo estuviera obligada a corresponderle. Cuando eso ocurre, yo intento reforzar los muros de mi determinación. Da igual la claridad con que recuerde su pequeño beso y el mordisco en el baño, la forma apasionada que tuvo de abrazarme y cómo me susurró al oído. Eso no puede volver a pasar.

Está mal.

El miércoles, Leska me manda un mensaje bastante críptico.

¿Lo has visto?

¿Que si he visto qué?

Eso es un no... Entra aquí e intenta no caerte de culo del susto:
www.todosobrelosposeídos.com

Asombrada por el nombre de la web, enciendo el ordenador y escribo la dirección en el buscador. Lo que me encuentro es tan, pero tan surrealista e increíble, que ni siquiera me detengo a analizarlo. Corro en busca de Ren, que está en el huerto.

En cuanto me ve llegar a toda prisa (y mi expresión debe hacer juego con mi carrera desesperada), suelta los utensilios que tiene en las manos y corre a mi encuentro.

—¿Qué ha pasado? —Me agarra de los hombros con fuerza.

—Tienes que ver algo. ¿Puedes salir de aquí un momento?

Ren se gira para mirar a Adi. El hombre, que se ha acercado con expresión preocupada, asiente.

—Claro, hijo, ve.

De vuelta en la casa, tomo asiento en la mesa de la cocina y pongo el portátil frente a nosotros. No digo nada, solo dejo que Ren vea lo mismo que yo y aguardo su reacción.

Tarda unos cinco segundos, y es más o menos lo que me esperaba:

—¡Qué cojones...!

—A-alguien está publicando un montón de cosas sobre nosotros. Mira, esto es como un blog. —Señalo la pantalla—. En la última entrada, que es de ayer, dice que seguimos desaparecidos y que la Admonición se está llevando las manos a la cabeza porque no sabe dónde encontrarnos. Y más abajo... —Con un breve vistazo, compruebo que la cara de Ren se está poniendo roja, y no de vergüenza precisamente—. Bueno, más abajo dice que una fuente muy fidedigna afirma que nos estamos rebelando contra los dictados de la Admonición porque el único propósito de la sede es... matarnos para arrancarnos a los Pecados.

Con solo mirar un poco más uno se da cuenta de que hay múltiples secciones en las que se puede hacer clic: «Los Poseídos», «Vídeos», «Fotos», «Momentos inolvidables», «Twitter»... Casi me da miedo acceder a cualquiera de esos enlaces.

—Algunas cosas son verdad —murmuro—. ¿Quién maneja esta información y por qué ha creado este... esto, sea lo que sea?

De pronto, Ren da un puñetazo demoledor sobre la mesa. Dos vasos caen al suelo y se rompen. El ordenador está a punto de seguir el mismo camino, aunque lo sujeto a tiempo.

—Ren, ¿qué...?

—¡Maldita sea! —grita.

Ni siquiera parece que se dirija a mí, o a nadie. Las venas empiezan a resaltarse en sus brazos y en el cuello, como cuando estábamos en Bucarest. Sorprendida, doy un paso atrás. En todos estos días en el poblado no lo había visto ni remotamente cerca de perder los nervios. Estar en su hogar y rodeado de los suyos le ha aportado una tranquilidad asombrosa. Casi había olvidado el Pecado que corre por sus venas, nublándole el juicio y ennegreciendo su humor.

Inflando las aletas de la nariz, me rodea y se dirige al porche.

—Ren, esp...

—¡No me sigas! —Da otro puñetazo en el dintel de la puerta que hace que un trozo de madera salga volando por los aires, seguido de una nube de astillas—. Mierda.

Y soltando una serie de improperios más, salta sobre la barandilla y se lanza al vacío. No me preocupa su caída. Es un gato. Lo que sí que me inquieta es no saber dónde irá o qué hará ahora que sus emociones lo gobiernan. La otra vez estaban Ewan, Vázquez y Uyl para contenerlo, pero ahora...

Cuando me asomo al balcón, ya no veo a Ren. Ha desaparecido entre los árboles. Un grupo de hombres, capitaneados por Adi, le siguen la pista. Mi mirada se encuentra con la de Mawar, que está observando la escena con expresión preocupada desde su casa, a un par de árboles de distancia. Quiero seguir a los hombres y no perder de vista a Ren hasta que recupere la cordura, aunque no sé si es lo mejor. Mawar me dedica una sonrisa forzada y asiente, dándome a entender que no debo preocuparme. Al parecer tienen montado todo un protocolo en caso de que Ren pierda el control, y eso me alivia. Y resulta obvio, ya que estuvo los seis meses tras el accidente descansando aquí.

No me voy a tranquilizar del todo hasta que alguien venga a decirme que no ha pasado nada o Ren regrese, así que vuelvo al interior y cojo de nuevo el ordenador. ¿Debo seguir mirando en la página web? La curiosidad hace que me piquen los dedos, ansiosos.

El móvil me vibra. Es Leska de nuevo.

Luciérnaga lo confirma: ¡somos la última moda de las razas!

¿Última moda? ¿Qué?

Y no te lo vas a creer: Porta ha subido una foto a Instagram que se ha hecho viral. Te paso el link: <http://fotoninf.LaQueNacióFotogénica.com/noosdejéispisotear>.

Abro el enlace desde mi teléfono. Se me carga una foto en la que sale la ninfa a todo color, de cintura para arriba y sonriendo como si estuviera viviendo el momento más feliz de su vida. Su pelo rojo brilla con intensidad, al igual que los estrambóticos ojos verdes que le son tan característicos; con ellos lo ve todo, incluso lo que no está al alcance de su

vista. De fondo hay una playa de arena blanca y aguas turquesas. El mensaje bajo la foto pone:

*No os dejéis pisotear, compañeros poseídos.
Todos somos dueños de nuestro propio destino.
(Os lo dice la chica que conoce el destino de todo el mundo).
XOXO,
Porta.*

La foto tiene más de sesenta mil comentarios y cerca de dos millones de «me gusta». Anonadada, vuelvo a la conversación con Leska.

¿Por qué hizo eso? ¿Qué significa? Creía que estaba desaparecida porque estaba pasándolo mal debido a su Pecado...

Nena, NI IDEA, pero por lo visto es la segunda con más fans de todos nosotros. ¡Tú eres la primera!

¿¡Fans!? ¿Me estás tomando el pelo?

Para nada. Hay toda una legión de personas que creen a pies juntillas que eres la caña por estar poseída por el Pecado de la Soberbia. Mi propio Pecado me está dando terribles dolores de cabeza porque yo soy el número cuatro del *ranking*. Se muere de la envidia.

Aturdida y con la cabeza dándome mil vueltas, dejo caer el móvil sobre la mesa, junto al ordenador. ¿Una página web? ¿Un club de fans? Es una locura.

Y la pregunta más importante es, ¿quién ha creado toda esta farsa? Vuelvo al ordenador y busco al administrador o administradores de la página web. Sale un único nombre: MísterPoseído01. Hago clic. En su perfil no aparece más información que el enlace a un Twitter y una pequeña foto: está borrosa y es imposible agrandarla sin perder definición. Solo se ve a un joven rubio, de cara delgada y con una gran sonrisa. Tecleo el nombre en Google y no consigo nada más que enlaces al mismo blog y al

Twitter. Oh, y por lo visto también existe una página de Facebook con multitud de álbumes de fotos sobre nosotros.

Incrédula, me recuesto contra el respaldo del taburete. Ese chico ha tenido que dejar de lado su propia vida para hablar de siete vidas ajenas, porque todo esto requiere mucho tiempo y dedicación. Y una mente de lo más fantasiosa.

Pero ¿por qué?

Me vibra el móvil. Nuevo mensaje de Leska.

Sea quien sea y por el motivo que sea... Está consiguiendo sacar de quicio a la Admonición.

¿Eso es bueno, o malo? ¿Y cómo de locos e idiotas tienen que ser los seres de las razas para creerse que ser poseídos por los Siete Pecados Capitaless es un chollo y que somos tan interesantes como personajes de Hollywood?

Espera, ¿cómo te enteraste de la página web?

Me llamó Luciérnaga para contármelo, a quien a su vez llamó la señorita A'Quila. ¡Los consejeros están que echan humo! No querían que toda esa información se filtrase.

Esbozo una sonrisa estupefacta. Melissa juró que iba a hacerme llegar toda la información, y así lo ha hecho. «Es una columna de humo, Anna, una forma de tapar lo que en realidad les preocupa y hay que resolver. Estas últimas dos semanas les da igual incluso lo que está ocurriendo; piensan tomar la resolución más drástica». Esto era lo que estaba pasando, las cosas que Melissa no podía contarme porque, claro, sus votos con la Admonición la obligan a callar.

Porque, sea lo que sea lo que signifique esta página web, a ellos no les conviene que nosotros lo sepamos.

Esa misma noche, Adi viene a comunicarme que han conseguido calmar a Ren antes de que perdiera los nervios del todo y que él ha preferido no pasar por casa hasta más tarde «por si acaso». Decepcionada, me voy a dormir sin verlo.

Al día siguiente, estoy sentada en los escalones del edificio de los niños cuando Sari sale corriendo por la puerta y se tira a mis brazos.

—¡La he perdido, *Mata Biru*! —Solloza contra mi pecho. Me está mojando la camiseta con sus gruesas lágrimas—. ¡Pero no ha sido mi culpa! ¡Kuwat me distrajo!

El susodicho llega detrás de su hermana, derrapando sobre la madera antes de detenerse. Su rostro es una mezcla de culpabilidad y orgullo.

—No es verdad, *Mata Biru*. Ella es tonta si no puede recordar dónde deja sus cosas.

—*Tenang*, Sari, *tenang*. —Solo llevo una semana aquí y ya utilizo pequeñas palabras de forma automática. Debería hacerme sentir estúpida, aunque nadie me mira raro cuando lo hago. Al contrario, me sonríen como si me animaran—. Explícame bien qué ha pasado.

Sorbiendo la nariz, Sari se aparta un poco para mirarme. Sus preciosos ojos oscuros están desbordados por las lágrimas, lo que hace que mi pecho se contraiga. Podría decir que no me gusta ver a ningún niño llorar, pero Sari es la primera niña con la que me relaciono de esta manera. Ella es especial desde el momento en que la conocí.

—Mi muñeca favorita —susurra la niña—. La he perdido.

Cuando veo que la barbilla empieza a temblarle de nuevo, sonrío con ternura. Le seco las lágrimas con los pulgares y la beso en la frente.

—No pasa nada, Sari, estoy segura de que solo está escondida en alguna parte. ¿La buscamos juntas?

Más tranquila, asiente. Luego miro a Kuwat.

—¿Quieres ayudarnos?

—No fue mi culpa —declara, cruzándose de brazos. Entrecierra los ojos a su hermana pequeña, que le enseña la lengua, y luego se encoge de hombros—. Os ayudaré porque seguro que no sabéis buscar bien...

—Muy amable por tu parte —comento. Me pongo en pie y los conduzco al interior del edificio—. Bien, vamos a encontrar esa muñeca.

Rebuscamos un buen rato hasta que Kuwat decide transformarse para usar el agudo olfato del leopardo. Por fin, la muñeca aparece detrás de un par de cojines, en el rincón donde se guardan los juegos de mesa. No puedo evitar reírme al ver los saltos de alegría de Sari y cómo intenta besar a su

hermano para agradecerse; Kuwat, por supuesto, se escaquea con agilidad.

En ese momento Mawar entra al edificio. Trae un fajo grande de papeles entre los brazos, y por algún motivo eso hace que los niños empiecen a gritar y a aplaudir, entusiasmados.

—¡Mandalas! —exclaman.

Me acerco a Mawar con las cejas arqueadas. Todos los días ella y otras mujeres preparan actividades que tengan a los más pequeños entretenidos.

—¿Qué ocurre?

—Hoy vamos a hacer mandalas. Los hacemos todos los años por estas fechas, antes de que la mayoría de los niños vuelvan a las ciudades —me explica, girándose para que vea el primer papel del fajo.

Es grande, tamaño DIN-A3. Sobre el fondo blanco hay dibujadas una infinidad de rayas negras, símbolos, rombos, espirales, líneas rectas y diagonales. Cada pequeña figura geométrica está conectada a la siguiente, y todas encajan de una manera perfecta y extraña hasta formar un gran círculo. La simplicidad y al mismo tiempo complejidad del dibujo me llena de un inusual sentimiento. Podría ser solo una plantilla en blanco y negro, pero no lo es. Algo en el recorrido de sus líneas y la manera en que se unen me tiene aguantando el aliento, conmovida.

—¿Qué es?

La sonrisa de Mawar contiene un secreto.

—Esto es lo que tú quieres que sea. Toma el primero, ya que te ha gustado tanto. Repartiré el resto y nos pondremos a ello.

Cojo el papel, con cuidado de no arrugarlo. Mientras lo observo, Mawar organiza a los niños para que se sienten en las mesas. Lo que normalmente llevaría más de veinte minutos hoy se hace en dos. Los niños parecen impacientes porque Mawar les entregue sus propios papeles.

Me siento con Mawar en la mesa más alta, la de los adultos, y extendiendo el papel frente a mí. La mujer me alcanza un lapicero lleno de rotuladores y ceras, y me guiña un ojo.

—Tú solo pinta.

Seducida por la paleta de colores que han puesto delante de mí, extendiendo la mano y cojo una cera azul. Al principio solo contemplo la plantilla de

figuras, fijándome en los espacios en blanco. Hay tanto por pintar... Entonces, deslizo la mano y estoy coloreando una casilla en forma de triángulo. Luego, sin cambiar de cera, pinto un rombo que hay más abajo. Después un cuadrado. Otro triángulo. Cambio de color y cojo una cera marrón. Empiezo de nuevo. No sé si estoy siguiendo algún tipo de patrón, o si solo estoy escuchando a mis instintos. Sea como sea, no puedo parar. Me evado de todo lo demás, de Mawar y de los niños, del poblado y de la selva que lleva llamándome todos estos días con su canto de sirena. Y concentro un montón de sentimientos en este papel, sentimientos que ni siquiera sabía que tenía.

Un tiempo indeterminado después (minutos, horas, días), suelto la última cera. Tengo los dedos manchados de multitud de colores, la mayoría oscuros. Ahora la plantilla está decorada por completo. Me echo un poco hacia atrás, impactada. No sabía qué esperaba encontrarme al final de este frenesí artístico, pero esto... Esto seguro que no.

Hay un par de ojos azules devolviéndome la mirada desde la mesa. De alguna forma imposible y alocada, he conseguido utilizar todas esas figuras inconexas para esbozar un rostro. Los ojos azules, la nariz redondeada, los labios cínicos... La chica me está dedicando una mirada burlona, y la intensidad de los colores es tan fuerte (de hecho, aún puedo sentir el entumecimiento en mis dedos por la fuerza con que apreté las ceras contra el papel) que casi espero que esos labios se abran y digan algo. Algo muy típico de ella. No tiene por qué ser bonito, ni siquiera agradable. Me conformaría con un simple: «Siempre con la boca abierta, Anna».

Una mano cae sobre mi hombro con suavidad. Mawar observa lo que he hecho y sonríe.

—Es precioso.

Precioso. Porque eso es lo que es. Un dibujo.

Cierro los ojos y siento las lágrimas agolparse tras mis párpados. No sé qué está pasando; ni siquiera sabía que yo fuera capaz de dibujar de esta forma. Desde el momento en que vi el papel ha sido como si hubiera caído presa de un mal de ojo, o una maldición, o un... Conjuro.

—Esto tiene que ser obra de la magia —susurro, acongojada. Apoyo las manos en el borde de la mesa, dispuesta a empujarme a mí misma lejos del

dibujo y de la mirada de esa chica.

La mano de Mawar me lo impide.

—La magia más poderosa de todas —asevera. Sus dedos se deslizan con suavidad hacia mi esternón, ese punto donde hay un vacío que siempre duele—. Los mandalas por sí solos no son capaces de actuar, pero tienen la maravillosa costumbre de conectar con nuestros más profundos sentimientos. Te permiten liberarte, Anna, plasmar lo que a veces uno no puede expresar con palabras. No es el tipo de magia al que estás acostumbrada, supongo.

No, desde luego que no. Esta magia es desconocida y, por lo tanto, me llena de miedo. Cuando Mawar se aparta, me tambaleo un poco. Quiero alejarme de aquí, pero me encuentro paralizada en el sitio.

—Acompáñanos. —La mujer rodea la mesa y me hace un gesto con la cabeza. Los demás niños también han terminado y están saliendo del edificio entre risas y saltos. Llevan los dibujos consigo—. La última parte siempre es la mejor.

En cuanto pongo un pie fuera, lo huelo. Leña quemada. El olor es acre, familiar y se aloja en la base de mi nariz. Han creado una hoguera de tamaño medio. Los niños se acercan sin orden al fuego y empiezan a lanzar sus dibujos a las llamas. Algunos se quedan cerca unos segundos antes de alejarse; otros solo hacen una bola con el dibujo y lo tiran desde lejos.

Hay varias personas observando el proceso. Reconozco a Adi, Bambang con algunos de sus amigos, Cinta y más mujeres, jóvenes y mayores. Los *tua*, con los que aún no he hablado, contemplan desde el porche del edificio de las reuniones. Nadie está haciendo una gran cosa de esto; parecen acostumbrados a esta pequeña ceremonia, que no es más que un juego para los niños. Sin embargo, cuanto más me acerco a la hoguera, más aprieto el dibujo contra mi estómago. ¿Estoy obligada a tirarlo ahí? ¿Por qué? ¿Cuál es el propósito?

—Mandala significa «círculo sagrado» —me dice Mawar en voz baja. Yo solo tengo ojos para las lenguas de fuego que suben y bajan en el aire—. Es el símbolo sagrado de la sanación, la unión, representa la eternidad perfecta. Yo creo que nos ayuda a abrir una puerta hacia nuestro yo más

íntimo. Si se lo permites, curará tus heridas espirituales. Tú más que nadie debes saber el poder que hay tras una hoguera.

Ella está presuponiendo que yo tengo tales heridas espirituales. Y aunque existen, y son más grandes que este papel y esa hoguera, no es algo que esté dispuesta a admitir en voz alta, mucho menos a demostrarlo delante de decenas de personas. Sé que solo tengo que dar un par de pasos y echar el papel al fuego y se acabó, Mawar y los demás creerán que todo está bien...

No tienes por qué darles el gusto, me dice Soberbia, con una voz sorprendentemente razonable. No tienes por qué participar en todas sus raras costumbres.

Exacto, porque ¿y si no quiero tirar el papel al fuego? Y no tiene nada que ver con lo que sentí al mirar a la chica del dibujo. A lo mejor es que no me apetece participar de esto. Y ya está.

Eso es, tú eres dueña de tus acciones y decisiones. No lo tires.

A mi lado, Mawar arruga un poco el ceño.

—¿Anna?

Me giro con rapidez hacia ella, tanto que la sobresalto.

—Es una tradición muy hermosa, estoy segura de que a los niños les encanta hacer esto cada año. —Mientras hablo, doblo el papel varias veces y me lo guardo en el bolsillo del pantalón. Una expresión de alarma pasa por su rostro. Finjo que no me doy cuenta. No creo que vaya a hacer un drama solo porque yo me niegue a esto, aunque no voy a quedarme a averiguarlo—. Si me disculpas un momento...

Giro sobre mis talones y empiezo a caminar en dirección contraria a la hoguera. Aunque oigo a Mawar llamándome, la ignoro. Estoy poniendo todo mi empeño en no echar a correr y quedar como una cobarde; que es lo que, en el fondo, soy.

Me alejo hasta que no veo ni oigo a nadie. Cuando me detengo, me doy cuenta de que estoy casi en los límites del poblado. A partir de aquí, empieza la selva. Ese lugar al que no me he acercado en todos estos días por dos buenas razones: por el trato que hice con Ren y porque alberga más fantasmas de los que estoy dispuesta a afrontar.

Una vibración en mis pantalones me hace dar un brinco. Mi móvil empieza a sonar. Tratando de calmar mis nervios, atiendo sin mirar la pantalla.

—¿Sí?

La voz que me contesta es la última que esperaba oír.

—Antes de que me olvide: la solución siempre es más sencilla de lo que todo el mundo piensa. No tienes por qué volverte loca intentando descubrir algo nuevo. —Escuchar la voz chillona y extraviada de Porta me deja de piedra—. Además, ahora lo *vintage* está de moda. Así que recicla. Piensa en lo que ya se ha hecho con anterioridad y se acabaron todos tus problemas. —Como siempre, no dice más que incongruencias.

—¡Porta! Hemos estado intentando localizarte, los arcángeles te han buscado por todas partes. ¿Dónde estás? ¿A qué vino aquella foto en Instagram? Nosotros...

La ninfa se echa a reír de forma escandalosa.

—Todo parte de mi plan maestro, por supuesto. Ya me daréis las gracias más adelante. Escucha, te llamaba por algo importante. Ya sabes, con I de *Imposible no besar el suelo que pisa Porta*.

—No, Porta. —Intento detenerla antes de que me diga algo que no quiero oír y que ella de veras cree que necesito escuchar. No conozco a muchas personas que agradecieran que Porta le revelara algo del futuro—. Gracias, pero no. Solo quiero saber dónde estás, si estás bien y por qué no te has puesto en contacto con nosotros en todo este tiempo.

—Irrelevante en este momento. Escúchame con atención, guapa: cuando el viento cambie, no salgas de casa. ¿Me has oído? No salgas de casa.

Y luego cuelga. Me quedo paralizada los siguientes segundos, con el móvil pegado a la oreja y la sensación de que acaban de gastarme una broma pesada. Soltando un improperio en voz baja, busco en el registro de llamadas el último número y lo marco. Me responde una vocecilla de mujer: «Lo sentimos, el número al que ha llamado no corresponde con ninguna línea registrada».

—¿Qué? ¿Cómo lo has eliminado tan rápido? —farfullo, incrédula—. No puede ser.

De soslayo veo a alguien acercándose a toda prisa. Es Ren. No lo veía desde que descubrimos lo de la página web y él perdió el control sobre el Pecado. Por inercia lo examino en busca de heridas o señales de lo que ocurrió. Sin embargo, parece estar bien. Como si él sintiera la misma inquietud por mí, también me mira de arriba abajo varias veces.

—¿Estás bien? Mawar me ha dicho que... —Él empieza a preguntarme algo, y automáticamente lo interrumpo para desviar la conversación.

—Porta me ha llamado.

Eso hace que se quede con la boca abierta.

—¿Qué te...? —Sus ojos bajan a mi mano, donde sostengo el móvil—. ¿Qué te ha dicho? ¿Conservas el número?

Abro la boca para contarle las breves y crípticas palabras de la ninfa: «Cuando el viento cambie, no salgas de casa». Sin embargo, como todo lo que dice la ninfa, no tiene sentido. Porque mi casa está en Bucarest, muy lejos de aquí, y no sé qué importancia tiene la dirección del viento. O al menos eso es lo que me digo a mí misma mientras en el fondo yace la duda. Porque da igual lo confuso que sea el mensaje de Porta, siempre acaba dando en el clavo.

—Aparte de decirme no sé qué sobre lo *vintage*, me dijo que lo de Instagram solo era parte de su plan maestro. Y luego colgó. He intentado volver a llamar, pero el número ya no existe. —Ren compone una expresión de extrañeza, lo que me hace darme cuenta de que él no sabe a qué me refiero—. ¡Ah, lo de Instagram! Ayer, después de que te fueras, Leska me pasó un enlace. Porta publicó una foto suya en una playa paradisiaca diciendo algo así como «no os dejéis pisotear», y se hizo viral entre las razas.

Las cejas de Ren caen. Es evidente que no lo entiende.

—¿Y no te dijo nada más? —Cuando me encojo de hombros, resopla—. Maldita sea, está loca.

Sí, «loca» es la segunda acepción más popular para referirse a Porta, después de su nombre completo: La Que Todo Lo Ve Y Siempre Porta Malas Noticias. Cuya abreviación es Porta.

Tras unos segundos más de silencio, Ren coloca su mano en mi espalda y me empuja con suavidad hacia el poblado.

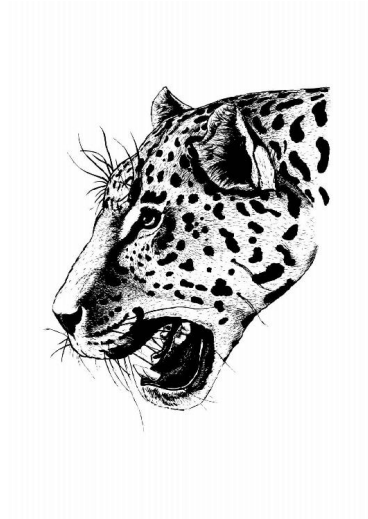
—Volvamos —murmura, echando un vistazo a la oscuridad de la selva.

Es entonces, cuando él me acuna con un brazo y contempla la selva con cautela, que vuelvo a sentirme exactamente como el primer día. Vuelvo a sentir que Ren, sin saberlo, mantiene un peligro de enormes proporciones dentro de sus fronteras.

El malestar y la culpabilidad me embargan mientras acaricio mi talismán. Hasta ahora no he pasado por ningún momento de debilidad, aunque tal vez solo sea cuestión de tiempo. Algún día, algo, incluso la cosa más absurda, puede hacer que me ponga demasiado nerviosa y mi magia explote. Todo lo que esté cerca de mí en ese momento resultará herido...

Y si eso ocurre, tal vez nunca me perdone a mí misma por haber sido tan egoísta y ocultarle la verdad a Ren y a su clan.

REN



Casi dos semanas después de la llegada de Anna, nadie alberga ya duda alguna sobre su naturaleza bondadosa. Muchos se cuestionan incluso su pertenencia a la raza de las brujas; afirman que jamás han conocido a una a la que le gusten los niños o que pueda estar tanto tiempo sin hacer magia. Está claro que Anna se contiene por cortesía o porque piensa que sería de mala educación lanzar un conjuro aquí. Los que recuerdan a Emily comentan en voz baja la extraordinaria diferencia entre ambas; son, o eran, como el agua y el aceite.

Queda una semana para la ceremonia de *pasangan* de Bagal e Indah cuando la resplandeciente cambiaforma me encuentra en el huerto. Aparte de su belleza natural, que ya de por sí es despampanante, tiene el añadido de la felicidad y la dicha, irradiando amor a través de todos los poros de su cuerpo.

—*Selamat pagi* —me saluda, sonriendo cuando se detiene a mi lado.

Mis ojos van por inercia a la marca redondeada de su cuello, percatándome de que Bagal no se contuvo. Esos dientes se quedarán ahí bastante tiempo antes de desaparecer, como seguro que su creador bien sabe. Al fin y al cabo, ese es el fin primordial cuando nos mordemos: señalar a nuestros compañeros como cortejados hasta mucho tiempo después de la ceremonia.

No me hace falta preguntarme dónde tiene Bagal su marca porque la ha estado exhibiendo con orgullo todos estos días: bajo el hombro derecho, peligrosamente cerca del pectoral. Sí, eso quiere decir que se ha paseado sin camiseta más de lo normal.

—Buenos días a ti también —contesto. Me limpio las manos en el trapo que llevo prendido del bolsillo mientras la observo—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Indah estuvo un tiempo correteando detrás de mí. Fue hace una eternidad, cuando mis padres aún estaban vivos. Por aquel entonces, de hecho, me prestaban atención varias chicas del poblado. Yo tenía otra reputación y otras perspectivas, ya que era el *pewaris*. Eso no era suficiente para que tuvieran un interés romántico en mí, pero sí lo era la actitud con que acompañaba ese título. Yo era más abierto, más divertido y juguetón. También era el más problemático de todos los de mi edad, lo que hacía que las miradas apuntaran siempre hacia mí.

Me pregunto si perdí esa faceta jovial de mi carácter por el ataque a mi familia o si me hubiera vuelto más serio de todas maneras al crecer.

—Quiero invitarte oficialmente a mi ceremonia de *pasangan* —me dice, ruborizándose al decirlo—. Bagal empezó a tocar a todas las puertas como si estuviera repartiendo invitaciones, y como no quiero que llene de pájaros las cabezas de todo el mundo contando cómo me convenció para emparejarme... He decidido coger el toro por los cuernos. —Me dedica una sonrisita irónica más propia de ella—. Aunque tu situación y la de Anna es delicada, sabed que estáis invitados. Mmm, ahora que lo pienso, ¿hay algún problema si se lo digo personalmente?

Pongo los ojos en blanco.

—Es muy amable por tu parte fingir que no se lo has dicho ya, incluso antes que a mí.

Indah suelta una risita.

—Ya sabes cómo va esto.

Sí, lo sé muy bien.

—Genial, entonces acepto de manera oficial tu invitación. Si nada me lo impide, asistiré a tu ceremonia de *pasangan*. —Voy a añadir algo más, me detengo y dudo por un momento—. ¿Ella...? ¿Ella aceptó?

Indah parpadea varias veces, confundida.

—¿Anna? Por supuesto. Dijo que estaría superencantada. Lo que me recuerda que he quedado con ella para charlar en tu casa esta tarde. Nunca pensé que diría algo así, pero es una bruja encantadora. —Dedicándome una última sonrisa, da media vuelta—. *Hari baik*, Ren.

Meneo la cabeza.

—Buen día, Indah, gracias por recordarme que aquí todos hacen lo que les da la gana.

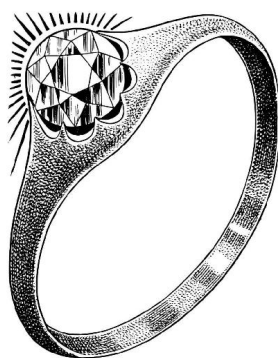
Mientras la veo alejarse, me inquieto un poco al pensar lo que puedan hablar ella y las chicas del poblado con Anna. Durante estas dos semanas todos han mantenido su palabra y no le han contado a Anna que la señalé como mi compañera; no obstante, las especulaciones han estado a la orden del día y las miradas que nos lanzan en los almuerzos hablan por sí solas.

Ojalá pudiera contarles a todos la auténtica verdad, mi error al traer a Emily, pero... Me avergüenzo solo de pensarlo. Ya me consideran el leopardo descarriado, el pobre muchacho que lo perdió todo: a sus padres, a su pareja, su futuro como líder, y que encima ahora está maldito y poseído por un Pecado Capital. ¿Qué pasaría si todos supieran que la mitad de las desgracias que «me han ocurrido» fueron provocadas por mí mismo?

Sé que tengo la suerte de pertenecer a una comunidad cálida que entenderá mis circunstancias y se esforzará por apoyarme, que verán más allá de los errores y encontrarán la manera de animarme... El problema es que yo no creo merecer eso.

Así que solo espero que Indah y las otras tengan la decencia de mantener la boca cerrada.

ANNA



Son las cuatro de la tarde cuando no resisto más la tentación y entro de nuevo a la página web que he estado evitando estos días: www.todosobrelosposeídos.com.

Hay varias pestañas en la parte superior de la página. El encabezado es un *banner* decorado con la imagen de una ornamentada caja abierta; de su interior sale una bonita luz de muchos colores. Espero que eso no sea una representación de la caja de Pandora, porque si es así están muy equivocados. No surgió un arcoíris de su interior, eso lo puedo jurar. Sin embargo, pronto me doy cuenta de que quienquiera que creó esta página tiene una idea totalmente equivocada de nosotros y de lo que ocurrió en las Olimpiadas.

Hago clic en la pestaña titulada «Los Poseídos». Se abre una página en la que aparecemos los siete, en este orden: Porta, yo, Uyl, Leska, Ren,

Ewan y Vázquez. Es el orden en el que fuimos poseídos. Nos llamaban por esa numeración en el hospital de la Admonición.

«La número dos ha despertado. Parece estable».

«¡El número cinco ha perdido el control!».

Se puede hacer clic en las fotos y se abre una ventana con una breve biografía sobre cada uno de nosotros. Al lado de nuestro nombre aparece el Pecado por el que fuimos poseídos. Es increíble (y un poco escalofriante) la información que hay en este sitio. No me extraña nada que la Admonición esté rabiando. Hago clic en mi foto y leo lo que alguien ha escrito sobre mí. Guapa, dulce, poderosa.

Anna es la bruja más aclamada de su generación desde que una profecía la señaló como La Controladora Del Éter, el quinto elemento. Fue convocada al mismísimo Sabbat del Dragón, cuyo evento continúa siendo a día de hoy un gran misterio, y perdió a su hermana gemela en extrañas circunstancias hace unos años. Algunas brujas del castillo donde se crio afirman que tiene por mascota a un ser maligno y despreciable. ¿Estáis preparados? Porque esta bruja dará mucho de lo que hablar.

Edad: 22.

Signo zodiacal: Aries.

Pecado: Soberbia.

Estado civil: Soltera.

Curioseó por toda la página e incluso me entretengo en la pestaña de «Vídeos». Hay tantas cosas recogidas sobre nosotros que resulta evidente que alguien nos grabó, nos siguió y nos espió... incluso antes de que comenzaran las Olimpiadas, por la fecha que tienen algunos vídeos. Que esto esté en Internet ni siquiera hace que me avergüence. Solo me llena de consternación. De confusión. De dudas. ¿Quién? ¿Por qué? Puedo tragarme el cuento de que alguien chiflado encuentre divertido el haber sido poseídos y haya hecho una minifranquicia de todo esto. Sin embargo, eso no explica que tenga registros de nosotros desde *antes* de la posesión.

De pronto, oigo un grupo de voces que se acercan. Por el timbre, son femeninas. Entonces recuerdo que quedé para esta tarde con Indah, la hermana de Bambang, y otras chicas del poblado. Llegan un poco antes de lo previsto. Apago el ordenador y me levanto para guardarlo. Con el movimiento, el papel que aún tengo en el bolsillo de mi pantalón cruje. Por un momento, dudo. Lo he llevado todos estos días porque no me he atrevido a sacarlo y mirarlo de nuevo. Lo palpo por encima de la tela. Luego lo saco y lo guardo junto con el ordenador dentro del armario, bajo una pila de toallas que me trajo Mawar.

Salgo al salón justo cuando Indah aparece en el porche. Trae una gran bandeja en las manos, cubierta por un paño, e incluso desde aquí puedo oler que se trata de algo muy dulce.

—Creo que el chocolate es la mejor manera de empezar una amistad —me dice, sonriendo—. A no ser que no te guste el chocolate, lo cual sería trágico (por no decir raro), porque soy adicta y paso el cincuenta por ciento de mi tiempo comiéndolo y el otro cincuenta cocinándolo.

Cuando la conocí esta mañana (se pasó por aquí para invitarme a su ceremonia de *pasangan*) supe al instante que Indah sería así, alguien carismático. Las personas menos extrovertidas como yo reconocemos los síntomas enseguida.

—Me encanta el chocolate —le contesto, correspondiendo su sonrisa.

—¡Genial! —Indah coloca la bandeja sobre la mesa de la cocina y echa un curioso vistazo a su alrededor. Mientras, dos chicas más entran también a la casa con más bolsas. Bastet se cuela entre todas ellas y da un par de saltos hasta que consigue subirse a la mesa y empezar a olisquearlo todo—. Reconozco que tenía curiosidad por ver la casa de Ren... No entra mucha gente aquí, ¿sabes?

No, no lo sabía. Mawar y los niños entran y salen cada vez que les apetece, así como Adi. Es una costumbre a la que he tenido que adaptarme para que no vuelva a pasar nada como el primer día: que estén a punto de pillarme en una situación comprometida.

Sonriente, Indah me presenta a las otras chicas: Taby, que tiene los ojos oscuros más bonitos que he visto en mi vida, y Megan, que lleva unas

explosivas mechas rojas en el pelo. Esta última me mira de arriba abajo con una sonrisa misteriosa.

—Bonita, dulce y segurísimo que tienes un carácter endemoniado escondido por ahí. Perfecta para Ren.

Me quedo con la boca abierta, sin saber qué responderle. Indah se interpone entre Megan y yo, golpeándole la cadera a su amiga.

—¡Oh, cállate! —Me coge de las manos y me las sacude varias veces—. No le hagas ni caso. Megan solo está interesada en hablar de relaciones, vaginas y penes. Si te sales de cualquiera de esos tres temas (que yo creo que vienen a ser lo mismo), se queda en blanco.

—Ah, bueno...

—Como si a ti no te encantara hablar de Bagal cada vez que tienes oportunidad —replica Megan—. Todo eso de hacerte la dura no fue más que una pantomima para alargar el asunto y que los dos estuvierais más calientes (lo cual, oye, me parece inteligente). Así que no me extraña que te haya dejado esa tremenda marca... El chico debía tener ya las pelotas azules.

Taby abre los ojos de par en par al mismo tiempo que yo.

—¡Megan! —exclama, ruborizándose.

Indah, que lleva un bonito pañuelo rosa atado alrededor del cuello, se lo toquetea con cierta incomodidad. Tanto ella como Taby me están observando, midiendo mi reacción. Megan parece el Gato de Cheshire, sonriendo tanto que podrían estallarle las mejillas.

Y por la expectación que flota en el aire, está claro que yo debería decir algo.

—Ah... Lo siento, no tengo ni idea de qué estáis hablando.

Indah y Taby intercambian una mirada en la que parecen decidir algo. La primera exhala un suspiro y se lleva las manos al cuello. Cuando se desata el pañuelo y lo aparta, veo la gran marca de una dentadura dibujada en su bonita piel. Se me seca la boca al verlo.

La voz de Ren, ronca y apremiante, resuena en mi cabeza.

«Mierda, Anna, no he podido controlarme. Dime que no te he hecho daño».

Observo lo profundas que parecen las incisiones en el cuello de Indah y me digo a mí misma que una cosa no tiene nada que ver con la otra. El mordisco de Ren no me dejó marca alguna y, aunque parte de su reacción me pareció un tanto extraña, como si rozarme con los dientes fuera la peor idea que se le había ocurrido en la vida, no he pensado que hubiera un significado detrás.

Porque no lo hay.

Es solo una coincidencia.

Aparto la vista de la mordedura tanto por educación como por mi propio bien.

—En realidad ha sido una tontería intentar ocultártelo —suspira Indah—. Nos han ordenado que no te agobiamos contándote nada relacionado con los *pasangan hidup* y la danza de cortejo, así que pensé que lo más apropiado sería tapar mi marca.

Me surgen dudas al instante, cómo no, pero las freno justo a tiempo. Quiero saber qué significa *pasangan hidup* por las mismas razones que han hecho que me interese por el idioma y la cultura de este clan. Es lo otro que dice, «danza de cortejo», lo que me impide hacer las preguntas.

Mordida. Pelotas azules. *Pasangan hidup*. Danza de cortejo.

Las miraditas que me lanzan.

No, estoy segura de que todo eso conduce a algo que no me interesa saber.

—No os preocupéis —las tranquilizo—. No quiero que os metáis en problemas por mi culpa.

Megan pone los ojos en blanco de forma teatral.

—No hay ninguna ley que nos prohíba contártelo.

Indah da una palmadita. Todas la miramos.

—¿Qué tal si destapamos los dulces, nos ponemos cómodas y tenemos una agradable tarde de chicas? Hay muchísimas cosas que queremos saber de ti, para qué negarlo. Y si tienes dudas o necesitas algo, ¡este es tu momento!

Interesada y agradecida por el cambio de tema, arqueo las cejas.

—¿Podrías decirme qué significa *Mata Biru*?

Las tres chicas se echan a reír. Taby niega con la cabeza.

—Todo menos eso. Sari tiene amenazado a todo el poblado.

Un poco desinflada, me resigno. El poder de convicción de esa niña es asombroso. Ayudo a las cambiaformas a colocar las bandejas de dulces y un par de bebidas sobre la mesa frente al televisor. No nos molestamos en encender la tele, porque sospecho que va a tener lugar una larga conversación.

No escuches a estas interesadas, Anna, sisea Soberbia. Te van a contar mentira tras mentira para ganarse tu confianza. No bajes la guardia.

Ignoro de manera olímpica al Pecado. No hay nada de mentirosas o interesadas en estas chicas, de eso estoy segura. Una vez acomodadas en los sillones y con un donut de chocolate en la mano, Indah se gira para mirarme. Tiene las piernas cruzadas bajo el cuerpo. Todas se han descalzado y se han sentado a mi alrededor, dejándome en el centro. Bastet se ha acurrucado entre mis piernas cruzadas.

—Bueno, cuenta. ¿Cómo es vivir con Ren Kokkalis?

Asombrada, parpadeo varias veces. No era la pregunta que esperaba.

—Pues... no vivimos exactamente juntos. Él me ha cedido la casa. Ni siquiera duerme aquí.

Todas fruncen el ceño al mismo tiempo. Megan incluso alza el rostro, olfateando con descaro.

—Bueno, querida, no sé qué te ha contado él, pero su olor está bastante impregnado —dice—. Si no durmiera aquí, después de dos semanas su esencia sería más débil.

¿Que Ren duerme aquí? Pero...

—... eso es imposible —murmuro—. A veces me levanto a por agua en medio de la noche y ni siquiera lo veo en el sofá. Ni lo oigo llegar cuando tiene guardias.

Indah me sonrío de forma tranquilizadora.

—Si no quiere ser oído, un cambiaforma es tan silencioso como una sombra. Por otro lado, dudo bastante que Ren haya estado durmiendo en el sofá estos días.

Y si no es en el sofá, ¿dónde? Porque en la cama conmigo seguro que no. Una cosa es ser muy sigiloso y otra invisible e intangible. Mi cara debe

ser todo un poema, porque incluso Taby se echa a reír. Megan señala hacia arriba, a las vigas del techo.

—A los leopardos nos encantan las alturas. ¿Por qué crees que vivimos en árboles?

Levanto la vista hacia los travesaños de madera en los que no me había vuelto a fijar desde el primer día. Y entonces caigo en la cuenta: cuando Mawar casi nos pilla en el baño, Ren apareció por la puerta principal tan campante. Ese día me pregunté cómo lo habría hecho. Así que... Ren se transformó en leopardo y utilizó las vigas para desplazarse de un lado a otro.

—Por la Diosa —farfullo, con la voz estrangulada por la sorpresa—. Ha estado durmiendo encima de mí todo este tiempo.

Las chicas estallan en carcajadas. Indah me da unas palmaditas en el muslo. Mi sorpresa se convierte en incredulidad, y acabo sonriendo.

—No creerías que iba a dejarte sola, ¿verdad? No es el *modus operandi* de los chicos durante la danza de cortejo.

Mi sonrisa se desvanece en el acto.

—¿Qué?

Ella intercambia una mirada nerviosa con Megan, que está a mi espalda. La de las mechas rojas parece hacer un gesto con la barbilla, como si la animara.

—Bueno... Todos en el poblado sabemos lo que ocurrió con... Con tu hermana. —Me mira con atención, y yo me cierro de forma hermética incluso sin pretenderlo. Simplemente pasa, como lleva sucediendo estos últimos seis años—. Y sabemos que Ren y tú estáis aquí refugiándoos hasta que sepáis qué hacer con los Pecados. Pero... Eh... Para contar con la aprobación del *kepala*, Ren anunció en la reunión que tú estarías en el poblado en calidad de *pasangan hidup*.

De nuevo, esa extraña palabra. Solo que esta vez, un sexto sentido me susurra su significado. Sé lo que implica.

Sé lo que están tratando de decirme.

Taby deja escapar un tembloroso suspiro.

—Indah, no deberías...

—Bueno, tarde o temprano iba a acabar descubriéndolo —dice la aludida, presurosa—. No es ningún secreto de estado. —Coge aire y me mira de frente, decidida—. *Pasangan hidup* es el término que utilizamos para referirnos a nuestros compañeros de vida. Ren te proclamó su compañera en la reunión. Lo hizo para que pudieras permanecer aquí, y todos sabemos lo que ocurrió hace seis años... Bueno... La forma en que te mira y actúa cuando está contigo...

—No. —La negación sube a mis labios antes de que tenga tiempo de pensarla. Indah se calla al instante—. No. Yo no soy la compañera de Ren. —*Fue mi hermana*. Las miro a todas, una por una, para que vean en mis ojos lo que no soy capaz de decir en voz alta—. Si hizo lo que hizo es por lo que vosotras mismas me habéis contado. Para facilitar mi estancia en el poblado. Nada más.

Después de mis palabras transcurre un largo silencio. Taby juega con el bajo de su pantalón e Indah se está mordiendo el labio inferior. Su expresión me hace sentir mal, pero no voy a retractarme. No es culpa mía que estén confundidas. No es culpa mía que Ren haya dicho cosas que... Cosas que no son ciertas a mis espaldas y todos en el poblado piensen lo que no es.

Intento reunir enfado hacia Ren. Intento con todas mis fuerzas indignarme con él por lo que ha hecho sin consultarme, por mejores que fueran sus intenciones.

De verdad que lo intento.

Megan chasquea la lengua de repente.

—¡Oh, vamos! ¿A quién pretendéis engañar? Tengo ojos en la cara, ¿vale? He visto cómo te mira. Y más importante, he visto cómo lo miras a él cuando crees que nadie te ve. Te gusta Ren.

Jadeo. No puedo creer que haya dicho eso.

Mi mente es un caos. No sé qué contestar.

Soberbia, que no ha dejado de pasearse con inquietud de un lado a otro, se detiene y clava sus altivos ojos en Megan. *Haz que cierre su presuntuosa boca. No tiene derecho a esparcir mentiras sobre ti. Eres mejor que ese gato. Estás a un nivel superior. ¡Díselo!*

Está tan enfadada, tan ultrajada, que dificulta mi respiración y mis manos se cierran en puños sin permiso.

Espera, ellas están confundidas... Han sido amables en todo momento, y yo...

¡Tú serías una estúpida si olvidaras que él eligió a tu hermana, no a ti!!

El grito de Soberbia es tan fuerte, tan imperativo, que me encuentro abriendo la boca y escupiendo las siguientes palabras sin pensar:

—Ren solo está cuidando de mí temporalmente por causas mayores. — No reconozco del todo el filo seco en mis palabras. Es mi voz, soy consciente de cada movimiento de mis labios mientras hablo, y, sin embargo...—. Si has visto algo en mí, ha sido agradecimiento. Jamás olvidaré a quién pertenece en realidad su corazón y a quién eligió, así que sería muy estúpido por mi parte esperar otra cosa... Y no me considero para nada estúpida.

Finalizo mirándola a los ojos sin parpadear. Incluso cuando quiero apartar la vista porque nunca me ha gustado intimidar a las personas de ninguna manera, no lo hago. Algo pulsa bajo mi piel, bajo mis nudillos, labios y ojos.

Algo oscuro. Algo que hasta ahora nunca había rozado tanto la superficie.

En lugar de replicarme, Megan suelta una exclamación y retrocede. Utiliza los talones para impulsarse hacia atrás, lo más lejos que le permite el sillón.

Parece que recupero algo de movilidad en las manos y las abro, deshaciendo los puños. La inquietud me recorre. Tal vez no debería haber sido tan brusca...

¡Has estado perfecta!, exclama Soberbia. Ella se ha dado el lujo de darte su opinión sin más, ¿por qué no harías tú lo mismo?

El pulso se intensifica. Continúo mirando a Megan. Y aunque sé que algo en todo esto se está desviando tenebrosamente (lo sé, lo sé, lo sé), no soy capaz de pararlo.

Cierto, le doy la razón a Soberbia.

El rostro demudado de Indah se interpone entonces en mi camino.

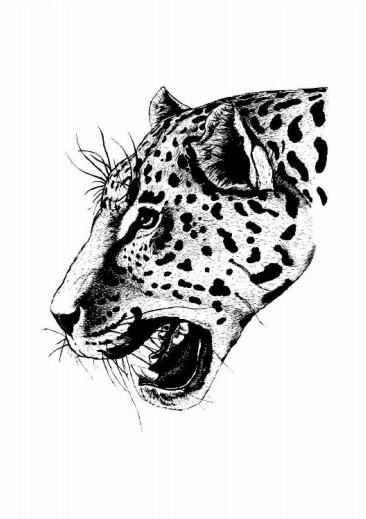
—¡Tus ojos! —exclama, espantada—. Ya no eres *Mata Biru*.

Frunzo el ceño y volteo hacia el espejo que cuelga sobre el televisor. El reflejo me devuelve la mirada... de una extraña. Es una chica con mi mismo rostro y mi mismo pelo, pero cuyos ojos no son azules... sino negros. Totalmente negros.

Los ojos de un demonio.

Los ojos de Soberbia.

REN



Acaba de anochecer y estoy regresando a casa. Hoy no me toca guardia y pienso que sería buena idea cenar con Anna en casa de Adi y Mawar, aunque... Tal vez ella acepte cenar conmigo. No sería una cita ni nada parecido, es que hace días que solo paso tiempo con ella cuando nos vemos en el almuerzo. Y por más que me diga a mí mismo que es mejor mantener las distancias, extraño charlar con ella. Al menos puedo hacer eso sin sentirme culpable o angustiado.

De camino a casa, me encuentro con Indah, Megan y Taby. Lo noto en cuanto examino sus rostros: ha pasado algo. Intentan escaquearse girando hacia la derecha, pero las intercepto.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada —contesta Indah con rapidez. Con demasiada rapidez—. Lo siento, Ren, llego tarde a cenar, y ya sabes cómo se pone mi padre si me retraso...

—Indah. —Agarro su brazo y me inclino sobre ella todo lo que puedo, mirándola a los ojos—. ¿Le ha pasado algo a Anna?

—¿Por qué creerías eso?

Echo el labio superior hacia atrás, enseñando los dientes, cuando un gruñido alto me interrumpe. Giro la cabeza y veo a Bagal a pocos metros de nosotros. Sus ojos están clavados en mi mano sobre Indah. Los brazos y las manos le están temblando.

—Bagal —susurra ella.

La suelto a toda velocidad. ¡Lo que me faltaba! Un chico emparejado cegado por las hormonas de la danza de cortejo.

—Atrás, muchacho —le gruño, impaciente—. Solo estaba haciéndole una pregunta.

Pero él, por supuesto, no me escucha. Avanza hacia mí como un tren sin frenos. Los incisivos le crecen y las pupilas se le estrechan, confiriéndole el aspecto del depredador que lleva dentro. No importará lo que le diga, he tocado a la chica que está cortejando y eso para su leopardo es como el pistoletazo de salida de una pelea a muerte por los derechos sobre Indah.

Maldita naturaleza, pienso.

Sin embargo, Ira sonrío de oreja a oreja, haciendo crujir sus nudillos. Gracias a su cortesía, pasan varias imágenes por mi mente: Bagal herido. Bagal sangrando. Bagal amoratado por la fuerza de mis puños, hecho un guiñapo a mis pies. Bagal exhalando su último aliento. Sí, eso es lo que el Pecado desea. Eso es lo que me exige en pago por todos estos días de inactividad y contención. Dos semanas de refrenar los impulsos, de asfixiar los deseos más oscuros que ahora viven en mí.

Recibo a Bagal sin oponer resistencia. El chico impacta contra mi pecho, sus brazos cerrándose a mi alrededor como el abrazo constrictor de una serpiente.

—¡Bagal, no! —grita Indah.

Caemos al suelo, apenas siento el golpe. La sangre está empezando a tronar en mis venas, en mis oídos, calentando motores, alimentando la rabia. Ira extiende sus manos sobre mi alma, cogiendo los hilos de mi racionalidad entre sus puños. Me estruja, me exprime hasta que todo lo

bueno que hay en mí se seca y solo goteo oscuridad. Una densa y pegajosa oscuridad.

Quiero hacer daño, porque eso me hará sentir bien. *Debo* hacer daño, para poder relajar la presión, para poder volver a sentirme como yo mismo dentro de un rato. Y ya no me importa si esto se alarga o si transcurre en un episodio que voy a ser incapaz de recordar. Cuando despierte, todo estará bien.

Y ahora mismo eso es lo único que me importa.

Me transformo, liberando al leopardo. O a una imitación del leopardo que soy, un animal menos noble y más concentrado en matar. No hay caza, no hay estrategia, solo dientes y garras. El otro leopardo frente a mí, que recuerdo vagamente que está intentando marcar un derecho sobre alguna chica, me lanza un zarpazo. No me molesto en esquivarlo: dejo que sus cuatro garras rastrillen a través de mi mejilla hasta que se enganchan en mi labio y perforan la carne. Cuando mi propia sangre gotea de mis dientes al suelo, lo miro. Y lo veo todo rojo.

Alguien grita.

—¡No!

Me lanzo hacia su yugular con la boca abierta. Él se mueve en el último segundo, así que capturo su oreja y muerdo con todas mis fuerzas. Mastico. Tiro. Engancho las garras en su cuello y nos revolcamos por el suelo entre rugidos escalofriantes. Por algún motivo aún no he perdido el conocimiento, aunque tampoco puedo decir que esté viviendo esto en primera persona. Más bien es como si tuviera encendido el piloto automático y no pudiera hacer nada por evitar lo que ocurre.

Tal vez prefiera la oscuridad habitual. No saber qué he hecho ni cuánto daño he causado hasta que recupero la consciencia.

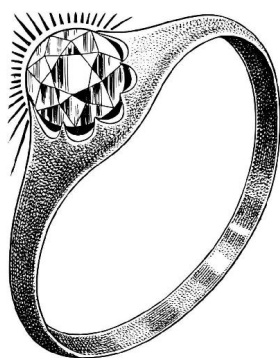
—¡Parad, parad! ¡Ren, por favor!

Esa voz... El tono roto por la desesperación...

Aparto al leopardo de mí con un empujón y me giro hacia la chica que ha gritado. Luce muy pequeña, muy frágil. Bastante fácil de matar, de hecho. El Pecado me aplaude, instándome a comprobar cómo de sencillo sería acabar con su vida. Conseguir que se desangre hasta morir. Romper todos sus huesos, hacerla llorar.

Doy la espalda al otro rival, que ya es poco interesante para mí, y me encamino hacia mi nueva presa.

ANNA



Supongo que he estado viviendo un poco engañada estas dos semanas, porque he pasado bastante tiempo junto a Ren y no lo había visto transformarse. Sé que este leopardo terrorífico que gotea sangre no es el verdadero Ren. En primer lugar, porque él jamás haría daño a nadie de este poblado. Ama demasiado a todas las personas que componen su clan. He llegado a conocerle lo suficiente como para saber eso. Y, en segundo lugar, porque los ojos del animal no son del bonito verde hoja al que estoy acostumbrada, sino negros como la noche.

Un tono negro que ahora me resulta muy familiar.

Me ha costado controlar a Soberbia después de que influyera en mis pensamientos y acciones hace un rato. Fui lo bastante estúpida como para dejar que, de forma subrepticia, tomara el control. Me hizo creer que estábamos de acuerdo, me manipuló para manejarme como un títere. Así que me refugié en el baño, suplicando a Indah y a las demás que no

contaran nada a nadie, y cerré los ojos hasta que supe que Soberbia ya no guiaba mi cuerpo ni mi voz. No fue fácil. Sobre todo, porque incluso ahora una parte de mí sigue de acuerdo con lo que el Pecado dijo a través de mi boca. Soltó palabras que de alguna forma me hubiera gustado decir. Y eso me aterroriza. Pensar que un ser malvado de oscuras intenciones como Soberbia y yo tengamos algo en común me llena de un miedo paralizante.

Sin embargo, ahora debo dejar eso de lado. Hay un leopardo de ojos negros acercándose a mí con las garras expuestas.

Por detrás de él, Bagal vuelve a su forma humana. Indah se deja caer a su lado, sollozando. Junto a ellos, Megan y Taby tienen los ojos clavados en mí. Sus expresiones están entre el pánico y la alarma. Veo llegar corriendo a Adi y varias personas más del poblado, aunque eso ahora mismo da igual.

Ren se agazapa y me gruñe. Se está preparando para saltar.

La vocecita de Soberbia, que tanto me ha costado acallar, comienza a cobrar fuerza otra vez. *Espero que no seas tan estúpida como para dejar que un simple animal te haga daño.*

La ignoro.

—E-espera —digo en voz alta. Alzo una mano despacio, aunque no va a suponer mucha diferencia si se echa sobre mí. Los ojos negros de la bestia se clavan en mis dedos—. Ren, por favor. Sé que tú nunca me harías daño. Y sé que puedes oírme, donde quiera que estés ahora mismo.

Por el rabillo del ojo veo a Adi. Me está haciendo gestos, pero no sé qué pretende. Cuando miro al hombre a su lado, lo comprendo: tiene entre sus manos una escopeta. El corazón se me para por un segundo y luego reemprende la marcha mucho más rápido que antes.

—Ren, te lo suplico —susurro—. Vuelve. No quiero que te lastimen.

El animal lanza un rugido. Se alza sobre sus patas traseras, cae a plomo y empieza a describir un círculo a mi alrededor, sin apartar la vista de mí en ningún momento. Yo giro con él.

—Muy bien, pues no me dejas otra alternativa. —Me relamo los labios, que se han secado por completo. Apoyando las manos en los muslos, me agacho hasta ponerme de rodillas en el suelo. Casi me caigo en el proceso, de tan débiles como tengo las piernas.

Eso hace que todos los que nos observan lancen exclamaciones; seguro que piensan que me he vuelto loca, y lo más probable es que tengan razón. El leopardo detiene sus pasos y me parece que una chispa verde recorre el borde de sus ojos. ¿Lo he sorprendido? Ahora estamos a la misma altura; Ren en su forma animal es muy grande, así que yo diría que incluso tiene que inclinar un poco la cabeza para mirarme.

Soberbia comienza a dar golpes en mi interior. No son dolorosos, no en el sentido físico, pero sí emiten algún tipo de reverberación que hace que me cueste concentrarme. *¡Aniquílalo! ¡Solo tienes que mover un dedo y jamás osará volver a amenazarte! Te lo advierto, estúpida muchacha, como te atrevas a dejar que dañen este cuerpo...*

Sí, esa es la única razón por la que «se preocupa» por mí. Porque soy su huésped.

Sacudo la cabeza y me concentro en los estímulos externos. En las voces entremezcladas del clan. En la respiración ronca del leopardo que me acecha. La voz de Soberbia disminuye hasta ser solo un murmullo más.

—No supongo ningún desafío ahora mismo —digo, hablando despacio—. La verdad es que hasta un tonto podría matarme. —Mis palabras hacen que retraiga los labios y me enseñe todos los dientes. Creo que lo ha interpretado como un desafío—. No era eso lo que quería decir, yo... —Cierro los ojos. Uno las manos sobre mi regazo, apretando para controlar los temblores. Estoy haciendo todo lo que puedo para ignorar el calor del talismán, la vibración que empieza a cobrar vida alrededor de mi dedo, envolviendo mi mano. El zumbido inunda mis oídos, porque Soberbia no es la única que me insta a defenderme del peligro inminente—. Confío en ti, Ren. Confío en tu fuerza y en tu control, y en que harás todo lo posible para evitar hacerme daño a mí o a cualquier otra persona del poblado. —Hablar con los ojos cerrados resulta más fácil, porque no tengo la presión de observar al animal. También es una desventaja. Lo oigo gruñir cada vez más y más cerca, hasta que su cálido aliento (una mezcla de sangre y fruta ácida) se estrella contra mi nariz. Lo tengo encima—. Tú no quieres hacerme daño —susurro—. Y que te disparen va a romperme el corazón, así que, por favor, vuelve.

Todo lo que digo es cierto, hasta la última palabra.

El último aliento que exhalan sobre mi rostro es diferente. Menos caliente. Más humano. Abro los ojos justo a tiempo de ver a Ren caer en mi regazo. El verdadero Ren: con ojos verdes, piel lisa y uñas en lugar de garras. Lanzando un rápido agradecimiento a la Diosa, lo rodeo con los brazos y me inclino para besarle la frente. Cuando mis labios hacen contacto con su piel, sudorosa y pálida, me recorre un escalofrío. Todo desaparece. La gente a nuestro alrededor, el calor del talismán, las exigencias de Soberbia. Lo siento en los huesos, en los dedos de los pies, en el alma. Soy sacudida por la misma revelación que tuve en el sueño de hace nueve años.

Es él.

Pero yo no era la indicada. No lo era, no lo era, no lo era... Si lo repito lo suficiente...

Ren gira la cabeza sobre mi regazo. Intenta abrir los ojos, aunque los repetidos temblores de su cuerpo se lo impiden. Abre la boca y empieza a soltar una larga retahíla en su idioma. Capto mi nombre y un «pequeña tonta» entre todas las palabras.

—¡Ren! —Adi se yergue sobre nosotros. La luz de la luna está justo a su espalda y no puedo ver su rostro con claridad. Viene acompañado del hombre de la escopeta—. Anna, muchacha, has sido una inconsciente...

Por acto reflejo, abrazo más fuerte a Ren. Él, a pesar de su debilidad, lanza sus gruesos brazos alrededor de mi cintura y entierra la cara en mi estómago.

—Ibais a dispararle —digo, con un hilillo de voz. Creo que hacerme la valiente va a pasarme factura en los próximos segundos—. Él no tiene culpa de lo que llevamos dentro, ¡a veces pierde el control! Amenazar con dispararle...

—Anna. —Adi se agacha a mi lado y coloca la mano en mi hombro—. Solo eran dardos tranquilizantes. Con la potencia necesaria para dormir a un elefante durante una semana, sí, pero no para matarle. —Sus palabras penetran poco a poco en mi confusa mente. Empiezo a sentirme como una idiota. Estoy mirando a todos los que nos rodean como enemigos, como si fueran cazadores furtivos al acecho. Sin embargo, son la familia de Ren, las

personas que más lo aman... Por supuesto que no iban a hacerle daño—. Es nuestro chico. Solo queremos protegerle.

—Vale. —Asiento, aunque no suelto a Ren. Ni él a mí—. Vale —repito. Vuelvo a relamerme los labios. Las decenas de piernas que se mueven a mi alrededor se hacen borrosas. La tierra se convierte en barro. Los árboles se encogen. Los techos de ramas de los edificios comunales se alargan—. Oh, Adi, creo que voy a...

—*Tenang, Mata Biru, tenang...*

Mientras me dejo caer hacia atrás, donde sé que habrá alguien preparado para sostenerme, por fin entiendo la frase por completo: «Tranquila, Ojos Azules, tranquila».



Cuando recobro la consciencia, hay un par de ojos de brillante color verde observándome de cerca.

—Ren...

—Hola. —Una gran mano me acaricia la mejilla. Estoy tumbada en la mullida cama de Ren... con el propio Ren echado junto a mí. Está apoyado sobre un codo, medio erguido para poder mirarme—. ¿Cómo te encuentras?

Acalorada de repente, desde luego, y no solo porque esté cubierta con un par de sábanas hasta la barbilla. Me destapo y echo un rápido vistazo en derredor: estamos solos. La ventana está abierta y puedo ver el cielo nocturno a través de las ramas del árbol. En el dormitorio reina la oscuridad.

—¿Cu... Cuánto he dormido?

Ren consulta su reloj de pulsera.

—Casi seis horas. Es de madrugada.

—Vaya. —Ahora que estoy despierta y desperezándome por momentos, espero a que Ren se aparte de mí y salga de la cama. Pero no lo hace. Continúa acariciándome la mejilla, analizando mi rostro con una minuciosidad que me hace tragar saliva de forma compulsiva—. ¿Y tú...?

—De pronto, empiezo a recordar—. ¡Oh, por la Diosa! ¡Tú estabas herido!

Me enderezo tan rápido que Ren tiene que echarse hacia atrás para que nuestras frentes no choquen. Sin pensarlo, llevo mis manos a su cara y le giro el rostro hacia la izquierda, para que la luz de la luna ilumine su piel. Hay cuatro largos y profundos arañazos deformando su apuesta cara, desde el extremo de la ceja hasta la curva de la mandíbula.

—Oh, no... —Con cuidado, recorro los bordes exteriores de la herida con los dedos. Él ni siquiera pestañea, y de repente desearía poder prepararle una poción sanadora que acelerara su curación—. Te van a quedar cicatrices.

—No sería la primera vez. —Su voz ha bajado una octava y se mezcla con un ronroneo que sale de su pecho—. Mawar me ha echado un bálsamo que ayudará a que apenas quede marca... No te preocupes.

Quiero decirle que no estoy preocupada, pero eso sería una mentira tan descarada que ni siquiera merece la pena. Por supuesto que estoy preocupada. Una persona no-preocupada no hubiera hecho lo que hice yo. No sentiría lo que siento yo al ver sus heridas.

—¿Por qué te peleabas con Bagal? —le pregunto en voz baja.

Coloco las manos sobre el regazo, consciente de que no estoy saltando fuera de esta cama, apartándome de él. Aquí, en este dormitorio en silencio y con solo la luz de la luna iluminándonos..., parece apropiado que estemos tan cerca el uno del otro.

—Creyó que debía defender sus derechos sobre Indah.

—¿Qué? ¿Sus derechos sobre...? —Dejo la frase en el aire al darme cuenta de que esta probablemente sea una de esas situaciones en las que los cambiaformas se comportan más como su animal interior que como un ser racional, y que ya no lo juzgo tan duramente como cuando no sabía nada sobre este clan—. ¿Por qué creyó eso?

Ren suspira.

—Indah y yo solo estábamos hablando. Y eso, para un leopardo en plena danza de cortejo, es irrelevante. Toqué a la chica que le gusta y su naturaleza salió a la luz. Es algo normal.

—Oh...

Por un momento me imagino las caras de otras brujas si escucharan algo así. Sería una mezcla entre horror, burla y asco, sin duda. No hay nada más

denigrante para una bruja, criada para no depender de nadie (y mucho menos de una pareja), que escuchar algo así. Por suerte o por desgracia, yo nunca he sido como las demás brujas. He vivido en primera persona lo mucho que se esfuerzan aquí por comulgar con su parte animal, por tener una vida equilibrada y feliz. Cuánto se respetan entre sí los miembros del clan, y la confianza y el cariño que se tienen los compañeros.

—Anna. —La voz de Ren interrumpe mis pensamientos. Me está observando sin parpadear—. Cuando volvía a casa, vi que Indah y las otras se comportaban de forma extraña. Eso fue lo que me hizo detenerme a hablar con ellas. ¿Ha ocurrido algo mientras estabais juntas?

Sí, claro: las asusté muchísimo cuando las miré con los ojos de un demonio.

—No.

Sus ojos se entrecierran y su nariz hace algo extraño... Como si de pronto lo hubiera alcanzado un olor repugnante. Tengo un pensamiento alarmante: ¿puede él saber cuándo miento? Por favor, que eso no sea cierto. E incluso si lo fuera, no se trata de que me encante mentir. No disfruto haciéndolo.

Hay una parte de mí a la que le encantaría contarle lo que ha ocurrido, compartir la carga de mis preocupaciones, pero ¿cómo? ¿Cómo se lo voy a contar sin explicarle qué fue lo que me llevó a perder el control de mí misma y cedérselo sin querer a Soberbia? ¿Cómo le explico que Megan tocó una fibra sensible en mi interior y desencadenó una serie de sentimientos con los que me he negado a lidiar durante años?

De pronto, él vuelve a hablar.

—Lo que hiciste antes, ponerte de rodillas delante de mí, fue de idiota. —Asombrada, lo miro—. Por más que me llene de orgullo y piense que fuiste muy valiente, debo pedirte que jamás vuelvas a hacerlo. Jamás, Anna. Cuando soy consumido por el Pecado no atiendo a razones y no conozco a nadie. Lo veo todo de color rojo y solo pienso en hacer tanto daño como me sea posible. Por un momento, yo... Joder, Anna, pensé en golpearte. ¿Entiendes? Lo pensé de verdad.

—No —replico al instante—. Ese no eras tú. No eran tus pensamientos. El Pecado los pone ahí y hace ver que son tuyos, y es mentira. Sé que tú

jamás harías algo así.

La mirada de Ren se suaviza.

—Gracias. Pero no quiero que vuelvas a arriesgarte. No sé cómo conseguí salir de ese bucle y evitar hacerte daño, y no vamos a volver a tentar a la suerte. ¿De acuerdo? Prométemelo.

Cierro la boca y trago saliva. Eso es algo que no puedo hacer. Me conozco lo suficiente como para saber que, si lo veo en peligro, a él o a cualquier persona que me importe, y creo que puedo hacer algo por ayudarlos, me van a dar igual las promesas que haya hecho. Así que es mejor no hacerlas.

Cuando no respondo, un lento gruñido sale de su pecho.

—Anna.

¿Se supone que eso es un intento por coaccionarme? Tal vez le funcione con los nietos de Mawar, pero debería saber que yo no soy un cachorro influenciado. Cuando continúo con los labios cerrados, limitándome a mirarlo, él parpadea y echa la cabeza ligeramente hacia atrás. Como si le hubiera sorprendido. Como si no se esperara mi terquedad. No, no soy conocida porque me guste llevar la contraria, como Leska, o por tener un carácter arisco, como mi mentora Luciérnaga. Nunca me han tildado de desafiante, obstinada o beligerante.

No obstante, que sea una persona complaciente y que no me gusten los conflictos no quiere decir, bajo ningún concepto, que no tenga personalidad.

La tengo. Se lo hago saber a Ren con cada segundo que le mantengo la mirada y no retrocedo ni un milímetro. La tengo y es tan fuerte y sólida como la de las personas que gritan y expresan sus emociones a viva voz.

Poco a poco, me doy cuenta de que la atmósfera a mi alrededor está cambiando. Los rasgos de Ren se suavizan, y el gruñido en su pecho pasa a ser un ronroneo lento. Cuando las comisuras de sus labios se estiran, sé que está luchando por ocultar una sonrisa y no sé si eso me complace. ¿Acaso le hago gracia? Sin embargo, la forma en que comienza a mirarme... Con los párpados a media asta... Las emociones se arremolinan en mi pecho y en mi garganta, obstruyéndola.

Es entonces cuando estar a solas con él, encima de esta cama y en penumbra, me parece una MUY mala idea.

—Tu silencio parece indicar que no estás dispuesta a prometerme nada.
¿Me equivoco? —me pregunta.

Cojo aire de la forma más disimulada que puedo, para que no se dé cuenta de que me estoy quedando sin aliento.

—En lo referente a mi seguridad y mis decisiones... No.

Él aprieta los labios y mueve la cabeza de arriba abajo, despacio. Me observa como si yo fuera un puzle al que le faltan muchas piezas.

—¿Y si te digo que, en lo referente a tu seguridad, quiero decidir yo?

Incrédula, lo miro con la boca abierta.

—Eso no es... No puedes decirme que... Tú estás...

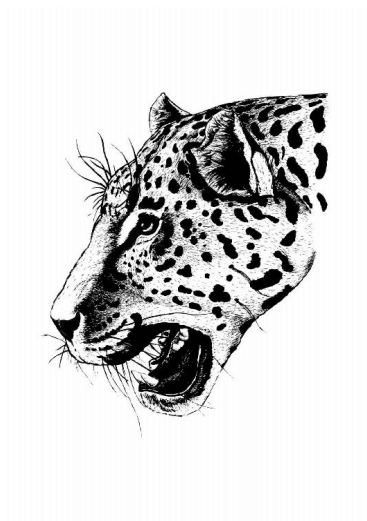
—Anna, ¿puedo besarte?

Mi corazón se detiene. Así, sin más. Se niega a seguir trabajando.

—¿Q-Qué?

—Me estoy muriendo de ganas por darte un beso ahora mismo. ¿Me dejas?

REN



Esta es una MUY mala idea.

Sin embargo, en estos momentos me parece una genialidad. Anna, cama, luz de luna, peligro reciente, el claro desafío en sus ojos... Son todos los ingredientes perfectos para que mi necesidad de besarla y estar cerca de ella empiece a hervir. Quiero tocarla hasta que mi enfebrecido leopardo se calme. Descubrir si la conexión que sentí hace unas horas, al caer sobre su regazo, fue real o solo un producto de mi destrozada mente.

No quiero pensar en cómo me mintió descaradamente hace unos minutos. Sí pasó algo entre ella y las chicas, y no quiere decírmelo. Me digo a mí mismo que no pasa nada, puedo esperar. Si se arrodilló delante de mí en mi peor momento, solo es cuestión de tiempo que empiece a confiar en mí de otras formas.

Es reservada, y amo esa parte de su carácter. Qué cojones, puestos a ser honestos, lo amo todo de ella. Sus titubeos, la manera que tiene de suavizar las situaciones para que nadie se enfade, su forma tranquila de pasear y observar... Y, por supuesto, el fuego que burbujea bajo la superficie. Lo fuerte que se aferra a sus convicciones, y cómo me devuelve la mirada sin ninguna clase de inseguridad, dejando claro que su carácter es flexible solo hasta cierto punto.

Solo hasta donde ella lo permite.

Y, joder, eso me tiene ardiendo por dentro.

Espero su respuesta con el corazón en un puño.

—No creo... No creo que sea lo mejor —acaba diciendo. Sin embargo, está completamente quieta sobre la cama, a pocos centímetros de mí.

—Yo sí. —Llevo mi mano a su nuca y la arrastro hacia delante con delicadeza. Su cuerpo se inclina hacia el mío y sus ojos se abren mucho. Deslizo la otra mano por su cintura, empujándola hasta que sus caderas están pegadas a las mías. Me gusta y aprecio la manera en que su espalda se curva, la forma en que sus ojos me miran—. Cuando quieras que pare, me lo dices.

—Yo...

Cubro sus labios con los míos. Al principio siento su calor, su suavidad y un ligero rastro de chocolate. Aprieto más fuerte, muevo mis labios sobre los suyos para tentarla y jugar con ella. Por encima del rumor de mis oídos, donde la sangre se me está agolpando a toda velocidad, la escucho lanzar un gemido. Leve, hueco, como si hubiera tratado de contenerlo y no hubiera podido, pero ahí está. Su boca tiembla. Noto sus pechos rozando mi torso, y eso... eso me vuelve loco.

Porque esta es la clase de abrazo con el que llevo soñando nueve años.

Nueve. Jodidos. Años.

Recorro sus labios con la lengua, probando su sabor. Al leopardo le encanta lamer y a mí también, y tengo la incontrolable necesidad de grabar su esencia dentro de mí. Para poder recordarla para siempre, incluso cuando la oscuridad sea demasiado densa. Incluso aunque esto no se repita nunca más. Empujo con más insistencia y sus labios se abren con un suspiro. Deslizo mi lengua sobre la suya, calor y humedad entremezclándose, y

ambos nos sobresaltamos a la vez. Juraría que nuestros corazones van al mismo ritmo desbocado.

En mi interior, sonrío. El leopardo sonrío. Anna no tiene mucha experiencia con los besos y yo tampoco, y eso me resulta perfecto porque aprenderemos el uno del otro. Desde que pasé por el sueño de *pasangan* no he querido besar otros labios, y ni siquiera me estaba reservando a propósito porque nunca hubo dudas en mi mente. Siempre ha sido Anna. Siempre será Anna, pase lo que pase.

Chupo su lengua y ella me clava las uñas en los brazos. La oigo gemir y eso me excita. Y me pone nervioso, de una forma buena y emocionante. Todo es nuevo y familiar al mismo tiempo. Porque es ella, y ninguna otra, a la que he estado esperando toda la vida.

Separo mis labios de los suyos y recorro su mandíbula a besos. Cuando llego al cuello, paso la lengua por su delicada piel y la noto estremecerse. Tengo muchísimas ganas de morderla; demasiadas. El leopardo quiere marcarla como suya y de nadie más, sin que importe nada excepto que nos pertenece, y que luego ella nos marque a nosotros.

Las manos empiezan a temblarme solo de imaginarme los pequeños dientecillos de Anna cerrándose sobre mi piel. En cualquier lugar estaría bien. Donde quiera que ella pusiera su marca, yo sería tan estúpido como Bagal y la iría enseñando por todas partes.

Cierro los ojos y me alejo de su cuello. No sé cómo lo hago, a duras penas me contengo. El desliz del baño no puede volver a repetirse; jamás la morderé a no ser que ella lo desee de forma expresa y sea consciente de las consecuencias.

Y por ahora, eso está fuera de los límites.

Para distraerme, llevo mis labios hasta su oreja.

—He querido estar así contigo desde hace... *tanto* tiempo —le susurro, mareado por la emoción. Sé que debería mantener la boca cerrada, pero no puedo. Tengo que decirle esto, al menos.

Le mordisqueo el lóbulo. Ella tiembla y se aferra fuerte a mis hombros, como si temiera caerse desplomada sobre la cama.

—¿Q-Qué?

—No quiero que pienses que esto está ocurriendo de repente y sin sentido. Yo tengo... tengo sentimientos por ti.

La noto ponerse rígida entre mis brazos y al instante sé que la he cagado. Hace ademán de apartarse, pero aprieto mis manos sobre sus caderas.

—No, espera, ¿qué pasa?

—Nada. —Rehúye mi mirada y se retuerce con más ganas—. Por favor, Ren...

—Odio que me digas «por favor» de esa manera, porque cuando lo haces parece que te estoy presionando o haciéndote daño. Anna, solo te estoy diciendo que esto que pasa entre nosotros no tiene nada que ver con...

—Dios, ¿cómo decírselo? No puedo nombrar a su hermana; en realidad, no hay mucho más que pueda contarle sin tener que revelarle todo—. Me gustas, ¿de acuerdo? ¿Entiendes eso?

Por favor, Anna, entiéndelo. Mírame a los ojos y verás la verdad: siempre has sido tú. Sin embargo, ella no me mira. Siento su tembloroso suspiro contra mi pecho a través de la camiseta.

—¿Qué estamos haciendo? No tiene sentido que tú y yo estemos juntos. —Niega con la cabeza. Parece aturdida por este momento, y también aterrorizada—. Ni que hagamos estas cosas. Está mal.

Y, sin embargo, sí que tiene sentido. Tiene todo el sentido del mundo. Me sobrepasan las ganas de contárselo todo, pero ¿y si lo hago y ella se aleja de mí porque no está preparada? Lo que tenemos ahora, esta cordialidad, esta unión temporal, jamás será suficiente para mí. Sin embargo, si contarle la verdad hace que nunca más quiera volver a verme..., no lo haré.

No la quiero solo como amiga, no cuando la anhelo de este modo, y tampoco quiero estar sin ella. En cada ocasión que he tenido que alejarme de su lado el dolor era como cuchillos atravesándome la carne. No sé cómo diablos voy a dejarla ir la próxima vez. Adi tenía razón. El leopardo y yo necesitamos a Anna tanto como necesitamos la siguiente bocanada de oxígeno.

—Más allá de todo, hay algo que sé con certeza —le digo—. Y es que cuando estoy contigo me consumen las ganas de tocarte y besarte. —Anna

abre mucho sus ojos azules y me mira—. Y eso tiene sentido. Lo tiene. Yo solo... Me gustas, Anna. Muchísimo. Si quitamos todo lo demás, yo solo soy un chico besando a la chica que le gusta. ¿Es eso tan extraño?

Ella sacude la cabeza.

—No cuando lo pintas así. Pero tú no eres un chico cualquiera ni yo una chica del montón. Y por más que me pueda gustar lo que siento cuando estoy contigo, no puede ser, Ren. Y lo sabes.

Está intentando que su voz suene firme, y fracasando. Veo sus dedos temblorosos, su respiración irregular, sus pupilas dilatadas. Es como si oyera el agudo sonido de un cristal rompiéndose cerca de nosotros.

—¿Significa eso que no quieres que te bese más?

—No es lo mejor.

—No has contestado a mi pregunta. —Rodeo su cara con mis manos y me acerco a ella. De rodillas ambos sobre la cama, inclino su rostro hasta que un rayo de luna atraviesa de lado a lado sus ojos azules y tengo la sensación de que puedo verle el alma—. ¿Quieres que te vuelva a besar, o no?

Si me miente lo sabré.

—Quiero muchas cosas que no van a hacerse realidad —susurra. Sus ojos se llenan de lágrimas.

Ella no lo entiende. Cree que estamos traicionando a Emily. Si pudiera explicárselo sabiendo que no va a huir de mí...

—Puedo encontrar la manera de hacer que este desastre se convierta en algo bueno —susurro a mi vez—. Puedo hacerlo. ¿Confías en mí?

Mueve la cabeza entre mis manos. Se le escapan un par de lágrimas que van a parar a mi piel. Me siento como si las estuviera absorbiendo y convirtiéndolas en bloques sobre mi pecho.

—Esto es...

—Anna, ¿confías en mí?

Su labio inferior tiembla.

—Sí, pero...

—Entonces hazme un favor y no lo pienses tanto. Dame un poco de tiempo. Al menos hasta que solucionemos lo de los Pecados, ¿de acuerdo?

Parpadea y frunce el ceño.

—¿Qué me estás pidiendo? ¿Que me olvide de todos los motivos por los que esto está mal?

—Sí. Al menos durante un tiempo. Por favor, danos una oportunidad para descubrir lo que nos pasa.

Aunque yo ya lo sé muy bien, desde luego. Pero necesito tiempo. Tiempo para romper sus barreras, para seducirla, para atraerla. Para prepararla para la verdad.

—Lo que nos pasa es que estamos locos —murmura. Su cabeza cae hacia delante, en el hueco entre mi cuello y mi hombro. Encaja a la perfección.

Respirando de forma superficial, rodeo su pequeña espalda con mis brazos.

—¿Eso es un sí?

Pasa un segundo, dos, tres. A lo mejor se me para el corazón si ella dice que no.

De pronto, un sonido fuerte nos sobresalta. Anna se aparta de mi lado y se baja de un salto de la cama. Yo, aún nervioso, tardo un par de segundos más en darme cuenta de que es su móvil. Para cuando lo alcanza ha dejado de sonar, y se queda mirando la pantalla con el ceño fruncido.

—Leska se ha vuelto loca —murmura.

—Ah... eh, sí, estuvo sonando bastante rato mientras dormías. —Me aparto de la cama y froto las manos contra los pantalones—. Creí que sería mejor no contestar. Nunca he sido santo de su devoción.

—Nadie es santo de la devoción de Leska.

—Me siento más tranquilo. Creí que era algo personal.

—Bueno, nunca dije que no hubiera algo personal de por medio...

Sonrío con ironía.

—No es ninguna sorpresa. Ella siempre ha sido muy protectora contigo. Y no la culpo, ¿sabes? Con todo lo que pasó y cómo se dieron las cosas, entiendo que me cogiera... manía.

Maldita sea, Ren, cállate ya.

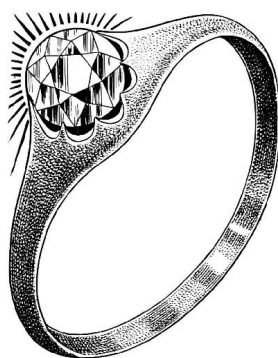
Sin embargo, por la mirada de intensa concentración que mantiene sobre el móvil, deduzco que ni siquiera me está escuchando. Mejor. Ahora mismo estoy tan nervioso que parlotearía sin parar sobre cualquier cosa con

tal de no pensar en el hecho de que hace dos minutos tenía la lengua metida en su boca.

—Se volvió loca de verdad —farfulla. Luego marca una serie de dígitos y se acerca el móvil a la oreja—. Voy a llamarla, me ha escrito que tiene algo importante que contarnos y que ya se ha puesto en contacto con Ewan y con Vázquez.

Me tenso. No se me ocurren muchas posibilidades, y todas son malas.

ANNA



Leska descuelga al segundo tono.

—¡Alabada sea la Diosa Luna, porque Anna por fin ha recordado que tiene teléfono móvil y decide devolverme las llamadas!

—Tranquila. —Echo un vistazo de reojo a Ren, ignorando la voltereta que da mi corazón, y decido no ser una maleducada—. Voy a poner el altavoz.

—¡Ni se te ocurra! Lo último que necesito ahora mismo es... —Pulso una tecla y la amargada voz de Leska empieza a escucharse por todo el dormitorio—... que ese estúpido peludo camorrista meta sus bigotes en nuestras conversaciones... Ya lo has puesto, ¿verdad?

A pesar de los nervios que aún conservo, estoy a punto de sonreír. Bendita Leska. No sabe lo muy acorralada que estaba hasta hace unos segundos ni cómo de grande fue el alivio que sentí cuando el teléfono empezó a sonar.

—Sí.

—Genial. Te odio.

Ren se inclina hacia el móvil.

—Buenas noches, Valeska, también es un placer escuchar tu dulce voz.

—¿Buenas noches? Aquí son las seis de la tarde, capullo. Dios, estoy tan harta de todo el mundo. ¡Uylian, como vuelvas a meter tus manazas en mis cosas te juro que te mato! Por la Diosa, ¿por qué has tardado tanto en contestarme? ¿Acaso ahora te lo estás pasando bien, estás teniendo unas bonitas vacaciones? ¡Te recuerdo que para los demás esto es un infierno!

Como sé que está hablando su Pecado por ella, decido pasar la pulla por alto. Veo a Ren abriendo la boca, dispuesto a intervenir, pero alzo una mano para impedirselo.

—Entonces vamos al meollo: ¿qué es eso tan importante? ¿Has hablado con Ewan?

—Ese lobo está algo así como meándose de gusto porque se reencontró con no sé cuál sirena. Con quien hablé fue con Vázquez, lo cual, déjame decirte, fue como intentar descifrar un maldito galimatías. Acabé escribiendo todo lo que me decía y dejando que Uyl lo tradujera. Colgué hace solo media hora.

¿Ewan y una sirena? Ren me hace un gesto con los dedos, indicando que me lo explicará después.

—¿Y qué te dijo?

—Que la Admonición ha estado buscándonos, y como nos hemos movido no han podido encontrarnos (que era más o menos lo que ponía en la página web). Nos requieren para una gran reunión en su sede dentro de dos días. Por lo visto han terminado de debatir y tienen una resolución para nosotros.

—¿Dos días? —La voz me sale sin aliento.

—¿Cómo se enteró V? —pregunta Ren.

—Vuestro representante, Luke Proteo, consiguió su número. El señor Proteo le dijo que se había puesto en contacto con el clan de los leopardos de Borneo y que estos habían asegurado no saber nada de ti...

Ren y yo intercambiamos una mirada. Sí, en el poblado todos cuidan de todos.

—Bien, entonces solo tenemos dos opciones: que vayamos Anna y yo o que vayáis tú y Uyl. Por lo que has contado, Ewan no va a estar disponible y Vázquez nunca ha sido un buen orador, ni siquiera antes de la posesión.

—¿Por qué creéis que me urgía tanto hablar con vosotros? —Gruñe Leska—. Me va a ser imposible sacar a Uyl de esta isla. Ha estado teniendo pequeñas crisis desde hace unos días.

Me llevo una mano al pecho, preocupada.

—¿Qué clase de crisis?

—Ataques epilépticos y vómitos. De manera compulsiva. A veces se despierta a los dos minutos de haber cerrados los ojos y se pega un atracón de comida; acto seguido vomita como si tuviera un aspersor en la boca. Los ataques epilépticos creo que son por no dormir.

—¿Por qué no duerme?

Leska tarda un poco en contestar, como si estuviera pensando la mejor forma de hacerlo. Ren y yo nos miramos a los ojos, aunque estamos concentrados en el teléfono.

—Dice que tiene miedo de que el Pecado le consuma mientras duerme.

Algo en la voz de Leska me hace apretar otro botón y llevarme el móvil al oído. Le hago un gesto a Ren para que espere.

—Les, he quitado el altavoz. ¿Estás bien?

—No, Anna, no estoy bien —contesta con voz cansada. Su actitud provocadora desaparece y da paso a mi mejor amiga—. Yo también he estado haciendo cosas raras.

—¿Raras? —Asustada, salgo del dormitorio y voy hasta el salón. Sé que el oído cambia forma de Ren va a poder escucharme vaya donde vaya, pero es más una costumbre—. ¿Estás herida?

—No de la forma que piensas... He roto todos los espejos que hay en esta casa.

—¿Los espejos? ¿Por qué?

—Es... horrible pasar delante de uno y que esa estúpida serpiente envidiosa empiece a susurrar todos mis defectos. Siempre hay alguien con el pelo más bonito o la piel más tersa, o los ojos más azules. Odio su voz. Y cada vez es peor. Se cuela en mis pensamientos de una forma que no puedo

controlar y me obliga a decir cosas que no pienso... Hay veces que es como si estuviera usando mi cuerpo, ¿sabes? Sin mi permiso.

Sí... Sí que lo sé.

Aprieto el móvil con fuerza.

—Voy a ir a esa reunión, Les, y te juro que voy a sonsacarles una respuesta para este problema —le digo. Me sobresalto cuando noto que Ren se está aproximando. Se queda a mi espalda, muy cerca, y su calor me rodea—. ¿Sabes dónde tienen la sede estos días?

—¿Dónde va a ser? —Me la imagino poniendo los ojos en blanco—. Vas a tener que mover tu pequeño culo a Madrid.

—Bien. Nos veremos pronto, Les.

—Eso espero, nena.

Cuelgo. Trago saliva y me giro para hacer frente a Ren.

—Parece que tenemos una cita dentro de dos días. ¿Qué crees que van a decirnos?

—No tengo ni idea, aunque voy a ser sincero: sospecho que no nos va a gustar. Ewan tiene razón en muchas cosas, como el sabelotodo que es, y la Admonición ha querido tenernos un poco asustados y controlados por su propio bien. No por el nuestro.

Asiento.

—Me pone un poco nerviosa ir allí —confieso en voz baja.

Ren se acerca un paso más para tocarme la barbilla y levantarme el rostro con suavidad.

—A mí también —dice. Arqueo ambas cejas, incrédula—. ¿Qué? ¿No me crees?

—Tú nunca te pones nervioso.

—Oh, sí que lo hago. —Su sonrisa se vuelve misteriosa... Se vuelve del tipo baja-bragas—. Hace un rato estaba hecho un flan.

El calor sube como el vapor de una cafetera por mi cuello y se estrella contra mi cara, ruborizándome.

—Ya, bueno...

—Lo digo en serio. —Desliza su mano para rodear mi mandíbula, y con el pulgar me acaricia la mejilla. Me hace cosquillas—. Creo que nunca te he dicho lo guapa que me pareces.

Nerviosa, me relamo los labios. ¿Por qué se me ha secado tanto la boca de repente? Es como si produjera pegamento en lugar de saliva.

—¿Esta... esta noche no tienes guardia?

Lo pregunto tanto para no tener que contestar a eso, como por auténtica curiosidad. Una enorme parte de mí querría que él dijera que sí y me dejara sola unas cuantas horas. Otra parte más pequeña (aunque no tanto como me gustaría), está deseosa de que diga que no.

Resulta que gana la parte pequeña.

—No, hoy no. Antes del incidente con Bagal venía hacia aquí para preguntarte si querías...

De repente, la mano de Ren se aparta de mi cara y él se pone rígido.

Alarmada, miro alrededor.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos visita.

Me doy la vuelta hacia el arco de entrada. Ren se pone a mi lado y pocos segundos más tarde Cinta aparece iluminada por los farolillos del exterior. La sigue un chico joven, de la edad de Ren. Me cuesta unos segundos hasta que lo reconozco: es el *kepala*, al que aún no he conocido formalmente y que Bambang me ha señalado en un par de ocasiones. Tiene un aspecto intimidante y severo a pesar de su juventud. Siempre que lo he visto de lejos estaba hablando con otras personas del clan o con los *tua*. Me sorprendió que fuera tan joven.

Cinta y el *kepala* están cogidos de la mano. Oh.

—Ren —dice el jefe, haciendo un gesto con la cabeza.

Ren imita el movimiento.

—Yuda.

Después de esos saludos tan escuetos, el silencio se alarga. Extrañada, me adelanto para saludar a Cinta.

—*Halo*.

Ella me sonríe con su habitual cordialidad.

—*Halo, Mata Biru* —me contesta. Luego se gira hacia los chicos—. ¿Vais a miraros de forma desafiante mucho rato más?

Ren carraspea y aparta la vista. Yuda esboza una pequeña sonrisa que le transforma el rostro por completo, de jefe serio que está preparado para

impartir justicia, a un joven risueño y despreocupado.

Un joven risueño y despreocupado que bebe los vientos por la chica que tiene al lado.

—Te dije que podías esperarme en casa.

—¿Para que pudieras ser desagradable con Ren delante de nuestra invitada? No, gracias.

Yuda exhala un suspiro, fingiendo exasperación.

—Creo que puedo hacer una visita formal sin que corra la sangre. ¿No es así, Ren?

—Claro.

Sin embargo, la respuesta de Ren esconde otras palabras. Puedo sentir la tensión en el aire entre un chico y otro, cortante como un cuchillo y desafinada como uñas rasgando una pizarra.

—Venía a advertirte que Luke Proteo se ha puesto en contacto conmigo —dice Yuda—. La Admonición os busca. Le hemos dicho que no sabemos nada de ti.

—Lo sé, ya nos han avisado.

Más segundos que se alargan en un tenso silencio...

Cinta le da un pequeño tirón a Yuda, quien se lo devuelve con menos fuerza.

—¿Cuándo os marcharéis?

—Si debemos estar allí en dos días será mejor que salgamos mañana. Tengo que mirar los billetes de avión y la estancia.

Yuda asiente.

—Bien. No cuento contigo para las siguientes guardias. Que tengáis buena noche. Anna. —Me dirige una sonrisa amable.

¿Cómo lo hacen? ¿Cómo se hablan con tanta incomodidad entre ellos, como si no soportaran casi mirarse, y luego cambian de actitud tan rápido?

—Oh, ha sido un placer.

—Lo mismo digo.

A continuación, cuchicheando entre ellos, salen de la casa y desaparecen en la noche.

—Vaya. —Parpadeo varias veces, intentando asimilar todo—. Así que Cinta y el *kepala*...

—Sí. Desde hace seis años.

Giro la cabeza hacia él como si tuviera un resorte en el cuello.

—¿Seis años? Pero... ¿qué edad tienen?

—La misma que tú y yo. Yuda veinticuatro y Cinta veintidós. Tuvieron su ceremonia de *pasangan* justo antes de que Yuda ascendiera a cabeza de clan.

Mientras nos sentamos en el sofá y Ren enciende la televisión, me viene a la memoria la conversación entre Ren y Emily que Leska y yo escuchamos a escondidas. Él instaba a Emily a volver rápido al poblado puesto que tenía que llegar a tiempo para la ceremonia de elección del *kepala*.

Está claro que no pudo hacerlo.

—Yo creía que tú... —Busco la forma de plantearle mi duda sin delatarme—. Bueno, Mawar me contó que tu madre era la antigua *kepala* y deduje que tú tendrías que haber sido el siguiente...

Ren deja el mando a distancia en la mesita y apoya los codos sobre las rodillas.

—Al hijo de un jefe se le considera el *pewaris*, el heredero. No necesariamente ocupará el puesto de su progenitor, aunque ocurre a menudo. Es por los genes. Si uno de tus padres tiene genes dominantes, es probable que tú los heredes. Y son esos genes los que te califican como apto para dirigir el clan. Sin embargo, el *pewaris* no siempre es el único alfa en un clan y a veces tienes que demostrar tu valía frente a otros candidatos. Además, mis padres... murieron antes de lo que nadie pensaba. —El dolor inunda sus ojos, diezmando su brillo—. Yo era el que todos esperaban que ascendiera a cabeza de clan, pero los *tua* consideraron también la candidatura de Yuda. Él tenía mi misma edad.

—¿Y por qué acabó siendo él, y no tú, el *kepala*?

—Desde la muerte de un jefe hasta la siguiente ceremonia pueden pasar hasta tres años. Ese es el plazo máximo para encontrar un nuevo cabeza de clan. Digamos que yo me distraje durante ese tiempo y Yuda aprovechó para persuadir al poblado de lo buen *kepala* que sería. Además, encontró a su compañera, a Cinta, y se emparejaron. Eso le dio más fuerza. Una persona emparejada siempre es más respetada que una soltera.

—¿Por qué?

Gira la cabeza y me mira fijamente.

—Porque nuestras parejas nos complementan. El *kepala* es el cabeza de clan, y su pareja también ostenta un cargo de poder y toma decisiones, así que un *kepala* emparejado es más respetado porque dos cabezas piensan mejor que una. Digamos que Yuda cumplió todos los requisitos necesarios antes y mejor que yo. Fin de la historia.

Acaba con cierta brusquedad, como si no quisiera seguir hablando del tema. La morbosidad, esa traicionera a la que no le importa mi bienestar, desea preguntarle. Saber qué ocurrió en el periodo de tiempo desde que se llevó a Emily del castillo en sus prisas por llegar a la ceremonia del *kepala* hasta que Yuda se le adelantó. Sé que solo transcurrieron cuatro días, y que fue entonces cuando sucedió todo. Cuando mi vida cambió. Cuando una parte de mí murió en esta selva.

Su mano cae sobre la mía de repente.

—Hay temas de los que no me gusta hablar. No es por ti, ¿vale?

Me apresuro a asentir.

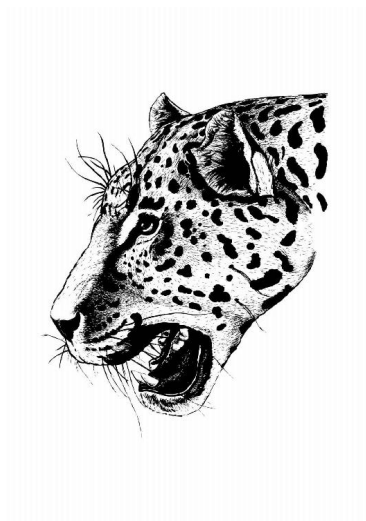
—Sí, lo siento, ni siquiera tienes por qué darme explicaciones.

Abre la boca como si quisiera decirme algo más, pero se da por vencido y se gira hacia la tele. Permanecemos un buen rato en silencio. No es un silencio ni incómodo ni agradable, solo uno en el que, si presto suficiente atención, puedo oír muchas palabras colgando entre los dos. Como el eco de otra conversación; otro instante en el que nosotros, tal vez diferentes a como somos ahora, compartiríamos todos nuestros males y pesares sin remordimientos. Un momento en el que tal vez...

No.

Un momento que no fue, es, ni será.

REN



Antes de irnos a dormir, Anna me pregunta por la sirena que mencionó Valeska y procedo a contarle la historia (al menos hasta donde yo mismo sé).

—Hace años, cuando era un niño, yo pasaba parte del invierno en la isla de Arran, donde vive el clan de Ewan. Él, V, Uyl y yo nos reuníamos unas cuantas semanas cada año. Un día que estábamos en la playa coincidimos con un grupo de sirenas que emigraban en busca de aguas más cálidas para que las mujeres embarazadas pudieran parir. Y bueno, ya conoces a Ewan, no puede resistirse a ser todo un caballero y mostrarse diplomático y todas esas cosas. Entre el grupo de sirenas estaba la princesa del mar Cantábrico, Arrainan. Ella y Ewan se vieron y, pum, estaban unidos.

Anna, que está sentada en el brazo del sillón, me mira con ojos como platos.

—¿«Pum» y estaban unidos?

—El clan del lobo reconoce a su compañera por el olor. El problema entre ellos está bastante claro: ella vive en las profundidades del mar y él en las profundidades de Escocia. Aunque supongo que al final da igual, porque en cuanto tuvo cerca a esa sirena Ewan supo que ella era la elegida. Lo peor es que en las Olimpiadas sucedió algo entre ellos... Ewan se vio obligado a transformarse en lobo, perdiendo el raciocinio, y a cambio Arrainan tuvo que usar su voz de sirena para sacarlo del trance. No he hablado con él sobre lo que sucedió. Sé que llegó a morderla antes de que el Pecado lo poseyera y lo dejara fuera de combate. Después de eso, la sirena regresó al Cantábrico y se negó a verlo. Así que si se ha encontrado con ella ahora... —Hago una mueca—. Supongo que intentará por todos los medios que lo perdone.

—Oh... —Anna se acaricia un costado del cuello de forma distraída. Yo miro la zona y solo siento ganas de morderla, lo cual, si lo pienso, me pone al mismo nivel que Ewan convertido en lobo. Con la diferencia de que él tiene la excusa de perder la razón cuando se transforma—. Por cierto, ¿te importa que hable con Melissa A'Quila para que nos consiga un transporte alternativo hasta Madrid? Creo que después de la última vez he cogido fobia a los aviones.

—¿Estás segura de que tu representante es de fiar?

—Sí —contesta sin vacilar.

—Vale. Si tú confías en ella, yo también.

—Bien. —Exhala un suspiro de cansancio y se levanta—. Bueno... Hasta mañana.

Asiento, intentando no pensar en lo mucho que me gustaría entrar con ella al dormitorio, aunque solo fuera para dormir a su lado. Ella bajo las sábanas y yo encima. O ella en la cama y yo en una silla.

Sí, a ese nivel he llegado.

—Hasta mañana. Estaré en el sofá.

Anna da un par de pasos dentro del dormitorio y luego se gira para mirarme. Tiene un brillo extraño en los ojos.

—Sé que has estado durmiendo en las vigas del techo. Puedes seguir haciéndolo si quieres; no me importa y es tu casa.

Frunzo el ceño.

—Maldita Indah.

—En realidad fue Megan. —Esboza una pequeña sonrisa al nombrar a esa entrometida—. Podrías habérmelo dicho, ¿sabes? Tienes todo el derecho a hacer lo que quieras.

—No es por eso. Es que no quepo en el sillón y en forma de leopardo duermo mejor. No te lo he contado porque pensé que te sentirías incómoda si merodeaba por aquí en mi forma animal.

—Yo también pensé que me sentiría así —admite—. Pero eso fue antes de pasar dos semanas viviendo en este poblado. Incluso esta tarde me pareciste magnífico.

Al instante se ruboriza, como si se arrepintiera de haber dicho eso. Sin embargo, no se retracta. Creo que hace una semana ni siquiera se habría atrevido a pensar algo así.

Estoy sonriendo sin darme cuenta.

—Conque magnífico, ¿eh?

Ella carraspea.

—Hasta mañana, Ren.

Me aparto un par de pasos mientras ella deja caer la cortina que yo mismo improvisé y se oculta de mi vista.

—*Selamat malam, kecil*^[8] —susurro de vuelta.

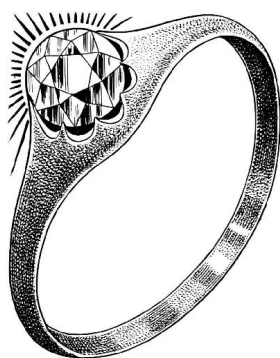
Casi una hora después, cuando oigo su respiración profunda desde el salón, dejo salir al leopardo. Escalo hasta el entresijo de vigas y me echo sobre la que hay justo encima de la cama. Desde aquí tengo una visión perfecta de Anna, cubierta hasta la barbilla con la sábana. Estas semanas ha dormido a pierna suelta con un minúsculo pijama que me ha hecho sudar la gota gorda. Que hoy, a pesar del calor, intente taparse me resulta adorable. ¿Me estoy comportando como un acosador? Seguramente. Pero esto es lo más cerca de dormir con ella que voy a estar y no voy a renunciar a ello.

Dejo que mi cola se balancee en el aire y pienso. Antes, mientras veíamos la tele, me hubiera gustado contarle lo desorientado y dolorido que estuve tras la muerte de mis padres, cómo la pérdida y la incomprensión me cegaron durante demasiado tiempo. Fue ese, y no otro, el motivo por el que perdí todas mis opciones para ser *kepala*. Fue ese, y no otro, el motivo por el que me cegaron las prisas y cometí tantos errores con ella y con Emily.

Volver a contarlo sería como volver a llenarme de la misma mierda. Me avergüenza mi comportamiento, y no soportaría ver la acusación en sus ojos cuando se diera cuenta de que la muerte de su hermana fue en gran parte culpa mía.

Prefiero centrarme en el presente y en lo que nos espera los próximos días.

ANNA



— **A** veces me encantaría ser como tú.
La miro con cara de extrañeza.
—¿Cómo yo? ¿Por qué?

Emily rueda sobre sí misma y se queda bocarriba en la hierba, contemplando las estrellas.

—Porque tienes algo, no sé qué, que te hace diferente. Como una luz dentro de ti. Cualquiera puede verlo.

Me aprieto el estómago con las manos, consternada. Espero que eso no sea verdad. Nada me gustaría menos que llamar la atención de esa manera.

—Me dan ganas de vomitar solo de pensarlo —admito.

Ella resopla.

—Si yo tuviera lo que tú tienes, me aprovecharía de ello. Todas en el castillo tendrían claro quién soy y lo que valgo.

Giro de costado, acercándome a ella, a su calor, a la fuerza que irradia por todos los poros de su cuerpo.

—Tú ya eres perfecta. No hay bruja más mala que tú.

—Bueno... creo que a veces ser mala no es suficiente.

La miro con espanto. Esa es una declaración horrorosa para una bruja.

—Pero ¿qué dices?

Se encoge de hombros.

—No sé, a veces lo pienso. Te miro y pienso... ¿cómo será tener el corazón de Anna? Ya sabes, tan grande e inocente.

Sacudo la cabeza con vehemencia.

—Malo, es malo. Cualquiera puede aprovecharse de un corazón inocente. Lo genial es tener lo que tienes tú: fuerza y valor.

Vuelve a encogerse de hombros, con desgana.

—Ya, supongo...

Aterrada por su expresión decaída, cojo su mano y la aprieto con fuerza.

—Olvídalo, Em, eres perfecta tal y como eres. ¿De acuerdo? Yo te envidio.

Poco a poco, una pequeña sonrisa surca su rostro. Idéntico al mío, excepto por la ausencia del lunar en la barbilla.

—¿Me envidias? Ah, entonces todo está solucionado. Si tú dices que vale más fuerza que corazón, así será.



Me despierto con la voz de Emily aún en mi cabeza. Una vez leí que lo primero que olvidas de una persona cuando muere es su voz. Puedes seguir recordando su rostro, su forma de caminar e incluso su olor durante un tiempo, pero las voces no somos capaces de retenerlas.

Se equivocan. No he olvidado nada de Emily. Lo recuerdo todo sobre ella. El calor que siempre desprendían sus manos, su risa ronca cuando Leska y ella me metían en algún problema, la forma apretada y protectora que tenía de abrazarme, siempre rodeándome primero los hombros y luego

la cintura. Echo de menos el olor de su pelo, y la suavidad de su mejilla contra la mía cuando dormíamos juntas. Echo de menos cómo me cogía de la mano para arrastrarme de un lado a otro, o cómo me besaba en la mejilla muy de vez en cuando, siempre que nadie estuviera mirando.

Incluso echo de menos cosas que nunca tuvimos, como nuestra aventura en Bucarest como brujas iniciadas. Echo de menos envejecer juntas, planear mi vida para dos, quererla, hacerla reír.

No sé cómo dejar de echarla de menos. No sé cómo pasar un solo día de mi vida sin querer que ella esté a mi lado para contarle algo o poder apoyarme en su fuerza.

Lo veo todo demasiado color de rosa por aquí, murmura Soberbia. *Hay algo que no me encaja. ¿Es que acaso nunca peleabas con tu hermana?*

Asustada, me yergo en la cama. Ha visto mi sueño. Mientras dormía, se ha metido en mi cabeza. ¿Cómo? ¿Desde cuándo puede hacerlo? Hasta ahora, mi mente era mi lugar seguro. Donde no tengo que esconder nada ni temer que descubran mis secretos en cualquier momento.

Estoy segura de que era ella la que te envidiaba a ti, y no al contrario. Es evidente. Tú eres mejor. Incluso ella lo admitió. He visto tus sueños, Anna. Tu hermana era una persona débil... ¿O es que acaso tú fingías para contentarla?

No. No, no, no, no...

No puede haber invadido mi lugar seguro. Hay demasiadas cosas ocultas ahí, muchas no tan inocentes como el sueño de hoy.

Me levanto de la cama y corro hacia el salón.

—¡Ren!

¿Por qué llamas al cambiaforma? ¡No seas vulgar!

Tres segundos más tarde, Ren cae frente a mí solo con unos pantalones cortos y con el pecho al descubierto. Debo de haberlo despertado y se ha medio vestido a toda prisa.

—¿Qué ocurre? —Con el ceño fruncido, mira por encima de mi hombro al interior del dormitorio.

—Yo... —Respiro agitadamente, sin saber bien qué decirle ahora que lo tengo delante.

¿Qué intentas ocultarme? ¿Acaso crees que no me he dado cuenta de que tienes secretos guardados? Da igual cómo de fuerte intentes ocultarlos, acabaré encontrándolos. Y a pesar de la verdadera rabia que hay en su tono, también escucho un trasfondo de miedo. De nerviosismo. ¿Otra vez?

Miro a Ren. ¿Él la asusta? ¿Por eso estuvo tanto rato en silencio después del incidente de Bagal, cuando Ren cayó sobre mi regazo, y después de nuestro encuentro en el baño?

—¿Ha entrado alguien?

Ren me rodea para entrar al dormitorio. Antes de que se aleje, cojo su mano.

—Espera.

Me mira y frunce aún más el ceño.

—Me estás asustando, estás pálida como un fantasma. Dime qué ocurre.

Antes de que Ren me tocara en Bucarest, Soberbia se puso como una loca. Luego, cuando Ren me besó en el baño, y cuando estuvimos juntos anoche, no pronunció ni una palabra. Intentó impedirlo, como ahora, pero en cuanto Ren me besó...

Noto a Soberbia revolviéndose con tantas ganas que no sé cuánto lo aguantaré.

Hay algo sobre tu hermana, sisea, rabiosa. Y algo sobre el Éter. ¡Y voy a descubrirlo!

De pronto, siento un tirón tan fuerte que el corazón deja de latirme durante unos angustiosos segundos. Oh, Diosa. ¿Qué está haciendo?

Asustada, aprieto la mano de Ren.

—Bésame. —Doy un paso y le rodeo la nuca con la otra mano. Luego me pongo de puntillas y uno mis labios a los suyos, por si no se daba prisa en hacerme caso.

Ren exhala un gemido y al instante sus brazos me rodean la cintura.

—Anna... —suspira contra mis labios.

Luego lame la comisura de mi boca, como anoche, y mi mente se emborrona. Quiero seguir atenta al Pecado, para ver si mis suposiciones son correctas. Sin embargo, me es imposible. Abro los labios y la lengua de Ren entra con suavidad, recorriéndome el paladar, enredándose con la mía, llenándome de una excitación que no puede ser normal. No sé qué hacer

con las manos, así que las apoyo sobre sus hombros. Cuando rasco los músculos allí, él gime.

Se inclina y desliza sus manos por la parte posterior de mis muslos. Con fuerza, me impulsa hacia arriba. Le rodeo la cintura con las piernas mientras afianzo mis brazos sobre sus hombros. Él da un par de pasos y mi espalda se apoya contra algo... la pared, creo.

Ya no existe Soberbia. Solo Ren, empujando contra mí, transmitiéndome su calor. Y puede que haya recibido la educación antihombres de una bruja, pero sé perfectamente qué es el bulto que se está apretando contra mi entrepierna. Sé a qué se debe y sé que, aunque yo misma empecé esto, voy a arrepentirme muchísimo.

¿O no?

Los labios de Ren se separan muy despacio de los míos, y sus ojos me buscan, interrogantes. Sin embargo, no tengo respuestas para él. Y asombrosamente, él tampoco me las exige.

—Voy a seguir besándote un poco más, ¿vale?

—Yo...

Tengo que recordar por qué le besé, y que no fue por gusto.

Entonces sus labios vuelven a tocar los míos, esta vez con más suavidad. Más despacio. Como si quisiera tomárselo con calma. No soy muy ducha en el tema de los besos y no sé si lo hago bien, aunque debo reconocer que tiene su punto. Está provocando reacciones en mí que no creí que fueran posibles; o tal vez no quise creerlo.

Ren separa un poco los labios.

—No te asustes.

A continuación, sus dientes se cierran sobre mi labio inferior. Es suave; no hace daño. La sensación provoca que me tiemblen los muslos, por lo que su entrepierna se aprieta aún más contra la mía. Oh, Diosa. Las manos de Ren se deslizan con suavidad de mis muslos hacia mi culo.

Me besa en la mejilla, en la sien, junto a la oreja y, casi con impaciencia, baja a mi cuello. Se entretiene lamiendo y chupando, y todo en lo que yo puedo pensar es en la mordedura que lucía Indah, y en su significado. ¿Ren lo va a hacer? ¿Acaso yo se lo voy a permitir? ¿Incluso ahora que sé cuáles son las consecuencias?

No.

No sé.

No, desde luego que no.

Intento encontrar mi voz de nuevo y concentrarme en lo importante.

—T-tu Pecado... ¿qué sientes?

—Mmm... Está bien... —murmura contra mi piel—. Tranquilo como un bebé. No tienes de qué preocuparte.

Lo sospechaba. Soberbia ha vuelto a quedarse callada y quieta. Cuando Ren y yo estamos juntos, los Pecados se silencian. Pero ¿por qué?

Tras un último beso en mi pulso, levanta la cabeza.

—¿Esta es la forma que tienes de dar los buenos días?

Ni por asomo. Sin embargo, no pienso contarle que, si no le hubiera besado, mi Pecado habría estado a punto de descubrir cosas para las que ni siquiera yo estoy preparada.

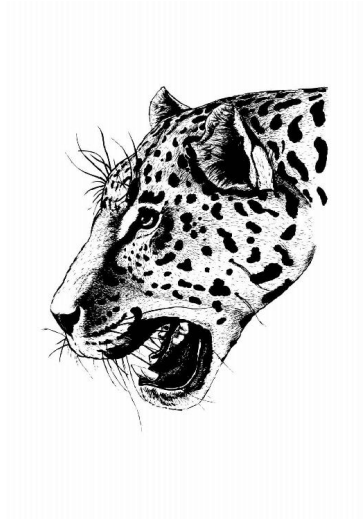
—¿Anna? —insiste—. No es que me queje, es solo que no me lo esperaba.

—Bueno, la verdad es que...

Y antes de tener que inventarme una penosa mentira, mi móvil empieza a sonar nuevamente desde el dormitorio.

Bendita tecnología.

REN



Me cago en el puñetero móvil. Anna intenta pasar por mi lado, pero yo la retengo.
—Oye...

—Tengo que cogerlo —dice sin mirarme—. Debe ser Melissa para decirme el lugar de extracción.

Sorprendido por sus palabras, permito que se me escape. La sigo al dormitorio.

—¿Lugar de extracción? ¿Por qué eso suena tan mal?

Ella rebusca en la mesilla de noche hasta que encuentra el móvil.

—¿Sí? Buenos días. Sí, todo bien. ¿Dónde será? Vale, eso es genial. Gracias.

Cuelga y camina hacia la mochila que tiene junto a las puertas del armario.

—Debemos estar al mediodía en la oficina de correos de Pontianak Sur.
—Coge la mochila y la pone encima de la cama—. Yo no sé dónde está, ¿llegaremos a tiempo?

Consulto la hora. Son las diez de la mañana.

—Sí, podemos ponernos allí en una hora. Voy a hablar con Adi a ver si puede llevarnos en coche.

—Vale, haré rápido la maleta.

La observo revolotear por la habitación. Se tropieza varias veces con las esquinas de la cama, como si no recordara de una vez para otra que están ahí. Bastet, siempre pendiente de ella, la sigue con la mirada desde la almohada. Saca la poca ropa que trajo del armario y se entretiene doblándola bien. Está claro que sabe que estoy observándola y finge que no se da cuenta.

¿Por qué estaba tan asustada cuando salió del dormitorio gritando mi nombre? ¿A qué vino lo de besarme? Me está ocultando demasiadas cosas, maldita sea. Yo aún estoy respirando como si hubiera corrido una maratón y ella ya ha desechado el momento sin ningún problema, como si no hubiera sido el mejor morreo del mundo.

Aprieto la mandíbula y cambio de posición para que mi polla no forme ninguna tienda de campaña en los pantalones.

—Creía que las brujas usabais la magia para todas esas cosas.

Si no hubiera estado muy atento, tal vez me habría perdido la leve vacilación en sus manos mientras dobla unos pantalones cortos.

—A veces también nos gusta usar las manos —afirma.

No es mentira, porque no lo huelo, aunque algo me dice que tampoco es del todo verdad.

—Tal vez no he conocido a muchas brujas, entonces.

—Tal vez. —Y antes de que pueda decir algo más, se gira hacia mí—. ¿Crees que volveremos a tiempo para la ceremonia de Indah y Bagal?

—¿Eso es lo que quieres?

Frunce el ceño, como si no le gustara que le devuelva la pregunta.

—Sí. Me he comprometido con ella, y con Mawar, y con Bambang, y con Sari, y con... —La lista va aumentando. Se ruboriza—. Bueno, creo que me he comprometido con medio poblado.

A pesar de mi caos interior, le sonrío.

—Entonces haremos todo lo posible por no decepcionarles, ¿no?

*

Adi acepta encantado llevarnos hasta Pontianak, y se nos une Bambang. No sé cómo (aún estoy repasando los acontecimientos en mi mente), pero el mocosito consigue sentarse detrás con Anna y relegarme a mí al asiento del copiloto. Lo único bueno es que ha aceptado cuidar de Bastet hasta nuestro regreso. Cuando Anna empezó a explicarle al gato que era mejor que la esperara en el poblado, juraría que el maldito animal la entendía. Maulló y maulló, rascando la pernera del pantalón de Anna con las uñas. Fue todo un espectáculo.

—Debes estar nerviosa por ir a la sede, ¿verdad? —Le está preguntando Bambang. En lugar de quedarse en su sitio, se ha sentado en el centro, más cerca de Anna.

—Un poco —admite ella—. Sobre todo, porque no sabemos con qué nos vamos a encontrar.

—No debéis ser confiados —interviene Adi. El todoterreno da bandazos mientras atravesamos una carretera maltrecha que rodea nuestro territorio, y Adi conduce con la tranquilidad que da la experiencia—. No me gusta nada todo esto.

—A mí tampoco —murmuro en voz baja. Detrás, Anna y Bambang continúan charlando—. Seremos solo nosotros dos contra ellos.

Adi hace una mueca de desagrado.

—Estamos hablando de la Admonición. No pueden tocaros un pelo sin provocar un montón de problemas. Recuerda que son diplomáticos, no guerreros. Todo lo que les importa es la imagen y la opinión pública. Juega con eso.

—Maldita sea —gruño—. Ojalá Ewan estuviera aquí. Él sabe manejar este tipo de cosas.

Adi se ríe.

—Subestimas al lobo y te infravaloras a ti mismo. Vas a poder con esto, Ren, estoy seguro.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

Sus ojos se apartan un segundo de la carretera para encontrarse con los míos.

—Porque tu sangre es la de tu madre.

Respiro profundamente. En eso tiene razón. Tengo muy claro lo que quiero que ocurra y lo que no; trazar los límites frente a los consejeros no debería ser tan difícil.

De pronto, la cabeza de Bambang se cuela entre nuestros dos asientos.

—¡Eh, sube el volumen! ¡Esta canción es la caña!

Lo devuelvo a su asiento empujándole la cabeza.

—Quieto, cachorro.

—Súbela —insiste—. Por favor, tienes que escucharla, es la mejor canción de la historia.

Anna se ríe.

—¿De la historia?

Adi acerca la mano a los mandos de la radio.

—Bambang significa «caballero», pero deberían haberte llamado Bernyanyi... «Cantarín».

Mientras Adi sube el volumen, Anna le pregunta a Bambang si él canta. El chico se echa a reír.

—¿Canta el rui señor, querida *Mata Biru*? ¿Nada el delfín? ¿Aúlla el lobo? Yo no canto, expreso mi naturaleza a través de la música. Es algo que no puedo evitar. Me lo pide el alma.

Anna se ríe con él.

Apretando los labios para no reírme yo también, aparto la mano de Adi y subo yo mismo el volumen. Lo subo hasta que los acordes de la canción ahogan las palabras de Bambang. Cuando me giro, el cachorro me está fulminando con la mirada. Le guiño el ojo.

—Adelante, expresa tu naturaleza —grito.

Luego miro por la ventana mientras presto atención a la música; reconozco la canción y el grupo: *Demons*, de Imagine Dragons. Bambang

entona junto con el cantante una estrofa que me hace sentir demasiado identificado.

*I wanna hide the truth
I wanna shelter you
But with the beast inside
There's nowhere we can hide*

«Quiero esconder la verdad, quiero darte refugio. Pero con la bestia dentro, no hay lugar en el que podamos escondernos».

Apropiado. Muy apropiado.

ANNA



En la oficina de correos de Pontianak Sur nos espera alguien muy especial. El aire en el pequeño interior está viciado y el mostrador está en penumbra. Tras él, una gran estantería llena de casilleros vacíos, como una colmena abandonada, acumula polvo. No hay nadie esperando en las sillas, aunque el cartel indicaba que estaba abierto.

—Sospechoso —murmura Ren—. Puede que no sea la oficina correcta.

Mi mirada se topa con una enorme tarántula negra que está haciendo de una esquina su hogar, atrapando en sus redes a una polilla moribunda. Sonrío.

—Es aquí.

Me acerco al dispensador de turno, que es de plástico rojo y parece a punto de desintegrarse, y cojo un *ticket*. Soy el número uno.

De pronto el suelo tiembla. Dura tan solo dos segundos, el tiempo suficiente para que los brazos de Ren me rodeen y una nube de polvo caiga

sobre nuestras cabezas. Tosiendo, hago aspavientos con las manos para despejar el aire frente a nosotros. Ahora hay una mujer tras el mostrador, con los codos apoyados en la superficie. La poca luz que traspasa los sucios cristales del escaparate incide sobre su piel de una manera espectacular, haciéndola brillar.

—Siguiente, por favor —anuncia, sonriente.

—¡Luciérnaga! —exclamo. Espero a que Ren me suelte y corro hacia ella. Con el mostrador de por medio, le echo los brazos al cuello—. ¡No esperaba que fueras tú!

—La señorita A'Quila se puso en contacto conmigo anoche y me dijo que tenía un paquete muy especial que recoger en Indonesia —se ríe mi antigua mentora—. No le pude decir que no.

Aunque hace más de seis meses desde la última vez que la vi, durante las Olimpiadas, está igual. No ha cambiado nada. Siempre me preguntaré, como con muchas brujas superiores, cuál es su verdadero aspecto y su verdadera edad.

—Veo que has traído un amiguito —comenta, sin molestarse en mirar a Ren.

—Estamos juntos en esto —le digo, aunque ella ya lo sabe—. Entonces, ¿tú nos llevarás?

Ren se acerca.

—¿Llevarnos?

—Van a ser solo unos segundos y nos ahorraremos un montón de tiempo. Lo único que tenemos que hacer es tomarla de la mano.

—O sea, teletransportarnos —resume él—. Es lo que te pedí que hicieras en el avión, y te negaste.

Me paso los dientes por el labio inferior, escogiendo bien mis palabras.

—No podía dejaros a ti y a Leska para que murierais. Yo tengo una pequeña habilidad para teletransportarme a mí misma, pero la de Leska es nula. Luciérnaga, por otro lado... —La señalo con la mano—. Puede llevar consigo incluso a diez personas.

Y lo más asombroso de todo es que cada palabra que he dicho es cierta, sin revelar la auténtica verdad. No me siento tan mal de esta forma, aunque soy igual de deshonesto.

—Doce, en realidad —concreta Luciérnaga—. Como buen cambiaforma que es, desconfía de la magia y de todos sus derivados. ¿En este tiempo no te ha pedido que hagas el menor número posible de truquitos? —pregunta, sarcástica—. Se mean en los pantalones cuando no pueden controlar algo.

Estoy de acuerdo con ella. Es una mujer lista, apostilla Soberbia.

Bueno, debí verlo venir: Luciérnaga jamás ocultó su disgusto cuando Ren vino al castillo a por Emily. Que cuatro días después mi hermana muriera solo aumentó su rencor.

—Luci, por favor. —Me interpongo entre ambos y miro a mi exmentora con una súplica muda—. Ren se ha portado muy bien conmigo y me ha ayudado incluso cuando no era su responsabilidad. Respeta eso.

A continuación, trago saliva. Nunca le había replicado a Luciérnaga. Aunque ahora ya no sea mi mentora ni le deba la obediencia de una pupila, yo siempre fui la gemela que cumplía con todas las normas y nunca hacía nada malo.

—Muy bien, por los viejos tiempos —gruñe la bruja—. Agarrad mis manos, esto será rápido.

Cojo su mano izquierda y Ren la derecha. Aunque no hace falta, él extiende la otra y entrelaza sus dedos con los míos, provocando que un escalofrío ascienda por mi brazo. Cuando Luciérnaga cierra los ojos, el suelo empieza a temblar de nuevo y, al igual que antes, solo dura unos segundos. Todo es muy rápido: la oficina de correos es succionada por un enorme agujero negro sobre nuestras cabezas (que también nos succiona a nosotros) y en su lugar aparece un sitio oscuro, ruidoso y lleno de viento. No, espera, no es viento.

Un metro pasa a toda velocidad delante de nuestras narices, revolviéndonos la ropa y enredándonos el pelo en la cara. Desaparece en el siguiente túnel y deja a la vista una parada de metro pequeña y vacía. Luciérnaga nos suelta las manos y, cuando me doy la vuelta, veo un enorme mural de azulejos de colores con el símbolo de la Admonición: un blasón en forma de escudo. Una línea diagonal lo divide en dos, formando dos triángulos que muestran diferentes dibujos: un hombre enarbolando una

espada y una criatura dentada; no son precisos, solo son sombras. En el centro de los dos dibujos, cercado por un círculo, hay un ojo.

—Esta es la parada que han habilitado hasta el viernes para los que quieran venir a la reunión —dice Luciérnaga—. Tranquilos, no hay nadie vigilando. Ya me he encargado. Si subís esas escaleras iréis a la calle. — Señala a la izquierda—. Con las otras vais directos a la sede.

Ren, que aún no me ha soltado la mano, está contemplando con disgusto el blasón.

—¿Tendremos que bajar aquí otra vez mañana para llegar a la sede?

—No, podéis entrar desde la calle también.

Me paso la mano por el pelo, que está alborotado.

—¿Cómo sabremos qué edificio es? —La Admonición es famosa por cambiar de sede constantemente para evitar las sospechas humanas, aunque al mismo tiempo, y siendo totalmente contradictorios, siempre escogen lugares pomposos y estrafalarios. No pueden evitar querer demostrar su enorme poder, supongo.

Luciérnaga esboza una gran sonrisa.

—Lo sabréis. Los humanos lo llaman Palacio de Cibeles.

Unas luces se acercan por el túnel del metro y se oye el estruendo cada vez más cercano del transporte.

—Creo que ese para aquí, y será mejor que no estéis cerca cuando toda esa muchedumbre se baje. —Luciérnaga nos empuja hacia las escaleras de la calle—. He reservado para vosotros en el Gaman, ¡ya me daréis las gracias!

Me detengo en el primer escalón.

—Espera, ¿vas a estar en la reunión?

Luciérnaga arquea las cejas.

—La pregunta correcta es: ¿quién no? Sois un fenómeno.

Subimos a toda prisa por las escaleras justo cuando las puertas del metro se abren y un tumulto de seres de las razas llena la parada. Ascendemos durante lo que parece una eternidad hasta que la luz se extiende sobre nuestras cabezas. Música, calor, gente, risas, gritos, algodón de azúcar. Volteo para ver el cartel del metro que indica dónde estamos: Sol. El mismísimo centro de Madrid.

Después de estas semanas en la tranquilidad del poblado, donde el máximo alboroto lo producen los niños, me marea un poco estar en medio de toda esta actividad.

—Deberíamos buscar el hotel —propone Ren—. Este calor es sofocante.

Borneo no es el lugar más fresco del planeta en agosto, pero estoy de acuerdo con él. El verano de la selva es diferente; es cierto que por momentos es más pegajoso. Sin embargo, siempre puedes encontrar cobijo bajo un árbol y refrescarte la cara. Aquí, en la capital de España, en pleno mediodía, no hay ninguna sombra bajo la que guarecerse.

Varios adolescentes pasan por nuestro lado con helados que me hacen salivar.

—¿Y si conseguimos un helado?

—Buena idea.

No somos muy originales, porque acabamos en McDonald's. Hacer la cola en un establecimiento público lleno de humanos con Ren a la espalda es toda una experiencia. No deja de mirar a su alrededor como si hubiera enemigos en cada esquina, y eso llama la atención. Bueno, eso y su altura, su complexión y, desde luego, las sutiles cicatrices en su rostro. Han desaparecido mucho más y más rápido de lo que yo esperaba sin magia de por medio, cortesía de la alta capacidad de curación que tienen los cambiaformas.

Yo pido un simple cucurucho de nata, y Ren consigue una elaborada mezcla de sirope, galletas, turrone y m&m's. La cajera no se está quejando porque se salga del menú: los ojos le desprenden chispitas solo por tener a Ren delante.

—¿Quiere que le ponga también Oreo? —pregunta, sonriendo con dulzura. Las cuatro cicatrices de Ren solo parecen fascinarla más.

—Demonios, sí.

Ella suelta una risita y corre a obedecerle.

Contengo un suspiro y me doy la vuelta, confusa. Mientras doy una lamida a mi helado, me recuerdo a mí misma que esas reacciones por parte de los humanos son algo lógico. Él es muy guapo, con esos increíbles ojos verdes, por no hablar del magnetismo animal que poseen todos los

cambiaformas, así que, ¿qué persona con dos dedos de frente no se fijaría en él?

Y a mí no me molesta. No. Para nada. ¿Por qué debería? No se me ocurre ni una sola razón por la cual yo...

Ren apoya una mano en mi cintura, sobresaltándome.

—Oye. Pregunté si querías algo más.

Me apresuro a negar con la cabeza. Ren paga y salimos del lugar.

—¿En qué estabas pensando allí dentro? Parecías muy concentrada —me dice cuando nos detenemos frente a un cartel con el mapa del centro de la ciudad.

Me limito a encogerme de hombros y lo veo esbozar una pequeña sonrisa, de esas que parecen ocultar un secreto. Pasa los dedos por el mapa, buscando nuestro hotel y el lugar donde tendremos que ir mañana.

—¿Te ha molestado la dependienta? —pregunta de repente.

Por poco se me cae el helado al suelo. Aprovechando que está concentrado en el mapa, lo fulmino con la mirada.

—Una simple humana es incapaz de molestar a una bruja —proclamo, pensando que es lo que Leska respondería.

—Ya, pero tú no eres una bruja normal. —El dedo índice de Ren se detiene en un pequeño circulito que contiene el dibujo de una cama. Debajo se puede leer: «Hotel Gaman»—. Si te sirve de consuelo, yo me he sentido un poco envidioso de Bambang estos días.

Escondo mi asombro detrás del cucurucho.

—¿De Bambang? ¿Envidioso? ¿Por qué? ¿Por sus chistes? ¿Por cómo canta? —Ren frunce el ceño—. ¿Porque sabe hacer un triple salto mortal hacia atrás sin despeinarse?

Él suelta un gruñido.

—Porque pareces muy relajada con él —me contesta. Aleja la mano del cartel y se la pasa por el pelo revuelto. Si no lo conociera un poco, creería que se ha puesto nervioso. Incluso creería que la rojez en sus mejillas es por vergüenza y no por el calor—. En realidad, siento envidia de lo bien que os lo pasáis juntos. Joder, no sé ni por qué te lo digo... Déjalo, no me hagas caso.

Me quedo callada, prudente, analizando lo que sus palabras me han hecho sentir... La forma tan extraña en que han calentado mi pecho. ¿Es... alegría lo que siento? No debería, así que no digo nada porque temo meter la pata de nuevo.

Ren, que esperaba una respuesta, exhala un largo suspiro.

—Está bien, no me digas lo que piensas. Algún día voy a comprarle un hechizo a otra bruja para poder leerte la mente.

Esa idea tan absurda me hace sonreír.

—Se llaman conjuros, no hechizos, y tendrías que pagar mucho dinero para eso.

Se inclina hacia mí y me da unos toquecitos en la sien.

—Daría todo lo que tengo por saber lo que hay aquí dentro.

Me quedo sin aliento, por sus palabras y por su cercanía. Él se da cuenta y se sonríe.

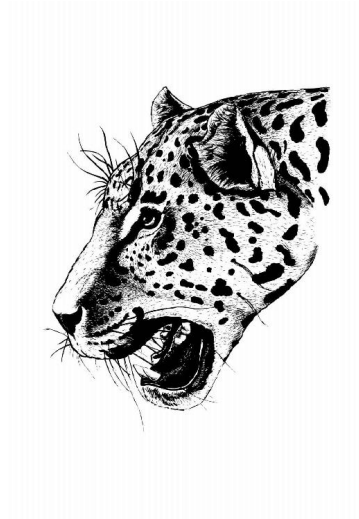
—Vamos, estamos a un kilómetro del hotel. Tu mentora lo escogió bien.

—¿Y la sede? ¿Ese Palacio de Cibeles?

Ren señala el cartel con el pulgar.

—A cuatrocientos metros de nuestro hotel.

REN



El hotel es lujoso, aunque no es eso lo que me impresiona. Lo que me deja totalmente estupefacto es el hecho de que no somos, ni de lejos, los únicos no-humanos pululando por aquí. Anna me explica que el Gaman es uno de los pocos hoteles del país que aloja tanto a humanos como a seres de las razas indistintamente. Dice que es muy famoso entre las razas por esa misma razón. Está dirigido por la familia Wakahisa, que pertenece a la raza de las kitsunes (mujeres que se pueden transformar en poderosos zorros de varias colas). Cuando le pregunto cómo sabe todo eso, me mira con las cejas arqueadas.

—Pensé que sabías que las brujas y las kitsunes somos aliadas. Nos llevamos superbién. Su sociedad se basa en matriarcados, como la nuestra, y utilizan a los hombres solo para... Eh...

Al ver que se queda callada y se ruboriza, me echo a reír.

—¿Solo para procrear? Sí, algo había oído...

No dice nada más y yo no puedo dejar de sonreír mientras nos acercamos al mostrador de recepción. Luciérnaga reservó a su nombre una única *suite*, lo cual me sorprende. Creí que habría reservado dos habitaciones, una en cada extremo del hotel, y que yo tendría que tener una charla con Anna para convencerla de que es mejor compartir habitación mientras seamos solo nosotros dos. Es una mera cuestión de seguridad. No tiene nada que ver con mi visceral necesidad de tenerla cerca.

El recepcionista nos hace un par de preguntas «de rigor» antes de darnos nuestra llave: si «la bruja» piensa practicar magia, o si yo necesito una habitación especial para «mi animal».

Anna abre la boca, sorprendida.

—¿Cómo sabe usted...?

—Es mi trabajo saberlo —replica él. De pronto, sus ojos relucen y un matiz plateado los hace brillar. El espacio se distorsiona alrededor de su cara, y por un efímero segundo soy capaz de ver varios tentáculos que nacen en los bordes de su mentón a modo de barba.

Ah, mierda, es un desuellamientes. No había reconocido su olor porque es la primera vez que veo uno. ¿Las kitsunes tienen un ser así detrás de un mostrador atendiendo humanos? Deben estar muy locas... o ser muy poderosas. Los desuellamientes, que yo sepa, son muy rechazados por las demás razas por su molesta propensión a meterse en los cerebros ajenos y enloquecerlos. O comérselos.

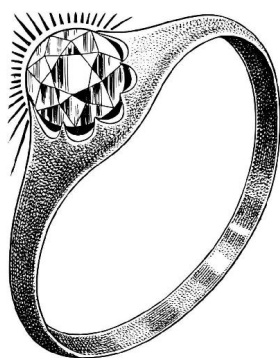
Nos despedimos rápido de él, y no me hace falta mirar a Anna para saber que ella también se ha dado cuenta. Subimos en el espacioso ascensor dorado comentando el asunto, los dos muy asombrados. Al llegar a nuestra habitación, todo tiene mucho más sentido. Sí, compartiremos una *suite*, pero eso no quiere decir que haya un solo dormitorio. Hay dos, de hecho: el salón está en el centro, con acceso a un gran balcón, y un dormitorio a cada lado.

Anna está de pie frente a uno de los sofás.

—¿Prefieres derecha o izquierda? —pregunta.

No contesto porque estoy demasiado ocupado felicitando a Luciérnaga mentalmente.

ANNA



Después de ducharme, me pongo unos vaqueros oscuros, una camiseta blanca y salgo descalza al salón, dando gracias por el aire acondicionado que refresca toda la *suite*. Ren está sentado en uno de los sofás, cambiando canales de una gran tele parecida a la de su casa.

Me siento a su lado, a un metro de distancia. Subo los pies al sofá y me rodeo las piernas con los brazos, un poco incómoda. No vamos a tener mucho que hacer hasta mañana, cuando se celebre la reunión. Seremos solo él y yo, con todo lo que ha pasado pendiendo entre nosotros más la incertidumbre de lo que nos aguarda en la Admonición.

—He pedido que nos traigan el almuerzo. ¿Quieres ver algo en particular mientras esperamos? —me pregunta.

—No soy mucho de ver la tele —le confieso.

—Ah, ¿no? ¿Y qué haces en tu tiempo libre? Ya sabes, pasatiempos, *hobbies*...

Juego con los dedos de mis pies mientras lo pienso. Parece que tengo que rebuscar muy profundo en mis recuerdos para volver a Bucarest y al dúplex en el que viví con Leska durante más de cinco años. Donde fuimos dos compañeras de piso de lo más normales (a excepción de los caminitos de hielo que iba dejando Leska a su paso), tratando de ignorar el hecho de que aquella aventura había estado pensada para tres.

Tras el funeral, Leska había reunido valor y me había preguntado si aún quería que buscáramos una casa de tres dormitorios. Al principio lo consideré, lo cual ahora me parece una locura. Pensé que podríamos trasladar todas las cosas de Emily, meterlas en esa tercera habitación y fingir que el plan seguía en marcha. Por suerte, esa idea desapareció rápido de mi mente. Solo éramos dos e iba a tener que acostumbrarme a ello más tarde o más temprano, aunque ya han pasado seis años y parece que no he tenido mucho éxito.

Tragando saliva, pienso en lo que solíamos hacer Leska y yo en el dúplex. Una sonrisa vacilante se forma en mis labios. No era la aventura que siempre planeamos, pero no estuvo tan mal.

—Me gusta... hacerle peinados a Leska. Tiene un pelo fantástico. A veces pasamos tardes enteras peinándonos.

—¿A eso te referías cuando decías que a las brujas también os gusta usar las manos?

Esbozo una sonrisa contra mis rodillas por la ironía. Sí, yo le hacía peinados a Leska con mis manos mientras que ella utilizaba conjuros de lo más variopintos. Y como gran amiga que es, nunca me presionó ni me cuestionó, aunque a veces pude ver la decepción en sus ojos. Pude ver la acusación cuando miraba el talismán.

—¿Y tú? ¿Tus *hobbies*?

Coloca el mando sobre su muslo, vestido con unas cómodas bermudas.

—Te habrás dado cuenta de que me gusta todo lo relacionado con el trabajo del poblado. También me gusta tener las manos ocupadas; no soy un intelectual como Ewan.

—Es normal. Eres bastante desinquieto, pero también creo que eres muy inteligente.

Ren se remueve en el sofá, como si estuviera incómodo. Se lleva la mano a la boca para carraspear y juraría que... Sus mejillas están un poco más coloradas nuevamente. Y esta vez sí puedo estar segura de que no es por el calor.

—¿Te has ruborizado?

Él menea la cabeza, algo parecido a un gato sacudiéndose el pelaje.

—Ya te he dicho que no soy un intelectual.

—Qué tontería. —Por alguna razón, notarlo cohibido a él me da valor a mí para hablar cuando normalmente me mantendría callada—. Yo creo que tienes una forma impresionante de conectar informaciones y sucesos. Eres capaz de reaccionar en cualquier circunstancia, y te das cuenta de cosas que otros pasan por alto. —Luego me pellizco el dedo gordo del pie para obligarme a mí misma a no continuar.

Cuando pasan los segundos y Ren no me contesta, giro la cabeza. Me está mirando sin parpadear.

—Acabas de hacerme un gran cumplido —afirma. Yo trago saliva y él sonríe con lentitud, palmeando el espacio libre a su lado—. Ven aquí.

¿Qué? ¿A su lado? ¿Para qué? Las alarmas suenan en mi cabeza. ¿Y si cree que besarlo esta mañana significa que he cambiado de opinión respecto a nosotros? No lo he hecho. Sigo pensando que mirarlo y que se me acelere el corazón está mal.

Porque está mal.

—Anna, yo siempre quiero estar lo más cerca posible de ti, que quede claro. Y quiero que la decisión sea tuya. Que cuando te acerques, sepas por qué lo haces.

En efecto, ¿por qué lo hago? ¿Por qué no soy capaz de poner fin a todo esto de manera contundente? ¿Por qué...?

Es sencillo: porque no puedo resistirme. Deseo esto. Deseo a Ren.

Hago fuerza con las piernas y me deslizo a través de los centímetros que nos separan. Cuando mi muslo roza el suyo, contengo el aliento. Casi espero que él me coja y me siente en su regazo, o que se incline sobre mí para besarme.

Sin embargo, Ren se limita a rodearme los hombros con el brazo y coger el mando con la mano libre.

—Voy a darte un poco de cultura televisiva. ¿Sabes lo que es *American Chopper*?

Media hora después, cuando llega nuestra comida, estoy casi vibrando. Ren no ha hecho nada más que acariciarme el hombro de forma muy suave mientras veíamos la tele. No me gustó el programa de las motos, pero sí uno en el que hacían unas preciosas tartas para fiestas. Ren parecía abatido cuando elegí ese canal, y a mí me gustó ese pequeño sacrificio por su parte.

No hubo nada más allá del abrazo y de los gruñidos de Ren para contestar a cada uno de mis entusiasmados comentarios sobre el azúcar glas y el chocolate suizo. Sin embargo, disfruté cada segundo de cada minuto, ignorando olímpicamente la parte de mí que no paraba de gritar que estaba loca. Y no, no era Soberbia.

Comemos en un silencio agradable, colocando los platos en la mesita frente al sofá. Ren pidió para mí una deliciosa pechuga empanada con salsa de pimienta que me hace relamerme. Para él, un filete casi crudo. Cuando pincha la carne con el tenedor, sale sangre por los costados.

—Esto es un gusto personal —me explica. Se lleva un trozo a la boca y mastica sonriendo, así que parece que van a estallarle las mejillas. Las cicatrices en su cara se vuelven blancas—. No tiene nada que ver con que sea un cambiaforma. Mawar dice que soy impaciente incluso para comer... No puedo esperar a que la comida esté del todo preparada antes de zampármela.

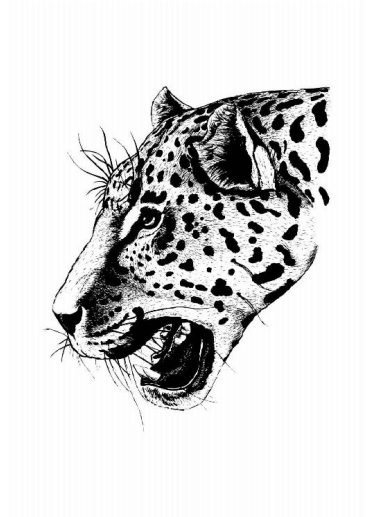
Charlamos sobre el poblado, sobre cómo será la ceremonia de Indah y Bagal, o qué estará tramando Bastet en este momento. Yo apuesto que estará haciéndole la vida imposible a Bambang, ofendido por haberlo dejado atrás. Ren no termina de creérselo. Por más que le aseguro que mi gato es una pequeña fiera antipática y asocial, él lo niega. Parece convencido de que cualquier felino del mundo tiene un alma juguetona y dulce. Pobre iluso.

Cuando terminamos, volvemos al sofá. Esta vez dejo que Ren elija un canal de películas del oeste. El balcón está abierto y entra una agradable brisa cálida que mece las cortinas y pasa por mi piel. Ren tiene los brazos estirados a lo largo del respaldo del sofá y los pies cruzados sobre la mesita, totalmente relajado. Yo estoy un poco apoyada en él. Con la brisa, la música

wéstern de la película y el lento subir y bajar del pecho de Ren, los párpados empiezan a pesarme. Cabeceo sin darme cuenta. La mano de Ren baja hasta mi hombro y me empuja para que me acueste sobre él. Adormilada, obedezco, pensando que sería muy mala idea que me dejara dormir junto a él.

Lo último que recuerdo después es sentir los dedos de Ren en mi pelo.

REN



Anna parece estar teniendo un mal sueño. La he dejado descansar todo lo posible, sin apenas moverme para no perturbarla. Si V o Uyl me vieran ahora mismo, con el volumen de la televisión bajo y el brazo dormido después de dos horas en la misma posición, se reirían a carcajadas. Lo sé porque, de ser en caso contrario, yo también lo haría. No me importa. Tener el cuerpo cálido de Anna contra mi costado es la mejor sensación del mundo. No recordaba ya lo que era sentir tanta paz y complacencia con uno mismo. Como si no me hiciera falta nada más que esto, momentos así, para tener una vida feliz.

Sin embargo, ahora se está sacudiendo como si quisiera huir de algo, y me estoy poniendo nervioso. Murmura cosas en voz baja que no entiendo. Una de las veces se mueve con tanta fuerza que se aparta de mí y queda sentada en el sofá. Abre los ojos de repente, alterada, y mira a su alrededor de forma frenética.

—Eh, eh, eh. —Me acerco a ella para confortarla, pero, en cuanto la toco, se aparta de un brinco—. Anna, tranquila. Soy yo.

Me mira mientras parpadea, confusa.

—Lo sé. —Se relame los labios, que parecen muy secos—. Ya lo sé.

—¿Estabas teniendo una pesadilla?

Frunce el ceño, como si necesitara pensarlo, y sus mejillas empiezan a ruborizarse.

—No... No lo recuerdo.

El olor de la mentira tiene un matiz curioso e inconfundible: sus filos son acerados, como el óxido. Es molesto y repugnante.

—¿Estás segura?

—Sí.

Más óxido. No me gusta que no me diga la verdad, no puedo negar que me ofende, pero creo que no debería presionarla ahora mismo.

—¿Te vas encontrando mejor? Estás sudando... —Le meto el pelo, que después de la ducha se le ha ondulado de forma adorable, tras las orejas—. ¿Quieres agua?

—No... —No deja de parpadear, aturdida.

—Anna... —Llevo una mano a la curva de su cuello, y eso por fin capta su atención. Sus ojos se fijan en mí—. Dime la verdad: ¿estás bien?

La forma en que sus ojos se abren de par en par y me observan, brillantes, hace que mi pecho se constriña, sobre todo cuando hace algo extraordinario y gira el rostro hacia mi mano, buscando mis caricias. Me inclino hacia ella, incapaz de resistirme. Sus largas pestañas aletean cuando la beso con suavidad, despacio. Muy despacio.

Nuestros alientos se entremezclan y la humedad de sus labios moja los míos. Y entonces me sacude la misma convicción que cuando se enfrentó a mí en forma de leopardo y me abrazó después. Dioses, es tan poderosa. Tan real. ¿Cómo puede ella no sentirla?

Cuando me separo, la miro a los ojos. Está observándome con una mezcla de confusión y algo más, con los labios entreabiertos y las mejillas arboladas. Tomo su mano y la conduzco hasta el balcón, donde me recuesto de espaldas a la barandilla y la dejo a ella frente a mí. Una ligera brisa, bochornosa y cargada de olores, pasa entre nosotros y juega con su

pelo. Es perfecta, suave y cálida, más de lo que soñé porque creo que ni siquiera en mis mejores sueños me atreví a anhelar algo así con Anna. Si hace un mes me hubieran dicho que tendría esta pequeña oportunidad con ella, no me lo hubiera creído.

Ella parece nerviosa, como si los cuatro pasos hasta el balcón la hubieran hecho dudar.

—Mañana, en la reunión... —empiezo, dispuesto a cambiar de tema.

—No. —Para mi sorpresa, me tapa la boca con la mano y niega con la cabeza—. No hablemos de lo que pasará mañana.

—Vale... ¿De qué quieres hablar?

De nuevo niega, como si estuviera perdida y no tuviera muy claro ni lo que quiere ni lo que no quiere. Frunce el ceño un par de veces y se lleva la mano al anillo, rozando la piedra azul. Mis ojos siguen el movimiento, atentos.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué quieres hacer?

Ella da un paso hacia mí y extiende sus manos. Cuando sus pequeños y delicados dedos rozan el cuello de mi camiseta, enredándose en los bordes de la tela, todo mi cuerpo se pone en tensión. No hay músculo que yo no esté apretando ahora mismo, impactado. Creo que es la primera vez que ella inicia el contacto de esta manera... A no ser que yo esté muy desesperado y me imagine cosas, y lo único que esté haciendo sea quitarme alguna pelusa.

Sus antebrazos se apoyan en mi pecho, quemándome con su calor.

—Anna... —susurro.

Sus dedos pasan del cuello de mi camiseta a mi piel, y, aunque es apenas un roce, más ligero que el de una pluma, a mí me parece como si acabara de caerme un rayo encima. Y no me hace falta que ella pronuncie las palabras exactas, porque la forma en que me mira ahora mismo y su respiración agitada me lo están diciendo todo.

Deslizo las manos por su pequeña espalda y la inclino hacia mí, haciendo que nuestras miradas se crucen un breve instante antes de bajar mi boca hacia la suya. Se enrosca alrededor de mi cuerpo al segundo, entregada, y yo clavo los dedos en su espalda. Cuanto más nos besamos, más la ansío. Es absurdo. Me estorba su blusa. Quiero sentir su piel. De forma casi urgente, giro su cabeza en el ángulo correcto y respiro dentro de

ella, bebo de su sabor, de su esencia, de su dulzura. Mientras ella acaricia mi nuca con la mano, yo resbalo mis dedos hacia el inicio de la curva de su trasero y la empujo más entre mis piernas.

—¡Pfffiuuu, pfffiuuu! ¡Cómetela entera, chico!

Anna da un brinco, sobresaltada. Yo aprieto la mandíbula y giro la cabeza hacia el balcón contiguo. Tres hombres humanos nos están observando con sendas sonrisas. El que ha gritado alza una cerveza en nuestra dirección.

—¡Que te aproveche! Te llevas una buena. Si me dices dónde conseguir una igual de apasionada, te lo agradecería.

El gruñido sale de mi pecho antes incluso de pensarlo. La neblina del deseo se mezcla con otra más violenta, más oscura, y hace que las ganas de estampar un puñetazo en su cara socarrona sean casi irresistibles. De hecho, *son* irresistibles. Ira ruge de aprobación. De forma rápida, calculo la distancia entre los balcones. No tendría ningún problema en saltarlo, llegar hasta él y quitarle las ganas de mirar a Anna como si fuera un festín para sus ojos.

No lo es. Anna es solo mía, ruge el leopardo. ¿O no es el leopardo?

—Ren, ¿qué pasa? Mírame.

Vuelvo a gruñir, ignorándola. Aprieto sus caderas para echarla a un lado, con toda la delicadeza de la que soy capaz. Me pongo por delante de ella y avanzo hasta el borde mismo del balcón. Al otro lado, los tres humanos pierden la sonrisa. El de la cerveza retrocede.

—Eh, tranquilo, solo era una broma. Tranquilo, hombre.

«Tranquilo, tranquilo», ¿es que acaso he perdido el control? ¿Acaso le he dado motivos para que me mire como si fuera un maldito maníaco? Mi respiración se agita y mi pelaje interior pugna por salir, deseoso de soltar a la bestia. Noto los dedos pegajosos de Ira comenzar a tirar de esos hilos frágiles que gobiernan mi interior, y yo no lucho contra ello.

—No, no, no. —El pequeño cuerpecillo de Anna se interpone, plantando las manos en mi pecho—. Ren, no ha sido nada. Este hombre no quería faltarnos al respeto. Solo estaba bromeando.

—A ti —reniego en voz baja, e incluso yo me doy cuenta de la dualidad extraña en mi voz. Como si alguien más aparte de mí estuviera hablando—.

Te ha faltado el respeto a ti. Solo le daré lo que se merece, no te preocupes. Ni más, ni menos.

Por detrás de Anna, los tres humanos se juntan y se apresuran a entrar a su habitación. La puerta de su balcón se cierra de golpe, e incluso corren las cortinas de un tirón.

—Malditos cobardes —rechino, a través de los dientes apretados.

Joder, ahora ya no hay vuelta atrás. Ahora el contador está en marcha, alimentando al Pecado y robándome la razón.

—Ren...

—No te acerques a mí. —La alejo con un brazo—. Tengo... Tengo que irme.

Entro en la *suite*, desorientado, parpadeando porque por momentos lo veo todo rojo. Escucho los pasos de Anna siguiéndome.

—¿Irte? ¿A dónde?

—Donde haga falta —mascullo. Me acerco a zancadas a la puerta principal. Tengo que alejarme de Anna, del hotel, de las multitudes. Buscar un sitio donde no pueda hacerle daño a nadie ni a nada cuando explote.

—P-pero, no puedes... Tú... ¿Me vas a dejar sola?

Detengo la mano a solo unos centímetros del picaporte. Su pregunta resuena en mi cabeza. Ira se pone a gritar, diciéndome que sí, que es dejarla sola o exponerla a la furia ciega de su poder. Y que él desde luego estaría más que feliz de dejarla hecha un guiñapo en el suelo.

Tiemblo de repulsión por esa imagen. Dioses, no lo olvidaré en la vida. He pasado de contemplar su perfecto rostro justo antes de besarla, a imaginar que la destrozo con mis propias manos.

—Anna, ya lo hablamos. Cuando pierdo el control, esto es lo mejor.

—¡Es que estás equivocado! Estos días he... He descubierto algo. Si me dejaras explicarte...

Abro la puerta y salgo dando un portazo que ni siquiera ha sido a propósito. Vibrando, enfilo el pasillo hacia el ascensor. Las luces del techo pasan de amarillas a rojas intermitentemente. Que no me cruce con nadie, que no me cruce con nadie, que no me cruce con nadie...

La puerta vuelve a abrirse detrás de mí.

—¡Ren!

Echo a correr. Joder, ¿es que no lo entiende? Me moriría si ella resultara herida por mi culpa, por mi falta de contención. El ascensor llega a esta planta justo cuando me detengo ante las puertas. En su interior hay un grupo de humanos. Al principio me miran con asombro, pero en cuanto les enseño los afilados incisivos y gruño, chillan y salen a tropezones al pasillo. Entro y aprieto una y otra vez el botón de recepción.

Las puertas están a punto de cerrarse cuando una mano las detiene. Anna se cuela por el hueco.

—Vete de aquí —le gruño, retrocediendo a una esquina.

Ella tiene las mejillas coloradas y la respiración agitada.

—No puedo.

—¡Te haré daño!

—Esto ya lo hablamos, lo recuerdes o no: sé que tú nunca harías algo así.

—Joder. —Aporreo el panel de botones, desesperado porque se abran las puertas—. Es un mal momento para empezar a llevarme la contraria. Vuelve a ser una chica sumisa y ¡regresa a la habitación!

Pero ella, para mi sorpresa y consternación, alza la barbilla. Su mirada es una mezcla de orgullo, audacia y cabreo.

—No se puede volver a ser algo que nunca se ha sido. Y no, no me iré.

Cerrando los ojos, aprieto los puños contra la pared del ascensor. Hay tanta fuerza corriendo por mis venas ahora mismo, que resulta doloroso. Quiero soltarla, liberarla, drenarme. Sin embargo, la única forma de hacerlo es destrozando algo en el proceso, lo cual es imposible mientras esté en esta ratonera con Anna siendo una cabezota.

—Si te hago daño, yo me muero —gimoteo, apoyando la frente junto a mis manos—. Me muero, Anna.

—No vas a hacerme daño.

La oigo moverse. Pasa muy cerca de mí, sin rozarme, y acto seguido escucho un pitido que inunda todo el ascensor. El aparato se detiene con una sacudida. Cuando abro los ojos, veo la mano de Anna alejarse del panel de botones.

—¿Qué estás haciendo?

Sus ojos se encuentran con los míos, resueltos.

—Voy a demostrarte por qué puedo confiar en ti.

Se me acerca. Yo me aplasto contra la pared, aunque sé que no hay lugar al que pueda ir. Si golpeo alguno de los paneles, podría romper algún cable y provocar un accidente con Anna dentro del ascensor.

—Anna, te lo pido por favor... *Por favor, vete.*

—No.

Continúa aproximándose hasta que su cuerpo toca el mío. Noto sus dedos acariciarme el brazo, bajando hacia mi mano. La tengo apretada en un puño, y ella continúa trazando círculos sobre mis nudillos hasta que, por inercia, la aflojo. Entonces aprovecha para entrelazar sus dedos con los míos.

Primero me lleno de miedo. ¿Y si aprieto sin querer y le rompo los huesos? Ira enseña los dientes, me anima, me acucia, me pincha. Quiere huesos rotos. Quiere sangre. Quiere gritos. Y sé que, si no se lo doy, me hará reventar.

—Respira hondo —susurra Anna—. No va a pasar nada.

Parece tan convencida... Doy un respingo cuando siento su otra mano en mi cara. Me recorre la línea de la mandíbula con suavidad, despacio, mimándome. Respiro hondo, tal y como ella me ha dicho, y, cuando suelto el aire, expulso también parte de la tensión.

Toda mi furia se va.

La rabia se esfuma, como si nunca hubiera existido.

¿Cómo...?

Abro los ojos de golpe.

—¿Qué me estás haciendo? —Debe ser producto de su magia.

—Yo nada. Esto es lo que pasa cuando estamos juntos.

¿Lo que... pasa? Frunzo el ceño, confundido. Entonces los dedos de Anna me aferran la nuca y se impulsa sobre las puntas de sus pies para acercar su rostro al mío. Respiro su aroma, esa mezcla a cosas buenas y a especias picantes que hacen que el estómago se me apriete.

—¿No te has dado cuenta? —me pregunta—. ¿No lo has notado?

Hechizado por su aliento estrellándose contra el mío, por la cercanía de sus labios y sus caricias, casi no me doy cuenta cuando envuelvo los brazos alrededor de su cintura y la atraigo hacia mí.

—¿Notar qué?

—Nuestros Pecados... Se apaciguan cuando estamos cerca.

Me detengo a milímetros de sus labios. Pienso en ello. Me analizo a mí mismo. Ya no tiemblo, y si lo hago es por Anna, no por las ganas de destrozar algo. Si mi corazón late rápido es por ella, no porque Ira esté impulsándome en la dirección equivocada.

Como por arte de magia, Anna no solo ha detenido el contador, sino que lo ha puesto a cero. Tal y como ocurrió en la pelea con Bagal.

—¿Cuándo lo averiguaste?

—Hace... Hace poco. Soberbia se pone como loca cuando te acercas a mí. No sé por qué, pero te tiene miedo. Y cuando nos tocamos, cuando nos... Bueno, cuando lo hacemos, ella huye.

—Y tú apaciguas a Ira dentro de mí.

—Eso parece.

Una afirmación sube a mi boca: *Es porque eres mi compañera. Estamos unidos*. Estoy convencido de que esa es la razón, lo sé con una certeza innegable. Hay algo en el vínculo de nuestras almas, en el destino que nos unió, que es capaz de combatir contra los Pecados que nos poseen. Pero eso, claro, no se lo puedo decir.

—Gracias. Por no mandarme a la mierda cuando te llamé chica sumisa y por venir a rescatarme. Otra vez.

Anna sonríe con timidez.

—No ha sido nada. Cualquiera habría hecho lo mismo.

No puedo evitarlo: resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Dios, Anna, jamás pierdas tu ingenuidad. Es encantadora.

—¿Ingenuidad? Lo que digo es cierto. —Se echa un poco hacia atrás, ofendida—. Cualquiera que hubiera sabido lo que yo sé y se preocupara por ti la mitad de lo que yo me preocupo, no se lo habría pensado dos veces antes de seguirte.

Parpadeo y sonrío.

—¿La mitad de lo que tú te preocupas? Guau, vas a hacer que me sonroje.

—N-no, yo no...

—Sshh, tranquila. Puedo esperar a que caigas rendida en mis brazos. No tiene por qué ser justo ahora.

Cuando se da cuenta de que estoy tomándole el pelo, se relaja.

—Una broma tonta. Ahora sé que estás bien.

—Conque broma tonta, ¿eh? Te voy a dar yo a ti broma tonta...

La beso con fuerza. Se roza su sonrisa contra la mía. Su cuerpo contra el mío. Su confianza contra la mía.

De repente, el ascensor experimenta otra brusca sacudida y se pone en marcha de nuevo. Tres segundos más tarde, las puertas se abren y nos encontramos con todo un comité de bienvenida: al menos una docena de humanos se arremolinan junto al ascensor; entre ellos está el peculiar recepcionista.

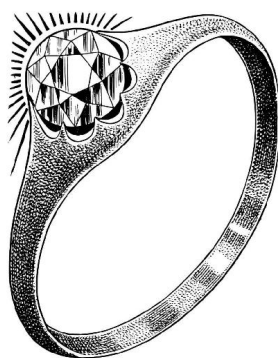
El humano más cercano, que lleva un mono azul de trabajo, nos mira y hace una mueca con la boca.

—Bah. Una parejita. Lo que yo decía. —Nos señala a Anna y a mí con una especie de *walkie-talkie* que tiene en la mano—. Ni un cinco estrellas se libra de ellos.

Cuando Anna esconde la cara en mi cuello, creo que es por la vergüenza de que todas estas personas nos estén mirando y riéndose por lo bajini, creyendo que detuvimos el ascensor para besarnos. Hasta que noto sus hombros sacudirse y sé que se está riendo. Soltando una carcajada yo también, la beso en la cabeza antes de conducirnos fuera del ascensor. La gente se aparta para dejarnos pasar.

—Disculpen las molestias —digo en voz alta. Giro hacia la izquierda y le guiño un ojo al desuellamentes al pasar por su lado—. Vamos a optar por las escaleras esta vez.

ANNA



Mientras desayunamos al día siguiente, Ren no deja de mirarme y sonreír. Algo cambió entre nosotros anoche, como si saber que al estar juntos anulamos los Pecados (o algo parecido) hubiera afianzado lo que sea que pasa entre nosotros, pero no puedo evitar sentirme culpable.

Ayer, cuando desperté, acababa de tener otra pesadilla y Soberbia estaba indagando de nuevo. Entonces él me dio aquel suave beso, tan suave como el roce de una pluma, y el Pecado simplemente se calló. Y, como en anteriores ocasiones, yo solo quería que el silencio continuara.

Bueno, y también está el hecho de que cada vez que me besa pierdo la razón. Sería tonta si lo negara.

Por otro lado, Soberbia no parece preocupada porque hayamos descubierto su pequeño talón de Aquiles y las cartas estén a nuestro favor. Solo la noto disgustada. Tal vez su altísima autoestima, lo que le otorgó en

su día convertirse en el Pecado de la Soberbia, sea su propia maldición. No es capaz de ver sus defectos porque cree que no los tiene. O al menos eso es lo que me digo a mí misma.

Después de desayunar, recogemos nuestras cosas y nos ponemos en marcha. En la calle, Ren me toma de la mano y yo no me alejo. Creo que voy a necesitar su fuerza hoy, pase lo que pase.

El Palacio de Cibeles es un bellissimo edificio blanco, grande y ostentoso. Desde fuera no se aprecia nada extraño, nada fuera de lo normal para un humano. Es más, hay un flujo constante de personas pasando por la acera frente al edificio. El lugar es una buena tapadera y un gran testimonio del inmenso poder de la Admonición. Al fin y al cabo, está compuesta por los hombres y mujeres más influyentes de cada raza.

Me sudan las manos, así que me separo de Ren un momento para secármelas contra el pantalón corto que llevo. Espero no acabar deritiéndome en un charco antes de que finalice el día. O peor, vomitando.

—¿Estás bien?

Ren se agacha hasta que sus ojos verdes se encuentran con los míos.

—Solo nerviosa. Vaya novedad.

Él me examina de arriba abajo, como comprobando que no voy a desplomarme a sus pies, y luego asiente.

—Acabemos con esto de una vez.

Me da la mano de nuevo y entramos al edificio. En un primer momento, creo que algo explota delante de nuestros ojos y por eso me quedo ciega y soy incapaz de enfocar la vista. Oigo muchos clics y una sinfonía de voces que empiezan a hablar al mismo tiempo.

Pocos segundos más tarde, la explosión termina. Frente a nosotros tenemos una pared de personas que, cámaras en mano, nos gritan una pregunta tras otra. Aún tengo puntitos negros en los ojos por la cantidad de *flashes* que dispararon hacia nosotros, y no puedo oír nada concreto.

—¿Qué demonios...?

Gruñendo, Ren me lleva hacia delante. Hay un par de hombres vestidos de negro que nos hacen señas desde un lateral del vestíbulo. Están custodiando la entrada a un pasillo. Al acercarnos, levantan la barrera protectora. Apenas hemos dado tres pasos cuando nos detenemos en seco.

Después de frotarme los ojos varias veces, me encuentro con dos fornidos y altísimos cambiaformas que nos obstaculizan el paso. Sus ojos ambarinos les identifican con claridad: pertenecen al clan del lobo.

—Garrett, Patrick. —Ren mira a uno y a otro y, sonriendo, les tiende la mano—. No esperaba veros aquí.

El rubio, Garrett, le estrecha la mano y le palmea la mejilla de forma amistosa.

—Ewan nos llamó. Dijo que había que guardarte las espaldas una vez más.

Patrick, que es pelirrojo, se funde en un cálido abrazo con Ren. Debería sonar como si dos enormes rocas chocaran la una con la otra, porque son igual de corpulentos.

—Y aparte de eso, te echamos mucho de menos en Arran. Estás tardando en volver a tu segundo hogar.

La expresión de Ren se vuelve severa.

—Puede que hoy todo se resuelva y eso deje de ser un problema.

Los tres grandullones asienten y entonces dos pares de ojos ambarinos caen sobre mí. Ya estoy más que acostumbrada a los cambiaformas y a su forma directa de analizar a las personas. Además, con Ewan y Vázquez he aprendido a no juzgarles por su intimidante forma física.

—Hola.

Garrett esboza una grandísima sonrisa, que le convierte en un chico de aspecto travieso y alegre, y me tiende también la mano.

—Y aquí está la famosa Controladora Del Éter. Es un placer conocerte, *wraig hardd*. Que significa, ya que no quiero dejar lugar a dudas, «bella dama».

—Si eres amigo de Ewan, también es un placer conocerte.

Garrett y Patrick se ríen. El último me observa con evidente curiosidad.

—No te imaginaba así. Te describen como una especie de portento que va soltando chispitas de poder allá por donde pasa.

Me remuevo en el sitio, inquieta. De pronto, Garrett mira por detrás de nosotros y frunce el ceño. Rodea los hombros de Ren con un brazo y nos hace un gesto con la cabeza para que nos movamos.

—Será mejor que busquemos un lugar más tranquilo.

Mientras caminamos, echo la vista atrás. Todos los que nos sacaron fotos al entrar están ahora al borde de este pasillo. Algunos increpan a los guardias y les exigen el paso. Todos parecen deseosos de seguirnos. Los periodistas de las razas son los peores tiburones del mundo, en cuanto olisquean una presa no la dejan escapar.

—Esto es una locura —le digo a Ren. Él se inclina un poco hacia mí para escucharme mejor—. Luciérnaga tenía razón. Las razas creen que somos un fenómeno.

—No lo creen, lo sois.

Garrett gira la cabeza para guiñarme un ojo. Patrick lo corrobora.

—Esto es un maldito delirio. No venía tanta gente a una reunión de la Admonición desde que se redactó el Tratado. O eso dicen los viejos por aquí —masculla. Nos llevan por un pasillo a la derecha, luego a la izquierda, luego a la derecha de nuevo—. Solo están dejando pasar a líderes y reyes de las razas, y como sois los únicos en la orden del día también permitirán que entren vuestros aliados.

—¿Aliados? —repito, asombrada.

—Así es. Hay una larga lista de personas esperando que autorices su entrada.

La cabeza me da vueltas. Esto se está desmadrando. Estaba segura de tener que hacerle frente a la Admonición, no a una multitud de personas que creen que esto es una especie de *reality show*.

—Y hablando de tus aliados —interviene Garrett, mirando a Ren—. Patrick y yo nos incluimos sin tu permiso, y además dejamos entrar a un par de personas que seguro que os alegraréis de ver.

Ren arruga el gesto.

—Podríais haber esperado a que llegáramos.

Garrett se echa a reír.

—Nadie hace esperar al rey de la Atlántida.

Ren y yo nos miramos y compartimos una sonrisa. Si K Leb está aquí, es casi cien por cien seguro que su prometida esté con él. Tal vez incluso ya se hayan unido formalmente. Hace más de seis meses que no veo ni sé nada sobre Cora, pero eso es normal cuando se trata de alguien que vive en la Atlántida, la legendaria ciudad sumergida.

Garrett y Patrick nos conducen por unas escaleras hasta la primera planta. Nos cruzamos con varias personas que actúan de una forma más normal: nos saludan con la cabeza y luego nos siguen con la mirada hasta que desaparecemos de su vista. Por fin entramos a una amplia sala de paneles de madera oscura. Hay varios sillones, dos mesas, sillas e incluso una mesa buffet.

Al menos una treintena de personas se gira hacia nosotros en cuanto entramos. Ren es el primero en ser arrastrado por varias manos. Hay muchos cambiaformas, unos cuantos elfos, un grupito de ninfas, e incluso... Un hada. Mi corazón se detiene cuando nuestros ojos se encuentran. Es Rhiannon La Mediadora. Sus avejentados ojos, de un azul acuoso, me sonríen con amabilidad. Atónita, retiro la mirada.

Para mi alivio, Luciérnaga se me acerca seguida de Melissa A'Quila y Parnusa Gar. A esta última tuve el honor de conocerla en el Sabbat Del Dragón; fue una de las espectadoras de mi iniciación. Es la bruja más antigua de Europa, por lo que sus conjuros y consejos valen oro. Tal cual. Hay que pagarle con lingotes.

—Ho-hola —farfullo. Luciérnaga me da un fuerte abrazo.

Antes de abrazarme, los ojos de Melissa bajan a mi talismán. Cuando me separo de ella, me apresuro a darle la vuelta de modo que el zafiro quede en el interior de mi mano, donde nadie lo vea. Por último, estrecho con suavidad la mano de la señora Gar.

—Es un placer volver a verla. Gracias por venir.

—Todo esto olía a niño muerto —exclama la bruja, en voz bien alta—. En cuanto Melissa me contó todas las mentiras de la Admonición y toda esa patochada sobre la legión de fans que os sigue, supe que tenía que venir. ¡No solo alguien maldijo a dos de nuestras hermanas de aquelarre... —vocifera, con gestos grandilocuentes. Oh, no, había olvidado lo dramática que es—... sino que pretenden echarnos el muerto encima y decidir sobre vosotras como si tuvieran derecho! ¡Como si lo importante no fuera descubrir quién rayos manipuló la caja de Pandora!

Con toda la sangre de mi cuerpo incendiándome la cara, miro a Luciérnaga en busca de ayuda. Mi exmentora intercambia una mirada con

Melissa, que asiente de forma disimulada, y luego me aleja de la señora Gar mientras esta sigue concentrada en su discurso.

Luciérnaga pone los ojos en blanco.

—Los ánimos están un poco exaltados.

—Creo que me he dado cuenta.

Vamos hacia uno de los sillones que están colocados contra la oscura pared de madera, y al instante mi mirada recae sobre la conocida figura que hay sentada en un extremo.

Esbozo una amplia sonrisa.

—¿Cora?

La humana se gira hacia mí. Lleva el oscuro pelo recogido en una trenza alrededor de la cabeza, así que sus bonitos y marcados rasgos están despejados. La última vez que la vi, durante las Olimpiadas, me defendió de Ren porque creía que él estaba faltándome al respeto. Apenas estuvimos juntas unas horas y supe sin lugar a dudas que ella era la clase de persona con la que me gustaría sentarme a charlar y en la que podría confiar. Ni siquiera enterarme de que era humana (y no atlante, como hicieron creer para que pudiera participar en los juegos) varió mi opinión sobre ella. Si acaso me hizo admirarla más, por el valor que demostró al estar rodeada de seres mucho más fuertes y poderosos que ella.

—¡Anna, menos mal! —Sonriendo con fuerza, hace ademán de levantarse. Sin embargo, teniendo en cuenta el aparatoso vendaje blanco que tiene en una de las piernas, creo que le va a costar.

Estoy dando un paso adelante para ayudarla cuando un musculoso chico vestido solo con un taparrabos se acerca. Me da la espalda, así que lo único que veo es la parte posterior de su cabeza rubia, pero sé que es K Leb. Lo conocí siendo príncipe de Atlántida, y, según dijo Garrett, ya debe ser rey.

K Leb ayuda a su chica, murmurando en voz baja todo el rato. Cora pone los ojos en blanco.

—Que sí, que sí, lo que tú digas.

Él la fulmina con la mirada. Es tan guapo como lo recordaba: rostro atractivo, de ojos turquesas y piel bronceada. La belleza atlante ha causado múltiples chismes entre las razas durante siglos.

—Hicimos un trato, muchacha.

—No pretenderás que me pase sentada todo el día, ¿verdad?

—Eso es lo que pretendo, sí. Te rompiste la pierna por tres sitios. Simbor dijo que...

—Simbor dijo, Simbor dijo. —Cora hace un gesto desdeñoso con la mano—. Ese curandero no sabe lo que dice. La gente se rompe los huesos desde que el mundo es mundo, y todo ello sin dejar de hacer su vida.

K Leb suspira. Su mano no se aparta de la cintura de Cora.

—No debería haberme dejado convencer, maldita sea. Ya estás manipulándome otra vez.

—¿Manipulándote? ¿Yo? —Cora se señala a sí misma. Cuando K Leb vuelve a murmurar algo en voz baja, el rostro de ella se transforma: sus ojos se enternecen y esboza una pequeña sonrisa—. Sí, puede que eso sea cierto. Deja de preocuparte, en serio. Solo te faltó traer a todo tu escuadrón.

—No lo hice porque no iban a permitirnos la entrada —contesta, con los dientes apretados—. ¿Y dónde están Jero y Kirkus? Prometieron que te ayudarían si necesitabas algo.

—Por ahí, no sé, creo que una ninfa les guiñó un ojo y fueron a relacionarse un poco. Lo normal.

En este punto de la peculiar conversación, Luciérnaga se inclina hacia mi oído.

—Y eso es lo que pasa cuando dejas que un hombre gobierne tu vida.

No puedo evitar echarme a reír.

—No la veo muy gobernada, la verdad.

Mi risa atrae la atención de Cora.

—Ay, Anna, perdona. Ya conoces a K Leb y su síndrome de hombre de las cavernas.

Luciérnaga murmura una disculpa y nos deja solos. Con cuidado de no rozar su pierna, intento abrazarla. Es ella la que envuelve sus brazos a mi alrededor y me estrecha con fuerza.

—Estuve preocupada por ti —susurra contra mi pelo. Huele a ese algo tan especial que tienen los que vienen de la Atlántida... como a fondo marino. Ya no huele a humana—. A lo mejor debí poner más empeño en comunicarme contigo para saber cómo estabas, pero...

—Tranquila. —La beso en la mejilla antes de separarnos—. Estuve ilocalizable, no te preocupes.

Luego saludo a K Leb. El rey de la Atlántida me abraza con afecto y me sonrío.

—Ewan nos hizo llegar una carta a través de nuestro representante. Nos contó vuestra situación y nos pidió que viniéramos en calidad de testigos. Mi primo, Bra i An, también está aquí. —Se gira para señalar a otro atlante de rizos color cobre que, también en taparrabos, está charlando con Ren, Garrett y Patrick—. Al fin y al cabo, nosotros tres vimos lo que sucedió.

Es cierto. Ellos estaban presentes cuando la caja de Pandora se abrió. No obstante, por algún motivo que desconocemos, no se vieron afectados. No fueron escogidos por los Pecados.

—¿Ewan piensa que necesitamos testigos? ¿Como si fuera un juicio?

K Leb pone su gran mano en mi hombro, uno de sus típicos gestos principescos.

—Ewan solo cree que necesitáis todo el apoyo posible. Tal vez no os hagamos falta.

Tal vez no. O tal vez sí.

—Bueno, ya puedes irte con los chicos a charlar de vuestras cosas. ¡Yo necesito mi momento con Anna! —Cora despacha a K Leb con una mueca, aunque se deja besar cuando él se inclina hacia ella. Hay mucho, muchísimo amor y confianza en ese gesto. Mientras K Leb se aleja, Cora lo contempla con expresión soñadora—. Adoro su culo en taparrabos. Y él lo sabe, pobre de mí.

Me río. Casi había olvidado el desparpajo de Cora. La ayudo a sentarse otra vez y señalo su pierna.

—¿Puedo saber qué ocurrió?

—Oh, depende de a quién le preguntes. Si es a K Leb, seguro que te contará una rocambolesca historia en la que me hace parecer una niña tonta y torpe. Dime, ¿sabes lo pulidos que están los suelos del Palacio en la Atlántida? Puedes, y esto es literal, verte reflejada en ellos. Son de oro.

—Ah, vaya... No, no lo sabía.

—Pues a eso añádele un poco de tequila, una apuesta de lo más inocente, y ahí lo tienes. —Se sostiene el muslo para poder levantar la

pierna—. La princesa Ei Leen se desmayó, paf, y Bra i An vomitó hasta su primera papilla. Pero debo decir que nunca había visto algo tan flipante como un hueso saliéndose de la piel cuál iceberg en el mar. —Cuando se da cuenta de mi cara de espanto, se ríe—. Vale, vale, admito que estaba un poco borracha y todo me pareció graciosísimo hasta que Simbor me echó el guante. Rocío incluso sacó una foto de la situación... La imprimí y enmarqué, y K Leb suelta un gruñido cada vez que pasa por delante.

Acabo por esbozar una sonrisa. Solo alguien como Cora podría hacer que una historia tan dolorosa suene divertida.

—Pediré a mi antigua mentora que te prepare una poción que hará que la herida sane en menos de veinticuatro horas. Ella es mucho más hábil que yo con las pociones sanadoras —añado con rapidez, por si acaso le extraña que no me ofrezca yo misma—. Por cierto, ¿cómo te ha ido adaptándote a...?

—No, de eso nada, ahora es tu turno. —Cora me coge de las manos y me mira a los ojos—. He tenido pesadillas sobre lo que ocurrió en aquella cueva. Fue el peor momento de mi vida, y ni siquiera fui una víctima como tú. ¿Qué... cómo te sentiste? ¿Te dolió?

Dolor. Vaya. Cora es la primera que me hace esta pregunta. La mitad de las personas dieron por sentado que estaba bien cuando me vieron despertar, y la otra mitad ha convertido esto en un circo. Los únicos que saben lo que ocurrió en realidad son los otros seis poseídos, y ninguno tenemos ganas de sacar el tema. Ni siquiera Ren y yo hemos hablado de eso.

—Dolió como si estuvieran intentando extraerme de mí misma a base de tirones para poner algo sucio y oscuro en su lugar. Dolió, sí, pero lo peor fue el miedo que sentí. —Me rodeo con los brazos, recordando por un momento aquella horripilante sensación—. No sabía dónde iba a acabar yo si lograban arrancarme de mí misma. Y ni siquiera sé si eso tiene sentido.

Cora me aprieta el muslo de forma reconfortante.

—Sí que lo tiene. Lo siento muchísimo, Anna. No sé por qué a nosotros no nos ocurrió nada.

Me asombra ver la expresión de culpabilidad que pasa por su rostro.

—Gracias a la Diosa que estáis bien. No sabes cuánto me alegro.

Cora me mira sin decir nada durante unos segundos, con una media sonrisa.

—¿Qué?

—Eres incluso más buena de lo que recordaba.

Me vuelvo a ruborizar, esta vez por vergüenza teñida de un sentimiento más oscuro. Si ella supiera...

—Gracias.

—Bueno, y hablando de todos los rumores que circulan sobre vosotros... ¿Qué ocurrió tras el accidente? ¿Es cierto que os llevaron a un hospital? ¿Y qué habéis hecho desde entonces?

Gustosa, le hago un resumen de todo lo que no sabe, o que sabe pero ha sido manipulado por la página web y el Twitter.

—Lo peor de todo fue despertarme en el hospital tras el accidente —recuerdo, disgustada—. Nos trataron con tanta frialdad... Sin darnos información ni tener en cuenta lo asustados o confundidos que pudiéramos estar.

—Qué mamones —masculla Cora, mirando a su alrededor con gesto conspirador—. No me gusta nada el rollito de la Admonición desde que K Leb me contó sobre ello. No hay dios que se crea que solo velan por la paz entre todas las razas. ¡Algo sacarán de todo esto, seguro!

—Han actuado mal con nosotros, no lo puedo negar. Cuando desperté tras la posesión, acababa de tener un extraño sueño sobre otra presencia que se metía dentro de mí y me hablaba, y estaba muy confusa. Hice preguntas a los enfermeros y todo lo que conseguí fue que me sedaran.

Cora inclina la cabeza hacia un lado, interesada.

—¿Otra presencia? ¿Te refieres a algo diferente al demonio que te poseyó?

—Oh, sí, muy diferente. Esta presencia era luminosa, desprendía muchísimo poder. No sé describirlo con exactitud, porque fue la primera vez que sentí una clase de magia así. —No he pensado mucho en aquella parte de la posesión, aunque conservo la misma sensación de irrealidad que entonces—. Ella... Bueno, él, porque era la voz de un hombre, me habló... Incluso el Pecado, que acababa de poseerme, se comportó como si esa presencia le causara terror. Fue muy extraño. Lo más probable es que fuera

uno de los enfermeros hablándome en medio de mi inconsciencia, y yo me imaginé el resto. El dolor a veces hace que las personas deliren.

Cora frunce el ceño, pensativa.

—Cuando dices que esa voz de hombre te habló, ¿a qué te refieres? Es decir, ¿fueron palabras concretas?

Ni siquiera tengo que hacer memoria, porque recuerdo todo a la perfección.

—Fue como un padre condescendiente hablándole a su hija, diciéndome: «Tranquila, encanto. Cuanto menos te resistas, menos dolerá».

En cuanto lo digo, algo en el gesto de Cora cambia. Como si se hubiera encendido una bombilla en su mente. Gira el rostro hacia el corrillo de chicos donde K Leb, Ren y los demás están hablando.

—Aún no se sabe nada sobre el culpable... —murmura en voz baja.

—¿Qué?

—Anna. —De pronto, hay resolución en sus ojos oscuros—. Voy a darte una cosa. Puede que no tenga nada que ver con lo que me acabas de contar, pero algo me dice que está relacionado. Y desde que sé que este mundo de fantasía existe, siempre hago caso de ese «algo». —Se lleva las manos al cuello y, con cuidado, saca un largo y fino colgante de plata que estaba oculto bajo el vestido. Son tres espirales unidas dentro de un pequeño círculo—. Es un trísquel, un símbolo celta. Me ayudó a resolver un misterio; bueno, esto y el premio que ganamos en las Olimpiadas.

Sí, Cora y K Leb fueron los ganadores absolutos de la última edición.

—Ah, sí, un frasco lleno de agua del río Flegetonte. Deduje que si los atlantes participabais en las Olimpiadas era para resolver vuestros propios problemas.

—Un gran problema —afirma Cora—. Causado por un gran dolor de culo. Este trísquel es, o era, de él.

Cuando mis dedos rozan la plata, un torrente de magia muy antigua recorre todo mi cuerpo. La sensación es efímera, potente, y, en cierto modo, familiar. Es exactamente la misma clase de energía que recuerdo del día de la posesión.

—¿Has dicho «él»?

—Loki. El dios del caos.

—¡Joder! —exclamo, y dejo caer el trísquel sobre mi regazo. Luego me llevo las manos a la boca—. L-lo siento. Es que... Yo...

—Tranquila, Loki no sabe que lo tengo —me asegura, convencida de que ese es el motivo de mi reacción—. Y los dioses no son tan omnipresentes como se dice por ahí.

—Eso ya lo sé —susurro—. Pero las brujas no nos relacionamos con ellos. Si me oyes mentar a la Diosa, me refiero a la luna. Veneramos la naturaleza y todos sus dones y elementos, nada más. Los dioses jamás han bendecido nuestra raza.

Cora empuja más el trísquel hacia mí.

—Razón de más para que te quedes esto. Créeme, nunca rechaces tener una carta a tu favor cuando se trata de un dios.

—¿Por qué querría yo algo a favor respecto a Loki? —Analizo su expresión—. ¿Qué sabes de él?

—Porta me contó una vez que, desde que se convirtió en dios, Loki ha tenido un plan. Y que todo lo que hace, e incluso lo que no parece que hace, persigue ese fin. Lo que me has contado sobre esa otra presencia, encaja a la perfección con todo lo que yo sé de ese capullo. Es un condescendiente de mierda y un liante... Y no me extrañaría nada que tuviera algo que ver con el desastre de la caja de Pandora.

Eso es cierto, y también encaja el torrente de energía que he notado a través del collar. Haciéndole caso, aunque me llena de consternación guardar un objeto que perteneció a un dios (y encima uno tan problemático como Loki), me cuelgo el trísquel y lo meto bajo mi camiseta.

—Y ahora, discúlpame un momento. Estoy que me muero de sed —dice Cora—. ¿Vienes?

—Enseguida.

En cuanto Cora se pone en pie, no sin dificultades, K Leb se separa del resto y va hacia ella. Mantiene un ojo sobre su pareja en todo momento, aunque no me resulta agobiante verlos, sino tierno. La toma de la mano y la acompaña hasta la mesa buffet. Yo necesito un minuto para serenarme y poner en orden mis ideas.

—¿Está ocupado este sitio?

La voz es apergaminada, vieja, ronca. Y me pone los pelos de punta. Me giro y veo a Rhiannon La Mediadora sonriéndome con cordialidad. Está señalando el hueco que Cora acaba de dejar libre.

—Sí, lo siento.

—Oh... —Sus párpados bajan a media asta, desilusionados—. ¿Puedo hablar contigo un minuto, muchacha?

—N-no, será mejor que no. —Me pongo en pie como un resorte—. Me están llamando, si me disculpa...

Intento alejarme antes de que una mano arrugada con una fuerza sorprendente me retenga. Los ojos de Rhiannon siguen siendo amables, todo en esta hada destila bondad. Sin embargo, está claro que eso no quiere decir que se vaya a dar por vencida.

—Si intentas huir de mí, solo me estás dando la razón.

—No sé de qué me está hablando. —Clavo los ojos en sus dedos, que rodean mi muñeca—. Suélteme, por favor.

—No puedo, muchacha, eres como un grito que ensordece el resto de la habitación para mis oídos. Me es imposible ignorarte.

La desesperación va haciendo mella en mí. Giro el cuerpo e intento hacer contacto visual con Ren, pero me está dando la espalda en estos momentos. Y no quiero gritar. Eso atraería demasiada atención.

—Por favor, déjeme. Sea lo que sea, lo lamento si la estoy molestando.

—¿Dejarías tú a alguien cuando sabes que puedes hacer algo por ayudar, Anna?

Sabe mi nombre porque la conocí en el Sabbat Del Dragón. Melissa me la presentó, como a tantas otras mujeres poderosas. Aquel día la anciana hada me cayó muy bien y me prestó mucho apoyo. Sin embargo, eso fue antes de todo lo demás.

Antes de que Emily muriera.

—Si esa persona no quiere ayuda, sí.

—No mientas. No hagas del esconder tus sentimientos una costumbre. Es feo, y corrosivo para el alma.

—Muy bien. —Frustrada, doy un fuerte tirón. Asombrada, Rhiannon me suelta—. Yo soy una mentirosa y usted un alma caritativa por preocuparse por mí. Se acabó.

Me doy la vuelta para marcharme, pero sus siguientes palabras me congelan en el sitio.

—Tienes una deuda con alguien en el Más Allá, muchacha. Esa deuda es una mancha tan oscura en tu alma que está afectando a tu magia. Hasta que no lo resuelvas, no habrá verdadera vida para ti. Aunque creo que eso tú ya lo sabes.

Con el corazón en la garganta, corro hacia donde está Ren. Garrett me ve y le murmura algo, así que, justo cuando estoy llegando, él se gira y abre sus brazos para mí.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —Me abraza fuerte—. ¿Qué ha pasado?

Me limito a cerrar los ojos y dejar que su calor y su fuerza traspasen nuestras pieles y calienten donde verdaderamente tengo frío. Una misión casi imposible.

—Anna —gruñe ante mi silencio, claramente asustado por mi actitud.

—No es nada. Solo quiero acabar con esto de una vez —miento. Cuando me separo al cabo de unos segundos, me aseguro de mantener una expresión lo más neutral posible—. ¿Cuándo será la reunión?

—Ahora. —Ambos nos giramos hacia Melissa, que acaba de acercarse al grupo—. Yo os acompañaré. ¿Estáis preparados?

Ren me mira una última vez y asiente.

—Sí.

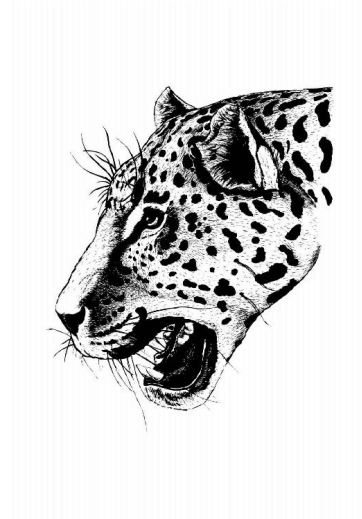
Melissa suspira. Tiene cara de consternación.

—¿Puedo darte un consejo, cambiaforma?

—Adelante.

—Intenta no perder los nervios, ¿vale?

REN



La Admonición nos espera en una sala más pequeña de lo que imaginaba. Están sentados a lo largo de una mesa, subida a un estrado al fondo. Tras la mesa, colgando de la pared, hay una serie de cuadros un poco perturbadores: la destrucción de Sodoma y Gomorra, el jardín del Edén en plena orgía y un extraño *collage* en el que destaca un misterioso ojo verde. Esto último me recuerda a Porta; sus estrambóticos ojos tienen esa misma tonalidad.

Aunque pudiera parecer que vamos a estar solos durante la reunión, basta con echar otro vistazo para notar que hay una segunda planta rodeando la sala. Debe de accederse por otro lado, porque no hay escaleras a la vista. Cada centímetro de barandilla está ocupado. Veo brillantes alas revoloteando, ojos relucientes, colmillos alargados, cuernos brotando de las cabezas y pieles tan doradas como monedas. El aforo está completo.

Los murmullos se atenúan en cuanto la persona que está sentada en el centro de la mesa se pone en pie. Por sus casi transparentes alas, que emiten un delicado zumbido, debe ser Gran Oshi, la representante de las hadas.

—Bienvenidos. —Nos sonríe con aparente amabilidad. Señala hacia la primera fila—. Sentaos.

La señorita A'Quila nos acompaña hasta los asientos. Luego le dirige una última mirada a Anna y ocupa su puesto en la mesa. Hay ocho sillas en total, y una está vacía.

—El señor Draculea no ha podido venir hoy —dice Gran Oshi, como si me leyera la mente. O quizás he sido muy obvio al mirar el asiento vacío—. Ya que el asunto no afecta a su raza, no creemos que su presencia cuente.

Vlad Draculea es el representante de los vampiros. Mejor que no esté. Se me eriza todo el pelaje cada vez que tengo un vampiro cerca y estoy seguro de que en la segunda planta hay unos cuantos observándonos. Rodeo el respaldo de Anna con el brazo mientras ella se acomoda. Está muy recta y le tiemblan las manos.

—Nos habéis mandado llamar —digo en voz alta, aunque no creo que haga falta. La sala fue diseñada para que la acústica fuera perfecta—. ¿Por qué? ¿Ya os habéis cansado de discutir entre vosotros?

Luke Proteo, representante de los cambiaformas, carraspea. Siento cómo los otros seis clavan sus miradas en mí, disgustados por mi sarcasmo.

—Esto podría haberse adelantado si hubierais permanecido donde nos dijisteis que ibais a estar. Nos ha costado encontraros.

—Me complace oírlo, pusimos mucho empeño en desaparecer del mapa después de que una jauría de demonios intentara matarnos hace un par de semanas.

Una sarta de murmullos se eleva entre los espectadores. Luke Proteo no aparta su mirada, firme y severa, de la mía. No sé determinar a qué clan pertenece, y no sé si alguna vez lo escuché. Hay demasiados olores por aquí y su iris es simplemente marrón.

—Eso tampoco habría ocurrido si hubierais seguido nuestras instrucciones. —El que habla es un hombre sentado en el extremo derecho de la mesa.

Anna lanza una exclamación ahogada y se pone más tensa aún, con los ojos clavados en él. Yo lo examino en busca de algo que haya podido causar su reacción: es un hombre de tez pálida y con el pelo tan blanco como la nieve. Aunque está sentado, su cabeza sobresale por encima del resto de consejeros. Debe ser muy alto. Y no tengo ni idea de a qué raza representa.

—Usted es el médico que estaba en el hospital aquel día —dice Anna—. El de la bata verde.

El hombre cabecea.

—Buena memoria. Sí, yo supervisé vuestra recuperación. Yo fui el que dio las instrucciones de manteneros separados, aunque luego decidierais salir a investigar por vuestra cuenta.

Me echo hacia delante, entrecerrando los ojos.

—¿Qué pretendíais? ¿Que esperásemos eternamente vuestra resolución? ¿Sabéis el infierno que hemos vivido estos meses?

Lejos de sentirse ofendido o culpable, el hombre frunce los labios como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—Me hago una ligera idea, sí.

—Luke, Abaddon. —Gran Oshi se inclina y mira a sus compañeros desde el centro de la mesa—. Recordad que no los hemos llamado para recriminarles. El señor Kokkalis tiene razón. No actuamos del mejor modo posible. —Se gira nosotros—. Por ello, os pedimos disculpas. No fue nuestra intención alargar vuestra agonía.

Abaddon. El nombre me resulta familiar...

Anna parece relajarse un poco por las dulces palabras del hada, mientras que yo mantengo la guardia alta. El consejo de Adi me viene a la mente: «Todo lo que les importa es la imagen y la opinión pública. Juega con eso».

—¿Y cuál fue la intención? —pregunto—. ¿A qué habéis dedicado estos casi siete meses? ¿Habéis averiguado algo sobre quién puso la caja de Pandora en medio de los juegos o seguís empeñándoos en culpar a las brujas?

De reojo, veo a la señorita A'Quila intentar ocultar una sonrisa tras su carpeta. A su lado, el representante de los atlantes, Mort Imer, permanece de brazos cruzados con el ceño fruncido. La única que parece no tener nada

que opinar sobre el asunto es Ligeia, la representante de las sirenas. Está jugando con su pelo verde de forma distraída.

Pasan unos cuantos segundos hasta que Gran Oshi retoma la palabra.

—En vista de los pocos resultados que logramos por ese camino, decidimos centrarnos en escoger la mejor manera de ayudarlos a pasar este trance. Por supuesto, la ayuda de Abaddon ha sido inestimable. —Señala al hombre de pelo blanco—. En calidad de representante de los demonios, él sabe muy bien cómo...

—¿¡Qué!?

Cuando Anna da un brinquito, me doy cuenta de que he gritado. El silencio en la sala se hace sepulcral.

—¿Representante... de los demonios? —Clavo la vista en Abaddon, que vuelve a fruncir los labios—. ¿El representante de la misma raza que nos ha poseído es el que supervisó nuestra recuperación?

La señorita A'Quila deja caer la cabeza contra la mesa, produciendo un ruido sordo.

—Ay, Diosa.

Empiezo a calentarme. Y no en el buen sentido. La mano de Anna cae sobre mi pierna.

—Tranquilo —susurra.

—¿Tú estás escuchando lo mismo que yo? —replico entre los dientes apretados.

Se produce un revuelo a nuestras espaldas, y una serie de exclamaciones recorren la multitud. Cuando Anna y yo nos damos la vuelta, descubrimos con sorpresa que los arcángeles Rafael y Ariel han aparecido frente a las puertas.

Ariel camina hacia nosotros, con la espada de fuego colgándole de las caderas.

—Lamentamos interrumpir. —Parece que Rafael quiere retenerla, pero ella le echa una mirada de advertencia y sigue su camino—. Venimos en calidad de aliados de Anna y Ren.

—¡El Vaticano! —exclama Luke Proteo, con voz hastiada—. Lo que nos faltaba.

—Una vez más, os ciegan vuestros prejuicios y malas informaciones — replica Ariel. Cuando llega a nuestra altura, coloca una mano en mi hombro —. No tenemos nada que ver con el Vaticano. Anna y Ren son nuestros protegidos mientras lleven este mal en su interior.

A la derecha de Mort Imer, el representante de los elfos, Völund El Hermoso, se pone en pie. El resplandor de su piel parece iluminar a todos sus compañeros.

—No hemos dado paso a los aliados. ¿Qué ocurre con esta maldita reunión? ¡Hay un protocolo!

Gran Oshi también se levanta y extiende los brazos, pidiendo calma.

—Völund, Luke, por favor. Arcángeles. —Cuando se dirige a Ariel y a Rafael, el hada une las manos frente a su pecho y casi parece querer echarse a llorar—. ¿Hay algún motivo en especial por el que hayáis decidido irrumpir en la reunión?

Ariel levanta la barbilla, de un modo casi desafiante.

—Así es. No quiero que expongáis vuestra resolución sin que nosotros estemos delante. Merecen conocer todas sus opciones y que se les diga toda la verdad, y en el cielo consideramos las medias verdades como mentiras.

—¿Qué quiere decir eso? —Impaciente, yo también abandono mi silla —. ¿Qué es lo que nos queréis proponer?

Gran Oshi cierra los ojos durante un instante, como si reuniera fuerzas.

—Como iba diciendo antes de que el señor Kokkalis se alterase, hemos barajado varias opciones con ayuda de Abaddon. Él es un gran conocedor de los males que estáis sufriendo y tiene a su disposición toda la información necesaria para...

Abaddon alza un dedo.

—En este punto debo aclarar que sí, proporcioné información y no, no voté a favor de la siguiente resolución. Puedes continuar, Gran Oshi.

Mis manos se cierran hasta convertirse puños. Atenta, Anna también se pone en pie. Como parece que Gran Oshi está muy disgustada por las continuas interrupciones, es Luke Proteo quien planta las manos en la mesa y toma la palabra.

—En resumidas cuentas: aunque nos ha fastidiado, debemos reconocer que al menos uno de los múltiples rumores que se extendió durante estos

meses dio en el clavo. La única forma viable de libraros de esos demonios es practicar el rito más antiguo con que se les ha combatido durante siglos. —Nos observa tanto a mí como a Anna—. El exorcismo.

La réplica sube a mi boca antes incluso de pensarla con detenimiento.

—No.

En la planta alta resuenan estallidos de negación, como ecos. Toda la sala empieza a revolucionarse.

—¿Esa es vuestra solución? ¿Matarnos? —pregunta Anna, incrédula.

—Nuestro objetivo no es haceros daño —contesta Gran Oshi, intentando sonar razonable. Aunque me da la impresión de que solo suelta mierda disfrazada por la boca—. Estamos muy preocupados por la forma en que el mal de esos demonios puede propagarse si resultáis no ser lo bastante fuertes para contenerlos. Y Abaddon pronostica que no pasará un año antes de que os consuman. ¿No es así, Abaddon?

El hombre ni contesta ni hace gesto alguno. Tiene el ceño fruncido.

—Puede que vosotros lo veáis como un sacrificio —continúa el hada—, pero debéis pensar en el bien común. Si esos demonios llegasen a vagar libres de nuevo por el mundo, viviríamos una segunda Era Del Terror. Sería una masacre. Un infierno en la tierra.

—Tiene que haber otra manera —gruño. Me giro hacia Ariel—. Tú estás aquí para decir la verdad. ¿Tienen ellos razón? ¿El exorcismo es la única solución?

El arcángel mantiene mi mirada sin vacilar.

—Como ya te dije hace un tiempo, sí, parece que la única manera de libraros de los demonios es muriendo. Si el recipiente muere, el parásito se ve obligado a salir. Sin embargo, estoy convencida de que no es la única solución. —Ariel se mueve hasta que le da la espalda a la mesa de consejeros, donde ha empezado a desatarse un pequeño caos de protestas—. Olvidaos de ellos. Son políticos. Aquí están en juego vuestras vidas y el destino de muchas personas si no conseguís detener esto a tiempo. Incluso aunque os practicasen un exorcismo, nada asegura que ellos mismos vayan a ser capaces de controlar esas almas.

—Tú eres un ser celestial, hablas con la libertad que te da tu posición —murmura Anna—. Aquí abajo, la Admonición es, o era, lo único que podía

ayudarnos. ¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora?

—Tener fe —contesta. Me dan ganas de resoplar. Es una respuesta tan típica de un ser celestial—. He visto vuestro destino. No vais a morir.

Me pongo tenso.

—¿Has acudido a alguien para que vaticinara nuestro futuro?

El arcángel esboza una pequeña sonrisa.

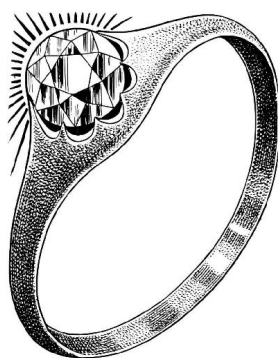
—Más bien llevo mi fe hasta límites insospechados. Os habría ahorrado el viaje si Rafael y los otros arcángeles no hubieran intentado detenerme. — Señala con la barbilla a su compañero rubio, que no le quita la vista de encima—. Dicen que no debería implicarme tanto, que no es apropiado y que estoy demasiado influenciada por mi padre.

Anna arquea las cejas.

—¿Tu padre? ¿Dios?

—Oh, no. —Ariel hace un gesto hacia la mesa de consejeros—. Abaddon.

ANNA



Abaddon no solo es el representante de la raza de los demonios y padre de una preciosa arcángel, sino que también es el aliado que Rafael nos prometió que mantendría en el Inframundo para vigilar a los demonios. Es un ángel caído, alguien que una vez formó parte de la Corte Celestial y que ahora convive en el Inframundo con el resto de seres demoníacos.

Entre los consejeros hay división de opiniones respecto a nosotros, tal y como Melissa me adelantó. Gran Oshi, Luke Proteo, Völund El Hermoso y Ligeia votaron a favor del exorcismo. Melissa, Abaddon y Mort Imer en contra. El señor Draculea se abstuvo, pero eso seguía dejando el marcador cuatro a tres en nuestra contra.

Tras la interrupción de los arcángeles, Melissa baja del estrado y se pone a mi lado. Me susurra que los votos no significan nada, que solo se tomaron para comunicar la resolución. Que incluso Luke Proteo sabe que

no pueden llevar nada a cabo sin nuestro consentimiento. Los espectadores montan una algarabía tan tremenda que nadie se escucha hablar ni a sí mismo, así que los consejeros deciden postergar la reunión. Gran Oshi tiene que hacer frente a un grupo de hadas que, desde la parte alta de la sala, vuelan hacia ella y empiezan a increparla sobre lo que quieren hacer con nosotros.

—¿Matarlos? ¡No podéis, Gran Oshi! —exclama una, mirándonos de reojo todo el tiempo—. ¡Son héroes!

Con aspecto de estar agobiada, Gran Oshi se marcha de la sala seguida de sus congéneres. Pasa más o menos lo mismo con el resto de consejeros excepto con Abaddon, Melissa y Mort Imer. Ellos nos acompañan de vuelta a la sala donde esperan nuestros aliados. Apenas me ha dado tiempo de acercarme a Cora para contarle lo que ha ocurrido cuando oigo un gruñido muy familiar; un gruñido furioso y retumbante.

Ren está caminando a zancadas hacia un rincón de la sala. Allí hay alguien, una figura delgada, que está encogido de miedo al darse cuenta de que no tiene escapatoria. No sé qué ha causado que Ren pierda los nervios, y no puedo permitir que se deje llevar por su Pecado precisamente en este lugar.

No necesitamos dar a los consejeros otra razón para querer liquidarnos.

—¡Ren, espera!

Llego a su lado justo cuando está rodeándole el cuello a su víctima con la mano. Es un chico joven y parece a punto de hacerse pis encima por el miedo. Yo rodeo el musculoso brazo de Ren con los dedos. La fuerza y el calor que irradia son impresionantes.

—Por favor, suéltalo.

—No es lo que crees, Anna —me contesta con voz contenida. Cuando me mira, me fijo en que sus ojos siguen siendo verdes. Está controlado—. Este es el gilipollas que ha estado inventándose cosas sobre nosotros en internet.

Sorprendida, vuelvo a mirar al chico. Más allá de la palidez por el susto hay algo en sus rasgos que me resulta familiar... Oh, ya lo recuerdo. Aunque en la foto de perfil estuviera sonriendo y más relajado, sí, es él.

MísterPoseído01.

—Libéralo. —Abaddon aparece junto a Ren y aparta su mano—. Este «gilipollas» ayudó a salvaros en una ocasión y está manteniendo la fachada perfecta para que no os maten, así que deberíais darle las gracias.

¿Salvarnos? ¿Él? Lo miro con escepticismo. No parece pertenecer a ninguna raza, porque carece de ojos peculiares u orejas puntiagudas, y desde luego no creo que le vayan a brotar cuernos o alas.

Solo parece...

Ren olisquea el aire y esboza una mueca de asco.

—Es un humano.

Todos los que nos rodean lanzan exclamaciones, escandalizados. Todos excepto Abaddon y los arcángeles.

—Ho-hola a todos. —El humano levanta una mano temblorosa y hace un saludo general—. M-mi nombre es Héctor Martínez y estudié Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad Complutense de Madrid. — Tragando saliva con fuerza, le tiende la mano a Ren. Al ver que este se limita a arquear las cejas, encoge el brazo—. Fue un placer crear vuestra página web y vuestros p-perfiles falsos.

Ren se gira hacia Abaddon.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? ¿Qué hace un humano en la Admonición? Está prohibido.

—Ejem —murmura Cora.

Antes de que el representante de los demonios pueda contestar, Héctor se inclina para entrar de nuevo en el campo de visión de Ren.

—P-Porta me contrató.

Plaf.

Información inesperada de repente.

Cierro los ojos, cuento hasta tres y vuelvo a abrirlos.

—¿Porta te contrató? —repito. Héctor me mira y asiente—. ¿Por qué?

«Todo parte de mi plan maestro, por supuesto. Ya me daréis las gracias más adelante», fueron las palabras de la ninfa cuando hablé con ella por teléfono.

—Muchacho, siéntate antes de que te caigas redondo al suelo. — Abaddon conduce a Héctor hasta uno de los sillones. Al instante, Rafael ocupa el asiento junto al humano y empieza a cuchichear, al parecer

tranquilizándolo—. Disculpadle, el pobre llevaba soñando con conoceros desde que La Que Todo Lo Ve le habló de vosotros —comenta con sarcasmo—. Le encomendó la tarea de crear toda una fantasía sobre vosotros y vuestra condición, una historia que se extendiera como la pólvora entre las razas y os brindara una protección impagable: fama.

Me frotó la sien mientras niego con la cabeza.

—No entiendo nada.

Abaddon asiente.

—Es comprensible. Veréis, hace un año Porta se puso en contacto con Héctor y lo contrató para que empezara a seguiros a todos y a recolectar información sobre vosotros. Ella no sabía qué iba a ocurrir, porque no puede vislumbrar el futuro con exactitud si está incluida, pero sí estaba segura de que iba a necesitar protegeros a todos de la Admonición de alguna forma. Hace casi siete meses, cuando llegasteis al hospital después de que se abriera la caja de Pandora, Porta parecía estar delirando tanto como los demás. Fue la primera en ser poseída, fue la que tocó la jarra. Sin embargo, dentro de la locura, decía algunas cosas coherentes. Me di cuenta de que estaba teniendo una visión, o como sea que lo llame ella. Mientras estábamos solos, me dijo que en un futuro cercano los consejeros me pedirían información sobre el Inframundo y el *modus operandi* de los demonios y manipularían los datos para llevaros hacia un exorcismo. Me dijo que no podía permitir eso, porque si lo hacía estaría condenando el destino del mundo libre.

Palabras muy pomposas para Porta. Palabras que solo suelta cuando habla su don.

—¿Eso no lo saben consejeros como Gran Oshi o el señor Proteo? —pregunta Ren—. ¿No les ha dicho usted lo que pasaría si nos exorcizan?

—Lo intenté, y descubrí sin mucha sorpresa que Porta estaba en lo cierto: todos están cegados por el pánico que provocó la caja de Pandora. No van a atender a razones. Quieren extirpar el mal sin más. Supongo que Porta ha querido conseguir tiempo y, limitada por su propio don, esto ha sido lo mejor que ha podido ofreceros. —Abaddon señala a su alrededor. La gente, la expectación, el sordo rumor de gritos y risas más allá de las puertas—. Y si queréis mi opinión, fue una genialidad. Incluso en su peor

momento la ninfa supo tocar la tecla correcta para someternos a nosotros, los consejeros: la opinión pública.

—Y, sin embargo, no ha servido de nada —replica Ren—. Al final ha ocurrido, han propuesto el exorcismo. Y si nos negamos, ¿qué? ¿Seremos los malos de la historia por no querer sacrificarnos en pos del bien común?

—Abre los ojos y mira, chico: vuestra legión de fans no va a permitir eso. Me parece que no lo estáis entendiendo, o que no comprendéis el verdadero significado de esto. —Abaddon se ríe con sequedad—. Conozco el peso de la palabra de la Admonición. Si hoy por hoy no tuvierais a toda esa multitud gritando vuestros nombres porque os consideran héroes, os veríais obligados a someteros a la resolución de la mayoría. Y ni yo, ni Melissa, ni Mort Imer podríamos hacer nada por evitarlo.

Mientras pienso en ello, mi mirada se cruza con la de Melissa. Tiene la mandíbula tan apretada que deben dolerle los dientes. Ahora entiendo todo por lo que ha estado luchando estos meses, y siento una pizca de culpabilidad por haber dudado de ella.

Ren empieza a pasearse de un lado a otro, nervioso.

—Conociendo lo que te contó Porta, ¿por qué pusiste en sus manos la información que sabías que los impulsaría a actuar?

Abaddon exhala un gran suspiro, como si se esperara esa pregunta en algún momento.

—Como consejero, me comprometí el día que subí al cargo a decir siempre la verdad. Hace un par de semanas me preguntaron cuáles eran vuestras perspectivas, cuánto podrían vuestros cuerpos aguantar la invasión antes de rendirse. Les dije lo que sé: no creo que llegéis al año.

Sus ojos azules caen sobre mí, aplastantes, y luego sobre Ren. Hay un remolino de distintas cosas girando allí: impotencia, rabia... y compasión. Compasión por nosotros, por nuestro destino. Él, ese hombre tan grande que un día fue un ángel y que hoy forma parte de una de las razas más deleznable de todas, siente piedad por lo que nos espera.

Su mirada y sus palabras conducen mi mente hacia lo que ha ocurrido últimamente. La manera en que todo está pareciendo empeorar a pasos agigantados: los ataques que está sufriendo Uyl, la desesperación de Leska,

cómo Ira y Soberbia son capaces de controlarnos a Ren y a mí cada vez más y durante más tiempo.

Sí, no cabe ninguna duda de que esto va a peor.

—Pero hay algo que no les conté —continúa Abaddon—. He estado atento a los rumores en el Inframundo. Fui yo el que llamó a Ariel y a los demás arcángeles para que os buscaran, porque desde que se abrió la caja de Pandora todos los antiguos siervos de los demonios que lleváis dentro están mordiéndose las uñas a la espera del momento propicio. Sin embargo, ha habido un grupo en particular que se ha organizado de manera sorprendente y parece muy... convencido de que sus amos volverán en cualquier momento. Eso me inquieta. Demasiado. Ahí abajo no tienen por costumbre hacerse ilusiones en vano.

Los fríos e intensos ojos del consejero se centran en mí. Solo en mí.

El aire se escapa de mis pulmones cuando me obligo a hacer la pregunta más obvia, aunque yo ya sepa la respuesta.

—¿Qué grupo?

—Los siervos de Soberbia —dice—. Ella es la reina de reyes del Inframundo.



Reina de reyes. Fantástico.

Creía que era obvio. Soberbia bostezaba, aburrida por las conversaciones a nuestro alrededor. Soy la mejor, la más inteligente y poderosa. Te lo he estado diciendo una y otra vez, lástima que no hayas querido hacerme caso.

Sí, lástima.

Estoy sentada en el sillón, al otro lado de Rafael. El arcángel me está explicando algo sobre el humano, Héctor, mientras Ren continúa debatiendo con Abaddon. Y a pesar de que lo estoy escuchando, mis pensamientos están en otra parte. Fluctúan alrededor del hecho de que sí, Soberbia ha mostrado cierta vulnerabilidad en algunos momentos, en especial acerca de todo lo relacionado con Ren. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que eso

podría no significar nada. Asustarla momentáneamente me daba alivio durante unas horas, pero ella siempre terminaba volviendo a la carga. Cada vez más fuerte. Más impetuosa.

Ahora sé por qué.

Ha sabido siempre quién es y que solo es cuestión de tiempo que yo flaquee.

—... moribundo después de que lo mordiera un vampiro. Cuando esos desalmados clavan sus colmillos solo hay dos opciones: crear un esclavo de sangre o alimentarse hasta matar a sus víctimas. Lo que le pasó a Héctor es un caso único. Jamás había visto a un niño con tanta voluntad de vivir. El trauma fue tan intenso que no pudimos borrar sus recuerdos de lo sucedido y desde entonces es uno de los pocos humanos que conoce toda la verdad sobre las razas.

Acaricio el talismán con el pulgar y me pregunto, devastada, si en el fondo Soberbia ya sabe lo que guarda esta pequeña piedra, si a través de mis sueños y de las incongruencias en mis actos ya ha deducido lo que ocurre conmigo.

El por qué no hago magia nunca.

Mis dedos se deslizan hacia el trísquel que cuelga sobre mi clavícula. ¿Por qué me visitaría el dios del caos el día de la posesión? ¿Fue él quien puso la caja de Pandora en nuestro camino, como aventuró Cora?

Pandora...

Girando de repente, interrumpo el discurso de Rafael.

—¿Conoces a Pandora? Se supone que es casi parte de la Corte Celestial, porque es una cazadora de demonios igual que vosotros. ¿La conoces?

El arcángel parece sorprendido por mi brusquedad, aunque responde muy amablemente.

—No en persona. ¿Por qué?

—Una de sus hijas nos dijo que estaba en un retiro espiritual recuperándose de las heridas que le causó la apertura de la caja. Rafael, ¿sabes si Pandora tuvo alguna vez relación con... Loki?

—¿Loki? —El arcángel parpadea varias veces. De sus rubias pestañas parece caer una fina purpurina—. No, creo que... ¡Ah! ¿Te refieres al mito?

No se sabe qué parte tiene de verdad y qué parte de invención.

—¿Qué dice ese mito?

—Dice que, hace miles de años, Loki se enamoró de Pandora. Es una mujer muy bella, ya que todos los dioses le aportaron dones infinitos para volverla irresistible. Por más que Loki le suplicó y suplicó que se convirtiera en su amante, Pandora se negó. Y creo que eso es todo. —Se encoge de hombros—. Habrá una versión más larga que cuente todas las peripecias de Loki para conquistarla, pero, en resumen, de eso se trata.

Mito. Pandora. Versión más larga.

Me pongo en pie, dejando a Rafael con la boca abierta, y me acerco a Ren.

—Ren, tenemos que irnos. —Coloco la mano en su brazo—. Es inútil que permanezcamos aquí.

Abaddon, que también me ha oído, frunce el ceño.

—La reunión se ha aplazado para esta tarde.

—¿Y qué vamos a escuchar allí que no sepamos ya? —replico, impaciente. El consejero y Ren abren los ojos de par en par, también asombrados de mi actitud. Sí, no se puede decir que yo sea una persona acostumbrada a rebatir de esta manera—. Quiero decir, que ya que Porta se esforzó tanto por darnos la cobertura perfecta será mejor que la aprovechemos. Esto que llevamos dentro cada vez se vuelve más indómito; puede que tus cálculos sean correctos y solo nos queden unos meses más. Después, no se sabe.

Abaddon parece estar considerando mis palabras, aunque yo no tengo por qué esperar por su permiso. Tal y como están las cosas, la Admonición no puede retenernos sin que aquí se arme un buen espectáculo.

Melissa también se acerca.

—¿Os vais? ¿Tenéis algún plan?

Pienso en el trísquel que cuelga de mi cuello. No, no es un plan exactamente. Solo una intuición. Ren, como si me leyera el pensamiento, se coloca a mi lado y apoya mi decisión.

—Si descubris algo nuevo o vuestros compañeros consiguen ponerse de acuerdo sobre algo que no requiera nuestra muerte, hacédnoslo saber. Si es por medio de los arcángeles, mejor.

Abaddon cabecea.

—Muy bien, supongo que es mejor que estéis lejos de la sede estos días —musita, intercambiando una mirada con Melissa—. Y tened cuidado.

Tras dar las gracias a Ariel y Rafael por su intervención, me acerco a Cora para despedirme. Le presento con rapidez a Luciérnaga y esta acepta prepararle una poción que le sanará la pierna en un periquete. Me da pena no poder permanecer más tiempo con ella. Sin embargo, me propone que los visite cuando las cosas mejoren. El rey K Leb nos asegura que las puertas de su reino siempre estarán abiertas para los amigos.

Por último, vacilando un poco, también me acerco al lugar donde Héctor aún está sentado con las mejillas ruborizadas. Cuando me ve llegar, sus ojos se desorbitan por la impresión.

—Ho-ho-hola.

Le sonrío con amabilidad.

—Hola. A mí también se me enredan las palabras cuando me pongo nerviosa —le confieso. Luego le tiendo la mano—. Gracias por lo que has hecho. Nos has ayudado muchísimo.

—Oh, no, yo solo... No... —Niega con la cabeza una y otra vez, emocionado—. Sé lo que es tener todas las cartas en contra. Todo el mundo se merece una oportunidad.

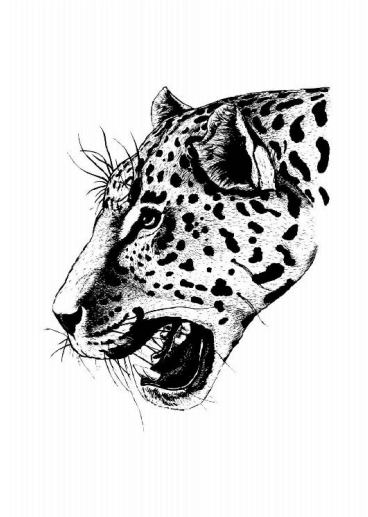
Eso es cierto, si me fío de la historia que me contaba Rafael hace unos momentos sobre su encuentro con vampiros. Ren, que ya se ha despedido de sus aliados, se acerca y también le estrecha la mano a Héctor. Creo que no mide su fuerza, porque el humano hace una mueca de dolor; no obstante, no emite ni un solo quejido. Aprovecho esos segundos para echar un vistazo discreto por la sala en busca de Rhiannon La Mediadora, pero no la veo por alguna parte. Debió marcharse mientras estábamos en la reunión, lo cual me produce una mezcla de alivio y pesadumbre.

Tras dedicarle una última sonrisa a Héctor, nos reunimos con Luciérnaga. Mi exmentora nos acompaña hasta una habitación tranquila y se ofrece a teletransportarnos de vuelta a donde queramos.

Ren y yo contestamos al mismo tiempo.

—A Borneo.

REN



La exmentora de Ana vuelve a dejarnos en Pontianak Sur. Dice que es lo más próximo al poblado que puede telentransportarse porque las leyes cambiaformas prohíben a las brujas utilizar sus poderes más cerca de sus fronteras. Mientras lo explica, pone los ojos en blanco varias veces expresando con claridad lo que piensa sobre nuestras medidas de seguridad.

Me dan ganas de contestarle, porque si nuestras medidas de seguridad aumentaron fue precisamente a raíz de las Olimpiadas. Las brujas de los Cárpatos se enfurecieron tanto tras la muerte de Emily que mi clan y el aquelarre de Anna estuvieron a punto de entrar en un conflicto irreparable. Fueron años duros de tensiones y peleas. Melissa A'Quila lo intentó solucionar de la forma más pacífica: nos pidió que cediéramos parte de nuestro territorio como terreno para los próximos juegos, como muestra de perdón y arrepentimiento. Yuda estuvo a punto de no aceptar, pero los *tua* lo

convencieron. Aunque no teníamos miedo de una guerra contra las brujas, tampoco queríamos que la paz de nuestro poblado se viera afectada. Bastantes pérdidas habíamos tenido ya en horribles batallas. Y si todo se podía solucionar cediendo un poco de terreno de manera temporal, mejor.

Al final no sé si el remedio fue peor que la enfermedad, porque, debido a la cantidad de razas que acudieron a los juegos, cada dos por tres teníamos que espantar a algún despistado que se acercaba demasiado al poblado. Dríades sobre todo, que camelaban a los cachorros con sus encantos y hechizos, y se saltaban todas las normas.

Mientras esperamos que Adi nos venga a recoger, Anna me enseña un colgante que le ha entregado Cora y me explica la razón. Dice que hace seis meses, mientras sufría la posesión de Soberbia, escuchó otra voz que le hablaba. Una presencia poderosa de la que el propio Pecado se asustó, aunque fue una visita fugaz.

El colmo es cuando me dice de quién era ese colgante.

—¿¡De Loki!? —exclamo, aterrado—. Quítatelo ahora mismo.

—No. —Anna lo esconde en su mano—. No hay peligro solo por llevarlo encima. Y Cora tiene razón, puede sernos de utilidad.

—No sé para qué puede servir el abalorio de un dios excepto para hacer que te maten —replico entre los dientes apretados. Luego, inquieto, empiezo a pasearme a su alrededor—. ¿Por qué no me habías contado lo de esa extraña presencia que te habló durante la posesión?

—No es un tema del que hayamos hablado, y prácticamente lo había olvidado. Creí que solo habían sido imaginaciones más provocadas por el dolor.

Entrecierro los ojos, notando que algo desagradable se asienta en mi estómago. Aunque esta vez no huelo la mentira, siento que no puedo confiar del todo en sus palabras. Siento que simplemente es otra cosa más que me ha estado ocultando.

O tal vez solo sea yo cabreado porque me estoy dando cuenta de que, en realidad, no conozco a Anna. Y tal vez nunca llegue a conocerla del todo.

La inseguridad se mezcla con el desgarrador anhelo con el que llevo luchando tanto tiempo, y se convierte en un sentimiento feo. No quiero sentir eso. Ella no se lo merece. Sin embargo, tampoco puedo evitar soltar:

—No te creo.

Ella echa la cabeza ligeramente hacia atrás.

—¿Cómo dices?

Su expresión ultrajada me hace desear retractarme y no echarle nada en cara, pero me mantengo firme.

—No sería la primera vez que me mientes o me ocultas cosas.

—Estás equivocado.

—Ah, ¿sí? ¿Estoy equivocado? —Detengo mis pasos frente a ella—. ¿Por qué no haces magia, Anna? —Mis palabras la tensan, convirtiéndola en una pequeña y delgada estatua—. ¿Creías que no me había dado cuenta? ¿Una bruja que se pasa dos semanas enteras sin hacer magia y que no se telentransporta cuando estamos a punto de caer de un avión? Un poco raro, ¿no crees?

Gira la cara hacia un lado, negándose a mirarme.

—No sabes lo que dices.

—No, lo que creo es que he dado en el clavo. Te he dado motivos para confiar en mí. He puesto a mi clan, todo mi hogar y todo lo que me importa, en tus manos, y en muchas ocasiones me has tratado como a un completo desconocido. —Veo cómo su barbilla empieza a temblar, y mi determinación mengua. Me paso las manos por el pelo, frustrado—. ¿De verdad crees que no te entendería, sea lo que sea?

—N-no se trata de eso... —Me asegura. Cuando me mira, sus ojos están húmedos. El pecho me duele de ganas por abrazarla—. Ya sé que has confiado en mí...

—Cuéntamelo ahora, entonces. Por favor.

Ella parece estar debatiéndose por dentro. Abre y cierra la boca varias veces, con los puños apretados, y al final... Al final mueve la cabeza de un lado a otro.

—No puedo —susurra. Dos gruesas lágrimas le ruedan por las mejillas—. Aún no.

Algo en su voz, en su postura, en su llanto, me resulta conocido. Me recuerda a mí mismo tras la muerte de mis padres. Sé lo que le hace el dolor a una persona: la bloquea. Totalmente. Cierra puertas y ventanas y te deja solo dentro de una casa vacía, donde los sonidos no van a ninguna parte, ni

hay sombras, ni luz, ni nada. Es muy difícil salir de ese lugar. Y si alguna vez lo haces, no lo abandonas por completo. Una parte de ti se queda allí, encerrada para siempre... y supongo que eso es lo más aterrador de todo. Lo que pierdes.

—Ven aquí. —Rindiéndome, la rodeo con los brazos y la aprieto con fuerza contra mi pecho—. Puedes contármelo cuando quieras, Anna. Solo quiero que sepas que, si necesitas a alguien en quien confiar, estoy yo. Siempre voy a estar.

Noto su asentimiento, pero no la humedad de sus lágrimas. Cuando se separa, sus ojos vuelven a estar secos. No se ha dejado llevar por el momento, y no sé si sentirme orgulloso... o preocupado.

En medio de un silencio incómodo, esperamos en un banco junto a la carretera. Cuando llega Adi al cabo de unos minutos, le abro la puerta del coche y una bola de pelo negro se lanza del asiento a sus brazos. Desde el interior, Bambang refunfuña.

—¡Maldito animalejo! ¡Tengo el cuerpo lleno de arañazos! Anna, lo lamento, la próxima vez tendrás que buscar a otro idiota que cuide de esa bestia.

—Lo sabía —oigo que le susurra Anna al gato—. Sigues ahí, mi pequeño gran héroe.

Con una sonrisita irónica, la ayudo a subir y cierro la puerta tras ella.



En el poblado, no sé a quién se alegran más de ver, si a Anna o a mí. Cuando Mawar me esquiva para darle primero un gran abrazo a ella, asumo lo inevitable. Yo quería que la aceptaran y eso es lo que ha ocurrido. Me sorprende ver al *dukun* entre la gente que viene a recibirnos. Tras estrecharle la mano a Dwi, me acerco al chamán.

—*Selamat sore*^[9] —murmuro.

—Habéis vuelto pronto —es la contestación del hombre.

Excepto cuando practica algún rito, no se viste de forma especial. Participa en las guardias como el resto y tiene una mano buenísima para los

tomates en el huerto; aun así, es un hombre solitario. Cuando era pequeño mi madre me contó que era necesario que un *dukun* estuviera un poco distanciado del resto del clan para que sus ideas y percepciones pudieran permanecer objetivas. Los sentimientos podrían confundir su juicio. Por eso es habitual que no tengan compañeras, lo cual me parece triste, ya que se pasan toda la vida contemplando de lejos cómo el resto atravesamos el sueño del *pasangan* y nos unimos a nuestros compañeros.

—Ha sido un viaje en balde —le explico. Me coloco a su lado, a unos cuantos metros del resto—. Contaré la historia completa en el almuerzo de mañana, si no te importa. De lo contrario van a tenerme repitiendo lo mismo por todas las casas.

El *dukun* se cruza de brazos.

—Lo contarás esta noche. Es el cumpleaños de Kuwat y va a haber una pequeña celebración.

Resoplo, intentando fingir molestia.

—Como si no fuera suficiente con la ceremonia de *pasangan* de Indah y Bagal.

—Aquí no se desaprovecha ninguna ocasión para festejar, muchacho.

Eso es cierto. Nos quedamos en silencio contemplando las peleas de todos por saludar y tener unas palabras con Anna. Me deleito observándola: su sonrisa sincera y serena para todo el mundo, la forma en que se deja tocar y abrazar, ya acostumbrada a la efusividad del clan, y la paciencia que demuestra con los niños (Sari ya está colgada de una de sus piernas).

—Parece una más —comento en voz alta.

El *dukun* no me contesta. Extrañado, lo observo. El hombre tiene sus ojos oscuros clavados en Anna, y un profundo ceño de concentración le arruga toda la frente. El corazón se me acelera.

—¿Ocurre algo?

—Tiene un pie en el Más Allá —afirma sin medias tintas—. Es extraño, porque no siento como si el lazo de Iama la estuviera llamando... No. Es otra cosa. —Tras unos cuantos segundos más de observación, meneo la cabeza—. No puedo ver más. La magia atada a su talismán actúa de escudo contra mis poderes.

Mi corazón comienza a latir más rápido.

—¿Su talismán?

—¿No lo sabías?

Pienso en su anillo, y la manera en que siempre lo toca cuando se pone nerviosa. La noche que la encontré en Bucarest, mientras estábamos en el coche, me pareció que adquiría vida y brillaba. Lo atribuí a un efecto de la luz, pero tal vez me equivocase.

«La magia atada a su talismán...».

Tal vez Anna perdió mucho más de lo que pensé tras la muerte de su hermana.

—La mayoría de las personas no se molestan en finiquitar sus asuntos pendientes antes de empezar otros nuevos —afirma el *dukun*. Tras mirarme, descruza los brazos y da media vuelta para irse—. Lo que se deja pendiente corre el riesgo de caer por su propio peso, de ahí su nombre.

Se marcha y sé que tiene toda la razón. Hay muchas conversaciones aplazadas entre Anna y yo, sobre todo ahora que creo que empiezo a resolver el puzle que la compone. Sin embargo, sigo creyendo que necesito tiempo. Tiempo para que sus sentimientos por mí sean lo bastante sólidos y que la verdad no sea capaz de romperlos. Ella ya ha demostrado con creces que le importo y que se preocupa por mi bienestar, y sé que no se trata solo de su naturaleza bondadosa. Responde a mí, la afecta mi cercanía y mi tacto. Eso es bueno, significa que voy por el buen camino.

Sin embargo, ¿será suficiente para perdonarme por la pérdida de su hermana? ¿Para afrontar el hecho de que, si yo no me hubiera equivocado, Emily seguiría viva?

—Respira, hombre. —Me dan una fuerte palmada en la espalda. Megan se pone a mi lado. Las mechas rojas de su pelo brillan bajo la luz del sol—. No deberías devorarla con la mirada de esa manera. Resérvate algún as en la manga para la ceremonia de Indah.

Me limito a gruñirle. Lo último que necesito son consejos de amor de Megan.

—Sí, algo así —replica con alegría—. Varonil, rudo, misterioso. Personalmente creo que cualquier método de cortejo contrario al de Bagal (es decir, arrastrarse y suplicar) funcionará y será lo menos patético y bochornoso para las partes afectadas. Porque recuerda: por más que quieras

que tu cortejo quede en la intimidad, siempre habrá un par de ojos en este poblado que estarán observando todos tus movimientos.

Suspirando, la miro de soslayo.

—¿Con «un par de ojos» te refieres a ti, a Taby y a Indah?

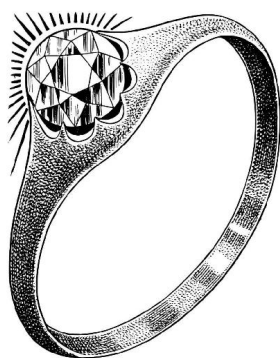
—Oh, no. Nosotras estamos en lo alto de la pirámide. Tenemos esbirros que hacen el trabajo sucio. —Sonríe, satisfecha—. Solo debemos sentarnos a esperar a que los chismes vengan.

—Ya veo.

—¡Pues eso! —Megan me da otra fuerte palmada. No lo hace a propósito: todo en Megan es desmedido—. Ánimo. Ella ya está loca por ti.

Giro la cabeza en redondo para mirarla, porque es la primera frase que dice que de verdad me interesa, pero ella ya se está alejando en dirección a la multitud que aún rodea a Anna. A veces detesto en serio esta maldita costumbre del clan de creer que pueden opinar acerca de todo.

ANNA



Han sido muchas emociones en dos días. Demasiadas. Ren, la Admonición, Rhiannon La Mediadora, descubrir que Soberbia es la reina de reyes del Inframundo y, ahora, Loki... Tras prometer a Indah, Taby y Megan que nos veremos al anochecer en la fiesta de cumpleaños de Kuwat, Ren y yo nos retiramos. Aunque necesitaría descansar un año entero, ahora mismo hay algo más importante que debo comprobar.

—¿Recuerdas el libro que Ewan dijo que nos haría llegar? —le pregunto a Ren—. ¿La biografía sobre Pandora?

Los ojos de Ren se iluminan, comprendiendo.

—Iré a preguntarle a Mawar.

Sale por el arco de entrada a toda prisa. Mientras, yo llevo mi mochila de nuevo al dormitorio y tiro todo su contenido sobre la cama. Debo guardar las cosas en el armario y en el baño, lo cual es un pensamiento

extraño. Me siento como si estuviera volviendo a casa después de una breve ausencia.

Ren regresa con un paquete bajo el brazo.

—Llegó mientras no estábamos. Mawar iba a dárselo mañana.

Impaciente, rasgo el papel marrón que envuelve el libro. Es grande y no muy grueso. La portada es toda una obra de arte: una bellísima ilustración de Pandora que la representa como una bella mujer de ojos violetas. Las primeras páginas son un breve resumen de lo que los humanos conocen sobre Pandora: que fue enviada a la Tierra por los dioses para desatar los peores pecados del universo en castigo a los hombres por sus errores. Exactamente lo contrario a lo que de verdad ocurrió, ya que fue ella quien dio caza a los demonios para ayudar a los hombres.

Ren se sienta en el taburete frente a mí.

—¿Por esto querías volver a casa?

—En parte. Rafael me contó que Loki una vez quiso ser amante de Pandora, aunque esta lo rechazó.

—Loki es un dios y como tal pretende meterse bajo la ropa interior de todo el mundo.

—Cierto. El caso es Cora me dijo que la forma en que esa presencia me habló le resultaba muy familiar... Que cuadraba con todo lo que ella sabía de Loki. Y al tocar el collar, sentí la misma clase de magia que el día de la posesión; magia ancestral y poderosa. Así que, cuando un rato después Rafael me cuenta que Loki quiso ser amante de Pandora, cuya caja apareció de manera misteriosa en las Olimpiadas... —Sacudo la cabeza—. Tiene que haber alguna conexión entre todas esas cosas.

—Esperemos que no —dice Ren lúgubrementemente—. Si Loki está involucrado en esto, estamos jodidos. Jodidos de verdad.

No creo que esto pueda ser mucho peor de lo que ya es, pero continúo pasando páginas.

—De acuerdo, aquí pone que Pandora fue la primera mujer de la creación. Todos los dioses contribuyeron en su formación, dotándola de cualquier don que creyeron oportuno para convertirla en la tentación de los hombres. Sería guerra y paz, condena y salvación. Después de su actuación como humana, le concedieron la divinidad y le encomendaron la caza y

custodia de los siete Pecados Capitales. Para muchos, Pandora era la única que se interponía entre la humanidad y su perdición; contuvo todos los vicios para darle al mundo la oportunidad de acercarse a la perfección.

—No creo que el intento de perfección funcionara —comenta Ren.

—Hay quienes dicen que los demonios que contenían los Pecados permanecieron demasiado tiempo sueltos por el mundo y que cuando Pandora los capturó ya era tarde. El mal ya se había extendido entre los hombres.

Ren esboza una pequeña sonrisa sarcástica.

—Eso ya es más creíble. ¿Qué más?

En adelante, el libro canta muchas alabanzas sobre la actuación de Pandora y el bien que hizo a la humanidad. Es evidente que Tea, la autora, decidió no ser imparcial cuando escribió sobre su madre. La admiración está plasmada en cada página.

—Hay una pequeña nota a pie de página, un comentario de un... experto en la materia. Dice: «Lo cierto es que los dioses no ordenaron capturar a los demonios porque quisieran darle una oportunidad maravillosa al mundo, sino más bien por miedo. Mandaron a Pandora a hacer el trabajo sucio porque tenía la inocencia necesaria para acercarse sin levantar sospechas, y al mismo tiempo carecía de escrúpulos para asestar el golpe final. Eso es lo maravilloso de Pandora: su dualidad. Solo ella pudo cazar a los siete demonios, extraer sus almas y encerrarlas en un agujero putrefacto de donde no pudieran escapar jamás». —Levanto la vista—. Hasta ahora.

Pandora fue lista. Pero no lo será dos veces, sisea Soberbia. Ya nada podrá devolvernos a esa cárcel, niña, no te engañes.

—¿Crees que es cierto? —pregunto, insegura.

—¿El qué?

—Que incluso los dioses tenían miedo de esos demonios.

Ren me mira con intensidad.

—Creo que lo que está escrito en estas páginas intenta engrandecer el ya de por sí gran trabajo de Pandora. Si no fueran poderosos, los demonios no habrían tenido que ser cazados. Pero si fueron derrotados una vez, podremos acabar con ellos de nuevo. —Su mano coge la mía, aportándome calor y fuerza.

—Abaddon dijo que solo nos quedan unos meses —le recuerdo, consternada—. Y la única con el poder para capturarlos está en un retiro espiritual que no sabemos cuánto durará.

—Abaddon no lo sabe todo —replica, arrugando el ceño—. Encontraremos la forma, Anna.

Trago saliva con esfuerzo.

—A veces no sé si dices esas cosas porque de verdad lo crees o solo para que a mí no me dé un ataque de ansiedad.

—Ambas —contesta, y a continuación me dedica su sonrisa baja-bragas.

Exhalo de forma temblorosa.

—¿No te cansas de tener que tirar de mí? Bueno, quiero decir...

Me aprieta la mano con fuerza.

—NADA en ti me cansa, ni me molesta, ni me disgusta. Me gusta tu forma de ser. Además, no todo el mundo afronta las situaciones de la misma manera, y eso no es malo.

Me quedo en silencio, abrumada, y me urge encontrar otra línea de conversación. Suelto su mano para dar vuelta a la siguiente página. Contengo el aliento cuando mis ojos se encuentran con la pequeña fotografía de un hermoso cuadro que representa uno de los mitos de Pandora: la odisea de su pretendiente más tenaz, el dios Loki.

—¡Aquí está!

Ren rodea la mesa para situarse a mi lado y poder verlo bien.

—Ya lo veo. Se titula «La declaración». —Ladea la cabeza—. Es apropiado.

Eso parece, sí. En el cuadro aparecen Loki (izquierda) y Pandora (derecha) sobre un fondo oscuro de tonos marrones y negros. Loki tiene una rodilla hincada en el suelo y le tiende las manos a Pandora. La diosa está de pie, con el rostro girado hacia un lado (como si se negara a mirar a Loki) y escondiendo las manos tras su espalda. Allí, entre sus dedos, sostiene una pequeña caja.

Debe ser otra representación desacertada de la caja de Pandora, porque lo que explotó en nuestras narices y desencadenó esta maldición era mucho

más parecido a una urna llena de joyas. Joyas que la bendita Porta no pudo resistirse a tocar, como buena ninfa que es.

Ren arquea una ceja.

—Parece que le esté pidiendo matrimonio.

—No, no es eso. —Me inclino para observar más de cerca. Hay algo en las manos de Loki. Es apenas perceptible, como si el artista hubiera querido que no se viera a menos que uno se fijara con detenimiento. Y creo que de no ser porque yo sé lo que estoy buscando, no lo habría distinguido—. ¡Le está ofreciendo el trísquel! —exclamo. Me lo quito del cuello y lo coloco junto a la imagen—. ¿Ves? Cuelga de las manos de Loki. Se lo está ofreciendo a Pandora.

—Es verdad. —Ren casi tiene que pegar la nariz al libro para corroborarlo—. Puede que intentara agasajarla con regalos para convencerla de ser su amante.

—Ya, pero ¿por qué está Pandora escondiendo su caja de él? —Señalo las manos ocultas de la diosa—. Es raro. Mira la cara de Loki. No parece que esté declarándose, sino...

—Implorando —finaliza Ren.

Sí. La expresión pintada en el rostro del dios no es de devoción, deseo o enamoramiento. Es de pena, de aflicción, de súplica.

Acaricio el trísquel con los dedos, pensativa.

—¿Qué le estaba pidiendo a Pandora y por qué le ofrecía este collar a cambio?

—¿La caja? —pregunta Ren. Luego menea la cabeza—. No, ¿por qué iba a quererla?

—Es el dios del caos —murmuro, recordando las palabras de Cora—. ¿Y si quería la caja de Pandora para abrirla y esparcir el caos por todo el mundo? ¿Y si su único propósito es sembrar el mal y recoger sus viles frutos? ¡Eso tiene sentido!

—Sí, lo tiene. —Ren aprieta la mandíbula con fuerza—. Y si fuera cierto, como he dicho, estamos jodidos. No podemos ir a quejarnos a un dios a no ser que queramos acabar fritos por un rayo.

—Entonces, ¿eso es todo? —Frustrada, sacudo el libro con una mano, removiendo sus páginas. Se me resbala y cae al suelo con un golpe seco—.

¿Al final solo hemos sido las víctimas de la broma pesada de un dios? ¿Y cuando los Pecados acaben con nosotros, saldrán al mundo para destruirlo?

—Seguro que no somos los primeros en verse afectados por los tejemanejes del dios del caos —masculla Ren.

Y de pronto, se me enciende la bombillita.

—No, no lo somos. Loki también hizo de las suyas en Atlántida. Cora me lo dijo. Por eso se vieron obligados a participar en las Olimpiadas, para arreglar algo que el dios había hecho.

—¿Dijo de qué se trataba?

—No, estábamos hablando del trísquel y no dio más detalles. Puedo preguntarle —señalo hacia el dormitorio—. Podemos ponernos en contacto con Mort Imer, su representante, y hacerle llegar una carta.

Ren asiente.

—Hazlo. Tal vez nos diga algo más que nos sea de utilidad para enfrentarnos a Loki.

Tal vez. Es una esperanza muy efímera, pero me aferro a ella con todo lo que tengo.

En ese momento, Ren se yergue y mira hacia el arco de entrada.

—Vienen las chicas —murmura, caminando hasta el porche para recibirlas.

Suspirando, me agacho y recupero el libro. Cuando cojo ambas tapas, me quedo quieta observando el reverso del cuadro de Loki y Pandora. Son varias fotos tomadas al cuadro y ampliadas para examinar de cerca ciertas zonas del lienzo. Hay una en la que aparece el trísquel, más definido, con una pequeña anotación: «Loki intentaba alabar a la diosa con hermosas joyas». Tal y como aventuró Ren. Hay otra foto de la pequeña caja en las manos de Pandora. Bajo esa imagen, pone: «El artista decidió dibujar la caja de Pandora como un pequeño joyero con una cerradura para cada alma encerrada». Intrigada, me fijo en las pequeñas cerraduras que recorren el frontal de la caja. Hay una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... Y ocho.

Ocho cerraduras.

Pero solo hay siete Pecados Capitales. ¿No?

—¿Y tú qué sabrás? —La potente voz de Megan me sobresalta.

Cierro el libro y me levanto justo cuando ella, Indah y Taby entran al salón, seguidas de Ren.

—Necesitamos descansar, maldita sea —va gruñendo él.

—Pamplinas. —Indah sacude la mano en el aire—. Dormir está sobrevalorado. Necesitamos más tiempo de calidad con Anna. —Sus chispeantes ojos me miran y me sonríen—. Además de ayudarla para la fiesta de esta noche y para mi ceremonia de *pasangan*.

Ren exhala un triste gemido.

—Vais a convertir mi casa en un gallinero.

Megan lo mira de mala manera.

—¿Nos estás llamando gallinas?

—¡Sí!

—Me da igual, vas a irte.

Contemplando la escena y la pose derrotada de Ren, no puedo evitar sonreír. Cuando nuestros ojos se encuentran, él también acaba esbozando una sonrisa, aunque reticente.

—Supongo que esta es una batalla perdida —me dice.

Me encojo de hombros. Indah se pone a mi lado y me rodea con un brazo.

—Supones bien. ¡Ala, ya puedes irte!

Haciéndoles el corte de manga, Ren va hacia la puerta. Cuando está en el umbral, se detiene en seco. Parece pensárselo unos segundos, gira sobre sus talones y camina decidido hacia mí. Apenas noto que Indah se aparta y me deja sola, porque solo estoy pendiente de la luz resolutoria en los ojos de Ren y de cómo sus manos me rodean la cintura. Soberbia grita y grita y grita, y yo la ignoro, la ignoro, la ignoro.

Antes de darme cuenta, los cálidos labios de Ren están sobre los míos, estampándome un beso breve pero intenso.

Al separarse, hay una sonrisa en sus bellísimos ojos verdes.

—Cuida de la casa.

Y luego, haciendo caso omiso a las exclamaciones de las chicas, se va. Yo me quedo con la boca como un pez y los ojos como platos. Ni siquiera sé si estoy respirando.

—¡Toma ya! —balbucea Indah al cabo de unos segundos.

Megan se cruza de brazos. Su expresión está llena de suficiencia.

—Os lo dije.

—Yo reconozco que tenía mis dudas —admite Taby con suavidad.

—Dentro de poco sus pelotas empezarán a adquirir esa tonalidad azul con la que Indah está tan familiarizada.

—¡Bah! Tal vez Anna se haga de rogar más que yo. Chica, créeme, es la mejor idea que puedes tener. Será la única vez en tu vida que veas a un chico babear de verdad por ti. Con la lengua por fuera y todo.

Las tres estallan en carcajadas. Supongo que eso ha sido un chiste de cambiaformas. Mientras, yo abro y cierro la boca varias veces, buscando algo que decir. Por suerte, ellas no necesitan explicaciones; de hecho, parece que han llegado a sus propias conclusiones.

Por un momento estoy tentada de preguntar cuáles son, porque... ¿Qué narices acaba de pasar?

Cuando Megan enciende el reproductor de música bajo la tele de Ren y empieza a sonar *Girls just wanna have fun*, intento poner la mente en blanco. Ah, y hacer que mi corazón se calme, por supuesto. Aprovechando que estamos solas, pido disculpas a las tres por lo que ocurrió la última vez que nos vimos, cuando perdí el control y mis ojos se volvieron negros. Les di un susto de muerte y sé que ellas solo estaban intentando ayudarme. Indah, Taby y Megan toman mis disculpas como innecesarias y se concentran en enseñarme toda la ropa que han traído.

Al parecer quieren que elija algo que ponerme para esta noche, lo cual me resulta un tanto extraño. Sin embargo, no me ofendo. Sé que esta es una costumbre habitual. Lo he visto en series y películas humanas. Me planeo brevemente decirles que las brujas no hacemos esta clase de cosas. Que, de hecho, si yo fuera cualquier otra bruja estaría ofendidísima porque creería que me están diciendo que mi ropa no es adecuada.

Leska ya las habría echado de la casa sin paños calientes. El pensamiento me hace sonreír y extrañar locamente a mi mejor amiga.

—Iremos de compras mañana a Tanahkami para conseguirte algo para mi ceremonia —me dice Indah—. Taby también ha dejado algunas cosas para última hora.

—Vale —murmuro, aceptando su amabilidad y dando gracias por no ser como otras brujas—. ¿Va a ser un evento muy formal?

—Para ti va a ser muy sexi —dice Megan, rodeándome los hombros con un brazo—. Tienes un inocente chico que conquistar. Se creen que son ellos los que nos cortejan a nosotras... pobres.

Yo no estoy conquistando a Ren. Quiero explicarles una vez más lo equivocadas que están, pero siento que eso sería repetir lo que ocurrió la otra vez. Ya entonces las tres estaban convencidas de que entre Ren y yo hay algo. Por no hablar de que acaban de ser testigos de cómo Ren me besaba con toda la naturalidad del mundo. Los labios me cosquillean al recordarlo. Siento calor y frío a la vez. Él actuó como si quisiera dejar claro algo a las chicas. O a mí. O a todos, porque dudo que Indah o Megan vayan a quedarse calladas sobre lo que han visto.

Cuando me pidió tiempo para «descubrir» qué nos estaba ocurriendo, nunca llegué a contestarle. Y desde entonces no solo nos hemos besado unas cuantas veces más, sino que cada vez hay más comodidad entre nosotros. Gestos, toques, miradas. Oscilo constantemente entre alejarlo y atraerlo.

«He querido estar así contigo desde hace... *tanto* tiempo».

«No sería la primera vez que me mientes o me ocultas cosas».

—No lo hagas si no te resulta divertido —me dice Taby, que ha traído un completísimo set de maquillaje. Salgo de mis pensamientos y observo todas las sombras de ojos, brochas y pinceles. Hasta ahora, si alguna vez me maquillé fue con algún conjuro tapa-granos o quita-ojeras, y eso fue hace años.

—¿Divertido? —pregunto, insegura sobre a qué se refiere.

—¿No es esa la base de todas las relaciones? —pregunta Megan—. Si no fuera divertido interactuar con las personas que nos gustan, nadie lo haría. En mi opinión, los chicos a veces resultan de lo más irritantes... Pero, en unas pocas ocasiones, tocan las teclas adecuadas y suena música celestial. —Menea las cejas, lo que hace resoplar a Indah—. Oh, sí, sabéis a lo que me refiero. Yo creo que hay que disfrutar. Está bien para Indah sentar la cabeza, y está bien para Taby seguir soñando con príncipes azules, y para

mí lo que está bien es jugar mientras aún soy joven. O para siempre, quién sabe.

Tanto Indah como Taby cabecean, de acuerdo con su amiga.

—¿No os preocupa salir heridas? —pregunto antes de poder pensarlo dos veces—. Porque los sentimientos... duelen.

—Duelen, sí, a veces. —Indah esboza una amplia sonrisa—. Pero merece la pena. Estoy segura de que no puedes decirme ni una sola cosa bonita que hayas vivido y de la que te arrepientas solo porque al final las cosas no salieran bien.

En realidad, puedo decirles miles.

Miles de millones de hermosos momentos que viví y que cada día durante seis años no han hecho más que enquistarse en mi alma y entorpecer mis pasos. Pero ¿que me duela tanto quiere decir que me arrepiento de haberlos vivido? ¿Preferiría no tener esos recuerdos, y continuar mi vida como si nada hubiera pasado?

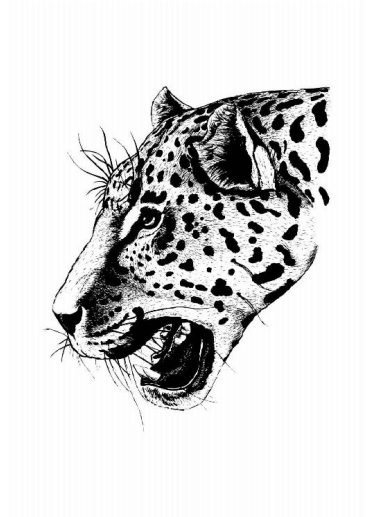
¿Una vida sin recuerdos de Emily?

—Aquí en el poblado hay un dicho muy popular —dice Megan de forma distraída, mientras rebusca entre el montón de ropa—. Todo aquello que pasó por nuestras vidas y dejó, de alguna forma, luz, brillará dentro de nosotros para el resto de la eternidad. Lo importante no es la oscuridad posterior, sino los momentos de luz que disfrutamos.

Eso es...

Vaya, es muy cierto.

REN



La fiesta de Kuwat tiene todo lo que debe tener un cumpleaños en el poblado: música, risas, mucha comida, una buena hoguera y la luz de la luna sobre los espesos árboles que nos rodean. Hace tanto calor que muchos cachorros se han quitado la camiseta y danzan entre la gente provocando miradas de disgusto de los tua. Aunque me gustaría poder hacer lo mismo, lo más seguro es que Mawar me diera un coscorrón. Y ningún chico de veinticuatro años quiere pasar por algo así.

Mientras soplo por el cuello de la camiseta, en un intento por contrarrestar el calor, busco a Anna entre la multitud. He visto a Indah y a Taby, que me saludaron graciosamente con la mano (con idénticas expresiones inocentes), pero de Anna ni rastro. Si Adi y Dwi no me hubieran distraído en el huerto, no habría llegado tarde a casa y podría haber venido con ella.

Una mata de pelo desgredada pasa por mi lado, y me doy la vuelta a tiempo de coger por el brazo a Bambang.

—¿Has visto a Anna?

—Creo que andaba con Mawar y las otras chismosas.

—No las llares así.

—Eh, es lo que son, no pretendo ofender. ¿No te pican las orejas? Seguro que están hablando de ti.

Pensativo, lo dejo ir y reanudo la búsqueda. ¿Qué hablarán Mawar, Indah o los demás con Anna cuando están a solas? Ya la tratan como si fuera mi compañera (que lo es), por no hablar de que antes la besé delante de las chicas sin razón y sigo sin arrepentirme. Solo ver la expresión de pasmo que compuso Megan por unos segundos fue recompensa suficiente.

Cinco minutos después, encuentro a Mawar y a las otras «chismosas». No tardan en desviar la conversación con gran destreza hacia la pregunta estrella: qué pasó en la sede de la Admonición. Sabiendo que este momento llegaría tarde o temprano, opto por la mejor maniobra: lo cuento aquí y ahora y me aseguro de que ellas esparcirán la información por el resto del poblado. Así me ahorro repetirlo de grupo en grupo.

Al terminar, pregunto por Anna. Mawar me acaricia el brazo.

—Oh, está guapísima. La vi irse con Bambang y los otros chicos. Creo que iban a enseñarle alguna clase de juego... ¡Oh, Kuwat, no! —La atención de la mujer se desvía al pequeño cumpleaños, que está derrapando sobre una de las mesas en forma de leopardo. Los platos de comida vuelan a su paso—. ¡Ya eres mayor para hacer esas cosas!

Apenas presto atención porque estoy repasando mentalmente todas las formas en que podría matar a Bambang y hacer que pareciera un accidente. Me envió a propósito hacia Mawar y las mujeres para distraerme el tiempo suficiente y hacer quién-sabe-qué con Anna.

Rechinando los dientes, cierro los ojos y localizo su rastro. Junto con el de un grupo de cachorros, se pierde hacia el otro lado de la hoguera, la parte trasera del edificio de reuniones. Mientras camino hacia allí, Megan se me acerca.

—Por cierto, Ren...

—Ahora no —gruño.

La chica sonríe y se encoge de hombros, desistiendo con facilidad.

—De acuerdo, hombre, no se puede decir que no lo intenté.

Cuanto más me acerco a la esquina del edificio, más risas oigo. Risas masculinas, satisfechas y divertidas. Por fin, los veo. Los cachorros están rondando a Anna en círculos. Ella está sentada en una de las sillas plásticas de la fiesta, que deben haber arrastrado hasta aquí, y una venda oscura le tapa los ojos. Cuando mi mirada desciende, el aliento se me atasca en el pecho. Un rayo de sorpresa me sacude por entero. Se podría decir que esa venda y la sonrisa que exhibe son lo único que lleva puesto, porque ese vestido...

Bien, ese vestido acaba de convertirse en mi prenda favorita.

Sentada como está, el borde de la falda amarilla deja a la vista sus bonitas piernas. Y la parte de arriba... Trago fuerte, obligando a la saliva a bajar por mi garganta. La parte de arriba tiene el escote más absurdo que he visto en mi vida. El par de tiras que sujetan el conjunto a sus hombros... Hasta la más ligera brisa podría romperlas.

Está guapísima, joder.

Podría quedarme eternamente mirando cómo sus pechos suben y bajan con su respiración, de no ser por los otros seis cachorros que babea a su alrededor como idiotas. Bien, supongo que ha llegado la hora de dejar salir un poco al leopardo posesivo. Pero solo un poco, y solo porque me muero de ganas de ver cómo estos tontos se hacen pis encima.

—Empezamos de nuevo —es Bambang quien habla. Aún sin camiseta, está de pie detrás de Anna. Se inclina por su derecha para hablarle y ella, sonriente y confiada, gira el rostro hacia él—. Llevas tres de tres. Nunca creímos que fueras tan buena.

¿Tres de tres? Me cruzo de brazos, sabiendo que tengo el viento a favor y que por eso no me han olido todavía, y sonrío de forma socarrona.

Anna se ríe. Su risa es tan bonita.

—Adelante.

—Bien, que pase el siguiente y a ver si adivinas de quién se trata.

Otro de los cachorros, Risco, da un paso al frente y, arqueando la espalda con elegancia, se transforma. Sus cuatro patas caen al suelo en silencio. Luego, despacio, avanza hacia Anna.

Oh, no. No. Que no sea lo que creo que es. Porque si es así, mi leopardo se va a ofender muchísimo.

Risco merodea frente a la silla. Una de las veces, su cola roza las rodillas de Anna. La risa de ella burbujea de nuevo, como si sintiera cosquillas, y esta vez no es el Pecado de la Ira lo que se alza dentro de mí. Es la envidia del leopardo, pura y dura. Cuando Anna se inclina hacia delante con la mano extendida, dispuesta a tocar el pelaje del muchacho, todo lo primitivo, animal e irracional que hay dentro de mí salta al mismo tiempo.

El rugido que sale de entre mis labios es tajante. Risco se detiene en seco. Sus ojillos me miran, asustados, y se agazapa sobre el suelo debatiéndose entre salir corriendo o quedarse quieto. Todos los demás se paralizan. Sé que una parte de ellos desea responder al desafío, aunque no son tan estúpidos. Saben que lo que han hecho está mal, y que se merecen cualquier castigo que decida imponerles. Y, como he dicho, me conformo con verlos acojonarse.

—¿Qué pasa? —Anna se remueve en la silla.

—Mierda. —Bambang posa las manos sobre sus hombros. Yo lanzo un gruñido que hace que las aparte al instante—. Creo que se acabó el juego, *Mata Biru*.

—Largaos. —Recorro el grupo con los ojos—. Todos vosotros. Ya. O no podréis sentaros con dignidad durante una semana cuando acabe con vuestros culos.

Corren a obedecerme, lo cual hace que me ría a carcajadas en mi fuero interno. Bambang es el único que lanza una mirada de recelo sobre su hombro. Le enseño los dientes con fiereza; me ofende incluso que considere preocuparse por Anna.

—Ay, au... —Anna está luchando contra la venda en sus ojos.

Cuando el sonido de los cachorros corriendo se extingue, camino rápido hacia ella y sustituyo sus manos en la tarea. En realidad, lo que hago es sacar un poco las garras y romper el material. La tela se desliza sobre su pelo y al instante sus grandes ojos azules me miran desde abajo.

—Te oí gruñir —dice. Parpadea y mira a un lado y a otro—. ¿A dónde ha ido todo el mundo?

—Lejos, si saben lo que les conviene.

Confusa, se pone en pie.

—¿Por qué les has echado la bronca? —pregunta, e inclina la cabeza como si de verdad no supiera la respuesta.

Suspiro con fuerza, y no sé si besarla o zarandearla. Dos semanas aquí y todavía parece que no sabe nada sobre cambiaformas.

—¿Tú qué crees? ¿Qué pensabas al venir aquí con ellos?

Su ceño se hunde.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás diciendo que Bambang y sus amigos no son de fiar?

Vuelvo a sentir ganas de echarme a reír. ¡Por supuesto que unos mocosos de quince años no son de fiar! Causan más problemas de los que deberían.

—Verás, la cuestión es que nadie debería ir por ahí acariciando el pelaje de cualquier leopardo que se le presente.

Una ligera expresión de incertidumbre pasa por su rostro.

—¿Es... inapropiado? Me pareció de lo más inocente.

—Podría ser interpretado como una señal de que estás receptiva a aceptar cortejos. En los clanes de cambiaformas funciona así; acariciar el pelaje es un gesto bastante íntimo. —Asiente con lentitud, como si estuviera asimilando lo que le digo—. Así que ya lo sabes. No deberías volver a hacerlo.

Dentro de mí, el leopardo ruge de aprobación. Está molesto y celoso porque a él no le ha tocado ni un bigote todavía, y me esfuerzo por calmarle y asegurarle que pronto tendrá su turno. O eso espero, por los dioses.

—No hacerlo de nuevo significaría que no estoy receptiva a cortejos, ¿no es así? —Inclina la cabeza al mirarme, sus ojos estrechándose de una manera curiosa.

—Exacto.

—¿Y eso es lo que tú quieres?

Abro la boca para contestar un automático y rotundo sí, pero... Un momento. Algo en el fondo de sus ojos está gritándome que esto es una trampa y que, conteste lo que conteste, voy a fastidiarla.

—¿Tú quieres... que yo lo quiera? —pregunto, dudoso.

La expresión de Anna decae, y sus ojos se desvían más allá de mí, hacia el poblado.

—Si todo fuera diferente, y me refiero a diferente de verdad... — murmura en voz baja, y algo en su mirada hace que se forme un nudo en mi garganta.

—Piensa en el ahora, Anna, en lo que estás sintiendo justo en este momento —le pido.

Ella coge una gran bocanada de aire, temblorosa.

—Ahora, la verdad, estoy aterrada.

—¿Por qué?

—Es probable... que yo no sea... —Cierra los ojos con fuerza—. Que no sea capaz de darte lo que quieres. Nunca. Estoy desgarrada de tantas formas diferentes... No sé si alguna vez volveré a estar completa, Ren. Creo que hay algo dentro de mí que ya no funciona.

Su confesión me toma por sorpresa. Me rompe el alma oírla hablar así, verla tan vulnerable.

—Sé lo que se siente —murmuro con suavidad, acercándome más a ella—. Sé cuánto duele creer que nunca volverás a ser el mismo y que has perdido una parte de ti que era demasiado importante, demasiado vital. ¿Recuerdas cuando me preguntaste por qué había acabado Yuda siendo el *kepala*? Porque necesité casi tres años para recomponerme un poco tras la muerte de mis padres. Pasé de una etapa de dolor hacia otra, creyendo muchas veces que no iba a ninguna parte y que jamás lograría avanzar.

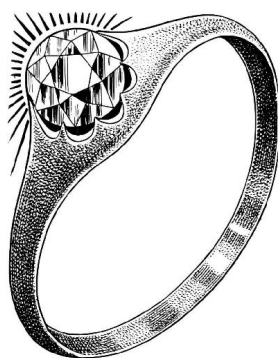
Ella alza el rostro hacia mí. Hay incredulidad y pura agonía en sus ojos azules. También una profunda conexión, un hilo que conecta directamente su dolor con el mío.

—Tú también... —Lo que sea que va a decir, no lo termina.

Me lo imagino. Le rodeo el rostro con las manos lentamente.

—Yo también. Por eso sé de lo que hablo cuando digo que te aceptaría de cualquier forma. Porque sé que el tiempo cicatrizará cualquier herida que tengas, y lo que hoy se siente como irreparable poco a poco se convertirá en un dolor sordo con el que serás capaz de vivir.

ANNA



Ren no me está prometiendo la curación total. Es absolutamente sincero. Y él más que nadie debe saber de lo que habla después de perder a un padre y a una madre de forma brusca. Sí, Ren es fuerte, y amable, y podría cargar con el peso de una persona tumbada por el dolor. De lo que no estoy tan segura es de que pueda, o quiera, cargar con una mentirosa.

¿Por cuánto tiempo podré seguir escondiéndolo todo? Intuyo que no mucho si sigo involucrándome con él. E incluso si él no estuviera de por medio, sé que algún día llegaría a ese punto en el que una persona no puede sostener más las cosas y tiene que hacer frente a la verdad. Destapar el cajón y echar un vistazo a todo lo que una vez decidió enterrar porque era demasiado doloroso.

La cuestión es, ¿estaré preparada cuando llegue el momento? ¿Volverá Ren a mirarme a los ojos después de eso? ¿Perderé el poco control que

tengo sobre mí misma y, tal y como me dijeron el día de mi iniciación, reduciré el mundo a cenizas?

—Solo para rematar —dice Ren—, ¿pensarás en lo que hemos hablado? En que estaré aquí pase lo que pase.

—¿Pensarás tú en lo que yo te dije? En que tal vez las cosas no salgan como tú esperas.

Se lleva una de mis manos a los labios y me besa los nudillos, muy cerca del anillo.

—Ten por seguro que pensaré en ello. —Por un momento me parece que sus ojos caen sobre mi talismán, aunque tal vez me lo haya imaginado—. Y algún día hablaremos de todo lo que hoy no podemos.

Eso suena tan bonito que lo único que puedo hacer es cerrar los ojos, porque temo que él sea capaz de ver el crudo anhelo que siento.

Al día siguiente, cuando Indah y Taby me vienen a buscar (Megan bebió demasiado en la fiesta y está reponiendo fuerzas en su casa), Ren ya se ha ido con Adi y el hermano pequeño de este, Dwi, quien resulta ser el padre de Yuda, el *kepala*. Antes de marcharse, me pidió que tuviera mucho cuidado y me dio un beso en la frente que me hizo suspirar.

—Aunque os parezca un cliché, creía que ibais corriendo en forma animal a todas partes —les confieso, riéndome, mientras Taby conduce por un destrozado sendero.

—No pasa nada, nosotras creíamos que las brujas utilizabais la magia para todo y que por eso erais unas viejas gordas y perezosas llenas de verrugas. —Indah se retuerce en su asiento para mirarme. Lleva unas grandes y bonitas gafas de sol que le enmarcan la cara y solo dejan ver su sonrisa traviesa—. No es tu caso.

Arqueo las cejas.

—Gracias.

—Bueno, a lo que íbamos. —Se coloca las gafas sobre la cabeza y me examina con sus ojos oscuros. Sus ojeras son dos círculos morados bajo sus pestañas; sé que anoche no durmió nada debido a los nervios por su inminente ceremonia—. ¿Cómo te lo pidió Ren?

Confusa, frunzo el ceño.

—¿Pedirme qué?

—¿¡No te lo ha pedido!? —La explosiva exclamación de Indah sobresalta a nuestra impresionable conductora, que da un bandazo con el volante. Mi cuello se dobla bruscamente y cruje—. Ay, lo siento, chicas. Es que no me lo puedo creer. ¡Tendría que haberlo visto venir!

Dolorida, me froto el cuello.

—Au...

—No es tan raro —comenta Taby, recuperando el control del coche—. Los chicos se escaquean de esas cosas siempre que pueden.

—¡En mi ceremonia no! —Indah da un puñetazo al cabezal de su asiento, frustrada—. ¡Lo dejé bastante claro!

—Por favor, contadme de qué estáis hablando —les pido.

—Bueno. —Indah resopla para apartarse el fleco de la cara—. En las ceremonias de los compañeros, excepto los viudos, todos deben acudir en pareja. Ya sea con tu primo de cinco años o con tu abuela de setenta. Los números pares dan mucho mejor karma que los impares y durante una ceremonia de amor como la de mañana se supone que los novios necesitamos todo el buen karma que seamos capaces de reunir. La tradición dicta que el de mayor edad invita a su pareja. Debe hacerse, ¿entiendes? No pueden dar por sentado que vamos a ir con ellos, porque ya lo hacen el resto del año y en todas las demás celebraciones. Son unos chulos arrogantes.

Parpadeo varias veces. Ahí detrás parece que hay una historia enquistada.

—¿Bagal lo dio por sentado alguna vez?

—Oh, sí. Cuando llevábamos cinco meses de cortejo. —Pone los ojos en blanco—. Fue la ceremonia de reafirmación de sus padres y el muy idiota se limitó a venir a por mí cuando faltaba media hora para que comenzara la fiesta. Pretendía que yo estuviera preparada esperándolo, o algo así. Le solté tal rapapolvo que se le pusieron rojas hasta las orejas.

Me echo a reír.

—¿Qué le dijiste?

—Que hasta que no volviera con el ramo de flores más grande que pudiera encontrar y una buena disculpa bajo el brazo, no pensaba acompañarlo a ningún lado —responde, esbozando una pequeña sonrisa.

Sus ojos se enternecen—. El muy tonto salió corriendo y regresó quince minutos después con un precioso ramo de rosas amarillas.

—¿Y se disculpó?

—Oh, sí. —Los párpados de Indah caen, ocultando su mirada, y su sonrisa soñadora me lo dice todo—. Se disculpó estupendamente bien.

Me gusta cómo piensa tu amiguita, ronronea de pronto Soberbia. Solo hace falta encontrar el punto adecuado y tendrás a cualquiera comiendo de la palma de tu mano. A ver si aprendes.

No tiene que ver con dominación ni despotismo, le replico al instante, sobresaltándola. Noto incluso cómo se queda quieta, escuchándome. Es algo que tú nunca entenderías.

Si pretendes darme lecciones de amor, entonces sí, jamás lo entenderé. El amor es para débiles. El amor es para estúpidos. Un mero disfraz con el que enmascarar la lujuria, escupe el Pecado, disgustada. En cuanto el gato sacie el deseo que siente por ti, no creas que volverá a prestarte atención. ¿U olvidas que era tu hermana su verdadera pareja... y no tú?

Apretando fuerte los labios, giro la cara hacia la ventanilla. No voy a contestar, no voy a contestar, no voy a contestar...

¿Por qué no me contestas? ¿Qué temes decir?

La mente en blanco, la mente en blanco, la mente en blanco...

¡¡Estúpida!! De pronto, sus garras se hunden en mi interior, y es como si se clavarán alrededor de mi cráneo. Lanzo un grito de dolor y me encorvo hacia delante, sosteniéndome la cabeza. Me estoy cansando de esperar. Mis compañeros ya no aguantan más los roñosos cuerpos que han poseído. Acabaré contigo, bruja estúpida, y me haré con eso que tanto ansías esconderme. Encontraré la fisura por la que meterme, ¿lo entiendes? ¡¡Te destruiré!! ¡Cuando acabe contigo, no quedarán ni siquiera restos que tu amado cambiaforma pueda recoger!

Duele, duele, duele, sus garras están incrustadas en mi piel, más fuertes que puñales. Está en mi cabeza, dentro y fuera. El corazón me late justo detrás de los ojos y la sangre bombea muy rápido, es demasiado espesa y caliente...

—¡Anna!

Indah. Taby. Se acercan a mí.

Gritando, abro la puerta del coche y salto fuera. Por suerte, no estaba en marcha y no acabo rodando por el suelo. Tropiezo con mis propios pies, mareada. No sé a dónde pretendo ir, es imposible que llegue muy lejos con este dolor.

Solo sé que debo intentar alejarme. Rápido. Todo lo que pueda.

—Para, por favor, para...

Sus garras, en cambio, solo se hunden aún más. Hasta que el dolor es tan fuerte que ya no soy capaz de concentrarme en sostener ni esconder nada. Si sigue así, lo encontrará.

¿Creías que no me había dado cuenta de que el Éter que te ha hecho tan famosa está escondido? Y, ¿qué pasará si rompo tu talismán? ¿Qué crees que ocurrirá?

—No, para, para, para... Por favor, te lo ruego...

Estoy acostumbrada a los ruegos. No me conmueven porque me alimento de ellos.

Por favor, Diosa, por favor, no permitas que pase, no permitas que ella se haga con ese poder...

Unas manos muy frescas y suaves cubren las mías. Un torrente de cegadora luz dorada, como un soplo de aire polar, penetra en mi cabeza y hace que las garras de Soberbia sean arrancadas de mí misma. El Pecado retrocede y retrocede, chillando por la fortaleza de la luz dorada.

Exhausta, me dejo caer. Un par de brazos suaves me sostienen, y algo mullido que huele tan bien como el algodón de azúcar me rodea, acunándome. Abro los ojos un poco y veo una larga cabellera dorada y una aureola del mismo color sobre el par de alas blancas más grandes del mundo.

—Ariel... —susurro.

—Te tengo.

Con cuidado, me siento en el suelo. La arcángel permanece agachada a mi lado, con una mano en mi espalda por si perdiera de nuevo el equilibrio. Indah y Taby están arrodilladas delante de mí, pálidas por el susto.

—Lo siento. —La voz me sale ronca por todos los gritos, la garganta dañada—. Siento haberos asustado otra vez.

—¿Estás de broma? —Indah suena como si le faltara el aliento—. No tenemos nada que disculparte. Pero sí, nos asustaste. ¿Qué pasó? ¿Fue el Pecado?

Asiento. Ariel me acaricia el pelo con lentitud, enviando más y más ráfagas de frescor a la zona. Es muy reconfortante.

—Yo no tengo la capacidad sanadora de Rafael, he hecho lo que he podido para espantar al demonio —me explica—. No puedo garantizarte que no vuelva a alzarse, Anna. La estás alimentando con cosas oscuras.

Me encuentro con sus ojos, prístinos y puros, y algo en sus palabras se hunde en mí. Respiro superficialmente, pensando.

—Oh, vamos. —Indah chasquea la lengua—. Anna no tiene un solo hueso oscuro en su cuerpo.

—La oscuridad está compuesta de muchas cosas —se limita a decir Ariel—. Te sugiero que pongas en orden todos esos asuntos, Anna, o la aproximación de mi padre será solo un eufemismo. Soberbia es más poderosa que cualquiera de los otros seis, y lo sabe.

La oscuridad está compuesta...

De muchas cosas.

«Tienes una deuda con alguien en el más allá, muchacha. Esa deuda es una mancha tan oscura en tu alma que está afectando a tu magia. Hasta que no lo resuelvas, no habrá verdadera vida para ti. Aunque creo que eso tú ya lo sabes».

«Hay ponzoña aquí dentro... Voy a tener mucho con lo que trabajar. No está mal».

Sí. La arcángel tiene incluso más razón de la que ella misma piensa.

Estoy condenándolos a todos por ser una cobarde y una egoísta.

—Tal vez os pido demasiado —digo, mirando a Indah y a Taby—, pero, por favor, no le contéis lo que acaba de pasar a Ren.

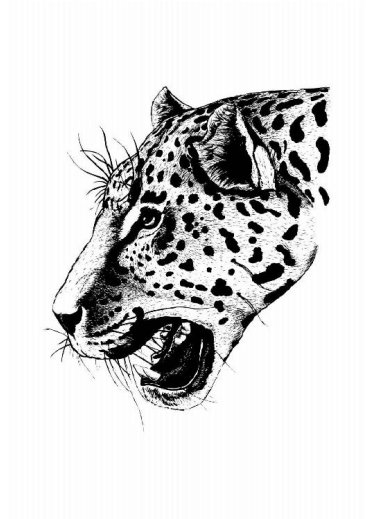
Ambas intercambian una mirada.

—No puedes ocultarle esa clase de cosas a un cambiaforma —murmura Indah con cautela—. Y yo diría que mucho menos a Ren. Si descubre que estás escondiéndole cosas referentes a tu salud o seguridad...

—Se lo contaré, solo que no ahora —les aseguro.

Sin embargo, les estoy mintiendo.

REN



El día de la ceremonia de Bagal e Indah, el poblado es un caos. Algunos, como siempre, solo parecemos estorbar y nos esforzamos por mantenernos a un lado del camino mientras otros deambulan ultimando detalles. Me pregunto por qué han dejado tantas cosas para el mismísimo día, pero ni se me ocurre plantearlo en voz alta. Puedo acabar seriamente herido por el atrevimiento.

Megan viene a buscar a Anna y se la lleva porque van a prepararse todas juntas en casa de Indah. La chica debe permanecer en su casa hasta que Bagal la vaya a buscar y acudan juntos hacia el fuego de la ceremonia. Serán los *tua* quienes bendigan su unión.

Antes de marcharse, con un pie en mi salón y otro en el porche, Megan arquea una ceja.

—¿No se te olvida nada? —susurra, para que Anna no la escuche.
Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Algo pequeño, algo sin importancia, como una invitación que tienes que hacer a la persona con la que quieres ir a la ceremonia, ya que eres el mayor —sisea. Cuando abro la boca de par en par, estupefacto, me guiña un ojo—. Te esperaremos en casa de Indah. Trae flores.

Mierda. Había olvidado todo el protocolo que rodea una ceremonia de unión. Frustrado, decido ir primero a casa de Bagal para desearle la tradicional suerte en el día de hoy. De camino hacia allí, me encuentro con Yuda.

—*Selamat pagi* —me saluda, inclinando la cabeza.

Paseamos el uno al lado del otro hacia el árbol en el que Bagal ha vivido siempre con sus padres, donde por costumbre debe prepararse. Aún es temprano y faltan unas cinco horas hasta que tenga que reunirse con Indah y empiece la fiesta. Meto las manos en los bolsillos del pantalón, inquieto. Oigo risas por encima de nuestras cabezas, personas reunidas en sus casas planeando el resto del día, y de pronto todo esto me parece una conspiración.

—¿Tú lo hiciste? —le pregunto bruscamente a Yuda. Arquea una oscura ceja y me mira—. Me refiero a invitar a Cinta para esta noche.

Un destello de comprensión cruza sus ojos.

—Claro que sí. Mi madre hasta se permitió el lujo de darme un par de consejos sobre cómo hacerlo —masculla—. Yo no estaba aquí durante la ceremonia de reafirmación de los padres de Bagal, así que esta es la primera ceremonia de *pasangan* a la que asisto después de la mía.

Sí, aquellos días Yuda estuvo reunido con los *tua* de varios clanes de leopardos, hablando sobre la situación de los rakshasas; a mí no se me permitió asistir. La paz que estamos viviendo se está haciendo inusualmente larga, e incluso durante las guardias tanta tranquilidad nos pone los pelos de punta. Solo parece la calma que precede a la tormenta.

—¿No se supone que es evidente que vamos juntos? —pregunto en voz alta, antes de darme cuenta de que es Yuda quien tengo al lado. Yo nunca he mantenido una conversación ni remotamente personal con él, ni siquiera antes de que se convirtiera en cabeza de clan. Incluso desde niños había muchísima rivalidad entre nosotros. Éramos... demasiado parecidos.

—Para el clan, no. —Para mi sorpresa, su disgusto casi iguala al mío en este aspecto—. Les encanta mantener tradiciones. Así que, ¿quieres mi consejo? Puedo transmitirte la gran sabiduría de mi padre respecto a las mujeres —dice, sarcástico.

—Creo que prefiero improvisar —murmuro.

Por un momento me imagino cómo sería este día si mis padres estuvieran vivos. A menudo analizo cómo sería el presente si les incluyera a ellos. Es obvio que mi madre se habría ido con Anna para ayudarla a prepararse... y puede que fuera mi padre, y no Yuda, quien caminara conmigo ahora mismo. Y al igual que hizo Dwi con su hijo, Guntur se creería con el derecho de darme valiosísimas lecciones sobre mujeres. Por desgracia, mi mente no alcanza a imaginar lo que me diría, porque jamás llegamos a tener una conversación de ese tipo. Ni siquiera tuve oportunidad de contarle a mi padre cómo era la chica que vi en mi sueño de *pasangan*.

Cuando bajé del árbol del *dukun* aquel día, tanto él como mi madre ya habían muerto.

Cuando nos detenemos al pie del árbol de la familia de Bagal, Yuda, con las manos en los bolsillos como yo, se gira para enfrentarme.

—No tenemos que ser enemigos, ¿sabes?

Por un instante, me limito a mirarlo. Sabía que este momento llegaría tarde o temprano.

—Sí, lo sé.

—No presenté mi candidatura a *kepala* para joderte, ni siquiera un poco —continúa—. Mi padre me presionó para hacerlo y a mí me pareció una buena idea, teniendo en cuenta lo destrozado que estabas tras el ataque. No hubo ni una sola intención por mi parte de quitarte el poder o el lugar que legítimamente te pertenecía. De hecho, todos estos años he estado esperando tu desafío.

Sí, él y todos en el poblado. Creían que en cuanto me recuperara de la muerte de mis padres y creciera un poco más, plantaría cara a Yuda y reclamaría mi lugar como cabeza de clan. Según nuestras leyes, tengo todo el derecho.

—Puedes descansar tranquilo, no voy a intentar quitarte lo que ganaste. Que me toques las narices cuando me das órdenes no tiene nada que ver con

eso. —Me encojo de hombros, avergonzado por estar contándole esto—. Soy tan alfa como tú y eso nos va a tener chocando toda la vida. Pero, si te soy sincero, salvaste a este clan el día que luchaste por ser el *kepala* y no soy tan idiota como para no verlo. Si hubiera sido yo, todo habría caído sobre mí. No estaba preparado para asumir esa responsabilidad.

Los ojos de Yuda me observan.

—Ahora sí lo estás.

—Ahora el clan no necesita que haya luchas por el poder. Además, no lo has hecho nada mal.

—Sabes que tú eres, y siempre serás, el legítimo *pewaris*, ¿cierto? Y que, si me desafiaras, la mitad del poblado te apoyaría.

Esbozo una pequeña sonrisa, divertido.

—¿Solo la mitad? No, gracias. Te cedo toda la maravillosa carga de mantener el clan seguro, feliz y a salvo. Yo estoy bien donde estoy.

Al fin, Yuda aparta los ojos y sonrío.

—Qué cabrón.

—A tu servicio.

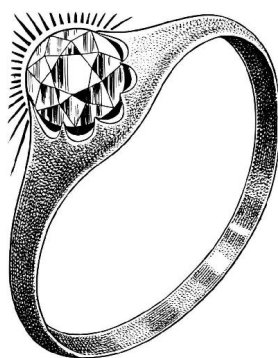
Sacude la cabeza, riéndose.

—Bueno, será mejor que subamos. Apuesto diez a que Bagal está llorando porque no sabe cómo abrocharse la camisa.

—Veinte. Yo digo que ya se ha olvidado incluso de cómo se ponen los pantalones.

—Hecho.

ANNA



Estoy cocinando con Mawar. Yo. Anna. Cocinando. Y, para mi sorpresa, me está ayudando mucho a relajarme y a olvidarme poco a poco de lo que pasó ayer de camino a Tanahkami.

—Eso es para la sopa de albóndigas —me dice Mawar, señalando la salsa que estoy mezclando—. Luego haremos fideos fritos. Y, si quieres, puedes preparar un plato típico de tu tierra.

Mi tierra. Rumanía. Si hay un plato típico allá, las brujas lo desconocemos. Lo que viene de las cocinas del castillo siempre es comida basura, grandes asados y riquísimos postres. Nada muy sano o nutritivo. Todo lo contrario a lo que preparan aquí, ya que cada receta parece tener una finalidad especial.

—Las hamburguesas no cuentan, ¿no? —pregunto, alicaída.

Mawar se echa a reír.

—Claro que sí. Los niños te lo agradecerán muchísimo. Creo que hay carne molida en el congelador.

Contenta por tener algo que aportar, me hago con la carne molida y un paquete de pan de hamburguesas y me centro de lleno en la única comida que soy capaz de preparar sin magia (aparte de todo lo que requiera microondas, electrodoméstico en el que soy una experta).

Cuando ya llevo amasadas como treinta rodajas de carne, tocan a la puerta. Una de las personas que pulula por la casa abre y suelta una exclamación. Luego, las exclamaciones se hacen eco unas de otras hasta que Mawar y yo nos damos la vuelta para ver qué ocurre. La carne picada que tengo en las manos se me resbala y cae sobre la encimera.

Ren está en el umbral de la puerta, luciendo muy incómodo y con un gran ramo de flores violetas en la mano. Está recorriendo todo el salón con la mirada, buscando algo.

Mawar carraspea con suavidad.

—Creo que es para ti.

Por fin, ese par de ojos esmeraldas me encuentran y se suavizan. Alguien me pone un trapo en las manos y yo, de forma automática, me limpio el estropicio. Otro par de manos me quitan el ridículo delantal que llevo para no mancharme y luego me dan un empujón hacia la puerta.

Concentrándome en respirar, camino hacia él.

—¿Tienes un momento? —me pregunta Ren, mirando con cautela por detrás de mí.

Oigo el suspiro soñador de varias mujeres al mismo tiempo.

—Tiene solo cinco minutos, la necesitamos de vuelta. —Indah aparece a mi lado y me empuja hacia el porche. Antes de cerrar la puerta, nos dedica una gran sonrisa—. Aprovechad el tiempo.

Una vez solos en el exterior, exhalo el aire que estaba conteniendo. Intento esbozar una sonrisa, aunque creo que me ha salido una mueca rara. Ren se queda mirándome durante unos interminables segundos, hasta que se pone en marcha de nuevo y me tiende el ramo de flores.

—Toma. Son para ti.

Las acepto y me las acerco para oler el perfume.

—Me encantan. —Acaricio los suaves pétalos y lo observo.

Se aclara la garganta y mete las manos en los bolsillos del pantalón, mientras sus mejillas adquieren un tono cada vez más rojo.

—La ceremonia de Bagal e Indah empieza a las seis —suelta a bocajarro—. A las seis en punto.

—Lo sé.

—A esa hora las parejas se reúnen y van juntas hacia la hoguera donde se celebrará la unión.

—Eso me han dicho.

Encoge uno de sus grandes y musculosos hombros.

—Pues eso.

—Ah... Vale.

—¿Eso es un sí?

—¿Qué?

—Para ir a la ceremonia. Juntos.

—Oh... —Trago saliva y me mordisqueo el labio inferior, fijándome en cómo cambia el peso de un pie a otro—. La verdad es que no puedo darte una respuesta si no me has hecho ninguna pregunta.

Él parece atónito por un momento. Luego se recompone y, mirando a todas partes excepto a mí, empieza a murmurar.

—Anna, ¿quieres...? Bueno, yo estaría dispuesto a jurar que sí, pero por lo visto las cosas tienen que hacerse de esta manera. Así que, ¿quieres ir conmigo a la ceremonia de *pasangan*?

Mientras él no me mira, una gran e inevitable sonrisa estalla en mi cara. Está tan avergonzado que resulta adorable. Seguro que todos tienen sus orejas pegadas a la puerta para escuchar lo que está pasando, y debe ser bochornoso para él.

No para mí. No, esta vez no soy yo la que se siente avergonzada. De hecho, puedo admitir que incluso lo estoy disfrutando.

Al final, su mirada se encuentra con la mía. Sus ojos parecen del color de la hierba en verano.

—Sí, me encantaría.

Suspira con fuerza, aliviado.

—Dioses, vale.

—Creo que será mejor que entre —digo, sonriente. Sosteniendo el gran ramo con una mano, señalo hacia la puerta con la otra—. Hay muchas cosas que hacer en poco tiempo.

—Sí, claro. Entonces... te recojo a las seis. Aquí.

—Vale, perfecto.

—Sí, perfecto.

Vacila un poco, balanceando el cuerpo hasta que se inclina hacia mí y me da un pequeño beso en la boca. Es tan breve que no me da tiempo a reaccionar.

—Hasta las seis —susurra.

Esta vez, soy yo la que se ruboriza.

—Ha-hasta las seis.

Cuando entro de nuevo en la casa, todo el mundo cae sobre mí entre risas y exclamaciones de placer.

—¡Ha sido increíble, Anna!

—El gran Ren Kokkalis, de rodillas ante una chica.

—¡Mirad qué flores!

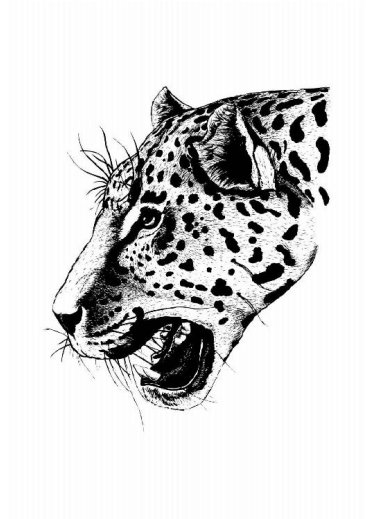
—Oh, sois una pareja muy bien avenida. Se nota.

—Ha sido tan dulce que podría haberme dado un coma diabético.

Sonriendo yo también, me reclino contra la puerta y disfruto una vez más del aroma de las flores. Dentro de todos los planes que he hecho en las últimas veinticuatro horas, desde luego que no contaba con esto. Sin embargo, no puedo decir que esté disgustada con el nuevo rumbo que han tomado las cosas. Esta noche, disfrutaré de este clan, de esta calidez y cariño incondicionales.

Esta noche, definitivamente, no creo que vaya a poder seguir engañándome a mí misma.

REN



Mucho antes de las seis, la mayor parte del poblado está merodeando alrededor del árbol de Indah. Bagal tiene que ser el primero en subir a buscar a su pareja, y después los demás bajarán tras ellos portando todas las bandejas de comida que luego colocarán en las mesas alrededor de la hoguera. Yo debo acompañar a Anna todo el camino; lo mío me ha costado ese privilegio. Cuando tardó tantos segundos en responderme, mi corazón iba a mil por hora. ¿Por qué parecía que se lo estaba pensando? Por suerte, cuando aceptó todo volvió a su lugar. Y el pequeño beso de despedida que le di no es ni una milésima parte de lo que tengo planeado para ella esta noche.

Mientras estaba en casa de Bagal, viendo caer al pobre muchacho en un pozo de desesperación y nervios, escuché los comentarios de otros. Todos tenían grandes planes para sus parejas. Parecían estar de acuerdo en que esta era una gran ocasión para conquistar, reconquistar o, para algunos,

limar asperezas. Entre todas las cosas que oí, llegué a la conclusión de que nadie puede resistirse a los detalles, a la atención y a los halagos.

Anna es la primera chica para mí, siempre lo ha sido, y no tengo ni idea de cómo proceder, aunque está claro que lo voy a intentar. Sería idiota si desaprovechara una ocasión como esta para estar con ella, a su lado, e insistir en que me dé esa oportunidad que le pedí antes de ir a la Admonición.

Por fin, la puerta de la casa se abre y una figura se asoma desde el porche. Es la madre de Indah.

—Ya puede subir el novio.

Bagal es empujado con cariño por su padre. Lleva la ropa tradicional de las ceremonias de *pasangan*: pantalones color veis y camisa blanca.

Para la ocasión se han desplegado unas escaleras alrededor del árbol, parecidas a las que diseñó mi padre. Bagal e Indah no deberán dejar salir a los leopardos hasta más entrada la noche. El chico se detiene al pie del primer escalón y respira unas cuantas veces, reuniendo valor. Luego, dedicándole una última mirada a su padre, sube las escaleras. Todos le gritamos desde abajo, deseándole suerte y firmeza. No estaría bien visto que se desmayara por los nervios delante de la novia, aunque estoy seguro de que Indah sería capaz de llevarlo en brazos hasta la hoguera para así no detener ni un segundo la ceremonia.

Cinco minutos más tarde, Bagal deshace sus pasos escalera abajo, acompañado esta vez de Indah. Está guapísima. Lleva un precioso sari rojo con ribetes dorados que hace resaltar su piel y su cabello. Tras la pareja bajan todos los demás. Los veo salir por el arco de entrada de la casa, uno tras otro, tras otro, tras otro... ¿Cabían tantas personas ahí dentro? Veo a Sari, muy graciosa vestida de naranja y llevando una bandeja con la máxima concentración del mundo.

Detrás de la niña sale Anna, por fin. Al verla me quedo sin aliento. Está preciosa. Más que eso, está espectacular. Su vestido es azul, un azul eléctrico que recuerda a sus ojos cuando se enfada. Se le ciñe al cuerpo como un guante. Cuando camina, sus caderas se balancean de una forma mucho más llamativa de la habitual. La tela se abre con el movimiento y puedo ver trozos de su cintura y vientre.

Ella baja las escaleras y camina hacia mí. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y, como se ha maquillado, sus ojos parecen más exóticos de lo normal. Más rasgados e intensos.

Se detiene a mi lado. Me está mirando. Creo que debería decir algo.

—Estás... —La voz me sale como la de un niño, así que carraspeo y vuelvo a intentarlo—. Estás preciosa.

Se muerde el labio inferior y se fija en mi camisa blanca y mis pantalones pardos.

—Tú también estás muy guapo.

—Se hace lo que se puede —murmuro. Luego recuerdo lo poco que sé sobre modales y le tiendo el arco de mi brazo—. ¿Vamos?

Asiente con una pequeña sonrisa y coloca su mano en el pliegue de mi codo. Me apresuro a coger la bolsa llena de recipientes que lleva en la otra mano. Un delicioso olor a carne llega flotando hasta mí.

—Huele de maravilla. ¿Lo has cocinado tú?

—Sí.

—¿De veras? Creí que no te gustaba cocinar.

—Y no me gusta —asevera, frunciendo el ceño—. Quería ayudar en algo y eso es lo único que sé preparar.

—¿Y qué es?

Me mira con pena.

—Hamburguesas.

Divertido, me echo a reír. Varias parejas que caminan cerca se giran y nos sonríen.

—¡No te rías! —Abochornada, Anna me da una palmada en el brazo—. Es una comida tan buena como cualquier otra.

—Ya lo creo que sí, ha sido tu cara cuando lo has dicho lo que me ha hecho reír. —Esboza un mohín con los labios—. Es perfecto.

—Sabes que ahora te verás obligado a comerte al menos la mitad para que pueda creerme tus palabras, ¿verdad?

Gimo, fingiendo resignación.

—Qué remedio.

Cuando ya estamos llegando a la hoguera, que se verá mucho más impresionante cuando se haga de noche, Anna me sorprende tirándome del

brazo y arrastrándome a la sombra de uno de los edificios comunales.

—¿Qué...?

Sus delgados brazos me rodean el cuello y tiran de mí hacia abajo. Lo siguiente que sé es que sus labios están tocando los míos, su olor en mi nariz, su caliente y suave cuerpo estrechándose contra el mío. Ni siquiera pienso en resistirme. Le rodeo la cintura con los brazos. Es tan pequeña que la abarco por completo y aún me sobra. Extiendo los dedos por sus costillas, buscando el hueco entre tanto metro de tela para poder tocar la piel desnuda que sé que está por alguna parte. En cuanto mis dedos hacen contacto con su vientre, ambos gemimos al mismo tiempo.

Me separo por un momento.

—¿A qué viene esto?

No es que vaya a quejarme, pero, demonios, no es propio de ella. Sus ojos están abiertos de par en par, remarcados por lápiz negro y ese potingue para alargar las pestañas. Está incluso más bonita de lo normal.

—No lo sé. ¿Está mal?

—Dioses, no —gruño.

Bajo la cabeza para besarla de nuevo. No necesito más explicaciones. De hecho, que a ella le puedan los impulsos de estar conmigo tanto como a mí, me parece perfecto. Son buenas noticias para mí.

—Es que... estás... tan guapo —murmura entre beso y beso.

—Soy... irresistible... lo sé.

Ella me muerde el labio inferior. Me quedo quieto unos segundos, asimilando que está jugando conmigo, antes de arrastrarla hasta que su espalda toca la pared del edificio. Cuando deslizo las manos hacia la parte baja de su espalda, más allá de la curva (porque, joder, tengo que hacerlo), se me enredan en la tela y acabo haciéndome un lío.

—Maldito vestido.

—Megan dijo que te iba a gustar.

—Por una vez y sin que sirva de precedente, Megan tiene razón.

En lo que tardo en deshacerme de la tela, por desgracia, Anna me da un último beso en el mentón y me sonríe.

—Creo que será mejor que nos demos prisa. No quiero perderme nada de la ceremonia.

—Vale, dame... Dame un minuto.

—¿Para qué?

¿Es en serio? La miro a los ojos y solo veo transparencia y las pupilas ligeramente dilatadas que indican que disfruta de esto tanto como yo. Se me pasa por la cabeza apretarme contra ella para que se dé cuenta, pero lo descarto inmediatamente. Por alguna razón, que no tenga ni idea me hace sentir algo... avergonzado.

Me aclaro la garganta, buscando alguna excusa plausible al mismo tiempo que envío órdenes mentales a mi entrepierna. Órdenes que ya sé que van a ser ignoradas.

Entonces ella hace un sonido distinto... Una pequeña inspiración. Su mentón baja, observa aquello que los pantalones de lino blanco no pueden ocultar de ninguna manera, y vuelve a levantar la cabeza de un tirón.

Lo ha pillado.

Los colores le suben a la cara tan rápido que es un visto y no visto. Ni siquiera sé si está roja. Creo que se está poniendo azul.

—Ah... —Es todo lo que dice.

Ya no sé si reírme o caer en un pozo de vergüenza.

—Pues eso.

Tras unos cuantos segundos de silencio incómodo, ella suspira.

—Lo siento, Ren, te estoy haciendo sentir raro. Sé lo que... Me consta que los chicos... Es decir...

Eternecido por su intento, rodeo su cara con las manos.

—Oye, tranquila. Sé cómo es la educación de las brujas.

Aunque me mira, se muerde el labio inferior.

—Te aseguro que no todas son como yo en este aspecto.

Sonrío y me inclino para besarle la punta de la nariz.

—Eres tímida, ¿y qué? Está todo bien.

—Ya... —Sus ojos azules, grandes e intrigados, vuelven a descender—. ¿Y cuánto tardará en volver a su estado... normal?

Aprieto los labios para no reírme, porque sospecho que no le sentaría nada bien.

—Menos de lo que crees —acabo por contestar—. En el castillo, cuando vivías con las otras brujas, no iban muchos hombres a veros,

¿verdad?

Mueve la cabeza de lado a lado.

—Ninguno. No aceptamos varones en el castillo. Tú fuiste el primero en muchísimo tiempo. De ahí el revuelo que se montó. E incluso cuando te marchaste, el ambiente quedó alterado unos cuantos días.

Frunzo el ceño, porque, ¿cómo sabe eso? Anna no estaba en el castillo cuando yo fui en su busca. Esa fue la principal razón por la que me equivoqué... Vi a Emily en lugar de a ella y me enneguecí. Y entonces recuerdo algo que siempre pasé por alto: cuando estaba siendo presentado a las otras brujas, en aquella sala atestada... Emily se acercó para besarme y en el instante en que sus labios tocaron los míos sentí que algo iba mal. Lo escuché, atronador, en mis oídos.

El sonido de un corazón latiendo sin compás.

Aturdido, salí de la sala en busca del origen de aquel sonido. Capté un ligero rastro de algo... Algo que me llamó poderosamente la atención y que luego olvidé porque tenía cosas más importantes en las que pensar. Sin embargo, ahora lo recuerdo. Maldita sea, claro que lo recuerdo: olía a una mezcla de cosas buenas y especias picantes.

Olía a Anna.

—Por cierto... ¿Dónde estabas tú el día que yo fui al castillo? —pregunto, despacio.

Su pequeño cuerpo se tensa y, poco a poco, aparta las manos de mi pecho.

—¿Qué?

—Dices que recuerdas el revuelo que se armó cuando yo estuve. ¿Dónde estabas tú? —Emily me contó que su hermana no se encontraba en el castillo. Olí su mentira, pero yo, tonto como fui todos aquellos días, cometí otro error y lo dejé pasar. Creí que tal vez no querría presentarme a su hermana porque no tendrían buena relación o algo menos importante.

—Yo estaba pasando mi iniciación con Melissa A'Quila en el Sabbat del Dragón. Lejos, muy lejos del castillo. Fue Leska la que me contó lo del revuelo por tu aparición y demás.

Miente. Me echo hacia atrás, contemplándola con decepción. ¿Por qué mentirme? Y si estuvo aquel día en el castillo, ¿por qué no se dejó ver?

Todas las malditas brujas hicieron cola para mirarme y hacerme preguntas. ¿Tal vez estaba enfadada con su hermana por algún motivo? ¿O con quien no quería encontrarse era conmigo? Pero ¿por qué?

Y una vez más, ¿por qué mentirme ahora? No tiene ningún sentido.

Como tantas otras cosas.

—Me gusta mucho tu anillo —digo entonces, extendiendo la mano para tocarlo. Ella se echa instintivamente hacia atrás, y yo dejo caer la mano—. Mawar dijo que hacía juego con tus ojos, y tiene razón. No te lo quitas nunca. ¿Es especial para ti?

Traga saliva y se encoge de hombros.

—No demasiado. Solo me parece bonito.

La peste de la mentira es tan acre ahora que me hace arrugar la nariz, repugnado.

—Bien. —Apenas consigo que la palabra salga de entre mis labios, que están apretados por el asco. El problema bajo mis pantalones, por supuesto, se ha solucionado—. Vamos. Dijiste que no quieres perderte nada.

Anna vacila un poco. Me mira como si de repente me hubiera transformado en otra persona, aunque no soy yo el que oculta tantas cosas y se empeña en mentir una y otra vez. Cuando coloca de nuevo su mano en el pliegue de mi codo, me concentro en la sensación y me obligo a tranquilizarme, a enfocarme. Me cuesta una barbaridad.

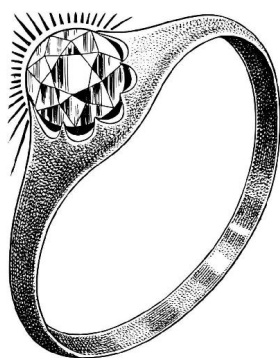
Yo solo quería más tiempo con ella. Tiempo y tiempo y tiempo. Para cortejarla. Para seducirla. Para que me quisiera lo suficiente y que los lazos que creáramos no se rompieran cuando llegara el momento de hablar sobre Emily. Y a lo mejor... A lo mejor no será mi culpa si esto no funciona. A lo mejor, lo que oculta Anna, sea lo que sea, lo cambia todo.

«¿Pensarás tú en lo que yo te dije? En que tal vez las cosas no salgan como tú esperas».

Tenemos que hablar. No puedo dejarlo pasar más tiempo. La sentaré en una silla y la ataré al respaldo si hace falta para que me escuche de principio a fin; no dejaré que huya como hizo tras el funeral. Es mi pareja, y debe saberlo.

Después de que tenga toda la verdad en sus manos y yo averigüe lo que me está ocultando, veremos si hay oportunidad para nosotros o no.

ANNA



Ren se ha acercado demasiado a la verdad. No pude contarle que lo vi en el castillo y que me oculté en las sombras del pasillo aquel día. Supondría revelarle también otras cosas. Como por qué me escondí y la conversación que tuve luego con Emily. Mi última conversación con mi hermana.

Lo que ella dijo y lo que yo fingí creer.

No quiero, no quiero, no quiero. Asumiendo que Soberbia es cada vez más fuerte y que yo no voy a ser capaz de luchar contra ella, mi única intención ahora mismo es disfrutar de este momento, que casi parece robado a la realidad. Disfrutar de él y del poblado tanto como me sea posible antes de que todo se estropee. Después, haré lo que tenga que hacer.

La ceremonia es preciosa y Bagal e Indah desprenden tanto amor que parece que nos van a dejar ciegos a todos. A mi lado, Ren no me ha hablado desde que nos sentamos en una de las mesas alrededor de la hoguera.

Tampoco me ha mirado mucho; sé que está dándole vueltas a todo y que las cosas no le encajan.

Bagal e Indah se presentan como pareja ante los *tua*. Sobre todos los presentes el cielo se está tornando rojo y naranja, un atardecer hermoso e intenso. La conversación que mantienen los ancianos y la joven pareja es un misterio, porque desde aquí no puedo escuchar nada. Sospecho que el desarrollado oído de los cambiaformas sí les permite oír, aunque Ren no hace ningún ademán de ayudarme.

Le acaricio el brazo para llamar su atención.

—¿Estás enfadado conmigo? —susurro.

Arquea una ceja.

—¿Debería?

—Quiero estar bien contigo. Disfrutar de esta noche. Por favor, Ren.

Aprieta la mandíbula con fuerza, lo cual hace resaltar sus pómulos y los rasgos duros de su rostro.

—Hay cosas que tenemos que hablar.

—Lo entiendo, pero...

Se gira hacia mí, clavándome en el asiento con la intensidad de sus ojos verdes.

—Tienes que prometerme que hablaremos. Sin más mentiras.

—Te lo prometo. —Le estoy mintiendo.

—¿Cuándo?

—Más tarde.

Otra mentira.

Sus ojos se estrechan.

—Más tarde, ¿cuándo?

Por lo visto, ya no habrá más excedencias por parte de Ren. Sabía que esto era lo que ocurriría si me involucraba con él, si pasaba tiempo a su lado. Y, tal y como yo esperaba, ha acabado hartándose.

—Cuando tú quieras —respondo al fin, obligándome a ser sincera.

Eso parece apaciguarlo. Y mientras él devuelve su atención a la ceremonia, yo intento no sofocarme.

Dejada atrás la parte más formal, empieza la verdadera fiesta. Bagal e Indah ya son una pareja oficial y se pasean entre toda la gente recibiendo

felicitaciones y dejando que les tiren arroz a la cabeza. Cuando llegan a nuestra mesa, le doy un fuertísimo abrazo a Indah y la felicito muchas veces.

Ella está radiante.

—¿Te ha gustado? —me pregunta.

—Ha sido increíble.

—Gracias. —Por primera vez la veo embargada de verdad por la emoción. Bagal se da cuenta y extiende una mano para capturar una lágrima justo antes de caer—. ¿Qué haces? No estaba llorando.

Su compañero pone los ojos en blanco.

—No, los dioses no lo quieran.

Cuando se inclinan para besarse, aparto la vista. Mi mirada se cruza con la de Ren, que parece un poco más tranquilo. Su mano encuentra la mía y hace que nuestros dedos se entrelacen. Espero que no se haya dado cuenta del temblor en los míos.

—Voy a seguir saludando, nos vemos más tarde. —Indah me da un último beso en la mejilla antes de marcharse.

La música ya está sonando, alta y escandalosa, y alrededor de la hoguera hay una improvisada pista de baile. Bambang y todos los chicos y chicas de su edad ya están allí haciendo el payaso.

—¿Quieres bailar? —me pregunta Ren de repente.

Lo miro con asombro, olvidando los nervios por un instante.

—¿Tú quieres?

—No soy el mayor experto, pero es la forma más decente que tengo de abrazarte mientras estemos aquí. —Y me lanza su conocida sonrisa baja-bragas.

Aliviada, dejo que me lleve más cerca de la hoguera. Empiezo a moverme al ritmo de la música, bastante animada. En el castillo bailábamos a todas horas. Era raro el fin de semana que no se celebraba alguna fiesta con una excusa tonta. Cuando echo un vistazo a Ren, se me hace evidente que no me ha engañado: no es un gran bailarín. Sin embargo, el modo en que balancea su enorme cuerpo lleno de músculos tiene su atractivo.

Bambang no tarda en acercarse.

—*Mata Biru*, estás tan hermosa que quitas el aliento. —Me echa un buen vistazo, de arriba abajo, y sonrío—. Un poco pálida, pero espectacular.

Ren tarda tres milisegundos en interponer un brazo entre el chico y yo, distanciándonos.

—La chica hermosa y espectacular es mía. Tú búscate a una de tu edad.

—El amor no tiene edad, querido Ren —replica Bambang—. Me retiraré ahora porque soy un oponente muy deportivo. Te aconsejo que no bajes la guardia.

Soltando un gran resoplido, Ren estampa su manaza en la cara de Bambang.

—Esfúmate.

Me echo a reír, y Ren se me une. A Bambang le siguen los chicos con los que jugué el otro día. Todos se dejan caer en algún momento para lanzarme un cumplido, aunque estoy segura de que su mayor intención es intentar cabrear a Ren, quien no hace sino sonreír y despacharlos. En un momento dado, la música se interrumpe. La voz de Indah se expande por todos los altavoces que han sido colocados para la ceremonia. Ya es noche cerrada.

—*Selamat malam, keluarga* —«Buenas noches, familia». Me giro en su busca. Ren me pone en la dirección correcta, señalándome la mesa donde están el equipo de música y el micrófono. Indah está de pie allí, con Bagal a su lado—. Gracias por compartir este momento tan especial conmigo y con Bagal. Os prometo que luego os dejaré el micrófono para que hagáis eso que os gusta tanto: dar discursos emotivos y ponerlos en ridículo organizando un karaoke. Ahora tengo que recordarle a mi guapísimo hermanito una promesa que me hizo hace mucho tiempo. Bambang, ¿dónde estás?

El susodicho corre entre la gente, riéndose, hasta que llega a la altura de su hermana. Le arrebató el micrófono y le estampa un sonoro beso en la mejilla, que hace que Indah proteste.

Ignorándola, Bambang encara la multitud.

—Así es, ha llegado el momento que todos estabais esperando. Prometí a mi escurridiza hermana que el día que se dejara marcar por Bagal yo

cantaría una canción de amor delante de todo el poblado. Bagal resultó ser más hábil de lo que yo creía, y aquí estamos.

Todos nos reímos al mismo tiempo. Bambang arrastra una silla hasta el atril del micrófono, modula la altura y extiende el brazo para que le alcancen una guitarra. Tras carraspear un par de veces, se pone serio y empieza a tocar.

Reconozco los acordes al instante. *Bless the broken road*, de Rascal Flatts.

—Oh, esta canción es preciosa.

—No se hable más. —Los brazos de Ren me rodean y empezamos a mecernos con lentitud.

Para esto no hace falta ser un experto bailarín, solo dejarse llevar por la música. Y la letra, por la Diosa... Bambang canta tan bonito y con tanto sentimiento... Las manos de Ren se posan en mi cintura, firmes. Cuando apoyo la cabeza contra su pecho puedo oír su corazón, latiendo fuerte y con regularidad. Esto es perfecto. Querría quedarme en este momento y en estos brazos para siempre. Sin necesitar nada más. Solo a él, a mi lado, sosteniéndome fuerte.

Noto que aspira con fuerza, llenando el pecho, y alzo la vista. Cuando nuestros ojos se encuentran, la conexión me sacude como un rayo. Es tan fuerte, tan innegable. Cada vez más. Llevo mis manos hacia sus mejillas mientras él agacha la cabeza, hasta que nos besamos. Es lento, es dulce, es una disculpa y una promesa.

Poco tiempo después, muy poco, Bambang deja de cantar y todos prorrumpen en aplausos. El fuerte sonido no hace que Ren y yo dejemos de besarnos, pero sí que me entren unas ganas urgentes de estar a solas con él.

Cuando nos separamos, sus ojos están fijos en mi boca.

—Tengo algo preparado para ti.

—¿De veras?

—Sí. Ven conmigo.

Me toma de la mano y me lleva a través de la multitud. Veo caras sonrientes que nos saludan y al instante se apartan para dejarnos pasar, como si comprendieran que no queremos ser interrumpidos. Tal vez lo

hagan. Ren me aleja de la hoguera y de los edificios comunales, hacia la selva.

Los árboles se hacen cada vez más y más grandes, hasta que parece que van a tragarnos.

—E-espera —farfullo, tirando hacia atrás.

Él no se detiene.

—Confía en mí.

Sí, confío en él. Sin embargo, no he puesto un pie más allá de esa línea en tres semanas por varios motivos muy buenos. ¿A dónde me lleva? ¿Y por qué? Una vez que los árboles nos envuelven, tomo una gran bocanada de aire. Sí, aquí sigue habiendo oxígeno y es tan bueno y saludable como el que acabo de dejar atrás. La sensación de encarcelamiento que se está apoderando de mí no es real, solo me la estoy imaginando. Los árboles ni siquiera están muy apretados entre sí, puedo ver a gran distancia y aún oigo la música a nuestras espaldas.

Unos minutos después, Ren se detiene. Solo nos hemos internado unos trescientos metros. Las copas de los árboles no son muy espesas en esta zona y dejan pasar la luz de la luna y las estrellas. Su resplandor blanquecino ilumina un pequeño rincón, en el que hay una gran manta extendida. También hay cojines, varios ramos de flores y un par de velas.

Miro a Ren, atónita.

—¿Tú hiciste esto?

—Sí. —Me lleva hacia la manta, hasta que puedo tocar la suavidad de la tela con la punta de los dedos—. He advertido que esta zona es mía por esta noche, así que nadie nos molestará.

Un lugar para nosotros solos toda la noche.

—¿Por qué aquí? ¿No dices que la selva es peligrosa?

—No nos hemos adentrado mucho, estaremos a salvo —me asegura.

Y yo le creo. Con cuidado, me quito las sandalias que Taby me prestó y las dejo fuera de la manta. Luego, alzándome el sari, me siento con cuidado. Es muy agradable, y tan... íntimo. Ren también se quita los zapatos y se coloca a mi lado. Me echa un vistazo y luego se inclina hacia atrás, dejándose caer contra los cojines.

Cuando lo miro con las cejas arqueadas, me sonrío.

—Es cómodo. ¿No quieres probar?

Mi cerebro lo piensa por, tal vez, dos segundos. Luego mi corazón toma el mando y me reclino junto a él, que extiende un brazo para que apoye la cabeza. Desde aquí se ve todo un mundo de estrellas.

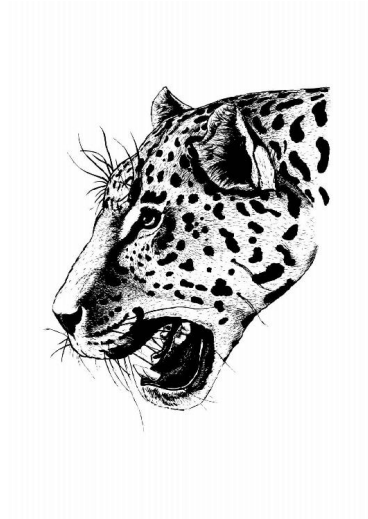
—Es muy bonito —susurro—. Gracias, Ren.

Sus labios esbozan una sonrisa, como si mis palabras lo divirtieran.

—De nada, Anna.

Luego sus ojos se fijan en mis labios, y un instante después me está besando.

REN



No puedo no besarla. Tendida a mi lado, solo tiene que mirarme para que el deseo me recorra de arriba abajo con la fuerza de un terremoto. Cuando se pone de costado y se acerca más, coloco mi mano en su espalda y la aprieto contra mí. Se siente bien el simple hecho de tenerla cerca.

—Tenemos que hablar —consigo murmurar.

Hago ademán de apartarme, pero Anna hace algo sorprendente: pasa una pierna por encima de las mías y gira hasta subirse en mi regazo. A horcajadas sobre mí, me sonríe con timidez.

—Luego. —Abro la boca para protestar, y ella me silencia con un beso devastador—. Te lo he prometido. Luego.

Bien, bueno, si el «luego» es porque está demasiado ocupada besándome, no me voy a quejar. Y puede que sea un hipócrita por regañarla

durante la ceremonia y ahora dejarme llevar por el calentón, pero tendré que vivir con ello. Tengo su promesa y confío en que la hará valer.

Poso mis manos en su cintura, pequeña y delicada. Luego la empujo un poco hacia abajo, solo un poco... Lo justo para que encajemos en el lugar adecuado. Cuando lo hacemos, ella abre los ojos de par en par.

—Oh.

Sonrío.

—Sí, «oh». —Quiero acariciar sus brazos, pero está el sari de por medio. Quiero tocarle el cuello y continuar bajando, pero el sari me lo impide. Quiero ver sus piernas, pero por supuesto el sari está enganchado entre sus rodillas y mis caderas y es imposible—. Dioses. ¿No puedes... quitarte algo de ropa?

Ella frunce el ceño.

—El sari es una sola tela. Quitarme un poco sería quitármelo todo.

Arqueo las cejas, interesado por el concepto.

—Entonces desnudarte sería como desenvolver un regalo, ¿no?

La expresión de Anna oscila entre la vergüenza y la diversión.

—Mmm... si quieres verlo así.

—Hagamos una cosa. —Me yergo hasta que estoy sentado, con ella sobre mí—. Yo voy a ir quitando tela... Hasta que tú me digas que pare. Es solo por comodidad —me apresuro a añadir—. Tal y como vas podría tirar del lugar equivocado y estrangularte.

Ella aprieta los labios.

—Qué atento eres.

—¿Cómo no te habías dado cuenta hasta ahora?

Al final, sus labios se abren en una sonrisa tan femenina que siento un tirón directo en la polla.

—Bien, entonces... —Sus dedos me rodean la nuca y entierra las uñas en el inicio de mi pelo—. Adelante.

Sonriente, obedezco. Nos giró a ambos hasta que ella está de espaldas sobre la manta. Lo primero que hago, con mucho cuidado, es deshacer su coleta hasta que el pelo se desparrama libre alrededor de su cabeza. Me inclino para besarla en los labios con suavidad, luego en la mejilla y voy hacia la oreja. Me entretengo allí, emocionado cuando la siento retorcerse

contra mis brazos al encontrar un punto sensible. Al bajar hacia su cuello su aroma se intensifica. Su esencia hace que me cosquillee la nariz. El leopardo dentro de mí lo toma y exige que ponga parte de mí mismo en ese preciso lugar.

Una mordedura. Una posesión. Una marca imborrable.

Aspiro en profundidad, temblando, y apenas consigo apartarme. Ese lugar de Anna en concreto es mi perdición. Sin embargo, no puedo morderla. O, mejor dicho, no debo. No hasta que las cosas estén claras.

Cojo el extremo del sari, decorado con ribetes plateados, y lo desenrollo alrededor de sus hombros. Dejo lisa y blanca piel al descubierto, y una serie de pecas que me llaman poderosamente la atención. Arrugo la tela en mi mano y me inclino para besarla en la zona expuesta. Ella me acaricia el pelo y los hombros, arriba y abajo, sin saber dónde dejar las manos. Deslizo los labios por su clavícula, deteniéndome para lamer el pequeño hueco que hay en medio. Eso la hace suspirar. Tomo nota.

Me traslado hacia la curva de sus hombros y raspo ambas con los dientes. Luego, vuelvo a tirar de la tela. La miro a los ojos, que están entornados.

—¿Sigo?

Se relame los labios y asiente. Satisfecho, desenrollo una vuelta más. Cuando veo la parte superior de sus pechos, enmarcados por un apretado sujetador negro sin asillas, me empieza a costar respirar con normalidad. Hago un poco de trampas y bajo la tela dando otro tirón para dejar toda esa zona al descubierto. Ella no protesta.

Cuando le beso el canalillo, la oigo respirar con fuerza.

—Ren...

—¿Qué?

—Eso se siente... Se siente...

—Dímelo. Dime cómo se siente.

Deshago el camino hacia arriba para volver a besarla en los labios, hasta que ella me detiene empujándome por el pecho. Lo hace con fuerza, me quita de encima y soy yo el que está tendido de espaldas. Ella retoma su posición dominante.

—Prefiero demostrártelo —susurra, mirándome de reojo bajo sus pestañas.

Dioses, ¿cómo puede ser tan tímida y hacerme esta clase de cosas? Va a hacer que pierda el control y me comporte como un cachorro impaciente, y no es eso lo que quiero. Deseo saborearla, tomármelo con calma por si acaso esta es la única oportunidad que tengo.

—Si sigues así, solo voy a poder ser civilizado un rato muy pequeño —le advierto.

Ella se inclina hasta que la unión entre sus piernas se roza con la pretina de mis pantalones, hasta que sus pechos descansan a centímetros de mi piel. Se afianza con las manos a ambos lados de mi cabeza y me sonríe.

—No espero que seas civilizado —susurra—. Solo quiero que seas tú.

Que sea yo. ¿Está segura de eso? ¿Sabe las connotaciones de ser yo por completo? Porque una parte de mí es salvaje y primitiva en todo lo relacionado con ella. El leopardo desea que sea nuestra y que sea para siempre.

—Sí, Ren, solo tú —insiste, como si percibiera mi incertidumbre. Su mano me acaricia la mejilla, se inclina y me besa en los labios—. Nada en tu naturaleza cambiaforma va a hacer que cambie mi opinión sobre ti. Nada, ¿me entiendes? —La miro sin parpadear, extrañado por la intensidad en sus palabras y el ligero temblor que he creído percibir en su voz—. Pase lo que pase mañana o en el futuro, si algún día las cosas se tuercen y tu concepto sobre mí cambia... —Su voz se extingue. La luz en sus ojos titila.

—¿Mi concepto sobre ti? ¿A qué te refieres?

Ella, apretando los labios, niega con la cabeza.

—Solo quiero que sepas que me gustas, todo tú. Que te admiro y creo que eres una persona fuerte y valiente. Yo... Solo quería decírtelo. Tienes madera de líder, Ren. —Su mano baja hacia mi pecho y aprieta—. Y el mismo corazón.

Oh, joder.

«Tienes madera de líder, chico». La voz de mi padre.

«Lo que tiene es el corazón de un líder», le replicó mi madre.

Eso fue en un día absurdo, muchos años atrás, cuando cometí una estupidez y puse en riesgo mi propia vida para salvar a un leopardo salvaje

de la trampa de unos cazadores furtivos. Apenas era un niño y no pude dar media vuelta y dejar al animal agonizando, sabiendo lo que harían con él cuando lo encontrasen. Lo convertirían en piel para los humanos, en un bonito abrigo que algún hombre rico se echaría por encima para presumir.

Estuvieron a punto de cazarme a mí en lugar de al leopardo, pero no me rendí hasta que ambos estuvimos corriendo bien lejos de allí. Cuando mi madre se enteró creí que me castigaría de por vida. Incluso uno de los mayores, de los que vigilaban la selva día y noche, se lo habría pensado dos veces antes de arriesgar nuestro secreto liberando al animal. Mi madre sacudió la cabeza, sonrió y me dio un fuerte abrazo. Acto seguido me dio un coscorrón que me hizo ver las estrellas y me advirtió que los héroes son los primeros en ser acribillados por las balas del enemigo y que la próxima vez fuera a buscar ayuda.

Nunca he creído que fuera un héroe o un líder ni que estuviera remotamente cerca de serlo. Solo un chico que actúa antes de pensar, y que perdió muchas oportunidades por eso mismo.

—¿Qué pasa? —Anna me está mirando a los ojos, preocupada—. ¿He dicho algo malo?

—No, tranquila. —Subo mis manos hasta su rostro y acaricio su suave piel, sonriendo. Me ha traído sin saberlo un recuerdo en el que hacía muchísimo tiempo que no pensaba. Un buen recuerdo—. Gracias.

Ella se relaja de forma notoria.

—De nada.

Nos besamos de nuevo. Todo en su boca, la manera en que se adapta a la mía y me deja siempre tomar la iniciativa, me gusta. Me gusta su sabor, y que me deje jugar con su lengua. Me gusta que se le entrecorte el aliento y tiemble de excitación... y me gusta aún más cuando su olor, ese particular olor, llega hasta mis fosas nasales. Lo inspiro en profundidad. El leopardo lanza un zarpazo, exigiendo que acelere las cosas. Así que no, no creo que vaya a poder ir muy despacio.

Aclaro la garganta.

—Me estoy... emocionando mucho.

Ella me mira con cautela.

—¿Emocionando?

Esta vez sí que agarro sus caderas y empujo las mías hacia arriba.

—Ahh... Vale, «emocionando». —Anna cabecea, con una intensa mirada de concentración. Parece nerviosa y agitada—. ¿Hay algo que yo pueda...? ¿Qué nosotros podamos...? Es decir, sí que lo sé, pero...

—Tranquila. —Recojo su pelo para colocárselo tras las orejas y tomo su rostro entre mis manos—. No tenemos que acelerar nada esta noche. El problema es que, si no estás preparada, es mejor que...

Se relame los labios y me interrumpe.

—¿Y si estuviera preparada?

Me quedo unos segundos sin respirar, asimilando sus palabras.

—Pues que sería el chico más afortunado de toda esta selva, eso seguro.

Sus mejillas van adquiriendo un tono cada vez más rojo.

—Bueno, tú sabes que todo esto es nuevo para mí... A ver, no soy idiota. Sé lo que pasa en la intimidad. Lo he visto. Y he leído sobre ello... un par de veces.

—Eh, tranquila. No te avergüences. Esto también es todo nuevo para mí —le confieso.

Abre los ojos de par en par, y no sé si sentirme halagado u ofendido.

—¿En serio?

—Muy en serio. —Y luego cierro la boca para no decir lo que en realidad quiero: siempre has sido tú. Desde que te vi por primera vez hace nueve años.

—Oh... Vaya. —Parece que está considerando la nueva información, lo cual me hace esbozar una pequeña sonrisa—. Entonces... Yo... En fin, que sí. Yo... sí. ¿Y tú?

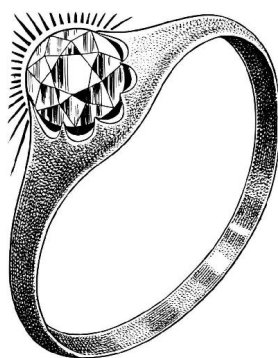
Está diciendo que sí. Aquí. Conmigo.

Ahora.

La siguiente vez que abro la boca, el leopardo y yo hablamos al mismo tiempo.

—Te prometo que va a ser perfecto.

ANNA



No sé cuál es el momento exacto en que pierdo el norte por sus besos y caricias. Soy tan maleable como un trozo de plastilina en sus manos. La atracción que siento por Ren es innegable. Lo sé yo, lo sabe él y lo saben todos en el poblado. Es algo que va más allá de las cosas que no nos decimos, y estar aquí con él, de esta manera, supongo que ha sido inevitable desde el mismo momento en que nos reencontramos.

Sé que no debería dejar que las cosas vayan tan lejos. Mañana (o tal vez no tan lejos en el tiempo, tal vez solo dentro de un rato) querré arrepentirme por esto y no podré y eso hará que me sienta malditamente culpable. Porque este es mi momento con Ren y he luchado duro para resistirme a todos mis sentimientos y emociones. Y he perdido. Y ya no quiero pelear más.

Quiero tenerle. Saber qué se siente al creer que lo nuestro es posible, fingir que fui yo la que estaba en el castillo cuando él llegó en busca de su compañera. Quiero tenerle y voy a ser una persona egoísta y voy a dejar de

preocuparme por los demás. Esto es para mí. Para él. Este momento es nuestro.

Los labios de Ren se entretienen en mi cuello, merodeando por la zona de una forma que me hace vibrar de anticipación. Sé lo que él desea tanto como si lo estuviera gritando, y si en algún momento quisiera hacerlo, yo no se lo impediría. Esta noche no. Aún a horcajadas sobre él, vago mis manos por el duro contorno de sus hombros por encima de la camisa, de su pecho, y siento sus pectorales y el borde afilado de sus abdominales. Me asombra la fuerza que noto bajo todos estos músculos, el poder y el calor que contienen y conforman a Ren. Luego vuelvo a subir las manos y le acaricio el pelo. Quisiera hacer algo más, algo atrevido que lo dejara con la boca abierta... Aunque me temo que he agotado mi valor hoy. Los nervios han vuelto a apoderarse de mí.

—Espero que estés temblando por las ganas —susurra él. Sus brazos me rodean un segundo antes de impulsarse hacia arriba y quedarse sentado. Una mano se planta en la parte baja de mi espalda y la otra en mi nuca—. Porque no tienes nada de qué preocuparte.

—Lo sé.

Le creí cuando dijo que sería perfecto. Conozco su determinación y la paciencia que puede llegar a mostrar si se lo propone. Es solo que me pone muy nerviosa imaginar que toda esa concentración se enfoque únicamente en mí.

—Es que no sé cómo acariciarte.

Su sonrisa se vuelve perezosa, mientras sus dedos me masajean el cuello, aliviando la tensión acumulada ahí.

—De cualquier forma que quieras o se te ocurra, va a estar bien para mí. Me gustas tanto que podrías practicar vudú conmigo y no me importaría.

Lanzo un resoplido.

—Las brujas no hacemos vudú. Solo los humanos tontos.

—Bueno es saberlo... —Sus ojos caen a mis labios y hace presión en mi nuca para besarme.

Cuando nuestros labios conectan y se moldean, sé que esto es bueno y correcto y que de alguna forma todo saldrá bien. Armándome de valor, agarro el bajo de su camisa y tiro hacia arriba. Él estira los brazos para

facilitarme la acción y un segundo después siento su torso desnudo contra el mío. Vuelvo a acariciar sus músculos, esta vez con más libertad.

Cuando Ren agarra de nuevo el extremo de mi vestido y empieza a desenrollarlo, lo ayudo apartando mis brazos del camino. No obstante, la tela se queda amontonada en mi cintura. Lejos de parecer ansioso, Ren la deja ahí y me toca la espalda desnuda con sus manos. Calor. Me aprieta contra su pecho. Más calor. El sujetador me resulta molesto, así como la fricción entre los pantalones de Ren y mi entrepierna.

Inquieta, empiezo a retorcerme sobre su regazo. Noto su erección. Ren contiene el aliento y aparta sus labios de los míos. Sus ojos tienen un brillo especial.

—Anna...

Antes de que pueda responderle, sus manos bajan a mi trasero y aprietan con suavidad. Aun así, el gesto está lleno de posesión. De pasión. De confianza. Gimiendo, le echo los brazos al cuello y me aprieto tanto contra él que me extraña que nuestras pieles no se fundan. Pronto, el sudor entre nosotros se vuelve insoportable.

Separo mis labios de los suyos. Los noto hinchados. Mis pechos también se están sintiendo extraños, como si hubieran crecido y pesaran más... lo cual solo me hace desear que Ren los tome con sus manos.

Esos ojos verdes me recorren el rostro y el cabello con fiera apreciación. Le gusta lo que ve. Aspirando fuerte, me aparto de su regazo y me pongo en pie. Él me observa, respirando de forma superficial. Yo, en cambio, solo estoy pensando en aliviar todo este calor y esta excitación que viaja por mi piel a través de ráfagas. Recojo lo que queda del sari y lo desenvuelvo despacio. Ren me mira todo el rato, con sus ojos verdes cubriendo cada parte de mi piel que queda expuesta. Las caderas, el inicio de las piernas, las braguitas. Medité mucho antes de escoger este conjunto. Sin embargo, no creo que Ren esté apreciando la seda de mi ropa interior ni el exquisito color azul rey. Tampoco es probable que se dé cuenta del borde de encaje.

Sus ojos se han clavado en mi entrepierna con una intensidad y concentración que hace que apriete los muslos con fuerza. Luego, exhalando temblorosamente, dejo caer el sari junto con las braguitas hasta mis pies. Al cabo de los segundos más largos de mi vida, Ren alza su vista

hacia mis ojos. El fuego que hay ahí me deja sin respiración. Me tiende una mano.

—Ven.

Camino hacia él. Coloca una mano en cada una de mis piernas, en la parte posterior de mis rodillas. Las cosquillas que me provoca me hacen sonreír. Él guía mis piernas hasta que tengo una a cada lado de sus caderas, después baja las manos despacio hacia mis tobillos. Traza círculos alrededor de mis talones y luego, aún con lentitud, vuelve a subir. Cuando llega a mis muslos, ya estoy frenética. Me clava los dedos con cuidado en la piel y me insta a bajar.

Apoyándome en sus hombros, vuelvo a sentarme sobre su regazo.

—Eres preciosa —susurra. Su mano va hacia mi espalda y se enreda en el broche de mi sujetador—. ¿Puedo?

Asiento rápido. Clic, adiós sujetador. Ren retira la prenda con suavidad. Creo que voy a ponerme del color de las brasas ardientes si él hace eso de mirar hacia abajo y evaluarme. Sin embargo, Ren no parece tener prisa por ver lo que acaba de destapar. Coloca una mano en mi espalda y, girándonos, me pone de nuevo bocarriba sobre la manta. Cuando su pecho se une al mío y su boca se cierne sobre mis labios, me tranquilizo. Ren será respetuoso, eso seguro. Sus manos se deslizan con suavidad por el costado de mis pechos, como si estuvieran determinando si son bienvenidas. Me encuentro con que deseo que sus manos se muevan mucho más, y quiero quedarme quieta para que él así lo entienda, pero... No puedo. No hago más que retorcerme entre sus brazos, impaciente, inquieta, acalorada.

—Dime lo que quieres —susurra Ren.

Lo quiero todo, por supuesto; me estoy volviendo más egoísta de lo que alguna vez creí. Quiero esta paz para siempre, esta conexión. Quiero el contacto piel-con-piel cada vez que me apetezca, sin tener que sentir remordimientos o culpabilidad.

Lejos de decirle eso, sostengo su nuca y lo inclino para susurrarle al oído.

—Solo estar contigo.

Sus músculos se tensan sobre mí, reaccionando a las tres simples palabras. Sus manos aprietan mi cintura mientras se echa un poco hacia

atrás para poder mirarme a los ojos. Amo ese color verde cuando brilla de esa manera, de verdad que lo hago. Parece que cuando me mira, ve algo en mí que le llena de satisfacción.

—Seré suave —me promete, con la mandíbula casi blanca por la tensión.

—No tienes por qué cont...

—Seré suave —repite.

Esbozo una ligera sonrisa.

—A sus órdenes. —No es como si pudiera quejarme porque quiera ser gentil. Por muy impaciente que esté, seguro que voy a querer recordar este momento el resto de mi vida, y si él va despacio y con calma tendré muchos más segundos sobre los que fantasear el día de mañana.

Muchos recuerdos que atesorar.

Vuelve a besarme, esta vez dando perezosos barridos con su lengua sobre la mía. Casi parece que está intentando distraerme del hecho de que se ha quitado todo lo que le quedaba de ropa y está instándome a abrir las piernas para colocarse entre ellas. Bien, bueno, no estoy segura de que exista un mundo en el que no me dé cuenta de que las musculosas piernas de Ren están entre las mías, su pelvis rozando la mía.

Las sensaciones son abrumadoras. No malas, solo diferentes y extrañas. Su erección, más caliente y dura de lo que me hubiera imaginado, se roza ligeramente contra mis pliegues y hace que mi cuerpo tiemble por completo.

Al instante, él retira un poco las caderas y dejo de sentirlo.

—Anna. —La voz de Ren resulta rasposa—. ¿Todo bien?

—Sí. Lo siento.

Él lanza un resoplido, riéndose, y echa la cabeza hacia abajo para darme un suave beso.

—Tú y tus disculpas. Aguarda un momento. —Tras decir eso, levanta el brazo sobre nuestras cabezas, hacia donde no puedo ver. Por lo que oigo, parece que está hurgando entre la ropa. Cuando se acomoda de nuevo, hay un paquetito de aluminio en su mano—. Nunca se es lo bastante precavido.

Estoy a punto de contestarle cuando, de pronto, noto algo extraño. Algo...

Ren apoya el antebrazo junto a mi cabeza y mete la mano libre entre nosotros. Sus nudillos me rozan y me hace tragar aire, y automáticamente me olvido de todo. Nada va a arruinarme este momento con él. Nada. Coloco mis manos en sus hombros e intento relajarme. La boca de Ren se posa sobre la mía una vez, pero luego resbala por mi mejilla y se aposenta en mi cuello, mordisqueando. Es como si un imán le atrajera hacia ese lugar. No sé explicar con palabras lo mucho que me gusta que pellizque mi piel de esa manera. Ramalazos de placer descienden por mi cuerpo, y mis muslos se relajan.

Entonces, sus caderas empujan contra las mías. Su mano conduce la cabeza de su erección al lugar correcto. Tenso las piernas, levantando las rodillas. Por ahora no puedo decir que esté siendo agradable. Lo siento avanzar dentro de mí... Grande y duro. Avanza un poco y retrocede, avanza un poco más y vuelve a retroceder todo el camino. Así infinidad de veces.

Un cosquilleo en los dedos de los pies me distrae. ¿Qué ha sido eso?

El cálido aliento de Ren sopla sobre mi oreja.

—¿Te estoy haciendo daño?

Niego con la cabeza, porque es la verdad. No es dolor lo que siento. Cuando me besa el cuello, vuelvo a sentir calor viajando a través de mi cuerpo. El anterior cosquilleo en los dedos de los pies se arremolina, ganando fuerza, y sube por mis piernas. Asustada por la familiaridad de la sensación, clavo los talones en la parte baja de la espalda de Ren y todo su peso cae sobre mí. De golpe, hace todo el camino en mi interior. Ambos exhalamos al mismo tiempo, sorprendidos. Sí, he sentido una punzada bastante dolorosa, como si algo se desgarrara, pero está remitiendo con rapidez. Además, la sensación de tenerlo dentro de mí es demasiado poderosa, demasiado absorbente.

Ren se levanta sobre sus codos para mirarme, preocupado.

—Dios, Anna, ¿estás bien? Quería ir despacio...

—Estoy bien —le aseguro, sonriendo—. Pensaba que no ibas a caber y no sabía cómo decírtelo. Está claro que la naturaleza es sabia.

Al principio él me mira como si hubiera hablado en otro idioma, y al cabo de un momento empieza a sonreír. Sus hombros se sacuden un par de

veces, como si tuviera espasmos, y al final echa la cabeza atrás y suelta una sonora carcajada.

—¡Esta chica dice que la naturaleza es sabia! —grita hacia los árboles.

Yo, ruborizándome ante el pensamiento de que haya alguien cerca que pueda oírnos, le tiro de las orejas hacia abajo.

—N-no grites, ¿y por qué te ríes? No era un chiste.

—Conque pensabas que no iba a caber...

Siento cómo sus hombros empiezan a sacudirse de nuevo. Frustrada, me muevo para golpearlo, pero el movimiento de mis caderas produce algo curioso: una espiral de poderoso calor se enrosca en mi estómago.

—Oh...

Abandonando su buen humor por completo, Ren frunce el ceño.

—No te muevas. Quiero que te acostumbres antes de...

No estoy haciendo caso de sus advertencias, evidentemente. Llena de curiosidad, impulso mis caderas hacia las suyas, y algo que creí que no iba a ser posible ocurre: él llega más profundo dentro de mí.

—Ooh... ¿Antes de...?

Ren deja caer la cabeza contra mi hombro, exhalando un gemido.

—Olvidalo.

Cuando empieza a mover sus caderas, saliendo de mí para luego volver a entrar por completo, lo siento todo: a él, el calor, su piel, sus músculos, su pelo entre mis dedos, su aliento contra mi mejilla, la luz de la Diosa sobre nuestras cabezas, la suavidad de la manta, el cosquilleo subiendo ahora por mis costillas...

Por acto reflejo, encojo las piernas hacia arriba. Ren se hunde más en mí y el placer es tan aplastante que creo que me voy a morir por una ola de calor.

—E-espera... —jadeo.

—¿Quieres que pare? —pregunta él con la voz ronca.

—No...

—Bien. —Me rodea la cara con las manos y me besa con fuerza, se impulsa con fuerza, me abraza con fuerza. Está imprimiendo en cada movimiento una promesa que es imposible de ignorar, como tampoco lo es la ascensión del cosquilleo.

No puedo pararlo. No sé cómo pararlo. Tendría que apartar a Ren de mí y eso es impensable en estos momentos. Es demasiado bueno. Es demasiado poderoso. Rindiéndome a lo inevitable, le devuelvo el beso. Le devuelvo la promesa. Cuando el cosquilleo recorre mis brazos hacia mis dedos, aparto las manos de Ren por temor a hacerle daño y las extiendo en busca de algo firme a lo que agarrarme. Solo encuentro el final de la manta y la tierra, y allí clavo mis uñas.

Entonces, Ren separa sus labios de los míos y encaja su cabeza en el hueco entre la oreja y el hombro. Sé lo que va a pasar, sé lo que va a hacer, y la anticipación solo hace que el placer se precipite sobre mí. Medio segundo más tarde, sus dientes se clavan con fuerza en mi cuello. No en un lateral, sino más atrás, cerca de la nuca. La quemazón tendría que haber sido dolorosa, así como la mordida. No lo es. Es cualquier cosa menos eso.

En mi interior todo se une en una misma implosión de color, fuego y placer. Incontrolable, la magia fluye a través de mí. No sé si tiemblo, o lloro, o me estoy descomponiendo en pequeños trozos. Por suerte, Ren está aquí para sostenerme, aunque no sea consciente. Se impulsa una última vez en mi interior y luego se queda allí, con una mano en mi pelo y la otra en mi cintura. Oigo su gemido contra mi piel mientras veo estrellas detrás de los párpados cerrados.

Durante los siguientes momentos, respirando con pesadez, espero a que se nos venga el mundo encima. Que todo explote o se desintegre por culpa de mi debilidad. Eso no ocurre. Los únicos que explotamos y nos desintegramos fuimos nosotros, pero seguimos vivos. O eso creo.

Ren arrastra sus labios hacia los míos y me arranca un beso perezoso.

—¿Estás bien?

Todavía sin abrir los ojos, me contento con el simple hecho de que nuestras respiraciones se mezclen y su cuerpo aún esté sobre el mío. Creo que mis huesos se han vuelto de gelatina y va a llevar un buen rato que se solidifiquen de nuevo.

—¿Sabes? Si tú odias que yo te diga por favor o lo siento, creo que yo odio que me preguntes cada dos segundos si estoy bien —replico—. Acabo de tener un orgasmo. Por supuesto que estoy bien.

La respiración de Ren se detiene unos segundos; luego escucho su risa.

—¿Otra vez? Debo ser más graciosa de lo que pienso.

Risueños, los ojos de Ren recorren toda mi cara.

—Lo eres. Además, nunca pensé que dirías la palabra «orgasmo».

Yo tampoco. Y me ruborizaría de no ser porque ya tengo todo el cuerpo sofocado.

—Últimamente estoy rompiendo todos mis «yo nunca» —murmuro.

Sonriente, me besa.

—Me alegra ser el tipo afortunado que estaba cerca cuando se te ocurrió.

Mi cuerpo empieza a enfriarse a pesar del calor, y un escalofrío me hace temblar. Atento, Ren tira de un extremo de la enorme manta y la extiende sobre nosotros. Luego se quita de encima y se coloca a mi lado, aún abrazándome. Apoyo la cabeza en su brazo y cierro los ojos. Todo lo que me apetece ahora es acurrucarme y dormir.

Su dedo traza la reciente herida en mi cuello. No duele.

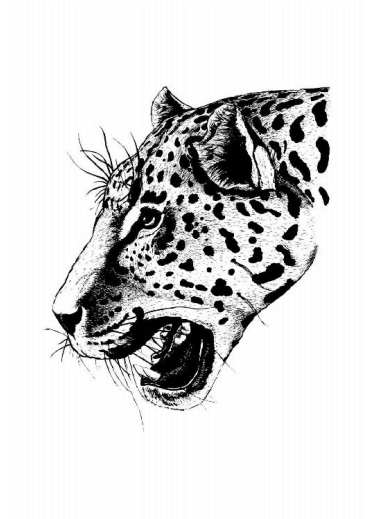
—Espero no haber sido muy brusco.

—Eso no suena como una disculpa.

—Porque no lo es. He deseado hacerlo durante demasiado tiempo... Y debido a eso, tengo algo que contarte.

Abro los ojos de golpe. Aquí viene.

REN



Tras el momento más increíble, excitante, placentero y jodidamente perfecto de toda mi vida, puede que no sea buena idea tocar los temas tabúes entre Anna y yo. Pero la he marcado, y eso es irreversible. Ahora da igual lo que pase. Vaya donde vaya, yo seré capaz de encontrarla y cualquier tipo con dos dedos de frente entre las razas sabrá que está emparejada.

Durante los siguientes segundos aguardo a que ella se ponga seria y empiece a hacerme las preguntas pertinentes. Debe estar sintiéndose confusa o asustada. En su lugar, se queda muy quieta, abrazada a mí.

Frunzo el ceño. Ella debería...

Mis pensamientos se ven interrumpidos por algo que no me cuadra. Colocando una mano sobre Anna, examino nuestro alrededor. Cada pequeño brote que había en la tierra creció y se multiplicó, extendiéndose por este rincón y llegando hasta donde me alcanza la vista. Hay hierba

verde y fresca asomando por todas partes. Y flores. Multitud de flores, todas de la misma clase y el mismo color: lirios violetas. Son las que le regalé a Anna esta mañana. Y es increíble porque nada de esto estaba aquí cuando llegamos. Absolutamente nada de esto.

Estupefacto, sacudo a Anna.

—¿Qué pasa? —Cuando se yergue, sosteniendo la manta contra su pecho, y mira a su alrededor, su expresión se demuda por la sorpresa. Sus ojos recorren cada flor y cada brote, como hice yo, hasta que se detienen en el pequeño lirio que crece a nuestros pies, a centímetros de la manta—. Oh, por la Diosa.

Luego se mira las manos, que están manchadas de tierra.

—¿Lo hiciste tú? —le pregunto, asombrado.

Ella aprieta los puños, los gira y los vuelve a abrir, como si estuviera estirando los músculos.

—Eso creo —susurra. A continuación, asiente—. Sí, fui yo. Hice magia. Pero yo no... No podía... —Sacude la cabeza mientras vuelve a contemplarse las manos. Parece que no se lo cree—. No podía hacer magia.

Esa simple frase hace que contenga el aliento.

—¿Qué quieres decir?

La veo tomar aire de forma temblorosa.

—Ocurrió la noche que ella... murió. Lo supe. Por muy lejos que estuviéramos la una de la otra, siempre teníamos esa conexión especial entre nosotras. Creo que sentí el momento exacto en que abandonó este mundo. No sé qué pasó ni cómo, pero, desde entonces, algo no funcionaba correctamente. Mis poderes seguían estando ahí, y... Cada vez que intentaba liberarlos sentía como que... me ahogaba y... no podía controlarlos. Es por eso que... —Lleva la mano al anillo. Lo rodea con los dedos y aprieta fuerte—. Melissa A'Quila me dio este talismán para ayudarme tras mi iniciación; había desatado mucho poder y me aconsejaron que lo utilizara siempre que creyera que las cosas se iban a salir de control. Sin embargo, yo no me lo he quitado desde entonces. Desde hace seis años. Soy La Controladora Del Éter. Tengo dentro de mí un poder tan grande que algún día seré capaz de reducir el mundo mortal a cenizas. Esa es mi profecía y mi destino. Se equivocaron. ¡Yo no soy poderosa! ¡No puedo

controlarlo! —Cuando me mira, sus mejillas están totalmente húmedas por las lágrimas. Me muero de ganas de abrazarla y reconfortarla, e intento contenerme. Sospecho que este no es un buen momento para tocarla—. El día de mi iniciación, la primera vez que manifesté el Éter, casi mato al aquelarre de mujeres más poderosas de Europa. Tuvieron que unir fuerzas entre todas para contenerme. Yo estaba aterrada. Me dijeron que era demasiado insegura, que todo había salido mal porque yo no aceptaba mis poderes. ¡Era absurdo! No se dieron cuenta de que el problema estaba en mí, que yo no era la adecuada para albergar este don...

Sus palabras se extinguen. Se echa hacia delante y entierra la cara entre las manos, como si estuviera exhausta. La contemplo con el corazón en un puño.

—Parece que eso ya se acabó, ¿no? Mira a tu alrededor. Has hecho magia, una magia preciosa.

—No sé cómo. No lo hice a propósito, y no puedo arriesgarme a intentarlo.

—¿Por qué no? No puede ser tan malo.

Las largas pestañas de Anna me impiden ver sus ojos, pero su rostro se contrae por el dolor.

—Tú no lo entiendes —susurra.

—Es tu don, Anna. Tuyo. Puedes controlarlo. Solo tienes que confiar en ti misma.

—Mi hermana era la que tenía la confianza y la fuerza. No yo. —Los ojos vuelven a llenársele de lágrimas.

—Necesito que me dejes contarte lo que ocurrió con tu hermana...

De pronto, estira el brazo y sus finos dedos se clavan en mis bíceps.

—Puedo vivir sin saberlo —dice con rapidez, su voz temblorosa—. En serio.

—Ambos sabemos que eso no es cierto. Y si no es por ti, hazlo por mí. Necesito contártelo. Es importante que lo sepas.

Empieza a respirar con dificultad.

—Si las cosas están bien así, si hemos vivido así por todo este tiempo, ¿por qué cambiarlo?

—Te engañas a ti misma, las cosas no están bien —insisto—. ¿De veras no te has preguntado en todas estas semanas por qué nos pasa lo que nos pasa? ¿Por qué nos sentimos así el uno con el otro?

Su rostro es una mezcla confusa de emociones, y la más predominante es el miedo. Yo ya no sé si todo esto se debe al dolor por la muerte de su hermana o se trata de algo más... Sin embargo, ha llegado el momento de hablar.

—Cuatro días después de que llegáramos al poblado, yo sabía que algo sobre tu hermana no estaba bien —le cuento—. No paraba de preguntarme a mí mismo por qué no estábamos los dos dando saltos de alegría por nuestra próxima ceremonia. Había tenido toda clase de presentimientos desde que la vi por primera vez. Una parte de mí la reconoció, aunque la otra... La otra ni siquiera reaccionó. El día que íbamos a unirnos fui a dar con ella. Estaba haciendo las maletas para marcharse. Le dije que algo estaba mal y que lo sentía mucho porque no veía la forma de que pudiéramos continuar adelante. Ella se mostró de acuerdo conmigo y me habló de ti. Imagínate mi sorpresa cuando descubrí que tenía una hermana gemela. Su mismo rostro, su mismo pelo... Nosotros, los leopardos de Borneo, conocemos a nuestra pareja a través de un sueño. —Rodeo su rostro con las manos, deseoso de ver su expresión. Se niega a mirarme—. Fue así, Anna. Soñé contigo y cuando vi a Emily, me confundí y creí que ella eras tú. Ni mi leopardo ni lo más profundo de mi ser la reconocían como mi compañera. Me dijo que pensaba volver a casa a por ti para contarte toda la verdad, todo este absurdo error. Le dije que me esperara, pero cogió sus cosas y se fue. Yo debí... —Me paso las manos por los ojos—. Dioses, debí seguirla. Estaba paralizado por la sorpresa. Para cuando reaccioné y fui tras ella...

Anna aparta mis manos de su rostro y se mira los pies. Su respiración se ha calmado, aunque la tranquilidad que veo ahora en ella me resulta más inquietante.

—Cuando te advertía sobre los peligros que hay en esta selva, no exageraba —continúo—. Tenemos grandes enemigos en el Corazón de Borneo. Se llaman rakshasas. Son cambiaformas oscuros, consumidos por el mal. Ellos mataron a mis padres la misma noche que soñé contigo. —

Joder, qué bien sienta soltarlo todo. Sin dejar nada en el tintero, nada que pueda fastidiar las cosas más tarde—. Rastrear a tu hermana. Estoy seguro de que intentó defenderse y de que era una bruja poderosa, pero la superaban mucho en número y ellos también manejan magia. Yo no... no pude llegar a tiempo para salvarla. Y lo lamento tanto, Anna... Cometí un error tras otro, y lo pagó Emily.

Anna se lleva una mano a los labios. Empieza a pellizcarse la piel. Continúa mirando fijamente sus pies, inmóvil, solo respirando. Esperaba que no me dejara contarle todo, que me interrumpiera en un momento u otro para gritarme, o llorar, o... Lo que sea. Esto no.

—Anna. —Le acaricio la mejilla con los nudillos.

Se aparta y gira la cabeza para mirarme.

—¿Ella iba a buscarme? —pregunta—. ¿Se echó atrás?

—Sí, ambos lo hicimos. ¿Tú nunca... sospechaste nada? Tuviste que soñar conmigo. Emily me dijo algo sobre que compartáis sueños.

No me contesta, sino que cierra los ojos y deja caer varias lágrimas de golpe. Su reacción está empezando a ponerme nervioso, puesto que lo primero que creí que preguntaría sería algo así como: ¿por qué no me contaste antes que yo soy tu verdadera compañera? Cuando no lo hace, siento el impulso de decírselo.

—He estado postergándolo porque temía que al descubrir la verdad te alejarías de mí. Comprendería que tú... me culpases de la muerte de Emily. Al fin y al cabo, fueron mis errores los que la llevaron a...

Anna sacude la cabeza.

—Tú no tienes la culpa de nada, Ren, ninguna culpa. —De pronto, se pone en pie y empieza a pasearse con la manta a cuestas—. Por la Diosa, solo te viste envuelto.

¿Envuelto? ¿Qué quiere decir con eso? Me pongo en pie yo también y la tomo del brazo para que me mire, pero justo en ese momento algo se estrella contra mi nariz y enciende todas mis alarmas. El viento sacude las copas de los árboles y hace temblar los lirios que Anna creó. Aunque el olor es un viejo conocido para mí, el tiempo no ha hecho que lo olvide. Reconocería esta mezcla a putrefacción y maldad en cualquier parte.

—Maldita sea.

Me pongo en acción al instante. Necesito alejar a Anna de aquí tan pronto como sea posible. Arrastrándola, recojo toda su ropa y se la entrego.

—Vístete. Rápido.

Aturdida, ella empieza a obedecerme. Aún hay lágrimas en sus ojos.

—¿Qué ocurre?

Me pongo los calzoncillos y los pantalones a toda prisa y luego me quedo quieto, olisqueando de nuevo.

—El viento ha cambiado —le digo—. Hemos tenido muchísima suerte, probablemente sea eso lo que nos haya salvado.

Sus ojos se abren de par en par.

—¿El viento ha cambiado?

—Sí. Vamos, deprisa.

Cuando está vestida, agarro su mano y volvemos corriendo al poblado. La celebración está en pleno apogeo y me duele ser el portador de las peores noticias, pero también me alivia saber que esta vez no nos van a coger del todo por sorpresa. Corro entre a la gente, con Anna a la zaga, en busca de Yuda y Cinta. En cuanto me ven, vienen a mi encuentro.

—¿Qué ocurre?

—Rakshasas. A unos tres kilómetros y acercándose. Hay que dar la voz de alarma.

Yuda suelta una maldición en voz baja.

—Bastardos. Deben saber que estamos de celebración. —Ante mis ojos, sus rasgos se endurecen de forma asombrosa hasta que parece que estoy observando a un hombre diez años mayor. Con un brillo duro en la mirada, se gira hacia Cinta—. Ya sabes lo que hay que hacer. Organiza al clan; poned a los niños a salvo.

Asintiendo con firmeza, Cinta le tiende la mano a Anna. En lugar de cogérsela, la pequeña brujita nos mira a todos antes de girarse hacia mí.

—¿Ren?

Apretando los dientes, cojo su rostro entre mis manos. Detesto verla asustada y detesto que esto esté ocurriendo... y más cuando intuyo lo que está por venir. Ojalá pudiera enviarla muy lejos y que no tuviera que correr ningún riesgo.

—Haz todo lo que te diga Cinta, ella está preparada para esto. En cuanto estés en casa, no salgas bajo ningún concepto hasta que yo vaya a buscarte, ¿de acuerdo?

—¿A dónde vas tú?

Aprieto los labios y trago saliva antes de contestar.

—Yo tengo que ayudar a impedir que lleguen al poblado.

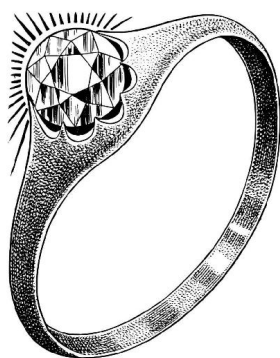
—¿Vas a luchar?

—Si es necesario, sí.

Anna parpadea varias veces, solo mirándome como si no supiera qué decirme. Al final, exhala un tembloroso suspiro y asiente.

—Ten cuidado. Por favor, tened mucho cuidado.

ANNA



«**C**uando el viento cambie, no salgas de casa».

Sigo a Cinta a través del gentío. La celebración ha sido olvidada en cuanto se ha dado la voz de alarma, y algo grande se ha puesto en marcha. Parece que todos saben qué tienen que hacer en un caso así, aunque es fácil ver el nerviosismo y el miedo en sus rostros. Cuando nos estamos acercando a los edificios comunales, veo un pequeño destello naranja alejándose en dirección contraria.

—¡Es Sari! Voy a por ella —le digo a Cinta.

—Pero...

La compañera del *kepala* vacila, insegura sobre dejarme ir sola. A lo lejos oímos cómo alguien la reclama. Incapaz de negarse, Cinta me pide que tenga cuidado y se aleja corriendo. Yo voy tras Sari.

El viento está arremolcando. El ruido de los árboles y las ramas chocando entre sí es casi ensordecedor, y es difícil creer que fuera una noche tan

apacible hace solo unos minutos. Hay una gran columna de humo negro señalando el lugar donde estaba la hoguera de la celebración, y hacia allí me dirijo. La mayor parte de la gente se ha esfumado, seguramente a realizar las tareas que tienen asignadas para estos casos.

Deseando reunirme rápido con el resto, busco a Sari por todas partes. Estoy segura de que la vi correr hacia aquí hace solo unos momentos, ¿dónde se ha metido?

De pronto, Bambang se cruza conmigo.

—¿Qué haces aquí, *Mata Biru*?

—Estoy buscando a Sari —le explico. Una ráfaga de viento muy fuerte nos sacude y nos agarramos el uno al otro para sostenernos—. La vi correr hacia aquí. ¿Sabes a dónde puede haber ido?

Para mi sorpresa, el siempre alegre Bambang suelta una retahíla en voz baja. Lo dice en su idioma, aunque no hay que ser un genio para adivinar su significado.

—A hacer alguna tontería propia de una niña de diez años. Te ayudaré. Al fin y al cabo, Yuda ha decidido que no puedo luchar aún —gruñe—. Yo iré por allí, tú busca por allá. —Señala hacia la línea de la selva, muy cerca de la zona a la que Ren me llevó.

Bambang me aprieta la mano antes de alejarse corriendo y yo hago lo propio. Cuando me adentro en la oscuridad, me pican los dedos por las ganas de hacer magia. Me pican más de lo que lo han hecho en años, tal vez porque hace un rato demostré ser capaz de lanzar un conjuro sin matar a nadie.

Pocos minutos más tarde, un destello naranja llama mi atención. Un pequeño retal de tela asoma tras las raíces de un árbol. Con la respiración acelerada, me acerco.

—¿Sari?

Espero unos cuantos segundos prudenciales, y entonces oigo un sollozo inconfundible. Exhalando un suspiro de alivio, rodeo el tronco del árbol y doy con la niña. Está encogida en el suelo, entre las raíces, sosteniéndose las manitas en el regazo. Tiene la cara mojada por las lágrimas.

—Por la Diosa, Sari... —Me inclino y la cojo en brazos, apretándola fuerte contra mí. Sentir su calor y su respiración me calma de una forma

que no puedo explicar—. ¿Estás bien? ¿Estás herida?

—Intenté ser valiente... —Solloza la pequeña—. P-pero he perdido mi muñeca otra vez y puedo oírlos venir... Me da miedo, *Mata Biru*... —A continuación, dice algo más, pero la afectación de su llanto me impide entenderla. Apenas entiendo la palabra «mami», y se me encoge el corazón.

Le acaricio la espalda mientras deshago el camino.

—Sshh, tranquila, no pasa nada. Vamos a volver con tu abuela y tus hermanos... Tienen que estar muy preocupados por ti, ¿sabes? —De hecho, Mawar debe estar tirándose de los pelos por haber perdido de vista a Sari en estos momentos.

La niña solo esconde la cara en mi cuello, humedeciéndome la piel con sus cálidas lágrimas. Mientras camino de regreso me embarga una extraña sensación... como de advertencia. Permanezco muy quieta, a la espera, y cuando una rama cruje detrás de mí, partiéndose bajo el peso de algo, me quedo sin respirar.

Con Sari en los brazos, aguzo el oído y deseo que solo se trate de un animal pequeño. Cuando un gruñido gutural suena a mi espalda, tensándome todos los músculos, sé que no he tenido suerte. Incluso Sari deja de sollozar.

Despacio, aterrorizada, giro la cabeza para mirar sobre mi hombro. Hay un monstruo, un ser terrorífico que se alza sobre sus dos patas a pocos pasos de nosotras. Si no hubiera hecho ruido ni siquiera me habría fijado en él. ¿Estuvo ahí todo el rato mientras yo recogía a Sari, observándonos? La conciencia de eso hace que se me pongan los pelos de punta. Con movimientos rígidos y prudentes, bajo a Sari hasta el suelo y la oriento hacia el poblado, sin permitir que se dé la vuelta.

—Hazme un favor y ve corriendo a buscar a tu abuela —susurro, apretándole los hombros, quizá más fuerte de lo necesario—. Necesito que corras de verdad, Sari, lo más rápido que puedas.

Por suerte, la niña no me contradice. Sorbiéndose la nariz, da un grácil saltito y destroza su vestido naranja al transformarse en un adorable cachorro de leopardo. Su pelaje es tan oscuro que apenas soy capaz de distinguir el bultito de pelo sobre el suelo cuando echa a correr. Me

reconforta comprobar que es muy veloz y que desaparece de mi vista en un par de parpadeos.

Luego, intentando tragar saliva a través de mi garganta seca, doy media vuelta y me enfrento a lo que supongo que es un rakshasa. No sé por qué no ha atacado aún ni se ha abalanzado sobre mí. Creí que me pasaría por encima como una apisonadora en cuanto soltara a la niña.

Cuando observo su cara, descubro que sus ojos rojos están clavados en los míos. Hay inteligencia y astucia tras esa mirada, lo cual resulta escalofriante. No es bueno que haya un gran cerebro dentro de esa terrorífica envoltura. Su cuerpo se quedó en algún punto entre el hombre y el tigre... aunque es más animal que humano a simple vista. Supera los dos metros, es ancho, y tiene un denso pelaje a rayas y largas garras al final de sus colosales brazos. Su cara es la de un aterrador tigre, incluidas las orejas, el hocico y los afilados dientes. Huelo la magia negra que lo rodea y eso me repele. Ni yo ni las mías practicamos la mejor de las magias, pero no coqueteamos con el lado oscuro de la naturaleza. Es peligroso... te consume hasta que te olvidas de tu verdadero yo. Supongo que eso es lo que le pasó al ser que tengo ante mí.

De pronto y para mi sorpresa, el monstruo abre la boca y habla.

—Tú... No puedo parar de observarte —dice, dejándome de piedra. Tiene que arrastrar las palabras a través de sus afilados colmillos—. Juraría que... te maté no hace mucho tiempo.

Tenso las piernas y me quedo con la vista clavada en su fea cara, en sus largos colmillos. No solo hay astucia en sus ojos, también hay curiosidad y burla.

—Y por mucho que haya visto en este mundo, todavía no creo en la resurrección —murmura. Se mueve un paso hacia la izquierda, ladeando la cabeza para mirarme mejor—. Además, no hueles como ella. Ella desprendía una esencia menos... —Alza su hocico hacia arriba, aspirando una gran bocanada de aire—. Irresistible. E incluso así, fue como un reclamo para mí y los míos. No pudimos resistirnos a ir a su encuentro, ¿sabes?

Conforme más habla, más rápido me late el corazón y más me cuesta respirar.

—Tu esencia es mucho más cautivadora —sisea el rakshasa. Aún no se acerca a mí, y me da la sensación de que solo le haría falta un salto para derribarme—. Me gustan los poderes de las brujas. Se os han dado de forma natural.

Me ahogo, me ahogo.

—Hicisteis... —Sueno asfixiada. Cojo aire—. Hicisteis un pacto con la oscuridad. Obtuvisteis poderes de la forma prohibida.

El rakshasa sonríe, una visión perturbadora.

—Hueles la magia negra, ¿verdad? Nos abraza. Llamamos a unos seres muy interesantes del Inframundo e hicimos un pequeño trato. El problema con la magia que nos otorgaron es que nunca se sacia... No fluye de nuestro interior hacia fuera, sino que debemos obtenerla por medios poco... ortodoxos. De lo contrario nos debilitamos. Pero no quiero aburrirte con los pormenores de mi existencia. Prefiero aprovechar bien el tiempo y abrirte de arriba abajo para ver lo que puedes ofrecernos.

Es decir, que quiere despedazarme y quitarme mi magia. Ya fui desgarrada una vez con la misma intención y no estoy dispuesta a volver a pasar por esa invasión... y menos ahora, cuando tantas cosas dependen de mi entereza. Soltando el aliento contenido, giro sobre mis talones y echo a correr, aunque no me hago ilusiones acerca de llegar muy lejos. El picor en mis dedos aumenta y aumenta, exigiendo ser liberado. A mi espalda, el rakshasa emite un rugido atronador y se lanza tras de mí.

Corro y corro y corro, con la nauseabunda sensación de que dará igual todo lo que me esfuerce porque no podré escapar. Y tengo razón. Unas garras se clavan en mi espalda y me tiran contra el suelo. Me golpeo la cara y las caderas, porque a duras penas puedo protegerme el pecho con los brazos. Uno queda atrapado debajo de mi cuerpo cuando un gran peso se asienta sobre mí. Se me escapa todo el aire de los pulmones, con la cabeza dándome vueltas por el golpe. Abro y cierro los ojos, intentando espabilarme.

—Pequeña brujita, has dado menos juego que la otra —susurra en mi oído—. ¿Por qué no me atacas con uno de tus conjuros luminosos? Me encantará que lo hagas... alimentarás mi oscuridad. Porque no estarás logrando nada y tu miedo solo me dará más poder.

Yo lo sé todo sobre alimentar oscuridad con miedo y sentimientos igualmente turbios. Es lo que he estado haciendo todo este tiempo manteniendo las mentiras conmigo. Porque, a veces, la verdad puede hacer mucho más daño que la mentira y por eso debe permanecer oculta; al menos eso es lo que me dije a mí misma todo este tiempo.

Cuando una garra baja desde mi nuca hacia la cintura, cortando la piel, aprieto los dientes con todas mis fuerzas para no chillar. Y pienso, ¿esto es todo? ¿Voy a morir de la misma forma que mi hermana, y sin ni siquiera presentar batalla?

¿Qué pensó Emily antes de morir? ¿Se acordó de todo lo que estaba dejando atrás? ¿Se arrepintió por lo que hizo? ¿Creyó en algún momento que merecía abandonar este mundo de una forma tan horrible por algo que no fue solo culpa suya? Tal y como descubrí ayer, no puedo permitir que eso pase. No puedo vivir con la duda. Tengo que saber. No sé cómo, pero tengo que darle a Emily la paz que se merece. Y la que me merezco yo.

Así que solo aceleraré el plan un poco.

Estiro la mano libre sobre la tierra, doblándola contra mi espalda hasta que toco con la punta de los dedos el pelaje del rakshasa. En cuanto entro en contacto con él, libero mi magia y las imágenes llegan en tropel a mi cabeza.

Horribles sacrificios.

Montones de cadáveres pudriéndose en desordenadas pilas.

Una cueva oscura, muy oscura...

El fuego negro del pozo más sombrío del Inframundo, de donde proceden los males del universo, alimentando y calentando las almas de un grupo de rakshasas. Así obtuvieron su magia; pactando con el dios de la muerte.

La siguiente imagen me muestra a una chica gritando. Su pelo oscuro se desparrama sobre la tierra, como el mío, y su rostro está lleno de sangre. Aún respira. Aún lucha. Se resiste. Pelea. Se entrega a sí misma en la batalla por la supervivencia, y es patente en sus movimientos y su expresión lo desesperada que está por ganar. Por vivir. Tal vez por volver al lado de su hermana.

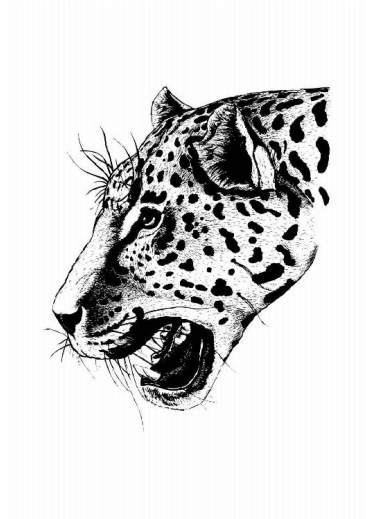
No lo consigue. Con un último golpe sobre el corazón, la chica muere y su cuerpo queda inerte en el suelo... Sus ojos azules permanecen abiertos mirando a ninguna parte.

El dolor que llevo evitando todo este tiempo se derrama a través de mí, aunque no es frío ni paralizante, sino que electrifica cada músculo de mi cuerpo insuflándole nuevas energías. Cae sobre mí con la fuerza de un boomerang que fue lanzado demasiado lejos. Es tan insoportable como siempre creí que sería, motivo por el cual lo eludí, y tan ingobernable como predije.

Ahora que esto empieza, no lo va a poder parar nadie.

Lo siento, Ren... Lo siento, pienso antes de soltar las riendas.

REN



E stán intentando evitar que luche. Todos. Yuda, Adi, Indah, Megan y el resto de del clan. Cada vez que un rakshasa se me acerca, aparece un respaldo a mi lado por arte de magia y me quitan la pelea de las manos. Lo más curioso de todo es que no es necesario que lo hagan, no desde que Ira se quedó en silencio tras mi unión con Anna. Estoy tan tranquilo y tengo la mente tan despejada que podría incluso pensar que ya no hay un demonio dentro de mí.

Excepto, claro, que es imposible ignorar su presencia agazapada en mi alma. Incluso en silencio, es tangible.

Sin embargo, ahora mismo no quiero luchar porque haya un Pecado furioso que me inste a descargar la rabia, sino porque estoy frente a frente con los asesinos de mis padres, de gente inocente de mi clan, y de Emily. Han interrumpido una ceremonia sagrada y han estropeado mi momento especial con Anna. Puede que ellos no lo sepan todavía, pero no pensamos

dar marcha atrás. No habrá retirada. Hay niños a nuestras espaldas que debemos proteger y la determinación está pintada en cada uno de los rostros que me rodean.

Cuando Yuda vuelve a interponerse entre el enemigo y yo, lo aparto de un empujón y cojo con mis propias garras al rakshasa. Las entierro en su garganta y luego tiro hacia fuera. Sin tráquea le va a ser condenadamente difícil respirar y, por tanto, seguir vivo. Cuando me giro, con la mano goteando sangre, Yuda me está fulminando con la mirada.

—Que nadie vuelva a meterse en mi camino —resoplo, con la voz ronca por la cercanía de mi lado salvaje.

Al *kepala* le están reclamando en más sitios, por lo que no puede pararse a discutir conmigo y lo sabe. Aprieta la mandíbula una milésima de segundo antes de asentir.

—Si pierdes el control no dudaremos en noquearte para sacarte de aquí —me advierte antes de irse.

Cómo no, es lo que yo haría si estuviera en su lugar.

A pocos metros de mí veo a Indah en serias dificultades para quitarse a un rakshasa de encima. La bestia la está aplastando contra el suelo y rugiéndole en la cara. El problema con estos tipos es que están llenos de arrogancia, creen de veras que nos causan temor y que son la especie superior. Si se limitaran a matarnos y su única ambición fuera provocar el mayor número de estragos posibles, aún tendrían una posibilidad. Tendríamos poco que hacer contra decenas de sádicos de dos metros de alto.

Por fortuna, los rakshasas pierden su tiempo enseñando los colmillos esperando que nos meemos en los pantalones. Lo cual no va a pasar, de ninguna jodida manera.

Me lanzo contra la bestia y rodamos por el suelo. Oigo el suspiro de alivio de Indah. Mientras, recibo rápidos puñetazos y patadas en las costillas y las piernas. Siempre he sido un buen saco de boxeo, casi inmutable cuando recibo golpes. Mañana maldeciré a gritos por las contusiones, pero no ahora. La adrenalina juega a mi favor.

Estoy clavando las garras en su nuca, escarbando entre su áspero pelaje, cuando ocurre algo espectacular: una onda de aire caliente explota a nuestro

alrededor. La selva entera se sacude, doblando los árboles por la mitad, partiendo los troncos en dos. La fuerza se mueve en horizontal, puedo verla, y, cuando pasa sobre mí, me deja sordo. Todo se enmudece. Ni siquiera se oye el rugir del viento. Levanto la vista hacia el rakshasa, y cuando lo miro a los ojos veo un miedo tan aterrador y profundo como un pozo. Sea lo que sea esto, esta bestia teme su poder.

Entonces la onda de aire caliente se retrae. Es absorbida de nuevo hacia el lugar del que vino, alguna otra parte de la selva, y el instante que le sigue está lleno de reverencia. Todos contenemos el aliento, incluidos los rakshasas. Es como si esa fuerza nos hubiera robado la vida. Después, todo explota. Un cataclismo de luz azul se expande por todas partes, llega a todos los rincones, y está lleno de un poder inimaginable. Aunque también pasa sobre mí, apenas lo siento como un cosquilleo. No sucede lo mismo con los rakshasas: al contacto con la luz azul, su piel empieza a chisporrotear y a derretirse, sus orejas se convierten en cenizas y sus garras se caen. Se están... quemando. Los rakshasas se están quemando. Decenas de ellos a la vez.

Aparto el que está encima de mí a empujones y me pongo en pie de un salto. En el suelo, el rakshasa se está convirtiendo en un saco de pelo cuyos huesos ya no sostienen nada. Aunque sus gritos de dolor están perforando mis oídos, no puedo dejar de mirar. Al cabo de unos segundos, por fin, se detiene. La lengua de fuego azul que lo había envuelto pasa sobre sus restos una vez más, como si quisiera asegurarse de que ha hecho bien su trabajo, y entonces se eleva hacia el aire.

Desaparece en una voluta de luz azul.

Recuerdo dónde he visto algo similar antes: el anillo de Anna fue lamido por una lengua del mismo fuego azul el día que la encontré en Bucarest.

A mi espalda, Yuda está preguntando a gritos si estamos todos bien. Una mano cae sobre mi hombro, creo que la de Adi, y me repiten la pregunta. Yo, aturdido, me giro hacia el lugar del que provino la onda de calor.

—Anna —susurro. Luego echo a correr.

Que esté bien, dioses, permitid que esté bien, suplico mientras atravieso lo más rápido que puedo el desastre que ha quedado tras el ataque. No hay un solo árbol en pie en al menos dos kilómetros a la redonda. Eso significa que Anna no puede estar muy lejos, si es que no estoy equivocado y ella es la causante de lo que acabamos de presenciar. ¿A esto se refería cuando dijo que su magia era peligrosa? Yo confío en ella, confío en su buen corazón. ¿Qué ha pasado para que arrasara con media selva de esta manera?

Un poco más adelante, estoy a punto de tropezarme con la respuesta. Los restos del que debió ser un enorme rakshasa están esparcidos por varios metros. Por el color del manto despedazado deduzco que se trataba del líder, el único de todos ellos que aún conservaba la capacidad de hablar. ¿Dónde está ella? Puedo ver el epicentro de toda la magia, un círculo negro de cenizas con dos inconfundibles huellas de pies en el centro.

Miro varias veces a mi alrededor, con los helados dedos del miedo oprimiéndome el pecho.

—¡Anna! —grito—. ¡Anna!

Oigo pasos apresurados que se acercan por el mismo camino que yo. Megan se sitúa a mi lado, resollando por la carrera y lo acontecido.

—¿Qué estás haciendo? Es imposible que Anna esté aquí.

Sí, debe ser difícil imaginarse a la frágil y delicada Anna como la causante de este cataclismo.

—Tiene que estarlo.

Ignorando todo lo que me rodea, intento captar su esencia. Pero, en realidad, es como si todo este lugar oliera a cosas buenas y especias picantes. Cada tramo está impregnado de ella. Podría estar en cualquier parte...

Entonces oímos un fuerte silbido y todos giramos la cabeza en dirección al poblado, imposible de ver por los árboles que aún se mantienen en pie en la distancia.

—¡Es Bambang! —grita uno de los hombres.

Echo a correr hacia el origen del silbido. Primero vislumbro la figura desgarrada de Bambang, con las luces del poblado de fondo, y luego bajo la vista hacia el bulto que yace encogido a sus pies.

—¡Anna! —Derrapo al caer junto a ella. El corazón me late tan fuerte que duele cuando la giro despacio hacia mí, esforzándome por ser delicado. Oh, joder, está llena de sangre, toda su ropa empapada de rojo—. Dioses, Anna, no...

Sostengo un lado de su cara con la mano. Está muy pálida y le caen gotas de sudor de las sienes, y al mismo tiempo tiembla como una hoja. Sin embargo, está viva. Pongo mi cara a la altura de la suya y la miro a los ojos. Ella no enfoca su preciosa mirada azul en la mía. Tiene las pupilas muy dilatadas.

—¡Traed al chamán! —grito, dirigiéndome a nadie en particular.

Alguien dice algo y Bambang es el que sale corriendo, transformándose en el proceso. Mis ojos nunca se apartan de los de Anna, aunque ella no me mire. Sus labios tiemblan y se mueven, y tardo un poco en darme cuenta de que está diciendo algo en voz muy baja. Conteniendo el aliento, acerco mi oreja para poder oírla.

—No, por favor, no... Para, para, para...

—¿Anna? ¿Qué te pasa, qué te duele? Dímelo, por favor. —Aprieto tan fuerte los dientes que me hago daño—. Dime cómo ayudarte.

Recorro su pómulos con el pulgar, tan suave como puedo. Y entonces, de forma milagrosa, sus ojos están mirando los míos.

—Soberbia —gime.

—¿El Pecado? ¿Qué está haciendo?

Cierra los ojos, fuerte, y sacude la cabeza de un lado a otro.

—Cada vez es más... ingobernable. ¡Oh, Diosa! —Lanza un alarido de dolor y se encoge contra mi pecho. Inmovilizo sus manos para impedir que se clave las uñas—. Quiere acceder a él... Quiere...

—¿Acceder a él? ¿A qué te refieres? —La abrazo con más fuerza, algo me abrasa el pecho y doy un respingo. Su brazo derecho está atrapado entre nuestros cuerpos y descubro que su anillo brilla con una potencia que podría hacer sombra a la luna—. Este maldito anillo está ardiendo. Tienes que quitártelo.

Cuando voy a dar un tirón para arrancárselo, ella grita y me aparta de un manotazo. Gatea fuera de mi regazo, alejándose, y cubre el anillo con la mano como si le diera igual que le salieran ampollas.

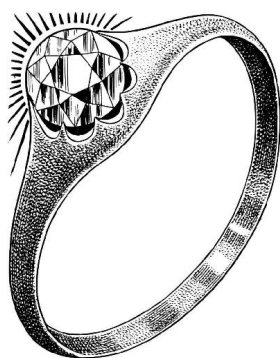
—No puedo dejar que venza —murmura. Sus facciones están deformadas por el miedo—. Si yo pierdo, perderéis todos. Por mi culpa. Por no ser lo bastante fuerte. Sabía que esto pasaría...

—Deja que te ayude —le pido. Cuando intento acercarme, suelta un grito y retrocede—. Maldita sea, Anna...

Ella continúa negando, como si fuera incapaz de hacer otra cosa. Entonces, despacio, se recuesta en el suelo y apoya la cabeza. Cuando cierra los ojos y su pecho deja de moverse, mi corazón también deja de latir.

Me abalanzo sobre ella justo cuando Bambang regresa acompañado del chamán.

ANNA



Respirar. Latido, latido. Respirar.
Debo concentrarme en eso.

Latido, latido. Se me atasca la respiración. Los latidos caen en picado...

Quiero luchar contra la fuerza que se me ha enredado en la cara, en las manos, en las piernas. Es como una telaraña construida a mi alrededor; da igual hacia dónde mire o cómo gire el cuerpo, cada vez me atrapa más.

Soberbia me ha arrastrado hasta aquí, hasta este lugar que no existe y que ella ha creado en mi interior. Quiero luchar contra su control, contra su orden, pero me es imposible. Me ha arrancado de la realidad para colocarme aquí, donde estoy atrapada y rodeada de... ¿Grietas? Lo que veo me recuerda al avión que nos llevaba a Grecia segundos antes de que se rompiera y explotara. Está dañado, golpeado, resquebrajado. Las paredes azules frente a mí están llenas de fisuras en zigzag, líneas muy finas entre

las que, si me esfuerzo, veo un resplandor también azul. Conozco esa tonalidad. Incluso atrapada como estoy en la telaraña, siento el poder que se esconde tras las fisuras. Sé lo que hay al otro lado, lo que está a punto de ser liberado por completo.

Es el Éter. Y esas paredes azules... es el talismán. Y Soberbia está justo aquí, esperando el momento exacto para hacerse con el poder. Esas fisuras... ¿Las habré creado yo al explotar para matar al rakshasa, al asesino de mi hermana? Tras desatar mi poder pude abrir los ojos un instante; solo vi desolación y cenizas. ¿A cuántas personas inocentes maté? ¿Y el poblado, y los niños? Intenté volver a recluir al Éter en el talismán de nuevo...

—¡Deja las lamentaciones de una vez! Es tan irritante.

Es Soberbia. Veo su sombra (una figura bastante definida) caminar alrededor de la telaraña en la que estoy atrapada. Las grietas de la pared cada vez son más grandes, más peligrosas. ¿Cuánto queda para que todo se haga añicos? ¿Para que mi última defensa se rompa?

—Solo es cuestión de tiempo que dejes de aguantar la presión y cedas. Sabes que es lo mejor, Anna. ¿A qué viene tanto esfuerzo? ¿A quién pretendes salvar? Todo lo que te importaba ya no está. Si me hicieras caso y me dejaras guiarte hacia un nuevo propósito...

Aprieto los dientes y vuelvo a luchar más fuerte contra la telaraña, aunque es inútil. Cada vez me estrangula más, me corta la piel, me asfixia.

—Solo imagina cómo sería, ¿de acuerdo? Quiero que tengas en cuenta mi proposición. Tú y yo, juntas, con tu magnífico poder, tendríamos todo lo necesario para gobernar sobre todas las cosas. —Odio su voz. Odio sus palabras. Odio cada gota de convencimiento que sale de su boca—. Sé que no te interesa el poder, Anna. Sé que siempre has preferido mantenerte a la sombra. Porque, ¿qué crees que pasaría si te permitieras ser tú misma? ¿Tu hermana te odiaría? Está muerta. ¿Tu mejor amiga dejaría de apoyarte? Solo porque la corroería la envidia. ¿Ese cambiaforma empezaría a mirarte con otros ojos, y no sabes si sería con amor o con asco? Tendrías a tantos hombres a tus pies que pronto te olvidarías de él...

—¡Cállate! —consigo gritar. Me lleno los puños de telaraña y tiro con todas mis fuerzas. Me concentro en mí, en mi cuerpo, en los estímulos

exteriores que tanto me cuesta captar desde aquí dentro.

Respirar. Latido, latido.

—No te interesa el poder, Anna, aunque estás *deseando* ser reconocida. Segunda hija, segunda hermana, segunda amante. Siempre la segunda. ¿Qué justicia hay en eso? ¿Qué amor hay en eso? ¡Tú naciste para gobernar! ¡Ese es tu propósito!

Respirar. Latido, latido. Respirar.

—Escúchame bien: las personas a las que tanto amas e intentas proteger en realidad no aceptarán jamás tu grandeza.

De pronto, un olor fuerte llega hasta nosotras y hace que Soberbia retroceda varios pasos, repugnada. Una voz masculina resuena por encima de nuestras cabezas.

—¿Anna?

Si me concentro, creo que puedo aferrarme a ese olor y a esa voz para salir de aquí. La telaraña se siente tatuada a mi piel, imposible de despegar, y algo me dice que es solo una ilusión que Soberbia ha puesto ahí. Cuando nuestros ojos, los ojos completamente negros de Soberbia y los míos, se encuentran a través de la telaraña, hay furia en el Pecado.

—¿Crees que podrás volver a eludirme? Esta vez no. Ha llegado el momento y, quieras o no, vas a entregarme el poder.

Su mano atraviesa la telaraña y alcanza mi cuello. Todo lo que me rodea desaparece, dejándome prisionera de su agarre. El aire apenas llega a mis pulmones y yo, desesperada, me aferro a su brazo. La silueta de Soberbia se va haciendo cada vez más opaca hasta que por fin puedo ver a la mujer que un día gobernó el Inframundo y a toda la raza de los demonios. Es bella de un modo perverso y venenoso, con una larga melena negra y una piel tan pálida que es fácil ver cada vena en su lugar. Sus ojos son dos charcos de alquitrán.

Conforme el olor aumenta, siento que despierto. Sin embargo, no estoy dejando atrás a Soberbia. Está asiéndose tan fuerte a mí que, cuando abra los ojos al mundo exterior, temo que ella aún tenga su mano envuelta alrededor de mi cuello.

Temo que ella se materialice junto a mí.

No puedo permitir eso... Pondría en peligro a todo el clan. Mawar, Adi, las chicas, los niños.

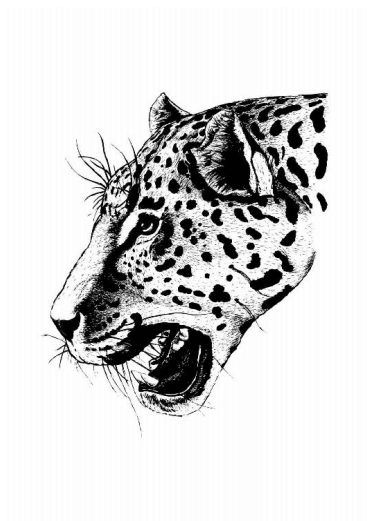
Ren.

La punta de los dedos de Soberbia está tocando, sin ella saberlo, la marca que él puso ahí. Si se hace con el control de mi cuerpo y del Éter, tendrá en sus manos el poder para destruirlo todo y hacer su reclamo sobre los otros Pecados. Leska, Ewan, Vázquez, Uyl, Porta, todos caerán bajo su dominio.

Y luego el resto del mundo.

No voy a permitirlo. Tal vez no sea lo bastante fuerte para impedir que logre su objetivo, pero puedo retrasarla el tiempo suficiente y que Ren haga lo que tenga que hacer. A cualquier precio.

REN



El *dukun* no hace más que pasar un saco de hierbas bajo la nariz de Anna, consiguiendo que su cuerpo se convulsione. Algo está yendo mal, puedo sentirlo. Mi conexión con el estado anímico de Anna ahora es más fuerte gracias al reclamo. Sé que quiere despertarse y, aunque en un par de ocasiones parece que está a punto de abrir los ojos, no ocurre. Algo la retiene.

Mi mirada vuelve a caer sobre el anillo. Lo primero que hice al notar que Anna no respiraba fue intentar quitárselo, solo para conseguir ser lanzado a treinta metros de distancia por una fuerza superior. Ni siquiera el *dukun* puede poner sus manos cerca del anillo o sus dedos sufren graves quemaduras.

—Están intentando salir —murmura, con la frente perlada por el sudor—. Ella y el Pecado.

—¿Salir? —repito, confundido—. ¿Qué significa eso?

—La conciencia de Anna está encerrada en sí misma, sospecho que por obra del Pecado. Mi suposición es que, tras el ataque sobre los rakshasas, el Pecado aprovechó la momentánea debilidad de Anna para atraparla, y ahora debe estar sujetándose a ella para salir en cuanto despierte.

—¿Qué pasará si sale? —pregunto, sosteniendo la cabeza de Anna para evitar que se haga daño—. ¿Ocupará otro cuerpo?

El *dukun* sacude la cabeza.

—No. Ocupará el de Anna por completo, que imagino que es lo que ha intentado hacer todos estos meses. Y si lo logra... —La mirada del hombre cae sobre el talismán, inquieto—. Imagina lo que haría un demonio como ese con un poder como el que acabamos de ver.

Destruirlo todo a su paso, eso es lo que haría. Y Anna... Ella podría ser recluida a un rincón, como ha ocurrido conmigo cuando Ira tomaba temporalmente el control, o desaparecer para siempre. Sería lo mismo que morir, y yo no puedo permitir eso. Se suponía que aún teníamos unos meses más. Que encontraríamos alguna solución.

De pronto, Anna abre los ojos. Respirando con dificultad, mira primero al *dukun* y luego a mí.

—Ren —susurra.

Con manos temblorosas, me inclino sobre ella hasta que mis labios tocan los suyos. Están fríos.

—Anna...

—Rhiannon La Mediadora —dice. Sus pestañas, húmedas, aletean cuando parpadea. Por un instante sus ojos ya no son azules, sino negros. Me quedo congelado sobre ella, lleno de un miedo paralizante, hasta que vuelve a parpadear y el azul regresa a su iris. Las esquinas de sus ojos se colman de lágrimas—. Perdóname. Cuando lo sepas todo... Perdóname. He sido una cobarde... Yo no quería manchar su memoria, ¿sabes? Ni siquiera sabía cómo pensar en ella sin creer que la odiaba, y yo solo... La culpabilidad... —Cierra los ojos y empieza a sollozar, temblando—. Perdóname.

Luego levanta sus manos y las deja en suspensión sobre su pecho. Una llamarada de fuego azul, el mismo fuego que acabó con todos los rakshasas, recorre sus brazos y explota de la punta de sus dedos. El fogonazo choca contra su pecho, sacudiéndola. Ni siquiera me ha dado tiempo a detenerla.

Aterrado y atónito, acaricio sus mejillas una y otra vez.

—¿Anna?

Al otro lado de su cuerpo, el *dukun* se echa hacia atrás, sobre sus talones, y exhala un largo suspiro.

—Chica lista, nos ha dado tiempo.

—¿Qué ha hecho? —Mi mirada va de las manos ahora inertes de Anna al hombre frente a mí—. ¿Qué demonios ha hecho?

—Inducirse al coma —me contesta. Al oírlo, siento como si toda la sangre huyera de mi cuerpo, llevándose consigo mi aliento y mi alma—. No es irreversible, cachorro, pero tenemos que actuar rápido. Esa mujer, Rhiannon La Mediadora, puede ser la que nos salve a todos. Si estoy en lo cierto, esto está muy relacionado con la deuda pendiente de la que te hablé. Y ahora, levántala. Tenemos un pequeño viaje por delante.



Hace poco más de media hora que ha amanecido cuando nos encontramos con Luciérnaga, la exmentora de Anna, y Melissa A'Quila, su actual mentora, en la polvorienta oficina de correos de Pontianak Sur. La primera me fulmina con la mirada unos instantes antes de centrar toda su atención en el cuerpo inerte de Anna, que descansa en mis brazos desde hace casi una hora. Debe de considerarme poco más que un trozo de mierda o algo así. El problema es que nadie va a lograr que me sienta más miserable de lo que soy ahora.

Melissa aparta a Luciérnaga con poca delicadeza para poder examinar también de cerca a Anna. Sus manos revolotean alrededor del talismán sin llegar a tocarlo, y veo cómo niega con la cabeza, como si estuviera decepcionada.

—Tú lo sabías —recuerdo de pronto—. Tú se lo diste.

Lejos de parecer culpable, la representante de la raza de las brujas me mira de frente sin vacilar y lo confirma.

—Sí, yo le di el talismán, pero no para que tuviera encerrado al Éter para siempre. Anna hizo un mal uso de la protección del anillo y le reiteré

en varias ocasiones que debía quitárselo. —Una ligera expresión de lástima pasa por su rostro, aunque desaparece con rapidez—. No me hizo caso.

La miro con una mezcla de rabia e impotencia.

—Debiste insistir más. Mira a dónde la ha conducido esto.

—Al menos no está muerta —replica con acidez la bruja—. Sin el talismán, el Pecado se hubiera hecho con sus poderes desde el principio, y ninguno de nosotros estaríamos aquí ahora. Y ahí fuera viviríamos una nueva Era Del Terror.

En eso tiene razón, maldita sea. Mantener al Éter dentro del talismán ha postergado un fin muchísimo peor. Pero ¿a qué precio? ¿Anna está destinada a perder de cualquiera de las formas?

—Aún tenemos tiempo —gruño, mirando a Luciérnaga—. Llévanos con Rhiannon La Mediadora.

Frente a mí, ambas brujas intercambian una mirada cargada de significado. Luego Luciérnaga extiende sus manos y pide que todos los que vayamos a viajar nos agarremos con fuerza. Melissa, Adi, el *dukun* y yo la obedecemos. Somos succionados por el agujero negro sobre nuestras cabezas y aparecemos en pleno bosque. Los colores otoñales, cálidos e intensos, bañan de luz dorada la atmósfera. Tiene toda la pinta de ser un lugar mágico. Frente a nosotros se alza un frondoso fresno cuya copa redonda abarca lo mismo que una casa. Al entrechocar, sus verdes hojas producen el sonido de miles de cascabeles.

—Este es el hogar de La Mediadora, el Yggdrasil. El árbol de la vida —nos dice Luciérnaga. Junto con Melissa, se agacha para pasar por debajo de la copa y acercarse al tronco.

¿Un árbol? Por supuesto, no hay otro lugar más adecuado para un hada. Cuando voy a seguirlas, Adi me detiene. Él y el *dukun* me están observando con cautela.

—¿Qué pasa?

Adi traga saliva antes de hablar.

—Solo quiero que seas prudente —me dice en un murmullo—. Nosotros vamos a estar a tu lado pase lo que pase, ¿de acuerdo?

Los miro a uno y a otro, incrédulo.

—Anna va a estar bien —afirmo, estrechándola contra mí para corroborar mis palabras—. Esto se acaba hoy, aquí.

Luego, giro sobre mis talones e ignoro el hecho de que probablemente me estén mirando con pena o compasión. Sé que Adi le ha tomado mucho cariño a Anna durante estas semanas y que desea que todo salga bien. También sé que entre Anna y yo, él siempre me elegirá a mí primero. Lo que no entiende es que ya no hay elección posible. Donde ella vaya, yo iré detrás. Incluso si es al maldito Reino de las Almas, como en este caso.

La sombra del tilo pasa sobre mi cabeza y se extiende a mi espalda. No me sorprende ver una coqueta puerta tallada en el tronco del árbol, con llamador y pomo incluidos. En cuanto nos reunimos con ellas, Luciérnaga tira de la campanita y un simpático timbre resuena por el interior del árbol. Y aunque el árbol es grande, su tronco no parece lo bastante ancho para que una anciana pueda vivir dentro con comodidad.

Medio minuto más tarde, la puerta se abre. Una regordeta mujer de avanzada edad aparece en el umbral, sonriéndonos con amabilidad. Sus acuosos ojos azules nos miran a todos, uno por uno, hasta que caen sobre Anna. Su sonrisa se desvanece poco a poco, sustituida por un ceño de preocupación.

—Oh, no, mi pobre muchacha. —Se aparta de la puerta y nos indica que pasemos—. Rápido, rápido. Tengo que examinarla.

El interior es mucho más iluminado de lo que cabría esperar. La sala que me encuentro es redondeada y de madera, y veinte veces más grande de lo que debería. La anciana me coge del brazo y me lleva hacia una mesa en el centro de la estancia. Me pide que coloque allí a Anna.

—¿Qué va a hacerle? —pregunto.

—Lo que debería haberse hecho hace mucho —replica, colocando una mano en la frente de Anna y frunciendo el ceño—. Es hora de que esta muchacha desbloquee todas las partes de sí misma que bloqueó tras la muerte de su hermana.

—Ella me contó que tras la muerte de Emily no pudo volver a hacer magia —le cuento con rapidez al hada, que está mezclando una serie de hierbas y ungüentos dentro de un almirez—. Sin embargo, hace un par de horas hizo una magia brutal. Mató a decenas de rakshasas a la vez.

El ceño del hada solo se acentúa más.

—Mala cosa. Eso no significa que se haya liberado, sino que el miedo o la furia pudieron más que ella. ¿Hizo daño a alguien inocente? —me pregunta—. ¿Su demostración de poder dañó a alguien más aparte de a esos seres?

Sacudo la cabeza.

—Partió por la mitad un centenar de árboles, nada más. Todo mi clan estaba bien. Su hechizo... o conjuro... solo nos pasó por encima.

La mirada de La Mediadora se vuelve especulativa.

—Jum.

Melissa A'Quila se pone a mi lado.

—¿Y dices que acabó con todos esos rakshasas? Son cambiaformas que hicieron pactos con el Inframundo, ¿cierto?

—Sí, practicantes de magia negra. Ellos mataron a Emily.

—Ya veo. —Apretando los labios, Melissa mira hacia Anna.

¿Verlo? ¿Qué es lo que ve? Antes de que pueda preguntárselo, La Mediadora suelta el almirez y se unta un dedo con la mezcla, de aspecto violáceo. Luego hace una cruz sobre la pálida frente de Anna.

—Bien, ahora necesito que alguien muy unido a Anna preste su cuerpo como anclaje para su alma —dice, y a continuación señala un ornamentado espejo que hay contra la pared—. Voy a enviarla a través del espejo hacia el Más Allá y sería peligroso hacerlo sin, por así decirlo, una cuerda de seguridad.

—¿No basta el propio cuerpo de Anna? —pregunta Luciérnaga.

La anciana niega con la cabeza.

—Sin alma, será solo una cáscara vacía. Necesita otra alma afín que pueda tirar de ella en el momento adecuado. Si permanece demasiado tiempo al otro lado del espejo... No volverá.

Sin dudarle, doy un paso adelante.

—Yo lo haré.

Tanto Adi como el *dukun* empiezan a protestar. Me limito a ignorarlos.

—He dicho que yo lo haré. Soy la pareja de Anna —proclamo. Me acerco a ella y señalo el lugar donde la marqué, bien visible—. Estamos unidos.

El hada asiente.

—Eso bastará. Debo advertirte: te debilitarás de manera progresiva con cada minuto que Anna pase al otro lado del espejo. Debes permanecer fuerte para ella.

Una ligera sonrisa tira de mis labios.

—Eso será mi honor, señora.

—No es tan fácil como piensas —insiste—. Tú también llevas un Pecado dentro.

—Lo tengo controlado.

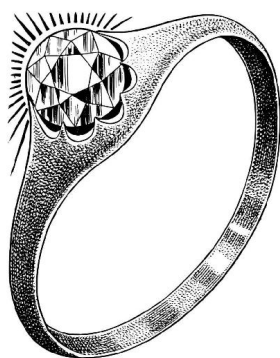
La Mediadora levanta los ojos hacia el cielo, como si pidiera paciencia.

—Solo los muy tontos y los muy audaces creen eso. Está bien, tiéndete a su lado y tómale la mano. No la sueltes por nada del mundo.

Haciendo caso de sus indicaciones, tomo posición junto a Anna. Con la cabeza girada hacia ella, puedo ver su hermoso perfil y el bonito lunar de su barbilla. Incapaz de resistirme, me alzo para darle un suave beso en los labios. Luego Rhiannon me marca la frente tal y como hizo con Anna.

—Muy bien. —De pie a nuestro lado, La Mediadora coloca ambas manos sobre el esternón de Anna, como si estuviera a punto de practicarle primeros auxilios. Alza la barbilla y cierra los ojos—. Es hora de saldar deudas pendientes.

ANNA



En un segundo hay paz, y al siguiente frío. Conseguí vencer a Soberbia temporalmente, pero para ello tuve que noquearme a mí misma también. No dolió tanto como esperaba, aunque sí fue aterrador. Al menos, lo último que vi antes de caer en la oscuridad fueron los intensos ojos de Ren.

Ahora alguien me agarra con fuerza y me saca de mí misma. Veo mi cuerpo tendido sobre una mesa, a Ren a mi lado, a Luciérnaga, a Melissa, a Adi y al *dukun*, todos observándome como si estuvieran viendo a un... fantasma. Y sí, es posible que eso sea cierto. Ren me hizo caso y me trajo hasta La Mediadora, así que ahora ya no hay marcha atrás. Soy dirigida hacia un bonito espejo sin reflejo. Su superficie plateada ondula de una forma extraña, y antes de poder pensarlo soy arrojada a su interior.

Al otro lado del espejo hace frío, y a mi alrededor no hay nada. Solo tierra blanca que se extiende infinitamente hasta que se mezcla con el cielo

gris. ¿Este es el lugar donde descansan los muertos? Es tétrico, me hace sentir angustiada y triste. Me abrazo a mí misma mientras camino a través de la ventisca, no oigo nada más que el viento gimiendo en mis oídos. Una ráfaga fuerte me detiene. Cierro los ojos y me encorvo, esperando que pase de largo. No lo hace. Sigue azotándome las ropas y enredándome el pelo hasta que estoy a punto de agacharme y taparme con los brazos.

Entonces, alguien me toca.

El tacto es familiar. Mucho. Trago saliva contra mi propio hombro y giro despacio la cara. Cuando abro los ojos, me escuecen por el viento. A través de las lágrimas y el picor, veo a una chica parada frente a mí. Su pelo, igual que el mío, se le enreda en el rostro. Sus ojos, del mismo color que los míos, también retienen lágrimas. Pero ella parece más pálida. Más demacrada. Más... destrozada.

Y más joven. Seis años más joven.

De pronto, me resulta difícil respirar. Se me atasca el aire en el pecho, como un motor que no quiere arrancar del todo. No esperaba tenerla de verdad frente a mí, mirándome como si me suplicara algo, abriendo su boca y diciendo...

—Anna, yo...

Antes de que acabe la frase, he levantado la mano y le he dado un bofetón. Su cara se retuerce y todo su cuerpo se inclina por el impacto. El golpe resuena tan fuerte y produce un eco tan poderoso que incluso el viento se extingue. Mi pelo vuelve a su sitio y mis ropas dejan de revolverse.

Ella se lleva la mano a la mejilla y me mira, impactada.

—¿Qué... qué narices haces?

La señalo.

—Eso es por... Es por...

Las palabras queman en mi garganta. Llevan tanto tiempo retenidas ahí que casi no saben cómo rodar por mi lengua y salir. Resulta muy difícil, aunque sé que ha llegado el momento. Lo que he llevado dentro todos estos años tiene que salir, encontrar un nuevo camino que no sea enquistarse en mi alma. Tal vez su propósito sea enquistarse en la suya, hacerle daño a

ella, disgustarla, pero yo ya no puedo seguir cargando con este peso. No me pertenece. No es justo que tenga que aguantarlo.

—¡Eso es por ser una maldita envidiosa! —le grito. Mis palabras no van a ninguna parte, no resuenan a través del mundo como siempre pensé que harían, convirtiéndome en el centro de una tormenta de emociones desagradables. Al contrario, mis palabras llegan a la única persona que deben y me hacen sentir... libre. Algo explota dentro de mí, tal vez un cajón que se abre de golpe y esparce todo lo que hay en su interior. La energía resultante corre a raudales por mis venas—. ¡Estoy tan enfadada contigo! Me hiciste sentir culpable por mis poderes, culpable por mis sueños, culpable por mis esperanzas. La última noche que pasamos juntas te odié. ¿Me escuchas? Deseé que fueras infeliz por manipularme.

Estoy temblando. Es incontrolable, ahora que por fin he abierto ese cajón. Ya no tengo por qué esconder nada, ya no tengo lugar donde guardar todo lo que pensé que haría daño a la persona que más amé y más amaré siempre.

Emily me está mirando como si no me reconociera.

—¿Qué te ha pasado?

—He cambiado —proclamo. Las lágrimas escuecen, escuecen, escuecen, y quiero dejarlas caer sin sentir vergüenza ni dolor—. Desde que te fuiste, he cambiado.

Ella asiente. Mi bofetada no le ha dejado ninguna marca, aunque sí que parece menos demacrada. Cada vez que parpadea, hay más color y determinación en sus rasgos.

—Ya veo —murmura. Inclina la cabeza hacia un lado, examinándose—. Antes no te habrías atrevido a soltarme un bofetón. Es algo muy descarado para ti. Del uno al diez, ¿cuánto estás enfadada conmigo?

—Veinte —digo sin pensar, con cierto desafío en la voz. Cuando la veo arquear las cejas, sorprendida, me retracto automáticamente—. No, espera, no es verdad. No estoy... No es enfado lo que siento, Em. Solo estoy... he estado... tan asustada todo este tiempo. Tan perdida.

Una divertida sonrisa tiembla en sus labios.

—¿Asustada, tú? Eso es imposible.

Me siento confortada sin razón por su burla. Emily siempre hizo eso. Corresponder mis miedos y nervios con burlas y bromas. No era la típica hermana que se sentaba a mi lado, escuchaba mis problemas y me consolaba. Emily era la que me zarandeaba para que me espabilase y me hacía ver que me estaba portando como una niña. Que no todo era tan malo y que tenía que afrontar la vida con valentía.

—Al principio creí que tenía miedo de estar sin ti. De no poder superar nunca tu pérdida y echarte tanto de menos que el dolor jamás se volviera soportable —le confieso, llevándome la mano al esternón por inercia. Y descubro, maravillada, que ya no duele ahí. El dolor está fluyendo junto con mis palabras—. Y luego... Fue peor, porque me di cuenta de que la vida seguía y que, aunque tú ya no estuvieras, yo continuaba respirando, y viviendo, y... —Cierro los ojos—. Encerré todo lo malo sobre ti. Todas las cosas malas que pensé de ti esa última noche, las cerré bajo llave. Porque tú habías muerto y yo sería la peor hermana del mundo si todavía era capaz de albergar algún rencor hacia ti. ¿Cómo podía estar enfadada si te habías ido y te echaba tanto de menos? —le pregunto, acongojada por no conocer la respuesta.

Al principio, creo que Emily no me va a contestar. Parece tan sorprendida por mis palabras como yo. Pero entonces se ríe un poco y se muerde el labio inferior.

—Porque somos hermanas —contesta sin más—. Es lo que hay, Anna. Siempre vas a querer estrangularme, y siempre vas a desear que esté a tu lado. —Los ojos se le llenan de lágrimas, lo que la hace parecer tan... viva—. Es lo mismo que yo he sentido durante todo este tiempo aquí.

—¿Tú? ¿Por qué querías tú estrangularme? ¡Te saliste con la tuya, como siempre!

Ella agita los brazos, frustrada.

—¡Quería estrangularte por boba! Te lo puse en bandeja, ahí, justo delante de tus narices para que lo vieras. Te pregunté si había secretos entre nosotras y tú me dijiste que no. Habías soñado con un cambiaforma tres años antes y nunca me lo contaste. Cuanto más tiempo pasaba sin que tú confiaras en mí, era como... Como si... ¿Cómo crees que me sentó eso? —farfulla, incapaz de expresarse—. Así que no intentes que toda la

responsabilidad sea mía porque ambas tenemos la culpa de lo que sucedió esa noche.

—Como siempre, le das la vuelta a la tortilla para ser la víctima. Tú... Tú... —Ahí va, voy a decirlo, se acabaron las mentiras—. Sabías que no me atrevería a llevarte la contraria y me manipulaste. Dijiste que como yo tenía al Éter, tú te merecías a Ren, ¿como si hubiera comparación entre lo uno y lo otro! Además, ¿cómo supiste lo del sueño?

—Muy sencillo —replica a su vez—. Os estaba espiando a Leska y a ti antes de nuestra iniciación, mientras te preparabas con ella. Y luego, cuando Ren llegó al castillo y me confundió contigo, yo... me dejé llevar.

—¿E-Estabas espiándonos? —De pronto lo recuerdo: el golpe de la puerta, como si una corriente de aire la hubiera empujado—. ¿Estabas escuchando detrás de la puerta?

—Por supuesto que lo estaba haciendo, soy una bruja —dice, como si fuera evidente—. ¡Es lo que hacemos! Espiar para chantajear y fastidiar. No todas somos ejemplos de rectitud como tú.

—Ejemplos de... —Aprieto los labios, deseando darle otro bofetón.

—Oh, vamos, Anna, tú misma lo acabas de admitir: sabías que estaba mintiéndote. Siempre lo sabías. Y decidiste, tomaste la decisión «bonita y noble»... —Un par de gruesas lágrimas le caen por las mejillas—. De dejarme continuar con la farsa y ser feliz. Me hiciste caso cuando te dije que tú tenías el Éter y yo a Ren. ¿Por qué siempre has tenido que ser así? Tan... perfecta. Tan... buena y honesta con todo el mundo. Solo tenías que sonreír y todas en el castillo te adoraban, y yo solo intentaba que sacaras la parte mala que hay en ti, ¿entiendes? La parte que es como yo, la que es envidiosa, y celosa, y egoísta. Pero daba igual lo que hiciera o lo que te quitara, tú preferías cruzarte de brazos y dejar que me saliera con la mía creyendo que así todo estaría bien. ¡Pues no estaba bien! —grita—. Cada vez que tú hacías lo correcto, era como si el muro entre nosotras creciera un poco más. Porque yo nunca, *jamás*, hubiera conseguido estar a tu altura.

—Por la Diosa, Em... —Me cubro el rostro con las manos, temblando, a pesar de que nada de lo que está diciendo es una auténtica sorpresa.

Siempre estuvo entre nosotras. Esa diferencia, ese rencor injustificado que, en lugar de desvanecerse con el tiempo, solo creció. Alimentándose de

miedos e inseguridades, como los Pecados. Porque no era la envidia la que estaba detrás de todos los actos de Emily y detrás de su distanciamiento, como yo siempre creí. Era el miedo. Un miedo diferente al mío, que era no contar con su aceptación, e idéntico en su raíz: un sentimiento enredoso que solo sirve para nutrir emociones oscuras y provocar acciones equivocadas.

—Yo siempre creí que en nuestras diferencias estaba aquello que nos hacía especiales —susurro—. No teníamos que ser iguales.

Emily bufa al mismo tiempo que se enjuaga las lágrimas que no dejan de caerle.

—Eso lo dices porque no te tocó ser la gemela mala.

Mientras me limpio yo también las lágrimas, echo un vistazo alrededor. El paisaje ha cambiado un poco. El cielo parece más añil que gris y el suelo está adquiriendo textura y color. No quiero pensar que Emily haya estado en este páramo ventoso todo este tiempo.

—¿Por qué te has quedado atrapada aquí?

—Fácil. —Se cruza de brazos y me observa con altanería, fingiendo que no estaba llorando hace diez segundos—. Me enteré de lo ocurrido durante tu iniciación, ¿sabes? —me dice, sorprendiéndome—. Fui yo la que contactó con la señorita A'Quila para preguntar por ti, no Leska. Me dijo que habías tenido miedo y que no te habías dejado ir. —Sus ojos azules me taladran, acusadores—. Por mi culpa. Por no apoyarte.

Me paso los dedos por el labio.

—No puedo echarte toda la culpa, Em, ya no. No es justo.

—¿Por qué? ¿Por que con morir ya he tenido bastante? —se burla Emily—. Anna, fui muy injusta. Tú me dejaste serlo y te convertiste en el mártir, como siempre, pero yo... Sabía lo insegura que eras respecto a tus poderes, y que haciéndote sentir culpable por haber sido la elegida solo lograría hacerte daño. No fui mala, fui peor que mala. ¿Quién le hace eso a una hermana, a la persona que más quiere? La verdad es que creo que obtuve justo lo que me merecía.

—¡Ni se te ocurra decir eso! No te mereces lo que te pasó, Em. Merecías vivir. Aún te lo mereces. —Me lanzo sobre ella y la abrazo—. He vengado tu muerte, ¿sabes? —le susurro al oído—. Los maté. A todos ellos. Habrías estado orgullosa de mí.

—Por fin te has convertido en una sádica —contesta contra mi cuello, una mezcla de llanto y risa—. Llámame rara, pero me mola verte con la ropa llena de la sangre que has derramado por mí.

Sus lágrimas me mojan el cuello y se sienten tan reales... Aunque este páramo sea todo lo que pueda obtener de Emily, me gustaría quedarme aquí para siempre con ella. Si fuéramos dos encontraríamos la manera de divertirnos, seguro.

—Ni siquiera lo pienses —susurra—. Para ti hay toda una vida esperándote ahí fuera, y ahora vas a tener que vivirla por las dos. —Dándome un beso en el mentón, se separa—. Ya no me vale la excusa de la niña buena. Ahora vas a tener que llevar un poco de mí contigo, un poco de mi egoísmo y mi superlativa autoestima.

Pongo los ojos en blanco.

—En realidad siempre tuviste una autoestima asquerosa.

—¡Eh! ¿Cómo iba a estar contenta conmigo misma si tenía a la perfección en la cama de al lado?

Le doy un puñetazo en el hombro.

—¡Yo no soy perfecta!

Emily se frota la zona y me mira con diversión.

—No lo intentes, te tengo calada desde que naciste. Te encanta ser buena. No sé qué ha pasado todo este tiempo; aquí no hay un agujerito desde el que mirar lo que hacen los vivos. Sin embargo, estoy segura de que has estado huyendo del cambiaforma para no afrontar la verdad. —Sacude la cabeza—. No lo conocí mucho, pero parecía un tipo testarudo.

—Lo es. —Mi corazón se constriñe al pensar en Ren. En todo lo que le oculté—. Fingir todo el tiempo que no sabía que era mi compañero ha sido horrible. Yo me hacía la tonta, él se lo guardaba porque creía que me haría daño... Y la situación solo parecía que nos iba a estallar en la cara en cualquier momento.

—O sea, que estabais cachondos como conejos.

—¡Em!

—Ay, Anna, ¿me vas a intentar engañar diciendo que no le has dejado meterte mano en todo este tiempo? A otra con ese cuento.

Me río y sacudo la cabeza. Capto atisbos de verde y azul. Me doy la vuelta y contemplo un paisaje de ensueño: colinas verdes, flores blancas, cielo azul y un precioso lago de aguas cristalinas.

Emily suspira.

—Vaya, esto ya es otra cosa. Con un poco más de asfalto sería un paraíso de verdad, pero, en fin. No vamos a pedirle peras al olmo.

A pesar de la belleza que nos rodea y de que ya no hace frío, me recorre un estremecimiento.

—¿Por qué está cambiando el paisaje?

—Creo que... —Emily se cruza de brazos—. Puede tener algo que ver con esta conversación.

Asustada, doy un paso hacia ella.

—¿Y ya está? ¿Qué ocurrirá cuando todo acabe?

Emily también se acerca. Está intentando hacerse la dura, como siempre hizo, aunque veo cómo aprieta sus manos bajo los brazos.

—No sé, y espero que no descienda un coro de ángeles celestiales a cantarme una tontería. —Su mirada se traslada del lago hacia mí. Se sobresalta—. Anna...

—¿Qué? —Me miro a mí misma y me asusto, porque me estoy difuminando. Volviéndome más y más transparente por segundos—. ¿No se supone que esto tiene que pasarte a ti?

—Bueno, tú eres la que no pertenece a este lugar. —Emily me coge de las manos. Ahora se las noto frías, húmedas... distantes—. No tengas miedo, Anna, es lo que toca. Ahora tú vas a vivir.

—Es que yo no... —Meneo la cabeza—. Espera, espera, aún no estoy preparada. Aún tengo miedo.

—Yo también —admite Emily—. Escucha, Anna, puede que sea cierto. Puede que, desde que me fui, hayas cambiado. —Se inclina hasta que nuestras mejillas se rozan, y saltan chispas entre nosotras—. Pero ser diferente no es malo. Eso es lo que nunca llegué a decirte. No te culpo por tus poderes, ni por tus sueños, ni por tus esperanzas. Tú eres poderosa, eres la elegida, y podrás conseguir todo aquello que te propongas.

—Te voy a echar de menos cada día —le confieso, temblando—. No es justo. No quiero vivir sin ti. Ni siquiera sé si...

—Yo sé que vas a ser capaz de vivir sin mí, porque tú siempre has sido la más fuerte de las dos.

—No, no, eso no es cierto.

—Lo es y lo sabes. No eras tú la que estaba a mi sombra, era yo la que se ponía delante de ti para captar toda la luz. Y tú me lo permitías. Porque, en el fondo, sabías que eras mejor que yo. ¿Crees que nunca me di cuenta de que fallabas en clase para dejar que me luciera?

La miro con consternación.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Me estrecha contra ella y me susurra al oído.

—Porque amaba la sonrisa que me regalabas cada vez que creías que me hacías feliz. Anna, te he querido, te quiero y te querré siempre. Y algún día, dentro de mucho tiempo, volveremos a estar juntas.

—Em...

Ya no puedo sostenerla más, hay algo que me reclama desde el mundo terrenal y no me deja continuar aquí más tiempo. Lo que me permitía entrar en este limbo y tener mi redención con Emily ya no existe. Cierro los ojos, sintiendo el último contacto y el último aliento de mi hermana, hasta que ya no hay nada a mi alrededor y en lugar de sentirme aterrada y sola, me siento en paz después de muchísimo tiempo.

El impacto contra el mundo de los vivos es descomunal. Como si me desintegrara. Por un instante pienso que si hubiera permanecido más tiempo con Emily no habría sido capaz de volver. Como si el lugar me convirtiera poco a poco, segundo a segundo, en otra alma en tránsito. Y por más que duela, me alegro de haber vuelto. Mi cuerpo, mi mente y mi corazón saben que este es mi lugar. Caigo a través del espejo hacia mi cuerpo, encajando otra vez de manera incómoda, aunque no dolorosa.

Cuando consigo despegar los párpados, hay otro par de ojos acuosos observándome con cautela. Respiro hondo, trago saliva y le lanzo una sonrisa.

—Al final consiguió lo que quería.

La anciana hada cierra los ojos por un segundo, visiblemente aliviada.

—Creo que ambas salimos ganando, muchacha.

Enseguida noto que alguien me está sosteniendo la mano. Al girar el rostro veo a Ren, tendido junto a mí. Tiene los ojos cerrados.

—¡Ren! —Me yergo y me inclino sobre él. Le sacudo con suavidad el hombro, pero no responde—. ¿Qué pasa? ¿Qué le ocurre?

—Se presentó voluntario para traerte de vuelta al mundo de los vivos cuando llegara el momento —me explica La Mediadora—. Ha agotado todas sus fuerzas.

Examino su piel pálida y sudorosa, y la forma en que su mano se sigue aferrando a la mía.

—Se pondrá bien, ¿verdad?

—Debería.

Un «debería» no es suficiente para mí. Rodeo su rostro con mis manos, dudosa. Tal vez yo...

El talismán da una sacudida en mi mano, y en mi cabeza Soberbia se pone a chillar. Sin embargo, ocurre algo extraño. Porque al contrario que otras veces, ya no entiendo lo que dice. Parece estar hablando una lengua desconocida, un dialecto agudo y sibilante que solo hace que me latan las sienes de dolor.

Totalmente harta, me impulso para bajar de la mesa.

—¡Alejaos! ¡Todos! —exclamo. Espero a que me obedezcan y luego bajo la voz y hablo directamente sobre el zafiro—. ¿Deseas el poder, Soberbia? ¿Estás segura? Bien, tu momento ha llegado.

Y con un firme tirón, me arranco el talismán.

La pequeña joya sale volando de mis manos y se estrella contra la pared, rompiéndose en mil pedazos, y entonces todo eclosiona dentro de mí. Igual que el día de mi iniciación, el ardor me envuelve como una hoguera y por un instante, por un efímero instante, pienso otra vez que no seré capaz de manejarlo. Luego, más rápido de lo que llegó, el pensamiento se va.

Debo ser capaz. Nací para esto.

Una fina capa de fuego azul me cubre por entera, azotando mis ropas y moviendo mi pelo suelto. Es un fuego frío, indiferente, implacable. No aceptará oscuridad alguna, y en cuanto detecta la presencia de Soberbia en mi interior cae sobre ella con la fuerza de un meteoro. Con una facilidad

pasmosa, el Pecado es arrancado de ese lugar del que se apropió meses atrás y expulsado.

La nube negra que sale a continuación de mi interior me es muy pero que muy familiar. Destila maldad y huele a podrido. No es tan grande como la que recuerdo, aunque eso puede deberse a que esta nube solo contiene un Pecado, y no siete como cuando la caja de Pandora se abrió. Igual que aquel día hace meses, la nube negra reptaba por el suelo como un charco de alquitrán y luego se reúne en un mismo lugar. Entre giros y espirales, toma la forma de la mujer que vi. No tiene la consistencia de un cuerpo real, pero ya no voy a subestimarla más. Soberbia, reina de reyes del Inframundo, me ha tomado el pelo durante demasiado tiempo.

Al mirarme, abre la boca y habla. Debe estar insultándome, a juzgar por su expresión colérica, y no entiendo ni una palabra de lo que dice.

—Di todo lo que quieras, ya no hay nada que me una a ti —le espeto—. No hay oscuridad en mi interior de la que puedas alimentarte, y no permitiré que hagas daño a nadie más.

Por la forma en que su boca se deforma y se llena de afilados dientes, creo que mis palabras no le han gustado. Tras lanzar un chillido inhumano, se arroja sobre mí. Yo no retrocedo ni un ápice, sino que alzo una mano y dejo fluir el Éter. No pienso en que no podré detenerlo cuando sea necesario. Al contrario, confío lo bastante en mí misma como para no hacerle daño a nadie inocente.

Al igual que cuando maté a los rakshasas, el tiempo se detiene durante unas milésimas de segundo en las que mi poder, el quinto elemento que solo yo controlo, ilumina cada rincón del lugar. La cara de Soberbia queda congelada a centímetros de mis dedos. A continuación, la luz explota. El azul lo devora todo. Y en lugar de reducir el espacio a cenizas, concentra su fuego en el Pecado.

Un momento más tarde, de la reina de reyes del Inframundo solo queda un montoncito de polvo negro en el suelo.

Después de soltar todo el aliento que contenía, las rodillas me fallan y me derrumbo. Incrédula, observo el resultado de mi poder.

Tras recuperarme un poco del impacto, Melissa y Luciérnaga me ayudan a ponerme en pie. No presto ninguna atención a lo que están

exclamando, alteradas, sino que me acerco a toda prisa hacia donde yace Ren.

—Puedo liberarte —le digo, aunque él no pueda oírme—. Ya sé cómo hacerlo.

Pongo mis manos sobre él. Al instante, Luciérnaga, Melissa y Rhiannon se arremolinan a mi alrededor, hablando todas a la vez.

—Espera, calma...

—¿Estás segura de que podrás?

—No precipites las cosas, niña, si necesitas más tiempo...

Apretando los labios, giro la cabeza para mirarlas.

—Estoy completamente segura. Soy La Controladora Del Éter.

Es difícil decir quién se muestra más asombrada, si Luciérnaga o Melissa. Por supuesto, como buenas brujas que son, se apresuran a esconder sus emociones. Rhiannon La Mediadora me hace un gesto con la cabeza, indicándome que cuento con su confianza.

Por encima de su hombro, mi mirada se encuentra con la de Adi. Aunque no parece dispuesto a decir nada, la forma en que se está apretando las manos, dejando sus nudillos blancos, me lo dice todo.

—Le quiero —confieso al hombre, sin importarme estar diciendo las palabras que ninguna bruja debería pronunciar jamás. De todas maneras, nunca he sido como las otras brujas—. No dejaré que nada malo le pase.

El agarre de sus manos se afloja, liberando tensiones. Una pequeña sonrisa perfila sus labios.

—Lo sé.

Me vuelvo hacia Ren y dejo fluir la magia, lo cual se siente maravillosamente correcto. El Pecado de la Ira se revuelve para huir, asustado por la magnitud de mi poder y la luminosidad del Éter, pero no tiene nada que hacer. Me aseguraré de que eche de menos la cárcel en la que vivió durante miles de años.

No obstante, cuando estoy cerrando mis dedos alrededor del escurridizo cuello del demonio, una luz blanca y cegadora explota por todas partes. Frente a nosotros, al otro lado de la mesa, aparece una altísima mujer de piel tersa y ojos violetas. Estoy tan sorprendida que dejo escapar al Pecado y este vuelve a su lugar dentro de Ren. La mujer de ojos violetas esboza una

sonrisa divertida y arquea una ceja en mi dirección. Cuando extiende las manos hacia mí, veo que las tres cuartas partes de sus brazos están decorados por oscuros tatuajes.

—Me parece que he llegado por los pelos. —Su voz resuena con poderío y autoridad, como si viniera de muchos lugares al mismo tiempo—. Voy a tener que pedirte que no mates a ese demonio, Anna.

Mi mandíbula cae, ayudada por la impresión.

—P-Pandora —farfallo.

—¡Lo sabía! —exclama Melissa, señalándola con un dedo—. Había algo relacionado con el poder de Anna que me recordaba muchísimo a tus historias.

Giro la cabeza hacia ella, estupefacta.

—Ah, ¿sí?

La diosa inclina la barbilla a modo de saludo.

—Hola a todos. Si hubiera podido llegar antes también habría evitado que matases a Soberbia. —Cuando ve el pequeño montoncito de cenizas, se echa a reír—. Has hecho todo aquello que yo llevo deseando hacer durante miles de años (y con ello casi destruyes la balanza entre el bien y el mal, claro).

Abro y cierro la boca, buscando algo inteligente o no-estúpido que decirle a la diosa Pandora, que se yergue en todo su esplendor a pocos pasos de mí.

—Yo no... No sabía... Bueno...

—No pasa nada. —Pandora agita la mano, quitándole importancia a mi tartamudeo—. Creo que el Ananké, el equilibrio del universo, podrá vivir sin la presencia de uno de los siete Pecados Capitales. Ahora bien, el Vaticano ya es harina de otro costal. Aunque te ayudaré a lidiar con su ira, por supuesto. Si hubieras utilizado tus poderes antes, te habría encontrado y te habría explicado todas las responsabilidades ligadas a tu don.

—¿Res... responsabilidades?

¿Por qué sueno como si estuviera sin aliento? Es cierto que no todos los días tengo delante a una diosa, pero vamos... Acabo de empezar a tener seguridad en mí misma. Al menos podría parecer como que no estoy a punto de desmayarme.

Pandora arquea ambas cejas.

—Las responsabilidades de una cazadora de demonios, por supuesto. — Cuando mi cara permanece estática, sin reacción, la diosa se acerca en un frufú de telas y extiende una de sus manos, con la palma hacia arriba. Sus tatuajes, como finas venas negras, llegan hasta la punta de sus dedos. Con un chasquido, una bola de fuego azul aparece flotando en el aire—. El Éter es el quinto elemento, el destinado a englobar los otros cuatro y a mantener el equilibrio del Ananké. Es muy poco común que los dioses continúen otorgando este don a simples mortales... Creo que no veía a otra cazadora de demonios como yo desde hacía más de mil años. Cuando esos mortales aceptan el don por completo, puedo sentirlo y localizarles. Es mi trabajo explicarles en qué consiste su poder y que no lo utilicen de forma indiscriminada. Sirve para luchar contra la mayor fuente de maldad y la mayor causa de desequilibrio en el universo: los demonios. Combatimos su fuego con fuego; pero el nuestro es azul, y no rojo como el de los seres del Inframundo.

—Por eso pude destruir a los rakshasas —murmuro—. Porque hicieron un pacto con seres del Inframundo.

Pandora asiente, complacida de que lo haya entendido tan rápido.

—Exacto. Y si el día que mi caja se abrió y Soberbia te poseyó, el Éter no hubiera estado dentro del talismán, la habría matado al instante. Es un elemento que no quema a los seres inocentes, solo a los emponzoñados por el mal.

Sus palabras hacen que recuerde algo muy importante.

—El día de mi posesión, otra presencia estaba allí y me habló. Ahora recuerdo que acarició el talismán, como si estuviera comprobando que el Éter estaba dentro. Creo que él era...

La diosa no parece sorprendida por mis palabras. Sus labios se rizan, disgustados, y acaba la frase por mí.

—Loki.

Asombrada, parpadeo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lleva queriendo abrir mi caja desde hace miles de años —me dice, con gesto de asco—. Se lo he impedido la misma cantidad de tiempo. No sé

cómo, hace unos meses consiguió encontrar la caja y ponerla en las Olimpiadas. Él no podía abrirla, pero un mortal sí; al fin y al cabo, los dioses la idearon para que los mortales la destaparan y se llenaran de pecados. Supongo que él vio el poder que hay dentro de ti y quiso comprobar que no mataría al Pecado, para así alargar el tiempo.

Sacudo la cabeza, confundida.

—¿Alargar el tiempo para qué? ¿Qué pretendía al abrir la caja?

En este punto, Pandora hace una pausa.

—Aunque no puedo contarte a ti ni a ninguno de los presentes toda la verdad, sería injusto que no supieras parte del motivo por el que te viste involucrada en este desastre. Dentro de la caja no había siete almas, sino ocho. La octava no era un Pecado, solo una forajida buscando refugio. Necesitaba esconderse de Loki y yo le presté asilo dentro de la caja hace mucho tiempo.

Me viene a la memoria la fotografía del cuadro de Pandora, en el que hay ocho cerraduras dibujadas. Las nuevas noticias le dan sentido.

—Entonces, si Loki solo abrió la caja para poder liberar esa octava alma, ¿dónde está ahora?

Pandora niega con la cabeza.

—No es un Pecado ni un demonio, por lo que no puedo localizarla. No sé si vaga por algún lugar, escondida, o si se refugió dentro de un cuerpo mortal.

Por primera vez, Melissa toma la palabra.

—¿Qué sucederá si Loki encuentra la octava alma? Si estaba tan desesperada por huir del dios que prefería vivir encarcelada dentro de tu caja con los peores demonios del universo, un buen motivo tendría.

La diosa aprieta la mandíbula.

—Rezad para que eso no ocurra.

—¿Y qué pasará con...?

La pregunta de Melissa se ve interrumpida. ¡Zas! Algo grande y blanco cae del cielo (o del techo) y aterriza junto a Pandora. Un par de mullidas y lustrosas alas blancas se abren y dan paso al arcángel Ariel. Está respirando con cierta dificultad y viene cubierta por una capa de sudor, por no hablar de la espada de fuego que aún enarbola en la mano.

—¿Estáis todos bien? —pregunta antes de que nadie pueda hablar.

—Sí, ahora sí —le contesto—. ¿Qué ocurre? ¿Tú estás bien?

—En realidad... —Ariel por fin se fija en quien tiene al lado, y sus rubias cejas se arquean por la sorpresa—. Ostras, Pandora. No sabes lo bien que me vienes.

La diosa cruza las manos por delante y sonríe.

—Déjame adivinar: unas cuantas hordas de siervos han salido del Inframundo bajo las órdenes del Pecado de la Soberbia.

—¡Pero si la he matado! —exclamo, señalando el montoncito de cenizas.

—No antes de que sus siervos notaran el aumento de su poder —se lamenta Ariel—. Por no hablar de los siervos del resto de Pecados. Tenemos un frente abierto en Tenerife atacando a Gula y a Envidia y otro en alguna parte del norte Escocia. ¿Estáis seguros de que aquí está todo bien?

Oh, no. ¿Qué estará ocurriendo con Leska? ¿Y Uyl, que se encontraba tan inestable?

—Sí, nuestra pequeña Anna por fin ha descubierto cómo usar el Éter —afirma Pandora—. Me trasladaré a Escocia. Tú, Anna, puedes encargarte de la otra revuelta. Recuerda que no debes matar a más Pecados.

¿Que me encargue? ¿Qué quiere decir con eso?

—No, espera...

Sin embargo, la diosa Pandora desaparece en otro magnífico estallido de luz y yo me quedo hablando con un trozo de pared. Ariel se me acerca y me coloca una mano en el hombro.

—Así que eres una cazadora de demonios. Eso es magnífico.

—Yo... A- apenas tengo experiencia...

—No me separaré de tu lado. —Con gesto de determinación, Ariel me sonríe. Parece más feroz que angelical en estos momentos.

Otra voz se une a la conversación.

—Yo tampoco.

Cuando giro sobre mis talones, con el corazón golpeándome el pecho, me encuentro de frente con los ojos verdes de Ren. Está sentado al borde de la mesa. Luce un poco pálido mientras se pasa la mano por el pelo.

—Has despertado —digo con un hilo de voz.

Me observa por lo que parece una eternidad sin decir nada. Al final aparta la vista y se baja de la mesa.

—No estuve dormido en ningún momento —me contesta.

Su elección de palabras me confunde, por no hablar de que esté más interesado en borrarse la marca que tiene en la frente que en mirarme o acercarse. Yo, por mi parte, solo deseo tocarlo para comprobar por mí misma que está bien.

Doy un par de pasos hacia él.

—¿Qué quieres decir?

De pronto levanta la vista hacia mí. Hay algo en sus ojos que hace que me detenga en seco. Me está mirando con una crudeza impactante y no puedo decir que se deba a su Pecado. De hecho, sus ojos son del todo verdes y ni una motita de negro los contamina en estos momentos.

—¿Qué quisiste decir tú con lo de «fingir todo el tiempo que no sabía que era mi compañero ha sido horrible»? —Me quedo helada. Ren salva la distancia que nos separa hasta que solo hay un suspiro entre nosotros, un suspiro cargado de tensión—. ¿Lo sabías? Todo este tiempo, todos estos años... ¿Lo sabías?

Mis pulmones empiezan a fallar y mi corazón a bombear cada vez más despacio. Siento pinchazos en los brazos y no sé si se debe a la repentina falta de sangre o al miedo. No sabía que él iba a ser testigo de mi encuentro con Emily.

Por un instante mi mirada se cruza con la de Rhiannon. Hay compasión en los ojos del hada.

—Te estoy hablando, Anna. Mírame.

Aunque no es lo que más me apetece justo ahora, lo hago. Es como ser atravesada por un rayo láser que va seccionando capa tras capa de mi ser hasta dejar el alma al desnudo.

—Te he buscado y querido durante mucho, muchísimo tiempo. —Su voz baja y se convierte en un murmullo. El estómago se me aprieta en múltiples nudos—. He sido honesto y paciente porque respetaba tu dolor por la muerte de Emily y no quería causarte más problemas. Me he tragado mis instintos en más de una ocasión por ti. Y mientras yo lo hacía, ¿tú me mentías?

Oh, no. Cierro los ojos, desesperada por encontrar las palabras adecuadas para explicarme. Pero ¿cómo lo hago? Él tiene razón.

—Ren, yo...

—Te escondiste de mí en el castillo, ¿verdad? Luego no querías venir al poblado, y no dijiste nada para no levantar sospechas. Y cada día que pasaste allí y tuviste la oportunidad de decirme la verdad, no lo hiciste. Y hace unas horas... Tú y yo... —Su mandíbula se aprieta cuando cierra la boca, como si se estuviera conteniendo para no seguir hablando. Mira a su alrededor, a todos los que están con nosotros y se han mantenido en un silencio sepulcral—. Ahora estamos unidos, Anna. ¿A qué estabas esperando para decírmelo? ¿O no ibas a hacerlo? ¿Tu plan era seguir haciéndote la tonta para siempre? —Su voz va subiendo y subiendo, y mi corazón vuelve a bombear con fuerza segundo a segundo—. Como la única persona que conocía toda la verdad estaba muerta no corrías ningún riesgo, ¿no?

Silencio.

No me puedo creer que Ren acabe de decir eso, y a juzgar por su cara... Él tampoco. Sin embargo, como cabezota cambiaforma que es, no va a rectificar. Lo he herido en su orgullo. He herido sus sentimientos. Y cuando a un leopardo le hieres, su primer impulso es atacar; creo que esa es la única razón que me doy a mí misma para no alzar la mano y propinarle la segunda bofetada de mi vida.

Dejo pasar unos cuantos segundos, y no por alargar el momento de forma dramática, sino porque me estoy armando de valor para que la voz no me tiemble.

—Sí, supe que tú eras mi pareja desde el principio —digo por fin. No llores, Anna, ni se te ocurra derramar ni una sola lágrima—. Sí, te mentí. Sí, me escondí de ti. Pero no, no pensaba mantener la mentira para siempre. No habría podido, y menos después de... —No soy capaz de terminar la frase, tanto él como yo sabemos que me refiero a lo que pasó en el límite de la selva—. Lo siento mucho, Ren, sé que he hecho las cosas mal... —Y ahora, cogiendo una gran bocanada de aire, alzo la barbilla y lo miro sin parpadear—. Pero como me vuelvas a hablar de esa manera te prometo que la que se va a cabrear soy yo. Y no querrás ver eso.

Bueno, acabar las disculpas con una amenaza no se puede decir que sea lo más apropiado. Incluso mientras le sigo mirando noto cómo todo el calor sube de mi pecho hacia mis mejillas. Debo estar poniéndome del color de los tomates. Ren, por su parte, tiene la boca entreabierta y me observa como si no se creyera lo que acabo de decir. Luego, sus labios se aprietan en una delgada línea, aunque no sé si es por disgusto o porque... está disimulando una sonrisa.

Entrecierro los ojos intentando adivinar a qué se debe ese brillo en los suyos, y justo entonces Melissa interviene. Se coloca de forma no muy sutil entre ambos y me rodea los hombros con el brazo.

—Lamento interrumpir, un par de amigos vuestros esperan ayuda en alguna parte de Tenerife, ¿no es cierto, Ariel?

La arcángel carraspea con fuerza y se pone a mi lado. Me sonrío y me guiña un ojo antes de tenderme la mano.

—¿Estás lista?

Ren también tiende su mano.

—Yo, como dije, también voy.

Nuestros ojos se encuentran de nuevo. Ya no hay tantas líneas de tensión en su cara. ¿Qué estará pensando?

—Yo también, por supuesto —dice Melissa.

Luciérnaga mete su reluciente mano de por medio.

—Y yo.

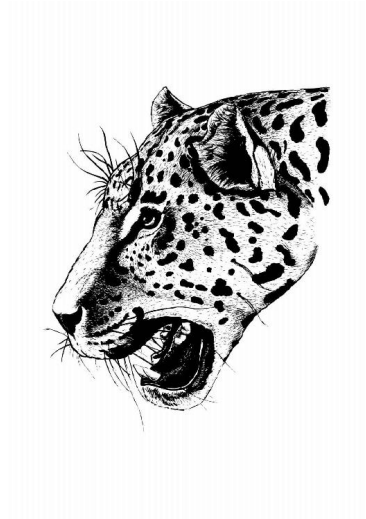
Adi, Rhiannon y el *dukun* permanecen a un lado.

—Nosotros nos quedaremos —dice Adi, dedicándonos un asentimiento—. Tened mucho cuidado.

Ariel lanza un pequeño resoplido.

—Muy bien, muy bien. Agarraos todos. Y permitidme deciros que la cosa está bastante cruda, así que intentad no asustaros...

REN



«Fingir todo el tiempo que no sabía que era mi compañero...».

Sentir y oír, aunque no ver, lo que sucedió en el Más Allá fue extraño. Descubrir que Anna supo la verdad todo este tiempo, desde el mismo principio, fue como si me clavaran un cuchillo por la espalda. Cada palabra suya se convirtió en una puñalada de la que Ira se sirvió para alimentar su poder.

El Pecado babea de emoción, quiere que acumule rabia por el engaño. El problema es que he visto el alma de Anna. Es caritativa y honrada. Manchada por la muerte de su hermana y por todos los secretos que guardó creyendo que así mantenía pura la memoria de Emily, es cierto, pero plagada de buenas intenciones. No soy tan hipócrita como para culpar a una persona que actuó mal guiada por el dolor, cuando yo mismo jugué mal todas mis cartas por la misma razón.

Además, no puedo negar que sentí un cosquilleo bajo los pantalones cuando me contestó con tanta determinación. No fue el mejor momento, no, pero hay algo en Anna cuando está decidida y planta cara a lo que no me puedo resistir.

Mientras la miro, todos cogidos de las manos de Ariel, tengo que morder mi sonrisa. La pobre está hecha un nudo de nervios y tiene razón: no debí alzarle la voz ni decirle lo que le dije. Fue un golpe bajo, aunque en mi defensa diré que habló la rabia en mi lugar. Y el miedo. Miedo a que Anna no hubiera aprendido a confiar en mí a pesar de todo lo que pasamos juntos. Aun así, no es excusa. Ella es mi compañera y debo cuidarla y tratarla como el tesoro que es. Lo que no quiere decir, por supuesto, que no piense aprovecharme un poco de la situación. Ahora da igual todo lo lento que me pida que vaya, todas las excedencias que me suplique o las veces que quiera mentirme en la cara... No voy a perder ni un minuto más de nuestro tiempo.

Esa pequeña brujita va a enterarse de lo que es tener un *pasangan hidup*.

Cuando Ariel nos teletransporta, nos sacude a todos una intensa ráfaga de viento. Al principio pienso que es por el viaje a través del espacio, hasta que me doy cuenta de que ya hemos llegado a nuestro destino. Estamos en lo alto de un cerro desde el cual se extiende una gran planicie. A lo lejos, en el horizonte, un mar de nubes tapa la vista de lo que hay más abajo; debemos estar en la parte más alta de la isla. Solo hay rocas volcánicas y pequeños arbustos decorando el ambiente, además de... Sí, además de unos diez mil demonios volando de un lado a otro. Ellos son los que producen las ráfagas de viento. Distingo unos tres arcángeles surcando el aire entre los grupos de demonios y matando a todos aquellos que se interponen en su camino. La lluvia de cuerpos es una vista espectacular.

Lo primero que hago es colocarme junto a Anna. Ariel enseguida despega para acudir en ayuda de los suyos, espada en ristre. Hay tanto ruido a nuestro alrededor que la señorita A'Quila y Luciérnaga tienen que gritar para poder ser oídas.

—¡Nosotras buscaremos a Leska y a Uyl! —dice Melissa—. No creo que sea necesario que os lo diga, pero ¡acabad con...!

No puede terminar la frase porque un demonio le clava las garras en el brazo e intenta llevársela volando. La bruja le lanza un conjuro que provoca que la cabeza del demonio reviente como una piñata.

Parcialmente cubierta de sangre, levanta el pulgar en nuestra dirección.

—Como decía, ¡acabad con ellos!

—Y nada de contenerte —añade Luciérnaga, ya preparando una especie de bola eléctrica de color dorado entre sus manos—. Esta no es una clase de conjuros y no hace falta que rebajes tu poder para que Emily se luzca.

El ceño de Anna se arruga.

—¿Es que todo el mundo lo sabía? —rezonga.

Su exmentora solo suelta una risita antes de unirse a la refriega. Anna respira unas cuantas veces y alza el rostro para mirarme.

—Supongo que es mi turno.

Veo un movimiento a su espalda y saco rápidamente las garras de la mano derecha. Las clavo en el pecho de un demonio que intentaba sorprenderla por detrás y lo zarandeo lejos de nosotros. Luego me limpio las garras en el pantalón.

—Ahora no te vengas abajo —le digo con firmeza—. Acabaste con todo un ejército de rakshasas, estuviste en el Más Allá, redujiste a cenizas a la reina del Inframundo y me regañaste delante del hombre que ha sido como un padre para mí. En comparación, esto no es nada.

Anna esboza una sonrisa vacilante.

—Buen resumen, aunque no hacía falta. No estoy insegura sobre si podré hacerlo o no. De hecho, ese tipo de inseguridades están muertas y enterradas.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No es... Bueno... —Sacude la cabeza—. Esto, en cierto modo, ha sucedido gracias a ti —dice, mostrándome las manos—. Tú me ayudaste a liberarme. No quiero que pienses en ningún momento que todo se trataba sobre... Emily —pronuncia su nombre con dificultad. Luego empieza a hablar de carrerilla—. Mi hermana se llevó una gran parte de mí al morir y no te mentí cuando te dije que estaba rota de muchas formas diferentes. Pero la verdad es que ya estaba empezando a curarme gracias a ti antes de reunirme con ella en el Más Allá. —Sus ojos se llenan poco a poco de

lágrimas, aunque no llega a derramarlas—. No huía de ti por otro motivo más que ese. Tú llenabas el vacío. Me abrazaste tan fuerte que todas las partes que creía rotas volvieron a juntarse, y eso me alejaba de Emily. Dime que lo entiendes, por favor.

Sus dedos acarician mi mandíbula despacio, como si dudaran de si son bien recibidos.

—¿Me vas a odiar durante mucho tiempo?

Hago el mayor esfuerzo del mundo por contener la sonrisa.

—Creo que podemos hablar de eso cuando acabes con todos estos demonios y salves al mundo de una nueva Era Del Terror.

Vacila unos instantes, parpadeando, hasta que se separa de mi lado y se acerca al extremo del cerro. Todos mis instintos protectores están gritando para que me reúna con ella y la defienda de los enemigos. Bueno, ¿a quién voy a engañar? Tomaría su lugar si pudiera. Sin embargo, confío en su poder, y sé que es lo que ella necesita. Solo me quedo el tiempo suficiente para verla lanzar el primer chorro de Éter, que chamusca a diez demonios de golpe, y cómo corre cerro abajo en busca de más víctimas.

Yo, por mi parte, creo que voy a dejar que Ira salga a jugar por última vez. Está exaltado por la proximidad de sus siervos, aunque muy lejos de dominarme y expulsarme de mí mismo como antes. Tengo el control absoluto de sus oscuras emociones. Tal vez se deba a que por fin sé toda la verdad sobre Anna y eso le impide seguir alimentándose de mis dudas. No es que vaya a echar de menos a este parásito cabrón, pero su presión constante me ha enseñado un par de cosas sobre autocontrol. Es hora de ponerlas en práctica.

Descuartizo, mutilo y machaco a cuantos demonios se me ponen por delante y voy dejando un rastro de cadáveres a mi paso. Pronto estoy lleno de sangre (la mayor parte no es mía) y con la camisa hecha jirones, y debo reconocer que me lo estoy pasando en grande. Esta satisfacción que siento al matar demonios no cambiará nunca, bajo ninguna circunstancia.

—Joder, solo tú podrías estar sonriendo como un tonto enamorado en medio de una masacre —dice una voz a mi espalda.

Descubro a Uyl tumbado en el suelo, apoyado en una gran roca. Unos cuantos arbustos lo ocultan de la vista, y, si no hubiera hablado, lo habría

pasado por alto.

—Ya me conoces. —Me agacho a su lado y examino su rostro, que está muy demacrado. Sus mejillas están hundidas y su piel dorada ha perdido lustre—. Estás hecho un desastre —le digo con sinceridad.

Él fuerza una sonrisa a través de sus labios secos.

—Y a pesar de ello, sigo siendo más guapo que tú.

—Prefiero no meterme con personas enfermas. —Con cuidado, le paso un brazo por detrás de los hombros para que esté más cómodo—. ¿Dónde está Valeska?

—Dioses, no lo sé. —Cierra los ojos, agotado—. Esa bruja no se rinde. En cuanto me libre de este Pecado pienso encerrarme con ella en un dormitorio y hacerle pagar por todas estas semanas. Se ha aprovechado de mi debilidad, y la tendré suplicando misericordia (o más placer, aún no lo he decidido) en poco tiempo.

—Seguro que sí. —Me pregunto por qué él está tan mal mientras que yo he llegado a una especie de consenso con Ira. ¿Será porque he tenido a Anna de mi lado para equilibrar la balanza? Sea como sea, el estado de Uyl es crítico. Vamos a tener que terminar con esto rápido o el Pecado en su interior acabará marchitándolo.

Alzo la cabeza justo a tiempo de ver a Anna rematando a un demonio a pocos metros. La llamo para que se acerque. En cuanto descubre el escondrijo entre los arbustos, se arrodilla al otro lado de Uyl con expresión consternada.

—Estamos perdiendo el tiempo luchando contra los siervos. Son demasiados —dice—. Y aún no he visto a Leska.

—Tienes que sacarnos a los Pecados. Si lo haces, los demonios no tendrán más remedio que marcharse.

—¡No puedo! —Con gesto impotente, ella niega con la cabeza—. No puedo liberarlos ni tampoco matarlos; Pandora me ha dicho que eso desequilibraría el universo, y yo ya he desintegrado a Soberbia.

—Entonces necesitamos a Pandora.

—Está ocupándose de Ewan y de Vázquez. Tenemos que esperar...

Ambos miramos a Uyl al mismo tiempo. Consciente de lo que estamos pensando, el elfo esboza una sonrisa que no llega a iluminarle el rostro.

—Eh, por mí no os preocupéis. Aguantaré.

Angustiada, Anna se inclina para acariciarle el pelo y la frente.

—Lo siento tanto, Uyl. Ojalá pudiera hacer algo más.

—He dicho que no te preocupes, preciosa. Y cuidado con dónde tocas. Tu novio nos está mirando.

Maldito Uyl. Intentando bromear hasta el último momento. Los dedos de Anna resbala con suavidad por el brazo de Uyl hasta su mano, decorada por un tosco anillo de madera. Despacio, acaricia el abalorio. Algo en sus movimientos me resulta extraño, y entonces veo que sus ojos se están ensanchando por el asombro.

—Anna, ¿qué ocurre?

—La solución siempre es más sencilla de lo que uno piensa... Piensa en lo que ya se ha hecho con anterioridad y se acabaron todos tus problemas...

—susurra—. ¡Ya lo tengo! —chilla. Uyl se sobresalta y hace una mueca de dolor—. ¡Oh, lo siento muchísimo! Pero creo que sé qué hacer.

—Eso espero, después de estar a punto de provocarme un infarto.

Anna me mira con los ojos brillantes de emoción.

—Por favor, Ren, necesito que traigas a Melissa lo más rápido que puedas.

—Marchando.

Encuentro a la bruja casi dos kilómetros al sur. Luciérnaga está con ella, y a los pies de ambas, encogida en el suelo, está Valeska. No tiene mucho mejor aspecto que Uyl. Me reúno con las tres y las ayudo a liquidar un par de demonios mientras voy explicándoles que Anna cree haber encontrado una solución.

—Por supuesto. Yo fui su maestra —bufa Luciérnaga—. Vamos, dadme las manos.

Con Valeska en mis brazos, Luciérnaga nos teletransporta de vuelta con Anna, que abre los ojos de par en par al ver a su amiga. Al parecer, la abominable bruja de las nieves se ha desmayado. No responde ni siquiera cuando Anna la zarandea con suavidad.

—Su piel está caliente —dice, horrorizada.

—Entonces debemos darnos prisa —la insto. Ahora somos tantos en este cobijo entre los arbustos que los demonios nos verán en cualquier

momento, por no hablar de la pestilencia que producen tres Pecados juntos. Si deciden congregarse y atacar todos a la vez podríamos vernos en serios problemas—. Bastante prisa, de hecho.

—Viaja a Escocia y dile a Pandora que la necesitamos con urgencia —le dice Anna a Luciérnaga—. Yo voy a intentar conseguir tiempo, aunque puede que mi idea no funcione.

Asintiendo, Luciérnaga desaparece en un parpadeo. Luego, tanto Anna como Melissa se ciernen sobre Uyl y comienzan a cuchichear.

—¿Lo ves? Necesito que lo conviertas en un talismán, como el que me regalaste.

—Oh, por supuesto... Es una gran idea, chica.

—Y si lo dotamos de los suficientes conjuros protectores, puede que aguante más de un Pecado en su interior.

—Mmm, como una pequeña caja de Pandora, ¿verdad?

—Sí, algo así.

Entonces se ponen manos a la obra. Veo destellos de luz y color estallar sobre Uyl. Melissa está lanzando un conjuro tras otro al anillo, con la frente arrugada por la concentración. Cada vez que creo que un demonio nos ha visto, me encargo de matarlo antes de que pueda avisar a sus congéneres; no obstante, es cuestión de tiempo que alguno se me escape.

Al cabo de unos minutos, escucho a Anna hablarle a Uyl.

—De acuerdo, vamos a intentarlo. ¿Estás preparado?

La voz de Uyl suena débil y cascada cuando contesta.

—No he estado más preparado para algo en toda mi vida, preciosa. — Se produce una ligera pausa, y el elfo añade—. Haz lo que tengas que hacer, Anna.

—De acuerdo —murmura ella.

Tras encargarme de otro demonio, me giro a tiempo de ver cómo Anna mete su mano (desde la punta de los dedos hasta la muñeca) en el pecho de Uyl. La imagen solo me impactaría más si Uyl estuviera desnudo y Anna llevara un crucifijo en la mano. El rostro del elfo se contrae en una mueca de puro dolor, pero Anna no vacila. Parece concentrada y con los ojos clavados en el lugar donde su mano desaparece. Al cabo de unos interminables segundos, esboza una pequeña sonrisa.

—Lo tengo. —Y, poco a poco, empieza a sacar la mano. En el puño sostiene lo que parece ser un feo trozo de tela negra, aunque es una tela que grita y se retuerce. En un momento dado incluso aparecen unas cuantas garras que intentan clavarse en la piel de Uyl, reticentes a dejar su escondrijo. El elfo suelta un alarido—. No, de eso nada —farfulla Anna.

Ariel aterriza a mi lado, salpicándome de sudor y sangre.

—Aprende rápido —afirma en voz alta, haciendo un gesto hacia Anna—. Concentraremos la defensa alrededor de este rincón y así le daremos tiempo a encargarse de todos los Pecados. —Tras lo cual, me palmea el hombro con bastante fuerza y agita sus alas para alejarse de nuevo.

Cuando vuelvo a mirar a Anna, esta ha conseguido sacar toda la sustancia negra del interior de Uyl. Los ojos del elfo ruedan hacia atrás y pierde el sentido, aunque su pecho continúa moviéndose. Debe estar exhausto. Anna lleva su puño cerrado hacia Melissa, que sostiene el anillo en alto. En cuanto una parte del ser oscuro toca la madera, este último ejerce una fuerza de succión que empieza a absorber al demonio. Los chillidos del Pecado de la Gula son estridentes y veo cómo sus garras se materializan una vez más y causan profundos surcos rojos en los brazos de Anna, quien ahoga una exclamación.

Antes incluso de que el anillo succione por completo al demonio, ya estoy agachándome detrás de ella y acariciándole los brazos con cuidado.

—Maldito cabrón —gruño—. ¿Te duele mucho?

Aunque Anna parece un poco aturdida por lo que acaba de suceder, niega con la cabeza. Sus ojos están fijos en el anillo, que ahora se sacude de un lado a otro como si contuviera un animal salvaje.

—No creo que funcione mucho tiempo —admite Melissa—. Mis conjuros no deben ser ni una milésima parte en comparación con la fuerza de la caja de Pandora.

—Basta con que aguante hasta que ella llegue —insiste Anna. Se inclina hacia delante y coge con ambas manos el anillo, encerrándolo entre sus dedos. Un fogonazo de luz azul recorre sus brazos hacia abajo, impactando con fuerza en el anillo. Cuando separa los dedos, el pequeño trozo de madera se ha quedado inmóvil.

—Claro, el Éter resultará mucho más efectivo para escarmentarlos. ¿Puedes sostener el anillo en una mano y extraer al Pecado con la otra?

Anna respira profundamente y asiente.

—No queda más remedio. Voy a por la Envidia. —Se acerca con cuidado a Valeska y le acaricia la mejilla antes de poner la mano en el centro de su pecho—. Allá vamos.

Repite el mismo proceso que con Uyl, aunque tener una mano ocupada en transmitir energía del Éter hacia el anillo hace que su respiración se agite y el color huya de su cara. Me muerdo la lengua para evitar pedirle que se detenga. Por fin, el Pecado de la Envidia (otro andrajoso trapo sucio y goteante) es extraído de Valeska, quien sufre un pequeño espasmo cuando el demonio abandona su cuerpo. De rodillas y con los labios apretados, Anna hace fuerza para meter al segundo Pecado en el anillo. Aunque este vuelve a succionar al demonio, parece hacerlo con más lentitud y dificultad. Cuando el último resquicio de oscuridad desaparece de la mano de Anna, esta cae hacia delante por el agotamiento.

Yo me apresuro a recogerla entre mis brazos, preocupado. Le retiro el pelo de la cara y examino su rostro: han aparecido profundas ojeras bajo sus preciosos ojos y sus labios han perdido el color. Cuando me mira, intenta sonreír.

—Estoy b...

—No —la interrumpo—. Ni se te ocurra decirlo. Te estás debilitando demasiado.

—Solo faltas tú, cambiaforma —interviene Melissa. Sus ojos se trasladan hacia arriba, hacia el cielo, y su boca se abre de par en par—. Oh, mirad eso.

Tanto Anna como yo la imitamos. Muchos demonios se están retirando. Esquivan a los arcángeles cuando pasan por su lado, y, en lugar de buscar mejores formas de pelear, se marchan. Sus alas negras desaparecen en la distancia, batiendo con fuerza. En mi interior, Ira ruge de pura rabia. Se siente traicionado. Puedo percibir los planes de venganza que ya está trazando para los siervos que abandonan su puesto en la batalla.

—No son los siervos más fieles del mundo, eso está claro —comento.

Melissa se muestra de acuerdo.

—Los demonios adoran la guerra, pero no están dispuestos a arriesgarlo todo por unos amos que en poco tiempo volverán a estar cautivos en la caja de Pandora. Ni siquiera ellos son tan estúpidos. Eso sí, esperarán por una oportunidad mejor.

—Lo cual son buenas noticias para nosotros. —Sonrío y bajo la vista hacia Anna, y me la encuentro con los ojos cerrados. El miedo estalla en mi interior—. ¿Anna? ¡Anna!

Sus pestañas tiemblan, como si le costara muchísimo esfuerzo mantener los ojos abiertos.

—Solo estoy cansada —musita—. Puedo hacerme cargo de Ira. Solo ayúdame a...

—Ni hablar —dictamino, firme—. Tú ya has hecho bastante.

Hay un fogonazo de luz a mi espalda que ilumina todo este rincón y hace que los arbustos se sacudan, y un segundo después una voz de mujer corrobora mis palabras.

—No puedo estar más de acuerdo. Anna ha hecho más de lo que cualquiera hubiera esperado de ella, y será una excelente cazadora de demonios si así lo desea.

Apretando más fuerte a Anna, me giro para mirar a la diosa Pandora. No hay ni una sola gota de sangre manchando su túnica blanca; ni siquiera está despeinada. Desde luego no parece que venga de otra batalla contra demonios en Escocia. Aunque escuché su voz de manera vaga en casa de Rhiannon La Mediadora, se marchó antes de que recuperara por completo la consciencia.

—Se ha tomado su tiempo —gruño antes de poder pensarlo.

Melissa abre los ojos como platos, porque ni siquiera una bruja atea es tan idiota como para retar a una divinidad en carne y hueso. Por suerte, la diosa Pandora decide no ofenderse por mi comentario. Se inclina sobre Anna y la libera del anillo que está en su mano. Cuando contempla la tosca madera, se echa a reír.

—No había visto un apaño como este en los miles de años que han pasado desde mi creación —dice, risueña. Le guiña un ojo a Anna—. Serás muy grande, pequeña.

Anna le devuelve la sonrisa, temblorosa.

—Gracias, pero tengo que pensarme lo de ser cazadora de demonios. Hasta ahora no le he visto las ventajas.

Pandora se limita a reírse otra vez. Luego, guardándose el anillo de Uyl entre los pliegues de la túnica, me tiende una mano.

—Es hora de que me lleve a mi travieso Ira de vuelta a casa —musita, y, a pesar de que sus palabras corresponden más con una profesora que con una diosa, hay un brillo decididamente maléfico en sus ojos—. Estoy segura de que estás deseando librarte de él.

No tiene ni idea. Con cuidado, coloco a Anna junto a Melissa para que pueda apoyarse en ella y luego me acerco a la diosa. Continúa tendiéndome la mano, por lo que deduzco que no va a atravesarme el pecho como hizo Anna. En cuanto rozo sus dedos con los míos, el ramalazo de electricidad es tan fuerte que acabo de rodillas en el suelo. Retiro la mano y suelto una palabrota en voz baja.

—He olvidado mencionar que no será agradable —añade la diosa—. Sin embargo, disfrutarás de un muy reconfortante tiempo de descanso después de esto, te lo prometo. Y cuando abras de nuevo los ojos, volverás a estar solo contigo mismo.

Solo conmigo mismo. Eso suena... suena a paraíso. Giro un momento el rostro hacia Anna. Está luchando por mantener los ojos abiertos para no perderse lo que ocurre, y me sonrío de la manera suave y cariñosa que tanto me gusta. Vamos a tener mucho de lo que hablar después de esto. Muchísimo. Tras memorizar sus rasgos en mi mente una vez más, vuelvo a darle la mano a Pandora. El impulso eléctrico que me atraviesa hace que desee retirar el brazo, más por reflejo que por orden expresa mía, pero la diosa está preparada y me aprieta con más fuerza.

Oigo a Ira. De hecho, ahora sus gruñidos y gritos son todo lo que ocupa mi mente. Sin embargo, por más que quiera evitarlo, es incapaz de resistirse a la llamada de Pandora. Ella ejerce una fuerza de succión mucho más potente que los conjuros de Melissa o el Éter de Anna. Poco a poco, siento cómo me abandona. Poco a poco, siento cómo sus afilados dientes y garras se desprenden de mi alma, maltratada y débil, y se alejan. La sensación es espectacular, es felicidad en su estado más puro. Solo me he sentido así de dichoso una vez en todos estos meses de calvario: cuando hice el amor con

Anna. En aquel momento no había nada que pudiera estropear la plenitud de mis sentimientos, y creo que voy a llorar de tan solo pensar que las cosas puedan ser así siempre a partir de ahora.

Cuando Ira es retirado por completo de mí (no hay nada de su veneno ni de su alquitrán en mi interior), experimento un breve momento de paz. Todo es luz y aire puro y ya no me pesa el corazón ni me arden las venas. Luego, como es lógico, este cambio tan brusco me pasa factura. Me siento caer al abismo de la inconsciencia, y por primera vez en mucho tiempo ya no temo lo que pueda ocurrir mientras yo descanso.

Porque sé que no habrá nadie esperando agazapado para tomar mi lugar y arrebatarme el control.



Como si de un *flashback* se tratase, antes de abrir los ojos ya sé dónde estoy. Huelo el ambientador de plátano que Mawar se empeñó en poner hace ya lo que parece una eternidad; su aroma ya no es tan intenso como las primeras semanas, pero todavía deja una pequeña esencia frutal por todo el dormitorio.

Al ponerme en pie, hay dentro de mí una mezcla de sentimientos: impaciencia, determinación y, sí, excitación. Me quedo quieto esperando a que Ira lo huela e intente aprovecharse de mis emociones. Aprieto los puños y contengo el aliento, expectante.

Pasados diez largos segundos, exhalo lentamente y me doy cuenta de algo maravilloso al mismo tiempo que aterrador: no hay demonio alguno enquistado en mi alma. No hay garras aferrándose a mis emociones, intentando extraer la parte oscura de todo. Se ha ido. Dioses, soy libre. Por fin. De verdad. Camino por todo el dormitorio con pasos largos, disfrutando de la sensación tan simple y absurda de caminar sin sentir ese peso dentro de mí.

Soy solo yo de nuevo, tal y como prometió Pandora.

Eufórico, me dispongo a salir del dormitorio cuando veo la hoja de papel que está enganchada con un clip a la cortina que yo mismo coloqué.

Me acerco y la recojo.

Hola, Ren, ¿has despertado!

Quiero que sepas unas cuantas cosas y he preferido ponerlo por escrito (bueno, he usado un conjuro que hace que el bolígrafo se mueva solo...) porque tal vez así no me haga un lío.

Cuando nos encontramos en Bucarest, me preguntaste qué tal había estado los meses tras el accidente. Te mentí y te dije que había estado bien, pero la verdad es que fueron unos meses confusos y aterradores. Lo hice a propósito, para hacerte sentir que no eras bienvenido a indagar sobre mí.

Sobre la pregunta que no te contesté cuando me trajiste al poblado: sé tanto de arañas porque en el castillo nos imparten clases sobre venenos animales cuatro horas a la semana. El veneno de araña en concreto es uno de los que más utilizamos para las pociones (me encanta hacer pociones, por cierto).

El resto de mentiras que conté (o verdades que no dije) ya debes saberlas a estas alturas: siempre quise y admiré demasiado a mi hermana, hasta el punto de creer que, si alguna vez se demostraba que yo era superior que ella en algo, jamás me lo perdonaría. Ahora mismo me parece increíble que un miedo tan infantil sea capaz de paralizar tanto a una persona. Debes pensar que soy muy tonta, ¿verdad? A raíz de ese miedo vino todo lo demás: reprimí mis poderes el día de mi iniciación porque sabía que serían tan magníficos que me convertirían en una persona diferente. Luego Emily murió y yo lo único que deseaba era seguir aferrándome a la antigua Anna, la que tenía una hermana gemela que siempre destacaba en todo. Supongo que eso era lo que más miedo me daba al final: lo que perdería si dejaba de aferrarme con fuerza.

Ah, y sí que estaba un poco celosa de aquella dependienta del McDonald's. Puede que resulte indigno para una bruja, pero deseé convertirla en un cucurucho de nata y dejar que se derritiera bajo el sol.

Creo que eso es todo.

Y si te preguntas a qué ha venido esta carta tan absurda... Sea lo que sea lo que pase entre nosotros, no quiero que haya ni una mentira más.

ANNA



—¡A^{nna}!

Me giro a tiempo de ver a Medea doblar una esquina a toda prisa. Varias brujas de su edad la siguen con la mirada, entrecerrando los ojos. Hace años, si yo hubiera sido Medea, ese simple gesto me habría detenido en el acto, obligándome a caminar con normalidad para no llamar la atención. Tal vez incluso habría agachado la cabeza para que el pelo me cubriera el rostro y nadie pudiera ver mis mejillas ruborizadas.

Hoy, veo las cosas con total claridad: las otras brujas de dieciséis años observan a Medea con una mezcla de envidia e inseguridad. Tal vez por lo guapa que es, por lo contenta que parece, o por... Por nada. A veces, la envidia no está en los demás, sino en uno mismo.

La bruja se detiene a mi lado de sopetón, respirando de forma agitada.

—¡Tenías razón! ¡Sobre el conjuro autolimpia!

Me echo a reír solo por ver su cara entusiasmada y sus ojos brillantes. Sí, a mí también me cambió la vida cuando descubrí que con un simple chasquido de dedos podía limpiar la habitación, doblar la ropa e incluso bañar a Bastet.

—Te lo dije. —Le aparto un mechón del rostro, acariciándole la mejilla en el proceso. Ella se queda muy quieta, sorprendida. Esta clase de gestos no son habituales en un castillo de brujas—. ¿Estás nerviosa?

Caminamos juntas hacia el comedor, nuestros tranquilos pasos resonando en los altos techos de piedra del castillo. Fue lo que más amé siempre de este lugar: sus corredores, interminables, anchos y altos, con los ventanales intercalados a lo largo de la pared provocando juegos de luces y sombras.

—Qué va —afirma la muchacha (casi mujer según nuestras costumbres). No obstante, no me pierdo el movimiento ansioso de sus manos y la forma en que traga saliva, como si su garganta estuviera seca—. No tengo nada que temer. Las otras chicas dicen que, como soy tan rara, voy a suspender y tendré que quedarme otro año en el castillo, pero eso es imposible. Porque es imposible, ¿verdad? Quiero decir... nadie se queda un año más.

—Mi mejor amiga lo hizo —le comento, y aprieto los labios para no sonreír cuando sus ojos saltan hacia mí, asustados—. Solo porque quiso esperarnos a mi hermana y a mí. Leska era un año mayor.

—Ah, uf... —Medea hace un gesto dramático, llevándose la mano al pecho, y al instante compone una expresión de suficiencia—. Es decir, me lo suponía. Solo por ser un poco... eh... diferente, mi iniciación no tiene por qué salir mal.

Al final no puedo resistirme más y, antes de que entremos al comedor, la cojo por los hombros y la obligo a mirarme.

—Medea, escúchame con atención: no puedo desvelarte lo que sucederá esta noche, porque la realidad es que ni yo misma lo sé. Nadie lo sabe. La iniciación es diferente para cada bruja, pero una cosa sí te puedo asegurar: todo saldrá bien. —Los grandes ojos castaños de la muchacha se llenan de emoción y alivio—. Pase lo que pase, hoy acaba y empieza todo para ti. A partir de hoy, tú decides lo que quieres hacer con tu vida.

Estas palabras se parecen mucho a las que Melissa me dijo el día que me llevó al Sabbat del Dragón, cuando me explicó la razón fundamental por la que ser diferente no era malo. Por suerte para Medea, ella no ha sido señalada por una profecía ni se esperan grandiosas o catastróficas cosas de ella (o eso espero). Solo es especial, y eso la ha puesto en el punto de mira durante sus años en el castillo.

—Eso suena genial —susurra, y se mordisquea el labio inferior. Acto seguido, se lanza contra mí y me rodea con los brazos—. Muchas gracias, Anna. Gracias por ayudarme el día que llegaste al castillo, y por estar pendiente de mí estos días. Yo... —Apenas me ha dado tiempo de corresponder su abrazo cuando se aparta y me sonrío—. Soy una bruja. Sé que no debería necesitar la ayuda ni el apoyo de nadie, pero... Ha sido muy guay.

Sonrío yo también, conmovida, y vuelvo a acariciarle el cabello. Hace tres días, cuando regresé a Rumanía, lo primero que me recibió al entrar al vestíbulo fue una espectacular pelea de, al menos, diez brujas. Oscilaban entre los diez y los dieciséis, y me asombré por la perspicacia y la desenvoltura de todas ellas. Parecían duelistas experimentadas, y los conjuros volaban de un lado a otro de la estancia como flechas. Luciérnaga estaba justo allí, apoyada contra una pared de brazos cruzados. Dispuesta a interponerse solo si alguien salía herido de gravedad o si alguna bruja demostraba una crueldad excesiva.

Al final acabé interviniendo yo cuando me di cuenta de que cuatro de las brujas mayores se habían unido para atacar a otra, que había quedado arrinconada e indefensa.

Solo tuve que dar una fuerte patada al suelo y el castillo entero vibró, las piedras milenarias temblaron, y varias armaduras se descompusieron. La pelea se detuvo al instante y todas las involucradas se quedaron mirándome, sus ojillos bien abiertos. «Quién te ha visto y quién te ve», había murmurado Luciérnaga con una sonrisa.

Después de aquello, Medea, la muchacha arrinconada, no dejó de seguirme y hacerme preguntas.

—¿Por qué suena como si te estuvieras despidiendo? —pregunto—. ¿Tienes planes de irte en cuanto acabes la iniciación?

No sería de extrañar. El castillo es un buen lugar para crecer y aprender, pero casi todas las brujas nos marchamos después de los dieciséis, deseosas de encontrar nuestro lugar en el mundo, y de que ese mismo mundo experimente nuestros poderes.

—No... —Frunce los labios e hincha las mejillas, pensativa—. Es que, ya sabes, he oído algo sobre tu historia...

Arqueo una ceja, divertida.

—Ah, ¿sí?

—¡No es que yo haya estado preguntando, es que eres hiperfamosa! Hiciste una entrada brutal el otro día, y todas en el castillo empezaron a preguntar quién eras. Y cuando supieron que eras La Controladora Del Éter...

Sí, mi vida y mis circunstancias son bastante públicas. La página web de los poseídos sigue activa, aunque su propósito inicial ya no existe, y está muy actualizada. Mi descripción personal, de hecho, cambió ayer: en lugar de «soltera», el humano Héctor debe saber algo que yo no sé, porque ahora estoy «emparejada».

No es mentira, aunque tampoco sé si es estrictamente verdad. Distráida, me acaricio la marca en el cuello. Aún perdura, y, por lo que sé, podría tardar semanas en desaparecer del todo. Ayer me hice una coleta mientras desayunaba y podía sentir las miradas de decenas de brujas sobre mi cuello, lo cual me hizo sonreír para mis adentros. Sí, soy una bruja y he sido reclamada por un chico de otra raza... El cual, en su día, reclamó a mi hermana gemela. ¿Cómo pudo ser? ¿No se suponía que las brujas no tenían nada que ver con Las Parcas y el destino? ¿No había muerto la hermana gemela, Emily, por culpa del cambiaforma? ¿Y por qué está ella de vuelta en el castillo? ¿La Controladora del Éter no tiene otro lugar mejor al que ir?

He escuchado toda clase de chismorreos por los pasillos, incluso sin necesidad de usar la magia para espiar. Las brujas no son discretas cuando tienen curiosidad sobre algo.

—Guau, entonces, ¿es verdad? —Medea tiene los ojos clavados en la marca que mis dedos están acariciando—. ¿Tú y un cambiaforma...?

—Es... complicado. Pero sí. Un cambiaforma y yo.

—Ala... —Vuelve a mordisquearse el labio inferior—. ¿Puedo... verla más de cerca?

Suelto una carcajada.

—Si tantas ganas tienes, claro.

Giro el rostro y dejo que la muchacha observe todo lo que quiera. No es nada espectacular... Sin embargo, para una bruja educada en el rechazo hacia las relaciones amorosas, ver una dentadura completa delineada en mi piel debe ser un *shock*. Solo tengo que recordarme a mí misma con trece años, pensando en los cambiaformas y en los reclamos, y lo aturdida que me sentí.

—¿Por qué dejaste que te hiciera algo así? —murmura, escéptica—. Es tan... sádico.

—Todavía no sabes mucho sobre las otras razas. Todas tienen su propia historia y costumbres, y en realidad no son tan horrorosas como parecen. Hay un porqué y una finalidad.

Cuando Medea se aleja, tiene el ceño fruncido.

—Puede que no haya salido de aquí todavía, pero no hay que ser muy lista para ver que te marcó como a un animal. Eso no mola.

Cojo aire, pensando cómo puedo explicarle a una bruja tan joven todo lo que implica esta mordedura, y el significado tan profundo que posee. Pasados unos segundos, desisto. Ya lo averiguará por su cuenta. Tiene tiempo.

—Hablaemos de esto mismo dentro de un par de años. —Le rodeo los hombros con el brazo y entramos al comedor—. A ver si para ese entonces tu opinión ha...

Ambas nos detenemos a la vez al darnos cuenta de que la amplia sala donde se sirven todas las comidas está vacía. Bueno, casi. Bastet está sobre uno de los bancos, completamente dormido y con la cola colgando.

Medea y yo nos miramos con idénticas expresiones de pasmo. No recuerdo un solo día que el comedor estuviera vacío, suele haber gente a todas horas picoteando o charlando, además de...

No. Un momento.

Sí recuerdo un día que tanto el comedor como la mitad del castillo se vaciaron.

Pero no puede ser... Es decir, solo han pasado tres días...

—¡Eh, brujita! —Luciérnaga aparece por las escaleras que bajan a la primera planta—. Deberías ir a la puerta principal... Parece que alguien ha venido a verte.

Mi corazón se salta un latido al mismo tiempo que mi estómago se contrae. Los nervios se apoderan de mí, aunque me obligo a mantener la compostura.

—¿A mí?

Mi antigua mentora se cruza de brazos.

—Oh, sí. Sin lugar a dudas, es para ti.

Medea se dirige a toda pastilla a las escaleras.

—¡No fastidies!

La sigo con mucho menos entusiasmo. Luciérnaga se sitúa a mi lado mientras nos acercamos a la parte delantera del castillo, y puedo notar que me mira de reojo todo el rato. Yo, por mi parte, estoy concentrándome en poner un pie delante del otro y en que no se me note que me hubiera gustado actuar como Medea y echarme a correr. Una parte de mí está muy segura de lo que va a ocurrir, la otra todavía se pregunta miles de cosas y se siente insegura.

Porque actué tan mal y durante tanto tiempo, que es difícil creer que todo vaya a resolverse tan fácil. No vine al castillo porque estuviera huyendo de él, vine porque tenía cosas que hacer aquí. Visité mi antigua habitación, en la que seguía habiendo dos camas que ahora pertenecían a dos brujas que no eran gemelas. Recorrí las aulas de conjuros, pociones e historia. Me metí en la biblioteca y encontré aquel libro con el que Emily y yo pudimos echar un vistazo a nuestra madre. Y acaricié la balaustrada de las escaleras donde conocimos a Leska (y casi nos quedamos sin rabadilla, de paso).

Pero también respiré hondo, pensé, y recordé a la Anna de dieciséis años que se vio tan perdida y tan sola de un día para otro. Rememoré el dolor, la desesperación y la angustia. Y también la excitación, los nervios y el entusiasmo. Las risas de las tres cuando planeábamos lo que haríamos en Bucarest, y las lágrimas que me cayeron por las mejillas cuando Calamidad,

la mentora de Leska, la bañó en regaliz negra líquida y le dijo que fuera a limpiarse a su propia casa.

Hice un balance de todo y me di cuenta de que, aunque solo viví con ella durante dieciséis años, fueron los mejores dieciséis años que pude imaginar. Hubo de todo y Emily siempre estuvo a mi lado, y creo que podré vivir los años que me quedan con tranquilidad y sin sentirme culpable, sabiendo que, tal y como dijo ella, algún día nos volveremos a ver.

Y tendré millones de historias que contarle.

Las enormes puertas del castillo están ocupadas por un tumulto de chicas. Se aprietan las unas contra las otras, se ponen de puntillas para mirar hacia fuera y el aire está lleno de murmullos.

—¡Haced paso, rápido!

Luciérnaga se adelanta y empieza a hacer aspavientos. Consigue formar un pasillo hacia la salida, y luego agita la mano en mi dirección. Es entonces cuando me doy cuenta de que sigo al pie de las escaleras, paralizada.

Respiro y paso entre las chicas, apenas sintiendo todas esas miradas sobre mí. Estoy concentrada en la resplandeciente luz del exterior, que por un momento me deslumbra y no me deja ver bien. Parpadeo hasta que mis ojos se adaptan y puedo ver la alta y ancha figura que permanece de pie a unos diez metros del castillo.

Tiene los pies separados y los brazos cruzados, y en cuanto nuestros ojos se encuentran, la conexión me sacude de nuevo, fuerte e innegable.

Es él.

Esos ojos verdes me recorren con la mirada, electrificando todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, y, cuando vuelve a mis ojos, hay auténtico fuego en los suyos.

Luciérnaga se coloca a mi lado otra vez.

—Veo que has vuelto a perderte mientras andabas de excursión, cambiaforma.

—Me temo que estás equivocada de nuevo, bruja. —Ren observa a mi exmentora con calma—. He venido a cumplir una promesa.

La respiración se atasca en mi pecho mientras las exclamaciones se multiplican a mi espalda. Alguien se coloca a mi izquierda y, cuando giro la

cabeza, veo a Medea. Tiene la boca abierta por completo y los ojos parece que se le van a salir de las órbitas.

—Ostras, ahora lo entiendo todo —susurra. Me mira y asiente—. Está buenísimo.

Me llevo la mano a la boca para ocultar la espontánea sonrisa.

—¿Estás seguro? —lo increpa Luciérnaga—. La otra vez dijiste lo mismo y resultó que estabas equivocado.

—La otra vez era un cachorro estúpido e impaciente. Ahora no. Así que, si no te importa, haré lo que he venido a hacer y luego me marcharé.

Casi de manera imperceptible, una de las manos de Luciérnaga se acerca y rodea la mía. Me sobresalto un poco, pero dejo que sus dedos se entrelacen con los míos.

—¿Y eso es...?

—Ella. —Ren extiende un brazo y, de manera infalible, me señala. Abro mucho los ojos, anonada, mientras las miradas de todas recaen sobre mi figura—. Es mi compañera. Las Parcas nos han unido. Nos pertenecemos.

El silencio que sigue a sus palabras es demoledor, sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de brujas presentes. Al cabo de unos segundos, Luciérnaga se coloca frente a mí, impidiéndome ver a Ren. Toda la multitud empieza a cuchichear.

—Ahora es cuando tú puedes mandarlo a la mierda, me das permiso para convertirlo en una gata en celo y dejar que Bastet haga el resto del trabajo —me dice, aún con nuestras manos unidas.

Inevitablemente, mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas.

—Muchísimas gracias, Luciérnaga. Es una oferta tentadora, en serio...

De pronto, algo tan frío como una bolsa de cubitos de hielo se desliza por mis hombros.

—Parece mentira, Luci, sabes que la decisión de Anna ya está tomada.

Conteniendo el aliento, echo el cuello hacia atrás y contemplo el sonriente rostro de Valeska. Está preciosa, con su blanca piel, su rosquete en lo alto de la cabeza y los pequeños copos de nieve adornando su iris. La última vez que la vi, me aseguré de dejarla en buenísimas manos mientras se recuperaba del «exorcismo» que le practiqué tanto a ella como a Uyl.

—¡Leska! ¿Cómo...?

—Un cambiaforma muy testarudo vino a buscarme y me convenció de acompañarlo hasta aquí. —Se inclina para susurrarme al oído, congelándome el tímpano en el proceso—. Acéptalo y acabemos con esto de una vez, no sabes el suplicio que ha sido viajar hasta aquí con él.

La miro a través del velo de las lágrimas no derramadas, y luego contemplo a Luciérnaga. La mujer me echa un vistazo y chasquea la lengua.

—¡Bah! Ahí va otra boba enamorada que dejará que un hombre gobierne su vida. —Sin embargo, el brillo en sus ojos está lleno de alegría.

Sorbiendo por la nariz, parpadeo varias veces y luego sonrío con todas mis fuerzas.

—Preparaos, chicas, porque voy a hacer algo que una buena bruja nunca haría.

Y a continuación, aparto a Luciérnaga y echo a correr hacia Ren. Él, que está con el ceño fruncido, arquea las cejas y, automáticamente, abre los brazos. Cuando choco contra él y me cuelgo de su cuello, no retrocede ni un ápice. Sus cálidas manos envuelven mi espalda y me alza, haciendo que mis pies dejen de tocar el suelo. Durante casi un minuto, nos quedamos así. Ni siquiera puedo oír lo que sea que estén diciendo las demás, todo lo que siento es a Ren y el retumbar de su corazón.

—Anna... —murmura en mi oído, haciendo que los músculos de mi estómago se contraigan.

Cuando afloja su agarre lo suficiente como para que pueda mirarlo, los nervios se apoderan de mí otra vez y empiezo a parlotear.

—¿Cómo te encuentras? Si te duele algo, aunque sea solo una punzada en la cabeza, dímelo, y si quieres te preparo algo para que se te alivie. Ahora que he recuperado mi magia puedo volver a hacer pociones, y aunque no era la alumna más aventajada en cuanto a sanación...

Mis palabras se extinguen. ¿Qué estoy diciendo? Sin embargo, todo lo que hace él es sonreír.

—¿Así va a ser a partir de ahora? ¿Me prepararás pociones cada vez que me encuentre mal?

Parpadeo varias veces.

—¿A partir de ahora?

Su sonrisa se desvanece, aunque una luz intensa permanece en sus ojos verdes, que no dejan de observarme. Si no lo conociera bien... Bueno, pero qué digo. Está mirándome como el depredador que es: con muchísima intensidad.

—¿Tienes planeado volver a escaparte a alguna parte?

—N-no...

—Bien, porque te seguiría allá donde fueras y te convencería para que volvieras a mi lado.

¿Conven... convencerme? Mi respiración se hace más pesada y mi vientre se aprieta en un nudo de nervios.

—¿Entonces...?

Arquea una ceja.

—¿Entonces?

Observo todo su rostro y trago saliva. No hace tanto me llenaba de pavor la posibilidad de ser honesta con Ren porque estaba cien por cien segura de que eso solo nos llevaría por un camino que yo no querría transitar.

Hoy, ahora mismo, no hay camino que no desee recorrer con Ren.

—Te mentí. Nos robé seis años, y todo por un absurdo e inmaduro miedo, y por mi incapacidad de hacerle frente al pasado.

—Ya... —La expresión de Ren se vuelve pensativa—. El problema es que ahora estamos unidos. Y es para siempre. No es algo como las bodas humanas de las que uno puede desprenderse con un poco de papeleo. Esto es para toda la vida.

—Lo sé —susurro, observando ese hoyuelo que tanto me encanta—. Lo supe desde el momento en que soñé contigo. Lo supe los tres años siguientes que no viniste a por mí como habías prometido, y lo supe incluso cuando te vi con mi hermana y sentí, absurdamente, que mi corazón se rompía en mil pedazos.

—Lo escuché. —Cierra los ojos—. Lo sentí. Salí en tu busca al pasillo, con la misma sensación que si hubiera perdido algo importantísimo en algún lugar. También te olí... Un aroma a especias picantes y a cosas buenas.

—Lo siento —le digo con honestidad—. Si yo no hubiera sido tan cobarde nada de esto habría pasado. Yo...

Los brazos grandes y pesados de Ren me rodean los hombros y me estrechan contra él otra vez.

—A menudo me dije cosas así tras la muerte de mis padres —murmura. Me da un beso en la sien, acariciándome el pelo con la otra mano—. Si yo no me hubiera escaqueado de mi guardia para adelantar mi hora con el *dukun*, o si hubiera esperado solo tres minutos más y los hubiera visto venir desde la copa del árbol... Las cosas pasan de la forma que pasan, y ya está. Por mucha magia que haya en este mundo, el presente es como tiene que ser.

Si lo dice Ren, que perdió tanto en una sola noche, debe ser verdad. Rozo su cuello con la nariz e inhalo su aroma, tan penetrante y perfecto.

—Ya sé por qué nuestros Pecados se callaban cuando estábamos juntos.

—Ah, ¿sí?

—Ellos se alimentaban de cosas oscuras, de emociones malas y de la peor parte de nosotros mismos. Pero cuando estamos juntos, solo somos luz. —Coloco una mano en su pecho, confortada al sentir su corazón y el calor que desprende—. Y ellos no podían soportarlo.

Ren me recorre la barbilla con un dedo y luego deja la mano en mi espalda. Bajando sus pestañas, su mirada cae sobre mis labios. Se inclina para besarme, y, antes de que su boca toque la mía, susurra:

—Solo para cerciorarme de que estamos en la misma página ahora mismo: tú y yo estamos juntos. Juntos, juntos. ¿Verdad?

Totalmente ruborizada, me apresuro a asentir.

—Sí.

—Bien.

Su mano se extiende por mi espalda y me empuja hacia él. Yo aprieto los muslos y espero el beso. Y espero, espero, espero...

—¿Ren?

—Sí.

—¿Vas a...?

—¿Que si voy a qué?

—Ya sabes.

—La verdad es que vas a tener que ser un poco más específica.

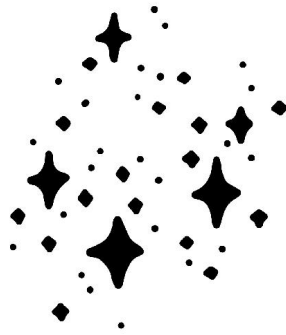
Resoplo y dejo caer la cabeza hacia atrás.

—No me puedo creer que de veras no entiendas lo que...

Sus labios interrumpen mi frase. Me besa una vez, dos veces, tres veces, compensándome por estos tres días, por estas semanas, por los últimos seis meses y por los seis años que una estúpida mentira nos mantuvo separados. Yo le beso por todos los momentos en que me morí de ganas de tenerlo así y no ocurrió. Le rodeo el cuello con los brazos y me acerco hasta que no queda ni una parte de mí que no está pegada a él.

La brisa, el calor, el sonido de chispitas explotando a nuestro alrededor (culpa mía), y las risas y vítores de unas cuantas espectadoras...

Si no fuera bruja ya, habría empezado a creer en la magia ahora mismo.



Epílogo

Dos meses después

Entro corriendo en casa. Casi tropiezo con Bastet, que ha adoptado el papel de felpudo frente al arco de entrada.

—Oh, perdona. ¿Por qué no sales fuera a que te dé el aire? Estamos todos alrededor de la hoguera.

Mi gato me bosteza en la cara, respondiéndome con claridad lo que piensa de mi proposición. Sonriendo, salto por encima y voy corriendo al dormitorio. ¿Dónde lo puse? Piensa, Anna, piensa... Lo llevé unos días en el bolsillo del pantalón, y luego...

—¡El armario! —Recuerdo de pronto.

Abro de golpe las puertas y rebusco entre la ropa. Dentro de poco vamos a tener que comprar otro armario o pensar otro lugar donde guardar las cosas, porque nuestras ropas ya no pueden seguir compartiendo el mismo espacio. Yo quiero un vestidor propio, y le he prometido a Ren que puedo hacer una ampliación en la casa con un pequeño conjuro. Nadie tiene por qué notarlo, porque sería invisible desde el exterior.

Megan se enteró y ahora tengo peticiones de casi todas las mujeres del poblado.

Tropiezo con una de mis blusas, que está chamuscada y ha perdido la mitad inferior. Vaya, pensé que la había tirado. Lo normal después de una tutoría con la diosa Pandora es que tenga que desnudarme por completo (para deleite de Ren), deshacerme de la ropa e ir directa a la ducha.

Cuando Pandora apareció de nuevo y me comunicó que me impartiría «tutorías personales» una vez al mes para que aprendiera a moldear el Éter, casi me da un patatús. Es más, me felicitó por la entereza y control de mí misma que demostré al matar a los rakshasas y a Soberbia, y al encerrar a dos Pecados en un espacio reducido y poco preparado como lo era el anillo de Uyl. Sus halagos me resultaron irónicos, al haber pasado tantos años creyendo que no tenía ningún control sobre mi don y sintiéndome tan insegura.

Pandora también me dijo que poseo una habilidad única para purgar al mundo de demonios, aunque que está en mis manos decidir si me convierto en una cazadora como ella o no. Sus palabras textuales fueron: «No estoy quejándome del trabajo, puedo hacerme cargo de todo yo sola. Ha sido así durante miles de años. Pero si algún dios estúpido vuelve a enviarme a un retiro espiritual de forma involuntaria, sería bueno que estuvieras preparada para sustituirme temporalmente».

Ser la sustituta de Pandora como cazadora de demonios. Vaya. ¿Qué pensaría Emily de eso? Seguro que se le pondría la cara verde de envidia, e imaginármelo me hace esbozar una gran sonrisa.

Una explosión de risas y aplausos me distrae. A pesar de que el verano acabó y que las familias del clan ya han regresado a su rutina, hoy todos están de vuelta para celebrar. Nada en especial, solo el hecho de seguir vivos y estar juntos.

Nunca vi tanto amor, lealtad y amistad reunidos en un mismo sitio. Observo por centésima vez la pulsera de hilos morados y azules que Mawar me regaló hace un par de meses. Ni ella ni Adi han parado de darme las gracias por salvar a Sari. Ha sido tan complicado hacerles entender que no tomé una decisión consciente... Ni siquiera hubo elección. Me interpose entre el rakshasa y el poblado porque era lo que tenía que hacer. No había otra alternativa. Ellos se han convertido en mi familia. Aun así, a Mawar se le siguen llenando los ojos de lágrimas cada vez que Sari repite la historia sobre cómo la empujé hacia el poblado en busca de ayuda mientras yo le hacía frente al líder de los rakshasas. «No sabía que era el líder», intenté decirles. No me escucharon. Están decididos a tratarme como una heroína y, por una vez, pienso disfrutar de la atención.

En voz baja, mientras me abrazaba cuando regresé de Rumanía con Ren, Mawar me contó que Sari, Kuwat y Eko no tienen padres. Murieron en el ataque de hace nueve años, igual que los padres de Ren. No sé cómo nunca me di cuenta; los niños siempre estaban con sus abuelos, y ni por un momento pensé que fuera porque no tuvieran a nadie más.

Por suerte, eso ya no sucederá más. Ya no queda ni un solo rakshasa que pueda dejar a más niños huérfanos ni a más hermanas gemelas sin gemela, y no por primera vez me lleno de fiera alegría por la magnitud de mi poder. Si al menos sirve para esto, para ayudar a personas inocentes, todo habrá merecido la pena.

Sigo rebuscando, hasta que un pequeño papel cuadrado se escurre al suelo. Inclinéme, lo recojo. Sí, este es. Con mucho cuidado, lo desdoblo y lo contemplo. Al contrario que cuando lo pinté y lo vi por primera vez, no siento el horror y el ahogo de entonces. Es más, creo que hice un buen trabajo representando a Emily. Tiene ese no-sé-qué que nos diferenciaba.

Por una parte, me gustaría quedármelo. Pero ya le he pedido a Adi que haga una hoguera para mí y sé que esto es lo correcto. Cuando me giro para correr de vuelta con los demás, veo el sobre blanco encima de la cama. Curiosa, me acerco a recogerlo. Ahora que lo recuerdo, Mawar me dijo esta mañana que había llegado una carta para mí. En el exterior del sobre no hay nada escrito, ni remitente ni destinatario.

La abro y despliego el papel.

Mi demasiado-buena-para-ser-real Anna. Sí, por supuesto que te voy a ayudar en todo lo que pueda. Te explico:

Cuando yo llegué a Atlántida (y esto es un secreto que te pido por favor que no cuentes a nadie) el Ragvala, el libro donde los dioses guardan sus secretos, había sido supuestamente robado. Por eso K Leb y yo decidimos participar en las Olimpiadas, porque sabíamos que el premio (un frasco lleno de agua del río Flegetonte) nos ayudaría a dar con el culpable y recuperar nuestro tesoro.

Descubrimos, como ya te adelanté en la sede, que el que había estado detrás de todo había sido Loki (utilizando unas

feas artimañas que no merece la pena contarte ahora). Desconocemos el motivo por el que el dios quería hacerse con el Ragvala, ya que lo único que contiene el libro, según me dijo K Leb, es el secreto para llegar a ser inmortal. Siendo esto así, no nos explicamos para qué querría Loki esa información cuando él ya lo es.

Debido a que recuperamos el Ragvala y escapamos por los pelos de desatar la ira de los dioses, decidimos dejarlo estar. Pero es cierto que durante todo este tiempo no he parado de preguntarme cuáles serían los motivos de Loki y por qué se esforzó tanto por intentar robar el libro.

Esto es todo lo que sé de aquel episodio:

- 1) Loki ansiaba el libro, a cualquier precio.*
- 2) Porta me confesó de él, como ya te dije, que es el mayor secretista de todos y que siempre ha tenido un plan... En qué consiste dicho plan, a saber.*
- 3) El colgante que te di, el trísquel, lo encontré en el lugar donde el Ragvala estuvo a punto de ser robado. A Loki se le cayó allí. Su manufactura me parece femenina y es un símbolo celta que significa «amor eterno». Loki tiene un tatuaje con el mismo símbolo en el hombro. ¿Coincidencia? No lo creo.*

Solo me queda añadir, por si no lo sabías, una pequeña información sobre el Ragvala. Aquí en la Atlántida también lo llaman El Diario de la Diosa. Perteneció a la primera reina de la Atlántida, Alia, que era la diosa de la esperanza. Y ahora que lo pienso, Alia también estaba en el trono en el momento del hundimiento de Atlántida. Y adivina quién fue el causante de dicha desgracia... Exacto. Loki.

No sé si he podido ayudarte con todo esto... Es lo que sé.

Por favor, mantenme informada de tu situación y la de tus amigos. Nosotros, tal y como te dije, esperamos ansiosos tu visita (porque será la excusa perfecta para celebrar otro fiestón).

Un saludo y un besazo, Cora.

Había olvidado por completo que escribí una carta a Cora pidiéndole información. Con las emociones de los últimos días, voló de mi cabeza. ¿Qué debo hacer con esta carta? Pandora me dijo que ella se encargaría de Loki. Aunque algo de lo que acabo de leer está haciendo que mi instinto salte; si la leo una vez más, puede que encuentre algo interesante o que me dé una nueva idea...

De pronto, siento que Ren está cerca. Un par de segundos más tarde, escucho sus pasos por el porche.

—Anna, están todos esperando por ti. ¿Lo encontraste?

Miro la carta en mis manos. Ren y yo nos prometimos no volver a ocultarnos nada importante, y pienso mantener mi promesa... Porque quiero y porque me gusta contar con sus opiniones y consejos. Pero no ahora. Guardo la carta y el sobre en la mesilla de noche y salgo al salón con el mandala en alto.

—Aquí está.

Él me sonríe y mantiene los brazos abiertos hasta que llego a su lado. Me aprieta la cintura y baja la cabeza para besarme. Sus labios se demoran sobre los míos tanto rato que empiezo a retorcerme.

—Dijiste que estaban esperando por mí. Para.

—¿Qué? Eres tú.

—¿Yo? Solo he caminado hacia ti con un papel en la mano.

—Eso para que veas tu alto grado de sensualidad.

Me echo a reír.

—Vamos. Esta noche tengo algo que contarte, pero primero quiero tener una bonita fiesta alrededor de la hoguera con todos nuestros amigos. ¿Te parece?

Los ojos de Ren se oscurecen al mirarme. Adoro cuando hace eso. Me hace sentir el centro de su universo.

—Estaré de acuerdo con cualquier cosa que digas siempre que lleves puesta esa camiseta. ¿Sabes que puedo verte las tetas desde aquí?

—¡Ren!

—¿Qué? ¿Se supone que no debo mirar?

—Por la Diosa...

—Tienes que ser comprensiva; me has metido tanta gente en casa que es imposible pasar tiempo a solas.

—¡La mayoría son amigos tuyos! —Le recuerdo, plantando las manos en las caderas.

—Mis amigos no dejan la ducha llena de pelos rubios ni congelan el sofá cada vez que se sientan en él —me acusa.

—Mi amiga no se come la mitad de la nevera de una sentada ni se queda hasta las tres de la madrugada jugando al juego ese de los asesinos —replico al instante—. ¿Quién puede pegar ojo con tanto grito y ruido de espadas?

Sonriente, Ren no me contesta. La expresión de su cara se me contagia como si fuera un bostezo y nos encontramos a medio camino para darnos otro beso. Cuando me palmea el culo, no parece sorprenderle que chasquee los dedos y le deje la cabeza brillante con un conjuro de calvicie. Incluso parece satisfecho.

Se separa un poco para mirarme y, mientras el pelo le vuelve a crecer, murmura:

—Has traído la felicidad a esta casa de nuevo, Anna. Gracias. —Me acaricia la cara con los pulgares, observándome con intensidad—. *Terahto sanu bopto*.

Sus palabras, que no provienen de ningún idioma concreto porque son únicas en el clan de los leopardos de Borneo, significan: «Gracias por aceptarme». Es la expresión que utilizan cuando encuentran a su compañero después del sueño.

—*Terahto sanu guolna zer* —le contesto.

«Gracias por no dejar de buscarme».



NIRA STRAUSS (Tenerife, 1991), estudió hasta tres carreras diferentes y un ciclo superior antes de darse cuenta de que su futuro no iba por ese camino.

En 2019, ganó un concurso de novela romántica que le abrió los ojos y le hizo darse cuenta de que debía luchar por hacer de la escritura su profesión. Desde entonces, ha publicado *Ragvala* y autopublicado *La caja de pandora*. Además, ha enfocado sus redes sociales en el mundo literario y a día de hoy es muy activa tanto en su Instagram (@niralovebooks) como en su canal de YouTube (Nira Strauss).

Desde niña coleccionaba sarcófagos y vasos canopos en miniatura, y se quedaba absorta con cualquier documental sobre el antiguo Egipto.

El Príncipe de los Dioses es el homenaje de la autora al antiguo Egipto, la mitología, cultura, leyendas y tesoros del país del Nilo. Todo aderezado con romance y mamarracheo, que, para ella, no pueden faltar en sus novelas.

Notas

[1] «Jefe» en indonesio. <<

[2] «Compañero/a de vida» en indonesio. <<

[3] «Te he echado de menos», en indonesio. <<

[4] «Gracias» en indonesio. <<

[5] «Pequeño», en indonesio. <<

[6] Dios de la luna en el hinduismo. <<

[7] Dios de la muerte en el hinduismo. <<

[8] «Buenas noches, pequeña», en indonesio. <<

[9] «Buenas tardes», en indonesio. <<